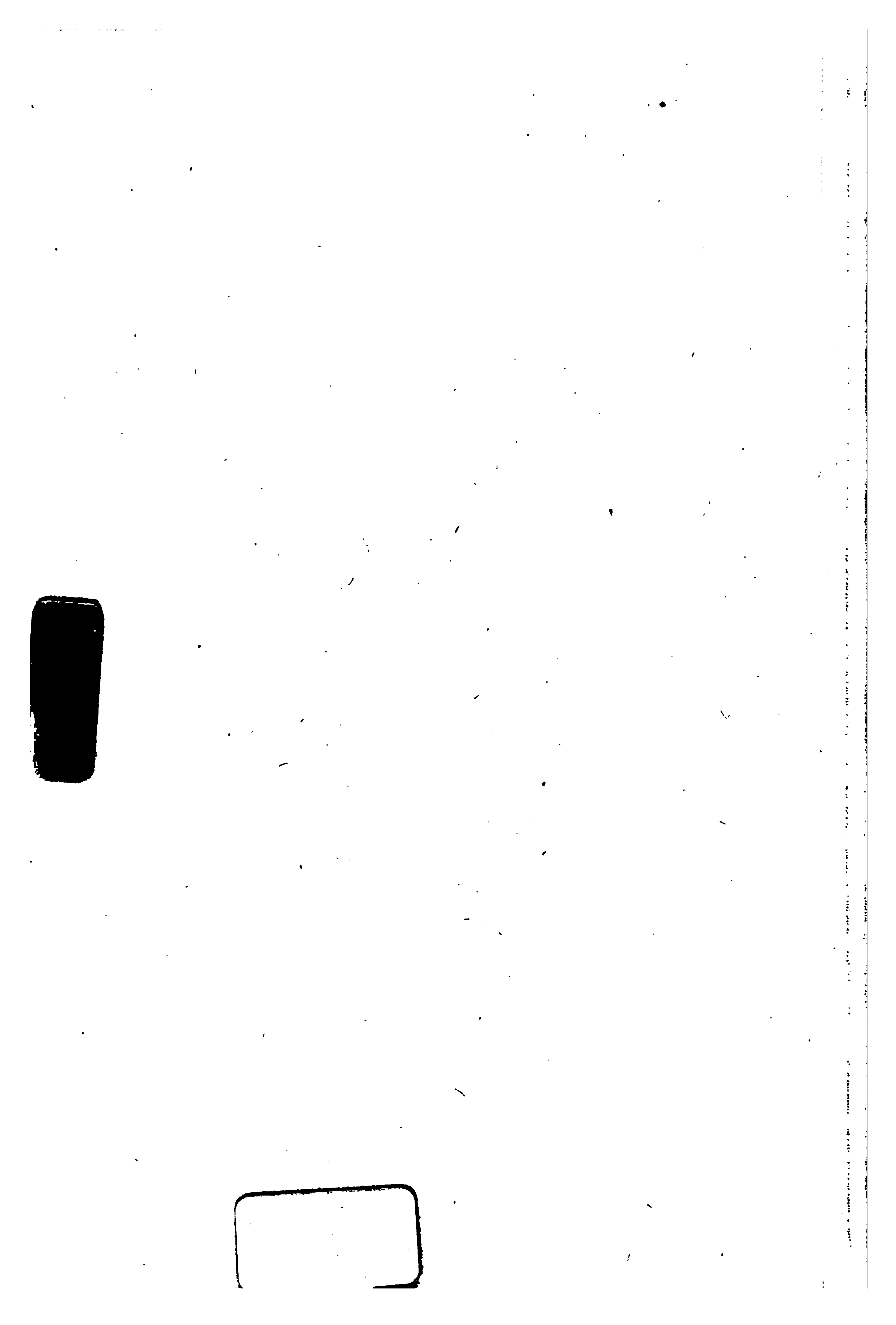
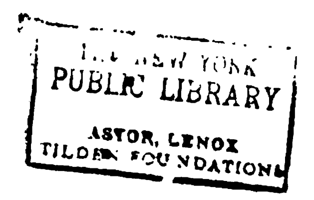




VIAJE PINTORESCO

AL

REDEDOR DEL MUNDO.


THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



Frederick William Beechey
Né en 1796.



Louis Isidore Duperrey
Né en 1786.



A. J. de Krusenstern
Né en 1770.



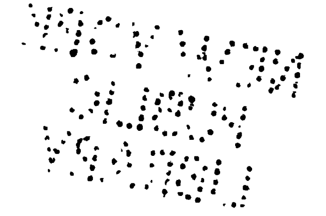
Jules Sébastien César Dumont d'Urville
Né en 1790.

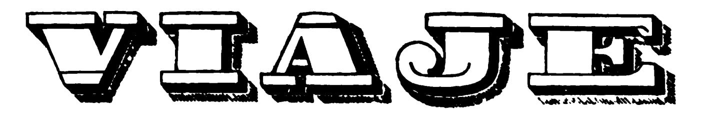


Viaje Pintoresco
AL
REDEDOR DEL MUNDO,
á las
DOS AMÉRICAS, ASIA Y ÁFRICA.

TOMO III.

BARCELONA.
1842.
IMPRENTA Y LIBRERIA DE J. OLIVERES
EDITOR,
Calle de Escudellers, N. 53.





PINTORESCO

AL

REDEDOR DEL MUNDO.

RESUMEN JENERAL DE LOS VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

de Magallanes, Tasman, Dampier, Anson, Byron, Wallis, Carteret, Bougainville, Cook, Lapérouse, G. Bligh, Vancouver, D'Entrecasteaux, Wilson, Baudin, Flinders, Krusenstern, Porter, Kotzebue, Freycinet, Bellingshausen, Basil Hall, Duperrey, Paulding, Beechey, Dumont D'Urville, Lutke, Dillon, Laplace, B. Morrell, etc.

Publicado en francés bajo la direccion de

M. DUMONT D'URVILLE,

CAPITAN DE NAVÍO.

Adornado con mapas jeográficos, varios retratos y SEISCIENTAS *láminas finas dibujadas por* M. DE SAINSON *y grabadas sobre acero por los mejores artistas franceses.*

TOMO III.



BARCELONA.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE JUAN OLIVERES,

CALLE DE ESCUDELLERS, NÚM. 53.

1841.



VIAJE PINTORESCO

AL

REDEDOR DEL MUNDO.

CAPITULO I.

MALASIA.—JAVA.

Nuestro viajero brick en breve se alejó de Borneo y de la embocadura del Banjermassing. A 2 de octubre, y á favor de una fresca brisa de S. O. desplegó sus velas y empezó á deslizarse por aquella tranquila ensenada que llaman el mar de Java, verdadero canal circundado de elevadas tierras. Por espacio de dos dias el viento continuó abonanzándose, hasta que el abrigo de las tierras nos envolvió en la calma. Detenidos durante algunos dias en aquellas aguas estancadas, no pudímos divisar Carimon-Java hasta el 10, y el 12, despues de haber montado la punta de Caravan, anclámos en la espaciosa rada de Batavia. Al principio fondeó el *Siva* en alta mar, despues de haber remitido al gobernador jeneral los partes que habia recibido durante su derrotero, pero habiendo recibido la órden de ir á tomar su puesto en la rada, fuése aprocsimando á aquella selva de mástiles que se alzaba á lo lejos.

Vista desde la rada, Batavia ofrece á lo lejos la cadena montuosa á que está arrimada, cadena baja cubierta enteramente de una vejetacion lozana y activa; en un plano mas cercano algunas quintas apiñadas á derecha é izquierda de la ciudad rodeadas de tresbolillos y verjeles; finalmente en el primer plano la ciudad misma casi anegada en aquella playa llana mostrando sus millares de techos y los copados árboles de sus jardines. Mucho mas cerca del *Siva* asomaban algunos islotes cual verdes sotillos, mientras que la rada ponia de manifiesto sus embarcaciones y una multitud de barcas que se deslizaban en su vasto semicírculo pasando de un puerto á otro.

Algunas de aquellas islas son actualmente inhabitadas; pero la mayor parte fueron utilizadas en otro tiempo por la antigua Compañía de las Indias. Estas islas contenian radas, almacenes y ateneos; pero la principal es Onrust, ó en malayo *Poulo-Kappal*, situada á tres leguas O. de la ciudad. Su importancia duró hasta el tiempo de la ocupacion inglesa; pero presintiendo que su conquista seria precaria, los Ingleses destruyeron los trabajos de esta isla y desmantelaron aquel fuerte avanzado de la rada. Magníficas radas en donde podia darse carena á los navíos, almacenes inmensos, graneros de reserva que podian contener 2.000 koyangs de arroz, hermosísimas habitaciones para los empleados, dos molinos y una iglesia, todo fué destruído y arruinado. Sin embargo en 1823 Onrust empezó á renacer de sus cenizas, bien que una restauracion completa no será poco difícil, larga y costosa.

Despues de la isla de Onrust debe citarse la isla de Edam, ó *Poulo-Dammer*, que debió este nombre malayo á su faro, actualmente sin fuegos, y en seguida la isla de Purmerend ó *Poulo-Sakit*, en la que se habia establecido un hospital de leprosos, y un poco mas al S. la isla de Kniper ó Poulo-Bourong en que se hallan toda-

vía las ruínas de grandes almacenes. Las demas islas mas pequeñas son : Poulo-Kellor, Poulo-Rambout, Poulo-Ontong Java, Poulo-Obie, Poulo-Ayer, Poulo-Niamok, Poulo-Potrij, ó la isla Vader-Smith, que ha desaparecido y quedado transformada en un banco de arena cubierto por el agua durante el flujo. Las islas mucho mas numerosas que se perciben á lo lejos se denominan *Duizend Eilanden:* muchas de ellas son habitadas por familias malayas que viven de la pesca de piedras de coral (que sirven para fabricar cal) y de peces. La mas considerable de estas islas es Poulo-Pangang habitada por treinta familias indíjenas sujetas á un jefe malayo.

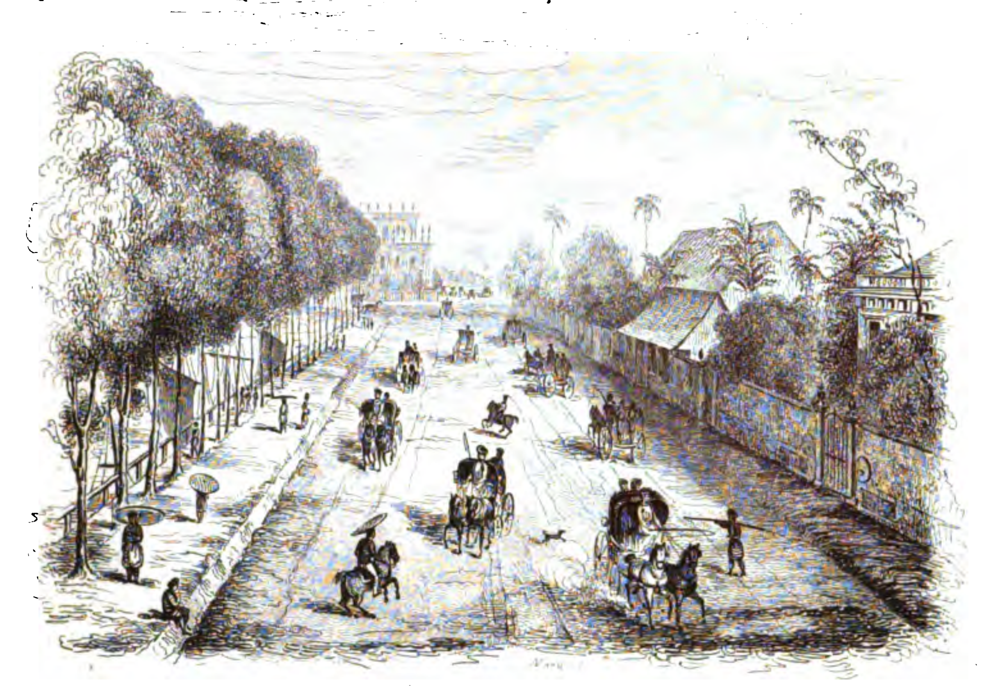
Al dia siguiente á la llegada del *Siva*, al amanecer, la yola me transportó al desembarcadero. El puerto *Boom* que se estiende ante la ciudad antigua es la porcion mas nociva y peligrosa de una ciudad que goza en la India tan grande reputacion de insalubridad. Dejando á un lado cuatro ó cinco calles frecuentadas solamente por la mañana, todos los arrabales son casi desiertos : las calles mayores comienzan en el antiguo arrabal, ó *Buiten Nieuw Poort straat;* estas calles son son muy deliciosas y adornadas de largas hileras de árboles y hermosos edificios con sus frescos jardines (Pl. XXVIII. — 3). El movimiento de aquellas calles recuerda el bullicio de las grandes ciudades europeas : innumerables carruajes, elegantes calesas con dos caballos, jóvenes caballeros abrigándose bajo anchos quitasoles, todo anima y embellece aquellas deliciosas avenidas. Entonces es cuando se reconoce á Batavia, elegante capital de la Malasia, ciudad de lujo y de bullicio, de placeres y de tráfico. A lo largo de los canales de Moolenvliet y de Rijswijk y en una lonjitud de tres cuartos de legua se estiende una serie de edificios sombreados. En un gran llano cuadrado se desarrolla una vasta pradería con hileras de casas europeas : es el *Weltevreden* ó barrio militar, que ha comunicado su nombre á la ciudad nueva. Mas lejos aparece otro llano cuadrado, el *Konings-Plein*, circuído tambien de construcciones deliciosas y jardines muy bien cuidados. Allende Weltevreden se prolonga la calle mayor de Buitenzoorg, orillada de quintas y chozas que se continuan al pie de dos leguas hasta mas allá del fuerte de Meester-Cornelis. Si á esto se añaden algunas calles laterales que forman como otros tantos rayos al rededor de aquellos edificios, el *Prinsen-Laan*, el camino de *Gonnong Saharic* y el camino de *Tanaabon*, podrá formarse una idea del aspecto de Batavia. A espaldas de esos diferentes barrios se encuentran los de las diversas colonias asiáticas establecidas en la capital malaya. El campo chino se halla fuera del recinto y al O. de la ciudad vieja, de la que formaba antiguamente un vasto arrabal ; pero á decir verdad, este pueblo activo y bullicioso se halla derramado actualmente no solo en toda la ciudad, sino tambien en toda la isla.

Situada á los 6° 12' lat. S. y á los 104° 33' lonj. E., Batavia fué fundada en 1616 en el solar que ocupaba la ciudad indiana de Jaccatra. A 11 de marzo de 1619 recibió el nombre que ha conservado despues, cuando fué construído el fuerte que la domina. En 1629 se edificó el palacio de los gobernadores, á la entrada de la ciudad por el lado del puerto, que por espacio de un siglo y medio fué habitada por los gobernadores jenerales. A este palacio se juntaron los edificios necesarios para las sesiones del consejo de las Indias, las oficinas y los almacenes de la Compañía. Todas esas fábricas presentan una idea de los medios latos que habia adoptado entonces la arquitectura colonial, y que realizaba con operarios europeos y materiales sacados de la metrópoli.

Por esta época la ciudad formaba un paralelógramo de unas seiscientas pértigas de largo sobre cuatrocientas de ancho, cortado en dos partes casi iguales por el anchuroso rio denominado Tjiliwong. Ceñida de murallas y baluartes, y cerrada por cinco grandes puertas, contenia ademas cuatro iglesias y muchos edificios regulares.

Durante todo el siglo XVII, los funcionarios de la Compañía y los comerciantes habitaron en el interior de la ciudad ; pero á principios del XVIII, cuando las guerras con los Bantameses fueron estinguidas de todo punto, y la prosperidad de la ciudad reclamó nuevos edificios, empezaron á construir fosos en el esterior y crear lo que actualmente se llama el arrabal del mediodía. Al mismo tiempo los habitantes acomodados se construyeron varias quintas junto á los canales esteriores y sobre el camino de Jaccatra, entre la ciudad y los fuertes esteriores que componen la primera linea ; pero alentados por las disposiciones pacíficas de los indíjenas, continuaron haciendo obras hasta el pie de la segunda linea de fuertes, así sobre el camino de Bantam y de Cheribon, como en la senda de los Praengers. Pero estas diversas usurpaciones tuvieron lugar poco á poco y sucesivamente una despues de otra. A principios del siglo XVII el fuerte de Meester-Cornelis era las columnas de Hércules de los criollos neerlandeses. Hablábase de una escursion á los alrededores como de una espedicion temeraria, y aun no hace treinta años que las iglesias públicas hacian rogativas siempre que el gobernador jeneral se encaminaba á su quinta de Buitenzoorg. Esta travesía se hacia entonces en tres dias ; actualmente se hace en tres horas.

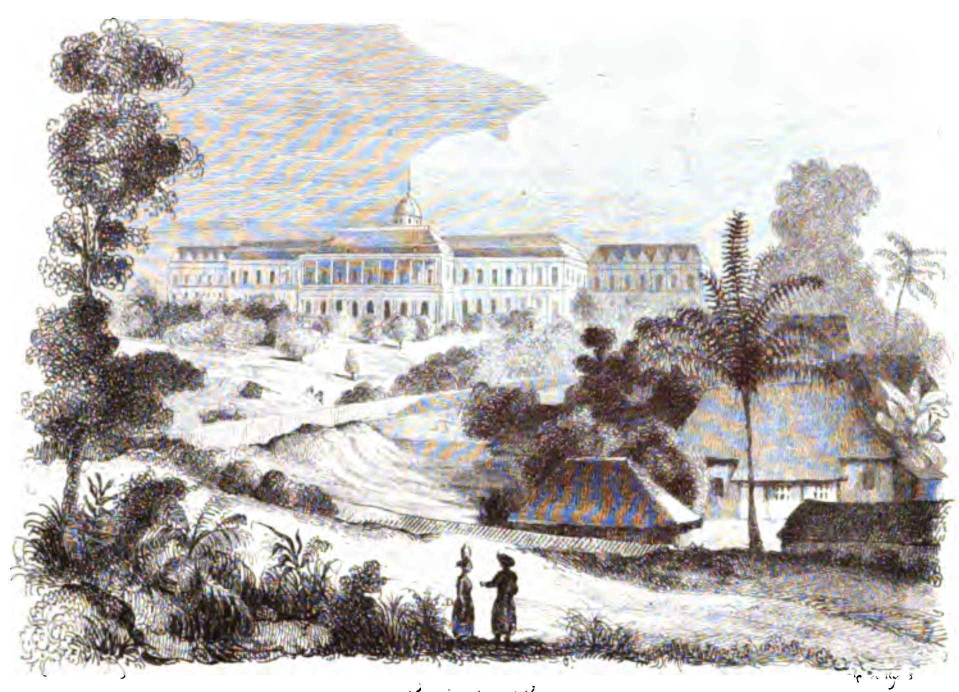
Bajo el imperio del gobernador jeneral Daendels se formaron proyectos para salir de la ciudad antigua y abandonarla. La situacion politi-



3. Une Rue de Batavia.
3 Una Calle de Batavia.



4. Chef Javanais.
4 Candillo Javanes



1. Palais de Buitenzorg.
1. Palacio de Buitenzorg



2. Costume de Cour — Costume de Guerre.
2 Traje de Corte — Traje de Guerra.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

ca de Java pareció á aquel administrador determinada con sobrada claridad para renunciar á las murallas que le protejian contra los ataques del interior. Era aquella la época en que Batavia era la tumba de casi todos los Europeos recientemente desembarcados. De cuando en cuando parecian invadir la admósfera pestilentes miasmas, y una horrible mortalidad diezmaba los individuos aclimatados. La epidemia hacia mas estragos que cuantos hubiera podido hacer la guerra; por cuyo motivo Daendels proyectó abandonar enteramente Batavia y trasladar á Sourabaya la capital de las posesiones holandesas; pero contrariado en esa idea y precisado á adoptar los medios menos decisivos, hizo construir fuera de la ciudad y á breve distancia en el interior algunas casernas y habitaciones cómodas para los oficiales de la guarnicion. A aquella misma época se dió principio á un palacio para el gobernador, pero no fué rematado hasta en 1827.

Tomada esta iniciativa, todos los habitantes europeos abandonaron la ciudad vieja y pasaron á habitar en casas mas frescas, mas deliciosas y saludables, situadas á lo largo del Moolenvliet, del canal de Rijswijk, en el Weltevreden, y despues á lo largo del vasto Konings-Plein y sobre el camino de Meester-Cornelis. Al principio se impuso á los arquitectos un plan regular, pero el interregno que siguió á la ocupacion inglesa determinó una confusion tal entre las construcciones, que en la actualidad seria imposible organizar un sistema de defensa para Batavia sin cubrir de escombros toda la llanura vecina.

Habiéndose mezclado la manía, la vieja Batavia fué abandonada cuanto antes. La decadencia descargó sobre ella sus golpes como un rayo. En el espacio de veinte años fueron demolidos los mas hermosos barrios, y en 1816, cuando los tratados europeos restituyeron á la Holanda su mas hermosa colonia, la ciudad vieja no contaba otros habitantes que algunos Europeos encanecidos en sus domicilios, algunos Portugueses y algunos Chinos. Es verdad que todavía quedaban en pie las oficinas del gobierno, las factorías y los almacenes, como un sitio mas cercano á la rada; pero al caer la noche eran igualmente abandonados para regresar á los barrios modernos en que todo respira la indolencia de los negocios.

Lo que el gobernador jeneral Daendels habia previsto se efectuó. Batavia no era una ciudad malsana mas que bajo las condiciones primitivas: sobre un solar húmedo y bajo se habia edificado una ciudad holandesa, una ciudad de calles estrechas bajo el cielo de los trópicos; habíanse amontonado edificios, como en Amsterdam y en Rotterdam, junto á unos canales estancados y cenagosos. A estas causas de mortalidad se juntaron otras, como la tolerancia acordada á los Malayos y á los Chinos, cuyos cementerios inficionaban las puertas mismas de la ciudad, y en la barra del rio se dejaban subsistir depósitos de inmundicias que con los rayos del sol ecsalaban olores pestilenciales.

Al trasladar su residencia fuera de la ciudad vieja, el gobernador jeneral procuró combatir muchas influencias sumamente perniciosas, y posteriormente el gobernador Van-der-Capellen puso en práctica las mejoras que Daendels habia tan solo proyectado.

Bajo la administracion de Van-der-Capellen abriéronse nuevas calles en el Konings-Plein, sitio el mas saludable de todos los contornos. Concediéronse terrenos y se proporcionaron medios para las construcciones que desarrollaron sobremanera aquel barrio moderno. Sujetáronse los propietarios y los arquitectos á reglás de alineacion, cuyo objeto era subordinar las conveniencias particulares á la salubridad jeneral. Los Chinos tuvieron un local asignado para su cementerio á una distancia considerable de la ciudad, y los canales que no presentaban la menor utilidad fueron cegados, al paso que los que se conservaron arrastraban un volúmen mayor de agua menos cargada de materias pútridas. Desterráronse los mataderos al estremo de la ciudad, y se encajó el rio de suerte que limitado en su lecho corriese siempre sobre su barra y no dejase ninguna parte espuesta á la accion de los rayos del sol. Estas grandes y útiles construcciones fueron completadas por un hermoso espolon de madera de teck que hace las veces de muelle y de desembarcadero. Merced á estos medios, Batavia no es mas insalubre que ningun otro punto del archipiélago malayo y del continente de la India.

La poblacion de Batavia, variable en estremo, ha sido objeto de muchas evaluaciones en su mayor parte equivocadas. En 1824 se hizo un padron ecsacto que dió el resultado siguiente: 2.025 Europeos ó descendientes de Europeos; 33.108 Javaneses ó Malayos; 14.708 Chinos; 601 Árabes y 12.419 esclavos; cuyo total, entre la ciudad y los afueras asciende á 53.861 habitantes, sin contar la guarnicion. La poblacion de la provincia entera está dividida en cuatro distritos ó barriadas.

La poblacion europea ó criolla se compone de empleados del gobierno, de comerciantes, de oficiales retirados, de rentistas ó propietarios y de Portugueses, que en Batavia, como en toda la India, no son mas que una raza mestiza, de un tinte mas bronceado que el de los Malayos, y hablan una algarabía casi incomprensible.

Uno de los mejores edificios de la ciudad es la casa que ocupa la Sociedad del comercio de los Países Bajos, situada en la ciudad vieja y en el malecon del rio. No lejos está la Bolsa, pe-

queño edificio con una columnata sencilla y poco adornada, aunque de construccion moderna. Lo que es muy superior á este local mezquino es el suntuoso y sobervio edificio que el jeneral Daendels hizo construir en el ángulo del canal de Rijswijk y de Moolenviet. El nombre de este edificio verdaderamente real es *Armonía:* puede considerarse como el templo de los placeres de la vida privada; y aunque es destinado á los conciertos que se dan por suscripcion y á los bailes del gobernador, sirve tambien todos los dias para punto de reunion de los ciudadanos y de los militares acomodados que van á confabular un rato, jugar al villar ó leer los diarios. Aquel local se compone de cuatro salones contiguos, pudiendo cada uno contener 400 personas. En los dias de aparato, cuando la sociedad europea de Batavia se reune á la luz de cien bujías, esos salones ofrecen un aspecto verdaderamente májico. Junto á la *Armonía* hay un edificio destinado á las ciencias y á las artes, que es una de las fundaciones que debe Batavia al jeneral Daendels. La sociedad de las ciencias y de las artes de Batavia ha prestado ya servicios importantes al mundo científico: alentada en sus trabajos por unos gobernadores que eran miembros de la misma, ha dilucidado algunas cuestiones y suministrado á la grande fasce comun su contingente de luces. La biblioteca de la sociedad abunda mucho en obras estimables.

Batavia tiene igualmente un teatro, poco señalado como construccion, en donde se reunen los aficionados de cuando en cuando para distraerse de un público de amigos y de conocidos.

El comercio de Batavia es de dos especies, la una centralizada en manos de la Sociedad de comercio de los Países Bajos, la otra diseminada entre una multitud de casas de primero y segundo órden, neerlandesas, inglesas y americanas. La Sociedad del comercio de los Países Bajos se ha compuesto de la aglomeracion de capitales particulares, á las que ha creado el gobierno una posesion privilejiada que no parece sobrado onerosa. Los primeros resultados de este establecimiento fueron muy felices, pero todavía podrán serlo mucho mas si el objeto que lo preside no es el de una escursion injusta para el comercio individual. Fácilmente se concibe que la asociacion de capitales es útil si es templada por una concurrencia activa y eficaz. En este caso no puede tildarse de monopolio, sino de una simple coleccion de fuerzas y de recursos, una economía de tiempo, una reunion de poderes que aislados se desperdiciarian. Merced á los recursos de los socios, se han abierto nuevas sendas á las transacciones, estendido los mercados y agrandado las relaciones: así que lejos de sufrir alguna desventaja por esta supremacía reciente, las casas de Batavia se han conquistado conductos mas fijos y seguros, y un considerable acrecimiento de negocios. Apesar de esta rivalidad poderosa, contábanse en Batavia en 1827 diez y seis casas neerlandesas, seis inglesas y una americana, entre las cuales solo habia diez que se ocupasen del comercio de segunda mano.

La marina mercante de Batavia se compone de cuarenta y tres embarcaciones, entre las cuales se cuentan siete de mas de cien toneladas y un buque de vapor. Las importaciones comprenden todos los objetos manufacturados de Europa, así de lujo como de primera necesidad, armas, paños, mercerías, quincallería, mercancías de Europa, de China, de las factorías indianas y de las escalas de la Malasia; telas de todos precios y calidades, y los jéneros y productos estranjeros al suelo de Java, como los vinos y aguardientes de Francia y de España, el té de la China, y el arroz de la India y de Manila. En cambio Java suministra al Asia y á la Europa azúcares, cafés, arroz, tabaco, maíz, algodon, añil y los productos de muchas industrias locales bastante avanzadas.

Entre estas industrias no pueden pasarse en silencio los destilatorios de arak, los ladrillares, las caleras, las tenerías, las tintorerías, las fábricas de velas de sebo y las cartulinas. Los destilatorios de arak son ocho, y producen anualmente mil doscientos barriles de este licor que los Chinos usan mucho, aunque no inmoderadamente. Para fabricar ese espirituoso se emplea arroz, almíbar, tuak, y una mezcla llamada, *peka*, de canela, de anís, de ajo y de harina de arroz. Los ladrillares son tambien ocho, y su prosperidad data de la época en que se levantó la ciudad moderna sobre el plan del gobernador jeneral Daendels. Los operarios chinos esplotan cuatro caleras, y las tenerías se hallan asimismo en manos de algunos fabricantes indíjenas que tejen y tiñen las telas en el campo. Las materias de que se sirven para sus baños de tinte son ordinariamente el añil, la raíz del mankoudou, el achiote, la simiente del algodonero, la raíz del cúrcuma, el jenjibre y el aceite de katjang. Para dar color al tejido, lo sumerjen y lo templan repetidas veces en tinas, en donde se encuentra la decoccion. La preparacion del batik se hace cubriendo de cera fundida las porciones del tejido que deben quedar lisas ó claras, y templándolas en seguida en el líquido tintorio. De esta suerte se fabrican pañuelos ó sarongs (taparabos), cuyo tejido es finísimo y cuyos colores son bellos y variados.

La educacion de la juventud indíjena es confiada en gran parte á sacerdotes mahometanos que sirven las diversas mezquitas. Ya verémos despues que vienen á ser estos sacerdotes y la



3. Homme et Femme du Peuple.

3 Hombre y Mujer del Pueblo



4. Fiancée et Fiancé.

4 Desposada y Desposado

influencia que ejercen sobre el pueblo. Están subdivididos en muchas clases que se distinguen bajo los nombres de *iman*, *katih* é *hital*. El jefe de los imanes lleva el título de *panghoulou*, es pagado por el gobierno y ejerce funciones públicas, así junto al *land-raad* como á los tribunales de justicia en donde recibe el juramento de los testigos islamitas. Las mezquitas que sirven estos sacerdotes son diez y siete, y cada una tiene un personal proporcionado á su importancia. Las rentas de este clero no son considerables; compónense del producto de las tierras pertenecientes á las mezquitas, ofrendas recojidas en tiempo de la cosecha ó al acercarse las fiestas mas solemnes y de lo eventual que procuran los matrimonios, los funerales y las solemnidades relijiosas.

Tal era esa Batavia en donde acababa de tomar puerto, y me estaba reservada la mas afectuosa hospitalidad. Entre las cartas que conservaba olvidadas desde mucho tiempo en mi cartera, se hallaba una de la casa Wilmot de Calcuta para una de las principales de la capital javanesa. Esas cartas de recomendacion, tan comunes en Europa y que apenas procuran una comida, tiene un valor mucho mas real en las colonias. No bien presenté algunas lineas de introducciones, y ya fuí el huespéd de M. Perkus: así que de grado ó por fuerza tuve que admitir un alojamiento en su casa. Me es imposible describir con ecsactitud las consideraciones que me prodigaron y las infinitas atenciones que debo á aquella familia. Los pocos dias que entre ella pasé, viví como un ciudadano acomodado del país, paseado de fiesta en fiesta, de baile en baile, de banquete en banquete: tenia á mis órdenes cuatro criados, una palanqueta, un coche, dos caballos de tiro y otros dos de silla, y me ví verdaderamente colmado de invitaciones, así de parte de las autoridades de la ciudad como de algunos armadores muy opulentos. En todas aquellas reuniones reinaba un lujo realmente asiático; los perfumes, las esencias, los platos mas sabrosos, los refrijerantes de toda naturaleza; todo era ofrecido con una prodigalidad casi real. Todas las casas parecian rivalizar en lujo y magnificencia; hubiérase dicho que nadie queria ser inferior á sus vecinos.

Despues de haber pasado algunos dias sin hacer nada, comencé á considerar que me hallaba en tierra malaya y que no habia venido solamente para visitar armadores ó criollos jóvenes y gallardos. En consecuencia determiné dejar á un lado la parte europea de Batavia para observar su parte indíjena, y habiendo yo espresado esta idea, me la secundaron decididamente, y organizámos algunas escursiones á la vecina campiña y á los distritos limítrofes.

De regreso á Batavia tenia ya la impresion ecsacta y verdadera de las comarcas interiores; habia salido ya de la esfera de ideas que inspira aquella populosa ciudad mas europea que malaya; pero todavía me aguardaban procelosos mares y comarcas salvajes con sus terribles aventuras y peligrosos lances. Al dia siguiente se me ofreció proporcion para las tierras australes, y en consecuencia me despedí de mi huésped, sobreponiéndome á todas sus observaciones y aun á sus lágrimas. Arreglé mi pasaje en el *Kanguroo*, su capitan Powell, que debia hacerse á la vela á 23 de octubre, pasar á Sourabaya situada al estremo oriental de Java para surtirse de víveres, y dar la vela para la Nueva Holanda.

Ningun obstáculo desbarató este plan. Al amanecer del 23 dejámos la rada, y á favor de una brisa terrestre costeámos la parte N. de la costa javanesa. En el espacio de tres dias verificámos aquella travesía ordinariamente contrariada por los vientos del E.; doblámos los cabos Bantaman y Bonang que forman los dos promontorios de la península de Japara, y entrámos en el estrecho que separa la isla Maduré de la gran tierra. Desarrolláronse á nuestra vista todos los accidentes de aquella isla cubierta de la mas lozana vejetacion, y echámos de ver los hermosos campos de café de Cheribon y de Japara tendidos al pie de la cadena interior. En toda la estension de aquella costa despuntaban á través del follaje una multitud de aldeas con sus casas construídas de bambúes y junquillos. Allende la península de Japara los cultivos parecian cambiar; no se veían ya cafés ni arrozales, pero en el distrito de Souraba aparecian otros cafés mientras que la isla de Maduré ofrecia mas campos de arroz.

Despues de haber doblado la punta Panka, el *Kanguroo* se comprometió en el estrecho, en donde se veían muchos bateles javaneses juguetear en torno del navío con sus pagayas y sus velas triangulares. Montámos el cabo de Oranje, punto el mas estrecho del canalizo, y vímos el fuerte que lo domina construído en su estremidad. Ambas orillas estaban guarnecidas de lugarejos deliciosos de donde partieron muchas piraguas. El *Kanguroo* que era muy fino velero, deslizóse fácilmente en medio de aquellos cenagosos canalizos, y habiendo avistado la rada de Grissé, una de las mas celebradas de Java para la reparacion de los buques, ancló á 26 de octubre ante la residencia de Sourabaya.

Sourabaya es despues de Batavia la estacion que mas debe al gobernador jeneral Daendels. Contiene un arsenal marítimo, muelles espaciosos y consistentes en el rio Kediri que atraviesa la ciudad, largos malecones para contrarestar el cieno aglomerado en su embocadura, una casa-moneda, gradas, una fundicion de balas y un palacio para el gobernador. Situados en los

afueras de la ciudad, estos edificios comunican con ella por medio de calles anchurosas y dilatadas, adornadas de edificios de piedra acompañados de galerías esternas. Los barrios ribereños, menos bellos y saludables, permanecen inundados durante una parte del año. Sourabaya debe igualmente al jeneral Daendels un magnífico camino abierto á través de las marismas y de las montañas hasta Samarang, que se une con el camino de Samarang á Batavia.

Como el *Kanguroo* no debia permanecer mucho tiempo en Sourabaya, tuve que recojer apresuradamente algunos indicios que pudiesen coadyuvar á juzgar del valor de mas completos estudios y observaciones. Desembarcado con el capitan en uno de los muelles que marcan la entrada del puerto, tuve que sujetarme á la visita de los aduaneros, únicos dueños de aquella avenida. A la otra parte comienzan las casas europeas: paredes blancas, azoteas, hermosas galerías cubiertas, con columnatas esteriores; tal es el primer aspecto que ofrece la ciudad. En la orilla opuesta á la aduana hay una batería que domina el rio y remata aquel arrabal, á cuya espalda se ven los astilleros y el barrio de los Chinos, aseado, bullicioso y animado, como sucede en todas las ciudades en que tales nómadas han sentado sus tiendas mercantiles, y finalmente la ciudad criolla, bien construída y poblada, y el palacio del residente señalado por su pabellon, edificio de dos altos que se reflejan en las aguas del rio (Pl. XXX. — 1 y XXXI. — 1). Los salones de este funcionario son el punto de reunion de la elegante sociedad compuesta de un corto número de familias criollas ó europeas. La mayor parte de las mujeres hablan la lengua malaya, y entre ellas hay algunas bastante bonitas, pero casi todas tienen maneras dulces y benévolas. Al caer la noche toda aquella sociedad se reune en espaciosos salones, alumbrados por lámparas metidas en campanas de vidrio, y tan sumamente abiertos á la frescura de la brisa, que el pasajero puede asistir en algun modo al movimiento de la asamblea, á sus placeres y casi á sus conversaciones.

La poblacion de Sourabaya se compone ademas, como en Batavia, de Malayos y de Chinos. Este apostadero es tan frecuentado por los habitantes de la isla vecina de Maduré, que tienen un tipo esencial en la familia javanesa. Como el *Kanguroo* no podia sacrificar mas que veinte y cuatro horas á aquel recalo, no pude de ningun modo desembarcar en aquella isla de la que descubríamos una parte de la rada de Sourabaya, sin poder enterarme de las costumbres de la organizacion política de un pueblo que tan solo depende de los Holandeses de un modo mediato, y sin poder concurrir, como los oficiales de la *Favorita*, su capitan Laplace, á las fiestas indijenas, sentarme á la mesa de los pequeños sultanes del país y observar su estraña y voluptuosa vida.

Cuando la *Favorita* estacionó en la rada de Sourabaya, recibió de parte de uno de los tres sultanes de Maduré, el sultan de Bancalang, una invitacion tan urjente, que el comandante no pudo menos de acceder á la demanda. En consecuencia desembarcó en la costa de Maduré, en donde el hijo del príncipe estaba aguardando á los Franceses. Despues de una refaccion de té y dulces chinos, subieron á dos calesas y se trasladaron á Bancalang, capital del soberano. El hijo de este monarca, introductor de los estranjeros, era un mozo alto y bien plantado, de tinte bronceado, que mandaba las tropas maduresas al servicio de la Holanda, y como distintivo llevaba el uniforme de oficial superior de caballería holandesa. Sin embargo este traje parecíale no sentarle bien sin un turbante encarnado y blanco que el Madurés creia deber conservar para sombrero de uniforme.

La primera impresion del paisaje no previno mucho en favor del territorio que se estaba recorriendo. Su vejetacion no era tan rica ni tan lozana como la que ostentaban las llanuras de Sourabaya, pues toda se reducia á campos abrasados por los rayos del sol y árboles achaparrados. Maduré carece de agua, siendo así que bajo los Trópicos el agua es un beneficio que no tiene equivalente: así que las rentas del sultan de Maduré no tanto consisten en las cosechas de los jéneros como en la de la sal, bastante productiva apesar del monopolio holandés, y en una abundancia inagotable de nidos de salanganas que tapizan las rocas escarpadas de la costa septentrional.

A lo largo del camino se veían de trecho en trecho lugarejos madureses cuyas casas, ceñidas de un seto de juncos entretejidos, parecian otras tantas islas.

En el espacio de tres horas las calesas salvaron la distancia que separaba Bancalang del punto en donde desembarcaron los Franceses. Llegaron finalmente al palacio del sultan, quien recibió á los estranjeros con maneras nobles y distinguidas. Estaba sentado á su lado el residente holandés que sirvió de intérprete al comandante de la *Favorita*. El palacio del sultan forma uno de los lados de la vasta plaza de Bancalang: en primer lugar se ve un espacioso patio orillado de casernas para la guardia maduresa y en su centro se alzan dos árboles magníficos que presentan un testimonio irrefragable de la antigüedad del título del soberano actual, puesto que su abuelo los plantó con mucha ceremonia el dia en que fué llamado *bang-horam*. Allende aquel patio está el palacio, edificio de una construccion elegante y lijera, adornado de co-



1. Palais du Résident à Sourabaya.

1. Palacio del Residente en Surabaya.



2. Un Habitant de Madure.

2. Un Natural de Maduré.

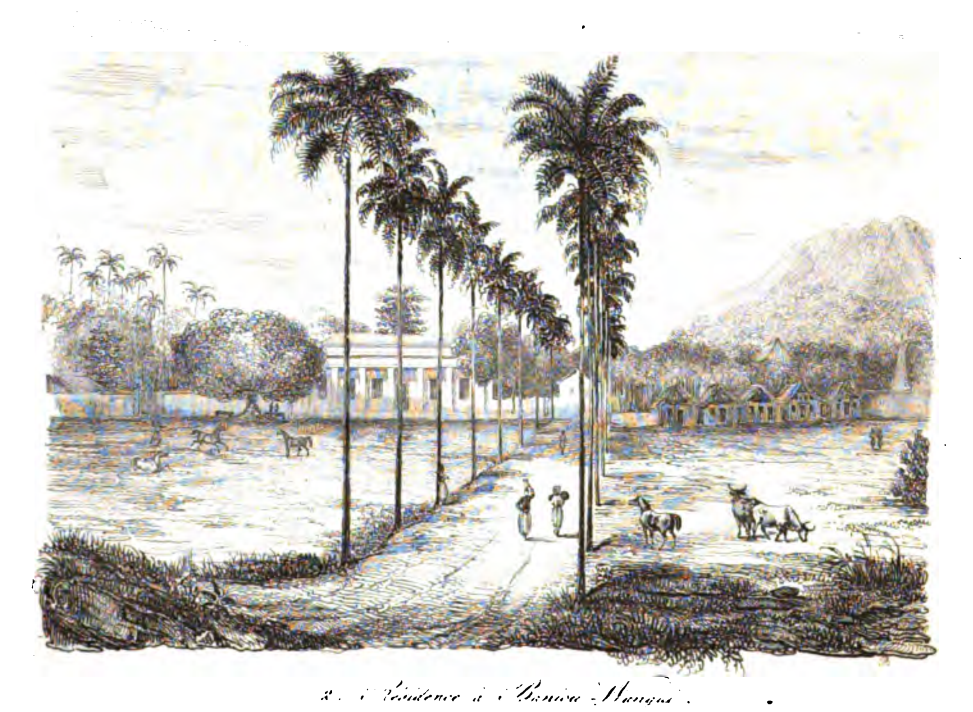
Sanson del.

VOYAGE
VIAJE



1. Vue de Sourabaya.

1. Vista de Surabaya.



2. Résidence à Baniou-Wangui.

2. Residencia en Baniu-Vangui.

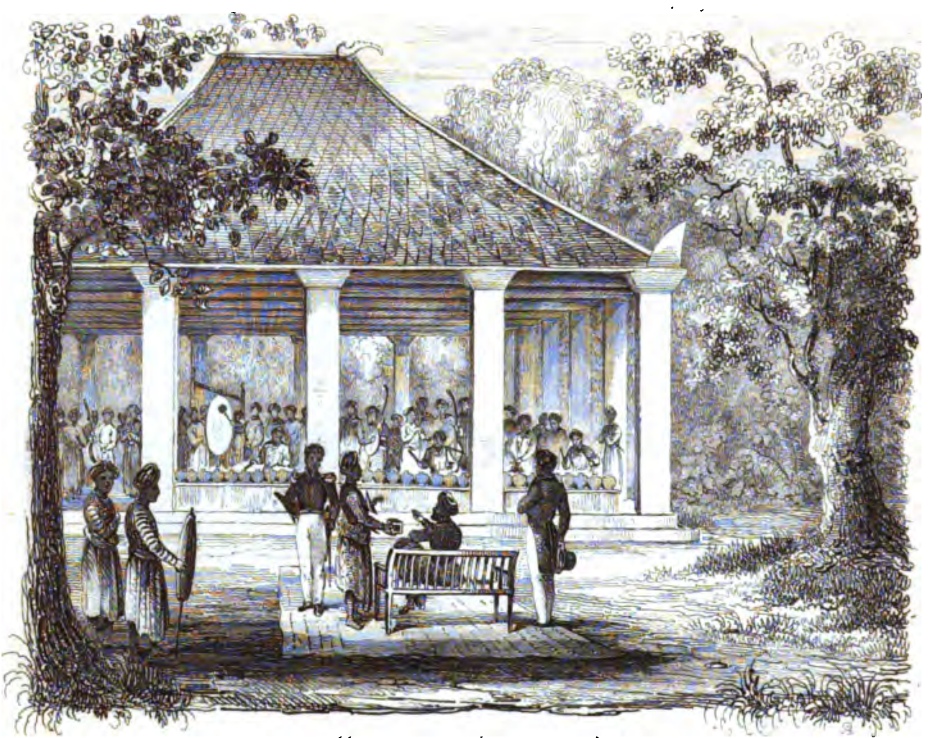
de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE



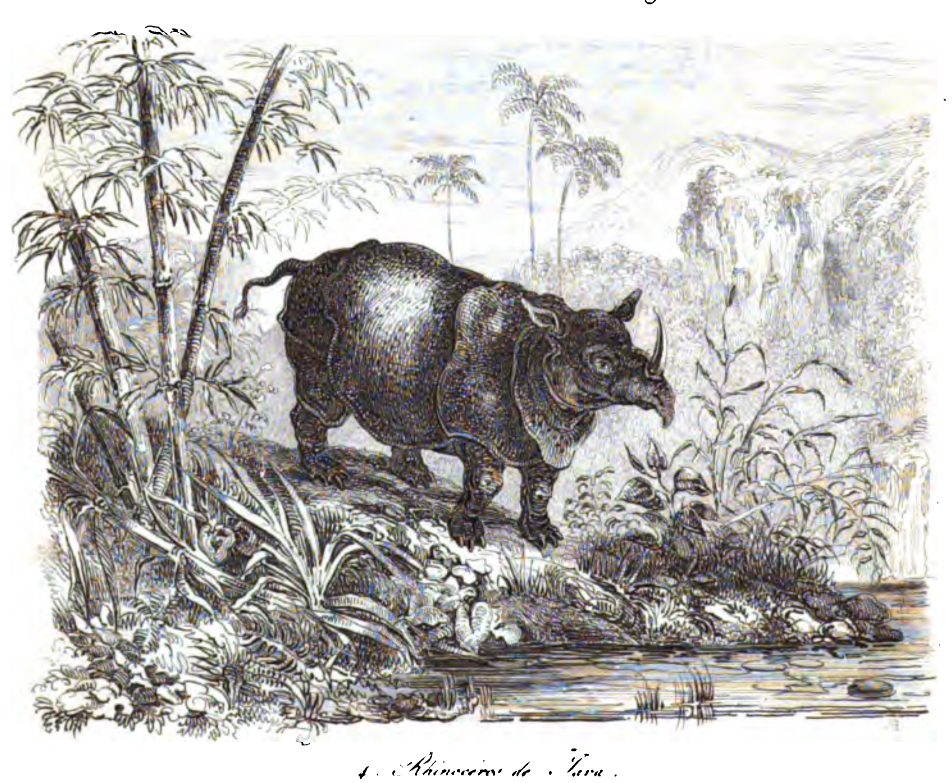
3. Promenade avec le Sultan de Maduré.

3. Pasco con el Sultan de Maduré



3 Musique du Sultan de Bankalang

3 Música del Sultan de Bankalang



4 Rhinoceros de Java.

4 Rinocerante de Java

lumnatas bajo las que se estienden en la pieza principal, vasta galería de forma rectangular, abierta á la brisa en todas direcciones. Aquel inmenso kiosco está cortado en cuatro partes y á ángulos rectos por otras dos series de columnas. De aquelias cuatro salas habia dos que mas bien parecian un almacen que un cuarto, por razon de los candelabros, relojes y otros muebles preciosos de que era atestado; pero las otras dos servian de comedor. Al rededor de aquel edificio de la mas estraña arquitectura habia muchas dependencias; una sala de baños, cocinas, los alojamientos de las mujeres ó de servidumbre, y la sala de instrumentos de música, entre los cuales habia muchos de una sola cuerda, semejantes á un violin. Al lado de aquellos instrumentos se vieron otros muchos de una armonía imponente; tal era una especie de gong ó de djender, compuesto de ocho placas de metal de dimensiones desiguales y que con la baqueta del músico dan un sonido proporcionado á su grueso. En aquel mismo recinto se hallaba tambien el sombrero chino, un grueso tambor, todo linaje de goum-goums y un tam-tam que imita completamente el horrífico rimbombo del trueno (Pl. XXXI. — 3).

Apenas llegaron los Franceses, cuando el sultan les dió el espectáculo de algunas diversiones. La primera se compuso de una pantomina guerrera, ejecutada por hombres de gallarda presencia, ricamente vestidos y armados de la lanza y del cris. La pantomina figuraba guerreros que iban al encuentro del enemigo, y los jestos y los movimientos del cuerpo manifestaban este objeto tan al vivo, que los cómicos mas distinguidos hubieran podido tomar lecciones de aquella sabia mímica. Sucedió á esto un banquete que tuvo un carácter menos nacional: el servicio, la cocina, los vinos, todo era europeo; los convidados mismos llevaban en su mayor parte el uniforme holandés. Únicamente se distinguia el sultan con un vestido medio malayo, medio bátavo; llevaba una almilla de uniforme que dejaba desnudos el pecho y el cuello, con unas charreteras de jeneral, y en vez de pantalon un holgado taparabo que apenas encubria unas piernas desnudas y macilentas. El sultan era hombre de unos cincuenta años; su tez de un pardo obscuro, su nariz aplastada, su boca enorme, sus labios lacios, sus dientes negros, su frente estrecha, sus carrillos prominentes y sus ojos pequeños y amarillos, pero en cambio tenia un carácter franco jovial y á la vez imponente y comunicativo.

Este jefe indíjena se mostró escelente en alto grado para los Franceses: no parecia sino que se injeniaba para procurarles todos los medios de distraerles, y traía los mas ardientes deseos de hacerles concebir una idea favorable de su grandeza y de su magnificencia. Al banquete sucedió la eterna y atronadora música acompañada por un coro ingrato y discordante de mujeres viejas y feas en su mayor parte, que formaban parte del harem del voluptuoso sultan. Al concierto siguió el juego; sentáronse todos en torno de una mesa para hacer un *veinte-y-uno* en que los ajentes holandeses y los colectores chinos se manifestaron hábiles maestros. En fin una magnífica cena dió cima á aquella primera jornada de fiestas.

No fué menos solemne la segunda jornada. Al salir el sol los estranjeros subieron á un pequeño collado en cuya cumbre se hallan las tumbas de los reyes de Bancalang, en cuyas lápidas casi se podia leer la fecha de su fundacion por razon de la diferencia que habia entre el órden de arquitectura y la eleccion de los materiales. Las mas antiguas eran de ladrillos, pero otras mas recientes eran de cal y canto, y otras de mármol blanco y granito vetado. Uno de aquellos soportales contenia los sepulcros de los antiguos sultanes de Maduré, rodeados de muchos otros entre los cuales descollaban por su altura, y compuestos casi todos de una pirámide cuadrada truncada y coronada por un macizo de mármol ó de granito gris. Las tumbas mas bajas eran las de las mujeres del sultan difunto.

Por la tarde se multiplicaron las fiestas. Estimulado por algunos presentes bastante preciosos, el sultan procuró escederse á sí mismo é instó reiteradas veces á los oficiales de la *Favorita*, paraque diesen con él un paseo oficial y pomposo. Salieron los coches del patio al son de una música discordante, y tropezaron en el camino con una muchedumbre de hombres, de niños y de mujeres que se hincaban de rodillas y juntaban las manos en profundo silencio (Pl. XXX. — 3). A mayor distancia se veían rejimientos madureses recien organizados, y sobre los que el anciano sultan tendió una mirada satisfactoria.

Los Madureses son musulmanes fanáticos y pios, y todos los años los misioneros que llegan de Arabia redoblan el zelo de aquellos ardientes islamitas. Son mucho mas intrépidos que los Javaneses, de suerte que estos les temen y huyen, lo cual no sabemos si atribuir á la diferencia de raza ó de culto. Macilento y raras veces de alta estatura, tienen los miembros cenceños, la nariz ancha y aplastada, los cabellos fuertes y lacios, los ojos negros pero tiernos, la boca arqueada por el betel y los dientes ennegrecidos por una preparacion tintorial. Andan vestidos á poca diferencia como los Javaneses, con un taparabo de dibujos, una chupa con mangas, un turbante bastante ancho, un cris al lado y los pies descalzos. Por orta parte el Madurés es leal, sobrio,

intrépido, fiel á su palabra, amigo del lujo, piadoso, perseverante y creyente en sus tradiciones (Pl. XXX. — 2).

La fiesta de la tarde se dió, no en el palacio del sultan, sino en el de su hijo. Desterróse de todo punto la etiqueta cortesana, y los dignitarios madureses se mostraron en toda su neglijencia y sencillez. El domicilio del heredero presuntivo del trono estaba edificado á la europea, tenia galerías sostenidas por columnatas, cuartos ornados y espaciosos, un patio orillado de edificios para las mujeres, una música no menos ínfera que la del sultan, y coristas igualmente feas. Cenaron alegramente, hiciéronse muchos brindis que les pusieron algo calamucanos, y al levantarse de la mesa, oficiales de la corbeta y jefes madureses echaron á bailar con las bayaderas del harem encargadas de distraer á los convidados. Desde luego se vieron bailarines en uniforme europeo y algunos oficiales que se mezclaron con aquellas mujeres formando pasos. Impelidos por el ejemplo y animado por los vapores del vino, el buen sultan echó tambien á bailar. Nada cabe mas curioso que la vista de aquel pequeño anciano, feo y macilento, cubierto de un pañuelo de color, sin corbata ni chupa, con su taparabo y su cinturon amarillo, enlazando amorosamente sus brazos al rededor de sus dos odaliscas, esforzarse en dar gracia á su movimiento, recojer los aplausos de la multitud, enojarse cuando amainaban, y asentar sendos puñetazos con su real mano á aquellos espectadores que no aplicaban harto calor en su entusiasmo. Apenas el sultan se mezcló en el baile, el movimiento se jeneralizó; hiciéronse bailar á los Madureses, á los Holandeses y hasta á los colectores chinos que soportaban con una repugnancia cómica las invitaciones de las bailarinas.

Finalmente aquella serie de fiestas se llevó á cabo con una gran representacion escénica: era la infancia del arte, sombras chinescas ejecutadas con una tela tendida. Al dia siguiente los oficiales de la *Favorita* regresaron á su corbeta en donde al otro dia siguiente tuvieron que recibir y festejar al soberano madurés.

La *Favorita* hizo otras escalas en aquella costa antes de proseguir su grande itinerario de circumnavegacion. Ancló en Passarouang, capital de la residencia de este nombre, situada en el fondo de una bahía muy abierta, á las márjenes del Gumpang, riachuelo casi innavegable. Passaruang hace un vasto comercio de arroz, de sal y de legumbres de Europa que se cultivan con el mejor écsito en las vecinas alturas. La *Favorita* fondeó en seguida en Bezukie, á catorce leguas de Passaruang, situada como esta última en la confluencia de una pequeña corriente. Bezukie es una pequeña ciudad con hermosas habitaciones, entre las cuales se distinguen las del residente holandés y del jefe indíjena. La residencia de Bezukie contiene una poblacion de 400.000 almas, y es una de las mas considerables de la isla de Java, aunque solo es habitado el litoral. La parte montuosa es el dominio de los osos negros, de los javalíes y de los tigres, y la orilla del mar está guarnecida de hermosísimos lugares, cuyos cultivos principales consisten en plantaciones de café y sobretodo en arrozales.

El pueblo de Panaroukan situado á algunas leguas S. de Bezukie tiene los arrozales mas considerables del distrito: es una localidad deliciosa, con una magnífica avenida plantada de copados árboles, y adornada de hermosas chozas construídas de madera y cubiertas de bálago. A diez leguas en el interior de Bezukie y en la direccion de las montañas se halla otro pueblo, el de Badican, que tambien fué visitado por los oficiales de *la Favorita*. El país mas fragoso abriga hermosos cuadrúpedos, entre los cuales debe citarse el buey que crian á manadas, como tambien toros para el circo, de los que dió un espectáculo á los Franceses un jefe de Badican.

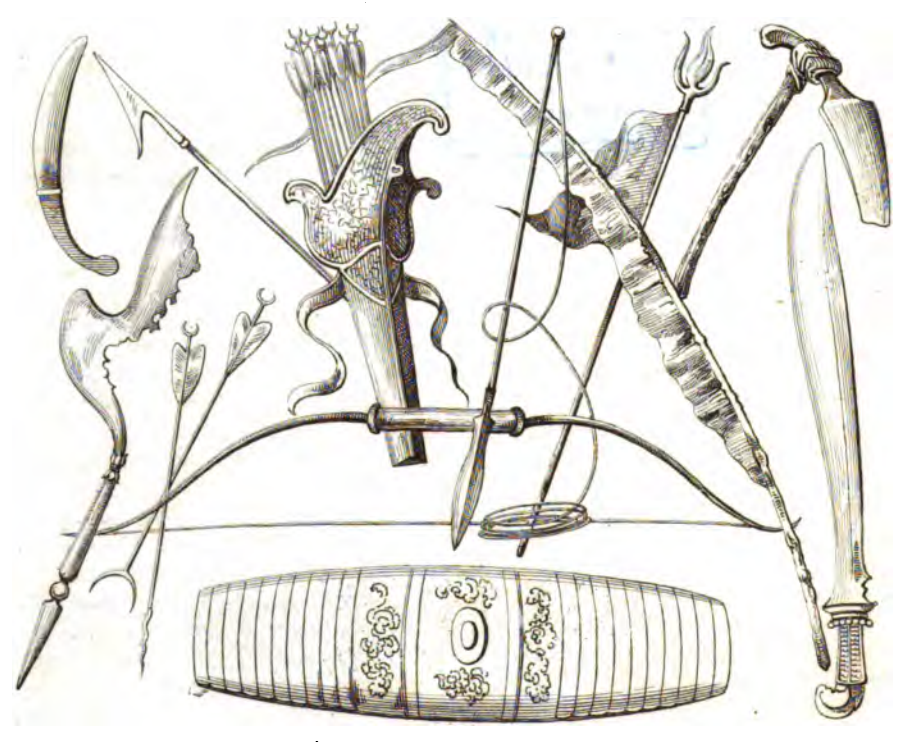
Desde Bezukie *la Favorita* dió la vela para Sumanap, segunda sultanía de Maduré y situada al estremo oriental de la isla. La bahía de Sumanap es de un acceso dificil, á causa de los arrecifes que se estienden á bastante distancia de la costa. La costa de Maduré presenta en aquel punto tal monton de légamo, que fué preciso fondear por cuatro brazas de agua al pie de dos millas de distancia del pueblo.

El sultan de Sumanap dispensó al comandante francés una acojida menos risueña que el de Bancalang, bien que no menos hospitalaria. El palacio de este príncipe no diferia del de su vecino; pero su música era europea y no maduresa. Y es que el nuevo sultan era la criatura de los Holandeses, á quienes fué no pocas veces útil su intrepidez. El fué quien en la última guerra condujo á Java los mas intrepidos ausiliares. De una estatura alta y repleta, fuerte, vigoroso, de facciones graves, ojos negros y vivaces, el sultan de Sumanap tenia todo el esterior de un jefe asiático. Sumanap es un pueblo poco considerable, consiste en una hilera de casas de piedra y de madera que por un lado dan al mar y por otro á unos jardines. El territorio interior de la isla es bastante ingrato y solo produce arroz, maíz y cañas dulces á fuerza de trabajo; de suerte que mas bien puede considerarse como un punto de defensa que de produccion. Los Holandeses tienen encargado sobremanera al sultan que reina en ese distrito que vele severamente por la seguridad de los parajes vecinos, y dé una caza activa y constante á los paros de los piratas que infestan los distritos de Bali y de Lombok. A veces estos piratas se reunen en flotillas, y en vez



3. Bramine de Bali.

3 Bramin de Bali



4. Armes & Étendarts des Javanais.

4 Armas y Pendones de los Javaneses

de aguardar un ataque, lo previenen y hacen invasiones á la isla; mas para preservar la isla de semejantes tentativas, Sumanap tiene un miserable fuerte cuyos terraplenes encespedados pueden recibir seis cañones de á ocho y una guarnicion de cien hombres.

La recalada de Sumanap tuvo tambien sus diversiones y sus fiestas, paradas de tropas maduresas, opíparos banquetes en que el sultan desplegó un lujo increíble de cristales y de vajilla; un baile lleno de contraste en donde los vestidos europeos de las damas criollas figuraban junto al traje malayo, deslumbrante de pedrerías y de los uniformes madureses, mas lijeros y casi salvajes. El sultan hizo los honores de aquella fiesta con tanta gracia como dignidad.

La Favorita partió de Sumanap en direccion al estrecho de Bali, doblando el cabo de Sandana, punto de reconocimiento familiar á los navegantes de aquellos parajes. Desde luego se abrió ante el espolon de la corbeta aquel estrecho fatal á mas de una nave, y en el que los vecinos isleños han establecido una suerte de tributo de muerte y de pillaje. Bali es una de las cien guaridas de esos paros que devastan los mares malayos. Cada uno de aquellos ancones oculta un lazo; en cada cabo hay un peligro.

Dicen que Bali fué poblado por una colonia de isleños de Soulou que se vieron forzados á la espatriacion por los malos tratos que recibian, y se refujiaron á esta isla, en donde fundaron Bali-Balou, residencia de uno de los tres sultanes que se reparten la isla Bali-Balou. Está situada en el fondo de una pequeña bahía, y apenas cuenta algunas hutas habitadas por semi-salvajes. Dejando á un lado la piratería, estos indíjenas no conocen otra industria que la de un corto número de cultivos. Cada año algunos paros van á Sincapour á llevar algodon, cocos y muchos frutos deliciosos que crecen en aquellas selvas, y en cambio de estos productos obtienen algunas mercancías chinas, telas comunes, quincallería y otros objetos de Europa. Bali produce ademas una apreciable especie de bueyes caracterizados por una mancha blanca en las ancas y en los muslos, y muy buenos para la labranza, aunque su carne no es buena de comer. Los moradores de Bali son una raza de hombres embrutecidos y feroces pero robustos, que prestan como esclavos algunos servicios en los trabajos manuales. Muchas y horribles supersticiones pesan sobre esta comarca, y en ella están vijentes todavía las mas fanáticas atrocidades del continente indio. Este es el país en que el primitivo culto de Java parece haberse conservado mas fielmente. Este culto era antiguamente al parecer el bouddhismo, pero hace unos tres ó cuatro siglos que prevalecia el bracmanismo. Los sacerdotes de Bali tienen el mismo carácter y los mismos privilejios que los del continente indio, y observan la misma vida mística, vida de contemplacion y de oracion (Pl. XXXIII. — 3).

La última recalada de *la Favorita* en la costa javanesa tuvo lugar en Baniou-Wangui, distrito S. E. de la isla. Este territorio era en otro tiempo abandonado y desierto, pero en la actualidad es cubierto de ricos cafés. Su capital, Baniou-Wangui, consistia antiguamente en un montón de mezquinas chozas construídas junto á un fuerte protector de la costa. Los tigres infestaban las cercanías, y los vecinos cráteres derramaban abundante lava en la playa. Sin embargo, en medio de horribles soledades el gobierno quiso fundar plantaciones útiles y poco costosas. Era preciso desmontar bosques enteros y abrir comunicaciones en el seno de un país casi impenetrable, para cuyos penosas faenas se destinaron los indíjenas condenados por robo ó por asesinato. Estos desgraciados no se prestaron al principio mas que con mucha repugnancia, pues preferian morir de hambre que arrastrar una ecsistencia miserable en semejantes fatigas. Viendo de consiguiente que la desercion iba á hacer imposible la colonizacion, se dió permiso á los forzados paraque hiciesen venir sus familias y establecerse en menajes en el sitio que les designaron por cárcel, cuya medida tuvo en Baniou-Wangui el écsito próspero que ha tenido siempre en todas partes. Los cultivos tomaron mas incremento; fundáronse aldeas, ganóse terreno sobre los tigres y edificáronse casas en las mesetas interiores. La del residente está situada á poca distancia de la playa, y consiste en un hermoso edificio sostenido por columnatas y circuído de chozas (Pl. XXXI. — 2). Una dilatada y deliciosa avenida de cocos conduce á la aldea y á la bahía: á la izquierda se ve el fuerte ceñido de un profundo foso y artillado con diez cañones en las troneras de unos terraplenes encespedados. Este sistema de defensa es completado por almacenes de piedra labrada, casernas, un almacen de pólvora, y una guarnicion de cincuenta hombres. El interior es cruzado por inmensos verjeles de café, en medio de elevadas selvas vírjenes que parecen tenerlos sufocados. Rodeados de tigres, los plantadores parecen haberse entendido con ellos para vivir en paz y armonía, supuesto que algunas veces se han visto enormes tigres pasearse entre las casas á ciertas horas del dia sin que las mujeres ni los niños parezcan amedrentarse mucho; y despues de haber obtenido algo para comer, vuelven á internarse en los bosques para dar caza á los gamos y á los ciervos. Sin embargo no siempre se manifiestan los tigres tan pacíficos, pues á menudo se han apoderado de algunos caballos, perros y bueyes. Si estos raptos se reproducen con sobrada frecuencia,

se dispone una batida y se preparan fosos cubiertos de follaje en los que cae el tigre á merced de sus enemigos.

En aquellas selvas se encuentra frecuentemente el rinoceronte unicornio, conocido de los naturalistas bajo el nombre de rinoceronte de Java, especialmente en sus mas charcosas profundidades. Raras veces se ha observado que este animal ataque al hombre, pues si bien está dotado de una fuerza estraordinaria, solo la usa para defenderse cuando le disputa el paso. Duvaucel, que observó de cerca este pachydermo, asegura que esta especie es una de las mas pequeñas que se conocen. Su cuerno crece con la edad y parece redondearse por el roce y la frotacion, y el carácter mas notable de su piel está en los tubérculos, pentágonos en su mayor parte. A primera vista no parece sino que está cubierta de escamas, pero en realidad esos tubérculos no son otra cosa que eminencias epidermoicas que dejan su vestijio marcado en la capa jeneral de la cubierta tegumentar. Los únicos pelos que se perciben en el cuerpo nacen en una depresion que ocupa el centro de los tubérculos, y estos pelos negros, son mucho mas densos en dos puntos, á saber, en el borde de las orejas y encima y debajo de la cola. El rinoceronte de Java solo se nutre de yerbas, de raíces y de tiernos renuevos de árbol; plácese en los humedales y en las sombrías, y se solaza con muchísimo gusto en el cieno de los pantanos (Pl. XXXI. — 4).

Despues de una recalada de algunos dias en Baniou-Wangui, *la Favorita* salió de aquella bahía y se hizo á la vela para Hobart-Town, habiendo recorrido casi bahía por bahía y capital por capital toda la costa oriental de Java, la menos frecuentada y conocida.

El Kanguroo se hallaba igualmente á la sazon en frente de aquella costa. Habia dejado el fondeadero de Sourabaya, y á 30 de octubre penetró en el estrecho de Bali para pasar desde allí á los grandes mares australes. Pero antes de perder de vista el territorio javanés, objeto de tantos estudios, no dejan de ser convenientes las noticias curiosas y nuevas, interesantes y auténticas que la historia, la arqueolojía y la jeografía nos han transmitido en lo tocante á esta isla.

CAPITULO II.

JAVA. — JEOGRAFÍA JENERAL. — COSTUMBRES, RELIJION. — ANTIGUEDADES. — HISTORIA.

Si hemos de creer á los etimolojistas, la denominacion de Java deriva del *jawa-vut (panicum italicum)* que formaba el principal alimento de los aboríjenes. Los naturales la llaman tambien Tana.

Esta isla se estiende entre los 103° y los 112° lonj. E. y entre los 5° 52' y los 7° 46' lat. S. Su lonjitud, desde el cabo de Java hasta la punta mas oriental, es de ciento noventa y dos leguas marinas, y su anchura entre la punta S. O. de la bahía de Padjitan y el cabo Japara es de sesenta y seis leguas, y entre el embocadero del rio Serayou y el de Sourabaya, varía de diez y seis á diez y nueve leguas. La isla tiene la forma de un rectángulo, y sus costas son bastante paralelas paraque puedan dividirse en cinco ó seis partes que forman otros tantos paralelógramos. Las costas del O. y del E. ofrecen puertos abrigados y bahías muy seguras.

Java tiene poca anchura en toda su estension; así que no ofrece mas que dos corrientes que sean para citadas, el Sole y el Kediri; la primera riega su parte central y desemboca en el mar de Java; la segunda desciende de las *montañas sacras* y se pierde en el golfo de Sourabaya. Los otros rios apenas son mencionables; el Tchi-Manok, el Tchi-Tandoni, el mas caudaloso de los que corren hácia el S., el Tchi-Kanjongan y el Tchi-Taroung. Cada distrito tiene su rio principal, casi siempre navegable para los costeños. Java no encierra lagos de importancia; únicamente en la estacion lluviosa se forman vastas estensiones de agua llamadas *rawas* por los naturales, que se desecan cuando muda el monzon. El mas estenso de esos rawas es el *Buiten Zee* (mar interior). La provincia de Bagalan al S. de la isla contiene una laguna sumamente abundante de pesca.

El terreno de Java esperimenta una interrupcion uniforme. Toda la costa septentrional es como flanqueada de isletas formadas por el cieno que arrastran las corrientes, siendo ademaslliana, arenosa y cenagosa. La costa meridional es por lo contrario escarpada y orillada de acantilados basálticos. La isla presenta asimismo un anfiteatro que corre del S. al N., salvo en algunos distritos. El suelo primitivo de la isla parece volcánico; las montañas ignívomas terminan en punta aguda y tienen unos flancos surcados de barrancos que derraman torrentes de agua en la estacion lluviosa. ¿Ora se ven pequeñas cordilleras que lanzan á las nubes sus estraños picos de basalto; ora cadenas calcareas que se presentan bajo el aspecto de encumbradas mesetas, ó bien otras cadenas que participan de una y otra naturaleza, semi-calcareas, semi-volcánicas, que se prolongan á lo largo de las costas bajo todas formas y direcciones. Las fuentes minerales y sulfurosas, las erupciones igneas y todos los fenómenos que acompañan á su orijen volcánico se reproducen frecuentemente en todas las partes de Java.

La jeolojía de esta isla es de un carácter es-

pecial, y parece no ligarse, almenos en la apariencia, con el sistema montañoso de la península de Malaca y de la isla de Sumatra. Las montañas de Java no forman cordilleras no interrumpidas, sino grupos aislados y siempre alineados en el sentido de la lonjitud mayor de las tierras. Por otra parte no es esta la única diferencia que ecsiste entre Sumatra y Java: el árbol de tek crece en esta última isla en abundancia, pero no se produce en la primera; Sumatra es rica en minerales preciosos, pero Java carece de ellos; finalmente el suelo de Java es mas fecundo, pero no produce alcanfor, riqueza principal de Sumatra.

La etnolojía de esta isla es bastante curiosa para estudiada. La raza que habita esta tierra constituye una variedad de esa raza malaya difundida por la larga cadena de islas que corre desde la punta achinaya de Sumatra hasta la punta S. de Timor. Esta raza de hombres son robustos y bien plantados; su boca es grande, su nariz corta y estrecha, rara vez prominente, sus ojos pequeños y negros, sus cabellos negros, largos y consistentes. Las mujeres son dos pulgadas mas pequeñas que los hombres, tienen el tinte de un amarillo de oro, y ese tinte naranjado es célebre en las poesías javanesas como el de nuestros romances. Hanse inventado para las Javanesas cosméticos amarillos, como la cerusa para nuestras Europeas.

Estos pueblos son activos, industriosos, ájiles, astutos y á veces vengativos. Algunos autores les creen aborijenes ú orijinarios de la península birmana, cuya última opinion es seguida por el doctor Buchanan, aunque no por Crawfurd.

La constitucion física de los habitantes es sana y vigorosa. La duracion de la vida humana es casi la misma que en Europa; los centenarios no son raros. Las enfermedades inflamatorias son menos conocidas y peligrosas que en Europa, pero en cambio las fiebres diezman la poblacion; y antes de la introduccion de la vacuna, las viruelas hacian mortales estragos en la isla. La peste y la hidrofobia son al parecer desconocidas; mas no falta quien diga que una de las escalas de Java, Samarang, ha sido la cuna primitiva del cólera morbo.

En un país tan sumamente cálido, y bajo la ley mahometana que lo prescribe, se concibe que los baños deben de ser una verdadera necesidad, un hábito, un deber. Los Javaneses se bañan á todas horas, y se arrojan confusamente en el agua así de los arroyos como de los rios. El sol en ciertas estaciones vibra unos rayos tan abrasadores que una soleada es mortal. En cuanto á las mujeres, sus largas y trenzadas cabelleras les preservan de los calores. Una singular preocupacion pretende que la luna es altamente peligrosa, y los mismos marineros europeos están persuadidos que los rayos lunares ejercen una influencia nociva á la salud.

El carácter de los Javaneses es dulce, indolente y fácil. El amo manda con bondad y castiga sin rigores inútiles. El Javanés es ademas sobrio, paciente, sometido á sus jefes nacionales, hospitalario para con los viajeros, sea cual fuere su nacionalidad, adicto á sus tradiciones de raza y á los lazos de familia, y amante del suelo que le vió nacer. Como contraste á sus buenas circunstancias, es preciso añadir que los indíjenas son zelosos, á veces falsos y malos, y siempre supersticiosos y crédulos, cuyo último defecto ha echado en ellos increibles raíces. Dejando á un lado algunos ánimos que el trato con los Europeos ha hecho superiores á semejantes puerilidades, todos los Javaneses creen en los sueños, en los pronósticos, en los sortilejios y en los encantamentos. Creen asimismo que en los bosques y montañas habitan algunos jenios; cuando una casa ha sido robada, arrojan contra ella un puñado de tierra de un foso recientemente ahondado, y creen que de esta suerte vierten un sueño letárjico sobre todos sus habitantes, y si pueden arrojar otro puñado sobre las camas, se imajinan que el encanto producirá otros efectos mas eficaces. Estas creencias surten efectos tan importantes, que no pocas veces han alienado á una poblacion entera. Cierto dia una vieja soñó que iba á bajar un poder divino del monte Sumbing, uno de los mas encumbrados del territorio santo, y al instante cinco ó seis mil operarios pusieron manos á la obra y trabajaron durante dos meses paraque la llanura fuese mas fácilmente accesible al Mesías esperado.

Ademas de los Javaneses, habitan la isla muchas otras razas ya descritas y conocidas: los Chinos con sus costumbres de traficantes nómadas; los Moros procedentes de la península del Dekkan, los Malayos y los Boughis, semi-negociantes y semi-piratas; los Árabes, juntamente industriales y sacerdotes, y la clase mestiza llamada portuguesa.

La mayor parte de los Javaneses son mahometanos. Hace cosa de tres siglos que fué introducido el islamismo en el archipiélago, y sus progresos en Java han sido tan rápidos, que actualmente solo se cuentan dos aldeas fieles á la antigua relijion bouddhica. La una de estas tribus, denominada *Beduis*, se halla en una comarca solitaria de la residencia de Bantam, y la otra en la parte oriental de la isla.

Los Javaneses son islamitas bastante relajados, bien que rigurosos observantes de las prácticas esternas: la circuncision, las abluciones, la abstinencia de ciertas carnes prohibidas encuentran muy pocos contraventores; pero los naturales no tienen la menor idea de dogma ni de moral, y no siempre se abstienen de licores espirituosos

como debe hacer todo fiel creyente. Siendo en su mayor parte sumamente ignorantes, carecen de sacerdotes instruídos, y muy pocos hay entre sus imanes que sepan leer el Alcoran, aunque son en mucho menor número los que han obtenido el título de hadgis por la penosa y larga peregrinacion á la Meca. Estos sacerdotes apenas saben leer y escribir, chapurrear algunos versículos del libro santo, y ejecutar algunos jestos á que atribuyen el valor de un ceremonial. Así es que tales hombres y los fieles que dirijen son casi todos de relajadas costumbres. La relijion de Java es fácil y condescendiente: admite todo jénero de temperamentos, mitiga por el órgano de sus imanes la severidad de sus prácticas y conduce á una moral muy poco edificante. Muchas veces aprueba algunas tradiciones antiguas del primitivo culto y se transforma en un mahometismo mezclado de bouddhismo. Ademas de las dos grandes fiestas prescritas por el Alcoran, celebran una tercera en honor de sus antepasados, fiesta aboríjene que en su ritual se ha mezclado con la fiesta mas solemne del nacimiento de Mahomet. En sus ceremonias llevan las figuras doradas de una serpiente, ó *naga*, de un animal semejante á una oca, y de otro animal que tiene la forma de un gamo. Todas estas figuras son indudablemente alegorías bracmánicas, especie de relijion opuesta á la dominante en el dia.

En Java reina la poligamia, lo mismo que en todas las comarcas en que domina el mahometismo; pero su uso solo se permite á los hombres de las clases ricas, pues son los únicos que tienen la facultad de tener mujeres á peso de dinero y mantener un harem. Ordinariamente los príncipes y los jefes de primer rango tienen cuatro mujeres lejítimas, ademas de las concubinas; pero los jefes subalternos solo tienen dos ó tres á lo sumo, y el simple habitante de los *campongs* ó aldea debe contentarse con una sola mujer. Es cierto que la ley es muy tolerante en este punto, supuesto que les permite numerosos divorcios; pero no pocas veces la mujer, ya por tener hijos, ya por apoderarse de la autoridad suprema de la familia, consigue avasallar esta libertad facultativa y anularla en beneficio suyo. Los príncipes y los rejentes poseen una primera mujer que casi nunca repudian, en cuyo caso las convenciones matrimoniales se estipulan de tal suerte, que solo pueden motivar un divorcio causas mas graves. Por otra parte una mujer de este rango goza de prerogativas importantes; marcha al igual de su esposo, hace los honores del dalam y ejerce los derechos de soberanía sobre las demas esposas cuyas pretensiones arregla segun mejor le parece.

Por lo dicho se ve que las mujeres no se hallan reducidas en el archipiélago malayo á ese estado de abyeccion en que vejetan en los otros paises mahometanos. Un marido paga á su mujer, la compra; pero no se cree autorizado á tratarla con desden; come con él y es la compañera de su buena ó mala fortuna. La mujer puede manifestarse en público sin escándalo y sin obstáculo de ninguna naturaleza; hace parte de los consejos y de los festines, y no está desterrada del cuerpo social. No faltan ejemplos de muchas mujeres que han reinado sobre las comarcas malayas.

Las mujeres de Java son industriosas, y ejercen diversos oficios. Las de alto copete son las únicas que se hallan reclusas, aunque muchos Europeos han sido admitidos al interior de aquellos harems.

Las Javanesas se casan muy jóvenes, pues á veinte años una moza se considera ya como vieja. Cuando el padre de un mozo javanés juzga que su hijo ha dado con una compañera que le conviene, hace proposiciones de matrimonio al padre de la moza, y las mujeres continuan la negociacion que acaba por promesas de himeneo. Entonces el novio remite sus presentes que consisten en un anillo ó una pieza de tela acompañados de nueces de arec llamados *pienang*, de donde deriva el verbo *manpienang* (desposar). Tras esta primera formalidad la familia y los amigos del novio se presentan y hacen sus correspondientes dones de *lamaram*, cuyo objeto es el de dar publicidad al matrimonio. En seguida los parientes arreglan el precio de la futura en dinero, alhajas, telas, arroz, búfalos, etc.

Concluídos estos preliminares, el novio se dirije á la mezquita, en donde el pangboulou le pregunta si ha satisfecho el precio acordado, y á su respuesta afirmativa pronuncia la fórmula sacramental: «Yo os uno (á fulano) por los lazos del matrimonio á (fulana), que en este mundo será vuestra esposa. En consecuencia debeis dar satisfaccion á todos los compromisos que habeis contraído, y sois responsable de las acciones de vuestra mujer. Si os ausentais de vuestra casa durante mas de siete meses en tierra, y mas de un año en el mar, sin subvenir á su subsistencia, quedará disuelto vuestro matrimonio, si así lo quiere vuestra mujer, sin otra formalidad, y estareis sujeto á las penas establecidas por la ley mahometana.» A esta consagracion relijiosa verificada segun el rito islamita, suceden unas ceremonias puramente malayas, que consisten en pasear los esposos recargados de alhajas y telas preciosas, á caballo ó en litera, por los sitios mas frecuentados de la ciudad ó de la aldea que habitan. Si se trata de matrimonio entre personas de distincion, la procesion es precedida de un personaje vestido en traje burlesco haciendo jestos y monadas, y de esta suerte llegan al domicilio del padre de la novia en donde se ponen los dos

esposos en presencia uno de otro; comen en un mismo plato y toman betel; cuya ceremonía es muy semejante á la *confarreation* de los Romanos. A veces la novia debe lavar los pies de su nuevo esposo, y en algunas comarcas ecsiste la costumbre de presentar un tizon ante la desposada y apagarlo en el agua. Al dia siguiente á la ceremonia, el nuevo esposo acompaña su mujer á su domicilio, y se celebran otras fiestas para dar cima á las nupcias.

Parece que la poligamia no ha producido en este archipiélago un decremento sensible de poblacion. Las estadísticas manifiestan que Java ha ganado en este punto. Algunos jefes tienen un número considerable de hijos, entre los cuales podemos citar el rejente de Tuban que tiene sesenta y ocho. Los nacimientos se celebran con mucha pompa: cuando una mujer está en cinta de su primer hijo, hay una fiesta muy solemne; al séptimo mes de preñez se da otra fiesta y al nacer el niño, una nueva fiesta, y se le impone nombre. Este nombre es puramente de capricho, pues no ecsisten apellidos. Las personas pias toman nombres árabes; las otras epitetos malayos, *bueno, amable, jeneroso, etc.* El padre añade á su propio nombre el que han impuesto á su primer hijo, como se verifica igualmente en Arabia. Los niños se circuncidan á la edad de ocho á doce años.

Los entierros se hacen con decencia, sin tumulto ni ruído: si un individuo fallece de noche, lo sepultan al dia siguiente; pero si muere de dia, lo entierran antes de ponerse el sol. Cada tumba es designada por un montecillo de tierra ó un cercado de madera, y muy raras veces se añade una lápida sepulcral ó una inscripcion. Los cementerios son circuídos de *sambaja (plumieria obtusa)* cuyo verdor arguye respeto. Sin embargo, á la muerte de un personaje rico y poderoso, se observa un ceremonial mas pomposo: todos los parientes de ambos secsos se trasladan y reciben algunas monedas; á cada sacerdote le dan un peso, una pieza de tela y una esterilla. Lavan el cuerpo, lo envuelven en una tela blanca, y lo depositan en un ataud cubierto de una tela pintada y de guirnaldas de flores. Cuanto mas rico y fastuoso es un convoy, mas bellas lanzas y quitasoles se ven. La comitiva de amigos y de parientes sigue al muerto hasta su última morada, y aguarda para retirarse que el sacerdote haya pronunciado sobre la tumba la oracion final. Estas oraciones duran otra semana mas en casa del difunto: cada dia los imanes van á ella para implorar la induljencia divina en favor de su alma. Los dias tercero, séptimo, decimocuarto, centésimo y milésimo, se celebran fiestas llamadas *sidikah*, que consisten en una especie de servicio fúnebre y conmemorativo. Fácilmente se concibe que semejantes formalidades solo se practican para las personas muertas que dejan una fortuna colosal. Segun sus costumbres nacionales, los Chinos celebran unos funerales no menos suntuosos y mucho mas ruidosos. Entre los Kalangs hay la costumbre de romper una nuez de coco, cuya leche se derrama sobre la tumba y cuyos fragmentos se colocan á la cabeza y á los pies del cadáver.

Los Javaneses hacen muy pocos cumplidos en sus comidas. Agachados en tierra sobre esteras, comen su pescado, su arroz ó sus carnes con los dedos, pero se lavan antes y despues del banquete. El agua constituye su bebida principal; antes de servirla la hacen hervir, y la sazonan con especias. Ademas toman té dos ó tres veces al dia; pero esta frugalidad no es la misma en los banquetes de ceremonia donde figuran una gran variedad de platos. La costumbre es de hacer dos comidas al dia; la primera antes del mediodía, y la segunda á las siete ú ocho de la tarde. Antes de salir por la madrugada, los Javaneses toman una taza de café con un poco de arroz.

El uso del *siri*, preparacion del betel, es jeneral en Java como en todas las comarcas indas y malayas. Con el ausilio de una cuchara se estiende sobre la hoja del siri una pequeña cantidad de *terra japonica*, sustancia de una amargura agradable, y un poco de cal viva, á lo que se añade nueces de areeks, que son narcóticas y de ello se hace una bola que se masca. Se sabe que esta preparacion devasta la boca, ennegrece los dientes y colora los labios de una saliva sanguinolenta. Apesar de tan ingratos obstáculos, es imposible hacer renunciar á los indíjenas el uso del betel. Cada Javanés, sea hombre ó mujer, trae continuamente á su lado una caja de siri. El tabaco de tomar no es tampoco desconocido á estas comarcas desde 1600, y sus cigarros son deliciosos.

Los licores fermentados del país son de dos especies, *badek* y el *brom*. El primero se fabrica haciendo hervir arroz grumoso llamado *ketang*, con una levadura dicha *ragi*, compuesta de piñones, pimienta negra y *capsicum*. La materia rollada en forma de globulillos suministra un trasudor que es el licor; en cuanto al residuo, que asimismo tiene un gusto de fermentacion, lo venden en el mercado como una bagatela. Para obtener el brom, se hace hervir tambien el ketang con el ragi, dejándolo trasudar; pero el licor que produce se encierra debajo de la tierra por espacio de muchos meses, á fin de que tome mas consistencia. El color del brom es moreno, amarillo ó encarnado, segun la calidad del arroz. Conservado algunos años, esté licor tiene bastante fuerza para embriagar. En Sourakarta se fabrica una especie de cerveza con las hojas del pari mecladas con azúcar y especerías, pero solo puede conservarse unos cinco ó seis dias.

La pasion de los Javaneses á estas bebidas espirituosas solo ecsiste en un corto numero de individuos. Por otra parte la ley relijiosa impide sus progresos. No sucede lo mismo con el uso del opio, que con el tiempo es para ellos una fiebre y un frenesí. Aunque en malayo llaman bebedores de opio (*minoum wadat*) á los que se entregan á esta pasion, no beben opio en Java, sino que lo fuman, para lo cual se sirven los naturales de pipas de madera ó de junco (*padudan*) Hemos dicho ya de que naturaleza es el éstasis que resulta del empleo de ese narcótico hablando de los fumadores chinos. El que llega á habituarse á estos placeres indescriptibles, no puede abandonarlos, y antes se abstendria de comer y de beber. Cada dia se aumenta la dósis del opio, y despues de algunos meses se revelan las fatales consecuencias de esta triste pasion. Se pierde el apetito; los ojos se encarnan; se embotan las facultades intelectuales, y el cuerpo enflaquece y cae en un estado de marasmo y consuncion.

En todos los escritos relativos á la India se ha hablado mucho de esos fumadores de opio que en sus situaciones enfermizas recorren las calles de una ciudad con un cris en la mano dando de puñaladas al primero que encuentran; locos furiosos que han tenido que ponerse fuera de la ley autorizando á todos los naturales para matarles como á bestias sobrecojidas de hidrofobia. Mr. Hogendorp, que ha sido mucho tiempo administrador en la colonia bátava, ha ceñido todas las narraciones en los límites de lo verdadero, y puesto el hecho real al nivel de todos los cuentos de *amok, amok*, arreglados por viajeros mas novelescos que historiadores.

Los juegos y las diversiones de los Javaneses son numerosos y variados. De todos modos procuran divertirse y matar el tiempo de mil maneras; las distracciones mas pueriles placen á su indolencia. Las de las mujeres consisten en visitas durante las que mascan siri, se refieren anécdotas, ó cantan acompañándose con el tambor. Los hombres tienen sus combates de gallos, para los que se muestran apasionados como todos los Malayos Los combates de *bourouguca* son asimismo una de las recreaciones del pueblo; por imitacion los muchachos hacen saltar lagartos, y los hombres no se desdeñan de divertirse con el combate de dos grillos, en el cual apuestan sumas considerables por ó contra los insectos combatientes, y los escitan tocando sus mandíbulas con manojitos de yerba.

Otras veces se divierten con combates mas serios. Aunque naturalmente poco belicosos, los Javaneses se baten en momentos concertados y despues de haber dispuesto el palenque llamado *acton*. Este juego consiste en descargarse cadenciosamente golpes de baqueta hasta que el uno de los dos campeones se confiese vencido. Los golpes pueden darse en cualquier parte; pero para evitar heridas en la cabeza, la envuelven en una pieza de tela que solo deja los ojos descubiertos. Solo puede darse un golpe á la vez, y cuando se ha descargado, se debe retroceder para recibir la contestacion. Esta especie de duelo al son de los instrumentos músicos continúa á veces por espacio de una hora entera, y los antagonistas acostumbran dejar la liza acribillados de heridas sangrientas. Los espectadores son una especie de jueces del campo, y los separan cuando contravienen á las reglas de costumbre.

Estos juegos son los del pueblo; los de los magnates son mas serios. El combate del búfalo y del tigre, y la muerte de este en medio de un cuadro de picas, hacen parte de estos placeres. Antiguamente se añadia el espectáculo de una lucha del tigre contra un criminal, cuyo uso, bien que al parecer olvidado, fué resucitado en 1812 para dos criminales citados por Crawfurd. A cada uno de ellos dieron un cris con punta emponzoñada, y en seguida abrieron una jaula de la que salió un tigre furioso. El primero de los dos campeones sucumbió á la mayor brevedad; pero el segundo tras una lucha de dos horas tuvo la dicha de matar al tigre hiriéndole varias veces en la cabeza, en los ojos y en las orejas. El vencedor no solamente obtuvo gracia, sí que tambien fué promovido al rango de *montri*. Conócente igualmente en Maduré las corridas de toros. La caza no es en Java tan agradable y fructuosa como en Celebes; la volatería tiene el campo libre en medio de las inmensas llanuras de la parte central de esta isla, y cuando es perseguida con viveza, busca un asilo en las montañas donde no puede ser alcanzada.

Entre las otras diversiones de los Javaneses no pueden pasarse en silencio las representaciones teatrales. El teatro es una especie de soportal abierto, en cuyo al rededor se colocan los espectadores, y en cuyo centro hay un lector (*dalang*) armado de un palo. Este lector da principio á la funcion por medio de una especie de prólogo; en seguida anuncia los personajes que van á entrar en escena y les da la señal con un palo. Al verlo salir, se creeria que van á desempeñar sus correspondientes papeles; pero nada de esto: solo continua el dalang, y los actores se reducen á asociarse á sus palabras por medio del jesto, y prosiguen su pantomina mientras él continúa su lectura. Todos estos actores van ricamente vestidos á la moda del país. El papel de las mujeres es desempeñado por mozos que se cubren el rostro con máscaras blancas de forma regular y natural, ó bien caprichosas y cargadas de dibujos (Pl. XXXII. 4). No deja de ser bastante estraño encontrar en los teatros javaneses las máscaras que servian á los juegos escénicos de los Griegos y Romanos, bien que el arte se halla todavía en su infancia en los teatros javaneses. Hé aqui uno de los *libretti*

recojidos por los viajeros : la hija de un rey de Java ha casado con un príncipe de Bali que la ha repudiado para vivir con una de sus concubinas; pero el padre de la princesa abandonada no quiere dejar impune la afrenta, sino que quiere vengarla por las armas. Sobrecojido de furor, se presenta en casa del pérfido, le sorprende adormido en brazos de su rival, ármase una contienda jeneral entre los Javaneses y los Balineses con los dos esposos á su frente, y vienen á las manos. La princesa es invulnerable, porque hay un dios que vela por ella, pretende persuadir al culpable esposo; pero embestido por el número cae prisionera. Entonces prueban vencerla por medio de muchos ofrecimientos capaces de seducir á un corazon menos noble; todo se lo cede el marido, á escepcion de su concubina, y no tiene inconveniente en cederle la mitad de sus tesoros y aun la mitad del reino. La altiva Javanesa rehusa todas estas proposiciones con tanta decision, que la abandonan á una piragua para desprenderse de un afecto tan pertinaz. Salvada milagrosamente de nuevo, la princesa invade con tropas de refresco los estados de su marido, le derrota, y al verse dueña de su capital le ofrece aun su corazon y su mano. El inconstante prefiere la muerte; dase una puñalada, y se lo lleva el diablo, segun costumbre, para dar fin á la pieza.

Este espectáculo es llamado el *topeng;* ofrece siempre argumentos sacados de los anales de Java, y el amor y la guerra son su objeto ordinario. Cuando se representa en presencia del soberano se quitan la máscara y recitan sus papeles en persona : otramente los recita por ellos el *dalang* ó lector en jefe. La música del *gamelan* acompaña los actores y les da las inflecsiones. Un topang se compone ordinariamente de diez y ocho personas, ademas del dalang.

Si el topang es el placer de los magnates, el *wayang*, especie de sombras chinescas, forma la diversion de la plebe. Estas sombras chinescas ó marionettes, de diez y seis á veinte pulgadas de altura, son de cuero de búfalo, dibujadas y trabajadas con todo esmero. Sus figuras son ordinariamente grotescas; su nariz es sumamente prolongada; sus brazos, sus facciones, sus tocas, todo es fantástico en aquellos wayangs á que los Javaneses atribuyen indudablemente un sentido alegórico (Pl. XXXII.—4). Delante de los espectadores se tiende un lienzo blanco en forma de cortina, y detrás de ella se pone una lámpara que la hace transparente. Cuéntanse tres especies de wayangs : el *wayang poura*, el mas antiguo de todos, sacado de la mitolojía javanesa, anterior al reinado de Parakisit, y en que se ponen en accion los dioses y los semidioses del país segun los poemas de Rama y de Mintaraga ; el *wayang gedod* que empezó en el período comprendido entre Parakisit y el reinado del infortunado Panji; por fin el *wayang klitik*, que mas bien puede considerarse como un juego de marionnettes que como sombras chinescas, con figuras de madera de unas diez pulgadas de altura, pintadas y doradas como todo esmero. Para este último no se sirven de cortina transparente, y el asunto es sacado de la historia del imperio de Madjapahit. Todas estas representaciones son presididas por el dalang, cuyo papel, muy venerado en el país, cerresponde con bastante ecsatitud al de los antiguos bardos. Los dalangs dan la bendicion al primojénito de cada familia repitiendo diversos pasajes de las antiguas leyendas.

Ademas de los wayangs, hay para el pueblo una especie de *scenario* entre un mono, un perro y un idiota, ó bien una pantomina llamada *barongan*, cuyos personajes van vestidos en traje de bestias feroces. Finalmente, la última diversion es el baile llamado *tendack*, que tiene lugar al caer la noche. Al son de la música el pueblo sale de casa en direccion á las plazas públicas en donde las bailarinas deben dar una representacion coregráfica. Cuando todos los espectadores se hallan reunidos en una tienda dispuesta con precipitacion y alumbrada por algunas lámparas, manifiéstanse las bailarinas medio desnudas, con el cabello reunido en la coronilla de la cabeza, con los brazos, el seno y las espaldas descubiertas, y con un vestido que dibuja á la vista del concurso todas sus formas, y al son de los músicos instrumentos echan á bailar acompañándose con la voz (Pl. XXXII.—2). Un taparabo de flores elegantes, movimientos armoniosos voces delicadas y jestos lascivos; tales son los medios de que se valen aquellas mujeres llamadas *ronguen* para seducir los Javaneses. Cuando los ha estimulado ya el espectáculo de aquella danza, los hombres procuran imitar á la bailarina, y no consiguen otro objeto que hacer reir á sus espensas.

Estas ronguens son mujeres despreciables y despreciadas ; pero los sultanes tienen en su palacio otras bailarinas llamadas *bedoïos* ó *srampis* y que rivalizan con las bayaderas de la India. Estas dan unos bailes que tal vez obtendrian el voto de los Europeos mas que los estrañas contorsiones de los ronguens; pero hasta aquí el espectáculo de aquellos bailes está circunscrito á los dalams de los sultanes. Los pajes de estos príncipes javaneses ejecutan tambien en su presencia, cuando se manifiestan en público, una marcha que podria apellidarse *danza;* pero, salvo este caso particular, los hombres no tienen danzas guerreras como sus vecinos de Celebes, de las Molucas y de Timor.

Las habitaciones ordinarias del aldeano de Java no son muy costosas. Por cuatro rupias (menos de 12 francos) tiene una choza con sus paredes, sus compartimientos de bambú entretejido, y su techo de hojas de nipa ó de una suerte d

bambú-sirap. El sitio que sirve de lecho es un poco elevado sobre el nivel del suelo: los jefes de una familia se alojan á un lado, y los hijos á otro. La luz entra por la puerta, y á lo largo de la fachada corre una baranda (Pl. XXXIV.—3). Las casas de los jefes son mas considerables, pues contienen cinco ó seis aposentos (Pl. XXXIV.—4). Estas casas se diferencian de las habitaciones malayas así por la distribucion jeneral como por las ventanas (Pl. XXXIV. — 2).

Las habitaciones rurales son jeneralmente reunidas en aldeas. Oculta bajo la sombra de frondosos sotos, cada aldea tiene sus funcionarios y sus sacerdotes que ejercen el réjimen patriarcal en su sencillez. Las ciudades de Java no son otra cosa que amontonamientos de aldeas, y todas las capitales de distritos encierran el *kadaton* ó morada del príncipe, cuya parte interior es el dalam. El kadaton es comunmente fortificado con terraplenes, un foso y piezas de artillería.

El antiguo gobierno del país no tenia una jerarquía muy complicada. A la cabeza del órden social y político se hallaba el *sousounam* ó sultan, cuyo título era hereditario por órden de primojenitura. El sousounam ejercia una autoridad despótica; era un soberano absoluto con las mas látas atribuciones del buen placer; hacia y deshacia los dignitarios, disponia de las propiedades y de las vidas, y podia considerarse como un dios sobre la tierra, y aun mas, supuesto que le era lícito ser injusto. Bajo su imperio habia el visir ó *raden adipati*, que tenia el poder á su cargo, siendo así que el sultan solo tenia los placeres. Despues del raden adipati venian los *bapatis* ó gobernadores de provincias, que eran superiores á los *pandjerans, toumougongs, andjebaïs* y *montris,* gobernadores de distritos y de comarcas. Cada *adipati* ó *pati* tenia una especie de teniente que le sucedia en caso de necesidad. Todos estos funcionarios, delegados libremente por el sousounam ó por sus ministros, recibian un destello de esa autoridad arbitraria y absoluta concentrado en las manos soberanas, de suerte que puede muy bien decirse que eran pequeños déspotas. El único empleo que tuvo un orijen popular era el de jefe de aldea: el *petindgi*, ó jefe del comun, era elejido anualmente por los habitantes, y tenia un consejo de notables, bien que ademas tenia que entenderse con el sacerdote ó *moudin* para tomar las medidas mas oportunas.

La justicia tenia dos especies de intérpretes: los *poughoulous,* grandes sacerdotes, y los *djasaks,* jueces. Los unos llamaban á su tribunal los delitos contra la ley relijiosa; los otros, los crímenes castigados por la ley civil. Todas estas dignidades eran tambien elejidas por el sultan, que asimismo nombraba para los grados militares. Los titulares de estos últimos, cuando pertenecian á encumbrada categoría, estaban revestidos al propio tiempo de *sinapati* ó de señor de la guerra. Los ejércitos se componen de infantería casi en su totalidad; y antes que los disciplinasen los Holandeses, sus armas principales consistian en el cris, el *weduny* ó largo cuchillo de monta, la lanza, las flechas, las hondas y los broqueles (Pl. XXXIII. — 4).

La distincion de rangos se observa en el modo de llevar el cris y en los colores del quitasol. El soberano es el único que puede llevar un *payong* ó quitasol dorado; los payongs de la reina y de sus concubinas son amarillos; los de la familia de la reina y de los hijos del soberano son blancos; los de los *bapatis* ó *toumougongs* son verdes con los ribetes dorados; los de los *andjibaïs*, de los *montris*, de los *rouggas* y de los oficiales inferiores son azules.

Los muebles de las chozas de los aldeanos se componen de esteras finas y almohadas cubiertas de esterillas coloradas. Los utensilios domésticos se reducen á algunos vasitos de cobre y de porcelana: las cucharas solo se emplean para el líquido, y raras veces se usan el tenedor y el cuchillo. En las casas ricas los muebles son mucho mas abundantes; en todas partes se ven esteras, tapices, almohadas y camas. En todos aquellos puntos en que los Europeos se hallan en contacto directo con los jefes, ha prevalecido el lujo occidental; de suerte que en ellos se ven espejos, sillas, mesas, canapés, estatuas de bronce y relojes de pared.

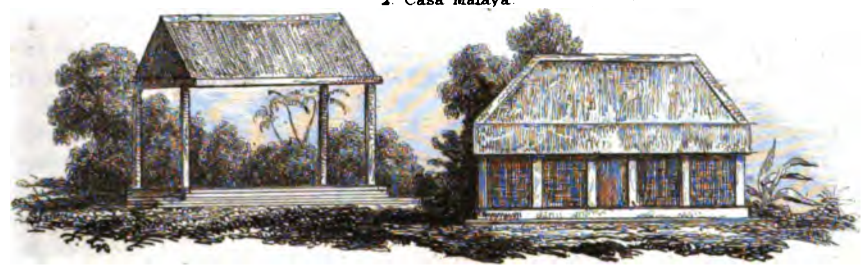
Hemos visto ya en que consistia el traje de los Javaneses. Actualmente emplean la mayor parte de nuestras lanas europeas; conocen el paño, el terciopelo, las guineas, las telas de la India, y visten con un gusto y una delicadeza increíbles. Entre sus vestidos hemos citado ya el *sarong*, especie de taparabo senejante á un saco sin fondo; el *kolambi*, vestido de mangas cortas; el *jarit*, chupa mas ancha que el sarong; el *sabuk*, almilla de seda ó de indiana; el *sikapang* de seda ó de terciopelo, y el *sambong*, especie de cinturon de seda amarilla con estremos encarnados.

Parece que en todos tiempos los Javaneses de ambos secsos han cuidado especialmente de sus atavíos. Insertamos á continuacion la descripcion de una tertulia javanesa sacada de un poema que data de una época anterior al mahometismo, y que podrá servir juntamente para caracterizar la civilizacion de aquel tiempo y para dar una idea de la policía javanesa que no deja de tener sus modelos y sus obras maestras. En el fragmento siguiente habla el poeta y hace el retrato de su querida.

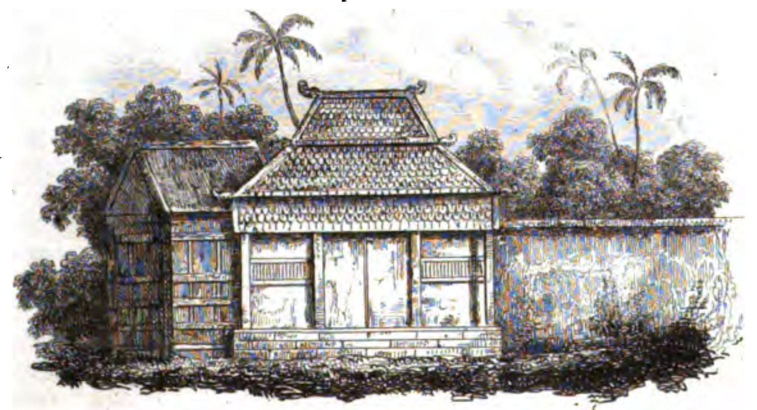
« Su semblante resplandece como la luna; el esplendor del sol es eclipsado por su presencia, y su hermosura es inefable. Nada falta á su talle; su cabellera flota hasta los pies en bucles negros y ondulantes; sus cejas son como dos hojas del



2. Maison Malaise.
2. Casa Malaya.



3. Maison de Paysans Javanais.
3. Casa de Campesinos Javaneses



4. Maison d'un Chef Javanais.
4. Casa de un Caudillo Javanes.

árbol llamado *imbo;* sus ojos son vivaces; su nariz aguileña; sus dientes negros, brillantes y bien alineados; sus labios tienen el color de la corteza tierna del mangustan, y sus mejillas tienen la misma forma del durando. — Sus dos senos, semejantes al marfil, son perfectamente redondos y se inclinan el uno hácia el otro. Sus brazos son á manera de arco; sus largos y flecsibles dedos se parecen á los espinos del bosque; sus uñas son perlas, y su andar no menos majestuoso que el del elefante.

« Aquella beldad iba ataviada de un chindipatola de color verde, rodeado de un cinturon de oro; en su dedo llevaba una sortija, produccion del mar; sus pendientes eran de esmeraldas y diamantes; el alfiler de su cabellera era de oro, y su collar era formado de siete piedras preciosas. Sus perfumes eran de tal naturaleza, que no era posible distinguir su olor de otro ninguno. »

Tal es la descripcion de un amante y de un poeta con toda su ecsajeracion oriental. Veamos ahora en el *Jaya-Langkara* las cualidades distintivas de un verdadero currutaco javanés.

« Un mozo de noble nacimiento se reconoce por siete circunstancias indispensables. Es preciso: 1° que sea de buena familia; 2° que sea intelijente; 3° que se halle en estado de dirijirse sin necesidad de Mentor; 4° que tenga presentes las instrucciones del sastras; 5° que sus intenciones sean grandes; 6° que observe su relijion; 7° que practique sin titubear las cualidades de que se halla dotado.

« Su corazon y su entendimiento deben ser sosegados y tranquilos; sabrá reprimir sus pasiones y callar cuando convenga; nunca dejará de hablar la verdad; no debe tener miedo á la muerte, y socorrerá sin orgullo á los desgraciados. Su presencia y su talle deben de estar ecsentos de defectos; su continente debe ser dulce y semejante al del *Batara-Asmara*, el dios del amor cuando baja á la tierra. Cuando le miran, debe inspirar esta idea: « Cuán grande debe de ser en la guerra! » Las formas de su cuerpo deben ser bien proporcionadas; su tez debe ser semejante al oro nativo, antes que este metal se someta á la operacion del fuego. Su cabeza será abultada; su pelo largo: sus ojos derramarán lágrimas con facilidad; sus cejas se asemejarán á la hoja del imbo; su nariz será prominente; llevará un pequeño bigote; sus labios se parecerán á la corteza tierna del mangustan; sus dientes serán colorados de negro, y su pecho debe de ser bien ancho.

« Todo lo que diga hará impresion en el ánimo de cuantos le escuchen, y los acentos de su voz deberán ser agradables. Llevará un *chelana-chindi* con un *bodot* verde subido; el talabarte será de oro: su cris tendrá un puño de *tung gaksmi;* y el *sumping* (especie de flor artificial que cuelga de las orejas) será de oro y á manera del *sureng peti* (bravo en la muerte). En el dedo pulgar de la mano derecha llevará una sortija de oro. »

No cabe duda que esta poesía parecerá algo estraña; pero su objeto moral y su tono serio manifiestan con evidencia el alto grado de civilizacion á que debieron de llegar los antiguos pueblos de Java.

Entre las otras pruebas no menos perentorias sobre que se funda este hecho es la magnificencia de las ruínas de que es atestado el suelo javanés. Tierra alguna es quizá mas fecunda en tesoros arqueolójicos. El antiguo culto de Java, borrado casi de todo punto por el mahometismo, parece haber conservado algunos escombros de sus antiguos templos para mengua de su afortunado rival al aspecto de los suyos. Aquellos restos de edificios se encuentran en toda la parte oriental de la isla, en el distrito de Bambanan, en Boro-Bodo, en Koulassan, en Singa-Sari, en Brambanan y en Malang. En todo aquel distrito se echan de ver grupos de templos de piedra con una estatua en el centro; ruínas de templos de ladrillos, y otros templos menos perfectos y de una fecha mas moderna.

Los tchandis ó templos de Brambanan son enteramente cubiertos de malezas á través de las cuales se penetra, bien que con mucha dificultad, al interior de los edificios. Estos templos son precedidos de enormes *rechas*, estatuas de los guardianes de los templos que los escultores indíjenas representaban agachados con un cris ó un *wedung* en la mano. Los rechas del pequeño templo de Brambanan son de una grandeza colosal; aseméjanse á los alfaquíes de la India; traen largas arracadas parecidas á las de las mujeres de Java, brazaletes y un collar, con un grueso cinturon que sostiene del lado derecho una pequeña espada, y con una serpiente ensortijada en la mano izquierda que mira al pecho del recha. Estos guardianes están situados en frente de un macizo de piedras esculpidas, sobre las cuales se alza el follaje de los helechos por confusas mazorcas. El monumento es cuadrado en la base y rematado por una pirámide cuadrangular (Pl. XXXII. — 3). La piedra del interior es blanquecina y semejante á las piedras pedernales. La arquitectura esterior es de mucha sencillez; la del interior es llana y tersa. Hay dos templos de Brambanan, el uno grande, el otro pequeño, pero ambos del mismo carácter y del propio estilo. A poca distancia de Brambanan se encuentra el *Tchandi-Siwou*, ó los mil-templos, una de las mas preciosas reuniones antiguas que puedan verse, que cubre un trecho de seiscientos pies sobre quinientos treinta. Estos templos se agrupan cuatro á cuatro en una disposicion cruciforme, todos de construccion piramidal, y cu-

biertos de esculturas con cuatro entradas grandes colocadas en los cuatro puntos cardinales.

Toda aquella linea está llena de ruínas semejantes. Asimismo se encuentran de ellas en Randon-Gonting, en el camino de Djoojokarta en Kali-Beninç, y en Koulassan, lugarejo situado á poca distancia de Brambanan. Las ruínas de Kolassan consistian en un vasto macizo de mampostería en cuya fachada hay numerosas puertas y ventanas (Pl. XXXII. — 1). Lo que mas distingue aquel edificio son los nichos esculpidos, los patios elegantes y una cierta armonía en las lineas.

Pero todas estas bellezas nada son comparadas con las maravillas del templo de Boro-Bodo, cuyo orijen se remonta al siglo VI ú VIII. Este edificio está situado en la cumbre de un collado cónico; es vasto y cuadrado, con siete series de paredes, superior cada una á la precedente. Parece que la cumbre de la colina fué allanada para la construccion de aquel edificio. Está terminado por una cúpula de unos cincuenta pies de diámetro, y rodeado de un triple círculo de torres en número de setenta y dos, ocupadas indistintamente por estatuas que miran al esterior (Pl. XXXIII. — 1). Todo este monumento es cubierto de ricas y delicadas esculturas. En el parapeto esterior se ven unos cuatrocientos nichos, y en cada uno de ellos una estatua de Bouddha agachado, con la vista clavada en el suelo, la cabesa tiesa, el tronco desnudo, una toca semejante á un gorro frijio (Pl. XXXIII.— 2), y con todas las circunstancias con que es representado Bouddha en la mayor parte de los templos indos. El piso del templo tiene unos seiscientos pies cuadrados de superficie; y aunque el alineamiento parece recto, visto de lejos el edificio es en realidad truncado para ponerlo en armonía con la irregularidad de la cima del collado. La altura total del edificio es de unos cien pies. Boro-Bodo está situado junto al Gounong-Dieng, residencia de los dioses. Despues de estas ruínas importantes es inútil hacer mencion de las de un órden menos notable; las antigüedades de Kediri, de Singa-Sari y de Malang. En todas aquellas localidades se encuentran trozos de escultura que recuerdan los pasajes relijiosos que se observan en las paredes de las pagodas de Benares, la ciudad santa de los Indos. Bouddha y todos sus emblemas; Ganesa con su trompa de elefante; figuras fantásticas medio bestias; quimeras; dibujos tan inintelijibles como los jeroglíficos ejipcios: tales son los curiosos objetos recojidos en aquellos sagrados países por arqueólogos infatigables, aunque el lápiz tan solo ha podido reproducir de ellos una pequeña parte (Pl. XXXIV. — 1).

Estos monumentos, estos edificios relijiosos manifiestan que aquellos países han sido teatro de acontecimientos antiguos y curiosos. Los indijenas tienen tres historias citadas por M. Raffles, cada una de las cuales tiene indudablemente su parte fabulosa. El autor inglés cree que los primeros habitantes de Java fueron emigrados ejipcios, pero Middlekop los supone Indos con mayor fundamento. La primera fecha consignada en sus libros se remonta al año 72 antes de la era vulgar; así que todo cuanto se dice anterior á esta fecha es puramente conjetural. Una tabla cronolójica, la mas completa de todas, cita treinta y ocho soberanos desde el año 1º de Java hasta el 1200, es decir, unos 1100 años de nuestra era. Por este tiempo se cita el emperador Panji, célebre en las poesías javanesas por sus aventuras con una princesa con quien casara en la India; en seguida vienen Kounda, Lalian, Munding, Wangi y Baniak; Wedi que fundó la capital de un poderoso imperio en el sitio que fuera teatro de la guerra santa del Brata-Youdha. « Establezcamos aquí la capital de este reino, dijo á sus guerreros, y llamémosla Madjapahit (esto es, *amargura*). » Así fué fundado el imperio de Madjapahit por los años 1221 de Java (1400 de la era vulgar con corta diferencia). En 1355 se hallaba en su apojeo; todos los archipiélagos vecinos, Bali, Flores, Sumbawa, Timor, le eran tributarios; pero cincuenta años despues sobrevino una guerra de relijion, y la antigua dinastía de los soberanos de Madjapahit sucumbió bajo los golpes de unos aventureros islamitas. A los templos sucedieron las mezquitas; los sultanes á los soberanos del país, y al grande imperio de Madjapahit el imperio de Mataram.

Esta situacion duró hasta la aparicion de los navegantes europeos. Albuquerque conquistó Malaca en 1511 y 1521, y Antonio de Britto reconoció la isla de Maduré de paso para las Molucas. El primer Holandés desembarcado en aquellos parajes fué un tal Houtman que metido en las cárceles de Lisboa recibió de un prisionero preciosas confidencias relativas al comercio de los Portugueses en las islas de la Sonda. Houtman creó en Bantam la primera factoría holandesa en 1596; pero hasta en 1610 el primer gobernador jeneral holandés, Pedro Both, no fundó la Batavia actual en la isla de Java y á las márjenes del riachuelo de Jaccatra. Desde aquella época los Holandeses tuvieron que luchar contra los Portugueses, los Ingleses y los indíjenas antes de fundar su autoridad en las Indias. El almirante Speelman sometió Macassar; Dewilde ventiló con los diversos rajahs de Java las condiciones de patronato: el jefe rebelde Mongkoural Mas felicitó al gobernador jeneral Van-Hoow; el baron Van-Imhof triunfó de una sedicion de Chinos que amenazaba invadir toda la isla, y sus sucesores tomaron á su cargo la empresa ardua y dificil de

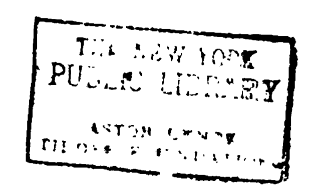


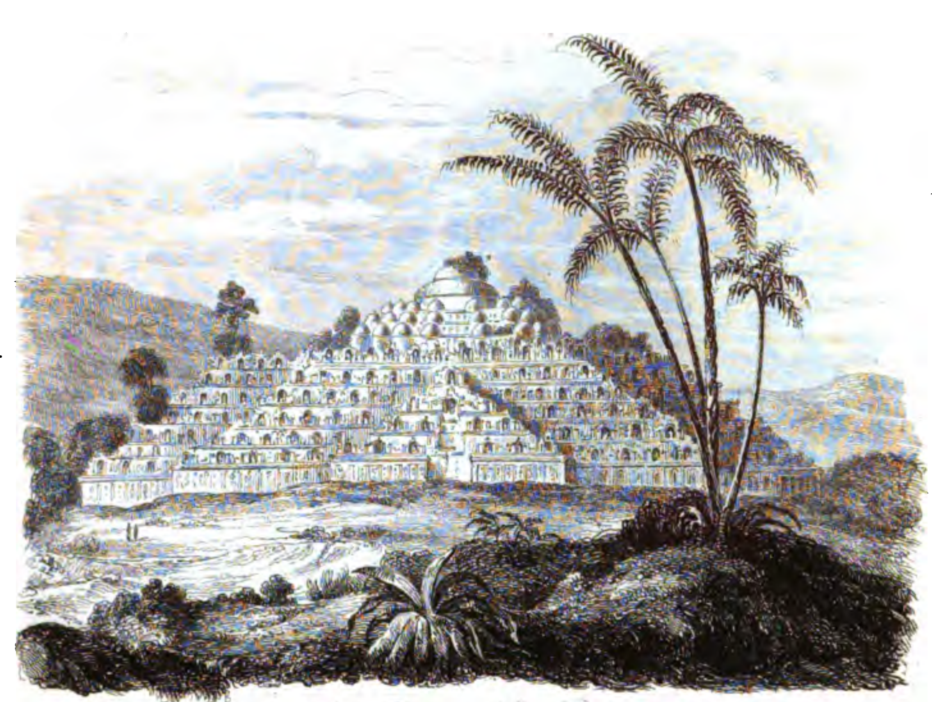
1. Bas-reliefs en pierre trouvés près de Boro-Bodor.

1 Bajorelieves de piedra hallados cerca de Boro-Bodor

VOYAGE

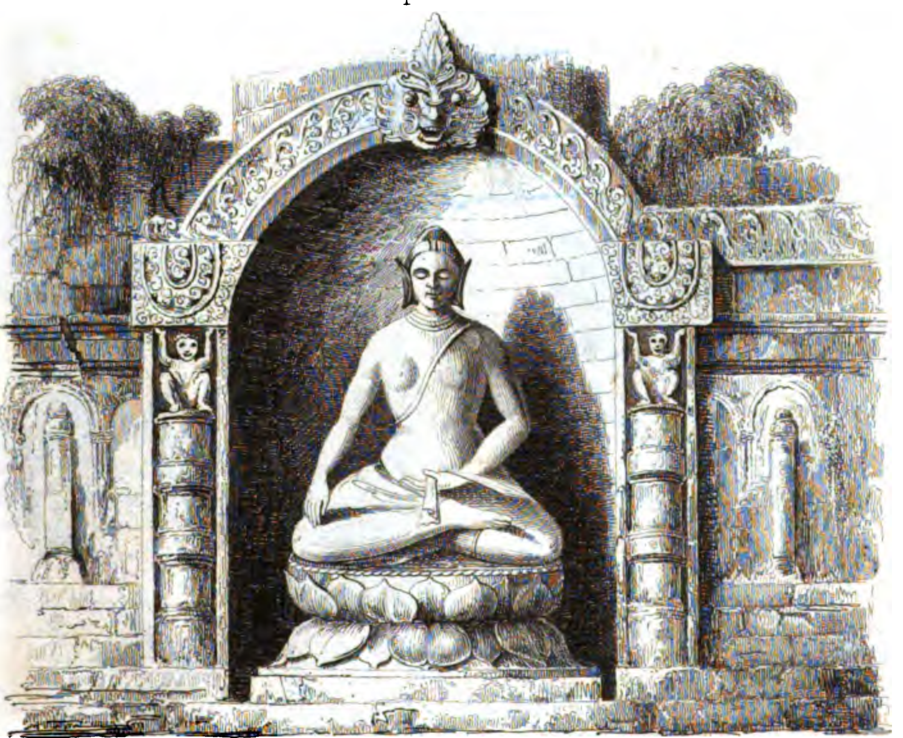
VIAJE





1. Grand Temple de Boro-Bodor.

1 Gran Templo de Boro-Bodor.



2. Une des 400 Niches du Temple de Boro-Bodor.

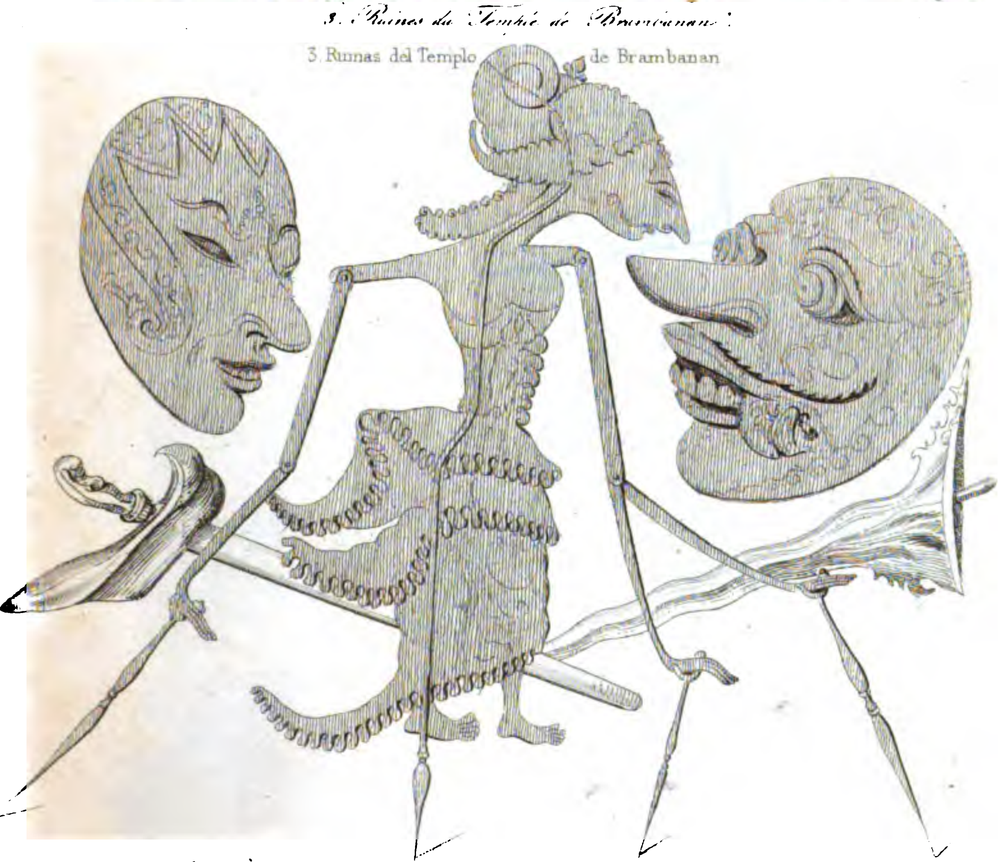
2. Otro de los 400 Nichos del Templo de Boro-Bodor.

VOYAGE
VIAJE



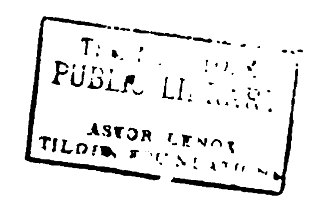
3. Ruines du Temple de Brambanan.

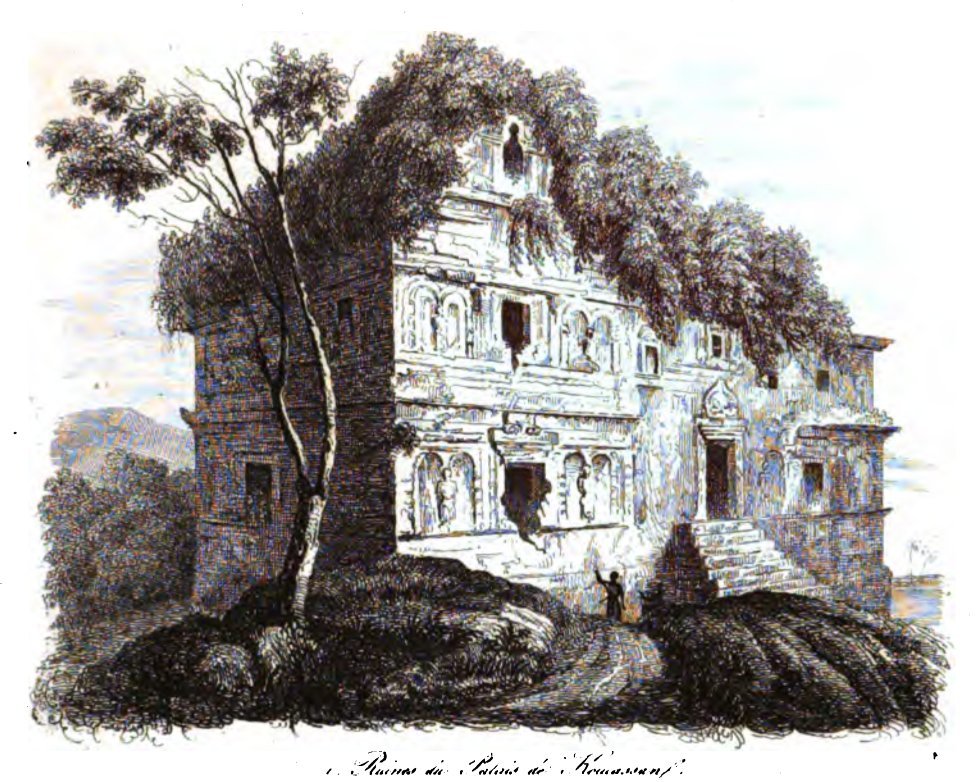
3. Ruinas del Templo de Brambanan



4. Masques de Théâtre, Marionnette & Poignards de Java.

4 Mascaras de Teatro, Titeres y Puñales de Java.





1. Ruines du Palais de Koulassan.

1. Ruinas del Palacio de Kulasan



2. Danseuse Javanaise.

2. Bailarina Javanesa

de Sainson del.

VIAJE

estirpar los restos de aquella rebelion. Finalmente en 1749, el emperador de Java ó *sousounam* en su lecho de muerte abdicó por sí y sus herederos en favor de la Compañía holandesa de las Indias Orientales dejándola en plena libertad de elejirle un sucesor. La ejecucion de este testamento político acarreó otras guerras; pero la tenacidad bátava sobrepujó insensiblemente todos los obstáculos, y Java fué lo que actualmente es, vasalla de la Holanda. En 1811 el jeneral Daendels fué reemplazado por el jeneral Jansens, y los Ingleses se apoderaron de Batavia y de todas las colonias holandesas que no restituyeron hasta en 1814.

Es forzoso hacer justicia á los Holandeses diciendo que si bien gobiernan esos países con severidad, han comprendido mejor que otros el réjimen que debe seguirse paraque una colonia produzca beneficios á sus remotos dueños, sin que los súbditos indíjenas tengan que sufrir mucho; en lo cual la Holanda ha sido mas cuerda y mas contenida que la Inglaterra. En efecto hase abstenido de cortar el árbol para cojer el fruto y ha procurado tener mejores cosechas. La Holanda ha respetado en todo lo que importaba á sus intereses, los usos, costumbres y leyes indíjenas; ha dejado esta poblacion al arbitrio de sus jefes y de sus jueces, reservándose únicamente el derecho de juzgar á estos por sí misma, ha respetado las antiguas distribuciones de propiedad, y cuando ha querido inventar el monopolio, lo ha verificado con unas prevenciones que lo han hecho casi increíble.

Fuerza es confesar sin embargo que la Holanda ha sido mas bien servida que la Inglaterra por el carácter de los hombres sobre quienes tenia que reinar. El Javanés no tiene aquel fanatismo é intolerancia que impele á los Indos á huir todo contacto con el vencedor. Es un pueblo bueno y dócil; y sus costumbres se resienten de su lengua poética y sonora. Compónese esta de veinte consonantes y seis vocales, y parece derivar del sanscrito. La literatura y la poesía javanesas tienen reglas y nociones bastante adelantadas, y los cantos nacionales son nobles y majestuosos. El pueblo javanés no deja de tener algun conocimiento de las ciencias; conoce la aritmética y los primeros rudimentos de las matemáticas, y tiene el calendario árabe que ha reemplazado al calendario bracman. Antiguamente el año civil ó de Salivana servia para calcular la era de Java, y duró hasta el año ciento quincuajésimo primo de la introduccion del mahometismo. Bajo el reinado del gran sultan Agoung (1633) le sustituyeron la era de la héjira. Cuéntanse asimismo en Java muchas especies de ciclos, entre los cuales hay el de siete años que se halla entre los Siameses y los Tibetanos. Los nombres de los siete años de este ciclo son: *mangkara*, el langustan (pez); *menda*, la cabra; *kalabang*, el ciento-pies; *wichitre*, el ver, *mintonna*, el pez; *was*, el escorpion; *maïsha*, el búfalo, nombres derivados todos del sanscrito.

Los Javaneses conocian igualmente la navegacion y la jeografía, y dividian el horizonte en cuatro partes; pero los cultivadores solo sabian distinguir los cuatro puntos cardinales. La medicina es ejercida por ancianos de ambos secsos, y algunas de sus recetas provienen de Árabes.

CAPITULO III.

AUSTRALIA (NUEVA HOLANDA). — PUERTO DEL REY JORJE.

Pasado el estrecho de Bali, se levantó el monzon del N. E. que habia soplado ya en los mares australes. En consecuencia el *Kanguroo* desplegó las velas, aguardando que la brisa reinaria con la dulzura y regularidad que la caracterizan en el mar de la India; pero tales esperanzas quedaron defraudadas. Sea que la estacion no fuese aun bastante oportuna, sea que la cercanía de un vasto continente imprimiese á los vientos una versatilidad é intermitencia fatales, lo cierto es que perdímos mas de veinte dias en batallar contra las marejadas del S. y las ráfagas contrarias, y hasta el 28 de noviembre no pudímos avistar las primeras tierras de la Australia en los alrededores del Leeuwin. Al dia siguiente doblámos la punta de Bald-Head y fondeámos á la entrada del abra de la Princesa-Real, en el puerto del Rey Jorje, al abrigo del viento del mar.

El primer aspecto de aquella tierra no pudo menos de llamar mi atencion. Ningun análogo hallaba en mis recuerdos la vejetacion de la Nueva Holanda: nada podia ser comparado con ella, ni la Malasia ni la Oceania. En lugar de aquellos vejetales tan verdes, tan majestuosos, cargados de productos tan útiles, solo percibia en peladas colinas arbustos macilentos, de un tinte pálido y triste, ó bien matorrales rastreros ó plantas herbaceas, medio carbonadas.

En su primer viaje, el *Kanguroo* habia dejado en aquel punto siete individuos para la pesca de las focas. Cuando se manifestó ante la rada, acudieron seis de ellos en el ballenero, y el séptimo se habia quedado para guardar el depósito establecido en la isla Michael-Mas situada á la entrada del puerto. La pesca habia sido muy fructuosa, y Powell se manifestó satisfecho de los resultados obtenidos. En cuanto á mí, como todos aquellos asuntos no me importaban un bledo, sentí mas placer al noticiarme que á una milla de distancia del fondeadero ecsistia una tribu compuesta de unos quince salvajes. Insiguiendo la relacion de los marineros, era sumamente inofensiva, y de cuando en cuan-

do hacia á los Europeos visitas amigables. Yo manifesté mis deseos al capitan Powell de estudiar á la mayor brevedad aquella raza tan curiosa para la ciencia etnolójica, y me respondió: En breve quedarán satisfechos sus deseos de V., aquí tiene uno de estos salvajes. Allí está; en la proa del ballenero.» Tendí la vista hácia el punto que me indicaba, y ví un objeto que en ninguna manera podia pasar por hombre. Sin embargo, era realmente un salvaje que nos daba las espaldas, en cuya posicion parecia una piel de bestia tendida al sol. A un reclamo de los marineros, aquel objeto se volvió hácia nosotros, y en verdad que nada puede darse mas horrible. Concibase una abultada cabeza guarnecida de cabellos desgreñados, con una cara chata, unas cejas sumamente arqueadas y salientes, ojos de un blanco amarillazo muy hundidos; una boya muy grande; un tinte de hollin amarillento, un cuerpo cenceño y macilento y piernas mas cenceñas aun. La desproporcion de los brazos y de las piernas es tal, que aquellos individuos pueden muy bien compararse á ciertas aves de la familia de la echassien. A un cuerpo de semejante constitucion agréguese para su vestido una piel de kangarou bien rasurada, que casi no cubria mas que un lado, y se tendrá una idea harto completa de los aboríjenes de la Australia. Apesar de esto, debo decir que el que estaba yo observando no era uno de los seres mas desagradables de aquella raza. Yalepouol (que así se llamaba) era por otra parte susceptible de cierta civilizacion: era de unos diez y ocho ú nueve años de edad, estaba adicto al servicio de los Ingleses y se complacia en prodigarles sus servicios en retribucion de un alimento mas abundante y sustancial que el que podia procurarse en el continente.

Yalepouol, comensal de los Ingleses hacia ya algunos meses, empezaba ya á barbullar algunos términos de su lengua: era un guia útil y casi un intérprete. Habiéndole espresado Powell mis deseos de hacer una visita á sus compatriotas, ofrecióse inmediatamente y con muchísimo gusto á acompañarme. El bote nos trasladó á la playa, y al momento desembarcámos en ella, armados uno y otro de fusiles con objeto de dar caza á las aves y kangarous que abundan mucho en aquel punto.

Un poco á la izquierda del punto en que fondeáramos se hallaba el solar de una pequeña colonia fundada en 1826 y abandonada poco tiempo antes de nuestra visita. Componíase de unas diez chozas, de las cuales solo dos ó tres eran de ladrillos, pues las demas eran de césped y cubiertas de juncos y de cañas. Esta colonia llevó en sus principios la denominacion de *Frederick-Town*, pero no fué adoptada por el gobierno. Varios hombres libres vinieron de Swan-River para ocupar aquel punto y realizar la proyectada colonizacion; pero antes de aquella época no se veían en el puerto del Rey Jorje mas que soldados y reos enviados de Port-Jackson.

A la entrada del canal, mi guia me mostró una esplanada en donde habian acampado algun tiempo antes unos Europeos que no eran Ingleses. Por sus jestos y por sus confusas palabras pude comprender que eran los marinos del *Astrolabio*, que efectivamente habian plantado sus tiendas en aquel punto, y en su consecuencia dí á entender á aquel hombre que yo pertenecia á aquella nacion. Comprendióme perfectamente, y manifestó que sus compatriotas y él estaban muy contentos de los Franceses; que entre aquellos estranjeros y los indíjenas habian ecsistido las relaciones mas satisfactorias, y que una parte de la tripulacion del *Astrolabio* habia pernoctado una noche entera bajo las hutas de los salvajes.

A poca distancia del punto en que habíamos desembarcado se deslizaba entre la yerba y las malezas una pequeña corriente que forma á la orilla del mar una aguada bastante cómoda. Seguímosla, y de esta suerte llegámos á la punta de la península en donde se dibujaban muchos troncos de xanthorrea y de kingia y de largas hojas lineares, reunidas en densas mazorcas y recayendo en forma de una antigua copa. La primera suministra una goma que emplean los salvajes en soldar las piedras afiladas que les sirven de cuchillos, de sierras y de martillos.

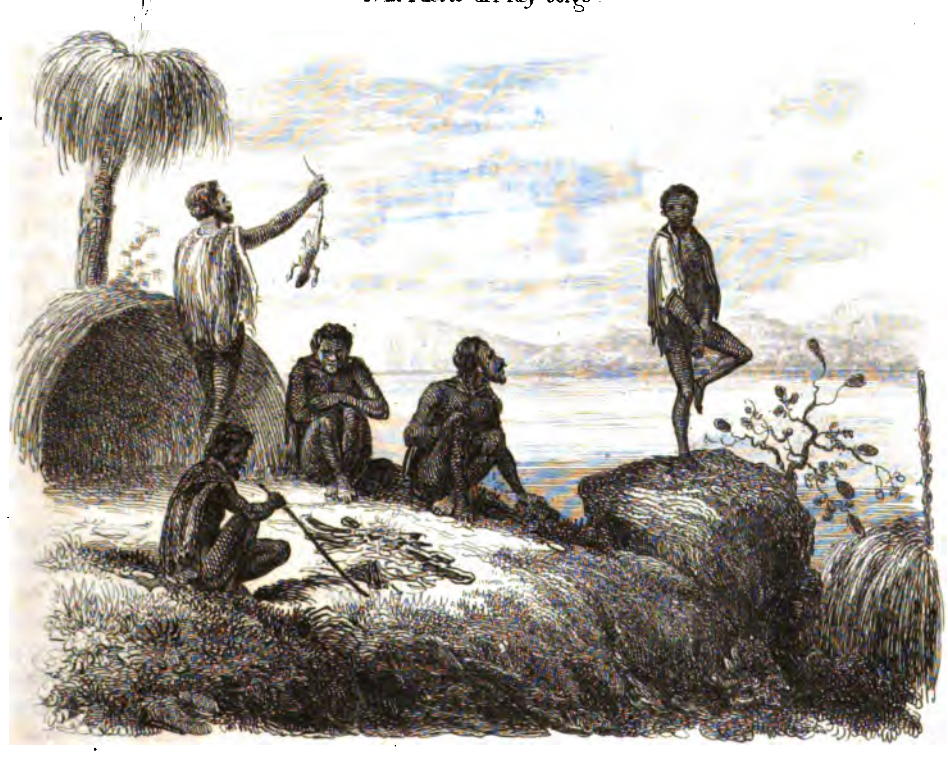
Aunque la cresta de aquel pequeño promontorio no tiene mas que unas cincuenta y ocho toesas de elevacion, se descubre desde ella un admirable punto de vista (Pl. XXXV. — 1); al N. los apacibles estanques que orillan la playa, y la bahía de las Ostras con su verde islote del Jardin, orillado por macizos de enormes eucalyptus; al S. E. la deliciosa abra de la Princesa Real acompañada de ambos lados de dunas en que reluce una arena tenue y deslumbrante; al S. la árida cadena de la península de Bald-Head, contra la cual se estrella la marejada; y al E. los dos islotes peñascosos de Michael-Mas, y de Break-Sea, situadas á la entrada del puerto del Rey Jorje, y á mayor distancia el cónico y regular picacho del monte Gardner. A nuestras plantas y junto al estrecho habia un montecillo coronado por enormes fragmentos de granito segregados uno de otro y circuídos en su base de vejetales diversos, pero absolutamente áridos en su cima. Al rededor de nosotros revoloteaban muchas aves marinas, y casi podíamos cojerlas con la mano.

Al descender por la parte opuesta de la península comenzaron á manifestarse algunos altísimos eucalyptus, con banksias y otras especies leñosas; pero sus troncos carbonados, su dudoso sombraje y sus copas diformes comunicaban al paisaje un



1. Le Port du Roi George.

1. El Puerto del Rey Jorge.



2. Naturels du Port du Roi George.

2 Naturales del Puerto del Rey Jorge.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

aspecto árido. En aquel punto mi guia dió dos ó tres *kou-hi* ; y fué contestado por otros *kou-hi* en el mismo tono , desde algunas chozas que percibímos al pie de la colina , en un pequeño soto , al abrigo de los vientos de O. Aquella chozas , en número de cuatro ó cinco , eran construídas al estilo del país , y cerca de ellas habia sentados dos isleños en ademan de aguardarnos. Uno de ellos , de unos cincuenta años de edad , me salió al encuentro y me presentó un cuchillo fabricado con cuatro dientes de sierra , y pegado á una especie de mango con la raíz del xanthorrea. En retribucion le ofrecí un pequeño cuchillo de pacotilla que le alegró sobremanera. El otro salvaje , mas robusto y jóven , pero no menos feo , se quedó agachado junto al hogar , ocupándose menos de mi visita que de su cocina compuesta de pececillos , de mariscos , de lagartos , de pequeñas serpientes y de raíces de restiaceas. Por espacio de algunos minutos observé su manejo , y ví que todo cuanto hacia era puramente por pasatiempo , pues así crudos como cocidos, aquellos alimentos le eran igualmente sabrosos. Hubo un momento en que habiéndole venido á manos un lagarto , lo cojió , espúsolo levemente al calor de la llama , y se lo comió á dos carrillos , cual si hubiese sido una avecilla cocida con esmero.

Las mejores de todas las chozas que tenia á la vista , podian compararse á un panal hemisférico cortado en dos por un plano vertical , con un radio de tres ó cuatro pies. La armadura se componia de pequeñas ramas y hojas de xanthorrea que formaban como un techo de bálago. El único mueble que se hallaba en el interior de aquellos domicilios era una anchurosa piedra colocada en la delantera. El mas anciano de los indíjenas me mostró un pedazo de ocre que llamó *boïel ;* con la uña del dedo pulgar rascó un polvo que recojió en la palma de la mano , y con él se pintó la cara con cierta simetría , y al momento se puso tieso cual si hubiese acrecentado su propia opinion y su majestad , sin embargo que no por esto era mas gallardo ni mas imperioso. Así es que encontró en mí un hombre completamente insensible á los atractivos del tocador indíjena.

Allende aquella triste aldea , atravesámos una pequeña pradera natural cruzada por un límpido torrente , y se desarrolló ante nosotros una selva mas considerable compuesta de eucalyptus, de banksias, de casuarinas , etc., algunas de las cuales tenian muy vastas dimensiones. Aquellos sitios, aunque desiertos y estranjeros á toda especie de cultivo , son de un acceso fácil ; cualquiera puede andar por ellos sin peligro ni obstáculo , y como los Australios tienen la costumbre de pegar fuego á las yerbas secas para despejar el terreno y facilitar la caza de los kangarous y otros animales que les sirven de alimento ; de ahí es que se forman muchos senderos naturales.

A medida que íbamos andando á lo largo de unos estanques de agua dulce, por un trecho cubierto de cañas , llamó toda nuestra atencion un ruído bastante fuerte, seguido de golpes periódicos y sordos , semejante al que produce un cuerpo pesado que cae en tierra. Por espacio de algunos minutos miré por acá y acullá sin ver nada , pero al fin percibí una cabeza que asomaba sobre las cañas y se alejaba como á borbotones : era un kangarou (Pl. XXXV.—4). Apuntéle y disparé , pero el ájil animal estaba ya lejos , y Yalepouol me dió á entender que era sumamente difícil matarle de aquella suerte. « Cuando les damos caza , decíame en su espresiva pantomima , procuramos cernerles de tal suerte , que por uno ú otro lado pasen al alcance de nuestras lanzas. » Los Ingleses en su caza mandan enormes perros que les siguen la pista. No pudiendo pues matar kangarous, quise indemnizarme en los patos que pueblan aquellos estanques. Observaba el país, y dedicandome á la caza llegué á los bordes del abra de las ostras, en donde se halla el islote llamado del Jardin al parece como un canastillo de verdor. Uno de aquellos promontorios era ocupado por aves de gran tamaño reunidas en manadas.

Desde allí me encaminé nuevamente al interior y penetré en la selva , en donde ví otros kangarous saltando á borbotones sin que pudiese alcanzar uno siquiera. Nada cabe mas estraño que el corcovo de aquel animal que salva distancias enormes sobre sus dos patas traseras y su cola , mientras que sus dos patas delanteras , sobrado cortas paraque pueda usarlas en sus correrías , parecen no formar mas que dos apéndices superfluos. Al acercarnos al punto en que las masas de granito se presentan en la superficie del suelo , empezaron de nuevo los *kou-hi* de mis camaradas, que fueron contestados por otros *kou-hi* , y pocos minutos despues nos vímos rodeados de naturales de todas edades , vestidos de pieles de kangarous , entre los cuales habia algunos armados de lanzas (Pl. XXXV. — 2). Yalepouol les dijo alguna cosa , y al instante me prodigaron á competencia sus ofrecimientos y sus pruebas de amistad ; pero habiéndome dirijido á un lado donde creía oir voces de niños y de mujeres , distrajéronme con afectacion atrayéndome á una direccion opuesta : así que su hospitalidad no era absoluta, pues era inferior á sus zelos. Por lo demas, el carácter jeneral de las razas melanesias consiste en sustraer sus mujeres á las miradas del estranjero ; por cuyo motivo, en cuanto eché de ver esta repugnancia no insistí mas y seguí el impulso que me comunicaron mis huéspedes. Poco á poco recobrámos el camino del buque con una escolta que á cada paso iba decreciendo , hasta el punto

de llegar á la playa solo con Yalepouol á mi lado.

Al dia siguiente acompañé á Powel á un reconocimiento que hizo á lo largo del rio de los Franceses. Al pasar junto al islote del Jardin, intentámos sorprender los pelicanos posados en las malezas de aquella isla ; pero todos emprendieron la fuga á nuestro acceso , y echaron á volar formando por los aires un prolongado lazo. Poco despues les alcanzámos en las altas gramineas que vejetaban en la playa , y uno de nuestros marinos tomó tres ó cuatro cuya carne bien sazonada constituyó un plato bastante delicado.

En el fondo de la bahía dímos igualmente caza á algunas bandadas de cisnes negros y de patos. A medida que el bote iba penetrando en la bahía , encontraba un fondo mas desigual y mas bajo, hasta que finalmente entrámos en el lecho del rio de los Franceses que á una milla de distancia de su desembocadura es sumamente estrecho. Su anchura cerca del mar es de unas cincuenta á sesenta toesas sobre ocho á diez pies de profundidad.

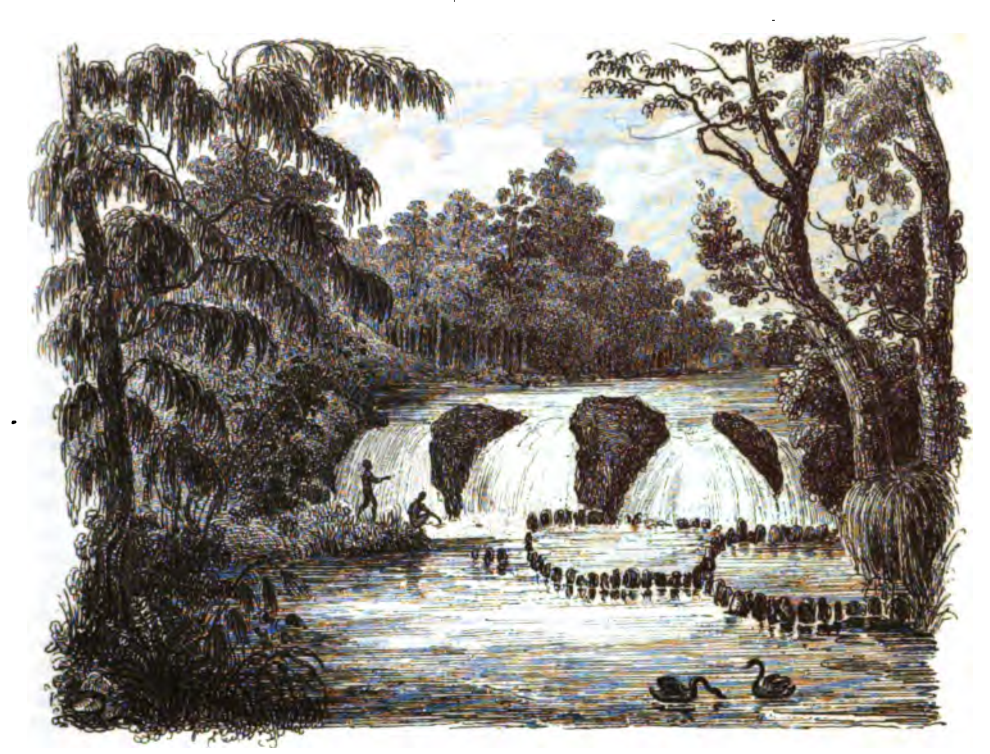
Entrambas márjenes abundan en deliciosos paisajes en que se ostentan hermosos eucalyptus. Durante unas cinco millas , el curso de aquel rio no ofrece el menor obstáculo á la navegacion de un bote ; pero á esta distancia se tropieza con una cadena de peñados que impide toda navegacion mas al interior (Pl. XXXV. — 3). Cerca de aquella barra hay tres islotes que los isleños han convertido en pesquerías de una disposicion no menos sencilla que injeniosa. Hácia la embocadura del rio , y aun á lo largo de las playas del abra, hay otras muchas pesquerías construídas conforme al mismo sistema , aunque en escala mayor.

Apeámonos en una de las márjenes del rio , y caminámos algunas horas , ya á la sombra de algunos eucalyptus, ya por una deliciosa y tersa pradería, ya á través de encumbrados helechos entretejidos que con dificultad conceden paso al viajero. De esta suerte andámos hasta dos ó tres millas de la barra á lo largo del rio, que en el punto en que lo dejámos tenia cuatro ó cinco toesas de anchura. Una cascada de cinco pies de altura le detiene nuevamente en su curso, y le convierte de allí para arriba en un solo torrente que corre por un lecho sembrado de cascajos de roca. Todas las circunstancias parecen anunciar que aquella corriente tiene cercanas las fuentes , y que cuando mas trae su orijen de la misma base de las montañas que se alzan en el N. O. Este territorio está lleno de kangarous, de cisnes negros y de patos. Apuntámos á un cisne negro, pero no hicímos mas que herirle ; así que con mucha dificultad pudímos alcanzarlo : zambullíase en el agua y volvia á asomar á grandes distancias, por cuyo motivo nos vímos en la necesidad de acabar con él en dos ó tres escopetazos. Este cisne es un ave noble y hermosa ; pero si nos atenemos á la majestad de su continente y á la elegancia de sus formas , no puede en ningun modo parangonarse con el cisne blanco de Europa.

Así que, apesar de las tempestades y de las innumerables fatigas , proseguia mis esploraciones en aquellas tierras australes. En una de mis incursiones verificada en compañía de Yalepouol , tropezé con una tumba en que acababan de sepultar un natural. Aquella tumba tenia cuatro pies de largo sobre tres de ancho , y de cada lado la tierra estaba dispuesta en forma de creciente. En todo el terrero funerario habia plantadas algunas mazorcas de ramas verdes, y encima de la mansion del cadáver se veian las armas , los utensilios y los ornamentos del difunto. Finalmente en la corteza de los vecinos árboles , y á la altura de seis ó siete pies , habia grabados algunos féretros de diversas magnitudes. Yalepouol me aseguró que en la hoya se hallaba el cuerpo con los brazos cruzados y las rodillas encorvadas hasta su pecho : encima del cadáver depositaran un gran número de ramos verdes , y el resto de la hoya era lleno de tierra. Los que habian asistido á los funerales se chafarrinaran de manchas negras y blancas que debian durar algun tiempo en señal de luto , con cuyo mismo objeto se abrieron la punta de la nariz. Durante el luto , no se permite ninguna especie de ornamento. Por lo dicho se ve que aquellos salvajes, al parecer tan toscos y tan ignorantes de toda civilizacion , tienen algunas ceremonias regulares instituídas en honor de los difuntos.

Entre otras costumbres de esta naturaleza hay una que consiste en la prohibicion de pronunciar en un determinado transcurso de tiempo el nombre del difunto despues de su muerte , por temor de provocar por semejante acto la aparicion de su *gnoit* (alma) ; mas como puede muy bien suceder que dos individuos tengan el mismo nombre , el homonymo debe trocar el suyo por otro mientras dura el tiempo de la interdiccion. Esta creencia en las almas , estas precauciones relativas á los difuntos podian inducir á sospechar que tales salvajes tenian el sentimiento de un estado futuro despues de la muerte , y no seria estraño que efectivamente ecsistiese entre ellos alguna cosa semejante. Sin embargo , para emitir una opinion ecsacta , seria preciso comenzar por el estudio de su lengua. Cuando yo interrogué á Yalepouol sobre este particular , me contestó : « En la luna , » cuya respuesta no sé si atribuir á la espontaneidad , ó á las sujestiones de los Ingleses. Lo cierto es que otro salvaje á quien pregunté en donde se hallaban sus padres , me respondió señalándome el O. con el índice.

El doctor Scott Nind , que pudo observar es-



3. Rivière des Français.

3. Rio de los Franceses.



4. Chasse au Kangarou.

4 Caza del Kangaru.

tos salvajes á su sabor, nos da á saber que tienen una especie de sacerdotes médicos que llaman *mulgaradocks*. Estos juglares están distribuidos en diferentes órdenes, cuyo poder y privilejios varían segun su preeminencia relativa. El mulgaradock pasa en el país por tener la facultad de repeler el viento ó la lluvia, y descargar el rayo ó la enfermedad sobre el blanco de su resentimiento. Cuando el sacerdote pretende rechazar una borrasca, se pone de pie al aire libre, ajita los brazos, sacude su manto y hace las mas violentas contorsiones. Este artificio dura mucho tiempo con intermitencias de reposo si la tempestad no obedece con harta prontitud. El medio de repeler la enfermedad es casi el mismo, pues no hay otra diferencia que el mulgaradock causa menos ruído, y agrega á sus monadas algunas fricciones con ciertas ramas verdes que no descuida calentar al fuego, soplando sobre la parte enferma cual para espeler el mal. Créese tambien en el país que el mulgaradock puede conferir la fuerza ó la destreza, y no pocas veces los naturales recurren á él para obtener el dote de estas cualidades. La operacion de parte del mulgaradock consiste simplemente en pasear muchas veces su mano apoyándola con fuerza sobre el brazo del que consulta, desde el hombro hasta la estremidad de los dedos que tira de suerte que crujan sus articulaciones. Las fricciones no son siempre el único medio curativo de aquellos doctores: así que para la disentería, á que están muy sujetos los salvajes, el mulgaradock administra al paciente la goma de xanthorrea, y á veces algunos tiernos renuevos de una planta tuberosa llamada por ellos *mirnas*. Las enfermedades á que mas están sujetos son las que proceden del resfriado, como los males de garganta y los dolores de entrañas que ocasionan á menudo la muerte, especialmente entre los chicos.

Los mulgaradocks muestran toda su habilidad en curar las heridas causadas por las sagayas. Son sumamente diestros para estraer el arma ó los fragmentos que quedan en la herida; para lo cual aplican sobre esta un poco del polvo de *boïel*, atan estrechamente la llaga con vendas de corteza tierna, y se manifiestan escrupulosos en grado superlativo sobre la dieta del herido, indicando á cada fase de la enfermedad cierta especie de alimentos, á saber, vejetales al principio, despues lagartos, y finalmente pescado.

Nind no observó entre estos naturales especie alguna de deformidad. Los casos de sordera y de ceguedad eran asimismo muy raros. Cierto dia vieron uno de los Ingleses algo calamocano, y habiendo observado especialmente que uno de ellos no podia sostenerse en pie, acudieron alarmados al doctor manifestando sus temores de ver morir á aquel hombre, pues decian que varios individuos de su nacion habian sido sobrecojidos de vértigos semejantes, y sucumbieran. Nind comprendió por las preguntas que les hizo que se referian á las soleadas.

El remedio de que echan mano estos indíjenas para curar la mordedura de las serpientes es muy sencillo y racional. Atan la herida con un junco, estienden la llaga con la uña de la garra de un kangarou ó la punta de una lanza, y en seguida sacan el veneno procurando lavarse frecuentemente la boca con agua. Caso de no tener agua á mano, esta operacion es considerada altamente peligrosa, y dice Nind que un natural que fué mordido en el dedo se halló muy mal uno ó dos dias y se enflaqueció durante algun tiempo.

Asimismo debemos al doctor Nind otros muchos pormenores curiosos, relativos á los usos y costumbres de aquellos salvajes. Entre ellos puede mencionarse el descubrimiento que hizo de las dos clases jenerales en que se dividen los indíjenas en aquella porcion de la Australia, á saber, los *Ernioung* y los *Tem* ó *Taaman*. Entrambas clases deben aliarse constantemente entre sí por medio de matrimonios: un hombre ernioung debe casar con una mujer taaman, y *vice versa*. Los que infrinjen esta ley son calificados con la denominacion particular de *yuredanguer*, y la infraccion puede acarrear ademas un castigo muy severo. Los hijos pertenecen á la clase de su madre: así que un hombre ernioung tendrá hijos taamans, al paso que sus hermanas le darán sobrinos ernioungs. Solo la tribu de Murran, domiciliada en las cercanías del Rey-Jorje, parece estraña á esta especie de convenciones públicas.

Las mozas son casadas desde la infancia, y no pocas veces de un modo convencional antes de nacer. Ordinariamente estos pactos son mutuos entre los padres de familia, y á veces hay mozas destinadas de antemano á hombres de una edad madura que poseen ya muchas mujeres. Para los niños del secso masculino ecsiste igualmente una especie de adopcion que tiene algunas relaciones con las funciones del padrino entre nosotros. Esta costumbre se llama *kotertaï*, y su objeto consiste en asegurar al niño la ayuda y la proteccion del hombre que acepta este parentesco voluntario.

Parece que estos salvajes no tienen ceremonia nupcial propiamente dicha. La jóven es presentada al novio; pero los presentes de este último consisten en caza y provisiones; á veces el cuñado recibe una capa, varias lanzas y utensilios. Á la edad de once ó doce años la moza es entregada á su marido, en cuya especie de himeneos el esposo es llamado *parnyocker*. A veces se emplea la violencia, y la moza es arrastrada á su pesar; pero cuando es

destinada á un esposo ya viejo, acostumbra abandonarse á otro mas jóven y agradable, en cuyo caso la tribu entera conoce y tolera el hecho. Durante algun tiempo los dos esposos viven aislados; á menudo cambian de residencia y huyen con cautela las pesquisas del esposo ultrajado, porque este no respira mas que venganza. La prófuga pareja está en peligro hasta que la mujer se halle en cinta, en cuyo caso interviene los amigos, apaciguan al marido con algunos presentes y quedan rotos los primeros lazos. El acto de fugarse en tales términos y de correr hácia los bosques con la mujer de otro, se llama en australio *marr in kolata*. Por lo comun sucede que la esposa infiel es alcanzada y conducida en presencia de su marido, quien la tunde cruelmente ó le atraviesa el muslo con su lanza. La infidelidad es un caso harto frecuente en semejantes enlaces: el marido no deja de temer este accidente; así que continuamente tiene la vista fija sobre ella, y al menor motivo de queja la corrije vigorosamente. La mayor parte de los hombres son célibes hasta la edad de treinta años, y á veces hasta una edad mas avanzada. Los ancianos no solamente tienen muchas mujeres, sino mujeres de todas edades.

Este estado de cosas es templado por una costumbre aun mas estraña, el *tarra manakkarak*, institucion semejante al sijisbeismo italiano. El uso coosiste en cortejar á una mujer viviendo aun el martdo, oan la condicion bien reconocida de todos que será la esposa del galan despues de la muerte del actual marido. Esta suerte de vivir es un adulterio lícito y tolerado que debe ir acompañado de la reserva y del decoro suficientes para no escitar los zelos del marido.

Cuando fallece un hombre, sus jóvenes mujeres acostumbran residir en casa de su padre todo el dia de luto, durante el que deben evitar toda de intimidad con aquel con quien tienen intencion de unirse. Violar este último respeto á la memoria del difunto seria esponerse por su parte á los castigos mas crueles; pero si huyen despues con su amante no llaman la atencion de nadie.

Las mujeres tienen partos muy fáciles y poco dolorosos, de suerte que al mismo dia siguiente se sienten ya con fuerzas para ir á buscar su acostumbrado alimento. La duracion de la infancia se divide en diversos períodos que tienen cada uno su designacion particular. En los primeros dias el niño es llevado en el brazo izquierdo, envuelto en una punta del rebocillo; pero despues es suspendido en las espaldas de la madre. Los niños andan todos desnudos hasta que pueden caminar por sí; cuando nacen dos niños juntos, el uno es muerto, y si son de secso diferente, solo es conservada la hija. La razon que alegan los salvajes para justificar esta costumbre bárbara, se reduce á que una mujer no puede tener leche para dos criaturas, y que no puede ser harto robusta para llevarlas juntas cuando va á buscar su alimento. Los niños maman hasta la edad de cuatro ó cinco años; pero mucho tiempo antes de ser destetados saben ya procurarse víveres. Una moza de nueve á diez años es la ordinaria guardiana de los hijos de menor edad, y los acompaña á las cercanías para arrancar raíces con el ausilio de agudos piquetes. Si mientras se pasean de esta suerte, llegan á avistar un estranjero, se ocultan sobre la marcha en la yerba á manera de caza sorprendida.

Bailan completamente desnudos, bien que en presencia de los Ingleses se cubren los lomos con sus capas dejando solamente en cueros la parte superior del cuerpo. El rostro de aquellos naturales ordinariamente es pintado de rojo, con diversas figuras blancas en los brazos y en el cuerpo. El blanco es el emblema del luto; pero tambien lo emplean para el baile, en razon de que este color es mas distintivo por la noche. Los mulgaradocks nunca bailan.

En los dias de baile solemne, se enciende una grande boguera en un terreno llano, y detrás de este fuego se sienta un anciano que puede llamarse el presidente de la fiesta. Todos los bailarines observan las mismas posiciones, y hacen jestos y pasos simétricos que solo varían de cuando en cuando. A veces se detienen súbitamente, volviendo la cabeza á uno y otro lado y tomando las mas estrañas posiciones. Estos bailes son al parecer de una naturaleza alegórica ó simbólica, pues muchas veces representan partidas de caza, segun puede juzgarse por los gritos que profieren: *warre*, *wait*, *tourt*, etc. Mientras bailan, ajitan ramos verdes, se adelantan cada uno á su vez, y los deponen á las plantas del anciano que preside á sus juegos. Otras veces, armados de lanzas hacen ademan de matar á uno de sus camaradas, y entregan igualmente al anciano varias lanzas y ramas verdes. En el decurso de la escena, este permanece sentado en tierra, y vuelve la cabeza por acá y acullá, cual para dirijir y observar los movimientos de los danzantes. El doctor Nind parece que no vió bailar las mujeres con los hombres, y cree que esta mezcla nunca tiene lugar. El baile se da al ruído de unos gritos qne no manifiesian especie alguno de sentimiento nominal. Cada individuo repite á cada salto las voces *woou woou*, cuya significacion se ignora. Unicamente se sabe que cuando baten las malezas y los bosques para promover la salida de la caza, llaman á esto *woou é nia tour*, espresion complecsa en que se encuentra de nuevo la palabaa *Woou*. Estos bailes solo tienen lugar cuando están reunidos en tropas en momentos de paz, pues en tiempo de guerra los espondrian á

las sorpresas del enemigo, descubriendo el lugar de su campamento.

En los primeros años de la colonizacion, los Ingleses creyeron por mucho tiempo que dos ó tres individuos de la cuadrilla eran realmente los jefes de los otros; eran aquellos hombres muy notables por su talle, su bella conformacion, su actividad, y sobre todo por las pinturas de que estaban cubiertos. Llamábanse *Naïkennon*, *Gnewit* y *Warti*. Sin embargo, poco despues se reconoció que su preeminencia se reducia á una suerte de influjo debido á la superioridad intelectual ó fisica, y que en el fondo no ecsistia para ellos ninguna supremacía positiva é incontestable. Con todo, Naïkennon se dió por capitan y rey de los hombres negros: por largo tiempo titubeó en comprometer su dignidad en una visita á los hombres blancos; y cuando se decidió á dar este paso, sus camaradas le presentaron con una suerte de etiqueta, hablaron mucho y ventajosamente de él, y acabaron al parecer por mostrarle como á superior.

Naïkennon era uno de los hombres mas gallardos de la comarca. Sus cabellos eran reunidos por detras en un solo mechon ceñido estrechamente por un cordon, y superados por una masa de plumas blancas. Su pecho y sus espaldas estaban adornadas de numerosos pintarroteos en relieve *(oumbin)*. Distinguíase por una señalada reserva en sus maneras; hablaba poco, y preguntaba muy poco por lo que veía. Por largo tiempo se denegó á acompañar á los colonos en sus partidas de caza y prestarles los servicios que comunmente recibian de los otros miembros de la tribu; pero al fin acabó por humanizarse como su hermano Maukorraï, y se amistó muy íntimamente con los estranjeros. Entonces fué cuando los Ingleses pudieron cerciorarse fácilmente de que no poseía ninguna autoridad positiva sobre sus compatriotas.

En sus matrimonios no tienen restriccion alguna con respecto á las tribus; pero creen que lo mejor es procurarse una mujer de las mas apartadas comarcas, en cuyo caso los hijos tienen derecho de ir á cazar en la patria de su madre. Los naturales son muy zelosos de los derechos de propiedad, y el territorio está dividido en distritos poseídos por una familia diferente cada uno. En ciertas estaciones los jóvenes van á visitar á sus vecinos, con cuyo objeto salvan á veces una distancia de cuarenta ó cincuenta millas. Su visita es jeneralmente muy corta y celebrada con festines y regocijos. Semejantes visitas solo tienen lugar entre tribus amigas, y van acompañadas de formalidades que arguyen intenciones amigables por parte de los recien llegados. Jeneralmente los visitadores se presentan al mediodía.

Los ramos verdes que llevan estos salvajes en la mayor parte de sus ceremonias parecen una señal de paz, y representan asimismo en sus danzas un papel muy importante. Si entre dos individuos se arma una contienda, intervienen las dos familias respectivas y la apaciguan. Si un hombre es asesinado, inmediatamente toda la tribu se pone en estado de vengar su muerte con la de una víctima, aunque importa muy poco que esta sea el asesino mismo ó cualquier otro personaje de la tribu. Este pensamiento de represalias es llevado á tal punto, que si muere un hombre cualquiera por accidente, cayendo de un árbol, ahogándose en el mar ó de cualquiera suerte, atribúyese este infortunio al maleficio de algun mulgaradock de una tribu enemiga, y el pundonor incita á los amigos del difunto á quitar la vida á un individuo de aquella tribu. Cuando un hombre se siente gravemente enfermo y ha perdido toda esperanza de remedio, procura matar á alguien, persuadido de que solo puede restablecerle la muerte de otro.

En sus contiendas particulares echan mano de sus palos y macanas; pero muy raras veces sucede que en tales combates se den golpes mortales, y aunque no tienen broqueles, saben huir las lanzadas con la mayor destreza. El motivo mas ordinario de sus disputas son las mujeres. En los demas casos poco graves, como la violacion del territorio, no tienden á matarse, pero tan solo á herirse en los muslos ó en las piernas, y cuando empieza á verterse sangre, cesa el combate.

En otros puntos de la Australia, los naturales tienen encuentros públicos y regulares; vacían sus querellas en un campo de batalla; pero en las cercanías del puerto del Rey Jorje no se hacen la guerra con tanta caballerosidad; proceden por sorpresas, á menudo furtivas y nocturnas, y se ciñen casi siempre á simples escaramuzas. Al acercarse el enemigo, prorumpen en un grito y todos los combatientes armados de sus lanzas acuden al campo haciendo horribles monadas que les dan el aspecto de furiosos y de posesos. Comunmente solo combaten uno ó dos guerreros de cada parte, mientras los otros se esfuerzan en separarlos dando márjen á la mas estraordinaria confusion. Colocados á algunos pasos de distancia uno de otro, se tiran sus lanzas; pero su destreza en evitarlas es tan maravillosa, que un movimiento imperceptible les basta; por cuyo motivo deben disparar un gran número de lanzas paraque uno de los campeones pueda herir á su adversario.

En tiempo de guerra los indíjenas del puerto del Rey Jorje dejan su residencia habitual, y se retiran á unos sitios apartados para poner en seguridad sus mujeres é hijos, ó bien se juntan en gran número para formar campamentos importantes é inespugnables; en cuyo caso solo encienden los fuegos necesarios para la prepara-

cion de sus alimentos, y á fin de engañar al enemigo trasladan sus tiendas de una á otra comarca. Jeneralmente todos los guerreros son célibes; viajan en destacamentos de tres ó cuatro individuos, y se esfuerzan en dejar las menos huellas posibles, evitando para esto los senderos conocidos y frecuentados, pues por pocos vestijios que deje un cuerpo, los naturales saben acertar su camino y seguirlo. En cuanto han descubierto á su enemigo, avanzan á favor de las tinieblas de la noche caminando á gatas hasta llegar á su presencia, y cuando se ven á una distancia que les permite hacer uso de sus armas, disparan sus lanzas. El enemigo sorprendido emprende la fuga sin defenderse, y se aprovecha de la obscuridad para abandonar el campo y buscar otro asilo. Si se opusiese al ataque, se imajina que resultaria una horrible confusion, y no podria distinguir sus enemigos de sus propios camaradas, al paso que los otros se distinguirian perfectamente en virtud de los fuegos del campamento. En estas sorpresas las mujeres y los niños á veces son pasados á cuchillo, bien que en cada ataque basta al vencedor una víctima sola. La guerra es para aquellas infelices tribus un estado permanente que no puede menos de perjudicar al desarrollo de la poblacion. Como nadie sucumbe sin dejar amigos que le venguen, la lucha se hace interminable.

La lengua de los indíjenas del puerto del Rey Jorje no tiene nada de ingrato; por lo contrario tiene cierta armonía. Jeneralmente hablan con rapidez, y cuando se encuentran en numerosas cuadrillas, celebran á veces con un canto improvisado algun acontecimiento importante, lo cual se ve con frecuencia entre mujeres cuando están solas, en cuyo caso dan libre curso á su humor cáustico y entonan canciones no pocas veces ultrajadoras para los hombres. Su campo es siempre tumultuoso; el silencio solo se establece al acercarse un estranjero, y dura tan solo el tiempo necesario para reconocer al agresor.

CAPITULO IV.

AUSTRALIA. — ISLA DE LOS KANGAROUS. — PUERTO WESTERN.

Powel no tenia ya nada que hacer en el puerto del Rey Jorje á 6 de diciembre, y en su consecuencia se hizo á la vela. Singlámos hácia el E. por una mar y una brisa no muy propicias, no obstante ser aquella la estacion de la Australia, y despues de diez dias de la mas triste navegacion anclámos á 16 de diciembre en Napean-Bay, en la isla de los Kangarous. El nombre de esta isla le fué aplicado en el instante de su descubrimiento: cuando Flinders aportó en ella, los kangarous eran tan numerosos y tan poco feroces, que en una tarde su tripulacion mató treinta y uno de aquellos animales, el mas pequeño de los cuales pesaba sesenta libras, y el mayor ciento veinte y cinco. En la playa habia monstruosas focas en igual abundancia que se arrastraban hasta alcanzar los kangarous, y parecian vivir con ellos en la mas perfecta intelijencia. Flinders observó que las focas al acercarse los hombres mostraban una sagacidad mucho mayor que sus comensales los kangarous; pues estos no cobraron el menor susto á la llegada de los Ingleses, al paso que las focas no se manifestaron tan bobas. Flinders hubiera debido añadir que las focas tal vez pudieron conocer á los hombres en otras playas de la Australia, mientras que los kangarous, solitarios en su isla, no habian podido adquirir la misma esperiencia. Sea como fuere, lo cierto es que actualmente esta esperiencia la tienen, y ha hecho una revolucion completa en sus costumbres. En efecto, cuando llegámos cerca de Kanguroo-Head (Pl. XXXVI. — 1), que Flinders juzga ser la residencia favorita de estos animales, de los diez que estaban paciendo, los nueve huyeron á todo escape en cuanto nos avistaron, y apenas pudímos disparar contra dos de ellos que nuestros perros impelieron á un punto en que se hallaban emboscados dos de los nuestros.

La isla de los Kangarous es un Eden de verdor, comparada con las playas áridas y estériles de la Australia. Sin duda que su vejetacion y su playa, bella como un tapiz, deben de haber atraído un gran número de kangarous y favorecido su multiplicacion. Todos los demas puntos de la bahía están cubiertos por espesas arboledas.

Cuando Flinders descubrió este punto, observó que los árboles en vejetacion parecian mucho mas mezquinos que muchos otros cuyos troncos muertos subsistian en pie, y cuyos restos atestaban el suelo. Como aquellos jigantescos vejetales parecian haber muerto todos en un mismo dia, y en virtud de un incendio jeneral; como nada indicaba por otra parte que aquella tierra hubiese sido nunca habitada por hombres; infirió que solo pudo pegar fuego á aquellas selvas el rayo ó la frotacion accidental de dos árboles muertos. Segun su cálculo, este accidente pudo ocurrir unos diez á veinte y cinco años antes.

La isla de los Kangarous tiene unas treinta leguas de largo sobre diez de ancho, con un piso de mediana elevacion. El interior de la isla es desconocido; no se ha descubierto todavía habitante alguno, y únicamente se sabe que las tierras del cabo Jervis, separadas de la isla de los Kangarous por un simple canal de dos ó tres leguas, nutren la misma raza de hombres, feroz y mezquina, que la que acampa en el puerto del Rey Jorje. Algunos meses antes de nuestro paso á Napean-Bay, su ferocidad habia causado la muerte



1. Site sur l'Île des Kangaroos.

1 Vista de un Pais en la Islas de los Kangarus



2. Chasse aux Phoques

2 Caza a los Focas

de Sainson del.

VOYAGE

VIAJE

de un bizarro oficial inglés, víctima de su amor á la ciencia. Desde el punto del fondeadero en que á la sazon nos hallábamos, se descubria la cumbre del monte Lofty, teatro de la catástrofe, cuya relacion, tal como me la han hecho despues en Port-Jackson, insertamos á continuacion, bien persuadidos de que las empresas acometidas en tan apartadas tierras, merecen encontrar ecos que las repitan sin cesar, á fin de que los nombres de los mártires de la ciencia sean no menos honrados que los de los otros mártires.

El teniente Sturt, de quien hablarémos despues, acababa de reconocer el curso del rio Murray, y descubrir el vasto lago Alejandrina, que comunica con la bahía Encounter cerca del cabo Jervis por medio de un canal impracticable hasta para las mas pequeñas embarcaciones, bien que de bastante anchura. En virtud de este descubrimiento, Sturt sospechó que aquel lago comunicaba tal vez con el golfo San Vicente por medio de otro canal mas profundo. Este hecho era en realidad importante, pues se enlazaba con todo el sistema de colonizacion de la Australia meridional y con la naturaleza de las relaciones que podian entablarse con las comarcas del interior.

De regreso de una mision al puerto del Rey Jorje, el capitan Barker acometió la empresa de resolver esta gran cuestion jeográfica. A 10 de abril de 1831 llegó junto al cabo Jervis, costeó de muy cerca la orilla oriental del golfo San Vicente, y se cercioró de que no ecsistia ningun canal en una estension harto considerable.

A trueque de estar mas seguro de sus investigaciones, el capitan Barker desembarcó el 17, acompañado de M. Kent, de dos soldados y de su criado. Tomaron tierra cerca de un pequeño canal cuya embocadura era obstruída por una barra, y cuyo curso, que no pasaba de cuatro millas, se internaba hasta el pie de la cadena paralela á la costa. El paisaje ofrecia un aspecto feraz: los bordes del canal se componian de praderías naturales algo selvosas y tapizadas de todo linaje de yerbas. El suelo era fecundo y de color de chocolate que se supuso provenir de la descomposicion de la piedra caliza azulada que se veía á lo largo de la costa. En el fondo del canal habia un vallecillo que conducia á las montañas, en el que se halló mucha agua dulce depuesta en las marismas que se llenaran con las últimas lluvias. En aquel punto vivaquearon los marinos.

Al dia siguiente el capitan Barker escoltado de M. Kent y de su criado, empezó á trepar el monte Lofty, siguiendo la cresta de la cadena. Las partes inferiores parecian formadas de esquita arcillosa; los flancos y los cúspides cubiertos de árboles de estraordinarias dimensiones. Por el lado del E. la vista era limitada por otras cadenas paralelas á la que seguia; pero por la parte del O. se tenia á la vista los bordes deliciosos del canal.

En aquel mismo dia pasaron por los bordes de un profundo barranco, cuyos flancos eran tapizados de herbajes sumamente agradables á la vista. A seiscientos pies de profundidad corria por el fondo de aquel desfiladero un torrente poco caudaloso, y por acá y acullá se veían enormes roquedos que oponian como un dique á su corriente, cuyas aguas habian puesto tan límpidas las piedras, que las venas de cuarzo encarnado y azul parecian obras de mosaico. A algunas millas de distancia de aquel barranco, nuestros viajeros hicieron su segundo alto nocturno.

Al dia siguiente subieron á la cima del monte Lofty, situada á 2.250 pies de elevacion sobre el nivel del mar y á una distancia de once millas de la costa. Lo que mas llamó su atencion en la cumbre de aquella montaña, fué la corpulencia de los árboles que la coronaban. En efecto, los unos tenian un tronco de cuarenta pies de circumferencia, y aun parecia que aquellos robustos vejetales no eran perjudicados por los vientos reinantes ni por su encumbrada posicion. La mayor parte pertenecian al jénero eucalyptus, y uno de ellos era sumamente notable por el perfume particular á su corteza.

Nuestros viajeros volvieron á bajar por el recuesto septentrional del monte y llegaron hasta el punto en que termina la cordillera al N. N. E., donde disfrutaron de una vista mas dilatada que desde la misma cumbre. En efecto, desplegábase á sus plantas la mayor parte del golfo, y aun podian distinguir las montañas que lo ciernen al N. N. O. con otro monte al E. semejante al Lofty. Barker infirió que aquel picacho era el señalado por el teniente Sturt, confundido con el monte Lofty, mas retirado hácia el O. Este último recibió justamente el título de monte Barker.

Bajo las plantas mismas de los viajeros se prolongaba al N. hasta cuanto podia estenderse la vista un terreno llano, ya despejado, ya selvoso en parte, pero siempre tapizado de verdor. Aquel terreno corria tambien hácia el E. y parecia rodear los flancos del monte Barker. Los viajeros pernoctaron en la cumbre de la cordillera, junto á una espaciosa hondura parecida á la boca de un cráter. Los puntos culminantes de toda la porcion septentrional de la cadena del monte Lofty proceden de esta formacion, que de esta suerte se halla colocada entre las formaciones de esquita que circundan el canal situado en la falda de la cadena.

Esta primera espedicion fué sumamente afortunada. A 21 de abril la cuadrilla viajera se halló á la playa, y algunos dias despues desembarcó de nuevo en una pequeña bahía bastante segura, situada inmediatamente al N. del cabo Jervis, y encontró en el fondo un valle de nue-

ve á diez millas de lonjitud sobre tres ó cuatro de ancho. Aquel valle, flanqueado de las ramificaciones de la cadena principal, abundaba en pastos donde se veían numerosos kangarous. Aunque pedregoso en muchos puntos, el piso era jeneralmente fértil y de un aspecto agradable. Encaminándose directamente al E., Barker y sus camaradas atravesaron la primera cordillera de colinas, y entraron en un valle estéril, pedregoso y cubierto de malezas. Salvaron despues una segunda colina, desde cuya cima vieron la bahía Encounter y una llanura que terminaba en dunas de arena ó en collados cubiertos de arbolillos. El capitan Barker subió al punto mas eminente, y descubrió el lago Alejandrina y el canal por cuyo medio comunica con la bahía Encounter. Descendió en direccion á este punto, llegó á los bordes del canal, y caminó á lo largo de él por dunas arenosas hasta que pudo avistar la punta S. E. del cabo Jervis. En este punto el canal tendria como un cuarto de milla de anchura, y M. Barker se dispuso para atravesarlo á nado á fin de pasar á una duna situada á la otra márjen y donde juzgaba obtener mayor desarrollo de perspectiva en las comarcas situadas al E.

Desgraciadamente era el único que sabia nadar: así que nadie pudo imitarle. En vano quisieron disuadirle, pues de todos modos quiso realizar su proyecto, apesar de su estado endeble y enfermizo. HabiéndoleM. Kent atado la brújula á la cabeza, se desnudó y partió. En el espacio de diez minutos llegó á la otra márjen, y trepando el ribazo hizo algunas observaciones con el ausilio de sus instrumentos, descendió por el lado opuesto, y no le vieron mas.

En este punto se detiene el diario de M. Kent; por manera que el paradero del infortunado capitan Barker seria todavía un enigma, si una mujer del país que estuvo mucho tiempo al servicio de los pescadores ingleses no nos hubiese comunicado los pormenores de la catástrofe.

Segun ella, M. Barker subió á la primera duna, y se dirijió despues á otra situada á una distancia considerable; pero en el camino fué avistado por tres naturales que desde la playa del mar se encaminaban al campamento de su tribu. Siguiéronle sin titubear, mas no se atrevieron á acercársele contenidos por el temor del instrumento que llevaba. Viendo á aquellos individuos decididos á atacarle, el capitan Barker procuró calmarles; pero prefiriendo tomarles la delantera, disparó contra uno de ellos. Su ataque fué desgraciado, pues no causó el menor daño, al paso que uno de los salvajes le disparó una sagaya que le tocó en la nalga. Deseando salvarse de mano de aquellos tres agresores, Barker se arrojó al mar y corrió á través de los rompientes, donde recibió otra lanza en el hombro, y una tercera en medio del pecho. Abandonáronle las fuerzas y cayó en el agua donde acabaron de matarle á impulsos de unas cien lanzadas, y en seguida los naturales arrastraron su cuerpo á los arrecifes, lo arrojaron al abismo, y la marea se lo llevó á alta mar.

Si se ha de dar crédito á la mujer que dió estos detalles, el objeto de los tres salvajes al matar al capitan Barker, no fué otro que el de cerciorarse prácticamente si era posible matar un hombre blanco. Sin embargo Sturt es de parecer que aquellos naturales ejercian un acto de venganza, como represalias de las atrocidades que los pescadores de focas habian cometido tantas veces. Poco tiempo antes aquella misma tribu habia manifestado las disposiciones mas hostiles hácia Sturt y sus camaradas, y los tres asesinos de Barker á buen seguro tuvieron la satisfaccion de poder acallar sin peligro un odio de tribu.

A 18 el *Kanguroo* abandonó el fondeadero de Neapan, salvó el canalizo de Backstaire, entre el cabo Jervis y la isla de los Kangaous, y llevó el rumbo hácia el estrecho de Bass. En el decurso de aquella travesía no pocas veces el brick navegó á lo largo de la costa que en jeneral se mostró baja, arenosa y de un aspecto triste y monótono. De vez en cuando la ocultaban á nuestra vista unas nieblas muy densas, y á 21 montámos la punta del cabo Otway, compuesta de altos y tristes acantilados, selvosos, verdes y mas deliciosos que ninguna de las tierras visitadas hasta entonces. Aquella misma tarde fondeámos en el puerto Western, situado en la parte septentrional de la isla Phillip.

Al instante quise hacer una escursion en los bordes de la profunda anconada que escota las tierras de esta isla. Mientras permanecí en la playa, andé por una arena fina y movediza; pero en cuanto quise penetrar en el interior, tropezé con una vejetacion de arbustos y plantas espinosas que me opuso una barrera tan cerrada, que despues de haber roto varias veces mis vestidos, me ví forzado á desistir de mi empeño y volverme á la playa. En la bajamar toda la costa está orillada por una capa de cieno que impide pasar á los botes. A mayor distancia la playa se cubre de morrillos redondos, negruzcos y pesados que á primera vista parecen provenir de una formacion ignea, pero no son otra cosa que unos jeodos que deben su gravedad y su color á una porcion de hierro bastante considerable.

No hubo tanta dificultad en pasearme por la punta de arena que forma la parte occidental de la bahía. En el interior el paisaje es magnífico, y ofrece paseos deliciosos: ora se ven praderas

encantadoras esmaltadas de diversas flores, y cruzadas por senderos bien trillados, ora grupos de árboles entre los que puede circularse con facilidad. Al ver aquella naturaleza accesible por donde quiera, no parece sino que ha de haber mediado la mano del hombre, aunque no cabe la menor duda que el hombre no ha intervenido en nada. Las miserables tribus que habitan aquellas playas no piensan mucho en el embellecimiento de sus campiñas, pues solo cuidan de su alimento. Igualmente se duda si los pequeños senderos que se perciben por acá y acullá sean obra de sus manos, en términos que se atribuyen á los animales que en sus correrías siguen siempre la misma direccion. Esta es almenos la opinion en que están los pescadores de aquellos parajes.

En un punto de la playa bastante apartado, avistámos tres ó cuatro focas que se solazaban en las dunas. Al instante las salímos al encuentro; pero previendo el peligro, aquellos anfibios desaparecieron en el mar con una rapidez increíble si se atiende á la masa de sus cuerpos (Pl. XXXVI. — 2). Aquellas focas pertenecen á la especie que los naturales llaman *otarie ceniciento*. Su talle, cuando son adultos, es de siete á diez pies de lonjitud; su cabeza es abultada, su frente ancha, su hocico cuadrado y corto, y su labio superior escede al inferior. Desde la cabeza hasta el medio del tronco, su grueso aumenta progresivamente, y decrece poco á poco de la misma suerte; por manera que á primera vista aquellos animales ofrecen, por decirlo así, la forma de dos conos reunidos por el vértice. Su pelaje superior es de un gris ceniciento y uniforme; la barba, el sobaco y los dos costados del cuerpo son encarnados; los miembros posteriores casi negros, y los anteriores de un pardo obscuro que tira un poco á encarnadino. Los pelos de la cabeza y del cuello son largos, fuertes y groseros, pero los de las otras partes son mas cortos y apiñados. Su color ceniciento proviene de la mezcla de aquellos pelos, de los cuales unos son de un blanco amarillento y otros negruzcos. Al revolverlos se encuentra en su base un fieltro rojo bastante suave.

Los individuos jóvenes son negros y tienen los pelos sumamente sedosos. Su cabeza es redonda, y su aspecto menos desagradable que á una edad mas avanzada: al cabo de algunos dias de domesticidad, se muestran tan familiares y acariciadores como los cachorritos. En la infancia, estas focas se mueven con mas facilidad que cuando adultas, por razon de que sus miembros no son entonces tan desproporcionados como despues.

Como la piel de estos animales es un forro muy apreciado en muchas comarcas del N. de Europa, y su especie es muy comun en las costas meridionales de la Nueva Holanda, con especialidad en los contornos del estrecho de Bass; varios pescadores ingleses, americanos, rusos y franceses han esplotado durante treinta años este ramo de comercio con mucho beneficio y prosperidad. Sin embargo tan activas y multiplicadas batidas han destruído de todo punto en muchas partes esta raza de animales y la han disminuído considerablemente en las demas: así que los pescadores de focas se ven forzados actualmente á correr muchos riesgos y fatigas para alcanzar medianas cosechas. En el dia el oficio de pescador de focas es uno de los mas ingratos que puedan imajinarse; aunque no faltan muchos armadores ingleses y americanos que lo toman á pechos con muchísimo gusto, y consagran á él su vida y su fortuna.

Hicímos ademas otras muchas escursiones á aquella playa, especialmente á la parte oriental de la bahía, y pasámos á una deliciosa playa donde oímos el ruído de mucho filedones, huéspedes habituales de los árboles que circundan aquel punto. La mayor parte de aquellos árboles, esparramados escéntricamente á través de rientes praderías del mas bello césped, pertenecian á los jéneros banksia, eucalyptus, casuarinas, podocarpus, leptospermum, etc. El terreno es muy despejado; de suerte que se puede andar por cualquiera parte sin obstáculo, á escepcion de ciertos puntos en que los pies se embarazan en los tallos sarmentosos y ramosos de un helecho y de una suerte de *dampieria* de flores amarillas.

Aquellos sitios pululaban en aves pertenecientes á los jéneros cuclillo, arvela, papagayo, etc. En el espacio de dos ó tres horas hicímos una caza abundante. Muchos kangarous se fugaban á nuestro acceso, y á veces se metian entre nuestras piernas; pero su fuga era tan rápida que ninguno de nuestros golpes pudieron alcanzarlos. Cerca de la playa encontrámos unas cincuenta hutas, mas ó menos destruídas, circuídas de restos de hogares y de conchas, pruebas evidentes de la mansion reciente de los isleños. Es verdad que deseaba visitar á aquellos naturales, atendido que segun Tuckey que los vió cuando el establecimiento de la colonizacion de Port-Jackson, parecian mas numerosos, mas bien formados y mas civilizados que los de las demas comarcas. Estos indíjenas, dice, reconocian la autoridad de unos jefes que se adornaban la cabeza con plumas de cisne negro, se pintaban de encarnado, blanco y amarillo, y se hacian llevar en hombros de sus vasallos. Por lo demas, aquella puebla, envanecida por su superioridad, desplegaba un carácter feroz é inhospitalario, y su desaseo es superior á cuanto pueda imajinarse.

Hace algunos años que entre ellos y los pescadores de focas se levantaron sangrientas riñas, y parece que desde entonces se han retirado al

interior, y solo se manifiestan en el litoral cuando se ausentan los blancos del puerto Western. Teniendo en cuenta por una parte el carácter feroz de los naturales, y por otra las costumbres licenciosas y desarregladas de los pescadores, puede muy bien inferirse que los insultos eran recíprocos, y que los naturales han obrado con mucha prudencia decidiendo su retirada.

Algunos viajeros ingleses que á principios de 1826 hicieron por tierra la travesía de Twofold á Port-Western, narraron que en la costa oriental de aquella bahía encontraron un rio muy caudaloso, llanuras inmensas de una grande fertilidad y muchas otras maravillas de esta naturaleza. Determinado por semejantes relatos, el gobierno de Port-Jackson despachó hácia aquel punto un destacamento de soldados y de reos que debian fundar allí una colonia. Aquellos reos y soldados llegaron á fines de 1826, algunos dias despues del paso del capitan d'Urville; pero en vez del rio anunciado con tanta pompa, apenas se encontró un anchuroso torrente, cuyo lecho estaba completamente en seco. Despues de una corta mansion, la falta de agua dulce forzó al gobierno á llamar á aquellos hombres á Port-Jackson, y á renunciar, almenos por entonces, al proyecto de colonizar Port-Western. Es sin embargo muy dificil suponer que no ecsiste nada de agua, siendo así que con mucha facilidad podrian abrirse abundantes pozos. Port-Western ofrece un fondeadero magnífico para las embarcaciones de todos tamaños, y su posicion en medio del estrecho de Bass no puede menos de darle algun dia mucha importancia.

CAPITULO V.

AUSTRALIA. — NUEVA GALES DEL SUR.

A 23 por la tarde, el *Kanguroo* abandonó el puerto Western, y al dia siguiente pasó entre el promontorio Wilson, mole enorme de granito que termina la Australia hácia el S., y la isla Redondo, cono imponente por su forma, su altura y su aislamiento, escarpado en su base y cubierto de la mas lozana vejetacion. Los dias siguientes costeámos á doce ó quince leguas de distancia la arenosa playa que se estiende desde Ram-Head hasta el promontorio de Wilson. A veinte leguas de distancia se descubre ya la cordillera de los montes Warragong que domina toda aquella parte de la costa, y que los Ingleses llaman Alpes australes ó Montañas Blancas. Costeámos tambien de bastante cerca el cabo Howe, playa arenosa sin verdor ni agua, y despues el monte Dromedario, mas notable por su forma que por su elevacion, que solo alcanza unas quinientas toesas sobre el nivel del mar. La playa es una montuosa faja de arena; pero en el interior la vista descubre risueñas praderas sombreadas por las mas bellas arboledas. Sin embargo muy pocas veces podíamos ver la tierra con entera libertad, pues comunmente nos ocultaban del todo su aspecto y su configuracion las nieblas ó las humaredas procedentes de los incendios habituales á todos los Australes que pegan fuego á los helechos de sus playas.

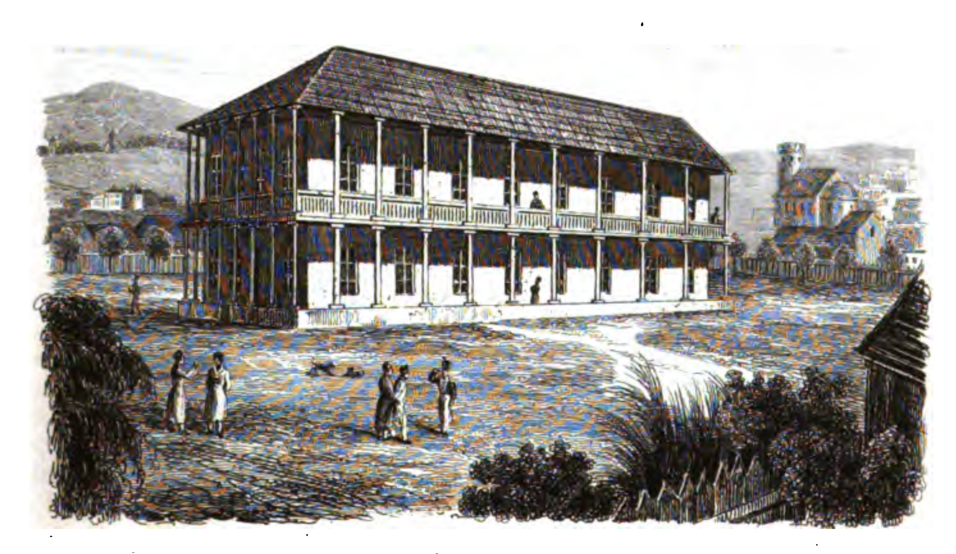
El 30 por la mañana al subir á la cubierta, no pude menos de quedar altamente sorprendido al hallar al *Kanguroo* á la entrada de un canalizo bastante estrecho, orillado en ambas partes de acantilados fragosos, negruzcos y desagradables á la vista. A la izquierda se ostentaba un elegante y encumbrado faro que al instante hubiera arguído la civilizacion inglesa, aun cuando un piloto que subió á bordo no hubiese mostrado mas ecsactamente las costumbres de Europa transportadas á la costa australia (Pl. XXXVI. — 4). Salvado este canal, se desarrolló á nuestra vista una ensenada inmensa, capaz de contener á la vez todas las escuadras del mundo. Aquellos bordes son escotados de deliciosos ancones y de puntas: es un magnífico lago salobre. El terreno de la derecha es jeneralmente sin cultivo, y solo ofrece grupos de árboles y un vestido de encumbrados helechos. A la izquierda se desarrolla toda una colonizacion agrícola; lugarejos, quintas, casas de campo, todo con cierto aspecto de riqueza y comodidad. En el centro de aquel móvil panorama se alza la ciudad y el puerto ó ensenada de Sydney-Cove (Pl. XXXVII. — 1); la primera mucho mas europea que cuantas habia visto en los mares de la India: navíos, fuertes, almacenes, calles y edificios, todo recuerda la Inglaterra; todo induce á creer al pasajero que se encuentra en un pequeño puerto de la Mancha. En el espacio de cuarenta años se concibió y llevó á cabo la construccion de esta ciudad en un país antípoda. Hace cuarenta años que en su solar todo era soledad y barbarie.

Apenas hubímos echado las anclas, cuando desembarqué con mi bagaje. Powell me indicó en George-Street un meson en donde fuí muy bien tratado, y cuyos precios eran casi los mismos que los de un meson de segundo órden en Lóndres. Los mozos que me servian eran todos condenados por robo ó por otros crímenes en Inglaterra; y sin embargo pude cerciorarme que los delitos no son mas frecuentes en Port-Jackson que en los países mas civilizados de Europa. La espatriacion, una travesía larga y un método nuevo de vida en una tierra desconocida y medio salvaje, todo contribuye á que los criminales dirijan sus intereses con mas prudencia, y manifestarles que la moralidad es tambien un buen cálculo.

Con algunas horas de paseo conocí perfecta-



1. Sydney à son Origine.
1. Sidney en su Principio



2. Caserne à Sydney.
2. Cuartel en Sidney.

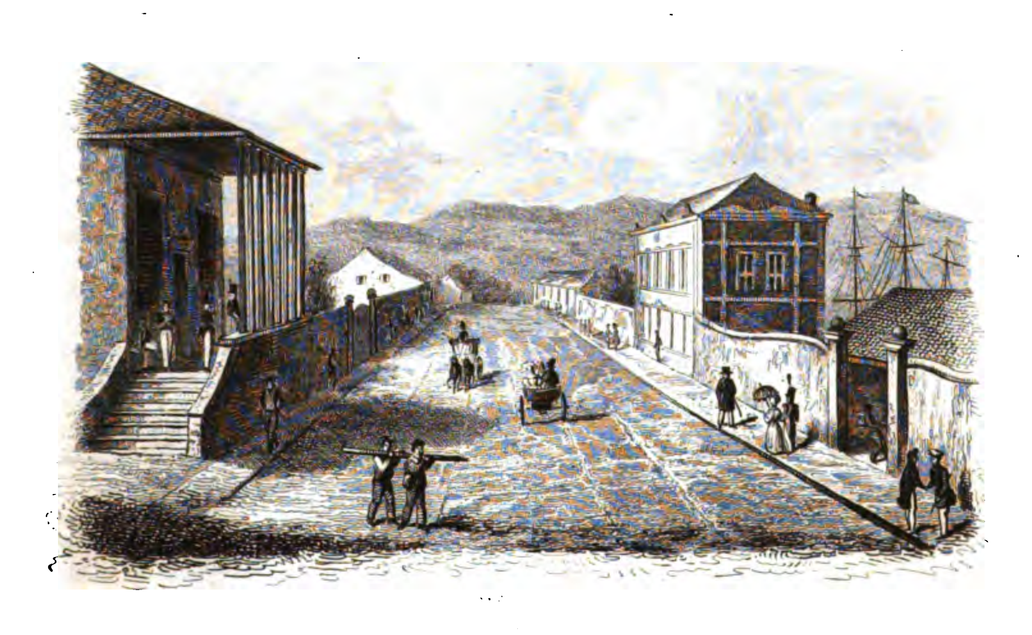
de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE



1. Vue de Sydney.

1. Vista de Sidney.



2. George Street à Sydney.

2. Calle Jorge en Sidney

VOYAGE
VIAJE

mente Sydney, cuya maravilla mas sorprendente es su ecsistencia. Como la mayor de las casas están aisladas entre un patio y un jardin, de ahí es que ocupa un espacio inmenso. Las casas por lo regular no tienen mas que uno ó dos altos; y las calles son en su mayor parte tiradas á cordel, anchas y bastante bien cuidadas. Es verdad que no son enlosadas, pero el polvo es desconocido en ella, y el fango raro, merced á la sequedad casi constante del clima. La calle mayor de Sydney, George-Sreet, tiene cosa de una milla de anchura; y es cortada por intérvalos á ángulos rectos por otras calles transversales, mientras otras corren en sentido paralelo (Pl. XXXVII. — 2). El agua de que usan los habitantes proviene de pozos ó cisternas abiertas en la roca. La ciudad es cruzada tan solo por un débil arroyo que nace en una vecina laguna, y cuyas aguas son en breve inficionadas por todo jénero de inmundicias.

La parte de Sydney situada al lado oriental del puerto contiene la mayor parte de los edificios públicos y de las habitaciones de los ricos particulares, entre los cuales se distingue el palacio del gobernador, residencia agradable y cómoda, circuída de un vasto parque, deliciosos paseos y frondosos bosquecillos. La parte de aquel edificio que mas vivamente llama la atencion son las caballerizas, construccion singular y desproporcionada con las demas, anomalía monumental en que el arquitecto ha empleado el estilo gótico en medio de una ciudad que data de ayer. Así es que á primera vista aquel edificio se asemeja mas á una iglesia que á una cuadra.

En la parte occidental de Sidney-Cove se halla el barrio vulgarmente denominado *Rocks*, porque su base es efectivamente sobre la roca pelada. Esta es la ciudad de los artesanos y de la plebe: los patricios de la Nueva Gales del Sur raras veces se aventuran á andar por estos barrios, y cuando manifesté mis deseos de visitarlos, me aconsejaron que no descuidase mis faltriqueras. Sin embargo nada me aconteció de desagradable ni de displicente.

Las casas de Sidney son construídas casi todas con una greda que suministran las márjenes del canal de Port-Jackson. Así es que ya se echan de ver en esta ciudad edificios importantes, tales como las elegantes casernas (Pl. XXXVIII. — 2), las cárceles de los reos, los almacenes de la marina, y la iglesia católica comenzada sobre un plan sobrado vasto á proporcion de los recursos de la poblacion católica, cuya circunstancia ha forzado á suspender los trabajos. El templo de los protestantes es mas modesto, y superado de una torre piramidal que es el edificio mas encumbrado de Sydney.

Poco cuidadosos del porvenir, los primeros colonos habian talado ya antiguamente los árboles que circundaban la ciudad: así que los alrededores son actualmente tristes y monótonos. Hace algunos años que se hacen esfuerzos para reparar este inconveniente por medio de plantaciones de árboles de Europa; pero estos vejetales crecen con lentitud, y á menudo dejeneran en aquel terreno árido y abrasado. Los mismos árboles indíjenas crecen tambien lentamente, y condenan aun por algun tiempo la vecina campiña á una triste desnudez.

La poblacion actual de Sydney es evaluada en 15.000 almas, entre las cuales se cuentan 2.000 forzados y 400 militares. Pueden dividirse en cinco clases bien caracterizadas: los ajentes del gobierno, los mercaderes y los cultivadores, los individuos de todos estados y condiciones que nunca han sido condenados, los emancipistas y los reos.

Los emancipistas son los que llegados á la colonia bajo el peso de una condenacion, han recobrado su libertad por la espiracion ó por la induljencia parcial ó completa de la pena. Esta clase es bastante numerosa, y muchos de aquellos emancipistas han adquirido ya propiedades importantes. Si la idea de la colonizacion austral fuese comprendida de todos aquellos que en la actualidad son miembros suyos, aquellos hombres purgados de su falta por el tiempo y por la pena, deberian ser considerados al igual de los otros, y verse acojidos cual si no ecsistiese ya lo pasado por los miembros que jamas han tenido que partir peras con la justicia. Sin embargo, los individuos de oríjen libre han constituído ya en Sydney una aristocracía importante para los emancipistas: los desgraciados arrepentidos no forman parte de ninguna sociedad patricia; son escluidos de hecho de todos los puestos eminentes, y todas sus tentativas para restablecer una igualdad que entra en la esfera de sus atribuciones han dado márjen á repetidas escenas las mas escandalosas. Esta reprobacion no se detiene siquiera á la persona que ha incurrido en ella, sino que se transmite de una á otra jeneracion; el baldon y la afrenta pasan de padre á hijo, y en aquella tierra, que debia ser el purgatorio humano de las faltas de los hombres no solo no se espia el delito, sino que es hereditario: así que si se pretenden variar las instituciones penitenciarias, encontraráuse muchas preocupaciones que combaten contra ellas con obstinacion.

Lo mas estraño es que en virtud de este falso ó injusto sistema los mismos emancipistas han establecido categorías entre sí; tan cierto es que la escepcion creia la escepcion, y que la injusticia ahija la injusticia. Esta clase se divide en *emancipistas puros*, que son los que no han sufrido ninguna condena en la colonia misma, y *emancipis-*

tas impuros, los que han sido presos por delitos locales; cuyas dos clases se escluyen mutuamente una á otra con un encarnizamiento semejante al de los hombres libres hácia las dos. Hace algunos años que los emancipistas puros dieron un banquete público, en el que se introdujo un emancipista impuro. Desgraciadamente fué descubierto, y al instante se oyó por todas partes: *A la puerta, á la puerta! fuera!* Ya se preparaban á echarlo á la violencia, pero el impuro lo habia previsto ya; y como estaba decidido á arrostrar la tempestad y á participar á todo trance de un banquete tan opíparo y arrollóse en torno del brazo un cabo de los manteles de tal suerte que si llegaban á echarlo á viva fuerza, los manteles se llevasen todo el servicio, arrojasen al suelo todos los platos. Así que le amenazaron, mostró su brazo, y continuó comiendo la sopa tranquilamente, como un convidado cualquiera. A vista de tan singular medio de defensa y de aquella sangre fria no menos singular, todos los convidados indistintamente echaron á reir y el impuro comió como los demás, que era todo lo que pretendia.

Habia verificado ya algunas escursiones á Sydney y al seno de las campiñas circumvecinas, y solo pudiera formarme todavía una idea harto incompleta de aquella parte de la Australia. En consecuencia resolví internarme mas y visitar los puntos mas señalados de la Nueva Gales del Sur. Mi primera escursion fué dirijida hácia Parramatta, adonde se iba por dos caminos, el uno por mar, y el otro por tierra. Yo usé de entrambos, del primero para ir, y del segundo para venir. Partímos muy de mañana, doblámos la punta Dawer, y en seguida se desarrollaron enteramente á nuestra vista el barrio de los Rocks el abra Derbing, y el precioso establecimiento del difunto John Mac-Arthur y deliciosas playas diseminadas en la costa. Al llegar delante de uno de ellos, el gondolero, hasta entonces taciturno, ecsaló un profundo suspiro y esclamó: « Aquí habia la morada del infortunado Guillermo Bardley. » A esta esclamacion comprendí que aquello encerraba seguramente algun drama. « Quién es Guillermo Bardley? un gobernador, un lord, un capitan, ó quién? — No, caballero, no es capitan, ni lord, ni gobernador, sino un pobre anciano que se procuraba una honrosa subsistencia por medio de su trabajo. Allí vivia, en aquella casita que se ve en el ribazo, contento en poco, cultivando su delicioso jardin, ó pescando para su alimento algunos peces de la bahía. Varios caballeros de la ciudad se detenian á confabular un rato con el viejo Bardley, jovial, injenioso y con puntas de charlador. Cierto dia uno de ellos notó la ausencia de Bardley, y vió que su casa estaba cerrada. Sin embargo pasó de largo sin inquietarse por la suerte del anciano, cuando algunos dias despues empezó á concebir sospechas al ver que la casita continuaba cerrada, y se hizo desembarcar en la playa. Pero, cielos! qué vió? una puerta forzada, una cabaña desamueblada, un interior devastado, con un perro tendido en el suelo y royendo un hueso. Arrancóselo el gentleman; era un hueso humano. Sin duda el buen Bardley fuera asesinado, y el perro roía el cadáver de su antiguo dueño; pero en donde podia hallarse el cadáver? Al principio no pudo descubrirse, y todas las pesquisas de la justicia y de los majistrados quedaron defraudadas. Entonces el gentleman concibió la idea de hambrear al perro paraque la necesidad le incitase á buscar un nuevo pedazo de carne á la sepultura del anciano. Esta medida surtió muy buen efecto, pues el perro se dirijió al sitio donde fuera inhumado el cuerpo, y al momento lo desenterraron en un estado de descomposicion bastante adelantado. Un forzado que por mucho tiempo habia estado al servicio de Bardley fué detenido y preso; confesó su crímen, y fué ahorcado en Sydney. Sin embargo todas estas medidas no fueron parte á restituir la vida á Bardley, cuya muerte ha sido llorada de todos. »

Allende aquel punto y hasta á la mitad del camino, las dos márjenes del canal ofrecen pocos terrenos cultivados, y se componen de rocas arcillosas cubiertas de plantas enmarosas, mientras que en el interior corre una serie de collados poco encumbrados y tapizados de malezas y verdes arbolillos. En los ancones y ensenadas del canal se percibieron algunas casas, habitaciones interiores de los leñadores, de los labradores y destiladores ambulantes, cuya presencia en ellas es revelada por continuas humaredas.

Al pie de siete millas de distancia y á la orilla derecha se ve la bahía de Squire y sus desembarcaderos y sus verjeles circuídos de verdes empalizadas. Su fundador, muerto hace poco, fué el primer cervecero de la colonia, y su féretro tuvo por mucho tiempo una grande celebridad en el continente austral. A mayor distancia, y hácia el propio lado hay algunas habitaciones y materias escalonadas. A la izquierda desfilan las vastas salinas de M. Blaxland, con sus deliciosas casas, sus jardines y sus parques, paisaje encantador cuyo verdor se levanta en forma de anfiteatro. A escepcion de un molino de trigo que se halla á la derecha, el terreno no ofrece mas que una sucesion de cercados hasta llegar delante de la magnífica residencia de M. Hannibal Mac-Arthur, oculta en un recodo del canal, bajo unos grupos de naranjos cargados de flores y de frutos y poblada de kangarous domésticos que corren y se solazan á lo largo de la playa.

A alguna distancia se ve la escuela de los huérfanos, situada sobre una eminencia circuída por todas partes de jardines y dehesas que hacen fren-

te al domicilio de M. John Mac-Arthur, cuyas partes amarillas se separan sobre un fondo de delicioso verdor. A esta altura el canal recula súbitamente, y toma el nombre de rio, aunque sus aguas son siempre salobres. El agua dulce no comienza hasta pasado el puente de Parramatta, donde el agua del mar es contenida por una calzada que le impide remontarse mas (Pl. XXXII — 3.), cuya circunstancia es suficiente para indicar cuan poco se levanta el terreno desde Sydney hasta Parramatta, en una estension de cerca de catorce millas.

Desembárcase en la orilla izquierda, ante un suntuoso edificio de ladrillos que forma los almacenes del comisariato, y en un cuarto de hora se llega á Parramatta. Esta ciudad ocupa un espacio considerable; pero la mayor parte de las casas son aisladas y de un solo alto, y aun á veces de un simple piso bajo circuído de patios y jardines. Las calles son anchas y tiradas á cordel, bien que en gran parte inhabitadas. El piso no es sólido, ni es enlosado como el de Sidney, lo que se hace sentir mas en tiempo de lluvias. El gobierno tiene una residencia agradable en Parramatta, que está destinada á ser con el tiempo la capital de la Nueva Gales del Sur. Sin embargo los gobernadores continuan á residir en Sydney, y las autoridades locales mantienen allí el centro de los negocios administrativos, de lo que no deja de resentirse Parramatta, cuya poblacion no escede de tres á cuatro mil habitantes.

Los edificios mas notables de Parramatta son las casernas de los soldados, las de los forzados, las dos iglesias y el palacio del Toison de Oro (*golden fleece*). Este edificio es construído de ladrillos, con dos altos, y ofrece un bolingrin circuído de un camino para los carruajes. En aquel palacio se acojen los estranjeros de encumbrada alcurnia que encuentran allí el confortativo inglés mas completo y mas refinado. A un cuarto de legua de la ciudad se halla un espacioso edificio denominado *female Factory*, donde se encierran las mujeres á quienes no se tiene por conveniente conceder la libertad desde su llegada á la colonia, y las que se han hecho acreedoras á su pérdida desde que la habitan. Aunque semejante cárcel está rodeada por todas partes de paredes de doce pies de alto, las reclusas encuentran los medios de salvar aquellas barreras.

Los rayos del sol se concentran en Parramatta de todas partes, por motivo de su situacion en un llano rodeado de una cortina de collados; por manera que su temperatura marca siempre tres grados de calor mas que en Sydney, de lo que resultan en verano sequías largas y asoladoras. En aquella estacion, los verdes tapices, los floridos sotos, los risueños collados, todo se aja y se marchita: en lugar de una vejetacion activa y lustrosa, solo se ve un paisaje polvoroso, sin brisa, sin follaje ni agua.

Como Powell no debia pasar en Sidney mas que dos semanas, tuve que poner coto á mis deseos, sin que en ninguna manera pudiese internarme hasta á los llanos de Bathurst que se encuentran allende las Montañas-Azules; pero este espacio de tiempo almenos me bastaba para visitar los puntos mas notables del Cumberland y la Nueva Gales del Sur. Un jóven médico inglés, llamado Harry, con quien entablara amistad en poco tiempo, se ofreció á servirme de guia en un país que habia atravesado en todas direcciones. En consecuencia alquilámos en Parramatta un lijero jig tirado por dos briosos corceles, y al amanecer del dia siguiente nos dirijíamos ya á Windsor.

De Parramatta á Windsor van veinte y una millas que se hacen en el espacio de algunas horas. Windsor está situada á las márjenes del Hawkesbury, rio caudaloso cuyas aguas empiezan solo á ser dulces á unas sesenta millas de su embocadura, y á treinta millas antes de Windsor. Es un pueblo delicioso situado en la falda de las Montañas-Azules que se ven levantarse por sucesivos oteros, tapizados en toda su estension de selvas siempre verdes, y esto hasta en los límites mas apartados del horizonte hácia el O.

Hasta aquí la ciudad no tiene mas que una calle que sea digna de este nombre, adornada de casas y jardines dispuestos y cuidados con sumo gusto. En ella se ve un hermoso palacio del gobierno, dos iglesias, una cárcel, un tribunal, varias casernas para los militares y para los forzados, y algunas tiendas donde se hallan de manifiesto los objetos necesarios al consumo de los habitantes. La fertilidad del suelo, sin cesar renovada por los aluviones del rio, constituye á Windsor una poblacion interesante. Todos los años se esportan de ella considerables cantidades de granos.

A la otra márjen del Hawkesbury se encuentra la aldea de Wilberforce, y despues la de Richmond, una y otra sumamente importantes y situadas á una distancia de cinco millas de Windsor.

A doce millas de Windsor se encuentra Emu-Ford en el punto en que el camino de Bathurt atraviesa el rio por medio de un vado para entrar en las vastas y fecundas llanuras de Emu, que forman por aquel lado el confin de las Montañas Azules. En una estension de doce millas el terreno es de una fertilidad singular, aunque espuesto á los estragos ocasionados por los derrubios del rio. En frente de Emu-Ford, se halla la granja del gobierno, en donde se hallan numerosos reos empleados en diferentes cultivos, especialmente en los del trigo y del tabaco.

A algunas millas mas adentro hicimos alto, en casa de sir John Jamison, que posee una magnífica habitacion en la cima de un collado, desde la cual se descubre el paisaje mas dilatado y mas risueño:

la linfa del rio, las rientes llanuras del feraz Emu y una magnífica vista de las Montañas Azules. Junto á la habitacion corre un manantial de agua fresca, tesoro inestimable en la Nueva-Holanda. La propiedad de M. Jamison ocupa una estension inmensa; hanse desmontado ya un millar de arpens que dan en abundancia todo linaje de producciones. Sir John es reputado en la colonia por su inagotable hospitalidad, y su casa de campo es el punto de reunion jeneral de la sociedad mas brillante de Sydney. Su parque abunda sobremanera en kangarous, y cuando yo fuí á pasearme por él, se me acercó uno de ellos, cuya alta talle y continente grave y venerable me indicaron ser el patriarca de la cuadrilla. A juzgar por su esterior, era inofensivo y benigno; recostóse á mi lado, y pareció invitarme á que le prodigase mis caricias. « No confie Vd. demasiado, esclamó Harry, pues es de un mal natural; ya lo verá Vd. » En efecto, el jóven Inglés hizo ademan de acariciarle; el animal continuó su juego puso sus patas delanteras sobre Harry, y apoyándose súbitamente sobre su cola, le dió con sus patas traseras un vigoroso impulso que precipitó á mi compañero de viaje á cuatro ó cinco pasos de distancia. A la hora de cenar, este mismo kangarou se deslizó por la puerta del salon que se habia dejado entreabierta, y se posó gravemente detras de la silla de Harry, en pie como un criado, observando todos los movimientos de su vecino, y batiéndole de cuando en cuando con su pata para pedirle algo. Como yo estaba en el concepto de que los kangarous no eran susceptibles de tan intelijente familiaridad, este espectáculo no pudo menos de interesarme.

A poca distancia de la casa de sir John, el Hawkesbury, cuyo nombre es en lengua indíjena Warragamba, atraviesa gargantas salvajes en donde tropieza á veces con algunas peñas que obstruyen su curso y forman cascadas. Algunas veces se va á visitar en bote el Regent-Glen, donde las márjenes del rio son estrechas, altas y escarpadas; los árboles estienden sus ramas y parecen formar un toldo sobre el rio, mientras que por acá y acullá se ven algunas malezas cargadas de flores que cubren la desnudez de las paredes saliendo de las hendeduras.

La primera ciudad que viene en seguida es Liverpool, en el distrito de Bringelly, limitado al O. por la cordillera de los Montañas Azules, y que se estiende al S. hácia los llanos de Cow-Pasture. Ateniéndonos al espacio que ocupa, Liverpool es la primera ciudad despues de Windsor : está situada en el George-River que desemboca en Botany-Bay. Hasta entonces su curso entero no es mas que de doce millas en linea recta, pero teniendo en cuenta sus sinuosidades, es casi el doble. Las embarcaciones pequeñas pueden remontar hasta Liverpool, cuya ciudad ocupa una superficie considerable, tiene calles bien alineadas, una iglesia, un tribunal, una cárcel, casernas de soldados y presidarios, un hospital jeneral y varios almacenes. Su poblacion se compone de unos 1.000 habitantes. Hace quince años que todo cuanto se veía en lugar de aquellas calles, de aquellos edificios, de aquellos habitantes, un gran cartel fijado en un árbol, y en donde se leía : « *This is Liverpool.*—Aquí está Liverpool. » Ni un techo, ni una caserna siquiera ecsistian entonces. Pero Liverpool era la confluencia de dos caminos; el uno queconduce á los pingües distritos de Aird, de Appire, de Illawara, y á los condados de Argyle y de Cambden hácia el S. La rápida y progresiva colonizacion de estas comarcas poco antes desiertas, ha acelerado el desarrollo de Liverpool, y todo indica que diariamente irá acrecentando su estension.

Nada cabe mas curioso ni estupendo que contemplar el partido que han sabido sacar los Ingleses de las llanuras de Cow-Pasture, donde se encuentran las granjas de M. Mac-Arthur, cuyos productos han dado principio á la celebridad comercial de la Nueva Gales del Sur. La habitacion está situada en una eminencia, á media milla de distancia del rio, y la propiedad entera contiene mas de mil acres de terreno; de suerte que casi compone un distrito que consiste en una serie de colinas sobre las cuales se estienden escelentes pacages. La cuenca del rio, secundada por los aluviones, suministra igualmente trigo y maíz de la mejor calidad.

Faltábame tiempo para ir á reconocer todas las riquezas interiores del país. Despues de veinte y cuatro horas de permanencia en Liverpool, remonté con Harry en nuestro rápido gig, y en el término de un dia llegámos á Sydney por un camino llano como una avenida, ancho, bien alineado y con todas las circunstancias de los que abren los Ingleses en todas las colonias que fundan. Ningun medio de progreso es mas fuerte ni mas activo que este.

A nuestra entrada en Sydney nos encaminámos directamente á nuestro meson, y vímos sobre media docena de individuos sentados á la puerta, entre los cuales habia uno muy notable por su sombrero guarnecido de torcidos y superado de una larga pluma negra, por su gran capote azul de brandeburgos, algo parecido á los que traen los oficiales superiores ingleses, por sus botas, por su pantalon, todo sumamente sucio y casi en harapos. En el pecho del individuo brillaba una ancha placa de cobre. Los compañeros de aquel hombre no llevaban otro vestido que una camisa rasgada ó un mal calzon. « Qué hacen por ahí estos mendigos, dije á Harry, y este grande individuo que parece su jefe? » Harry echó á reir. « Qué, dijo, acaso no conoce Vd. á nuestro rey Boungari? » Yo hice con la cabeza una seña negativa. « Boungari es el jefe de la tribu á quien

pertenece el territorio de Sydney. A buen seguro que viene á hacerle una visita, pues nunca llega á Sydney un estranjero de distincion que no se crea acreedor á recibir un presente del mismo. Es cierto que es una carga para el estranjero, pero no deja de tener su curiosidad, y por otra parte no es muy costosa. Fácilmente se contenta Boungari con un poco de gin y de brandy. Escuche Vd.; á su lado está su noble y veneranda esposa, y á sus espaldas cinco ó seis gentlemen que constituyen los principales oficiales y los mas valientes jefes de Gouïa-Gal. Sin duda que á la llegada del *Kanguroo* Boungari estaba ausente: así que hoy repara su falta y cumple con su deber. »

En efecto, apenas nos apeámos, cuando el ilustre Boungari me salió al encuentro, se quitó el sombrero y me hizo repetidos y profundos saludos á que correspondí con gravedad. En seguida me felicitó en mal inglés por mi llegada, con lenguaje insinuante y bastante diestro, á que como rey del país juzgaba que corresponderia mi jenerosidad. Yo hice del sordo: pero S. M. determinó su demanda con mas claridad y ciñó sus pretensiones á una botella de brandy (aguardiente). « Sin duda, le dije yo, gran Boungari, os daré una botella; pero hoy no puede ser, y así podreis aguardar hasta mañana. » Esta respuesta dilatoria acarreó una revolucion en el semblante de mi salvaje. No mostraba ya un aspecto sereno y suplicante, sino que contestó algo enojado: « *No, massa*, decia en su jerga, *no tamara; derekle, brandy, derekle.* (*No, master, not to morrow; directly, brandy, directly.* » No, caballero, no mañana, sino ahora aguardiente, inmediatamente). No quise contrarestar mas la demanda de aquel aficionado al brandy, por cuanto podia serme útil para obtener algunas noticias sobre las costumbres de los indíjenas antes de la colonizacion. Díle un peso fuerte, y esta jenerosidad imprevista produjo un lance verdaderamente teatral. Radioso de júbilo, Boungari echó á pernear, y dando la señal á su esposa y á su cuadrilla, ejecutó un baile en toda forma que ofrecia el cuadro mas singular que pueda imajinarse. Este baile consistia en una especie de marcha que procedia por saltos y corcovos groseros que propendian á imitar la corrida del kangarou. En seguida se me acercó, y apretándome la mano con la mas afectuosa cordialidad, declaró quien era, y se puso con su esposa á mi entera disposicion. Aproveché aquel momento de gratitud para hacerle con la ayuda de Harry, que le comprendia perfectamente, una especie de interrogatorio al que contestó en su incomprensible jerigonza. Subímos á mi cuarto donde dejé entrar solamente á Boungari y su mujer, y á fin de disponer á mi nuevo amigo á una confianza ilimitada, hícele presentar un vaso de aguardiente que apuró de una vez, pero no sin habernos saludado á entrambos inclinando su cabeza casi hasta el suelo. Apesar de su avidez para el brandy, tuvo la delicadeza de dejar cosa de un dedo, destinado á su augusta mitad, que se lo tragó igualmente con la misma tranquilidad que si fuese un vaso de leche.

En seguida respondió Boungari con toda la complacencia posible á las preguntas de mi camarada, y nos manifestó que á la sazon estaba ocupado en asuntos de la mayor importancia. Tratábase de una especie de congreso para poner un término ilimitado á las diferencias ecsistentes entre las diversas tribus vecinas de Sydney. Era tambien aquel el momento en que los *Kerredais* debian ejecutar la ceremonia del *gnaloung*, que consiste en arrancar un diente á varios mozos llegados á la edad requerida. Los preparativos de entrambas solemnidades, la eleccion de la escena y sus innumerables formalidades habian acarreado ya muchas reuniones y conferencias entre los jefes, y Boungari mismo, el rey Boungari, se viera forzado á ausentarse de su capital Sydney con objeto de ir á disponer diversos pormenores con sus vecinos. Como el aguardiente ejercia á la sazon su influjo sobre la lengua de mis salvajes, narraron unas cosas tan prodijiosas acerca del *gna-loung*, que no pude menos de manifestar mis deseos de asistir á entrambas ceremonias. El mismo Boungari se ofreció á acompañarme, y yo acepté su oferta; mas como entonces era ya tarde, despedímos á las dos Majestades medio embriagadas de aguardiente.

Partido que hubieron nuestros Australes, me dirijí de nuevo á Harry, y le dije: «Doctor, hé aquí unas bestias brutas en primer grado. Hace cuarenta años que viven en presencia de la civilizacion europea, y sin embargo son tan salvajes y estúpidos como el primer dia: lo único que han llegado á comprender es el brandy. — Tiene V. razon, respondió Harry: estos seres tienen cualidades de bestia como de hombre, apesar de los esfuerzos que se han hecho por civilizarlos. Todas las tentativas han sido inútiles, así las filantrópicas intenciones de los colonos, como las predicaciones de los misioneros. Todo ha redundado en simple pérdida, y el instinto salvaje y vagabundo se ha sobrepuesto á todo. Deseando conducirlos á disposiciones mas sedentarias, el gobernador Macquarie hiso construir á las puertas de Sydney una casita bastante aseada y circuída de un jardin. Púsola á la disposicion de la tribu que habita el territorio de Port-Jackson, pero todo fué inútil, pues no hicieron mas que ir de cuando en cuando á abrigarse bajo el techo de la casa sin querer renunciar a su ecsistencia errante. Cierto dia un Inglés preguntó á Boungari si hacian mucho ca-

so de los edificios: *Mari boudjiri, massa, poss irain,* replicó el salvaje (muy buenas, caballero, en tiempo de lluvia). El mismo gobernador habia fundado á alguna distancia de Parramatta una escuela gratuita para la educacion de los indíjenas jóvenes. El atractivo de un alimento fácil y suculento atrajo al principio algunos individuos; pero disgustados en breve de la asiduidad que se les pedia, antepusieron á aquella vida sedentaria la ecsistencia precaria y difícil de sus compatriotas. En la actualidad el establecimiento está casi desierto.

« Entre las diversas tentativas practicadas para inducir á estos salvajes á civilizarse, las dos mas notables son las siguientes. El fundador de la colonia, el gobernador Phillip, admitió á su mesa en 1788 al Australio Benilong que se habia granjeado su amistad por los servicios prestados á los primeros colonos. Cuando Phillip regresó á Inglaterra en 1792, llevóse consigo á Benilong y lo conservó en su casa hasta en 1795, época en que el capitan Hunter fué nombrado para el gobierno de la Nueva Gales del Sur. Benilong se volvió á su patria con el nuevo dignitario, y fué admitido á su mesa como á la de su predecesor.

Durante algun tiempo se portó con mucha cordura, y aun le creian bastante civilizado, sin que le supusiesen el capricho de abandonar aquella ecsistencia tranquila por la vida salvaje de los bosques. Sin embargo, esto es precisamente lo que se verificó: al principio frecuentó algunos Australs sin que en ninguna manera se resintiese de semejante contacto, é insensiblemente empezó á pensar como ellos y anhelar igualmente las soledades del interior; así que cierto dia se despojó de sus vestidos y despareció para siempre. El reverendo Marsden, capellan de la colonia, que vió á Benilong en los bosques, refiere que este hombre, transformado de nuevo en salvaje, no deseaba ninguno de los placeres de la civilizacion.

« El segundo hecho citado por la misma autoridad es como sigue:

« Otro natural á quien habia conocido desde su mas tierna infancia, dice el narrador, pertenecia á la tribu de Parramatta; llamábase Daniel y era un jóven muy gallardo. El botánico M. Caley le acojió en su casa y lo tuvo algunos años; mas cuando M. Caley regresó á Inglaterra, Daniel le acompañó, y como aquel era empleado por el difunto José Banks, este fué introducido en las principales sociedades de Lóndres. Regresó finalmente á la Nueva Gales del Sur, y cuando le ví por primera vez estaba sentado en completa desnudez sobre el tronco de un árbol en los bosques, á unas ocho millas N. de Parramatta. No pude menos de manifestarle mi asombro de encontrarle en semejante estado, y preguntarle la causa por qué habia dejado sus vestidos para vivir en las selvas; á lo que contestó que los bosques era lo que mas le gustaba en el mundo. Poco tiempo despues, Daniel encontró, á unas tres millas de Parramatta, una jóven que habia llegado libre de Inglaterra, y se volvia á casa de su padre. Sobrecojido de la pasion, se apoderó de ella y la violentó; pero fué ejecutado por este mismo crímen, y murió como salvaje, apesar de todas las ventajas de que disfrutara en el estado social de la civilizacion. »

« Desalentado de todas estas tentativas infructuosas, el gobierno ha tomado el partido de dejar holgar esos hombres á su antojo, y solamente les obliga á respetar las propiedades en las campiñas, y las leyes del pudor cuando se presentan en los poblaciones. Los indíjenas del litoral viven pacíficamente en medio de los Ingleses, y se contentan con mendigarles algunos víveres y aguardiente, al que son en alto punto apasionados. Pero en el interior sobrevienen muchas veces violentas riñas entre los salvajes y los Ingleses, que llegan hasta el punto de verter sangre. Unas veces son los salvajes los que atacan; otras son los Ingleses, pero en ambos casos es preciso mandar destacamentos de tropas que hacen ejemplos severos. Casi puede tenerse por cierto que los naturales de la zona marítima no son canibales, bien que no faltan algunos testigos que aseguran que los habitantes de las montañas y de los valles interiores alguna vez han asesinado á varios Ingleses para en seguida devorarlos.

« Estos salvajes, aunque al parecer tan groseros y tan estúpidos, no carecen de cierta intelijencia. Refiérese de Boungari un rasgo de memoria muy curioso. Hace unos diez á doce años que acompañó al capitan King en sus reconocimientos á la parte septentrional de la Australia, y mostró en esta ocasion mucho zelo y actividad. Su presencia fué no pocas veces útil por las relaciones que se deseaban contraer con los indíjenas; aunque considerado como intérprete, de nada pudo servir, por cuanto los idiomas australes varían á distancias no muy considerables: así que el dialecto del N. de la Nueva Holanda no tiene analojía alguna con el de la Nueva Gales del Sur. En un recalo hecho en Timor, Boungari desembarcó y se presentó en casa de un revendedor para beber gin. bebió efectivamente y dió un peso persuadido de que debian darle alguna vuelta; pero el mercader tomó el peso, y diciendo que no podia dársela, añadió que ya lo encontrarian otra vez. Entretanto el buque dió á la vela, y Boungari se vió forzado á pasar por alto aquel acreedor: sin embargo no le olvidó del todo, pues habiendo hecho otra escala en la misma isla al año siguiente, Boungari se encaminó directamente hácia el vendedor de gin y le pidió una cantidad de licor

equivalente al resto de su dinero. »

Así como me lo habia prometido, Boungari vino el dia festivo á buscarme al meson. A cosa de las nueve de la mañana se oyeron unos fuertes y estraños aullidos que me anunciaron la llegada de su cuadrilla. Compúseme inmediatamente, y ví sobre una docena de salvajes pintados de blanco, de negro y de encarnado, á cuyo frente iba Boungari. Habiendo subido este, me renovó sus saludos, aunque con aire mucho mas diestro y mas suelto que la víspera. Parecia estar íntimamente penetrado de su dignidad de jefe de tribu y de las importantes funciones que tenia que llenar, sin que se pareciese en nada al humilde mendigo que el dia anterior pedia dinero y gin. Su rostro y su cuerpo estaban chafarrinados de ocre rojo distribuído con mucha irregularidad, y parecia haber rejuvenecido de unos veinte años. Ofrecíle un vaso de rom, pero solo bebió la mitad, dándome á entender que debia tener la cabeza despejada para los combates que iba á sostener. Despues me instó paraque me apresurase, porque sus guerreros le estaban aguardando y parecian impacientarse á la idea de entrar los últimos en la liza.

En consecuencia, Harry y yo seguímos á los salvajes á algunos pasos de distancia. Eran unos veinte hombres que marcharon con mucha tranquilidad mientras no salieron del recinto de la ciudad; pero en cuanto se vieron en el campo, dieron principio á sus paradas, ya corriendo con precipitacion y culebreando á través de las malezas, ya deteniéndose repentinamente para ejecutar un baile nacional. Perneando y saltando llegaron á un pequeño terrero que domina las radas de Port-Jackson y de Botany-Bay : era un espacio considerable desnudo de malezas, que parecia dispuesto maravillosamente para las justas de los Australes. A la sazon se hallaban ya acampadas un buen número de tribus en las vecinas selvas, y cuando llegámos al campo, las tropas de Boungari ejecutaron ciertas paradas cuyo objeto parecia consistir en retar á sus enemigos y provocarlos al combate. Consumado este preliminar, se retiraron para ser sustituídas por otras que hicieron otro tanto.

A una señal concertada, todas las tribus salieron de las malezas y se encaminaron á la arena en partidas de quince ó veinte hombres, armados de lanzas, broqueles, macanas y *womerangs*. Deseando servirnos de cicerone, Boungari colocó á nuestro lado uno de sus vasallos á quien una grave herida impedia tomar parte en el negocio, y nos señaló los nombres de las tribus que entraban en liza : Sydney, Parramatta, Emu, Botany-Bay, Windsor, Illawara, Marrigong, Morrumbidji, y muchas otras cuyos nombres se me han olvidado. Todos los guerreros indistintamente iban adornados de dibujos rojos, blancos y negros : cada tribu se distinguia por la forma y el color de aquellas pinturas. Entre todos aquellos guerreros observé principalmente á los de Marrigong, que en su mayor parte eran hombres de pequeña estatura, robustos, ájiles y de miembros carnosos y bien proporcionados que formaban un singular contraste con las formas cenceñas de los indijenas del litoral. A buen seguro que debian esta ventaja á un alimento mas abundante y mas sustancial. Las pinturas que llevaban en el pecho representaban una especie de cota de malla, y no contribuían poco á presentar su actitud como mas marcial. A mediodía se dió principio á la escena. Un jóven de aspecto feroz se plantó en medio del palenque, enteramente desnudo, y armado tan solo de un broquel de madera estrecho y oblongo. Este campeon era muy conocido ya : en un combate singular que se habia verificado algun tiempo antes entre él y un miembro de una tribu vecina, matara cobardemente á su antagonista en el acto de preparar su macana. Este acto reclamaba venganza; pero el vencedor, lejos de aguardarla, se fugó á los bosques. Fatigado sin embargo de su vida miserable y nómada, se presentaba á la sazon ofreciéndose espontaneamente á una punicion pública. Cinco amigos del difunto debian dispararle sucesivamente seis lanzas á quince pasos de distancia. Libróse de la primera prueba á las mil maravillas con solo su broquel y un lijero movimiento de cuerpo. La segunda consistia en evitar las sagayas lanzadas de una vez : el paciente evitó dos granizadas, pero á la tercera fué herido en el muslo de una lanza. Este accidente fué seguido de un grito unánime y jeneral; intervinieron los amigos del herido, y aunque los campeones del muerto querian continuar la venganza, decidióse ser suficiente la reparacion, y retiraron al herido entre los suyos y le curaron la llaga.

Tras esta primera escena, aparecieron cinco mujeres y las colocaron en forma de semicírculo provistas de un palo corto cada una, sobreviniendo poco despues tres hombres armados de un broquel. Todos estos individuos eran acusados en comun de un asesinato cometido sobre un natural de una vecina tribu. El castigo de las mujeres consistia en recibir cierto número de garrotazos en la cabeza ; pero en lo tocante á cuatro de ellas, los ejecutores se contentaron con el simulacro, porque presentaban su palo delante de su frente, y los hombres descargaban allí sus macanas. No sucedió lo mismo con respecto á la quinta, pues si bien tendia su palo como las otras, el ejecutor le descargaba sobre el pecho un golpe tan violento, que á cada una caía derribada en el suelo. Asegurároonos que aquella mujer era mas criminal que sus compañeras.

A las mujeres sucedieron los hombres. Colocáronse á quince ó veinte pasos de distancia una

docena de naturales, y les dispararon sucesivamente varias sagayas que fueron evitadas con la mas sorprendente habilidad, sin embargo de la precision con que eran arrojadas. Algunas se internaron mas de una pulgada ó dos en los broqueles de corteza, y las otras se clavaban en tierra á treinta pasos mas lejos. Un individuo apostado cerca de los acusados, enviaba sus lanzas á sus propietarios. Otras veces los culpables los volvian voluntariamente, y aun reprendian la poca destreza de los tiradores. Así que, aquellos hombres sufrieron sin accidente la descarga de unas cincuenta lanzas, y al fin les absolvieron de la acusacion dirijida contra ellos.

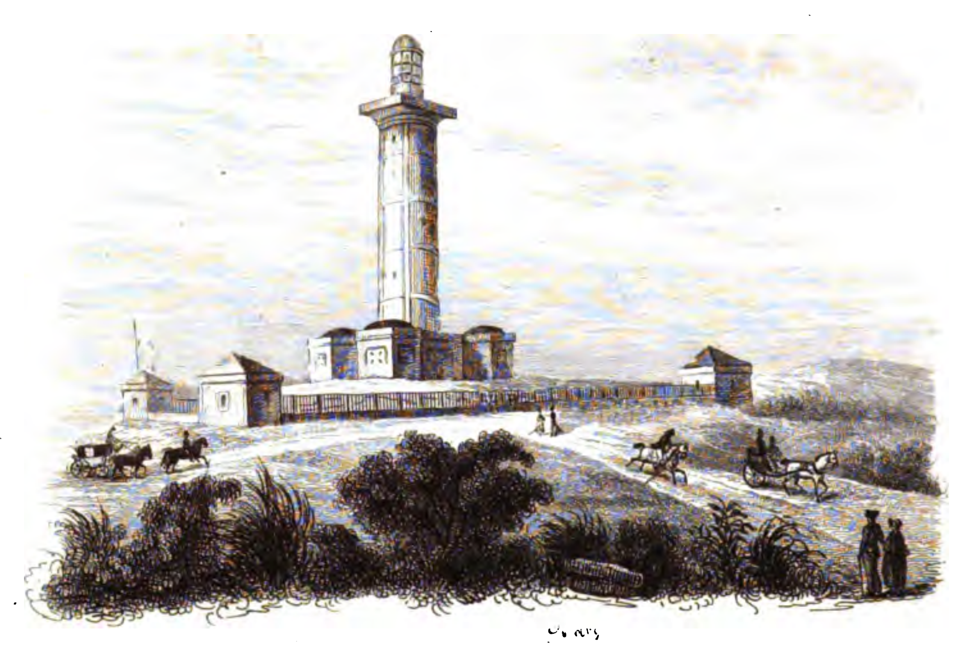
Un momento despues apareció un indíjena de la tribu de Illawara, convencido de haber dado de noche y á traicion varias puñaladas á un miembro de la tribu de Marrigong; en cuyo caso el ofendido mismo debia inflijir la pena al culpable. Este no tenia mas que su broquel, pero con el ausilio de esta sola arma consiguió huir las quince lanzadas que le dirijió el otro á quince pasos de distancia. Quitáronle el broquel, y todavía esquivó otras diez lanzadas, ya con un lijero movimiento de cuerpo, ya parando el golpe con su brazo. Entonces le restituyeron el broquel atándole el brazo izquierdo al rededor del cuerpo; pero le alcanzó una sagaya en dicho brazo, y aunque la herida fué poco grave, corrió sangre en abundancia. El castigo quedó consumado, y el guerrero se vió libre.

De repente se presentaron dos cuadrillas de veinte y cinco hombres cada una, armados de lanzas y de broqueles, y se descargaron mutuamente golpes vigorosos y terribles. Este combate, al parecer confuso, tenia un órden y una precision estrañas. Los combatientes manifestaban una sangre fria y una dignidad verdaderamente admirables. Boungari hacia parte de aquel torneo, donde figuraba con la mayor distincion, y no era uno de los menos ájiles en disparar sus lanzas y parar las de sus adversarios. Únicamente era preciso que los espectadores, que se hallaban en número considerable, velasen con cuidado por su seguridad; porque en sus evoluciones los dos partidos cambiaban con frecuencia de direccion y parecian cuidarse muy poco de que sus lanzas alcanzasen ó no á los espectadores. Sin embargo no ocurrió la menor desgracia, bien que no pocas sagayas vinieron á caer á nuestros pies. La accion duró todavía algunas horas con la misma regularidad y sin ofrecer incidente notable.

Sin aguardar el fin, Harry y yo preferímos ir á reconocer los alrededores de la escena y toda la parte de los bosques donde acampaban las diferentes tribus reunidas en aquella meseta. Reconocímos las casas que habitaban entonces las mujeres y los niños: las primeras parecian inquietarse mucho del resultado de aquel paso de armas deseaban regresar á sus soledades y parecian temer que los jefes de familia volviesen heridos. Todas aquellas mujeres tenian en jeneral fisonomías desagradables; las mas jóvenes tenian formas agraciadas, y sus grandes ojos negros tenian un no se qué de atractivo, apesar de su espresion salvaje. En la correría que hicímos, calculámos que los Australes de ambos secsos y de todas edades, reunidos en aquel punto, ascendian á unos quinientos. Semejantes reuniones á lo que parece son sumamente raras en el país, y para formar la que teníamos á la vista, era preciso que se juntase mas de la mitad de la poblacion indíjena á un radio de treinta leguas.

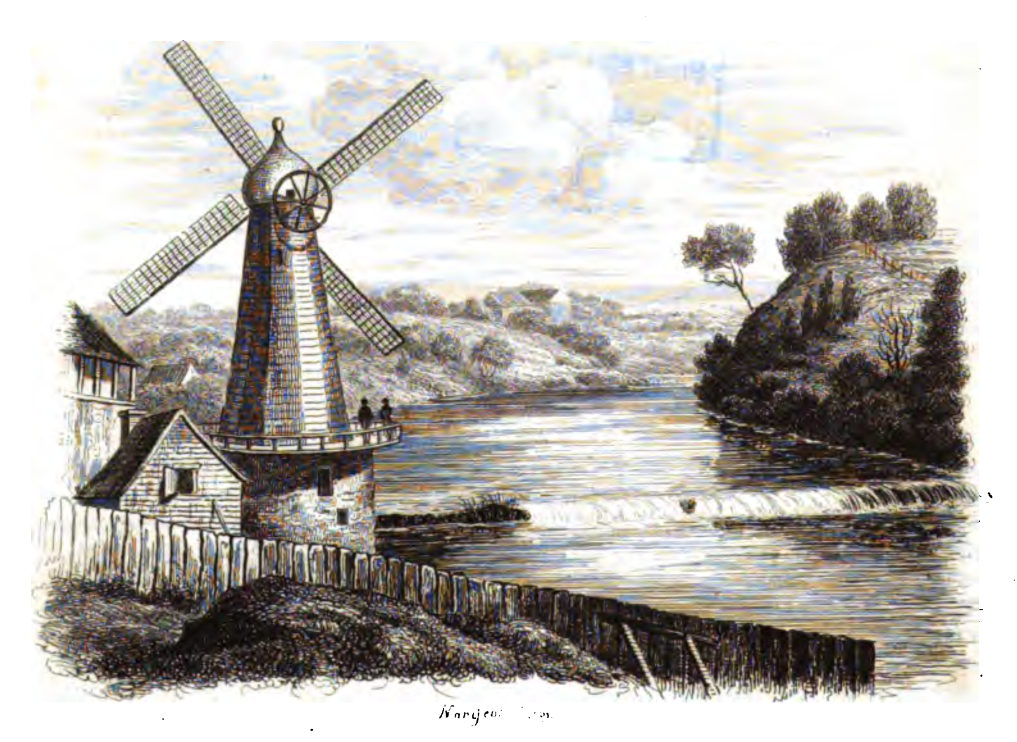
Como yo andaba en busca del sitio donde pudo refujiarse la mujer que habia recibido el castigo mas severo, resonó por la asamblea un grito jeneral. Harry manifestó alguna inquietud, y me dijo: « Tengámonos cuenta, porque tales combates á veces de ficticios pasan á reales. » Sin embargo ninguna circunstancia inducia á creer en una liza jeneral, pues todo se reducia á un hombre gravemente herido que sacaban del campo de batalla. Habiéndole entrado una lanza en el costado, retiraron la punta y vendaron la llaga con un pedazo de lino. Sin embargo aunque la herida fuese profunda y la operacion difícil, el desgraciado no ecsaló un suspiro siquiera: solo las mujeres é hijos de su familia jemian por él y prorumpian en lúgubres alaridos. Al fin supe que el herido se llamaba Ourou-Mare, que era natural de la tribu de Windsor y que era acusado del asesinato de uno de sus parientes. Entre las pruebas invocadas para establecer su culpabilidad se contaba un sueño tenido por uno de los ancianos de la tribu del difunto, cuya circunstancia habia sido bastante parte paraque le castigasen cruelmente en la asamblea jeneral. Sin embargo, sea que su posicion ofreciese un interés particular, sea por la insuficiencia de las pruebas, lo cierto es que sus amigos y parientes obtuvieron permiso de presentarse y combatir á su lado, bien que por su parte no tenian derecho alguno de parar los golpes que les dirijian. El infortunado pugnó largo tempo para esquivar las azagayas; pero como solo él era el blanco principal de los ataques, acabara por recibir una herida de gravedad. Tras este suceso, sus amigos continuaron la lucha por algunos minutos, aunque mas bien en la forma que en la realidad; puesto que desde entonces los antagonistas fueron amainando y acabaron por retirarse, satisfechos sin duda de haber vengado la muerte de su camarada.

Aquí debian terminar las operaciones de aquella especie de congreso; puesto que solamente vi justas simuladas, bailes grotescos y guerreros que se entretenian en atestar sus lanzas contra troncos de árboles. Otros hacian dar piruetas á sus



3. Phare de Port Jackson.

3. Fanal del Puerto Jackson.



4. Rivière de Parramatta.

4. Rio de Parramata.

womerangs, singulares proyectiles que se remontan á una altura considerable oscilando sin cesar para caer á los mismos pies de los que los disparan. Este instrumento parece servirles mas bien de objeto de parada que de arma verdadera, supuesto que no puede considerarse como muy peligrosa, y es fácil evitarla cuando se ha estudiado un poco su veleidosa marcha.

Habíase dado ya cima al primer acto de aquella fiesta, y la mayor parte de los asistentes hacian sus preparativos de partida, cuando un suceso inopinado vino á turbar la tranquilidad que reinara hasta entonces. De uno de los ángulos del palenque partian agudos clamores: era una jóven arrastrada á viva fuerza por dos guerreros en medio del campo de batalla. La desgraciada resistia con todas sus fuerzas; encaramábase á los arbustos y á los troncos de los árboles; pero los dos salvajes sin inquietarse por sus gritos ni por su lucha continuaban arrastrándola con violencia. Su cabeza se golpeaba con las ramas y los guijarros, y la sangre mezclada con sus lágrimas reclamaba la piedad de los espectadores. Por un momento me sentí inspirado del deseo de acudir al ausilio de aquella infeliz criatura. « Guardaos bien de hacerlo, me dijo Harry; ahora se verifica un matrimonio: la mujer está quizás de acuerdo con sus raptores, y debe pertenecer á uno de ellos segun la comedia representada. » Sin embargo no tenia Harry toda la razon, pues aun debia sobrevenir un tercero (Pl. XXXIX. — 2.).

Cuando los dos raptores se encontraron en medio de la liza, adelantóse marcialmente un tercer salvaje, prócsimo pariente de la mujer, en ademan de disputar su presa á los dos primeros. Detuviéronse estos para contestarle, y ya empezaban á observarse con ceño, cuando acudieron varios salvajes de otras tribus para arreglar el negocio. Aprovechándose de semejante confusion, se presenta un Inglés, se abalanza á la mujer y la disputa á sus raptores.

La jóven víctima, por su parte parece recibir con reconocimiento la intervencion del Europeo; arrímase á su libertador, y se tiene por muy feliz de escapar á las persecuciones de sus compatriotas. En este momento fué cuando empezó á complicarse el negocio. Bien persuadidos de su derecho, los salvajes rodearon en tropel al Inglés, y quizá le hubieran hecho una mala accion si no hubiesen acudido otros Ingleses con el objeto de inducirle á renunciar á su loca empresa. El caballeresco Breton soltó por fin la mujer, pero con la mas viva repugnancia; y esta recobrada por sus dos raptores fué puesta bajo la custodia de los guerreros de su tribu; despues de lo cual se colocaron de nuevo en la arena en ademan de reto. Este pequeño incidente acabó con algunas lanzadas inútiles.

Esta escena fué inesplicable para mí hasta mucho tiempo despues. La tribu de Marrigong habia tenido dos de sus jóvenes mujeres arrebatadas por guerreros de la tribu de los alrededores de Sydney, y su honor ecsijia que tomara á la vez dos muchachas pertenecientes á la tribu de los raptores. Esta escena estaba ya preparada y arreglada de antemano. Habianse designado ya las muchachas destinadas á ser arrebatadas, y debia hacerse el rapto en asamblea jeneral, paraque su autenticidad realzara plenamente el honor de la tribu de Marrigong. Pero un artesano de Sydney (el que habia intervenido en la escena) habíase llevado á su casa la una de las dos muchachas, y vivia maritalmente con ella hacia uno ó dos meses. No contento con esto, volvia al campo de batalla para arrebatar igualmente la otra. Era esto un ultraje sobrado directo á las costumbres de los salvajes, paraque pudiese tocar á su término sin peligro. El obstinado Europeo se vió igualmente obligado á ceder, y la moza tuvo que vivir con el hombre que le destinaban las leyes de su país.

La llanura en donde nos hallábamos á la sazon, distaba muy poco de South-Aead, situada á cinco ó seis millas de Sydney. Para conducir á aquel punto hay un hermoso camino, bien trillado, que termina en un elegante faro situado á la cima de una acantilada costa de greda, que habíamos percibido desde el mar. Con todo este distrito solo tiene plantaciones insignificantes: veíanse por acá y acullá algunas quintas de agradable aspecto; pero en jeneral el terreno es poco fértil y cubierto en su mayor parte de los vejetales que la naturaleza prodiga á manos llenas. Gran número de ellos forman bosquecillos de un agradable verdor, y ofrecen flores elegantes y variadas. Hácia el medio del camino, hay un sendero que conduce á una llanura denominada *Bella Vista*, de donde se descubre, por un lado el mar, y por otro la comarca á una gran distancia. El camino de South-Head es para los petimetres de Sydney un paseo favorito; así que, todos los domingos se halla cubierto de caballeros y equipajes que enderezan su curso hasta el pie del faro, dando campo á cierto murmullo, movimiento, alegría y aire de civilizacion y de opulencia, que recuerdan el bullicio ciudadano de las mas ricas ciudades de la Europa (Pl. XXXVII — 3.).

El puntual Boungari me habia prometido el espectáculo del *gna-loung*, y debo decir que no faltó á la palabra contraída, pues fuímos á dos millas de distancia para asistir á esta ceremonia estraña, de la que el gobernador Collins ha trazado una descripcion tan ecsacta y verdadera, que aun actualmente nada se puede darle ni quitarle. He aquí sus preciosos detalles.

En un terreno preparado de antemano vinieron los naturales con sus mas bellos adornos á ejecutar danzas y justas. Ese terreno, de veinte

cinco pies de largo y de diez y ancho, se llamaba *you-lang*. Concluídos estos breves preludios comparecieron los kerredais ó sacerdotes, á quienes es dado el privilejio de arrancar los dientes. Esos kerredias pertenecen casi todos á la tribu de Kemmiraï. Habiendo llegado al lugar de la ceremonia, se pusieron en pie y armados en uno de los ángulos de la plaza, mientras que los pobres niños destinados á sufrir la operacion estaban en la otra estremidad rodeados de sus padres y amigos.

La ceremonia empezó presentándose á la escena una multitud de hombres armados, que daban un grito particular é iban golpeando sus escudos y lanzas, levantando al rededor de sí torbellinos de polvo. El uno de ellos, llegando junto á los niños, se segregó de la multitud, arrebató á uno de los niños, volvióse despues hácia sus cólegas, quienes le acojieron con un grito, aparentando tomar el niño bajo su proteccion. Todos los niños presentes en número de quince, fueron asimismo arrebatados á su vez, y transportados á la otra estremidad del *you-lang*, en donde permanecieron sentados, con las piernas cruzadas, la cabeza baja, y juntas las manos; debiendo pasar la noche en aquella posicion sin tomar alimento alguno.

Despues de haber dispuesto sus víctimas por este órden los kerredais hicieron algunos ritos místicos. Uno de ellos se echó en el suelo y rodó por él como un furioso hasta que fué librado de cierto hueso. Una muchedumbre de naturales le rodeaban dando gritos, y batiéndole la espalda, cual para ayudarle á desembarazarse de este hueso enfadoso. Despues de una serie de esfuerzos y gritos el maniaco se retiró estenuado de fatiga y bañado de sudor, pero finjiendo estar libre de todo sufrimiento. Semejante trubanería se repitió muchas veces, y cada vez el kevredai manifestaba un hueso del cual se habia provisto de antemano.

Segun la esplicacion dada á Collins, esta accion no tenia otro objeto que persuadir á los niños que no tendrian mucho que sufrir, pudiendo deducir el dolor de los kevredais en la estraccion de sus huesos, por sus propios sufrimientos.

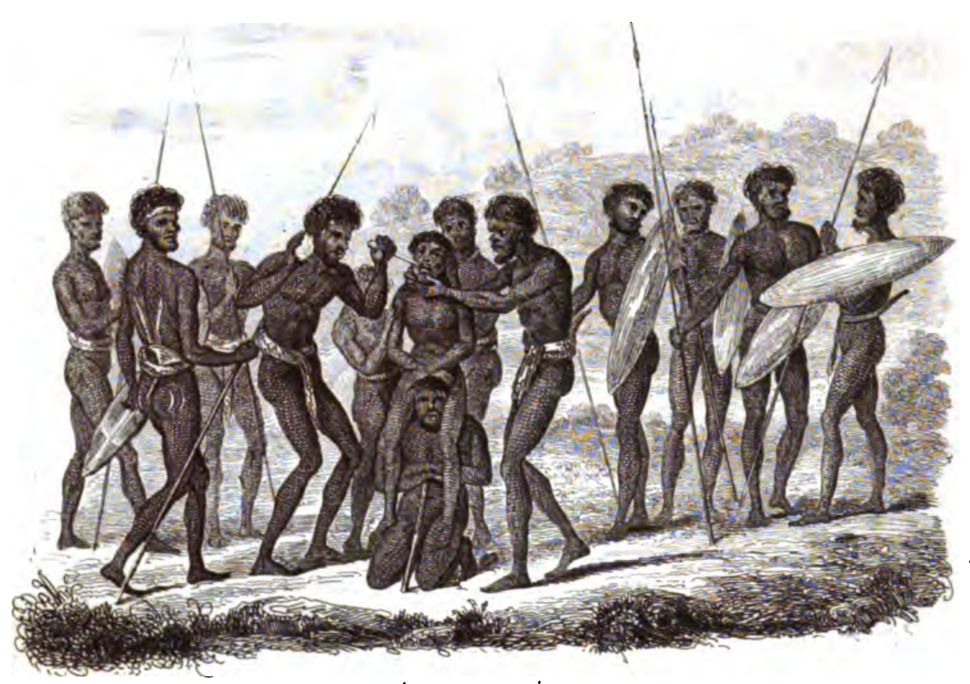
Tales son los preludios de la ceremonia y el programa del primer dia. El dia segundo, al salir del sol, estando aun en la posicion en que se les habia puesto la víspera, los kevredais se levantaron, y en número de quince ó diez y seis desfilaron muchas veces seguidas al rededor del *you-lang*, caminando á gatas, imitando el modo de andar del perro: un sable de madera puesto á sus espaldas, y detenido por su ceñidor figuraba con harta ecsactitud la cola del animal. Cada vez que desfilaban delante los muchachos, hacian saltar sobre sí el polvo y la arena con los pies y las manos. Esta figura tenia por objeto conceder á los niños el poder y la preeminencia sobre el perro, cuyas cualidades útiles se designaban en aquellos términos.

Poco despues llegaron los naturales, de los cuales el uno llevaba un kangaruo envuelto entre juncos é yerbas, y el otro un haz de matas. No obstante la lijereza del fardo, uno y otro manifestaban estar sumamente agobiados por su peso, y se detenian de cuando en cuando para cobrar aliento. Finalmente depusieron su carga junto á unos mozos, y se retiraron al momento como estenuados de pena y de fatiga. Por esta nueva figura se otorgaba á los niños el derecho de matar á los kangareus cuyas guaridas eran indicadas por las malezas.

Esta escena fué seguida de un largo intermedio, durante el que los niños quedaron siempre inmobles en la misma posicion. Por su parte los kerredais se habian retirado separadamente, para ajustarse á sus espaldas una larga cola de ramas de árbol. Acercáronse despues al lugar de la escena, imitando la marcha del kangarou, ya brincando sobre sus patas traseras, ya deteniéndose para rascarse con sus patas delanteras. Seguíanles dos naturales armados en las matas, y parecian acechar el momento de herirles con sus lanzas, mientras otro salvaje llevaba el compás sobre un escudo con el ausilio de su macana. Esta pantomima representaba la caza del kangarou, y los naturales encargados de representar esos animales hacian su papel con un talento verdaderamente admirable.

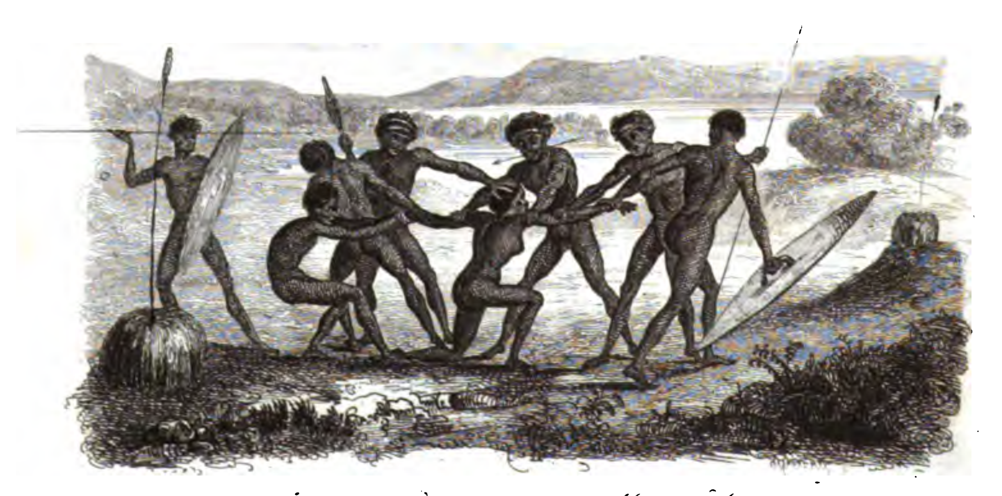
Habiendo llegado esta multitud estravagante á la plaza del you-lang, desfiló ante los niños continuando sus saltos y brincos descompasados; despues de lo que arrojando á lo lejos su cola compuesta de yerbas, cada uno tomó un niño, cargóle encima de sus espaldas, y trájole al lugar donde habia de representarse el último acto de aquella comedia. A poca distancia dejaron los niños en tierra, reuniéndolos en un grupo que debia tenerse en pie, con la cabeza baja y las manos juntas en la actitud del mas profundo recojimiento. A sus espaldas se colocaron varios kerredais con la lanza en la mano; delante habia dos troncos de árboles, á doce ó quince pasos de distancia uno del otro, y encima de cada uno de esos troncos asentóse un natural, con otro sobre sus hombros, teniendo todos cuatro los brazos tendidos hácia delante. Entre estos dos grupos que estaban sentados, veíanse varios naturales tendidos de memoria los unos cerca de los otros.

Hicieron marchar á los niños junto á estos grupos, y á medida que se acercaban, los que estaban sentados encima de los troncos empezaron á hacer con los ojos, boca y toda su cara, las mas horrorosas contorsiones y visajes. Desde luego los niños fueron pasados por encima de los



1. Cérémonie du Gna-loung.

1 Ceremonia del Gna-lung



2. Cérémonies Préliminaires d'un Mariage Australien.

2 Ceremonias Preliminares de un Casamento Australee

VOYAGE
VIAGE

cuerpos tendidos en el suelo, al paso que estos hacian jestos como agonizantes, causando un sordo y lúgubre ruido. Esta escena tenia por objeto aguerrir á los muchachos y hacerles fuertes y duros á vista del peligro y de la perspectiva de las batallas. A las objeciones que les puedan oponer acerca de este punto, responden los naturales que es una cosa muy buena, y que despues de esta prueba los jóvenes se baten con valor.

Tras este nuevo episodio, la multitud entera, kerredais y muchachos, dieron aun algunos pasos, y despues se detuvieron en un paraje donde sentaron de nuevo los niños uno junto á otro. Provistos los kerredais de sus lanzas y escudos, se pusieron en semicírculo delante de ellos. En el centro y de cara á los demas veíase el kerredai que habia representado el principal papel en la ceremonia. En una mano tenia un escudo, y en la otra una macana con la que llevaba el compás. Al tercer golpe dado por esta especie de pontífice, todos los kerredais blandian sus lanzas, las inclinaban, y al mismo tiempo tocaban el centro de su escudo, maniobra que producia un efecto harto curioso por su precision y simultaneidad. Esta ceremonia era para los niños el símbolo del uso de la lanza.

Cuando hubo durado esto algunos minutos, los kerredais procedieron á la estraccion del diente, objeto principal de la reunion. Empezóse por un muchacho que no tenia sino diez ó doce años, y al cual colocaron en hombros de un natural. El kerredai que debia operar, manifesó uno de los huesos, que se reputaba haber sido estraído la víspera del cuerpo de uno de los sacerdotes: era una especie de instrumento cortado en forma de bisel, de modo que fuese capaz de cortar la encía á la raíz del diente. Cortóse en seguida un womara (palo para echar la lanceta) á ocho ó diez pulgadas de su estremidad; aplicaron uno de sus cabos á la base del diente, y despues lo hicieron caer golpeando con una gruesa piedra el otro cabo del palo (Pl. XXXIX. —1). Separado que estuvo el diente, apartaron al muchacho y le procuraron fortalecer la encía con cabezales, revistiéndole luego con un traje que habia de llevar muchos dias sin interrupcion. Este traje, especie de toga de adulto, consiste en un talabarte del que pende una espada de madera. Su cabeza es rodeada de una venda adornada con cintillas de xanthorrea, cuya blancura resalta con el color atezado del individuo. Aplícanle la mano izquierda á su boca, y le mandan tenerla cerrada todo el dia, sin que pueda comer ni hablar. De esta manera fueron probados á su vez todos los muchachos, mientras los espectadores gritaban sin intermision á sus oídos: *wah-wah! gaga-gaga!* con la intencion aparente de mitigar la intensidad de sus dolores y sufocar sus quejas; aunque esta precaucion nos pareció inútil, puesto que sufrian la operacion con un valor estoico. La sangre que corria de las mandíbulas no fué enjugada; sino que la dejaron correr sobre el niño y sobre la cabeza del hombre que traía en hombros. El nombre de este portador se añadia al del muchacho, lo que establecia entre ellos una especie de parentesco. La sangre que establecia este parentesco adoptivo no se lavaba de muchos dias, y cada individuo, hombre y muchacho, guardaba por mucho tiempo su señal.

Despues de estas pruebas los muchachos son admitidos á todos los derechos de la virilidad, como que están obligados á soportar todas sus cargas. Así pueden hacer uso de la lanza y macana, asistir en persona á los combates, y aun arrebatar las muchachas con quienes deseen casarse. El gna-loung es pues de hecho una verdadera iniciacion que marca el tránsito de la infancia á la edad adulta, circunstancia singular entre hombres tan bárbaros, institucion que hasta aquí solo se ha hallado en pueblos adelantados ya en la carrera de la civilizacion.

Esta escursion á los alrededores de Sydney, ademas del espectáculo del gna-loung, uno de los mas curiosos de esos países, me sujiere tambien el de un entierro. El guerrero herido el dia antecedente en el torneo, el jóven Ourou-Mare, habia muerto al punto de haber recibido la lanzada, y el bravo Boungari vino á avisarme que debia procederse á sus ecsequias, á las que asistí. Yacia el cadáver bajo una pequeña choza enramada, envuelto en una mala mortaja que le habia servido de capa durante su vida. A su alrededor estaban sentados sus parientes y amigos en actitud dolorosa; los niños y las mujeres se lamentaban y arrojaban continuos gritos de dolor. De cuando en cuando y sin motivo alguno aparente, se levantaban los hombres de dos en dos, se daban en honor del difunto fuertes lanzadas y golpes con la macana, y despues de algunas horas de semejante manejo, dos naturales trajeron una pequeña piragua de corteza, cortada de la lonjitud conveniente, y colocaron el cadáver en ella con sus armas y sus instrumentos de pesca. Durante estos preparativos, los hombres guardaban el mas relijioso silencio, pero las mujeres y los niños continuaban sus lamentos. La piragua fué colocada en seguida encima de la cabeza de dos naturales, y mientras la levantaban, los asistentes ajitaban por encima del cadáver paquetes de yerbas que debian tener la propiedad de espeler el espíritu maligno. La comitiva emprendió la marcha, caminando á su frente Boungari y otro salvaje, quienes aceleraban el paso, ajitando de cuando en cuando mazorcas de yerbas, ya volviéndose hácia el cadáver, ya haciendo ademan de huronear por la parte de las matas silvestres. Cuando estaban de cara al difunto, los que lo llevaban volvian su cabeza y evitaban mirarle.

Durante algun tiempo la marcha tuvo lugar en el sendero trillado; pero á un instante señalado Boungari y su compañero entraron en el bosque, aparentando buscar algo y ajitando siempre sus mazorcas de yerbas. Despues de esta escursion, reunieron á toda prisa el acompañamiento que alcanzaba ya el lugar de la sepultura, en donde encontrábanse ya reunidas las mujeres y los niños llorosos. Un natural arrojó dos lanzas sobre la multitud, pero con la intencion evidente de no alcanzar á nadie. Casi al propio tiempo, habiendo Boungari asido á dos pequeños niños, parientes cercanos del difunto, los presentó delante del cadáver paesar de los gritos de estas pobres criaturas, que no cedian á la ceremonia sino con estrema repugnania.

Llegó finalmente el momento del entierro. Habíase hecho de antemano un hoyo poco profundo en paraje solitario y bajo un grande eucalyptus. El uno de los naturales allanó el fondo de la hoya, sembró en él yerba, estendióse en el mismo, y revolvióse en todos sentidos cual para probar si el difunto estaria con toda comodidad y podria moverse. En seguida depositaron con toda precaucion el cadáver en dicha hoya, le cubrieron de tierra, colocaron ramos, yerba y helechos en semicírculo por la parte de la cabeza y de los pies, y cobijaron el todo por medio de una gran lápida. Todo esto fué acompañado de las mas minuciosas formalidades, cuyos pormenores es imposible dar y cuyos motivos aun mas imposible sospechar (Pl. XXXIX. — 3).

Estando ya todo concluido, los hombres dirijieron á las mujeres algunas palabras amenazadoras y severas; y despues retiróse cada uno sumido en el mas profundo silencio. Conforme á las costumbres del pais, dos individuos que tenian el mismo nombre que el difunto, se vieron forzados á sustituirlo por otro, almenos durante algun tiempo.

Tales fueron las ecsequias de Ourou-Mare; pero parece que no es preciso por ceremonias semejantes sacar consecuencias de lo particular á lo jeneral. En Australia las honras fúnebres no están sujetas á regla alguna fija é invariable. Otros viajeros han visto á los indíjenas quemar sus muertos para recojer sus cenizas y enterrarlas con cuidado. Otras veces han visto guerreros muertos en las batallas despojadosy quemados por sus camaradas, sin que haya podido averiguarse lo que hicieron de sus restos. He aquí lo que refiere el teniente Britton con objeto de los Australes enterrados despues de una accion.

« En una disputa que se orijinó entre dos tribus á las orillas del Wollombi, fueron muertos cuatro hombres y dos mujeres de una de estas dos tribus, y despues enterrados en un sitio muy agradable del modo siguiente: los cuerpos de los hombres fueron colocados en cruz y tendidos de espaldas, estando cada uno de ellos atado á un palo por detras del cuerpo, por medio de vendajes al cuello, á la cintura, á las rodillas y á los pies. Las dos mujeres estaban colocadas de memoria, y tenian las rodillas encorvadas y arrimadas al cuello, con las manos atadas á las rodillas. De este modo sus tumbas formaban dos pequeños oteros de tres pies de altura, un poco mas lejos de la cruz formada por la tumba de los hombres. Esta disposicion depende de las ideas de inferioridad tocante á las mujeres, ideas que no permiten que estas se entierren con los hombres. En cuanto á los demas, el aseo y cuidado con que fueron fabricados los dos conos y la cruz eran dignos de atencion; la tierra estaba tan bien nivelada y dispuesta, que era imposible reconocer la menor irregularidad en su forma. Al rededor y á cierta distancia, los árboles hasta la altura de quince ó veinte pies fueron cubiertos de figuras grotescas que juzgaban representar kangarous, didelfos, serpientes entremezcladas con figuras groseras é instrumentos de que se sirven. Al rededor de la cruz trazaron un círculo de cerca treinta pies de diámetro, cuyo terreno allanaron con todo esmero y despejaron de todo linaje de malezas. Ademas de dicho círculo practicaron otro semejante, y en el intérvalo estrecho dejado entre ambos círculos depositaron varios pedazos de corteza colocados como las tejas de una casa. El maligno espíritu, decian los naturales, no puede saltar por encima de esos pedazos de corteza, ni menos puede escabullirse por abajo.

Igualmente fijaron cuatro macanas en tierra, en el centro de la cruz, cuyo objeto los naturales manifestaron consistir en que al momento en que se volvieran á levantar los difuntos no se encontraran sin armas, y que se hallasen en estado de rechazar al mismo espíritu que quisiera simarles de nuevo en el sepulcro. Estos pormenores anunciaban ciertas nociones tocantes al estado futuro; pero seria sobrado difícil determinar bien en que consisten. Algunos colonos han asegurado que los indíjenas se imajinan que su condicion futura será siempre feliz; que al momento de la resurreccion serán hombres blancos; que gozarán de todas las diversiones que están á la disposicion de los Ingleses; que podrán beber y comer á su guisa, y que vivirán en el calor moderado que les difundirán los templados rayos de un sol continuo.

Habian transcurrido ya quince dias desde mi llegada á Sydney; yo los habia aprovechado visitando toda la colonia, y la casualidad me habia hecho asistir á muchas ceremonias de los indíjenas. No dejé pues de tomar mi partido cuando Powel vino á anunciarme que *el Kanguroo* estaba pronto á hacerse á la vela para la Tasmania. Me despedí de Harry, embarquéme á 15 de enero de **1832**, y pocas horas despues

el lijero bergantin alcanzaba el cabo del S. y navegaba de nuevo á lo largo de la costa de Australia.

CAPITULO VI.

AUSTRALIA. — DESCUBRIMIENTO Y JEOGRAFÍA.

No cabe duda que largo tiempo antes de la llegada de los Europeos al mar de las Indias, los Malayos y especialmente los Macassares y los Boughis no habian tenido noticia de las tierras de la Australia. Casi todos los años comparecian allí con sus bateles para pescar tripangs ú holoturias en las playas septentrionales de la grande isla, y los navegantes han hallado muchas veces flotillas enteras ocupadas en esta pesca. Pero atraídos con ese especial objeto, aquellos hombres no pensaban en la importancia jeográfica de su descubrimiento. Bastábales saber que en el S. ecsistian playas abundantes en tripangs.

El abate Prevôt y el presidente De Brosse han querido reclamar hace poco en favor de Paulmier de Gonneville el precioso descubrimiento de las tierras australes; pero entrambos han apoyado su rehabilitacion sobre un error evidente. La pintura que Paulmier ha trazado de los habitantes de la tierra en que aportó en 1504, no ofrece especie alguna de relacion con lo que se sabe actualmente de los miserables y desgraciados naturales de Australia. Analizando y combinando los pormenores del diario de Gonneville y lo que dice este viajero de los isleños que le acojieron, puede muy bien creerse que aportó en Madagascar y que tomó su príncipe Essomeric que llegó con él á Europa.

Desde los primeros años de su establecimiento en la India y en las islas de las Especias, los Portugueses tuvieron noticia de las tierras australes. No solamente los pescadores de tripangs pudieron informarles de la ecsistencia de estas islas, sino que aportaron sin duda á ellas algunos de sus navíos desviados accidentalmente de su derrotero. Esta opinion tiene un valor casi incontestable si se atiende á un antiguo mapa de fecha de 1542, en el que se ve trazada al S. de las Molucas una tierra considerable con el nombre de Grande-Java, cuya costa está diseñada con harta ecsatitud por la parte septentrional. La Australia permaneció envuelta en las sombras del misterio hasta el año 1606, en cuyo tiempo el navío holandés, *el Duythen*, despachado de Bantam para esplorar las islas de la Nueva Guinea, reconoció una estension de cerca trescientas leguas de las costas septentrionales de la Australia al O. del estrecho de Torres. Todo cuanto puede saberse de este viaje se encuentra reunido en estas palabras reproducidas testualmente: « Este vasto país fué hallado desierto en su mayor parte; sin embargo en ciertos parajes encontráronse salvajes negros, crueles y feroces, que sacrificaron á algunos hombres de la tripulacion; por cuyo motivo no pudo saberse por su parte ninguna noticia concerniente al país, ni menos aprontaron el agua y los víveres necesarios: así que las naves esperimentaron una penuria que fué causa que no se pudo adelantar mucho este reconocimiento. El punto en que los Holandeses costearon la tierra lo llamaron cabo Reer-Weer ó cabo del Regreso.

Precisamente en el mismo año y en los mismos parajes, hácia el mes de agosto á poca diferencia, un navegante español tuvo conocimiento de la parte septentrional de la Australia. Este fué Luis Vaes de Torres, segundo comandante de la espedicion dirijida por Fernandez de Quiros. Hemos visto ya como entabló su tentativa de colonizacion en la tierra del Espíritu Santo. Despues de haber abandonado esta isla, Torres se separó del almirante y prosiguió su derrotero al O. En el mes de agosto, y á los 11° 1/2 latit. S. vino á parar en una tierra que tomó al principio por la Nueva Guinea, pero que es probablemente la misma que Bougainville llamó despues Nueva-Luisiada. Despues de haber costeado esta tierra cerca de trescientas leguas, llegó Torres á un espacio ocupado de islotes y escollos, á través de los cuales la navegacion fué sobremanera penosa. A los 11° vino á parar en unas islas muy considerables, cuyos habitantes eran negros y robustos y andaban desnudos. Sus armas eran lanzas, flechas y macanas de piedra. Torres reunió veinte de aquellos individuos de diversas naciones, á fin de adquirir por su medio algunas noticias de aquellos países. Para salvar ese paso emplearon cerca de dos meses, y dirijieron su derrota al N.

No cabe la menor duda que ese paso era el estrecho conocido actualmente aun con el nombre de estrecho de Torres, y que las grandes islas en cuestion eran aquellas que confinan con el cabo Yorck, y quizá sea ese mismo cabo, estremidad septentrional de la Australia. De este modo pertenece á Torres la gloria de haber separado esta grande tierra de la Nueva Guinea; mas este hecho no se averiguó con toda certeza hasta que se llevaron á cabo las atrevidas empresas de Cook.

El Holandés Dirck Hatichs, capitan del navío Eendracht, reconoció en 1616 una porcion de la costa occidental á la cual dió el nombre de su navío; lo que fué justificado por una plancha de estaño sucesivamente encontrada en 1697 y en 1801, en una de las islas de la bahía de los Perros Marinos. Leíase en ella en holandés: « á 24 de octubre 1616 llegó aquí el navío el Eendracht de Amsterdam; primer comerciante Gilles Niebacs de Liege; capitan Dirck Hatichs de Amsterdam. A 27 del mismo mes se hizo

á la vela para Bantam. Su segundo comerciante Jautins; primer piloto Pieter E. Dooves Van Bil. Año 1616. »

El *Mauritius*, navío de la misma nacion, parece haber hecho en 1618 á su regreso algunos descubrimientos á los alrededores de Willem's River; pero no ecsiste acerca de este viaje detalle alguno circunstanciado. Tambien se creyó por largo tiempo que un tal Zeachem habia descubierto en el mismo año la tierra de Arnhein y la de Van-Dienem; pero hoy está demostrado que ningun navegante de este nombre no figura entre los que visitaron primeramente la Nueva Holanda.

J. de Edel en 1619 aplicó su nombre á la porcion de terreno que se estieude al S. de la tierra de Eendracht. El grande arrecife de Houtman's Abrolhos se cree no haber sido descubierto á la misma época y por el mismo Edel, almenos por un navegante contemporaneo. Tres años despues el navío el Leeuwin rodeaba por la parte del S. la porcion de costa ya reconocida. En 1623 Janlarstesis, que mandaba los navíos Pera y Arnheim, fué despachado de Amboine para esplorar las costas septentrionales de la Australia, que todavía se confundian con la Nueva Guinea. Carstens pereció en este reconocimiento, degollado por los salvajes juntamente con ocho hombres del Arnheim. La espedicion no dejó de proseguir su mision; descubrió tierras que recibieron los nombres de Arnheim y de Spult, y despues de esto los dos navíos se separaron. El Arnheim se volvió á Amboine, mas el Pera continuó costeando la playa hasta Statem-River, desde donde dió á la vela para las Molucas. « En este descubrimiento, dice la relacion, encontráronse únicamente por do quiera escollos, playas estériles, é islas pobladas por diversas naciones crueles, brutales y miserables, que podian ofrecer muy poca utilidad á la Compañía. »

En 1627 Pieter Nuyts que montaba el Gulde Zeepaaro, costeó unas mil millas de la playa meridional de la Australia. No se publicó jamas el diario de la espedicion; pero se supuso que la tierra citada por Nuyts, y comprendida entre los 34° y 36° lat. S., debia ofrecer, como todos los demas países de esta zona terrestre, terrenos habitables, ricos y fértiles. Al año siguiente, de Witt aplicó su nombre al país que se estiende entre los 14° y los 21° de latitud meridional, y parece igualmente que pocos meses antes el navío Vianen habia reconocido unas doscientas millas de costa de esta isla y reconocido en medio de una playa estéril y peligrosa algunos terrenos verdes ocupados por pueblos negros y bárbaros.

En 1629 Francis Pelsart perdió su navío, el *Batavia*, en las rocas llamadas Houtman's Abrolhos. No habiendo podido encontrar agua dulce en aquellos islotes, este capitan hizo preparar una de sus canoas y procuró alcanzar el continente con una parte de su tripulacion. Despues de algunos dias de esfuerzos penosos y sin fruto, y de una navegacion de cuatrocientas millas á lo largo de aquellas costas, tomó el partido de volverse á Batavia de donde vino con el yate *el Sardam* para tomar á bordo los individuos que habia dejado en los Abrolhos. Estos habian acabado por descubrir agua en el hueco de las rocas, pero con la incertitud de poder vivir en este escollo habiendo concebido la idea de insubordinacion y rebeldía. A su regreso Pelsart se vió obligado á encruelecerse; ejecutó algunos revoltosos, y depuso otros dos en el continente frente los Abrolhos.

En 1636 Gerrit Tomas Pool fué despachado de Gauda con los yates Klyn Amsterdam y Wezec con el mismo objeto que Carstens; pero por una fatalidad singular fué sacrificado igualmente por los salvajes casi en el mismo sitio. Continuóse la espedicion bajo el mando del comisionado Pieterz Pietersen, pero los vientos contrarios les impidieron alcanzar la costa occidental del golfo de Carpentaria, y solo reconocieron la de Van-Diemen's Land en este golfo, en una prolongacion de cerca 120 millas, regresando sin haber visto habitantes, apesar de las muchas apariencias y humaredas.

En 1643 Tasman habia descubierto la parte mas austral de la Tasmania, sin sospechar siquiera que esta tierra formaba por sí sola una isla, y le aplicara el nombre de Van-Diemen's Land, bien que una porcion considerable del N. de la Australia hubiese ya recibido el mismo nombre. Estas designaciones eran por parte de los navegantes, homenajes rendidos á Van-Diemen, á la sazon gobernador jeneral de Batavia. En 1644 Tasman fué enviado de nuevo hácia las tierras australes para reconocerlas. Esta vez esploró cuidadosamente el golfo de Carpentaria, la tierra de Arnheim y la de Van-Diemen. Desgraciadamente el jenio apocado y mercantil que presidia á las operaciones de la Compañía holandesa sepultó sus bellos trabajos en un profundo misterio. Igualmente en nuestros dias nos hallamos reducidos á simples conjeturas acerca los descubrimientos de Tasman, y todo cuanto se sabe se reduce á que visitó muchas veces á los naturales. He aquí lo que acerca de esto se encuentra en Dalrymple. « A los 13° lat. S. la costa es estéril; los naturales son muy perversos; atacaron á flechazos á los Holandeses á su llegada á tierra sin haber sido provocados. Este lugar es muy populoso. A los 15° lat. S. el pueblo es salvaje, y va desnudo; nadie puede entender su lenguaje. A los 17° lat. S. Tasman encontró un pueblo negro, desnu-

do y con los cabellos rizados, malvado y cruel, que empleaba por armas arcos, flechas y macanas. Cierto dia se presentaron en número de cincuenta armados de toda suerte y se dividieron en dos filas para sorprender á los Holandeses que habian desembarcado en número de veinte y cinco: pero el fuego de artillería les amedrentó y les puso en fuga. Su playa es peligrosa; hay pocos vejetales; los naturales no tienen casas. A los 20° lat. S. los habitantes son muy numerosos; arrojaron piedras á las embarcaciones enviadas á tierra por los Holandeses. Hicieron fuegos y humo á lo largo de la playa, y se conjeturó que era para dar á entender á sus vecinos la presencia de los estranjeros. Estas jentes parecian vivir muy miserablemente, andaban desnudos, y comian batatas y otras raíces. »

En cuanto á lo demas, parece que esta grande tierra recibió definitivamente el nombre de Nueva Holanda desde los reconocimientos de Tasman, mientras que antes de él se habia indicado habitualmente bajo el nombre jenérico de Gran tierra del Sud, ó Tierras australes. El nombre de Nueva Holanda ha prevalecido largo tiempo entre los jeógrafos; pero debe ceder el puesto al de Australia, mas racional y mas verdadero, que han adoptado y mantenido los Ingleses establecidos en este territorio, y que nosotros empleamos aquí con preferencia á todos los demas.

En 1788 y en 1699 el Inglés Dampier costeó cierta estension de las costas del N. O., y á este observador juicioso se deben las primeras nociones ecsactas é individuales acerca esos países hasta entonces imperfectamente conocidos. Describió muchas de las producciones singulares del país, y en cuanto á los habitantes que vió en 1688, los pintó como hombres negros, desnudos, con los cabellos crespos y lanosos, con un cinturon al rededor de los lomos, del cual pendia un puñado de yerbas, y tres ó cuatro ramos verdes que servian para cubrir su desnudez. A todos esos salvajes, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, les faltaban los dos dientes de delante de la quijada superior; ninguno se dejaba crecer el pelo de la barba. Cuando los Ingleses saltaron en tierra, los naturales les amenazaron con sus lanzas y macanas, pero la esplosion de un cañon les puso en fuga. Estos naturales no tenian canoas ni piraguas; pero se vieron algunos que pasaban á nado de una isla á otra.

En su segundo viaje verificado en 1699, Dampier volvió á ver la misma raza de hombres, pero no tuvo ocasion de observar si habian perdido igualmente dos de sus dientes de delante. Uno de ellos, que parecia jefe, tenia los ojos rodeados de un círculo blanco pintado con cal, con una raya que le bajaba de la frente hasta la punta de la nariz; ciertas partes del pecho y de los brazos eran pintadas con el mismo color.

No se servian de arcos ni de flechas, y se creyó que carecian de casas, porque no se vió ninguna. El terreno es arenoso y estéril, de suerte que solo se ven en él muy pocas plantas. No se encontraron corrientes de agua dulce, ni menos pudieron procurársela escavando la tierra.

En 1696 Guillermo Ulaning estuvo igualmente encargado de hacer un reconocimiento en las costas occidentales de la Australia, á fin de ver si podian descubrirse vestijios de los náufragos del navío Ridderschap, que se suponia haber encallado en aquellas playas en 1684 ó 1685. A fines de diciembre, Ulaming fondeó en la isla Rottenest; aportó en una tierra en que se veían tres chozas abandonadas, y remontó hasta la distancia de quince ó veinte leguas un rio que fué llamado Black Swans River (Rio de los cisnes negros). Esta era la vez primera que se veían de esos volátiles, y la espedicion trajo dos á Batavia. Continuando la esploracion de la costa, vieron á 23 de enero de 1697 dos salvajes que caminaban por encima de los méganos; mas todo cuanto se les pudo observar, fué que eran negros, desnudos y de una talla regular. A 3 de febrero encontraron á la entrada de la bahía de los Perros Marinos la plancha de estaño depuesta allí por Dirck Hatichs. Ulaming lo hizo poner en un tronco de árbol, y despues de haber hecho añadir una segunda inscripcion, que recordaba su propio viaje, continuó su esploracion hasta la bahía situada detras del cabo N. O., que llamó Wilhem's River; y el dia 21 tomó su derrota para Batavia despues de haber esplorado una estension de casi doscientas leguas de costa.

Las noticias de todos estos navegantes tanto acerca de la historia natural como de la etnolojía de la Nueva Holanda, no eran de suyo capaces de escitar el deseo ni la curiosidad de los Europeos: así que, pasaron muchos años sin pensar en ellas. Sus límites hacia el oriente quedaban siempre ignorados; pues aunque en 1769 Bougainville descubrió muchos bancos que la cercan por esta parte, el temor de una encalladura puso coto á sus deseos, y este temor le impidió ser el primero en revelar á la ciencia la jeografía de la Australia oriental.

Estaba reservada esta gloria á Cook, quien habia acumulado ya tantas otras. En 1770 atracó á la tierra junto al cabo Howe, y no cesó de mirarla hasta al cabo York, que forma su estremidad septentrional. Este admirable trabajo bastara solo para encumbrar al marino inglés al rango de los mas célebres navegantes; pero para ello tuvo que arrostrar numerosos peligros

que pusieran en grave riesgo no solo la fortuna del navío, si que tambien los preciosos descubrimientos que hiciera. La mas terrible alarma tuvo lugar en la noche del 10 al 11 de junio de 1770, delante de un cabo que recibió el nombre de cabo *Tribulacion*. El navío del capitan inglés se encontró encallado de repente en las puntas de corales que forman como una cadena no interrumpida al rededor de la playa. Por largo tiempo le sacudió la marejada en esta peligrosa posicion, y le arrebató tablas del forro esterior del navío y una porcion de su falsa quilla antes que pudiera ponerse á flote. No creía Cook librarse de las agudas puntas, que estrellaban el costado de su fragata. Sin embargo despues de doce horas de encalladura, y despues de haber arrojado al mar, á fin de alijerar el navío, los cañones, el lastre, los toneles y las provisiones menos urjentes, consiguió reponerse y alcanzar una ensenada vecina junto á un rio que recibió el nombre de Endeavour. Carenando allí el navío no pudieron menos de quedar estupefactos al conocer los peligros que habian corrido. Entre las roturas que las rocas habian hecho en los tablones esteriores del navío, y aun en el tablon grueso, habia una de bastante ancha para que el buque se hubiera ido á pique en poco tiempo aun con el juego de todas las bombas; pero por una suerte de prodijio el ángulo de la roca que habia hecho el agujero se habia roto en la abertura, y clavádose allí de tal suerte que tapaba la mayor parte; sin cuya circunstancia casi milagrosa, jamas se hubiera hablado de los magníficos descubrimientos de Cook. Dejando el rio de Endavour el intrépido capitan no se creyó al fin de su inmensa tarea; salvó el estrecho de Torres, y no dejó la Nueva Holanda hasta despues de haber trazado la situacion de su costa oriental en una estension de mas de seiscientas leguas. Secundando á los jeógrafos, los naturalistas Banks y Solander recojieron las nociones preciosas y mas auténticas acerca de la naturaleza del terreno y sus producciones.

Conocíase finalmente el ámbito de la Australia. Sabíase que era una tierra inmensa, y fuera necesario renunciar definitivamente á la quimera tan largo tiempo admitida del continente austral, supuesto indispensable para contrapesar al hemisferio boreal. Todavía las nociones adquiridas acerca de esta grande tierra eran muy incompletas y vagas, aun bajo las noticias puramente náuticas y jeográficas. Habíanse hecho necesarios nuevos reconocimientos que se llevaron á cabo sucesivamente por órden de los gobiernos inglés y francés.

Solo citarémos aquí Saint-Allouarn, que en 1772 á bordo del navío de carga el *Gros-Ventre* visitó algunas partes de la costa occidental, pero sin realizar nada de importante; Macluer, que en 1791 esploró una porcion de la costa septentrional; Bligh, Edwars y Pertlock, que en 1789, 1791 y 1799 añadieron nociones útiles á la navegacion del estrecho de Torres. Verificóse el viaje de Vancouver, que en 1791 descubrió el hermoso puerto del Rey Jorje, y trazó con una notable precision, una pequeña estension de la vecina playa. No vió naturales en el puerto del Rey Jorje; mas encontró numerosos vestijios de su morada. Al año siguiente d'Entrecasteaux reconoció á su vuelta una estension muy grande de costas en los mismos parajes, y fijó su situacion con mas ecsactitud.

El cirujano Bass en 1797 penetró con una simple chalupa en el estrecho que separa la Australia de la Tasmania, y que recibió su nombre. En 1800 Grant señaló igualmente una estension de costas de cerca ciento veinte leguas, que nadie habia visto aun, al N. O. del cabo Otway. Baudin y Flinders, el primero á espensas de la Francia, y el segundo de la Inglaterra, por los años 1801 y 1802 esploraron circunstanciadamente cada uno por su parte, la mayor parte de las costas occidental y meridional. Las relaciones de sus viajes esparcieron por Europa una multitud de documentos del mas alto interés acerca de este gran país terrestre ignorado hasta entonces, y los naturalistas Peron y Brown dilucidaron varios puntos de su geognosia é historia natural.

Posteriormente por los años 1818, 1819, 1820, 1821 y 1822 el capitan King completó el reconocimiento detallado de toda la parte septentrional de la Australia. Embarcado en navíos de una pequeña tonelada y de un débil fondo de agua, pudo arrostrar constantemente el ímpetu de las olas que se estrellan contra la playa y la tierra, y penetrar en una multitud de ancones en donde sus antecesores no habian podido arriesgarse con sus grandes buques. Su trabajo es un modelo tal de precision y de paciencia, que por mucho tiempo será difícil añadir ningun pormenor á sus observaciones. Gracias á las observaciones del naturalista Cunningham, que hacia parte de la espedicion, la flora y las selvas de estas rejiones han sido conocidas mas completamente.

Finalmente debemos á los capitanes Freycinet y d'Urville los últimos pormenores suministrados por navegantes; el primero en 1818 recojió algunos documentos nuevos acerca la bahía de los Perros Marinos; el segundo en 1827 esploró el puerto Western y la bahía Jervis. En dos de esos puntos el capitan d'Urville tuvo comunicaciones amigables con los naturales, y observó que á la bahía Jervis tenian una apariencia mas robusta y formas mas regulares. Su intelijencia parecia ademas superior á la de sus compatriotas del puerto del Rey Jorje, y los Franceses no pudieron menos de quedar contentos de su probidad, dulzura y circunspeccion. Sus chozas construidas con

largos pedazos de corteza unidos por su estremidad y cubiertos de granza y de hojas de *zostera*, eran aseadas en lo interior y espaciosas; cada una podia contener ocho ó diez individuos. En fin los Franceses observaron encima las rocas areniscas de la playa, plantillas de embarcaciones y de chalupas de una hechura muy bien diseñada.

Aunque el perímetro entero de la Australia es actualmente bien trazado y conocido, solo tenemos sin embargo en materia de nociones ecsactas y un poco estendidas tocante á los países centrales, las esploraciones de la costa meridional en la que parecen haberse concentrado todos los esfuerzos de los viajeros. El establecimiento de los Ingleses en la costa acarreó asimismo el reconocimiento de esta zona. Este reconocimiento demostró que esta grande isla, árida en su mayor parte á la orilla del mar, ofrece en su interior terrenos fértiles y susceptibles de recibir un gran número de cultivos, y sobre todo grandes y escelentes pastos para toda especie de rebaños.

La naturaleza del terreno no ofrece obstáculo alguno al progreso de los colonos hasta el pie de una cadena de montañas que fueron designadas con el nombre de Montañas Azules. La dificultad no consistia por tanto en la altura de esta cadena, cuyas mas elevadas cumbres no pasan de cuatrocientas toesas; pero cada vez que se quiso abrir un camino hácia las cimas de la montaña, costeando barrancas mas ó menos practicables, encontróse el viajero detenido siempre por immensas murallas naturales é intransitables. Tal fué el resultado de los esfuerzos de Bass, de Caley y de Bawallier, que despues de inauditos esfuerzos y privaciones crueles se vieron obligados á renunciar á la esperanza de atravesar las Montañas Azules. La opinion de que eran inaccesibles se robusteció poco á poco entre los colonos con tanta mas facilidad, cuanto los mismos indíjenas no pudieron indicar á los Ingleses pasaje alguno por cuyo medio se pudiera penetrar á los países interiores.

Finalmente en 1813 aflijió á la colonia una horrorosa sequedad. La yerba era abrasada desde el litoral hasta el pie de las montañas; habian desaparecido las fuentes, se habian agotado las corrientes, y por todas partes morian los ganados. Entonces tres bravos colonos, Blaxland, Wentworth y Lawson, se decidieron á tentar otra vez un reconocimiento á fin de ver si podrian encontrarse algunos recursos á la otra parte de las Montañas Azules. Por una feliz inspiracion, en lugar de abarrancarse en los desfiladeros, concibieron la idea de seguir constantemente las cimas de las montañas, y despues de un gran número de rodeos que les obligaron mas de una vez á retroceder, se encontraron por fin á la estremidad occidental de esta cadena, cerca de veinte y cinco millas al O. del rio Nepean. Concíbase su alegría cuando descubrieron á sus plantas un magnífico valle cubierto de yerbas y bien regado. El injeniero de la colonia, M. W. Evans, siguiendo los vestijios de aquellos viajeros, descubrió al momento las llanuras de Bathurst y los rios Macquarie y Lachlan que las atraviesan. Al año siguiente abrióse un camino llano al través de las montañas, y actualmente ecsisten prontas y hermosas comunicaciones entre la parte marítima y los países del interior.

En 1817 Oxley y Cunningham siguieron la corriente del Lachlan, que se habia considerado por largo tiempo como un arroyo de Macquarie, y conocieron que bañaba una serie de colinas y de llanuras que ondeaban lijeramente sin recibir una sola corriente digna de citarse. Ademas el terreno ofrecia señales evidentes de submersion en el tiempo de las lluvias. A unas 400 millas en el interior se terminó este largo y precioso reconocimiento, y los viajantes se vieron detenidos por intransitables pantanos.

Al año siguiente M. Oxley tentó el reconocimiento del Macquarie; pero despues de haberlo seguido al N. O. por espacio de cerca cincuenta leguas, á la otra parte del monte Harris, colina situada á la ribera y á doscientos pies de elevacion sobre el nivel de la llanura que la rodeaba, vió la estremidad del rio perderse en immensos aguazales, que parecian formar una especie de mar mediterraneo. Oxley se dirijió hácia el E., descubrió las ricas y pintorescas llanuras de Liverpool y alcanzó la costa en el puerto Macquarie.

A estos diversos y preciosos reconocimientos sucedieron las tentativas de los colonos por la parte del S. de la colonia. Esploróse el Argyle, y se descubrió un tercer rio que corria hácia el interior, rio que los naturales apellidan el Morrumbidgi. En 1823 un oficial de marina remontó ese rio hasta poca distancia de su manantial, hácia un país de pastos que llamó Brisbane-Downs, y quedó averiguado á poca diferencia que la linea de division de las aguas que corrian hácia el O. y hácia el E. debia terminarse por la cadena de Montañas Azules en toda la estension de la Nueva Gales del S., y mas al S. por los montes Warragong, que parecian correr sin interrupcion hasta el promontorio de Wilson.

A fines de 1824 dos atrevidos viajantes, los SS. Howell y Hume, se encaminaron por tierra desde las orillas del lago Jorje en el Argyle á las riberas del puerto Felipe en el estrecho de Bass. Esta penosa escursion contribuyó mucho al conocimiento de la Australia meridional. Los países hallados por dichos viajantes, muchas veces montuosos, les presentaron terrenos fértiles y escelentes pastos. A su vuelta tomaron su derrota mas al O. y encontraron un terreno mas terso y mas uniforme, descubrieron diversas cor-

rientes de agua de las que las principales fueron denominadas Hume, Oven, Goubburn, que se dirijian todas hácia el interior.

Cunningham en varias escursiones á las llanuras de Liverpool añadió algunos pormenores á los hechos ya conocidos; pero en 1827 fué oficialmente encargado de una mision mas importante. Tratábase de reconocer todo el país comprendido entre el rio Hunter y la bahía Moreton, penetrando hasta cierta distancia en el interior. Habiendo marchado Cunningham á 30 de abril de las orillas del rio Hunter, atravesó la cadena de las montañas que en este punto tiene 3.000 pies de altura, y continuó su derrota al través de un país elevado que rodea las llanuras de Liverpool por la parte del oriente. A los 30° de latitud siguió cerca de diez y seis millas un valle verde y fértil, encontrándose despues á las riberas de un rio bastante considerable que habia recibido el nombre de Peel. Su alveo no tenia menos de 120 toesas de anchura; mas debia recibir una cantidad de agua almenos de doce ó quince pies de altura. Habiéndole á la sazon la sequedad reducido á la proporcion de un pequeño arroyuelo, fué fácil pasarlo á pie enjuto; en cuyo punto se encontraron algunos vestijios de la mansion de los naturales. A los 29° de latitud aparecieron vastas llanuras, en las cuales estendiéndose la vista á larga distancia buscaba en vano distinguir algunos humos que le revelaran la presencia del hombre. El alveo de un torrente considerable, el Dumerang, fué tambien traspasado, y se vieron algunas lagunas de un agua profunda, apesar de las sequedades que habian reinado.

Enncontrándose entonces Cunningham á cincuenta leguas del mar, empezó á dirijirse al N. E. con objeto de acercarse poco á poco. Desde luego su marcha tuvo lugar en terrenos en estremo estériles, en donde sus caballos tuvieron apenas algunos puñados de yerbas para alimentarse. A los 28° encontró los Darling-Downs y Peel-Plains, país mas fértil y habitable. A 16 de junio el viajante habia llegado á unas veinte leguas de la bahía Moreton, pero el estado de los caballos le obligó á retrodecer. Como á su vuelta, se dirijió mas al E. que á la isla. Su caminata fué infinitamente mas penosa al través de un terreno montuoso y lleno de piedras, cuya base era un granito muy compacto, en donde se encontraba el cuarzo en abundancia. Volvió á pasar el Dumerang á cincuenta millas mas cerca de su manantial de lo que habia hecho la vez primera, y los grados del barómetro le indicaron una elevacion de 300 pies sobre el nivel del mar por aquel punto de su corriente. Atravesó tambien otro rio considerable que denominó Gwyder, formado por la reunion del Peel con otro torrente llamado el Horton, y costeó de cerca la cadena de los montes Harkwick, cuyo terreno está formado por un granito rojizo en el cual se hallan diseminados cascajos de feldespato. Algunas de sus cimas cortadas en forma de tableros como altas chimeneas debian tener de cinco á seiscientas toesas de elevacion, desde la cual Cunningham se encontró de vuelta á las orillas del rio Hunter tras una ausencia de trece semanas, durante las cuales habia hecho cerca de 1800 millas á través de países hasta entonces desconocidos.

Al año siguiente continuó el curso de sus viajes. Desde las orillas de la bahía Moreton llegó al través de la cadena de montañas al punto en donde se habia detenido en su famosa escursion, y cerciorarse si podria abrirse una comunicacion fácil entre los fértiles méganos de Darling-Downs y el establecimiento formado en Moreton-Bay. Este hecho era altamente importante para la prosperidad de esta colonia. Al momento remontó el rio Brisbane hasta el punto en que no es mas que un pequeño arroyuelo formando balsas de trecho en trecho. Estaba casi demostrado que este rio tomaba su oríjen en la parte occidental de las montañas de la costa, mientras que se habia supuesto por largo tiempo que formaba la embocadura del rio Macquarie que al salir de los pantanos en donde se disminuía, habria tomado otra vez su corriente al N. E. para arrojarse á la bahía Moreton; pero este hecho debia establecerse de un modo mucho mas positivo en dos reconocimientos penosos y fecundos del bravo capitan Sturt.

El capitan Sturt realizaba sus empresas casi á la misma época en que Cunningham reconocia las cercanías de la bahía Moreton. Tres años hacia que pesaban sobre la colonia horribles sequías, y podia creerse que los aguazales que habian cerrado el camino á Oxley serian entonces seguros y practicables. A 20 de diciembre de 1827 el capitan Sturt, encontrándose en la cima del monte Harris y tendiendo una ojeada sobre la llanura, reconoció en efecto con sorpresa y alegría que las vastas cascadas de agua estancada reconocidas por su antecesor, no ecsistian ya. En su lugar prolongábase una llanura verde de un terreno llano sin la menor eminencia. Sturt atravesó esta llanura cuyo terreno era hendido por acá y acullá, y á cincuenta millas mas lejos, el alveo del Macquarie borrado hasta entonces se reprodujo en un pequeño rio que iba á reunir sus aguas á las del Castlereagh descubierto un poco mas al N.

Entonces Sturt continuó sus investigaciones hácia el N. O. en la direccion de aquellas inmensas llanuras en donde mas de una vez su comitiva tuvo que sufrir falta de agua. Apenas se veian por intérvalos lagunas y colinas aisladas que interrumpian la monotonía de aquellos ingratos terrenos. Siguió una pequeña corriente y llegó á las orillas de un caudaloso rio, que denominó Dar-



3. Confluent du Murray et du Darling

3 Confluencia del Murray y del Darling



4. Sépulture des Naturels de l'Australie.

4 Sepultura de los Naturales del Australia

ling, y cuya vista le infundió grandes esperanzas, á los 30° de latitud y á 150 leguas cerca de las riberas del mar oriental; pero cual fué la contrariedad de los viajantes cuando percibieron que las aguas del Darling eran salobres! Durante cerca de cuarenta millas siguieron su curso en la direccion del S. O. y no hallaron mutacion alguna en la naturaleza de sus aguas. La anchura de su alveo al punto en que se encontraban podia ser de cerca treinta toesas, y la elevacion de sus riberas de treinta á cuarenta pies. Finalmente la falta de agua potable, la aridez del terreno y la carestía de provisiones determinaron á Sturt y á sus compañeros á retroceder. El punto en que abandonaron el curso del Darling está situado á los 30° 16' de latitud S. y á los 144° 50' lonj. E.

En este reconocimiento los viajeros tuvieron con los naturales numerosas y diarias relaciones. El capitan Sturt evalúa en doscientos cincuenta el número de salvajes que tuvo ocasion de observar. Su conducta fué siempre amigable, y no pocas veces prestaron sus servicios á los Ingleses. La pintura que hace Sturt de tan remotos paises, es la siguiente: « Los naturales, dice, iban errantes por el desierto, y la mala calidad del agua que estaban obligados á beber les habia hecho contraer una enfermedad cutanea que acababa prontamente con ellos. Los pájaros que se veían posados en los árboles parecian sostener dificilmente el peso de la ecsistencia en medio de una atmósfera grave y abrasada. El perro montés ó *dingo* se arrastraba continuamente por una y otra parte, y su debilidad le impedia huir el acceso de los hombres. Mientras estaba completamente consumada la pequeña vejetacion, los mismos árboles perecian de languidez á causa de la gran profundidad á que la sequedad habia penetrado en lo interior del terreno. Muchas personas de la espedicion fueron sobrecojidas de oftalmías ocasionadas por el reverbero del calor en las llanuras que se habian recorrido. El termómetro á la sombra señalaba 50° centigrados á las tres de la tarde, y 38° al poner del sol. »

Los importantes resultados obtenidos por el capitan Sturt en las rejiones situadas al N. O. de la colonia determinaron al gobierno á enviarle al S. O. para ecsaminar el curso del Morrumbidgi. Todo lo que hasta entonces se sabia de aquel rio se reducia á que despues de haber tomado su orijen bajo el flanco occidental de los montes Warragong en el condado de Murray, á ochenta millas cerca de la costa oriental, recibia el tributo de varios torrentes poco importantes y proseguia su curso hácia el O. durante unas trescientas millas, formando muchas sinuosidades, pero sin recibir el menor arroyo. Como el Lachlan ofrece un carácter semejante á treinta ó cuarenta leguas N., se concibe fácilmente porque las llanuras situadas entre esas dos corrientes ofrecen en jeneral un aspecto bastante árido.

En diciembre de 1829 Sturt dió principio á aquel nuevo reconocimiento. Siguió la ribera derecha del Morrumbidgi hasta salvar todos los bancos de arena que hubieran podido oponer algun obstáculo á su navegacion. A una distancia casi igual de los mares del S. y del O. estableció una especie de depósito, puso á flote la canoa que por tierra habia traído de Sydney, y logró construir una segunda canoa en aquel sitio. Este punto solo distaba unas veinte y siete millas de aquel en que Oxley habia perdido de vista la corriente del Laclan, que desaguaba en el Morrumbidgi, á doce millas cerca de su depósito. Por acá y acullá el rio estaba cortado por bancos de arena que constituían remolinos peligrosos á las piraguas. En fin despues de noventa millas de navegacion á través de un país terso y monótono, los viajeros llegaron á 7 de enero de 1830 al término de la corriente del Morrumbidgi que desaguaba en un hermoso rio. Este rio corria despues de su reunion con aquel arroyo en un alveo de cuatrocientos pies de ancho y con una celeridad de dos millas y media por hora. Llamáronle el *Murray*, y todo anuncia que es formado por las aguas reunidas del Hume, Goulburn y del Oven, descubiertos en 1824 por Howel y Hume (Pl. XXXVIII.—3).

Despues de nueve dias y medio de navegacion á lo largo del Murray, durante los que hicieron cerca de cien millas al O. sin que cambiara el aspecto triste y uniforme del país, la espedicion se halló ante un rio caudaloso que bajaba del N. E., poco inferior al Murray. El capitan Nicols lo remontó durante algunas millas y encontró que tenia una anchura de cerca cincuenta toesas. Sus riberas, pobladas de naturales, eran de una apariencia mas bella que las del Murray; sus aguas tenian once pies de profundidad, y eran turbias, pero perfectamente agradables al paladar. Sturt por lo tanto no vaciló en asegurar que este rio no era otro que el Darling que habia descubierto el año anterior. Resta sin embargo esplicar como sus aguas de salobres que eran se habian dulcificado enteramente.

El Murray, despues de haber recibido el Darling, se engruesa aun á veinte ó veinte y cinco leguas mas al O. con un nuevo torrente bastante considerable que viene del S. y que fué apellidado Lindsay, bien que probablemente es idéntico con el Goulburn de los SS. Hume y Howel. Mas allá el país cambia enteramente de aspecto y empieza á ser montuoso: la ribera septentrional del rio ofrecia altos acantilados que parecian en parte de orijen volcánico, y á mayor distancia levantábanse otras montañas calizas á lo largo del rio en paredes verticales de doscientos pies de altura, en las que se veían en grande cantidad fósiles y corales marinos. En fin á 3 de febrero, despues de una larga y penosa navegacion, encontrándose

los viajeros á los 137° 25' de latitud, cambióse de repente la direccion del Murray del N. al S., y sus aguas profundas, turbias y apacibles corrian en medio de sinuosidades y en un espacio de casi treinta leguas hasta el vasto lago salobre que denominaron Alejandrina. Este lago es un depósito de agua inmenso al que Sturt no atribuye menos de cincuenta millas de lonjitud sobre treinta ó cuarenta de ancho. En el mismo centro este lago no tiene mas de cuatro pies de profundidad, de donde resulta que en realidad no es sino un vasto pantano que cria sal comunicando por medio de un canal sinuoso con las aguas de la bahía Encounter.

Desde la cima de algunos mogotes de arena Sturt pudo ver el mar á sus plantas y ecsaminar el cabo Jervis. A las orillas del lago se observaron focas y en la ribera meridional percibiéronse de lejos algunos naturales armados con el cuerpo pintado, lo que no indicaba ciertamente intenciones benévolas. Estos indíjenas no hicieron tentativa alguna para acercarse á los Ingleses : no parecia sino que querian estar alerta. Entonces Sturt se embarcó de nuevo y volvióse con sus compañeros por el mismo camino al depósito que habia fundado. Así tuvo el primero la gloria de haber atravesado la Australia, en una de sus menores anchuras, sí, pero en una estension bastante para trillar la senda á nuevas indagaciones y para resolver el importante problema del sistema hidrográfico de este vasto país.

A principios de 1832 el mayor Mitchell emprendió la marcha para esplorar los países del N. Tratábase de indagar la verdad en las noticias de un reo fujitivo que por espacio de cinco años habia vivido con los naturales del interior, y que habia adoptado todas sus costumbres. Este hombre llamado Barber, preso recientemente por un destacamento de la policía de á caballo, habia hecho la relacion que en sustancia es la siguiente.

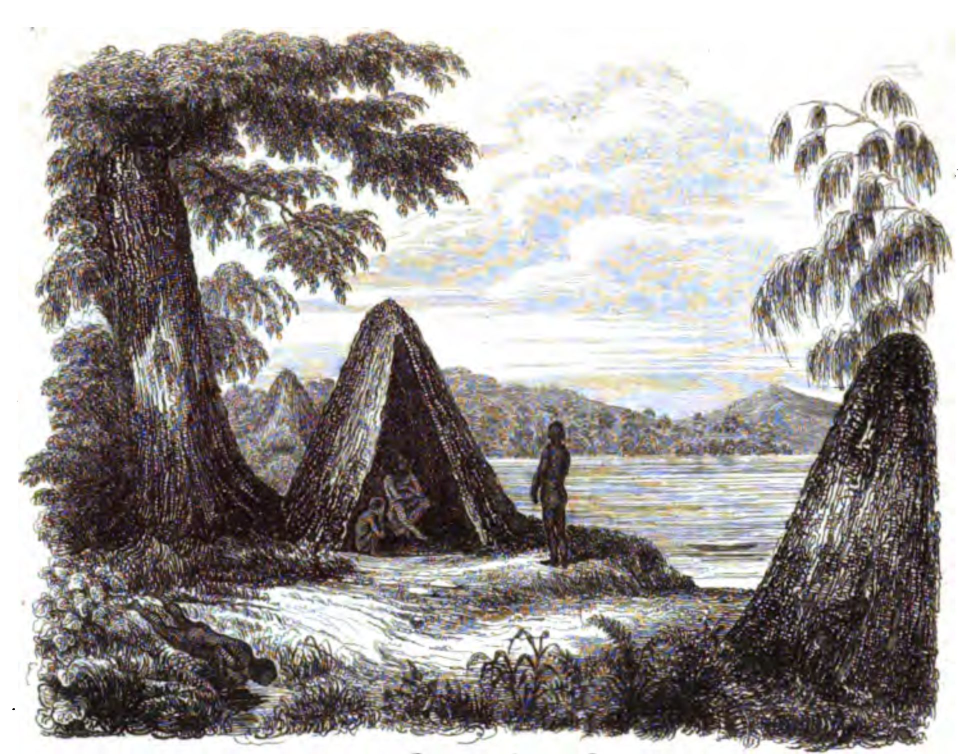
Dos veces atravesara Barber toda la Australia en la direccion del N. O., siguiendo la corriente de un rio que toma su orijen hácia la estremidad occidental de la cadena de montañas que circuye las llanuras de Liverpool. Este rio hacia correr sus aguas en un alveo ancho y profundo durante muchos centenares de millas sin que nada le hiciera obstáculo ; y despues desaguaba en un lago de una grande estension cuya comunicacion con el Océano no habia podido percibir Barber. Los naturales le dijeron que de cuando en cuando venian á visitarlo algunos estranjeros para cortar de sus riberas palo de olor que se llevaban en gran cantidad. Estos estranjeros muy temidos por ellos estaban armados de dos lanzas, la una grande y la otra pequeña, de las cuales la última se disparaba sola. Esto queria decir sin duda que los naturales iban armados de arcos y flechas. Llegaban á la playa, reunian á los indíjenas en las canoas fabricadas de madera, siendo así que las del país estaban hechas con la sencilla corteza de los árboles ; su vestido era una especie de camisa que llegaba hasta el codo y un pantalon que no descendia mas allá de la rodilla. Todas esas indicaciones parecian convenir á los Malayos. A estas relaciones de los salvajes, añadia Barber haber visto árboles cortados con un hacha, y uno de los naturales llevando aun las señales de una herida hecha con una de las pequeñas lanzas, de que hemos hablado aquí, lanzas que arrojaban, segun se decia, con la mayor destreza.

El mayor Mitchel estuvo cuatro meses ausente. La pérdida de una parte de sus provisiones y de dos de los suyos muertos á traicion por los naturales, le impidió hacer su reconocimiento tan lejos como él hubiera deseado. No hizo nuevos descubrimientos ; pero reconoció las corrientes que Cunningham habia costeado en sus viajes, el York, el Gwyder y el Dumerang ó el Karaula, y aseguró que no eran en realidad sino afluyentes del Darling.

En las orillas del Karaula los naturales no intentaron atacar abiertamente la caravana del mayor Mitchell ; pero buscaron sorprenderla, siguiéndola por detras, y marchando en grupos de cien hombres en una linea paralela, de lo cual resultaba que los Ingleses debian estar perpetuamente alerta, y que cada noche estaban obligados á escojer para sus campamentos lugares naturalmente fortificados para encontrarse al abrigo de ataques nocturnos. Sucedió cierta noche que dos hombres fueron degollados al momento en que conducian al campo del mayor ganado y bagajes para su uso.

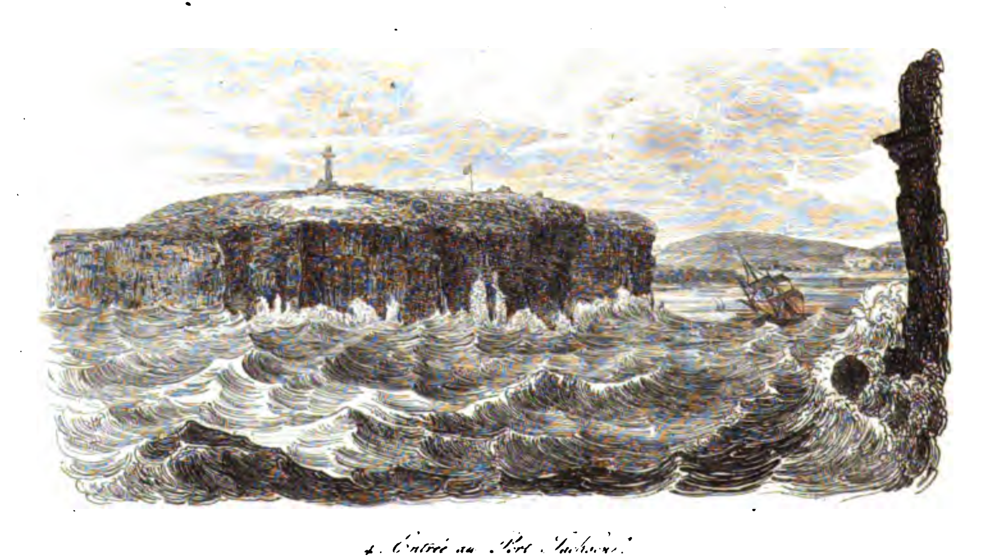
La mayor distancia á la cual se pudo llegar en la costa occidental fué la de unas 120 millas y bajo el paralelo de 32° lat. S. El terreno en esta zona era interrumpido de llanos y colinas, fértil en apariencia, bien regado y ofreciendo por todas partes magníficos pastos. A medio camino se dirijia del S. al N. un hermoso rio que llamaron Avon. Su corriente fué reconocida en un espacio de cerca 30 millas. En sus orillas y bajo una gran roca de granito, M. Dale descubrió una vasta caverna, cuya bóveda arqueada ofrecia la apariencia de una ruína antigua. « A un lado, dijo M. Dale, estaba grabada una imájen grosera del sol; era un círculo de diez y ocho pulgadas de diámetro, vibrando rayos por la parte izquierda, y teniendo en el interior lineas que se cortaban casi á ángulo recto. Junto á la figura del sol, habia imájenes de un brazo y muchas manos. » En este viaje M. Dale no encontró sino tres naturales que se manifestaron obsequiosos y deseosos de ser útiles ; pero observó los vestijios de muchos otros.

El teniente Roe se marchó por tierra de la colo-



3 Village à la Baie Jervis.

2 Aldea en la Bahia de Jervis.



4. Entrée au Port Jackson.

4. Entrada del Puerto Jackson.

nia de Swan-River á la del puerto del Rey Jorje, manteniéndose á una distancia de sesenta ó setenta millas de la costa, de la que estaba separado por la cadena de los montes Darling que corria en toda su estension. Esta cadena es de formacion granítica; su altura mediana es de cerca mil pies, y el punto culminante que se encuentra delante del puerto del Rey Jorje no tiene mas de quinientas cincuenta toesas de altura. A la otra parte se encuentran en una estension de cerca de ochenta leguas un país lijeramente ondulado con llanuras verdes y escelentes pastos regados por una multitud de arroyos y torrentes. En toda esta estension de terreno no se ha manifestado rio alguno considerable, pues los mas caudalosos no tienen mas que de quince á veinte toesas de ancho.

En fin el doctor Wilson ha esplorado recientemente los países del interior desde el puerto del Rey Jorje hasta unas cien millas de distancia, y ha podido cerciorarse que el rio de los Franceses tomaba en efecto su orijen junto á las altas montañas hendidas situadas al N. de la ensenada y que toda su corriente podia tener de treinta á cuarenta millas de estension. Visitó á cuarenta y cinco millas del mar el lago Katarina abundante en cisnes negros y otras aves acuáticas, y descubrió despues los rios Sleeman, Hay y Denmark, que todos tres van á echarse á las lagunas tras la punta Hillier, despues de haber corrido treinta ó cuarenta millas. Pudo cerciorarse que en esta zona la tierra era fértil y podia cultivarse con el mas feliz écsito.

Tal es el término hasta donde ha llegado actualmente el reconocimiento interior del vasto continente de la Australia. Antes de llegar á una descripcion jeneral, era necesario justificar las esploraciones recientes de los viajeros ingleses, cuyos pormenores eran todavía desconocidos en Francia.

La Australia ó Nueva Holanda tiene por límites en latitud los 11° y 39° lat. meridional, y en lonjitud los 111° y 152° lonj. E. del meridiano de Paris. Así que esta tierra tiene cerca mil leguas terrestres de lonjitud sobre una anchura media de cuatrocientas cincuenta leguas, y su superficie puede igualar casi las tres cuartas partes de la Europa. En un globo ó un mapa-mundi esta gran tierra ofrece en su configuracion muchos pedazos de terrenos semejantes al África. Una y otra se prolongan en punta hácia su estremidad, una y otra son sesgadas en la parte del S. E.; y su anchura se dilata mucho hácia el medio. El solo estrecho de Bass en la Australia establece una diferencia notable. La Australia se halla separada de la Nueva Guinea por el estrecho de Torres, y de la Tasmania por el estrecho de Bass. Al E. hay un canal de tres á cuatrocientas leguas de anchura que la separa de las tierras de la Nueva Zelandia y de la Nueva Caledonia, y al O. todo el Océano Indico que se estiende entre la Australia y el África.

Un gran número de islas de diferentes tamaños se hallan diseminadas en las costas de la Australia, especialmente en la parte septentrional, en donde forman muchas veces una barrera no interrumpida y unida por escollos, en frente de la gran tierra. Las mas importantes de estas islas son: al N. las islas del príncipe de Gales, Wellesley, Groote y Melville; al O. las islas Dampier, Barrow, Dirck-Hatichs y Rottenest; al S. las islas de la Recherche, Nuytz, Kangarou, King y Great; finalmente al E. las islas Moreton, Capricorn, Northumberland y Cumberland.

El vasto golfo de Carpentaria, que no tiene menos de ciento treinta leguas de profundidad sobre ciento y diez de anchura, corta considerablemente la Australia hácia el N. Las demas honduras mas notables son el golfo de Van-Diemen, de Cambridge, de Exmouth, la bahía de los Perros Marinos, los golfos Spencer, San Vicente y las bahías de Glass-House y Hervey. Las costas de esta grande isla ofrecen una cantidad de buenos fondeaderos capaces de recibir y de abrigar numerosas flotas, como Port-Jackson, Botany-Bay, el puerto Western, el puerto Felipe, el puerto del Rey Jorje, y en fin la magnífica bahía Jervis tan espaciosa y segura. (Pl. XXXVI. —3.).

En una tierra tan vasta, es fácil de comprender que la naturaleza del clima debe variar en sus diversas zonas, segun los grados de su latitud. En la parte septentrional los calores son ardientes y casi continuos. En la parte mediana, de los 23° á los 30° lat. S., el clima se va temperando; en fin por la parte meridional el año puede dividirse en estaciones; los estíos é inviernos ofrecen todas las alternativas regulares de calor y frio, de lluvia y sequedad. Estas estaciones no son todavía designadas claramente como en nuestros climas de Europa. Observaciones hechas con cuidado en 1822 y 1823 en Parramatta han dado por el mayor frio en invierno 3° del termómetro centesimal, y 41° en verano. Sin embargo las mismas observaciones demuestran que en invierno la temperatura media varía de 10 á 11°, y en verano de 22 á 23°. Las variaciones de temperatura son por otra parte ásperas y frecuentes; se ha visto mas de una vez en el mismo dia oscilar el termómetro de 12 á 15° en sus indicaciones.

Toda la estension de la Nueva Gales del Sur es asolada por horríficas sequías, y no pocas veces discurren seis ó siete meses sin que caiga una gota de agua. Entonces inmensos incendios, unos fortuitos y otros que provienen de los naturales, consumen toda la vejetacion, esponen la seguridad de las habitaciones y la vida de los

rebaños. En todo el tiempo que duran estos incendios la atmósfera está cargada de torbellinos de un humo sufocante, y largo tiempo despues guarda todavía el país un aspecto triste y calcinado. Otras veces hay lluvias que caen con una impetuosidad tal que parecen un verdadero diluvio. El alveo de los rios se ensancha de repente; las aguas rebosan é inundan las campiñas cercanas hasta el punto de formar vastos lagos, de cuyo centro se levantan tan solo las copas de los grandes árboles. Así en 1799 el alveo del Hawkesbury subió rápidamente á mas de cuarenta pies sobre de su nivel, y en 1806 hasta la altura prodijiosa de ochenta pies. Es verdad que se han atribuído estas rápidas y súbitas crecientes á la cercanía de las Montañas Azules y á la naturaleza misma del terreno bañado por el Hawkesbury; pero las relaciones de los viajeros que han descubierto unos vastos lagos y otros enjutas llanuras indican que esta alternativa de lluvia y sequedad es el carácter jeneral de todo el continente de la Australia. Otro hecho observado es que la cantidad de agua de lluvia caída en Paramatta en el decurso de un año es á poca diferencia igual á la que cae en Escocia, esto es, veinte y cuatro pulgadas.

La Australia no ha presentado todavía montaña alguna comparable por la altura á las de primer órden en Europa. En la parte del E. la cadena de las Montañas Azules que se halla paralelamente á la costa á una distancia de quince á veinte leguas, se eleva raramente á mas de cuatrocientas toesas sobre el nivel del mar; Sea View-Hill, punto culminante de este sistema es solamente evaluado á una altura de 700 toesas. Esta altitud basta todavía para determinar el punto de division de las aguas que corren al E. y al O.

Los montes Warragong llamados tambien por los Ingleses Alpes australes ó Montañas Blancas, continuan al S. las Montañas Azules. Sus picos, segun se dice, están cubiertos de nieves perpetuas. Entre estas montañas y el mar corre la cadena de las Montañas Negras, visibles á veinte ó treinta leguas de distancia en el mar. Estos dos hechos parecen suponer una elevacion de mil toesas almenos, aunque no haya habido aun medidas ecsactas. En la costa occidental los montes Darling se estienden desde el rio de los Cisnes hasta la bahía del Rey Jorje. El monte William, una de sus cimas, no tiene sino cuatrocientas ó cincuenta toesas de elevacion, y lo demas es mucho mas bajo.

Hasta aquí la parte septentrional ha presentado tan solo terrenos bajos y accidentados por acá y acullá, terrenos aislados y poco altos que no forman siquiera un sistema continuo de montañas. Es verdad que no se conoce de esta parte sino la banda marítima, playa arenosa y llana. La parte austral al contrario es cortada en su mayor parte por altas y escarpadas riberas que ofrecen en el interior cimas de mediana elevacion.

Por espacio de mucho tiempo se habia juzgado que la Australia no contenia rio alguno verdadero, porque esplorando los canales que anunciaban á primera vista la ecsistencia de un rio, no se habian encontrado casi siempre sino chorritos de agua poco importantes ó torrentes dejados en seco durante los calores. El Nepean ó Hawkesbury junto á Port-Jackson se esceptuaba solamente de esta regla; los rios de Macquarie, Lachlan, Jorje, Hunter y Hastings solo ofrecian volúmenes de agua insignificantes; pero los descubrimientos verificados diez años despues han acarreado modificaciones importantes á esta opinion acreditada. Los rios Brisbane, Darling, Murray, Avon, no son sin duda rios como los que corren en Europa y Asia, sino que son rios considerables y profundos, navegables por bastante largo trecho. Así el Murray ó Morrumbidgi, el mas considerable de los que han sido reconocidos en toda su estension, tiene cerca de doscientas leguas en linea recta del E. N. O. al O. S. O.

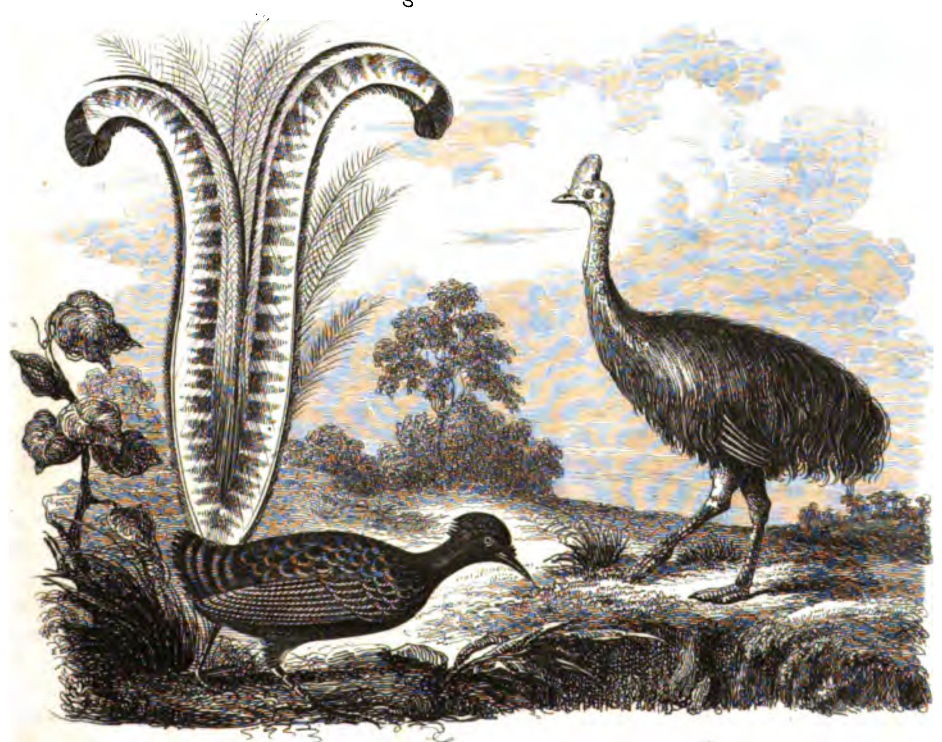
Al tiempo del descubrimiento no habia en el continente de la Australia cuadrúpedo alguno que recordara el antiguo continente, á escepcion del perro. Los otros eran especies nuevas que era preciso clasificar casi todas en la familia de los cuadrúpedos carnívoros ó animales que tienen una especie de bolsillo en el lomo.

El perro del país tiene analojía con el zorro, aunque es un poco mayor, teniendo cerca de dos pies de altura sobre dos pies y medio de lonjitud. Su cabeza se parece á la del zorro, sus orejas son tiesas, su color variable, aunque las mas veces es de un moreno rojizo; ahulla de un modo lúgubre sin ladrar. Este animal caza ovejas y aves caseras, y muchas veces hace de ellas una gran matanza. Su mordedura pasa por ser mortal á los rebaños. Es estremamente vivaz y muy difícil de matar. Cuando se dirije al kangarou de mediana talla se contenta con abalanzarse á su espalda para destrozarle, y si el kangarou se vuelve para combatir el perro se retira, pero vuelve á empezar su ataque desde que el kangarou quiere huir, de modo que este último acaba por sucumbir bajo tan obstinada maniobra. Varios colonos que lo han observado han aprovechado muchas veces la caza así alcanzada por el perro.

Los kangarous se dividen en muchas especies, y no se cuenta menos de una docena en la sola Nueva Gales del Sur. La gran especie larga de cinco pies escede á los perros mas ájiles en la carrera, y algunas veces les aterra con un golpe de cola. La hembra raramente trae mas de un cachorro, y jamas pasa de dos. Sus saltos ordinarios son de doce á quince pies; pero se han visto algunos de esos animales traspasar sobre un rá-



1. Pirogue en écorce cousue.
1 Piragua de corteza corida



2. Ménure-Lyre. *3. Casoar.*
2. Menura-Lira. 3. Cosoar.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

pido declive un espacio de mas de cuarenta y dos pies. El kangarou tiene muchos enemigos que temer, entre los cuales el águila no es el menos obstinado.

Los otros animales son el koala, llamado vulgarmente perezoso por los colonos, del tamaño de un perro ordinario, con una hermosa piel, y alimentándose de las hojas y corteza de las árboles por los cuales se encarama; el wombat ó desman (Pl. XL. — 6), pequeño animal cuya forma presenta cierta analojía con la del oso, y cuya carne es sumamente apreciada; los didelfos y los lagartos voladores, llamados tambien falanjistas y petoristas por los naturalistas, pequeños cuadrúpedos que comunmente habitan los árboles, en donde se nutren de insectos y vejetales, y las peramelas, otras especies de pequeño tamaño que viven en los troncos de árboles en descomposicion.

Supónese que allende las Montañas Azules se han encontrado dasyules, animales de presa que á lo mas tienen la talle de un lobo, bien que este hecho está muy lejos de ser averiguado con toda certeza, supuesto que semejantes cuadrúpedos se creen particulares á la Tasmania. El ornitorinco es un animal sigular que recientemente ha dado márjen de parte de los naturalistas á innumerables tésis y controversias. Su forma es muy parecida á la de la foca; habita los rios y los pantanos (Pl. XL. — 5); pero por lo tocante á su naturaleza ovípara ó vivípara, los zoolojistas han estado mucho tiempo discordes, y parece que la verdadera resolucion del problema mas bien propende al primer sentido que al segundo. Por lo demas, esta especie ejercitará aun por largo tiempo las indagaciones fisiolójicas del hombre, puesto que no parece sino que es animal con cuerpo de pez y con pico y patas de ánade. En el mismo caso se encuentra el echidné, semejante á un erizo, que habita en tierra, está provisto de un pico sumamente delgado; tiene unas zarpas armadas de patas que le sirven para enterrarse en breve tiempo, pero su picadura ha sido siempre reputada como venenosa.

Hace unos treinta ó cuarenta años que la playa meridional de la Australia ofrecia numerosas manadas de focas, especialmente de las que pertenecen al jénero otaria; pera la incesante caza que les han dado los pescadores que las mataban para estraer su aceite y arrancarles sus preciosos forros, han disminuido considerablemente su número. Asimismo contenia ciertas especies que han desaparecido de todo punto, ora por haberlas destruido enteramente, ora porque ha pasado á otras islas. Algunas circunstancias han inducido á creer que el dugong habita ciertos puntos de la costa occidental, aunque este hecho debe ser corroborado para creído.

En los canales de la parte septentrional abundan los cocodrilos de grandes dimensiones, y en otros muchos puntos ecsiste la tortuga verde. Hay ademas varias especies de lagartos, entre los cuales hay algunos que tienen hasta cuatro pies de largo. Cunningham describió uno en la costa N. O. de dos pies de largo, y provisto de un ancha membrana detras de la cabeza y en torno del cuello, que le comunica un aspecto verdaderamente estraordinario. Encuéntranse igualmente muchas especies de serpientes, de las cuales hay algunas que son ponzoñosas, como los *black-snake*, la mas temida de todas. Tambien hay otra serpiente llamada por los Ingleses serpiente-diamante ó *diamond-snake*, que alcanza hasta los quince pies de largo, bien que los individuos de este talle no son muy comunes. Unos dicen que es venenosa, al paso que otros aseguran que es inofensiva y mansa. Ademas de estas especies se observa otra denominada *death* ó *deaf-adder*, es decir, *la muerte* ó la *serpiente sorda*, que en verdad seria muy funesta al hombre si su mordedura acarrease en pos de sí las funestas consecuencias que le han atribuido. Dícese que habiendo uno de estos animales mordido á un colono, murió casi repentinamente. Fluíale la sangre de los ojos, de la nariz, de la boca y de las orejas; y en cuanto ecsaló el último suspiro, comenzó la putrefaccion, por manera que despues de haber transcurrido un corto espacio de tiempo, se halló su cuerpo en tal estado que con mucha dificultad pudieron trasladarlo á la hoya. Sin embargo, no debe pasarse en silencio que el viajero que narra este hecho parece no estar bien convencido de todas sus circunstancias.

Las aves ofrecen buen número de especies. En cuanto á la talle se ha observado en primer lugar el emu, suerte de casobar de elevada estatura y de una carne suculenta (Pl. XL. — 3); los pelicanos, los cisnes negros, los cereopsis, las menures de cola liriforme, diapreada de los tintes mas ricos de naranja y de plata (Pl. XL. — 2); las águilas, los halcones, los cacatoes negros, blancos y grises; los papagayos, y las cotorras de plumajes matizados de todo linaje de colores; las garzas reales, diversas especies de ocas, de patos, de cuervos, de arvelas, muchas veces de alto talle; pichones, tórtolas, perdices, filedones de lengua en forma de pincel, corbi-calaos de craneo acerado, cucalas, el admirable loriot príncipe-rejente, el brillante epimaco real, y por fin collalbas, aves pequeñas, pero de plumaje jaspeado y rico en esplendentes reflejos.

La familia de los insectos no es tan estensa como en el antiguo continente, pero en cambio ha ofrecido al etimolojista tipos nuevos y particulares á la Australia. Los lepidópteros no son muy comunes, y raras veces brillan con el esplendor de sus colores, escepto en la parte del N. donde se encuentran muchas especies de moluscos de la

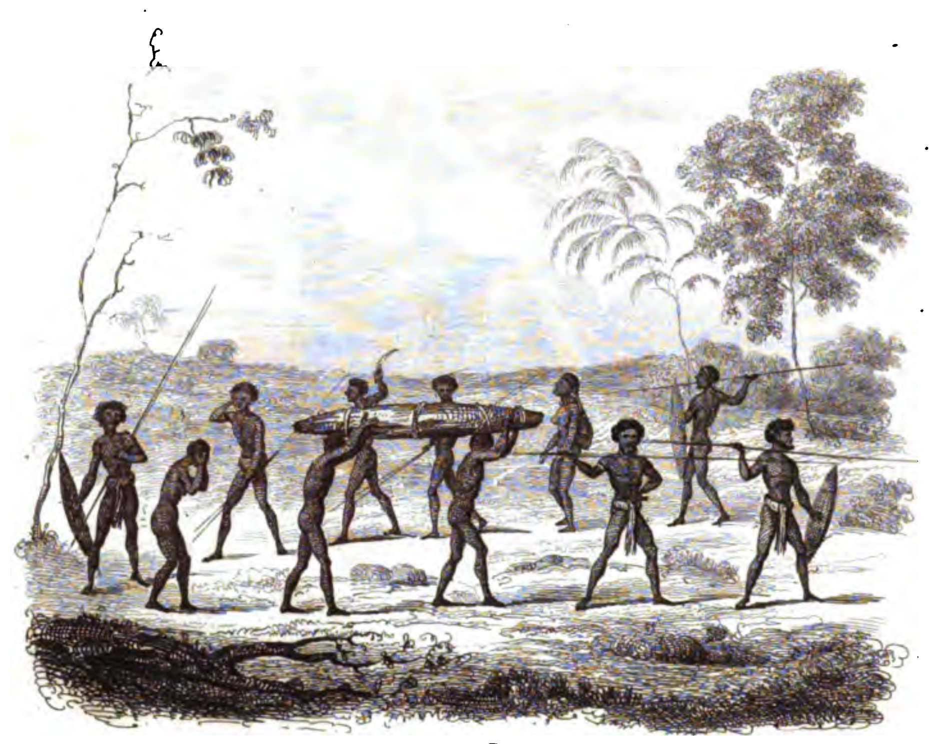
das de una llama brillante ; los bordes de estos respiraderos estaban adornados de cristales de azufre en estado de eflorescencia en que el color variaba desde el rojo naranjado muy subido, debido á la mezcla de hierro, hasta el de paja muy bajo en que dominaba el alumbre. Una materia negra, lustrosa y pegajosa, sin duda una especie de betun, abundaba en los bordes de muchas de estas hendiduras. De este fué del que con mucha dificultad pude procurarme algunos pedazos á causa del intenso calor del suelo debajo de mis pies, y de la naturaleza sofocante de los vapores que allí se ecsalaban. Ni lava ni traquita de ningun jénero se encontraban en esos sitios; tampoco habia apariencia de carbon de piedra bien que esta sustancia abunda en los alrededores. Es evidente que esta montaña hacia mucho tiempo que estaba en combustion; muchos acres de terreno de debajo la porcion actualmente inflamada, sobre de la cual hay árboles muy añejos, dan igualmente idea de una parecida combustion, y muchas de las piedras que allí se hallan diseminadas parecen haber sido vitrificadas. El fuego va todavía en aumento con violencia, y todo anuncia que este se acrecentará mas y mas de tiempo en tiempo ya por la electricidad, ya por cualquiera otra causa, los materiales subterraneos se inflaman, y el poder espansivo del calor y del vapor hace saltar en fracmentos enormes la peña de greda sólida, formando hendiduras sin cesar. Los productos sulfurosos y aluminosos de esta montaña han sido empleados con buen écsito en el tratamiento del arestin de los carneros.

A lo largo de la costa, á cuatro millas de New Castle se habia observado tambien, en 1828, una roca incendiada que ecsalaba vapores sulfurosos, y en las orillas de las hendiduras se habia reconocido un mineral cristalizado, que segun el ecsámen parecia ser un muriato de amoníaco mezclado con azufre. Este fuego con todo se estinguió en 1830; diferente en esto del del monte Wingen, que M. Wilson lo volvió á ver todavía en 1831.

« Hallé que el fuego, dice el observador, lejos de haberse amortiguado desde mi primera visita, se habia estendido por el espacio de mas de dos acres, y ardia con doble fuerza en la eminencia del S. y del S. S. O., y tambien sobre la parte de la montaña hasta entonces vírjen, es decir, sobre la colina del N. A los lados de las principales grietas habia aun brillantes cristales de azufre, y hácia la mas pequeña de amoníaco; de unos y otros se desprendian de contínuo vapores sofocantes. El fuego no cesaba de bramar debajo de tierra; las piedras lanzadas en la hendidura resonaban á grande profundidad en un abismo interior. El espectáculo de los trastornos, las rocas de piedra arenisca maciza separadas con estrépito, las innumerables fisuras sobrevenidas á la superficie del suelo, el derrumbamiento de los panos de greda, los troncos de los árboles arrancados de cuajo y medio consumidos, y otros que aguardaban la prócsima caída de una roca para ser derribados á su vez, los vapores de metéoros que se levantaban de mi alrededor en medio del rujido de fuegos subterraneos, el calor encarnado ó blanco de las quebrajas inflamadas, todo esto formaba un espectáculo que el observador no podia contemplar sin estremecerse, y al mismo tiempo sin esperimentar el sentimiento de no poder esplicar con algun grado de probabilidad las primeras y naturales causas de tan estraño fenómeno.

« En el monte Wingen hallámos á algunas toesas solamente de la parte entonces inflamada, en tierra áspera, la almeja de una especie de concha bivalva que parece ser una especie de terebrátulo; y otros pedazos parecidos han sido encontrados en otro punto de la montaña. Hasta el presente no se han hallado mas que dos pedazos de despojos orgánicos, de la naturaleza de huesos petrificados en las cercanías del Agabe inmediato al de Wingen, á saber; el sacro de algun grande animal que se ha hallado en los mogotes de Holdswartny, la segunda vertebra cervical de otro á unas diez millas, y al O. de Mareton; mas en ninguna de estas dos circunstancias, la petrificacion estaba enlazada entre las copas, y si solamente colocada á la superficie del suelo. Por esta razon, segun todas las apariencias, se las cree contemporaneas de la madera petrificada que se halla diseminada en gran cantidad sobre toda esta estension del país. Cerca de la linea de pantanos de Ringdon que forman uno de los manantiales de Hunter, y á algunas millas solamente al N. O. del monte Wingen, ecsisten troncos de árboles todavía fijos en el suelo, que parecen haber sido petrificados sobre el lugar mismo donde habian medrado en otro tiempo. En algunos parajes esta tierra está fuertemente impregnada de hierro. A lo largo de la costa, á tres millas de New-Castle, al sobrevenir la marea alta en la escarpada costa, y debajo de un monton de ella fué últimamente descubierto el tronco de un árbol petrificado en una posicion vertical, que en su abertura presentó un hermoso color negro que indicaba que la madera habia pasado al estado de azabache. En lo mas alto del muro que dirije el telégrafo á New-Castle, se halla el tronco de otro árbol, estendido horizontalmente y sepultado á un pie de la superficie de la tierra; el grano de la madera era de un hermoso blanco. En estos dos pedazos se hallaban ademas listas delgaditas de calcedonia. »

Para terminar el cuadro de la jeografía física de la Australia, es preciso añadir, que es im-



3. Enterrement des Naturels de l'Australie.

3 Entierro de los Naturales del Australia.



4. Naturel de l'Australie. | 5. Femme de la Tasmanie.
4 Natural del Australia | 5 Mujer de la Tasmania



4. Danse des Naturels de l'Australie.

4 Danza de los Naturales del Australia



5. Ornithorynque. — 5 Ornitorinque

6. Wombat ou Desman. — 6 Vambat ó Desman

posible aceptar por ella las denominaciones que los antiguos descubridores han impuesto á todas y á cada una de sus partes, tales como Tierra de Nuytz, d'Eendracht, de Witt, d'Arnheim, de Leeuwin, etc. Todas estas divisiones arbitrarias y vagas son de ninguna utilidad, y siempre se limitan al litoral. Hubiera sido mucho mas curioso conocer en su lugar las denominaciones dadas por los naturales á cada porcion de aquella comarca, denominaciones que debian coincidir sin duda con las de las diversas tribus; pero todavía nadie ha podido reunir para este trabajo materiales suficientes. Por otro lado, los Ingleses forman actualmente divisiones nuevas con los nombres tomados de la madre patria. Estos serán sin duda los únicos que quedarán; y por las jeneraciones venideras la Nueva Holanda podrá ser llamada con mas propiedad la Nueva Inglaterra.

CAPITULO VIII.

AUSTRALIA. — INDÍJENAS.

Las tribus que pueblan la Australia pertenecen al tipo mas comun é inferior de la raza melanesia. Si es posible avanzar sobre este objeto una proposicion plausible, sin duda se podrá creer que este vasto continente ha podido recibir su poblacion de las tierras de la Nueva Guinea por el estrecho distrito de Farres. Estos salvajes de escollo en escollo y de isla en isla han llegado probablemente hasta las ingratas playas de la Nueva Holanda, y entonces privados de los vejetales nutritivos de la primitiva patria, sujetos á una vida de cazadores errantes, sufridos y desgraciados, perdieron sin duda su vigor, se desesperaron y descendieron al punto en que han permanecido, al último grado de la escala de los seres. Si este sistema de emigracion fuese admitido podríase esplicar como estos hombres hayan podido perder el uso del arco, de las flechas y de la fabricacion de telas y ciertas nociones de industria agrícola que tenian antiguamente. Con todo esta objecion no quedará sin respuesta, y es que la nueva tierra no ofrecia á los emigrados ninguno de aquellos recursos que habian abandonado; pues no hallaban aquí ni la misma madera para fabricar las armas, ni los mismos materiales para concluir sus artefactos, y de estas causas resultaron sin duda la decadencia y brutalidad graduales. Es de presumir por otra parte que estas emigraciones no eran espontaneas ni voluntarias; las tribus que aportaron en las playas de la Australia y pudieron fijarse allí probablemente habian sido rechazadas por la guerra de las tierras fértiles del ecuador.

Sea de esto lo que quiera, el Australio no está mejor organizado que el disforme Saab del África meridional, y el Pecherai de la Tierra de Fuego. Toda nocion de agricultura le es enteramente estraña, y solo con suma dificultad han llegado algunas tribus á tener débiles ideas de navegacion. Sus formas son cenceñas y desproporcionadas al resto del cuerpo; el vientre comunmente abultado, la frente comprimida, la nariz chata; las ventanas de esta abiertas, los ojos hundidos y pequeños, la boca muy ancha, las mejillas salientes y la barba negra, poblada y erizada. Su color varía desde el amarillo ó bronceado obscuro, hasta el negro bastante pronunciado. El pelo es tan pronto largo y liso como negro y crespo, y lo mas á menudo desgreñado y rizado; pero jamas es verdaderamente lanoso, y he aquí el solo carácter que realmente separa estos hombres de los negros del África con los que tienen bajo otros aspectos muchos puntos de contacto de un modo estraordinario (Pl. XXXIX. — 4). Solo por algunas tribus, sea por la influencia del clima, sea por la continuacion de una nutricion mas abundante, ofrecen caractéres mas nobles de organizacion. En este número cuentan los viajeros las tribus de Marrigong, de la bahía de Moreton, de la de Jervis y del puerto Western.

Las jóvenes no son desagradables. Sus formas, suaves y lijeras, tienen á la verdad cierta gracia salvaje: todo empero desaparece al primer parto, y en su vejez las criaturas son mas feas de lo que puede imajinarse.

Los Australes son muy ájiles para la carrera, y suben á la copa de los árboles con la ajilidad y rapidez de un gato: su vista es perspicaz, su oído fino y sutil, y sus dientes hermosos y muy buenos. El aceite de pescado es de gran uso entre ellos; se untan con él el cuerpo, lo que les da á lo lejos un olor repugnante. Por esto comunmente colocan las entrañas del pescado sobre su cabellera, y la dejan al ardor del sol con el objeto de que se derritan. El aceite que cae gota á gota sobre todo su cuerpo sirve de medio para librarles de las picaduras de los mosquitos.

Los naturales del litoral encuentran vastos recursos en los pescados y en las conchas. Al interior faltan estos recursos, así que se hallan reducidos á las raíces del helecho, á ciertos tubérculos, á las aves, á las serpientes, á los lagartos y á las orugas que pueden recojer. Para prepararlos se limitan jeneralmente á ponerlos un instante al calor de la lumbre para tostarlos lijeramente. Cuando pueden cojer un kangarou, lo que no es muy frecuente, es un gran regalo para ellos; y una grande y estraordinaria fortuna, cuando llega á la márjen el cadáver de una ballena encallada. Se deleitan en guardarla por muchos dias y no la abandonan hasta que la carne ha pasado á un estado completo de descomposicion.

Hay que notar una rareza muy singular, y es que estos mismos salvajes, tan fáciles en la eleccion de alimentos, no quieren probar de ninguna suerte de raya.

Por largo tiempo se habia creído que los Australes eran antropófagos, pero hechos recientemente observados no permiten dudar mas de que las poblaciones del interior no lo son. El P. Cunningham cuenta que hallándose un colono de sus amigos á cuarenta millas poco mas ó menos de Sydney, una tribu del distrito de Argy pasó por allí de vuelta de una campaña contra las tribus de Bathurst que habian invadido su territorio. A una pregunta del viajero inglés, uno de los guerreros mostró los cinco dedos para decir que habia muerto en esta guerra cinco enemigos, en cuyo número se hallaba una mujer. El pecho de esta desgraciada estaba todavía en un saco que se abrió delante de Cunningham, y los salvajes no tuvieron reparo en declarar que se comian aquel pedazo de carne como habia sido comido el resto del cuerpo. En corroboracion de este hecho un colono manifestó como cosa cierta á Cunningham haber visto algun tiempo antes un muslo de hombre metido en un saco parecido, y destinado á servir de provision. Cuando en virtud de pendencias, algunos pastores ingleses han caído en manos de los naturales, sus cadáveres han sido devorados por estos caníbales.

En la parte austral de esta tierra, la mas fria y la mas montuosa, los salvajes llevan pequeños mantos de pieles de kangarous ó de didelfos; pero estos ropajes no abrigan mas que el dorso y las espaldas, dejando á descubierto casi el resto del cuerpo. Para adornos ponen en sus cabellos plumas, peluzgones, huesos de los pescados y de las aves y dientes de los cuadrúpedos fijados á beneficio de una especie de goma. La mayor parte tienen el cartilago de las narices atravesado por un hueso, ó un cilindro de madera.

En los dias de grande compostura, se tiñen la cara y el cuerpo de blanco, de negro y de amarillo, cuyos colores forman de la cal, de las conchas, de la tierra, del ocre y del carbon; la distribucion de dichos colores y la forma de los dibujos caracterizan las diversas tribus.

El pintarroteo en relieve es de gran lujo entre todas las tribus australes. Este consiste en muescas bastante profundas en la piel, formando varias especies de figuras chatas, cuando las heridas están cicatrizadas. Las ceremonias de estos pueblos no estan destituídas de cierto aparato, como se ha visto por los detalles del gna-loung; y el acto mismo de la admision del niño á la condicion de hombre propiamente tal, mediante la pérdida de un diente de delante, es una cosa muy notable para un pueblo que por otra parte yace en una profunda ignorancia. Los dientes son arrancados por los kerredais, privilejiados para esta operacion. Estos gozan mas allá, y á los alrededores de Port-Jackson, del mismo rango que los mulgaradocks del puerto del Rey Jorje. Por todo este continente se hallan esta clase de pastores, médicos y titiriteros, que tienen á su cargo las enfermedades, los terrores y las supersticiones de los naturales.

Las jóvenes de los alrededores de Port-Jackson están igualmente obligadas á sufrir en su infancia la amputacion de dos falanjes del pequeño dedo de la mano izquierda. El verdadero objeto de esta mutilacion está todavía envuelto en tinieblas. No se sabe si una idea supersticiosa obliga á ello, ó si la mutilacion tiene otro objeto que dar mas destreza y facilidad á las mujeres para la fabricacion de redes de pescar.

Se han notado pocas deformidades entre estos salvajes. Las mujeres paren con mucha facilidad. En sus raras enfermedades los médicos ó kerredais emplean una especie de conjuraciones, á las cuales mezclan el efecto de las fricciones reiteradas. Algunas veces hacen tomar al enfermo la goma del xanthorrea y otros remedios que están en uso entre ellos. Los mulgara docks conformándose con los médicos ingleses, son hábiles operadores, sobre todo para la estraccion de las lanzas en los casos mas desgraciados. Una vez retirado el palo, la herida es polvoreada con un polvo particular y curada con un pedazo de corteza flecsible y tierna sujeto por medio de una ligadura.

En las poblaciones mas interiores de la Australia las habitaciones son unas chozas de largos fracmentos de cortezas, reunidas á lo alto en forma de colmenas (Pl. XXXVI. — 2), cubiertas de tierra y tapizadas de yerbas marinas, que les libran perfectamente del agua. Jeneralmente la cabaña del Australio no es mas que un cobertizo de ramajes, cubierto de cañas, de juncos y de hojas del xantorrea. Alguna vez en sus corerías dejan de construir estas chozas, y para poner su espalda al abrigo del viento y de la lluvia, se contentan con un gran pedazo de corteza arrancado del eucalyptus que primero encuentran, mientras que calientan la parte anterior de su cuerpo á una pequeña hoguera á cuyo alrededor se duermen. Cada tarde forman sus campamentos de la suerte indicada, y cuando se recorren los bosques ó selvas de las Montañas Azules, se encuentran á cada instante los despojos de las hogueras cuyo alrededor está sembrado de pedazos de corteza, y los restos de los vejetales de que los naturales se han alimentado. Estos restos dan á conocer el descanso de aquellos. En cuanto á la construccion de piraguas, las tribus mas adelantadas no habian podido fabricar mas que embarcaciones

de cortezas de árboles, reunidas á dos estremides, y encoladas con una especie de resina (Pl. XL. — 1).

En algunos parajes estos pueblos son trogloditas; y viven en cavernas naturales. En la llanura de Clark cerca el cabo de Melville el botánico Cunningham ecsaminó una de estas bóvedas, cuyas paredes barnizadas de una capa de almazarron habian sido decoradas ó pintadas de un gran número de peces, réptiles, aves, barquichuelos y calabazas. Estas figuras, en número de mas de ciento cincuenta, eran regularmente delineadas con algunos puntos blancos dados de una tierra arcillosa hecha masa. No obstante lo grosero de este trabajo, presentaba aunque de un modo informe una idea del arte de la pintura.

El arma nacional de los Australes es la lanza de madera dura, cuya fuerza duplican con el ausilio de un pequeño palo de dos ó tres pies de largo provisto de una muesca en una de sus estremidades. Cuando se sirven de esta arma, se tiene el baston casi verticalmente de la mano derecha, mientras que la lanza está sujeta por su parte media poco mas ó menos entre los dedos de la mano izquierda de modo que su estremidad descansa en la muesca del palo. Despues de haber nivelado y ajustado un instante la lanza, la arrojan con grande fuerza y con una admirable precision hasta increíbles distancias; á menudo hacen llegar su estremo á setenta ú ochenta pies de distancia. Estas lanzas son simplemente aceradas, ó en forma de hacha, algunas veces armadas de espinas, ó de pedazos de concha. Sus macanas ó *waddis* á los alrededores de Sydney, son fabricadas de madera muy dura y á veces terminadas por un grueso boton, lo que hace sus golpes mas fuertes. Hemos mencionado ya el *womerang* y la manera estraña de servirse de él.

En sus pescas emplean estos naturales una especie de fisga ó harpon, ó bien echan el pescado en vastos recintos de piedra, ó de estacas entrelazadas con ramas que quedan casi en seco cuando se retira la marea. A lo largo de las costas hacen la pesca con redes que llena en alguna vez su alveo. Sus utensilios son hachas y cuchillos de fabricacion muy simple. Los primeros no son mas que pedazos de pedernal bastante duros groseramente afilados por las dos caras, unidos despues á un mango de madera con la goma de xanthorrea. Sus hachas sirven al mismo tiempo de martillos. Por lo que respeta á los cuchillos son fabricados con fracmentos cortantes de cuarzo, unidos á lo largo de un mango de madera con la misma goma. Estos instrumentos sierran mas bien que cortan. Los habitantes hacen mucho caso de los pedazos del fondo de las botellas de vidrio de que se sirven los Europeos, y lo recojen con ahinco para suplir el cuarzo. Encienden lumbre como los otros pueblos salvajes, haciendo frotar rápidamente y con fuerza un pedazo de madera seca en un agujero hecho de antemano en otro pedazo. Para evitar el tener que acudir á este penoso trabajo, se ha visto que conservaban con cuidado piñas de banksia encendidas. En aquel país es costumbre jeneral pegar fuego á las plantas é yerbas cuando han sufrido la desecacion, y este uso jamas ha podido contribuir á que los bosques de la Australia se volvieran mas productivos que los Europeos.

Las tribus de la Australia, tan errantes como son, tienen ideas bastante ecsactas de su propiedad. Cada una de ellas hace respetar rigurosamente sus límites por sus vecinos. Con frecuencia la violacion del territorio da lugar á luchas sangrientas. Otras veces estas contiendas llegan á noticia de la asamblea jeneral de las tribus, y entonces se sujetan á las reglas de convencion, tomando mas bien el carácter de un torneo que de un combate. Las mujeres asisten y se mezclan en estas reuniones, y toman á menudo en ellas una parte activa.

En la Australia meridional, las tribus que no cuentan mas que treinta ó cuarenta individuos se reunen en familia bajo la autoridad del mas anciano ó del mas valeroso. El poder de este jefe es bastante precario, si se ha de creer á algunos viajeros; segun otros, es una influencia activa y real que confiere algunos privilejios, por ejemplo el de poder tomar aunque por escepcion muchas mujeres, y sacar la mejor parte de los productos de la caza y de la pesca.

Los Australes han domesticado el perro que les es útil para cazar las pequeñas especies de didelfos y de kangaroues, y para seguir la pista á los grandes kangarous, mas difíciles de alcanzar. Los hijos de aquel país tienen en gran precio estos perros, y las mujeres les presentan alguna vez su seno para amamantarlos. El teniente Breton tambien ha oído referir que algunas mujeres australes habian hecho perecer sus propios hijos para poder dar su leche á los cachorros, pero es el único viajero que refiere este hecho monstruoso.

En los alrededores de Port-Jackson los matrimonios se forman de una manera bárbara. El jóven mozo que quiere casarse, procura sorprender alguna jóven de una tribu vecina, la echa al suelo á golpes de palo, la carga encima de sus espaldas, y la lleva hasta el seno de su tribu, donde queda consumado el matrimonio de la manera mas brutal (Pl. XXXIX. — 2). Así arrebatadas, estas jóvenes se aficionan sobremanera á su marido, y acaban por ser escelentes madres de familia. Esta costumbre salvaje empero no parece jeneral en la Australia;

en todas las otras rejiones los matrimonios se consuman de un modo menos violento y mas conforme.

Las ceremonias para los difuntos no varían menos de tribu en tribu, de zona en zona. Los unos les dan sepultura con cierto aparato; los otros les queman por enteros en las fogatas; algunos entregan el cuerpo á las olas. En fin (y esto ha sido observado notablemente cerca de la bahía Moreton), en ciertas circunstancias, los parientes ó amigos despellejan al difunto, y el resto del cuerpo es consumido por el fuego; pero todavía no se ha podido saber que es lo que hacen de la piel. En todo caso es costumbre casi jeneral el abstenerse de pronunciar el nombre del que pasó á mejor vida durante cierto espacio de tiempo, por temor de hacer volver su alma. Estos hombres evitan tambien el pasar delante la tumba del muerto, por temor de ver aparecer su fantasma que podria ahogarles. Solo á los kerredais pertenece el derecho de frecuentar impunemente estos terribles lugares, y para ser recibido kerredai, es necesario tener valor para dormir una noche entera cabe una tumba. Durante este sueño dicen los hijos del país que el alma del difunto ha abierto el vientre del iniciado, le ha trastornado las entrañas, y despues ha vuelto el todo á su sitio. Esta operacion basta para poder en adelante insultar la visita de los espíritus.

Cuando una mujer deja al morir un niño de teta, lo entierran con ella sin piedad, si no se presenta alguna persona á su cargo. Figuras blancas y negras en el rostro son los signos característicos del luto, y las conservan mas ó menos tiempo segun el grado de afecto que tenian al difunto. A mas de esto se despellejan la nariz y se prohiben todo jénero de ornato.

Los bailes de los Australes tienen un carácter simbólico. De ordinario los dos secsos figuran en ellos separadamente, como se ha visto en las danzas del puerto del Rey Jorje. Breton cuenta que fué testigo de una danza de la tribu de los Wollombis en la Nueva Gales del Sur, donde se procedeió en los términos siguientes. Los hombres se colocaron en círculo alrededor de cuatro mujeres, y se aprontaron á bailar. Las mujeres arrodilladas se sostenian por los cuatro estremos, la cabeza baja como si fueran á toparse una á otra, echando las piernas de tiempo en tiempo á manera de un animal que acoce. Entretanto con los brazos reunidos al aire como las patas de un oso, el mirar lascivo y la cabeza en libre movimiento, los hombres daban vueltas, con una especie de compas alrededor de aquellas cuatro criaturas agachadas (Pl. XL. — 2). Al cabo de algunos minutos de esta evolucion las mujeres se levantaron en tanto que los hombres continuaban, y bien pronto este primer preámbulo poco decente terminó en pormenores revestidos de una obscenidad la mas escandalosa que pueda referirse.

El Australio cree en las almas por la influencia de sueños, hechizos y sortilejios; atribuye á estas influencias perniciosas casi todas sus enfermedades; tambien los remedios mas ordinariamente empleados por los kerredais y mulgaradocks son las conjuraciones, ó nuevos hechizos para destruir el efecto de los primeros. Algunas tribus de la Nueva Gales del Sur admiten un buen espíritu llamado *Koyan*, y otro malo llamado *Potoyan*. *Koyan* no se ocupa de otra cosa que de dispensar los beneficios; pero temen mucho á *Potoyan* que se ocupa incesantemente en jugar malas partidas. Su llegada es anunciada por un silvido particular, bajo y prolongado. Los colonos que conocen esta supersticion se sirven de ella para deshacerse de las importunidades de los salvajes y soplan á sus oídos como *Potoyan*. Por la misma razon, jamas los naturales silvan cuando pasan por debajo de una roca; pues temen que les caiga encima. Imajinan que haciendo tostar peces durante la noche, se esponen á hacer soplar vientos siniestros. Collins mismo refiere una anécdota bastante singular alusiva á este objeto.

Habiendo estado detenida en el puerto cierto dia una de las pequeñas embarcaciones al servicio de la colonia por los vientos contrarios, los marineros se divirtieron en recojer algunas conchas que querian asar en seguida para su cena. Un hijo del país que les observaba meneó la cabeza y dijo: « El buen viento no hay que esperarle, pues han hecho asar pescado durante la noche. » Los marineros no hicieron mas que reir por entonces; mas al dia siguiente se verificó el pronóstico del salvaje, pues los vientos siniestros aumentaron de intensidad, y los Ingleses maltrataron al pobre profeta, diciendo que era á él á quien debian la contrariedad. Cuales eran mas ignorantes y mas brutos ¿ el uno ó los otros ?

Los montañeses australes creen que el *warwi*, especie de anfibio parecido al cocodrilo, habita las riberas del interior, y sale alguna vez para llevarse los niños, que devora en seguida. Siguiendo la misma supersticion creen que el *coupír*, otro monstruo con figura de hombre, se retira á sus cavernas inaccesibles : hace perecer los negros, pero los blancos están libres de sus ofensas.

Para la poblacion indíjena de la Australia, no han sido suficientes las evaluaciones estadísticas hechas hasta el presente. Con todo esto si se quiere formar un cálculo prudente no se obtendrá un número mas alto que el de 100.000 almas, cuya mitad reside en el radio litoral y en un espacio de diez leguas poco mas ó menos. Se han recorrido inmensos espacios en el interior, sin ofrecer otros habitantes que algunas tribus aisla-

das, lo que se concibe muy bien cuando se ecsaminan los pocos recursos que ofrece esta rejion para la nutricion del hombre. Si se abrieran algunos canales considerables, y se facilitara algun dia un camino en la parte central, este número aumentaria sin duda; pero es probable que no llegaria al número de 150.000 almas.

En todas partes donde las razas mas civilizadas han establecido su residencia, es infalible el que se verán desaparecer las primitivas y salvajes. Todas las colonizaciones han contribuído á la despoblacion de los indíjenas, y á la Australia no la faltarán por sus necesidades mas que los productos de América y África. En Port-Jackson las tribus van disminuyéndose cada dia, y esta decadencia acarreará bien pronto su estincion. Toda raza que no pueda acomodarse á la civilizacion, desaparecerá ante ella. Esta es la ley del lento, pero continuo progreso del jénero humano. Así el Australio, medio hombre, medio bruto, careciendo de las condiciones que pueden producir la amalgama, y la raza cruzada ó mestiza, perecerá toda entera. Dentro dos siglos la Australia será la Europa del otro hemisferio, y puede suceder que en vano se busquen allí entonces los aboríjenes. Ya no ecsistirán mas que en nuestros autores los recuerdos de las historias de los antiguos viajeros.

CAPITULO IX.

COLONIAS INGLESAS DE LA AUSTRALIA.

A fines del siglo pasado la Gran Bretaña buscaba un sitio de deportacion para los criminales, una tierra espiatoria donde poder enviar la hez de su poblacion, haciéndola servir al vasto designio de colonizacion lejana que absorvia entonces la atencion del gabinete de Saint-James. Gracias á Banks, pensó en la Australia y en Botany-Bay que habia visitado en su primer viaje con Cook. El sitio era en efecto á propósito para semejante destino: distancia de la metrópoli, posicion mercantil entre la Oceania y la Malaya, favorable disposicion en los indíjenas, todo parecia militar en favor del proyecto.

La primera tentativa tuvo lugar en 1787. Armáronse nueve navíos para transportar los condenados á la nueva colonia, con algunos soldados de escolta y municiones. La fragata *le Sirius* y el bergantin *Supply* debian protejer la marcha de este convoy, y el comodoro Philip primer gobernador de esta morada de penitentes, puso su pabellon en la fragata. Esta pequeña escuadra contenia 1017 personas; á saber: sentenciados ó *convitcs* (espresion inglesa de que nosotros usarémos con preferencia) 565 del secso masculino y 192 del femenino: despues las diversas autoridades y los soldados encargados de la organizacion y policía de la colonia.

Salida de los puertos de Inglaterra á 13 de mayo la escuadra tocó sucesivamente en Tenerife, Rio Janeiro y cabo de Buena Esperanza, donde se detuvo para proveer de granos y de gran cantidad de ganado. A 20 de enero de 1788, todos los navíos habian anclado en la rada de Botany-Bay, no habiendo perdido en esta larga travesía mas que 32 hombres.

Apenas dieron fondo se reconocio el terreno. Fué fácil comprender que verdaderamente era impropio para una colonizacion, y se modificó el proyecto de Banks en el sentido de que el puesto fuese fundado á algunas millas al N., y delante del puerto de Jackson, donde Philips fué á echar el ancla con toda la escuadra.

Entonces se fundó en esta playa la ciudad de Sydney, primitivo nombre de su establecimiento; se allanó el terreno, se elevaron tiendas de campaña, se procedió á ensayos sobre cultívos que dieron los mas felices resultados, á escepcion del trigo, cuya primera cosecha se malogró completamente. Estos primeros pasos fueron arduos y difíciles: los convicts apenas libres volvieron á sus antiguos vicios, hubo algunos robos y asesinatos, para cuyos escándalos apenas bastaron algunos severos ejemplares. Se estableció un consejo de guerra permanente, el cual no condenaba á la pena de muerte mas que por una mayoría de siete votos contra cinco; y aun se necesitaba que el gobernador diera órden formal de ejecutar la sentencia.

En el mes de abril habia ya bastantes barracas construídas, para poner al abrigo á los nuevos colonos, durante los rigores del invierno. Apesar de los estragos del escorbuto y de las enfermedades venereas, el estado sanitário era bastante satisfactorio, y todo inducia á creer que podria mejorarse en lo sucesivo. A su llegaba el establecimiento poseía 5 vacas, 2 bueyes, 3 potros, 29 carneros, 29 cabras, 25 cerdos, 49 lechoncitos, 5 conejos, 18 pavos, 35 patos, 29 ocas, 122 gallinas y 85 pollos.

Estos detalles no carecen de importancia: es preciso saber de donde partió Sydney para justipreciar el camino que ha hecho en cuarenta años.

Llegaron nuevos acopios en 1783 del Cabo de Buena Esperanza con la fragata *le Sirius*. Este buque llevaba entre otros objetos ciento veinte y siete millares de harina, cuya provision era tanto mas necesaria cuanto que la cosecha de trigo venia á ser insignificante. No obstante esta fué mejor al año siguiente, y se pudieron lograr doscientas fanegas de trigo, sesenta de cebada, y algo de avena y maiz.

La colonia en 1790 sufrió todavía mas escasez. Enviado el *Sirius* para provisiones se habia perdido en la isla de Norfolk, y se resolvió reducirse á una racion muy mezquina, hasta la llegada de *Lady Juliana* que con los víveres traía doscien-

tas veinte y dos mujeres sentenciadas. Iba acompañada de otros tres buques cargados de mil nuevos forzados.

La cuestion de la colonizacion quedó del todo evacuada, y siguió su curso. Se cedieron tierras á los soldados que querian fijarse en Sydney. Igualmente se dieron á los forzados que quisieron usar de sus brazos para mejorar su posicion. Cada uno tomaba treinta acres de terreno si era célib, cincuenta si estaba casado, y á mas diez acres para cada hijo nacido al acto de la concesion con la sola condicion de residir en aquel terreno y cultivarlo. Se adoptó para los criminales cierta induljencia, á fin de estimularles poco á poco al trabajo é interesaarse en su nueva patria. Desde entonces su situacion fué mas feliz. Aunque por mucho tiempo hostiles con los recien llegados, las tribus indíjenas les dieron treguas hasta firmar últimamente la paz. El jefe de la tribu de Sydney, Benilong, vino tambien á establecerse cerca del gobernador, quien le acojió admitiéndole á su mesa. Al propio tiempo los desmontes del interior de aquel país iban organizándose progresivamente: fundóse la ciudad de Parramatta en cuyos alrededores se establecieron algunos colonos; 1700 presidarios llegaron como de refuerzo á aquella colonia en favor de la agricultura, y en el mes de abril de 1791, James Ruse renunció á su racion sobre los almacenes manifestando que podia en adelante con su trabajo atender á su subsistencia. Este ejemplo pronto fué seguido de infinitos imitadores. El gobernador recibia entonces el derecho de agraciar y conmutar los castigos, y la colonia cuya importancia iba creciendo mas y mas llegó á ser la Nueva Gales del Sur, quedando desmontados mas de 921 acres de terreno.

No obstante el instinto particular á los seres que poblaban la colonia, no tardaron en dispertar de su letargo. En medio de sus riquezas adquiridas con las propiedades que se fundaban se volvieron inmorales por el robo. En 1792, apesar de la severidad con que se castigaban tamaños escesos, se acrecentaron de un modo espantoso. Es muy cierto que algunas veces el hambre y la miseria inducian á los culpables á estos actos de desesperacion. A fines del referido año el gobernador Philips dejó la colonia en el momento en que las concesiones hechas en favor de favor de sus cultivadores ascendian á 3.470 acres: muchos oficiales de la guarnicion habian escojido á las orillas del canal Sydney en Parramatta trozos considerables de terreno fértil y que esplotados por los presidarios tomaron en breve un valor considerable. Posteriormente llegaron procedentes de Inglaterra algunos colonos libres á bordo de buques del Estado, y les pusieron á su disposicion algunas tierras y presidarios para desmontarlas logrando raciones de la colonia por dos años, y procedentes ya de los granos de dicho territorio.

En 1794 los desmontes progresaron prodijiosamente. Solo los colonos de la isla de Norfolk en cuyo territorio eran abundantes sus cosechas, pudieron ceder á aquel gobierno once mil fanegas de maíz, mientras que se contaba ya en las orillas de Hawkesbury, con una cosecha de treinta mil fanegas de dicho trigo, pero las lluvias é inundaciones malograron una porcion de ello. En desquite se notó que el ganado que se perdió en 1788 en la isla de Nepean habia aumentado, pues en lugar de dos toros y cinco vacas se hallaba un famoso rebaño de sesenta reses vacunas de lo mejor. Y así se resolvió dejar este ganado paraque prosperase solo y con tranquilidad, reservándolo para acudir á las necesidades imprevistas de la colonia.

A esta sazon el gobernador jeneral Hunter vino á administrar la Nueva Gales del Sur, siendo en aquel año, tan notable la instalacion de esta nueva administracion como que fué señalado con una lluvia de yelo que arruinó la cosecha de cuatro haciendas del Hawkesbury, destrozó los trigos, acribilló los árboles y destruyó las plantas de maíz. Aunque el tiempo fué suave, el yelo permaneció por espacio de dos dias sobre el suelo, y en el segundo se notaron algunos tormos que tenian ocho pulgadas de largo sobre dos dedos de grueso. El adelanto en 1° de setiembre de 1796 consistia en la colonia en 4.848 almas, de las cuales 889 para la isla de Norfolk. De este número, 321 solamente eran las que no subsistian de cargo del gobierno. El ganado consistia en 57 caballos é yeguas, 101 vacas y becerros, 74 toros y terneros, 54 bueyes, 1531 carneros, 1427 cabras y 1869 cerdos.

Empezóse entonces la regular organizacion de las ciudades. Todas las casas de las ciudades de Sydney y Parramata fueron numeradas y divididas en cuarteles. Se nombraron jueces de competencias y watchmen, se construyó una cárcel de madera en uno y otro punto, se establecieron algunas escuelas para instruccion de la juventud, casas de beneficencia y algunas iglesias. El número de colonos libres, hasta entonces bastante reducido, fué aumentado sensiblemente. Estos con sus esplotaciones influyeron mucho en el corazon de los habitantes, y con la ayuda de los presidarios que el gobernador ponia á su disposicion llegaron pronto á decuplicar mas la cultura de aquellas tierras (Pl. LII. — 2). A medida que los adelantos de agricultura iban estendiéndose por el interior, habia mas facilidad en defenderse de los ataques de los isleños. Mas de una vez fueron robados los cortijos, y fué preciso que los Ingleses se reunieran para ir á los alrededores para acometer y contener á estos salvajes. Estos atentados casi conti-

nuos y seguidos del pillaje, con las inundaciones del Hawkesbury, fueron una doble herida que aflijió por largo tiempo á aquellos industriosos y pacíficos labradores. Apesar de estos obstáculos se contaban ya á fines de 1798, 7.865 acres de terreno cultivado.

Dos años despues y á fines de 1800 acaeció el fallecimiento del citado Wilson, forzado inglés, quien habia adquirido una especie de ascendiente sobre los indíjenas del país. Para conseguir su depravado intento se habia finjido de su estirpe y asimismo llevó su imprudencia hasta designarle con descaro por su madre á una anciana australia meridional. La pobre mujer lo habia creído, y el pueblo habia admitido á Wilson por una especie de jefe, y prevaleciendose y abusando de su autoridad llegó al estremo de monopoliar con las mas jóvenes y hermosas mujeres. Por espacio de algun tiempo se disimuló este despotismo fanático; hasta que habiendo cierto dia Wilson usado de violencia á la vista con una jóven, los parientes de la víctima le mataron á lanzadas.

En setiembre de 1800 cuando Hunter dejó el gobierno de la colonia, Sydney contaba ya una multitud de edificios públicos; dos pequeñas embarcaciones ecsistian en el astillero una moneda de vellon procedente de Inglaterra fué adoptada para el servicio de esta colonia, y desde entonces se prohibió el esportar ninguna suma en moneda de cobre que escediese de 5 libras esterlinas. En el mes de junio de 1801 la poblacion era de 6.508 almas, mas en los años siguientes bajo el mando del capitan Gidley King aumentó considerablemente, no á costa de los presidarios, sino únicamente por la emigracion de honrados trabajadores que vinieron de Inglaterra á probar fortuna en tierras de la Australia. A esta época de progreso pasó por Sydney la espedicion francesa al mando del capitan Baudin, y á su regreso el naturalista Peron reveló á la Europa la ecsistencia apenas imajinada de esta colonia, del modo entusiasta y ecsajerado que le era natural.

En 1806 el capitan Gidley King cedia el gobierno al capitan Bligh, hombre célebre por el levantamiento que tuvo lugar en la tripulacion del navío Bounty. Era este de un carácter duro, inhumano y déspota como que se atrajo bien pronto el odio y ecsecracion de todos los habitantes. La administracion de justicia llegó á ser tan odiosa, como que tuvieron que reunirse los mas notables habitantes y propietarios de Sydney para prenderle, y en seguida conducirle ante un consejo de guerra. El gobierno de la metrópoli puesto al empeño, en vista de un acto de atrevimiento, no debia mantener en el poder semejante hombre, pero por fin no dejó impunes á los principales ajentes de Bligh. Despues de este golpe político, quedó por algun tiempo la colonia sin gobernador, pero en diciembre de 1809 llegó por fin el hombre que debia dar un nuevo esplendor, é inspirar ál os ánimos de sus habitantes la mas rápida y provechosa prosperidad.

Era este el coronel Lachlan Macquarie, que desembarcó en Sydney con el rejimiento 73 de línea. A esta época contaba la colonia 15.000 habitantes, de los cuales 4.277 recibian raciones de los almacenes del gobierno y 21.000 acres de tierra cultivados, de los que 74 mil servian de pasto al ganado, que consistia en 524 caballos, 593 jumentos, 193 toros, 6351 vacas, 4782 bueyes, 33818 carneros, 1732 cabras y 8992 cochinos. Cuando el Hawkesbury no derrubiaba, las cosechas bastaban para el consumo jeneral.

Mas en breve se emprendieron algunos trabajos de importancia que manifestaron el rumbo administrativo de Macquarie. Sydney, confusa y desordenada hasta entonces, llegó á ser despues un regular y famoso sitio. Otras cinco se fundaron á saber, Windsor, Richmond, Wikerfora, Pitt y Castlereagh. En 1814 esta colonia estaba provista de algunos rebaños y de almacenes atestados de grano. Se descubrieron entonces las rejiones situadas mas allá de las Montañas Azules, y en 1817 se fundó una ciudad, al propio tiempo que se practicaba entre el litoral y las llanuras del interior un camino para comodidad de los carros mas pesados.

Estas mejoras materiales no distraían á Macquarie del estado moral de la colonia. Él fué quien el primero buscó medios de plantificar una organizacion social, que estuviese en armonía con los elementos diversos que la constituían. Antes de su administracion ecsistian en la poblacion fermentos de discordia y anarquía; él se dedicó á neutralizarlos y combatirlos. En su orijen, como se ha visto, Sydney no tenia mas que dos clases de habitantes, á saber, forzados y empleados. Los forzados una vez libertados formaron la tercera clase que se llamaba de los emancipados. Aunque esta purificacion debió colocar á estos hombres en sus derechos anteriores, no obstante los emancipados quedaron sujetos á los funcionarios públicos en el estado de inferioridad relativa. Satisfechos de su amnistía se hallaban siempre en cierto estado de libertad con respecto á sus antiguos amos.

Posteriormente el gran número de colonos libres llegados de Inglaterra formaron una nueva categoría de habitantes en la comunidad australia. Podia creerse que este tercer elemento serviria de vínculo á las dos clases primitivas hasta entonces incompatibles, y que resultaria una ventaja para todos, una efusion jeneral; pero nada de esto sucedia. Los nuevos colonos libres hicieron liga separada de los emancipados, y se

reconciliaron con el partido privilejiado. Los emancipados espuestos al desprecio y á las afrentas de los funcionarios públicos, y de los voluntarios emigrados, fueron separados de todas las reuniones de la clase distinguida, escluídos de las funciones civiles, sino de derecho, á lo menos de hecho; en fin se vieron reducidos á una especie de islotismo semejante al que han esperimentado los hombres de color en las Astillas. Esta orijinal preocupacion fué tambien tan tenaz como la de la piel; pues que se hacian recaer sobre los hijos las faltas de los padres, y la conclusion de los emancipados empezó á ser indeleble y hereditaria.

Sin embargo, esta clase puesta así fuera de la ley social engrandecia de dia en dia su importancia y su riqueza. Propietarios de una gran parte de terreno cultivado, los emancipados habian empezado á ser segun el voto jeneral hombres de costumbres puras, y de una conducta irreprensible. Sufrian sin quejarse, no obstante la funesta esclusion, porque sus antagonistas tenian contra sí la fuerza del gobierno y el número. Otros hablaron por ellos; los filántropos de orijen libres, encontrados mas y mas por el orgullo de los patricios del nuevo estado, tomaron por su cuenta la causa de los emancipados y la defendieron con arrogante calor: de ahí las querellas y el odio.

El sabio y bienhechor Macquaire buscó el medio de restablecer la concordia en esta reciente colonia, dando él mismo el ejemplo de la conciliacion con el agasajo. Admitió al rango de majistrados algunos emancipados de mérito, invitó para su mesa los mas distinguidos de esta clase, y relevó á los militares de toda dependencia mercantil.

Esta marcha puede decirse que no dió otros resultado que indisponer la clase privilejiada con el gobernador, á quien reprobaron sus preferencias hácia unos hombres que la ley habia supeditado ó postergado. Algunos patricios llevaron todavía mas lejos la resistencia; convinieron en no encontrarse en presencia de los emancipados recibidos por el gobernador. En fin, por última y pérfida venganza denunciaron á Macquaire á las autoridades de la metrópoli como culpable por especulaciones criminales y de mala intencion.

La calumnia hizo bastante eco en Lóndres para determinar el envio de una comision de policía. Llegó esta á aquel punto en 1719 con la órden de hacer las investigaciones mas minuciosas. Macquaire salió digna y noblemente de esta causa, pero escandalizado de la parcialidad de los comisionados á favor de los querellantes, cansado de chismes y enredos, y convencido de su falsa posicion en virtud de la aversion que se manifestaba al autor de la ley, entregó su dimision y dejó la colonia á 4 de diciembre de 1821, con mucho sentimiento de los hombres de bien y juiciosos. La historia dirá que Macquaire fué el primer administrador que hizo entrar á Sydney en la carrera de prosperidad y de progreso. A su salida se contaban 9.000 acres de tierra sembrados de trigo, 30.000 cabezas de reses vacunas y 200.000 ovejas.

Al jeneral Macquaire sucedió el jeneral Brisbane, hombre afable, dulce, honrado y estimado de los sabios por sus conocimientos astronómicos, pero apático, tímido y poco á propósito para sus altas funciones. Su único sistema fué mantenerse siempre completamente obscurecido con los dos partidos en que estaba dividida la colonia. Cediendo con todo á la influencia de los colonos libres, ninguna gracia pública concedió á los emancipados, y ninguno de esta clase se vió en su mesa. Ademas Brisbane puso en práctica diversas medidas de economía que hicieron popular su administracion.

Durante esta administracion la autoridad, hasta entonces casi absoluta del gobernador, se modificó por un acta del parlamento acordada en 19 de julio de 1825, la cual debia tener fuerza de ley el dia 1° del propio mes de 1827. A su tenor debia crearse un consejo lejislativo compuesto de cinco ú siete miembros nombrados por el gobernador, ó por quien hiciera sus veces, y este consejo debia ecsaminar á su sabor las leyes y ordenanzas propuestas por el gobernador para someterlas en seguida á la aprobacion del supremo tribunal. Si el consejo rechazaba la ley propuesta, el gobernador tenia todavía la facultad de presentar otra, hasta que se viera la voluntad del soberano. Así es que la influencia real de este consejo se reducia á bien poca cosa.

Una institucion mas útil fué la creacion de una asamblea suprema presidida por un majistrado y dos jueces encargados de las atribuciones de los diversos tribunales del reino, y á mas otra inferior bajo el nombre de *general quarter sessions of peace* para entender en todos los crímenes y delitos que no merecian la pena de muerte, así como de los que tenian relacion en lo correccional. Con esta disposicion la autoridad civil se sustituyó á la accion dura y absoluta de la justicia militar.

Por lo demas, las disensiones entre el partido aristocrático y el popular ó emancipado tomaron bajo el mando de Brisbane un carácter ríjido y decidido. La relacion ó informe del comisario ordenador Briggs, obra sobremanera impolítica, renovó antiguas heridas y odios inveterados; proporcionó á los patricios una justificacion completa de sus disfavores acerca los emancipados, y volvió para la colonia un nuevo foco de sordas é interminables disensiones. El mal hubiese quedado muy circunscrito si el gobernador hubiese de-

jado dormir entre los suyos aquel documento, pero fué impreso y repartido al público en un gran número de ejemplares. No seria estraño, como lo dijo M. d'Urville, que zelosa de los rápidos progresos realizados en tan poco tiempo en la Nueva Gales del Sur, la metrópoli viera entonces nacer con satisfaccion estas divisiones y querellas que impedian á la colonia pensar en proclamar su independencia.

Brisbane dejó la isla en 1825, y le sucedió el jeneral Darling. Este era un hombre que no tenia ni la misma afabilidad ni la misma dulzura de carácter. Justo, aunque áspero y seco, le bastaran algunos actos arbitrarios al principio de su mando para levantar contra sí muchos descontentos, que solo despues de mucho tiempo se apaciguaron.

Entretanto el establecimiento del consejo colonial á nada habia correspondido del objeto de su institucion. Se habia formado de las autoridades superiores, de dos propietarios y un comerciante, lo que habia constituído una especie de tribunal aristocrático cuyas sentencias llevaban el sello del rigor y de la injusticia para con los patricios. Entre los periódicos que se imprimian en Sydney, habia uno llamado *el Monitor*, que era el órgano de la oposicion, y que contenia en sus columnas las quejas del partido democrático. Este formulaba por el momento muy bien sus deseos, pidiendo para la colonia la creacion de una asamblea representativa y de un jurado; mas el ministerio inglés prometia y jamas cumplia. Procedia con irresolucion y con esperiencias á medias.

Evaluábase entonces la poblacion total de la Nueva Gales en 60.000 almas poco mas ó menos, de las cuales 22.000 eran forzados. Entre estos, los unos, siendo este el menor número, tenian derechos que les daban una libertad provisional cuya continuacion dependia de su conducta futura. Otras veces estos permisos (*tickets of leave*) quedaban á discrecion del gobernador. En el dia se han impuesto restricciones severas á esta gracia. Así es que ningun deportado puede recibir su indulto ó su licencia sin haber cumplido una parte de su pena, es decir, cuatro años de trabajos, si ha sido sentenciado á siete, seis si lo ha sido por catorce; ocho si por toda la vida. Por otra parte, los hombres provistos de estos derechos no pueden ya poseer propiedad alguna, ni litigar ante el tribunal, y están siempre en una especie de prescripcion y de tutela. Muchos de estos individuos son empleados en clase de jueces de competencias ó en la de celadores por cuenta de los colonos.

El mayor número de estos sentenciados es remitido por el gobierno local á los particulares que les piden para su servicio, y que se obligan á equiparles con los vestidos y raciones que prescriben los reglamentos. El vestido consiste en dos sayos, tres pares de zapatos de un cuero muy fuerte, tres camisas, dos pares de pantalones, un sombrero y una gorra. La racion está igualmente establecida por semana, á saber, doce libras de trigo en grano ó nueve en harina, ó bien tres libras y media de maíz, y nueve de trigo; siete libras de buey ó de carnero, ó bien cuatro libras y media de tocino salado, dos libras de sal y otras dos de jabon. El gasto preciso que ocasiona un criado de esta clase asciende á unos 250 francos por año; pero la mayor parte de los colonos han acordado ademas el té y el azúcar, tabaco y alguna vez rom, segun se hayan portado en su conducta. Se les va todavía á señalar emolumentos para estimularles á la aplicacion.

El resto de los sentenciados está ocupado en las obras del gobierno y empleados por su cuenta en los trabajos públicos. En las ciudades hay cuarteles para alojarles. En Compagno lo pasan con barracas de madera y de corteza. Los refractarios incurren en la pena del látigo seguida alguna vez de grandes trabajos en los caminos con el grillete; pero para los crímenes mas graves que no merecen la de muerte, son enviados á los establecimientos correccionales de la isla Norfolk ó de Moreton-Bay, donde son tratados con un rigor escesivo. Así es que á menudo prefieren la muerte á esta segunda deportacion.

Se designan con el nombre de *bush rangers* los convicts que se han escapado á los bosques, y que prefieren una vida independiente y vagabunda á otra regular y honrada. Hace dos ó tres años, que el número de estos forzados era bastante considerable, y sus robos incomodaban sobre todo á los viajeros y á los propietarios de los campos; pero desde entonces las pezquisas de la policía de cabalo y las sumas ofrecidas al que les descubriera han disminuído mucho dicho número. Se ha notado que estos bandidos no cometian asesinatos, y que cuando mataban no era mas que para defender sus cuerpos.

En 1832, el dispendio ocasionado por la Nueva Gales del Sur para la conservacion de los militares y convicts, ha sido de 115.629 libras esterlinas: los objetos importados han ascendido á la suma de 659.881, y las esportaciones á 371.174. La renta colonial ha sido en el mismo año de 121.066 libras esterlinas, los navíos entrados en Port-Jackson contenian unas 40.000 toneladas.

Las divisiones actuales de la Nueva Gales del S. son los distritos de Ayr, de Cambridge, de Durham, de Roxburgh, de Northumberland, de Argyle, de Camden y de Cumberland. Hasta este momento el último solo comprende cerca de las tres cuartas partes del total de la poblacion: muchos

de los otros distritos son apenas poblados; no contienen mas que cortijos aislados ó cabañas para pastores. Por otra parte la estadística de esta provincia no ecsiste todavía parte ninguna, y como la comarca se halla en estado de progreso gradual, esta estadística no puede ser verdadero mas que en el momento mismo de formarse, siendo defectuosa al año siguiente.

Despues de la Nueva Gales del Sur, la colonia austral mas importante es sin contradiccion la del Rio de los Cisnes, fundada en 1823 por los desvelos del capitan Stirling. Poco se sabe tocante á ella, y esto estan contradictorio, que se hace preciso atender á pruebas mas auténticas y mas completas. Lo que hay de mas verosímil, es que la comarca ofrece recursos tal vez de mayor cuantía que los que ofrecia en su oríjen la Nueva Gales del Sur. Estos recursos sin duda los sabrá utilizar los nuevos colonos; y como en su establecimiento no habrá ningun forzado resultará de ahí una sociedad mas homojenea y menos discrepancia en sus elementos. De esta suerte se evitará la vida zelosa y trabajada que parece ya minar en su base la bella colonizacion de Sydney, y poner en duda su porvenir.

Habíase propuesto para ésta nueva colonia el nombre de Hesperia meridional, de la que los primeros colonos hacian las relaciones mas ecsajeradas y pomposas. Con todo esto se ha preferido el modesto nombre de Swan-River. Han se ya echados los cimientos de cuatro ciudades; á saber: sobre la costa, Freemantle, hácia la ribera S. de la embocadura del rio; Clarence-Town al borde del mar, delante Cockburn-Sound; Perth, á nueve millas de Freemantle, en la ribera N.; en fin Guildfort, á cinco ó seis millas mas arriba y siempre sobre la orilla del rio. Segun las relaciones del lugar teniente Breton, Perth, la capital, está colocada en una colina, en una posicion sobervia sobre el rio que en aquel punto ha tomado una media milla de anchura, aunque tan poco profundo, que á veces se puede vadear. En 1831, Perth tenia ya 120 casas, y la colonia entera no contaba menos de 130.000 habitantes. Freemantle, situada en una situacion mucho mas ingrata, ha vejetado en una playa de arena en que los reflejos del sol ofenden la vista. Las opiniones varían acerca su estado actual. Los unos han dicho que estaba casi abandonada, los otros que contaba cerca de 500 casas. A quien creer?

En 1824 se fundó otro establecimiento en la isla Melville por el capitan Bremer, que le dió el nombre de fuerte de Dundas. El principal interés de este apostadero consistia en las comunicaciones que podian establecerse con los Malayos que van á pescar el tripang en la costa N. O. de la Australia. Mas no habiendo correspondido los Malayos á los anticipos que se les hacian, y habiendo los naturales manifestado disposiciones hostiles á diversos apercibimientos, los Ingleses evacuaron esta isla, que por otro lado la sequedad, el calor y la infecundidad del suelo hacian casi inhabitable.

Lo propio sucedió con los sitios que se quisieron probar en 1826, Port-Western y King-Jorje-Sound. Tratábase sin embargo recientemente la de King-George no para un establecimiento de sentenciados, y si para formar una colonia libre que en adelante dependiera del gobierno del Rio de los Cisnes.

Otros proyectos de establecimientos en el golfo de San Vicente habian ademas seguido á los importantes descubrimientos del capitan Sturt; pero la muerte deplorable de Barker entibió estas lejanas empresas. No obstante, en medio de estas tentativas periódicas, actualmente es un hecho visible que la Australia ocupada poco á poco por los Ingleses, formará bien pronto un nuevo mundo, y este creado enteramente por sus manos, les pertenecerá con mucho mas justo derecho que la India, porque en ella solo al aportar encontraron desiertos incultos.

CAPITULO X.

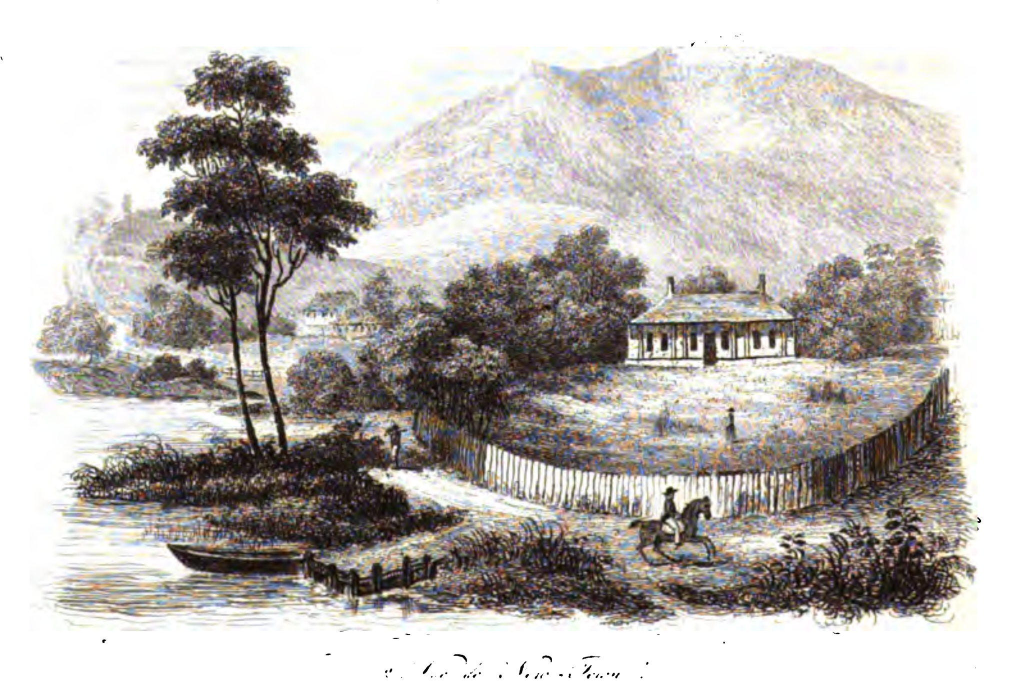
TASMANIA (TIERRA DE VAN-DIEMEN). — HOBART-TOWN Y SUS CERCANIAS.

Aunque los parajes que separan la Nueva Gales de la Tasmania sean espuestos á muy frecuentes tormentas, tuvímos la dicha de hacer esta travesía en tiempo sereno y en un mar bonancible. Ninguna ráfaga esperimentámos, ni menos ventarron ni tempestad alguna; y sí al contrario un viento fresco, regular y suave, que nos impelió el 25 de enero en la vasta bahía de las Tempestades, abrade la Tasmania. Al dia siguiente, á favor de la marea y de un lijero viento de S. y de S. S. O., Powel remontó el rio de Derwent para ir á anclar delante Hobart-Town. Ya en esta corta travesía se podia adquirir una idea de este nuevo país. Sembradas acá y acullá las quintas ofrecian plantaciones recientes en medio de las cuales cruzaban algunos rebaños. A una y otra orilla se descubrió la mano intelijente del Europeo, única que puede dar á la tierra un aspecto de órden, de prosperidad y de simetría. Veinte y cuatro horas de navegacion por el rio bastaron para llegar á Hobart-Town, delante la cual ancló *el Kanguroo*.

Hobart-Town ocupa una superficie considerable en un terreno lijeramente ondulado que se estiende al pie del monte Wellington; pero si se quiere evaluar su poblacion por su estension, se caerá en una falsa apreciacion ó calculo, porque las casas de la ciudad rara vez tienen mas que un piso, y son casi todas cercadas de patios y jardi-



1 Vista de Hobart-Town en Tasmania



2 Vista de New-Town

VIAJE



1. Hobart-Town, du côté des Casernes

1 Hobart Town del lado de los Cuarteles



2. Groupe de Convicts dans un Défrichement.

2 Grupo de Convictes en un Descuaje.

de Sainson del.

VOYAGE

VIAJE

nes (Pl. XLI. — 1). Las calles son anchas, bien alineadas y enlosadas en su mayor parte. La piedra de sillería es muy dura y muy hermosa, pero tan difícil de labrar que lo mas comunmente la emplean en bruto dándola dos capas de hieso. Sin embargo, no deja de contener algunos edificios dignos de ser citados, entre los cuales descuellan el arsenal, los almacenes de víveres, las casernas (Pl. XLII. — 1), la iglesia y su coro, el palacio de justicia, la cárcel, las casas de correccion y de reclusion, las oficinas de la policía, la capilla católica, diversas escuelas y establecimientos de educacion, etc. El palacio del gobernador es un edificio vasto, pero irregular, cómodo, agradable, circuído de praderías deliciosas, de jardines y de bosquecillos que llegan hasta la orilla del mar.

La ciudad es cruzada por un arroyuelo que aunque en verdad poco considerable, pero que subviene á las necesidades de los habitantes y pone en actividad muchos molinos. En sus bordes crecian una multitud de árboles que los colonos, mas cuerdos que los de la Nueva Gales del Sur, nunca han intentado destruir. Así es que la ciudad y sus cercanías en especial ofrecen un aspecto menos triste y árido que la capital de la otra colonia.

La poblacion de Hobart-Town ascendia en 1832 á 9.000 habitantes, aunque solamente la mitad pertenecian á la clase libre, pues el resto se componian de presidarios empleados en los trabajos públicos. Esta conformidad de organizacion orijinal entre Hobart-Town y Sydney conserva en ambos países una fisonomía casi de todo punto análoga, pues las costumbres, las preocupaciones, las categorías y aun los resentimientos son casi los mismos. Igualmente se observa la misma escision entre los hombres libres y los que no lo son, entre los colonos patricios y los colonos libertos. Como ninguno de estos pormenores era nuevo para mí, despues de haber visitado la ciudad y verificado algunas incursiones á las mas deliciosas granjas de los alrededores, me apresuré á utilizar nuestra recalada haciendo un reconocimiento á Launceston, situada á la parte opuesta de la isla. Un jóven oficial de la guarnicion se me ofreció como compañero de viaje, y al momento emprendímos la marcha montados en escelentes caballos.

El primer alto que hicímos fué en New-Town, aldea de unas diez á doce casas, situada sobre la ribera derecha del Derwent, en medio de una risueña campiña entrecortada de jardines y de plantaciones. New-Town es el sitio de recreo de los moradores de Hobart-Town; y como aquel pueblecito se halla á solas dos millas de la capital, por la tarde van á pasear hasta allí y hacer sus meriendas campestres (Pl. XLI. — 2).

A siete millas mas lejos se pasa el Derwent, y atravesando una selva se llega despues de siete millas de camino á Brighton, situada junto al arroyuelo denominado el Jordan, en medio de una deliciosa llanura circuída de un terreno peñascoso. A mayor distancia se encuentran el hermoso valle de Bagdad y todo el país conocido bajo el nombre de Greend-Pounds, ocupado por pequeños arrendatarios.

Allende este punto y á unas cuarenta millas de la capital se pasa la colina llamada Spring-Hill, eminencia selvosa que sirve de estacion á los naturales cuando sus escursiones á esta zona. Doce ó quince años antes asesinaron á un colono de las cercanías y destruyeron completamente su cabaña.

En el decurso de nuestra caminata encontrámos sucesivamente la naciente ciudad de Jericó, denominacion no menos bíblica que muchas otras de la Tasmania; Oatlands, situada á cincuenta y una millas de Hobart-Town, en un terreno pobre y de apariencia triste; frondosas selvas, Ross-bridge, en cuyo alrededor se estienden escelentes pastos; Campbell-Town y sus vastas estepas desiertas y terminadas por una pantanosa floresta, y finalmente Clarendon, situada á ciento y ocho millas de Hobart-Town, en uno de los recodos del Souh-Erk, y en un valle que tiene sesenta millas de lonjitud sobre veinte de anchura. Entre las cumbres que la rodean, descuella el Bed-Lomond, uno de los mas levantados picos de la Tasmania oriental, cubierto de nieve durante la mayor parte del año.

Así que, despues de tres dias de camino llegámos á Launceston, cabeza de la Tasmania septentrional. El país que rodea esta ciudad es selvoso, agradable, fértil y bastante poblado: la ciudad misma está situada en la confluencia del North-Erk, cuya reunion forma el rio de Tamar, distante á la sazon unas cuarenta y cinco millas del mar, á cuya distancia se hace sentir la marea, apesar de no tener el rio mas de treinta toesas, y los buques de ciento cincuenta toneladas pueden remontarlo hasta llegar cerca de Launceston. Sin embargo, como el viento fijado de N. á S. sigue casi siempre la direccion del rio, resulta que las embarcaciones emplean regularmente unas dos ó tres semanas para llegar á Launceston.

Una parte de la ciudad está situada en la llanura, y la otra dispuesta en anfiteatro sobre lo alto de una eminencia. Su poblacion no pasa de 25.000 habitantes, pero su estension es bastante considerable, aunque sus calles son lo mas malo que puede verse, y en tiempo de lluvia se atestan de tales atolladeros, que seria sumamente difícil sacar los carros y los bueyes que en ellos se abarrancasen.

Los edificios de la ciudad son muy poco importantes, y tan solo merecen citarse la iglesia, un vasto almacen, las casernas de los militares y un colejio fundado por suscripcion en 1826.

Todo suscritor por la suma de cincuenta libras esterlinas puede colocar en él á su hijo mediante una pension anual de treinta libras igualmente esterlinas.

Esta parte de la isla es mucho mas rica y feraz que las cercanías de Hobart-Town. De este mismo territorio se sacan la mayor parte de los granos que sirven para proveer la Tasmania: así que en toda la comarca no se halla un palmo de terreno que no sea esplotado.

A cuarenta millas N. de Launceston y cerca del embocadero del Tomar se encuentra Jorje-Town, donde las embarcaciones de mayor porte desembarcan sus cargamentos. El gobierno inglés, atribuyendo una grande importancia á esta posicion, ha invertido cuantiosos caudales en sus mejoras; pero la aridez y mala calidad del terreno han inducido poco á poco á desertar tan ingrato apostadero, por cuyo motivo solo puede considerarse actualmente como un establecimiento militar, donde se ha formado un depósito de presidarios guardado por un destacamento de veteranos.

Para regresar de Launceston á Hobart-Town, no seguímos el sendero que tomáramos á la ida. Variando nuestro itinerario, pudímos ver sucesivamente los llanos de Patterson compuestos de una toba fecunda y arcillosa, localidad poblada de hermosísimas granjas; las llanuras de Norfolk, donde se halla un establecimiento agrícola de dos mil acres de terreno; Elisabeth-Town, deliciosa aldea situada á veinte y dos millas de Hobart-Town, compuesta de unas cincuenta casas entre las cuales se cuenta la quinta del gobernador en un sitio sumamente agradable (Pl. XLI. — 3). Elisabeth-Town está situada sobre el Derwent, tiene comunicaciones fáciles con la capital por medio de los bateles que remontan el rio, y encierra un escelente meson con una suntuosa iglesia de ladrillos. A poca distancia, y en el Sussex, se encuentra el risueño lugarejo de Sorrell-Town, compuesta de unas cuarenta habitaciones con una iglesia de piedra labrada, una cárcel, una escuela y una caserna. Continuamente están navegando pequeños sloops entre este pueblo y Hobart-Town. Observámos igualmente Richmond, otro solar para una ciudad futura circuída de numerosas granjas, y que contiene ya una cárcel, un mercado y muchas casitas; Lawrenny, sobervia propiedad de catorce mil acres de tierra, circuída de empalizadas, pero que solamente es cultivada en parte. Estas granjas de Lawrenny, situada en una campiña regada por el Derwent y otros dos torrentes, encierran preciosos recursos agrícolas que solo están aguardando una esplotacion. Su territorio es feraz hasta á muchos centenares de pies sobre la hoya del llano. Cuéntase ya en la actualidad una piara de diez mil ovejas; pero este número podrá multiplicarse fácilmente.

Al otro lado del Derwent se halla la granja de Dunrobbin; igualmente fértil, pero menos espaciosa á causa de sus florestas. A poca distancia de una y otra llanura cultivable empiezan los infecundos morros del interior, masas cónfusas de montañas de un aspecto ingrato, silvestre y monótono.

Despues de seis dias de ausencia y de viaje me hallaba de vuelta en Hobart-Town; pero Powell no estaba preparado aun, en razon de las violentas brisas soplando del N. O. por espacio de cuatro ó cinco dias, que habian contrariado sus operaciones. Cuando sopla este viento, es imposible todo movimiento en la rada. Las ráfagas descienden del monte Wellington sobre la ciudad y la bahía con una impetuosidad sin par; en cuya ocasion las calles de Hobart-Town son impracticables, á causa del polvo y los guijarros que levanta el soplo del viento contra el rostro. Este viento, esta montaña que ofrece el mismo aspecto que la Table, estos guijarros y este polvo comunican á Hobart-Town alguna semejanza con la ciudad del Cabo de Buena Esperanza, bien que esta semejanza es ventajosa á las embarcaciones surtas en la rada de Hobart-Town, mientras que la del Cabo es fecunda en desastrosos acontecimientos.

El monte Wellington, que Flinders habia denominado el monte de la Table, era de una conformacion sobrado curiosa paraque no me infundiese deseos de subir hasta su cúspide. Mi jóven compañero de viaje arregló la correría, escojió un guia y alquiló caballos. Partímos al amanecer, y galopámos por espacio de cuatro millas en un llano que presentaba muchos y variados aspectos: aquí un bosquecillo, allí un campo ó una pradera natural; al pie de un collado habia una quinta que nos ofreció hospitalidad, el abrigo del techo y el desayuno. No nos faltó en la Tasmania té, café con leche y jamon, cual si nos encontrásemos en casa de un arrendatario del Derby ó de Middlesex. Reforzados pues con un nuevo guia, subímos el monte cuyos tres primeros terreros son de un acceso fácil y están cubiertos de árboles de los jéneros eucalyptus, acacia, podocarpus y casuarina que hacen una sombra muy débil. En el primer declivio el terreno es atestado de piedras blanquecinas y muelles, cubiertas de vestijios vejetales que parecen pertenecer sobretodo á lycopodos, á helechos ó á plantas marinas de hojas muy divididas.

A medida que íbamos ascendiendo, el sol era mas cálido y el ambiente mas saludable; la atmósfera parecia abrasada, porque en aquellos climas no se conocen los rocíos matutinos que morijeran la fuerza de los rayos solares hasta su completa evaporacion. Sin embargo, no por eso dejámos de continuar en subir á la cumbre de



3. Vue d'Elisabeth-Town (Tasmanie)

3. Vista de Jasabel Town (Tasmania)



4. Le Hâvre Macquarie

4 El Puerto Macuaria

la montaña por medio de un pequeño sendero bien trillado, y con harta facilidad hasta llegar á la base del último pico que tiene por sí solo una altura casi igual á los otros tres juntos, es decir, de unas trescientas toesas. A aquella altura no se vió la menor huella, y fué preciso trillar una senda á través de las malezas y de las rocas, encaramándonos con las manos por temor de rodar hasta el fondo de los precipicios. A cierta distancia de la cumbre tropezámos con un nuevo obstáculo: tal era el de nuevos montones de rocas á punto de desprenderse, por lo que solo podia andarse con suma dificultad y trabajo. Sus resbaladizas superficies ofrecian una gran dificultad para conservar el equilibrio; puesto que no pocas veces se desprendian algunos cascajos que arrastraban á otros en su caída rodando confusamente hasta la base misma de la montaña. Mientras andábamos por aquellas rocas movedizas, complacióse nuestro guia en referirnos que muchos viajeros se habian caído y perdídose para siempre.

Afortunadamente no nos aconteció la menor desgracia, merced á las fatigosas precauciones que preferímos tomar. Llegados á la cumbre del monte que termina en una espaciosa mesa de cuatrocientas á quinientas toesas de anchura, no percibímos en ningun punto árbol ni arbusto, y sí tan solo un apiñado tapiz de verdor, donde se observan varias plantas compactas de dos ó tres pulgadas solamente de altura, al paso que en el llano se remontan á veces á uno ó dos pies cuando nacen aisladas.

Esta singular raquítis debe atribuirse sin duda á la violencia de los vientos que reinan en aquella altura. Por el lado de la ciudad, el borde de la montaña forma un precipicio inmenso con enormes columnas de basalto, entre las cuales se cuentan muchas tan regulares, que no parece sino que son labradas por mano de artista. Por acá y acullá se ven millares de fragmentos que atestiguan que en época muy remota ha tenido lugar alguna convulsion. En ciertos puntos los fragmentos de las columnas se han aglomerado formando moles de cuarenta á cincuenta pies de altura; al paso que en otros puntos se ven columnas aisladas de diez á veinte pies de alto, entre las cuales se ven algunas superadas por una gran masa de basalto desprendida del pilar mismo. Hay un sitio en que dos de estas columnas, superadas cada una de un ancho trozo de basalto, parecen representar un portal de diez y ocho pies de anchura.

En la mesa de Wellington se encuentran muchos manantiales de agua dulce que podrian reunirse en acueductos para subvenir á las necesidades de la ciudad. Actualmente desaguan todos en el riachuelo Huon, que confluye con el canal d'Entrecasteaux.

En tiempo sereno se goza de lo alto del monte Wellington de un punto de vista verdaderamente magnífico. Por la parte del N. se estiende hasta mas allá de Swan-Port, abarcando un espacio de cuarenta millas; por el lado del O. la estension es casi la misma; por el del S. está ceñida por una serie de montañas, y por el del E. se pierde en la inmensidad del Océano.

A la una y media comenzámos á bajar, á través de dificultades y peligros mucho mayores que al subir; supuesto que el mas pequeño paso dado en falso nos esponia á una caída, y una caída á una muerte infalible.

Finalmente despues de una marcha de algunas horas, llegámos al hospitalario albergue que nos acojiera por la mañana con tanta benevolencia, y habiendo recobrado nuestras cabalgaduras alcanzámos en breve Hobart-Town. Aquel dia era el último que podia dedicar en el análisis del país, en razon de que Powell habia ya dado cima á sus quehaceres. Por la noche nos aprovechámos de la marea y de una lijera brisa terrestre, y bajando el rio drivámos hasta la bahía de las tempestades, de donde puede fácilmente darse la vela á todas horas.

CAPITULO XI.

TASMANÍA.—DESCUBRIMIENTO.—COLONIZACION.—INDÍJENAS.

El navegante holandés, Tasman, cuyo nombre ha figurado tantas veces en nuestra relacion, descubrió la Tasmania, y la denominó *Van Diemen's land* en honor del gobernador jeneral de Batavia. Sin embargo hace ya mucho tiempo que los colonos mismos trocaron esta denominacion por la de Tasmania, denominacion verdaderamente mas justa, mas conveniente, y que restituye siquiera al célebre navegante el honor del descubrimiento.

Esta tierra fué avistada por primera vez á 24 de noviembre de 1642. Tasman pasó muchos dias en reconocerla, y á 1 de diciembre fondeó en una bahía que apellidó Frederick Hendrick's Bay. Los individuos del primer bote despachado á tierra oyeron algunas voces humanas, y observaron muchas humaredas que indujeron á creer que el país era habitado.

A 3 de diciembre Tasman se acercó á la playa en persona, y mandó á su carpintero que levantara un pilar en que habia una brújula grabada, y superado del estandarte del príncipe. « En cuanto el primer carpintero, dice Tasman, hubo llevado á cabo esta órden en presencia de mí, Abel J. Tasman, del maestre Gerrit Sansz y del subcomerciante Abraham Coomens, nos acercámos todo lo posible á la playa, y el citado carpintero

nos alcanzó á nado á través de la resaca. Al momento nos volvímos á bordo y dejámos subsistir aquel pilar como un recuerdo á la posteridad de los habitantes del país. Es cierto que no vímos ninguno, pero conjeturámos que no estaban muy lejos algunos de ellos acechando todas nuestras acciones. »

Dos dias despues, Tasman perdió la tierra enteramente de vista. « Ignórase completamente, dice, si la tierra de Diemen, situada al S. O. de la Nueva Holanda, está unida con esta por medio de algun istmo. »

Esta tierra quedó completamente olvidada hasta que Marion fondeó sus dos naves en la bahía de Frederick Hendrik á 4 de marzo de 1772. Los fuegos y las humaredas que se veian en diferentes puntos anunciaban que el país era sumamente poblado, y en breve comparecieron á la playa unos treinta individuos para ver la maniobra de los buques que se iban aprocsimando para anclar. Al dia siguiente presentaron sin temor á los botes franceses un tizon ardiendo cual para invitarles á pegar fuego á un monton de leña que habian preparado. Como los Franceses no tenian ningun conocimiento del objeto de esta ceremonia, encendieron la hoguera sin que acarrease ninguna mutacion por parte de los naturales, puesto que continuaron en permanecer cabe los Franceses con sus hijos y mujeres.

Aquellos naturales, segun el capitan francés, eran negros, de talle mediana, y andaban todos desnudos, así los hombres como las mujeres. Los primeros iban armados de lanzas y hachas de piedra; sus ojos jeneralmente eran pequeños, su boca grande, sus dientes blancos, su nariz chata, y sus cabellos, como los de los Cafres, separados en mechones y polvoreados con ocre encarnado. Por lo demas, eran esveltos, harto bien formados, de hombros encojidos y pecho adornado de pintados en relieve. Su lengua era dura y gutural.

Los Franceses intentaron seducir á los indíjenas por medio de algunos presentes; pero estos rechazaron casi todos los objetos ofrecidos, sin esceptuar el hierro, los pañuelos y los tejidos. Mostráronles patos y pollos, dándoles á entender por señas si deseaban obtener de semejantes animales; pero en vez de contestar á aquella demanda, arrojaron á lo lejos los pollos y los patos en ademan de cólera.

Hacia ya cosa de una hora que los Franceses estaban en tierra, cuando desembarcó el capitan Marion. Uno de los naturales le salió al encuentro, y le ofreció un tizon ardiente paraque pegase fuego á cierta porcion de leña amontonada en la playa. No tuvo Marion ningun inconveniente en verificarlo, juzgando ser aquello una formalidad capaz de seducir á los salvajes. Sin embargo, en cuanto empezó á arder la hoguera, todos los naturales se retiraron en masa en direccion á una pequeña eminencia, de donde despidieron una lluvia de piedras que hirieron á los dos capitanes. Los Franceses contestaron con algunos cañonazos, y fueron á tomar tierra en un sitio descubierto en medio de la bahía, en donde no podia hostilizarse á la tripulacion. Entretanto los salvajes ocultaron en los bosques sus mujeres é hijos, y empezaron á seguir á los botes á lo largo de la playa, hasta que á un reclamo de sus jefes dispararon unánimemente sus lanzas, hiriendo á un negro que se hallaba al servicio de los Franceses. Ordenóse de nuevo la mosquetería que causó la muerte de un natural, hirió á muchos otros y obligó á los restantes á emprender la fuga hácia los bosques. Al propio tiempo procuraban arrastrar en la misma á aquellos de sus camaradas cuyas héridas eran harto graves para impedirles la carrera; pero los Franceses mandaron en su persecucion un destacamento de quince hombres que consiguieron cojer á un indíjena herido que falleció pocas horas despues. Este hombre tenia cinco pies y tres pulgadas de altura, y parecia negro como un Cafre; pero despues de lavado su cadáver, se vió que la tez era mas bien encarnadina, y que su tinte negro debia atribuirse al humo. Viéndose dueño del campo, Marion mandó en busca de agua dulce y árboles propios para la arboladura. Los cazadores avistaron un gato-tigre, mataron varios cuervos, mirlas, tórtolas, una cotorra de pico blanco y algunos pelícanos. La pesca fué muy abundante en pescado y en mariscos; pero apesar de todas las pesquisas no se encontró habitacion ninguna, á menos que merezcan este nombre unos miserables soportales de ramas.

Al año siguiente el compañero de Cook, el capitan Furneaux, fondeó en la bahía de la Aventura, donde se surtió de agua y leña sin ver ningun natural. En enero de 1777 apareció Cook en el mismo surjidero, y fué mas afortunado que su predecesor, supuesto que encontró varios indíjenas con quienes entabló algunas comunicaciones. Sus relaciones llegaron á tan alto grado de intimidad, que los oficiales del *Descubrimiento* intentaron dar principio á algunos requiebros con las mujeres; pero todas sus galanterias fueron despreciadas con desden, y un viejo salvaje que observó aquel embolismo mandó á las mujeres que se retirasen, como efectivamente lo verificaron, no sin alguna repugnancia. Durante aquella recalada, el naturalista Anderson recojió muchos documentos relativos á la historia natural de la comarca, reconoció que el país ofrecia el aspecto de las cercanías del cabo de Buena Esperanza, y que los salvajes conservaban muchas circunstancias análogas con los de Tanna y de Mallicolo. Finalmente el mismo Cook rectificó toda la jeografía de la Tasmania meridional.

A Cook sucedió Bligh, que en 1788 pasó doce dias en aquella bahía. Cierto dia comparecieron en la playa una veintena de naturales; mas como la resaca era obstáculo al desembarque, las relaciones fueron muy cortas, y todas se redujeron á arrojar algunos presentes á los indíjenas que al parecer no hicieron mucho caso de ellos. A Bligh sucedió en el propio año 1788 el capitan Hunter que recorrió las costas de la Tasmania: en 1789 Cox que descubrió la bahía de las Ostras en la isla Maria; en 1791 Vancouver que se contentó con reconocer á la vela algunos puntos de la Tasmania, y en 1792 y 1793 d'Entrecasteaux que hizo dos importantes estaciones en la parte meridional de la Tasmania, y esploró detenidamente el hermoso canal que recibió su nombre. En este reconocimiento los oficiales franceses remontaron el Derwent hasta el punto donde empieza á correr hácia el O. El botánico Labillardière estudió y analizó las producciones naturales del país, y narró injenuamente las amigables entrevistas que tuvo con los habitantes: por manera que á él se deben los mejores documentos que versan sobre los usos y costumbres de los aboríjenes. No podemos menos de insertar el siguiente fragmento de su relacion, no obstante su estension en realidad algo prolija:

« Al dia siguiente, dice, desembarcámos junto al puerto d'Entrecasteaux con un gran número de personas de entrambas naves para ver si podríamos observar algunos salvajes. Efectivamente, poco despues nos salieron al encuentro en ademan de una confianza ilimitada; visitaron detenidamente el interior de nuestras chalupas, nos tomaron por el brazo, y nos obligaron á seguirles á lo largo de la playa.

« No bien hubímos anclado dos kilómetros cuando nos vímos en medio de unos cuarenta y ocho naturales, á saber: diez hombres, catorce mujeres y veinte y cuatro niños, entre los cuales se contaban un número de mozas igual al de los muchachos. Habíanse encendido siete hogueras en cuyo derredor estaba reunida una familia poco numerosa.

« Los niños mas pequeños, amedrentados del espectáculo que les ofrecia un número tan considerable de Europeos, fueron á refujiarse inmediatamente bajo las alas de sus madres que les prodigaron todo jénero de caricias.

« No ignorábamos que aquellos salvajes no gustaban mucho de la armonía del violin. Sin embargo creyendo que no serian enteramente insensibles á sus sonidos, nuestro músico empezó á tocar himnos animados que al principio nos dejó en la incertidumbre; pero habiendo redoblado sus esfuerzos paaa obtener aplausos jeuerales, halló completamente defraudadas sus esperanzas cuando vió aquella numerosa asamblea taparse el oído para no oir mas.

« Estos pueblos están cubiertos de piojos de pies á cabeza, y no pudímos menos de admirar la paciencia de una mujer que se ocupó mucho tiempo en limpiar á su hijo. Sin embargo, no nos sucedió lo mismo cuando la vímos matar á dentelladas tan fastidiosos insectos, pues sentímos la mas viva repugnancia, mayormente al observar que se los tragaba sobre la marcha. No podemos pasar en silencio que los monos y la mayor parte de los negros hacen lo propio. . Los niños gustaban tanto de todo lo que resplandecia, que sin el menor empacho nos arrancaban los botones metálicos de nuestros vestidos. Las madres, menos zelosas de sus propios atavíos que de los de sus hijos, nos los presentaban paraque les pusiésemos los adornos que les regalábamos para sí.

« Tampoco debo olvidar la trubanería de un jóven salvaje con uno de nuestros marineros, que habia depuesto al pie de una roca un saco lleno de mariscos. Llevóselo furtivamente el natural y lo ocultó á un punto algo distante, y despues de haberse divertido en hacerlo buscar por algun tiempo, volvió á sacarlo y lo trasladó á su puesto.

« Aquella numerosa asamblea quedó tan pasmada al presenciar los efectos de la pólvora de cañon cuando la arrojábamos sobre las ascuas, que nos suplicó varias veces que les repitiésemos el mismo espectáculo.

« No podian persuadirse de que todos nosotros fuésemos hombres, pues creían apesar de nuestras protestas que los mas mozos eran mujeres. Su curiosidad fué mucho mayor de lo que pensábamos, supuesto que no quedaron bien convencidos hasta que se cercioraron del hecho por sí mismos.

« Es muy difícil averiguar si es tan solo por coquetería ó por otro motivo desconocido que las mujeres han puesto en uso un medio que realmente será despreciado por nuestras petimetras, no obstante que tiene la propiedad de hacer desparecer buena parte de las rugas producidas por la preñez. La piel de su vientre era señalada por tres grandes prominencias semicirculares y colocadas unas sobre otras.

« Uno de los salvajes tenia en la cabeza muchas señales recientes de quemadura. Quizás aplican el cauterio actual en diversas enfermedades, lo que no seria estraño, atendido que este uso se halla igualmente establecido entre otros muchos pueblos, con especialidad entre la mayor parte de los Indios.

« Estos indíjenas comen á mediodía. Hasta entonces solo habíamos podido formarnos una idea insignificante del trabajo que se toman las mujeres para procurarse los alimentos necesarios á la subsistencia de su familia; desde luego tomaron un canastillo, siendo imitadas por sus hijas,

y se encaminaron á las rocas del mar donde se aventuraron á sumerjirse hasta el fondo de las aguas para cojer crustaceos y mariscos. Como hacia ya mucho tiempo que estaban sumerjidos, empezámos á concebir las mas vivas inquietudes por su vida, puesto que se zambulleran en medio de plantas marinas de una gran lonjitud, entre las que se observan el *fucus pyrifer*, que temíamos no las hubiesen abarrancado y las impidiesen asomarse sobre la superficie del mar; pero al fin se mostraron de nuevo y nos aseguraron que tenian una facilidad increíble en zambullirse tanto tiempo como nuestros buzos mas hábiles. Un solo momento les bastaba para respirar, y en seguida volvian á zabullirse hasta colmar su canastillo. La mayor parte estaban provistas de un pequeño madero cortado en forma de espátula, de que hemos hablado ya, y les servian para cojer en las rocas ocultas bajo las aguas y á grandes profundidades grandes orejas marinas.

« A vista de los gruesos cabrajos que henchian sus canastillos, no pudímos menos de temer que semejantes crustaceos dañasen á aquellas mujeres desgraciadas con sus enormes pinzas; pero en breve observámos que no habian descuidado la precaucion de matarlos así que los cojieran. Nunca salian del agua sino para traer á sus maridos los frutos de su pesca, y no pocas veces volvian á zambullirse sobre la marcha hasta hacer una provision harto abundante para alimentar á sus familias. Otras veces se calentaban en todos sentidos poniéndose entre el fuego en que cocian el pescado y las hogueras que encendian á sus espaldas.

« Parecia que odiaban el ocio sobremanera, puesto que mientras se estaban calentando, se ocupaban en tostar mariscos sobre las ascuas con las mayores precauciones. No ponian tanto esmero en cocer cabrajos, puesto que los arrojaban al azar en medio de las llamas, y en cuanto estaban cocidos, distribuían sus patas á los chicos, reservándose el cuerpo, que á veces se comian antes de volver á sumerjirse al fondo del mar.

« Todos indistintamente sentímos á la verdad que aquellas pobres mujeres se viesen condenadas á una faena tan sumamente incómoda. Por otra parte se esponian tambien á ser devoradas por los tiburones, ó hallarse comprometidas en media de los fucus que vejetan en el fondo de aquellos mares. No pocas veces incitámos á los maridos á participar almenos de sus fatigas; pero todas nuestras instancias fueron vanas, pues no se movieron del hogar saboreándose con los mejores bocados hasta empalagarse, y halagando su paladar con fucus tostados y helechos. De cuando en cuando se ocupaban en arrancar ramas para atizar el fuego, escojiendo siempre los mas secos. Su modo de cortar leña nos dió á conocer que tenian el craneo muy duro, puesto que se servian de él como punto de apoyo, y con las manos fijadas en los estremos de cada rama, la encorvaban fuertemente hasta romperla. Su cabeza estaba siempre descubierta y no pocas veces espuesta á todas las intemperies de la atmósfera, y de esta suerte adquiere la facultad de resistir á semejantes esfuerzos. Por otra parte sus cabellos forman como una almohada que amortigua la presion y la hace mucho menos dolorosa en la coronilla de la cabeza que en todas las demas partes del cuerpo. No pueden hacer otro tanto las mujeres; porque las unas tenian el pelo bastante rasurado y traían en la cabeza una cuerda que la daba muchas vueltas, al paso que las otras solo tenian una simple diadema de pelo. La misma observacion hicímos con respecto á muchos niños, pero no acerca de los hombres, puesto que todos tienen la espalda, el pecho y los brazos cubiertos de pelos algodonados.

« Los dos individuos mas robustos de la cuadrilla estaban sentados en medio de sus hijos, con dos mujeres á su lado; diéronnos á entender por señas que les pertenecian, y nos presentaron una nueva circunstancia que nos demostró con evidencia que entre ellos está en uso la poligamia. Las otras mujeres que solo tenian un marido, procuraban igualmente dárnoslo á conocer. Es muy dificil averiguar cuales son mas felices, pues todas están agoviadas por las mas penosas faenas domésticas.

« Hacia ya mucho tiempo que duraba su banquete, y estábamos sumamente sorprendidos al ver que nadie bebiera todavía, puesto que todos aguardaron estar hartos; en cuyo caso las mujeres y las mozas fueron á buscar agua con los vasos de ova de que he hecho mencion, y los colocaron junto á los hombres que la bebieron sin repugnancia, apesar de ser sumamente cenagosa. De esta suerte coronaron su banquete.

« Cuando volvímos á embarcarnos para ir á bordo, aquellas jentes nos siguieron con la vista por algun tiempo, y se internaron despues en los bosques. Su camino les conducia á veces á la playa del mar, y al momento nos lo advertian los gritos de alegría con que poblaban los aires.

« Jamas nos presentaron ninguna circunstancia que nos indujese á creer que tenian jefes. Por el contrario, cada familia nos pareció vivir en una completa independencia, y únicamente ecsistia entre los hijos una severa subordinacion á sus padres y entre las mujeres á sus maridos. Parecíonos asimismo que se guardaban muy bien de dar márjen á sus zelos, bien que un individuo de la tripulacion se congratuló de haber sido muy bien acojido por una de las beldades del cabo Diemen, aunque es muy dificil saber hasta que

punto tenia razon. »

El Inglés Hayes visitó en 1794 el rio denominado Rio del Norte por d'Entrecasteaux, y le aplicó el nombre de Derwent que ha prevalecido. En 1792 fué visitado igualmente por el cirujano Bass que fué el primero en aseverar la separacion ecsistente entre la Australia y la tierra de Van-Diemen. Embarcóse en un ballenero armado de seis hombres, y tuvo bastante intrepidez para navegar á lo largo de la costa desde Port-Jackson hasta Port-Western, aplicando su propio nombre al estrecho que separa entrambas tierras. Casi á la misma época, el teniente Flinders verificaba reconocimientos útiles relativos á diversas islas situadas en la parte oriental del estrecho. A fines del mismo año Flinders y Bass ejecutaron juntamente, á bordo del sloop *el Norfolk*, la circumnavegacion de Van-Diemen's-Land: así que, cuando en 1802 el capitan Baudin apareció en las mismas costas no hizo mas que coronar aquella empresa con algunas observaciones jeográficas que agregaron muy pocos documentos á los recojidos. No debe decirse lo mismo en órden á los trabajos de los naturalistas, entre los cuales se hallaba Péron, que describió en estilo enérjico y con toda la viveza de imajinacion que le caracterizaban, muchas de las entrevistas que tuvo con los naturales del país.

« ....Apenas habíamos desembarcado, dice, cuando nos salieron al encuentro dos naturales en la cima de un morro casi perpendicular. Hicímosle varios signos de amistad, y al instante uno de ellos descendió precipitadamente del peñon, y en un cerrar de ojos lo tuvímos con nosotros. Era un mozo de veinte y dos á veinte y cuatro años, de una construccion jeneralmente robusta, y no tenia otro defecto que la delgadez de las piernas y de los brazos que caracteriza á su nacion. Su fisonomía no presentaba nada de áustero ni feroz: sus ojos eran vivaces y espirituales, y su talante manifestaba á la vez benevolencia y sorpresa. Abrazóle M. Freycinet, y yo hice otro tanto; pero si he de juzgar por las señales de indiferencia con que nos acojió, no tenia en su concepto la menor significacion. Lo que mas en un principio pareció afectarle fué la blancura de nuestra tez; y queriendo sin duda cerciorarse de si este color era el mismo en todo el cuerpo, entreabrió sucesivamente nuestras chupas y nuestras camisas, y manifestó su admiracion por medio de grandes aullidos de sorpresa. especialmente con patadas en estremo vivas.

« Sin embargo nuestra chalupa parecia ocupar su atencion mucho mas que nuestras personas; así que despues de habernos ecsaminado por espacio de algunos minutos, se dirijió á nuestra embarcacion, y lejos de inquietarse por la presencia de los marineros, se dedicó nuevamente á un serio ecsámen. La densidad de las costuras, la solidez de la construccion, el timon, los remos, las jarcias, las velas, todo lo observó con el silencio y atencion que producen el interés y la admiracion. Hé aquí que uno de nuestros gondoleros, deseando sin duda dar pábulo á su sorpresa, le presentó una redoma de vidrio llena de arac, que formaba parte de los víveres de la tripulacion. El esplendor del vidrio le incitó á prorumpir en un grito de admiracion, y á tomar la redoma que ecsaminó por algunos momentos: pero su curiosidad se halló concentrada luego sobre la chalupa, y arrojó la redoma al mar sin otro objeto aparente que desembarazarse de un artículo no necesario, y se dedicó de nuevo á su ecsámen. Ni los gritos del marinero que se quejaba por la pérdida de su redoma de arac, ni el apresuramiento de uno de sus camaradas en lanzarse al agua para pescarla, fueron parte á conmoverle. Repetidas veces intentó enmarar la chalupa; pero como el cable que la retenia inutilizaba todos sus esfuerzos, vióse forzado á abandonarla despues de habernos dado el mas vivo ejemplo de la atencion y de la reflecsion de que son susceptibles aquellos pueblos salvajes.

« Llegados á la cima del morro mencionado, M. Freycinet y yo encontrámos al segundo natural, anciano que frisaba con los cincuenta años. Su barba era en parte gris como sus cabellos; su fisonomía parecia ecsenta de los defectos inherentes á la caduca senéctud, y á través de algunos signos inequívocos de turbacion y terror se distinguian fácilmente su candor y su hombría de bien. Despues de habernos ecsaminado á entrambos con no menos sorpresa y satisfaccion que el primero, el anciano averiguó asimismo el color de nuestro pecho abriendo nuestras chupas y nuestras camisas, y mandó á dos mujeres que se acercasen. Titubearon estas algun tanto, pero al fin la mas entrada en años se decidió á hacerlo. Siguióla la mas jóven con mas timidez y turbacion que la primera; esta tenia unos cuarenta años, y en su vientre tenia no pocas rugas que manifestaban á no dudarlo ser madre de muchos hijos. Iba absolutamente desnuda, y parecia, como el anciano, buena y amable. La jóven era de unos veinte y seis á veinte y ocho años, tenia una constitucion harto robusta, é iba enteramente desnuda como la primera, á escepcion de una piel de kangarou en la que llevaba una niña que aun amamantaba. Su seno era ya algo ajado, pero parecia bastante bien conformada y suficientetemente provista de leche. Esta jóven, lo mismo que el anciano y la otra mujer, que presumímos ser su padre y madre, tènia una fisonomía interesante: sus ojos manifestaban mucha espresion y un no sé qué de espiritual que

no pudo menos de sorprendernos y que no hemos observado en ninguna otra mujer de esta nacion. Por otra parte parecia querer mucho á su hijo, y las caricias que le prodigaba debian atribuirse á ese carácter sentimental que se muestra en todos los pueblos como el atributo particular de la ternura maternal.

« M. Freycinet y yo colmámos de presentes á aquella interesante familia; pero todos fueron recibidos con una indiferencia que nos sorprendió y que hemos observado despues entre muchos otros individuos de la misma raza.

« Habiendo observado el jóven que nuestros marineros deseaban encender lumbre, apresuróse á arrancar algunas ramas de árbol que nos presentó, y con una especie de antorcha nos procuró dentro de algunos minutos un gran fuego que nos causó tanta mas satisfaccion, cuanto que el termómetro de Reaumur apenas ascendia á 9°. La jóven esperimentó cierto sentimiento de sorpresa cuya causa podria parecer muy frívola, pero que no debo pasar en silencio, porque semejantes pormenores son precisamente los mismos que pueden dar una idea ecsacta y verdadera del estado de los pueblos situados á tan enormes distancias de nuestro estado social. Uno de nuestros marineros llevaba un par de guantes forrados que descalzó al acercarse al fuego y metió en su faltriquera. Al ver esta accion, la jóven prorumpió en un alarido tan grande, que por de pronto nos alarmó; pero no tardámos en venir en conocimiento de la causa de aquella especie de terror, y no nos cupo la menor duda por sus espresiones y jestos que tomaba aquellos guantes por verdaderas manos, ó almenos por una especie de piel viva que podia quitarse, meterse en la faltriquera y volverse á calzar á guisa de su dueño. Echámos á reir á carcajada tendida al reconocer tan singular error; pero no sucedió lo mismo con un rapto que nos hizo el anciano un momento despues de una redoma de arac; pues como contenia una parte considerable de nuestra bebida, nos vímos precisados á hacérsela restituir, lo cual parecia escitar algun tanto su resentimiento, puesto que no tardó en partir con su familia, no obstante las instancias que reiteré paraque no lo verificase. »

Péron tuvo con los salvajes una segunda entrevista que no ofrece menos interés.

« En breve hallámos una casa de naturales. Esta casa no era otra cosa que un tejadillo de cortezas dispuestas en semicírculo y apoyadas contra algunas ramas secas; pero un abrigo tan sumamente frájil no podia á la verdad tener otro objeto que preservar al hombre de la accion de los vientos sobrado frios, y observé que su convecsidad era efectivamente opuesta á los del S.O. que son los mas helados, los mas constantes y los mas impetuosos de aquellas comarcas. Delante del pobre *ajoupa* que acabábamos de descubrir se veian las cenizas de un fuego recientemente apagado, y á poca distancia se observaban enormes montones de conchas de almeja y de *haliotis gigantea*, que por la corrupcion de los despojos de los animales que encerraban todavía ecsalaban un hedor pútrido y nauseabundo. En la playa avistámos tres piraguas formadas cada una de tres palos de corteza reunidos de un modo sumamente grosero y conservados por tiras de la misma naturaleza.

« Estas casas, estos fuegos recientemente apagados, estos despojos de mariscos y estas piraguas nos indujeron á creer sin la menor duda que la familia que acabábamos de visitar no habitaba en aquel punto de la playa. En efecto, poco despues encontrámos los mismos individuos que nos salian al encuentro á lo largo de la costa. Así que nos avistaron prorumpieron en agudos gritos de alegría y aceleraron el paso para alcanzarnos. Su número se habia acrecentado con una moza de diez y seis á diez y siete años, dos muchachos de cuatro á cinco años y una niña de tres á cuatro.

« Esta familia volvia de la pesca, que sin duda fuera afortunada, puesto que la mayor parte de los individuos iban cargados de mariscos pertenecientes á la grande especie de orejas marinas particular á aquellas playas. El anciano tomó á M. Freycinet por la mano, nos dió á entender que le siguiéramos, y nos condujo al miserable albergue que acabábamos de abandonar. En un instante encendímos lumbre, y despues de habernos dicho varias veces *medi, medi* (sentaos, sentaos), como hicímos, los salvajes se pusieron de cuclillas, y empezó á comer cada uno el producto de su pesca. La cocina no era larga ni dificil, pues no hacian mas que poner á la lumbre los grandes mariscos, donde se cocian como en un plato, y lo engullian sobre la marcha sin ningun jénero de sazon ni condimento. Gustámos algunos de aquellos mariscos, y nos parecieron muy tiernos y suculentos.

« Mientras los buenos de los Diemenes se dedicaban á sus manjares, concebímos la idea de darles un poco de música, no tanto para recrear sus oídos, como para conocer el efecto que producian nuestros cantos en sus órganos. Por de pronto los salvajes parecieron mas turbados que sorprendidos; pero despues de algunos momentos de incertidumbre, prestaron toda su atencion, suspendieron la comida, y manifestaron una suma satisfaccion por medio de contorsiones y jestos tan sumamente estraños, que con dificultad pudímos contener la risa. En cuanto á ellos, no tenian menos trabajo en sufocar la espresion de su entusiasmo; pero en cuanto acabábamos una estancia, prorumpian en grandes gritos de

admiracion, especialmente el jóven, que parecia estar fuera de sí, rascábase la cabeza con ambas manos, ajitábase de mil maneras y prolongaba sus clamores. Despues de una música fuerte y guerrera, entonámos algunos himnos tiernos y suaves, y al momento los salvajes parecieron comprender su verdadero sentido, aunque fácilmente conocímos que los sonidos de aquella naturaleza no ponian sus órganos en tanta conmocion.

«Terminado el banquete, interrumpido por nuestros cantares, la escena tomó de golpe un carácter mas interesante. La citada jóven se distinguia mas y mas á cada momento por la dulzura de su fisonomía y por la espresion de sus miradas no menos tiernas que afectuosas. Oure-Oure, del propio modo que sus padres, iba de todo punto desnuda, y parecia no sospechar siquiera por asomo que aquella desnudez absoluta pudiese indicar en parte alguna inmodestia ni indecencia: su constitucion era mas débil que la de su hermana ó hermano; pero en cambio su carácter manifestaba mucha mas pasion y vivacidad. M. Freycinet, que estaba sentado á su lado, parecia ser el blanco predilecto de sus observaciones. Oure-Oure nos dió igualmente á conocer la especie de afeite de que usaban las mujeres de su país: puso carbones entre sus manos, los desmenuzó hasta reducirlos á finísimo polvo; conservólo en la mano izquierda, tomando cierta cantidad con la derecha, y frotándose la frente y las dos mejillas, se puso tan sumamente negra que daba miedo el verla. Sin embargo la circunstancia que nos pareció mas singular, fué el gusto con que aquella jóven parecia observarnos tras semejante operacion, y el aire de confianza que el nuevo atavío difundió en su fisonomía. Esto supuesto, puede muy bien colejirse que este sentimiento de la coquetería y la pasion á los adornos, constituyen por decirlo así unas necesidades innatas en el corazon de la mujer.

«Mientras estos acontecimientos, los chiquillos remedaban los jestos y monadas de sus padres, de suerte que nada cabe mas curioso que ver aquellos negrillos rebosar de júbilo al oir nuestros cantos. Habíanse de tal suerte familiarizado con nosotros, que al fin de la entrevista nos trataban ya con la misma libertad que si fuésemos conocidos desde mucho tiempo. Cada presente que les haciamos, por pequeño que fuese, les colmaba de placer y redoblaba su afecto hácia nosotros, y en jeneral puede decirse que eran vivos, traviesos y malignos.

«Los muebles y los útiles de la familia eran tan sencillos como poco numerosos; sus vasos para beber se reducian á una hoja de *fucus palmatus*, plegada por los dos cabos por medio de una aguja de madera; uno como palo de granitos hacia veces de cuchillo para cortar las cortezas de los árboles y aguzar las sagayas, y para sacar los mariscos de las rocas se servian de una espátula de madera. Solo Oure-Oure llevaba un saco de junco de una construccion elegante y singular que traía yo muchas ganas de obtener. Como aquella jóven me manifestaba igualmente algunas distinciones mas amigables, me aventuré á pedirle aquel saquito, y sin titubear me lo puso al momento en la mano con una sonrisa amable y algunas espresiones afectuosas, que sentí muchísimo no comprender. En fé de mi gratitud le ofrecí un pañuelo y un hacha cuyo uso enseñé á su hermano; lo que fué para toda la familia un grande objeto de sorpresa y de admiracion.

«Llegámos finalmente á la playa, y nos embarcámos en nuestras dos chalupas. Los buenos de nuestros Diemenes nos acompañaron hasta la orilla del mar, y cuando nos embarcámos, manifestaron su sentimiento del modo mas espresivo y sentimental. Hiciéronnos varias señas para espresar sus deseos de que fuésemos á visitarles otra vez, y cual para indicarnos el punto, encendieron una grande hoguera en el pequeño morro de que hemos hablado, y aun parece que pernoctaron allí, supuesto que vímos aquel fuego constantemente hasta el amanecer.»

De este relato pastoril del naturalista Péron no debe inferirse que los Diemenes se mostrasen siempre igualmente agasajosos y buenos para los Franceses. En la narracion de su viaje, Péron ha usado y abusado del método á la sazon en boga de describir con brillantes pinceladas aquellas esploraciones remotas y hacer circumnavegaciones color de rosa. Insiguiendo el diario de sus compañeros de viaje, parece que no tardaron en suceder á estas primeras y amigables relaciones varios actos de perfidia. Un oficial francés, sin que hubiese mediado la menor provocacion, recibió inopinadamente un sagayazo que poco faltó paraque no le pasase el cuello; otros oficiales fueron acometidos á pedradas; un dibujante de la espedicion tuvo que luchar por sí solo contra varios salvajes que pretendian arrebatarle á todo trance un cróquis que acababa de trazar, y una granizada de flechas hirió gravemente al capitan Hamelin. Finalmente, á la orilla de la bahía de las Ostras tuvo lugar una entrevista entre los Franceses y los salvajes, que si bien comenzó amigablemente, poco faltó paraque tuviese un desenlace trájico. Este acontecimiento es narrado por Péron en los términos siguientes:

«Acabo de hablar de la veleidad del carácter de los salvajes con quienes estábamos relacionados, y este concepto que de ellos tenia formado fué robustecido mas y mas por una prueba reciente y bien marcada. Mientras M. Petit y yo nos ocupábamos en nuestras investigaciones, oímos repentinamente grandes alaridos en el interior de

la selva. A estos gritos levántanse en masa los salvajes, toman las armas y tienden hácia el mar miradas de sorpresa y de ferocidad. Manifestábanse sumamente ajitados, cuando descubrímos un bote de nuestras naves que velejaba á poca distancia de la costa; y ya no me cupo duda que aquel bote, señalado de diversos puntos por una especie de centinelas y quizás por sus mujeres apostadas á este objeto en la cima de las rocas ó en la copa de los mas encumbrados árboles, era la única causa de su ajitacion y de sus alarmas. Desde luego se oyeron nuevos alaridos, y como sin duda indicaban que el bote se alejaba de la costa, los naturales entraron un poco en sosiego, y de consiguiente aproveché aquella ocasion para darles á entender que los hombres que habian visto eran amigos suyos, lo mismo que nosotros, y que solo podian aguardar de los mismos presentes y beneficios. Semejantes protestas fueron al parecer comprendidas perfectamente, supuesto que depusieron todos las armas. Entretanto continuámos nuestras tareas, dedicándose M. Petit al dibujo, y yo en analizar su lengua; pero como á cada paso se manifestaban mas inquietos y distraídos, se denegaron á satisfacer á mis preguntas, y M. Petit no tropezaba con menos obstáculos para dar cima á los dibujos empezados.

« Insensiblemente se manifestaron mas y mas emprendedores; hablábanse mutuamente con ajitacion; mirábannos con un no sé qué de mas sombrío y feroz que antes y parecian meditar alguna violencia; pero el fusil de M. Rouget y el continente de aquel mozo, uno de los individuos mas intrépidos y bizarros de nuestra tripulacion, parecian imponerles mucho. A cada paso le incitaban á disparar á los pájaros que se hallaban encaramados en los vecinos árboles, no sé si por curiosidad ó por malicia; mas como no estábamos harto seguros de nuestra arma, nos juzgábamos en una posicion sobrado crítica para acceder á sus instancias, lo que les dió márjen á nuevas sospechas é inquietudes.

« Su audacia se acrecentaba á la par de su desconfianza. Uno de ellos pretendia apoderarse de mi chupa, que por la viveza de sus colores llamó sobremanera su atencion. Es verdad que ya me la habia pedido mucho antes, pero yo se la negara tan redondamente, que no creía ni por asomo que reiterase sus instancias. Sin embargo otro fracaso ocurrió, pues en un momento en que yo estaba distraído, me asió por la chupa, aplicándome al pecho la punta de su sagaya, y blandiéndola con fuerza parecia significarme: « La chupa ó la vida. » En una posicion tan delicada hubiera sido peligrosísimo encolerizarme, porque sin el menor reparo me hubiese pasado con la sagaya. En consecuencia finjí considerar sus amenazas por una burla, pero asiendo con oportunidad la punta de su arma, se la aparté, y mostrándole á M. de Rouget que acababa de apuntarle á quemaropa, le dirijí una sola palabra de su dialecto, *mata* (muerte). Comprendióme á las mil maravillas y sin titubear un momento depuso su arma con la misma indiferencia que si no me hubiese hecho la menor accion hostil.

« En cuanto me hallé libre de aquel inminente peligro, víme comprometido de un modo, sino tan peligroso, almenos no muy satisfactorio. Uno de los anillos de oro que llevaba en mis orejas escitó los deseos de otro salvaje que sin decir nada me siguió por la espalda, y asiendo el anillo con su dedo lo estiró con tanta fuerza que me hubiese rasgado la oreja irremediablemente á no haberse abierto.

« Sin embargo, téngase bien presente que habíamos colmado á todos estos hombres de presentes; que les habíamos cargado, por decirlo así, de espejos, de cuchillos, de perlas, etc.; que por ellos me habia despojado de todos los botones que siendo de cobre dorado, eran en su concepto preciosísimos, á causa de su brillo; que habíamos satisfecho todos sus deseos y caprichos indistintamente sin ecsijir nada, y todavía resaltará mas la perversidad de su conducta hácia nosotros, pudiendo asegurar de positivo que sin la presencia de M. Rouget y su espantajo, M. Petit y yo hubiésemos sido víctimas de su despecho. Es cierto que así por carácter como por principios nadie estaba mas espuesto que yo á los efectos de sus inconsecuencias y de sus caprichos; pero tampoco debo pasar por alto que todas sus acciones eran impregnadas de cierto carácter de perfidia y de ferocidad que escitó la indignacion de mí y de mis camaradas, y comparando lo que veíamos con lo que anteriormente habia ocurrido en el canal de d'Entrecasteaux á varios de mis compañeros, deducíamos la consecuencia lejítima de la necesidad de no presentarse mas entre aquellos pueblos mas que con los medios suficientes para contener su mala fé y repeler todos sus ataques.»

Reservando á un lado todos estos acontecimientos, no estaba muy lejos el dia en que los indíjenas debian ser desposeídos de las selvas y playas que constituían sus dominios y su propiedad. Proscritos, fujitivos y hacinados en el fondo de las soledades interiores, debian trocar su vida tranquila y sosegada por otra de temores perpetuos y de esclavitud siempre redoblada.

Efectivamente, en junio de 1803 fondeó en la bahía de Hobart-Town una colonia procedente de Port-Jackson, compuesta de un destacamento de soldados, de algunos oficiales libres y un corto número de presidarios, que echaron los cimientos de esa ciudad, capital de la Tasmania. Las primeras empresas de esta colonizacion



3. Naturels de la Tasmanie pêchant des Coquillages.

3. Naturales de Tasmania pescando Conchas



4. Dasyures dévorant un Phoque.

4. Dasiures devorando un Foca

fueron sumamente incómodas, puesto que tuvo que lucharse contra la penuria, en razon de que el número de ganados importados no eran bastante parte al alimento de los Ingleses y á la propagacion de las piaras. El establecimiento no se hallaba en un estado muy próspero, cuando en febrero de 1804 el teniente coronel de Collins se encargó del mando é imprimió á la Tasmania un progreso muy rápido. Dióse incremento á la ciudad, esplotáronse sus cercanías y se hicieron reconocimientos interiores en todos sentidos. El movimiento de aquella época fué continuando su primer impulso sin interrupcion, por manera que en la actualidad la colonia cuenta 30.000 habitantes, entre los cuales hay 13.000 de orijen libre. El gobierno de Van-Diemen's-Land fué subordinado por mucho tiempo al de la Nueva Gales del Sur. Hasta en 1825 Van-Diemen no fué una colonia independiente, y aun bajo la direccion del teniente gobernador que debe recibir las órdenes del gobernador vecino en caso que este último se trasladase oficialmente en territorio de Tasmania.

Ademas del teniente gobernador hay un consejo ejecutivo y otro lejislativo. El primero se compone de cuatro miembros, á saber, el justicia, el secretario de la colonia, el tesorero y el jefe de policía. El gobernador preside este consejo y debe seguir su parecer en todas sus deliberaciones importantes; mas en caso de oposicion de parte del consejo, el gobernador puede seguir el suyo con tal que esponga sus motivos por escrito al gobernador de la metrópoli.

El consejo lejislativo se compone de siete miembros, entre los cuales hay tres que forman parte de otro, y otros cuatro elejidos de entre las personas mas considerables de la colonia. A estos pertenece el cargo de imponer los subsidios y discutir las leyes: sus sesiones son secretas hasta que la gaceta oficial publica sus resultados.

La composicion de este consejo y su modo de proceder fueron ya desde su orijen el blanco de las mas graves recriminaciones. Lo mismo que en la colonia madre, los individuos independientes reclamaron con instancia el establecimiento del jurado y la representacion nacional. Estableciéronse periódicos liberales, órganos de la oposicion, que formularon las quejas en polémica cotidiana. Sin embargo todos estos esfuerzos fueron circunscritos á tan remotos países, en razon de que los mas entusiastas fueron perseguidos, y los mas obstinados folletos fallecieron á fuerza de multas; así que el mal ecsiste hoy lo mismo que anteriormente.

La isla de Van-Diemen ha sido dividida por los habitantes actuales en dos grandes partes, á saber: el condado de Uckingham, parte meridional de la isla, cuya capital es Hobart-Town, y el condado de Cornwall, que comprende el N. de la isla y la capital Launceston. Estas dos divisiones tienen por límites la madre del rio Macquarie en la parte mas prócsima á sus fuentes. Los establecimientos de los Ingleses han sido hasta aquí aglomerados en su mayor parte en la comarca central de la isla, que es ciertamente la mas feraz y la mas habitable. Las rejiones vecinas á las costas oriental y occidental son cubiertas en gran parte de impenetrables montañas ocupadas por algunas tribus indíjenas.

Algun tiempo despues de la fundacion de la colonia, los naturales intentaron contraer relaciones con los recien venidos; pero por una fatal equivocacion el oficial que á la sazon mandaba les acojió á cañonazos y á fusilazos, de cuyas resultas fueron muertos ó heridos muchos de aquellos desgraciados. En vista de semejante acojida los isleños concibieron el mas profundo resentimiento contra los Ingleses y rechazaron todas sus proposiciones, atrincherándose en puntos casi innaccesibles de donde no salieron mas que para ejercer actos de venganza y de pillaje. Sin embargo en nuestros dias en que la dominacion inglesa ha tomado en aquellos países una preponderancia mas marcada, las agresiones de los salvajes son mas raras de dia en dia. Los habitantes de la Tasmania van cejando á pasos redoblados ante el curso de la civilizacion europea, y no cabe duda que dentro de algunos años no se hallará en la isla un solo indíjena. Aseguran que su número se halla ya actualmente reducido á 2.000.

Estos indíjenas constituyen una simple variedad de la familia melanesia y se asemejan en todos sus caractéres á varias razas ya descritas de la Australia. Sus usos, sus costumbres, su método de vida, todo es casi idéntico: únicamente hay la diferencia de que los Tasmanios tienen en jeneral la tez mas morena y el pelo mas crespo y aun lanoso, si hemos de dar crédito á las relaciones de algunos viajeros (PL. XXXIX. — 5 y XLII. — 3). La caza y la pesca subvienen á su subsistencia, especialmente la de los crustaceos y de los mariscos. Los Ingleses han observado que cada tribu reconocia por jefe un hombre al que los demas prestaban una verdadera obediencia. Para salvar los rios y los brazos de mar echan mano de unas balsas formadas de troncos de árboles juntados por medio de travesaños atados con hebras de corteza. Estas balsas son montadas por diez personas cada una, que las maniobran hábilmente con el ausilio de pagayas. Ordinariamente las fabrican cuando las necesitan, y pasado este caso las abandonan en la playa.

Todas las personas de ambos secsos van desnudas, aunque durante el invierno se cubren á veces con capas hechas de pieles de kangarous. Las mujeres sobre todo traen un vestido prendido en las espaldas y atado al rededor de la cin-

tura por medio de una soga. Aunque los usos de aquellos naturales han sido estudiados con mucha imperfeccion, parece indudable que son estranjeros á muchas de las bárbaras costumbres que se observan en diversos puntos de la Australia. Así es que no arrancan ningun diente á los adultos, ni cortan una falanje del dedo á las mozas, ni matan los niños á la muerte de las madres, ni arrebatan brutalmente á las mujeres. Parece que las Tasmanias no deben de estar muy contentas de sus maridos, puesto que no pocas veces los abandonan para juntarse á los marinos que se dedican á la pesca de las focas y de las ballenas. Por miserable que sea su ecsistencia, la encuentran sumamente agradable en comparacion con la que les reservan sus terroríficos desiertos.

CAPITULO XII.

TASMANIA. — JEOGRAFÍA Y PRODUCCIONES.

La Tasmania ó isla de Van-Diemen, separada de la Australia por medio del estrecho de Bass, se estiende desde los 41° hasta los 44° lat. S. y desde los 143° hasta los 146° lonj. E. Su anchura y su lonjitud son de unas 150 millas, y su superficie puede evaluarse en 12.000 millas cuadradas.

El clima de esta isla es puro y saludable. Durante el invierno el termómetro no baja ordinariamente de 0, al paso que en verano raras veces se esperimentan esos calores insoportables que hacen tan incómoda la permanencia de Sydney. Tampoco se halla espuesto el estranjero á estas sequías largas y desoladoras que desperdician las cosechas y hacen fallecer á las reses. El único inconveniente de este clima consiste en sus frecuentes é impetuosas borrascas, y aun esta dificultad que se echa de ver mas notablemente en las cercanías de Hobart-Town, parece deber atribuirse á la configuracion de esta parte de la isla. A medida que se penetra en el interior, el estado atmosférico parece no estar sujeto á tan violentas conmociones.

Aunque las dimensiones de esta tierra son demasiado estrechas para contener ningun rio de consideracion, encuéntranse sin embargo en ella numerosas corrientes que la riegan en todos sentidos. Considerada bajo este aspecto, la Tasmania es mucho mas favorecida por la naturaleza que el territorio austral, supuesto que almenos contiene dos rios importantes, el Derwent al S. y el Tomar al N., navegables durante un trecho considerable. Ademas pueden citarse en segundo lugar el Noath-Erk y el South-Erk, el Laóe-River, el Jordan, el Clyde, el Shannon, el Oose, el Arturo, etc., y muchos otros torrentes que fertilizan sus risueños valles. Encuéntranse ademas en la Tasmania un gran número de lagunas de notable estension, como por ejemplo las de Lemoon's-Lagon, Antill's-Ponds, Macquarie-Springs, Arthur, Fergus, Echo, etc. Entre ellas hay una que seria muy notable si fuese cierto lo que de ella se refiere. Situado en la cumbre de las montañas del O., este lago tiene cincuenta millas de circuito, y en tiempo ordinario sus aguas rebosan en chorros poco considerables, pero en la estacion lluviosa estas inundaciones son enormes. Este inmenso reservatorio créese jeneralmente que es la fuente Derwent; y si este aserto es verdadero, se esplica fácilmente la irregularidad de sus mareas. Sin embargo esta hipótesis está subordinada á la ecsistencia del lago que ya de suyo es muy dudosa.

El territorio de la Tasmania es sumamente montuoso, con especialidad en sus playas. Las especies de sus plantas son casi las mismas que las especies australes, sin otra diferencia que entre aquellas no se vé el cedro (*cedrela toona*), ni el mahogany (*eucalyptus robusta*), ni el palo rosa (*trichilia glandulosa*). En cambio se encuentran dos especies de madera, vulgarmente llamadas blackwood y pino de hum, muy útiles para las construcciones. La última, que pertenece al jénero *dacrydium*, crece en abundancia en el interior del abra Macquarie (Pl. XLI. — 4), y lo mismo deberia decirse del pino de la bahía de la Aventura, (*porocarpus asplenüfolius*), sino fuese tan raro.

Todos los animales de la Nueva Holanda se encuentran en la tierra de Van-Diemen, á escepcion del perro silvestre. Encuéntrase ademas el gran dasyure (*thylacinus cynocephalus*), animal carnicero que á veces alcanza una lonjitud de seis pies y medio desde la punta de la nariz hasta la estremidad de la cola (Pl. XLII.— 4). Este animal ataca los ganados; pero huye la presencia del hombre. Encuéntrase igualmente otro dasyure mas pequeño (*dasyurus cursinus*), llamado vulgarmente *native devil* (diablo del país). Es enteramente negro, provisto de fuertes dientes y de un natural rebelde é indomable. Estos animales pueden vivir mucho tiempo sin comer, y entre ellos se cautivó uno que pasó tres semanas enteras sin recibir ninguna especie de alimento, y que al cabo de dos años de cautiverio mostró la misma ferocidad que antes. El natural indómito de estos animales forma el mas vivo contraste con el de los otros mamíferos de este país; porque los kangarous, los wombats y los didelfos pueden familiarizarse en pocos dias hasta el punto de seguir á su dueño lo mismo que un perro.

Las producciones mineralójicas de la Tasmania han sido hasta aquí muy poco estudiadas. Asegúrase sin embargo que la isla encierra minas de cobre, de hierro, de alumbre y de carbon de piedra, bien que ninguna ha sido esplotada. La piedra caliza es sumamente rara; por la parte

del S. se halla una piedra escelente para fábricas, pero por la parte del N. no se encuentra ningun objeto de importancia. Igualmente se hallan algunas lagunas salobres que suministran abundancia de sal.

CAPITULO XIII.

NUEVA ZELANDIA. — BAHÍA DUSBY. — CANAL DE LA REINA CARLOTA.

A 5 de febrero de 1832 el *Kanguroo* levó el ancla y á favor de una lijera brisa de N. N. O. llegó á la bahía de las Tempestades, donde se levantaron los vientos del O. y del O. S. O. que le pusiero en estado de enmararse. Cuando hubo desaparecido la costa, Powell llevó el rumbo hácia el E. S. E. en direccion á la parte meridional de la Nueva Zelandia. A la sazon estábamos en el verano de aquel hemisferio, cuya circunstancia inducia á creer que encontraríamos mares tranquilos y brisas suaves; pero nada de esto. El *Kanguroo* tuvo que arrostrar las espantosas borrascas que encrespaban los mares, y á cada momento saltaba con una violencia inaudita, cual si fuese á estrellarse y entreabrirse. Ningun mar del globo es mas proceloso que los mares australes; las aguas del Cabo de Buena Esperanza, tan célebres por sus desastres, son tranquilas y sosegadas en comparacion del mar que se estiende entre la Australia y la Nueva Zelandia.

El *Kanguroo* se portó á las mil maravillas en medio de aquellos mares borrascosos. Por espacio de tres dias sostuvo la capa con una constancia obstinada, y todos los pasajeros ó marinos teníamos que asirnos á una cuerda so pena de ser arrojados al mar á impulsos del furor de las oleadas.

Por fin despues de diez dias de navegacion el schooner llegó ante el puerto Mason, situado en la costa occidental de la isla Stewart donde hacia tres ó cuatro meses que un destacamento de seis hombres trabajaba en la pesca de las focas por cuenta del armador de Powell. De paso debíamos suministrarles víveres; pero así que nos encontrámos ante el boquete del puerto situado á unas dos leguas de tierra, nos sorprendió una completa calma que nos abandonó á la merced de una marejada que nos columpiaba de un modo nada satisfactorio. Afortunadamente los pescadores reconocieron el schooner, é inmediatamente acudieron con su bote montado por dos ó tres Nuevos-Zelandeses, naturales del estrecho de Foveaux, que debian regresar al seno de sus familias así que cumpliesen el plazo para el que se habian comprometido. Interrogaron al patron sobre el estado de la pesca y las necesidades de su tripulacion, á lo cual respondió que la pesca habia sido feliz, puesto que consiguió reunir 6.000 pieles y esperaba doblar esta cantidad para la época en que volvería á tomarlas, que seria á fines de marzo ó á principios de abril. En cuanto á las provisiones, merced á la pesca y á la caza, habian podido economizarlas de tal suerte que todavía les quedaba bastante carne salada y legumbres para aguardar la época de su partida; así que solo pidieron rom, tabaco, té, azúcar y un poco de jabon, que Powell les hizo entregar inmediatamente. Renunciando pues á la recalada de Port-Mason, el capitan prefirió conducir su buque á la bahía Dusby donde creía poder encontrar mas fácilmente leña y agua, y hacer las reparaciones que reclamaban las averías esperimentadas durante la travesía.

Habiéndose levantado una brisa del S. E., Powell se despidió de los pescadores y llevó el rumbo hácia el N. O. para montar el cabo O., abandonando la isla Stewart, sin poder reconocerla con ecsactitud. A unas dos leguas de distancia, esta isla ofreció un aspecto montuoso, agreste y estéril, y su superficie parecia haber esperimentado el efecto de las mas grandes convulsiones terrestres. Uno de los pescadores, mas intelijente que los otros, nos refirió que en las cercanías del abra se encontraba agua dulce de calidad bastante mediana, y que en ella se veían frondosas espesuras compuestas de enredaderas y helechos, pero ni un solo árbol siquiera. Componíase jeneralmente el terreno de rocas estériles en descomposicion, donde pululaban abundancia de pájaros.

Al amanecer del 1 de febrero, el *Kanguroo* costeaba á dos ó tres leguas de distancia al O. las islas Solander, que consisten en dos rocas estériles y encumbradas, separadas una de otra por medio de un canal sumamente angosto. Estos dos escollos sirviendo de punto de reconocimiento á la entrada del estrecho de Foveaux, es peligroso para las embarcaciones de gran porte, ya en razon de los escollos de que está sembrado, ya á causa de los vientos que en el espacio de algunas horas hacen la vuelta del compas en medio de espantosas ráfagas, ya en virtud de las corrientes impetuosas é irregulares que encrespan sus aguas.

Cuando hubímos pasado las islas Solander, se ofreció á nuestra vista la gran tierra. Teníamos delante la punta S. O. de Tawaï-Pounamou, compuesta de fragosas y encumbradas montañas, entre las cuales habia algunas coronadas de nieve. Su territorio parecia escabroso, pero no del todo estéril. La vista distinguia espaciosos trechos arbolados, algunos valles y varias mesetas. Por la tarde el *Kanguroo* costeó la tierra á menor distancia, y dobló el cabo O., notable únicamente por una blanquísima roca situada en su parte meridional.

Al dia siguiente y á favor de una brisa, *el*

Kanguroo dió en el brazo mas meridional de la espaciosa babía Dusky, y á mediodia surjió al abrigo del viento y de la marejada en la pequeña babía de la Cascada. Es imposible formarse idea del aspecto solitario y silencioso de la playa; solo el *Kanguroo* contenia en todo aquel espacio seres animados. Apenas se veían algunos pájaros bajo aquellas mudas bóvedas, y á no ser los árboles que de trecho en trecho se veían cortados, hubiera podido creerse con sobrado fundamento que el hombre nunca habia puesto el pie en aquella tierra. La vejetacion de la playa presentaba asimismo una fisonomía inusitada: no se veían ya aquellos deliciosos paisajes de la Polinesia, donde las palmeras, los bananos, los pandanos desplegaban sus formas elegantes y características; ni menos la flora de la Australia, tan rica y variada aunque carente de frescor. En las playas de la babía Dusky, la naturaleza vejetal tomaba un aspecto mucho mas sombrío y agreste, ni mas ni menos que el que presentan las comarcas mas septentrionales de nuestra Europa; pero esta semejanza solo debia atribuirse al conjunto, porque dejando á un lado algunas familias de la organizacion mas sencilla, como los líquen y algunos helechos, las demas plantas pertenecian á varias especies estranjeras al resto del globo.

Esta vejetacion es muy rica y lozana en los valles, en virtud del fecundo alimento que suministra el terreno, formado por los vejetales en descomposicion. El país está cubierto casi enteramente de malezas y de plantas sarmentosas, que imposibilitan casi de todo el punto el paso del viajero. Sus plantas herbaceas son proporcionalmente en muy corto número, y no hay espacio ninguno que pueda compararse á un pasto ó á una pradera; mas en cambio se encuentran verdaderas florestas que encierran copados árboles, entre los cuales hay algunos que pertenecen á los jéneros *dacrydium* y *podocarpus*. Hallábase igualmente uno de los árboles de cuyos renuevos echaba mano Cook á guisa de *spruce* para confeccionar la cerveza que daba á su tripulacion. Las hojas y estremidades de un arbusto muy comun (*melaleuca scoparia*), infundidas en el agua hirviendo, formaban una bebida aromática de un gusto harto agradable, que el capitan y sus compañeros bebian en lugar de té. Por lo demas la sandia y el apio son las únicas plantas comestibles del país, pero una y otra son en tan poca cantidad, que apenas ofrecen alguna cantidad.

Mayores recursos ofrece el reino animal. En las marismas y en la playa pueden matarse hasta cinco especies de animales que se muestran en ellas á millares. Las selvas contienen gallinetas de sabrosísima carne, y muchas avecillas particulares al país que constituyen una caza escelente.

La pesca suministra una profusion de sabrosos peces, particularmente la especie que los camaradas de Cook denominaron *pez-col*. Las tripulaciones que se hallan de recalo en esta bahía se alimentan casi esclusivamente de esta pesca. En cuanto á nosotros, era suficiente para alimentar á diez y ocho personas, entre las cuales habia solamente dos empleadas en pescar. Esta isla ofrece ademas otro recurso, á saber, la de los becerros marinos, que pudieran muy bien subvenir á las provisiones de las naves de gran porte. Cook gustaba de su lomo tanto como del de cerdo, y la carne comparable á veces con la del buey. De mí se decir que no soy del mismo parecer que el célebre navegante, pues todos los becerros marinos que gusté me parecieron de una carne pesada, poco delicada y no pocas veces nauseabunda.

El nombre que actualmente lleva esta babía se lo aplicó Cook en razon de una curiosa cascada que se encuentra á su entrada en la costa meridional. De una peña vertical de unas cincuenta toesas de altura se despeña una columna líquida de quince á veinte pies de volúmen. A la cuarta parte de su altura, esta columna choca con el vuelo de una roca algo inclinada, y se transforma en un chorro límpido y transparente de doce á quince toesas de anchura. Las aguas en el acto de caer se desparraman, hierven, se estrellan en la roca ó saltan tomando mil formas diferentes hasta que se reunen en una deliciosa hoya de unas cincuenta toesas de circumferencia. Bloqueado en todos sentidos por los flancos de la montaña y por enormes fragmentos amontonados al azar, el torrente se abre paso entre ellos y se precipita de lo alto de la colina hácia la playa. Los alrededores de la cascada, en un radio de mas de ciento cincuenta toesas, son impregnados de vapores húmedos producidos por las aguas en su caída; cuya niebla es tan sumamente densa, que en el espacio de algunos minutos penetra en los vestidos cual pudiese hacerlo una lluvia tenue, y cuyo estruendo es tan fuerte que apenas puede oirse de cerca. Así que las aves acostumbran posar muy poco en las cercanías, y huyen aquella especie de polvo que empapa sus alas y el ruido que los ensordece. Las rocas de la cascada son tapizadas de musgo, de helecho y otras plantas, al paso que los bordes del torrente están sombreados de arbustos y árboles, entre los cuales hay algunos que se encumbran á cuarenta pies de altura. Esta cascada presenta por fin un aspecto admirable, en especial si el espectador se coloca en la porcion que la domina, pues de esta suerte abraza de una ojeada los innumerables accidentes que la caracterizan, con la espaciosa bahía sembrada de verdes islas que ecsiste allende para completar el cuadro, y en los límites

del horizonte las imponentes montañas coronadas de nieve y los eternos llanos del Océano Antártico.

A menudo íbamos á visitar aquel paisaje, ora ciñéndonos á aquel punto de vista siempre nuevo, ora llevando mas allá nuestros reconocimientos interiores. A medida que nos alejábamos del mar, nos parecian las montañas mas altas, mas escarpadas y mas estériles. Al propio tiempo las dimensiones de los árboles iban decreciendo progresivamente hasta llegar á parecer simples malezas. Desde aquel punto se descubria distintamente la cadena interior en sus levantados cúspides, blanqueados por la nieve.

Entretanto, en medio de aquellas correrías no habíamos encontrado otros vestijios humanos que los restos de dos casas junto á una ensenada de la isla de los Toneleros. Estas casas indicaban con evidencia la mansion anterior de alguna tribu ó familia. En efecto, refiere Cook que encontró las playas de la bahía Dusky pobladas de naturales; pero Vancouver, que le fué posterior, aseguró que en su tiempo eran inhabitadas: lo cierto es que durante nuestra permanencia no vímos alma viviente.

Despues de haber pasado una semana en aquella bahía en medio de los placeres de la caza y de la pesca, el *Kanguroo* se hizo á la vela á 23 de febrero para salir de la bahía Dusky con el ausilio de una brisa juguetona del S. E. Pero apenas nos habíamos enmarado, cuando se levantó la brisa del S. O. en medio de espantosas ráfagas y chubascos mezclados de lluvia y piedra. El cielo pasó á ser borrascoso y la tempestad violenta y tenaz. Setenta y dos horas duró el nuevo huracan, durante las cuales andámos de cuarenta á cincuenta leguas por dia. Ni una vez siquiera avistámos tierra, pues el cielo se ponia de cuando en cuando tan nebuloso que desde la proa no se distinguian los marineros de la popa. Por fin, á 26 por la tarde se levantó el viento del N. O. mas moderado y tolerable. Al poner del sol percibímos unas montañas encumbradas, cuya configuracion, juntamente con la latitud observada indujo á creer á Powell que se hallaba en frente de la punta de las Rocas. En consecuencia navegó toda la noche hácia el E. N. E. y al dia siguiente por la mañana costeámos á algunas millas de distancia el cabo de Farewell para penetrar en el estrecho de Cook impelidos por una fresca brisa del N. sobre un mar terso y sosegado.

Doblada la larga y baja punta que se prolonga en forma de cuerno al E. del cabo Farewell, Powell llevó el rumbo hácia el S. para fondear en el abra del Astrolabio, descubierta en 1827 por el capitan d'Urville. Deseaba cerciorarse si en aquella localidad poco frecuentada los naturales podrian suministrarle hilaza de phormium en bastante cantidad y á un precio mas equitativo que en los demas puntos. Por la tarde el *Kanguroo* amarró el áncora junto á la aguada, y para anunciar su llegada á los salvajes Powell mandó disparar dos cañonazos de pólvora.

El abra del Astrolabio es muy deliciosa, recojida, segura y tranquila, por manera que las embarcaciones surtas en ella se encuentran al abrigo de los vientos y de la marejada. Las borrascas mas violentas apenas le envian una lama sorda que no ofrece el menor peligro. La costa se compone de morros de mediana altura entrecortados de barrancos en cuyo seno corren algunos arroyuelos. En el segundo plano álzase una serie de montañas aun mas encumbradas, y varias playas arenosas que ofrecen muchos puntos donde puede desembarcarse fácilmente. El abra del Astrolabio está situada en medio de la costa occidental de la espaciosa bahía de Tasman que posteriormente ha dado á conocer la esploracion completa del capitan d'Urville. Esta vasta ensenada, que en toda su estension ofrece un fondo de légamo, tiene almenos cuarenta millas de anchura de E. á O. sobre cuarenta y cinco millas de profundidad. Esta inmensa bahía es orillada al E. y O. de elevadas tierras con algunos vallecillos en la costa, al paso que termina en el fondo por una vasta llanura encajada por una cordillera de montañas cuya frente está coronada de nieves perennes. Esta llanada parece cruzada por un rio bastante caudaloso, y desde lejos se observan en ella algunos macizos de un verde sombrío formados sin duda por podocarpus.

Apenas hubo fondeado el *Kanguroo* en aquella bahía, cuando solicité como un favor especial que me desembarcasen en aquella tierra vírjen. En efecto un bote me condujo á la playa con el cirujano de á bordo, y en breve uno y otro armados de un fusil llegámos á una vecina playa. Durante algun tiempo seguímos el curso de un arroyuelo encajado en el fondo de un barranco, y cuyos bordes eran sombreados de magníficos helechos (Pl. XLIV. — 2), que en mi concepto pertenecian al jénero agatea, y los árboles que los dominaban al jénero mirtacea. A sesenta ú ochenta toesas sobre el nivel del mar aquella vejetacion desapareció enteramente, sin que se viese siquiera un árbol y altos helechos. El terreno presentaba un aspecto árido, y apenas ofrecia el helecho comestible cuyas sarmentosas ramas se entrelazan de suerte que forman densísimas selvas de cinco á seis pies de altura, y casi impenetrables, par razon de su tejido compacto. Sin embargo de trecho en trecho se presentaban algunas malezas formadas por leptospermums y otros dos ó tres árboles achaparrados, y el terreno estaba tapizado de líquenes de

los jéneros *cenomyce*, *sticta* y *ramalina*.

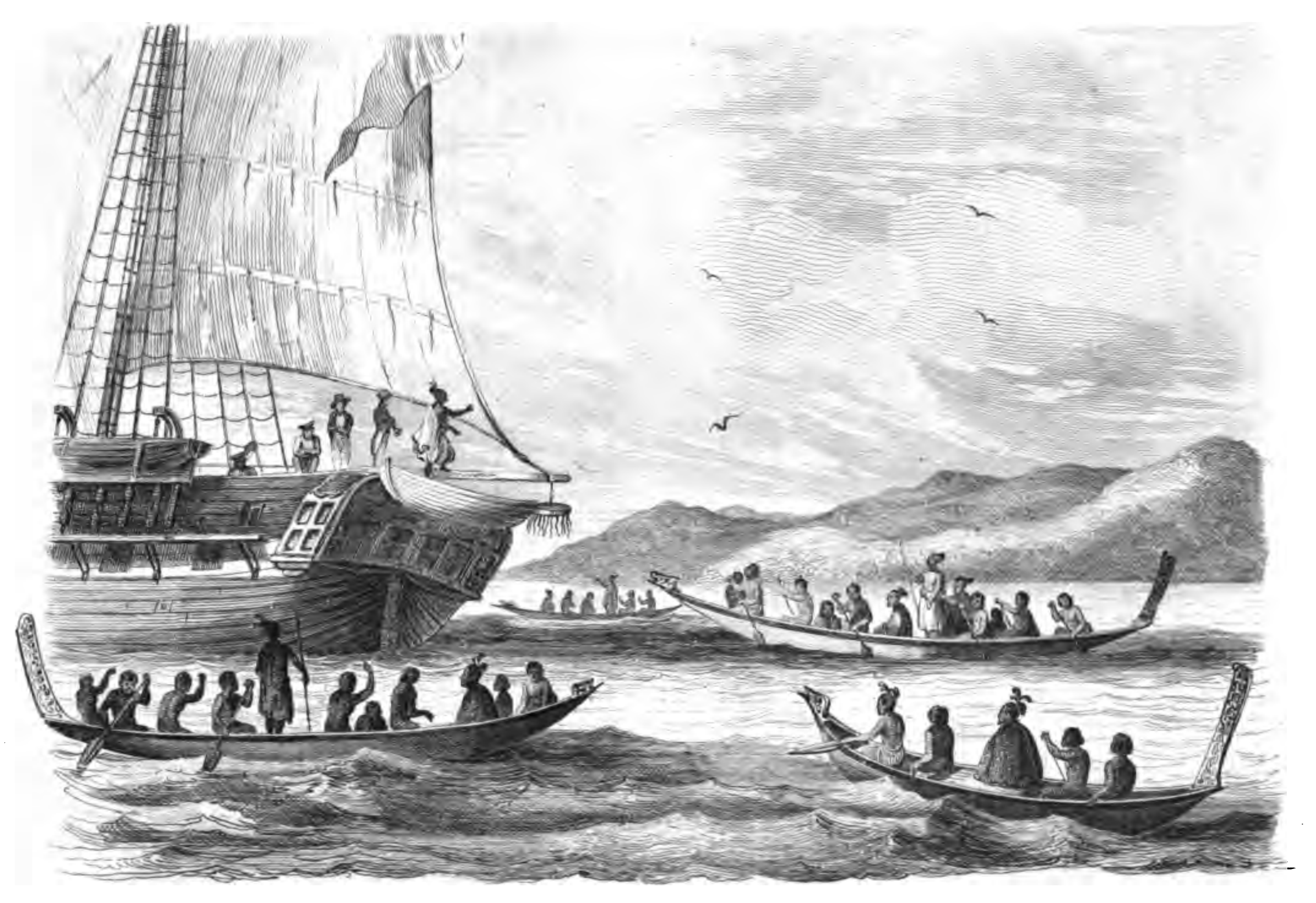
El reino animal parecia asimismo de todo punto impotente, puesto que no se echaba de ver ningun ave, ni insecto, ni menos réptil alguno, de lo cual resultaba un silencio lúgubre y absoluto y una inmovilidad profunda que hacen esperimentar al viajero las mas singulares sensaciones. No parece sino que es una naturaleza muerta y petrificada, una tierra donde no puede vivir ser alguno, salvo algunas plantas raquíticas.

Hallábamonos en aquella zona ingrata, cuando avistámos en la bahía una gran piragua que parecia dirijirse á nuestro surjidero con toda la fuerza de sus pagayas. Ardiendo en vivos deseos de ver á los isleños, emprendímos la marcha; pero habiendo tomado mal nuestra direccion, llegámos á la playa al poner del sol, despues de tres horas de camino. La piragua se habia á la sazon despedido del buque, pero acababa de atracar á la playa, precisamente en el mismo punto en que andábamos, y los naturales acababan de instalarse en dos chozas arruinadas (Pl. XLIV. — 1) para pernoctar. Cuando nos avistaron, preparaban su cena compuesta de patatas, de helechos y pescado seco; pero al momento nos salieron al encuentro prorumpiendo en gritos de alegría y ejecutando una suerte de parada militar acompañada de jestos amenazadores con sus lanzas y macanas. Esta demostracion bélica hubiera podido amedrentarnos si mi compañero, que estaba al corriente de las costumbres indíjenas, no me hubiese tranquilizado manifestándome que toda aquella ceremonia no era mas que un testimonio de honor y una simple formalidad de recepcion. Efectivamente, despues de cinco ó seis minutos de evoluciones militares, nos tendieron amigablemente la mano, y los jefes frotaron su nariz contra la nuestra, condujéndonos en seguida á sus hogares.

Entonces ecsaminé aquellos salvajes de pies á cabeza á la luz del fuego y al amarillento resplandor del crepúsculo. Su tipo es casi el mismo que el polinesio, sin otra diferencia que ser algo mas enérjico del que observara en Tonga y aun en Hamoa. Habia entre ellos algunos individuos que á juzgar por el aire de superioridad natural y sus esterillas mas finas debian reconocerse por *ranga-tiras*, ó caballeros que se distinguian por su continente y por su actitud digna y llena de gravedad. El semblante de aquellos naturales era enteramente cubierto de un pintarroteo compuesto de dibujos simbólicos y regulares, grabados profundamente en la piel, de lo cual resultaba que siendo de un amarillo bronceado afectaba un color casi negro. Dejando á un lado esta especie de deformidad, sus facciones tenian mucha regularidad y distincion, y aun habia algunos de un carácter casi europeo. Eran altos y bien formados, y sus movimientos argüian en jeneral vigor y ajilidad. Es verdad que no estaban comunmente gordos, pero su cabeza alta, sus hombros encojidos y su andar seguro y firme estaban impregnados de cierta altivez natural particular á esta raza de hombres. Los personajes de distincion se caracterizaban por elegantes esterillas de phormium que les cubrian casi enteramente el cuerpo hasta media pierna y se ataban en el pecho. Habia ademas un corto número que llevaban una segunda esterilla al rededor de los lomos. Sus cabellos eran anudados en la coronilla de la cabeza, y algunos los tenian superados de plumas flotantes de aves marinas. Los esclavos y los plebeyos no llevaban mas que esteras de junco, ó tejidos groseramente de phormium con un simple taparabo al rededor de la cintura, y sus cabellos desgreñados, sus rostros desnudos de todo pintarroteo, su constitucion flaca y mezquina, todo señalaba su estado de miseria é inferioridad.

Aquellos naturales nos ofrecieron con mucho gusto sus patatas, sus helechos y su pescado seco, repitiéndonos en tono amigable: *ka-paï, ka-paï* (es muy bueno, muy sabroso). En consecuencia gusté las patatas y las encontré de una calidad superior; pero en cuanto á los helechos los arrojé al momento por parecerme insípidos, correosos y destituídos de todo sabor agradable. El pescado lo creía muy bueno, pero no lo hallé tal, bien que los salvajes comieron de todo con una satisfaccion indecible y un apetito sin igual, y para corresponder á sus obsequios ofrecí á dos ranga-tiras algunas gotas de rom sacadas de mi botella. Cada uno de ellos chupó el licor; pero apenas lo gustaron cuando lo arrojaron inmediatamente esclamando: *kawa, kawa, ka kino* (fuerte, fuerte; es muy malo). Era aquella la vez primera que veía á unos Polinesios despreciar una bebida espirituosa, pues todos cuantos viera hasta entonces se habian manifestado sobremanera aficionados á los licores, y no cesaban de pedir de ellos á todos los Europeos que iban á visitarles.

Despues de una media hora de permanencia entre aquellos salvajes, nos habíamos levantado para aguardar el bote, cuando uno de los ranga-tiras me tomó misteriosamente por el brazo y me condujo tras una roca de la playa: procuré averiguar el significado de esta accion, y me sentí arrojado en brazos de una jóven cuyas facciones no me permitia distinguir la noche. El bueno de mi salvaje que parecia envanecerse de su oficio, me decia con agasajo: *ka-paï, ka-paï*, (es bueno, muy bueno). La moza no oponia la menor resistencia, y si bien aquel obsequio inopinado me dejó por de pronto estupefacto, procuré dar á entender que las tinieblas eran densísimas, y que sin duda empezaban á bordo á inquie-



3 Le Schooner entouré de Pirogues Zélandaises.

2 El Schoner rodeado de Piroguas Zelandesas



1. Cases à l'Anse de l'Astrolabe.

1 Casillas en la Ensenada del Astrolabio.



2. Ravin de la Nouvelle-Zélande.

2 Torrentera en la Nueva Zelanda.

de Sainson del.

VIAJE

tarse de nuestro paradero. Apesar de todo reiteraba sus instancias; deseaba no perder el fruto de sus esfuerzos, y quizá no me hubiese libertado con feliz écsito, sino le cediera un hermosísimo cuchillo que traia en mi faltriquera.

Cuando me hallé á bordo, nos refirieron los sucesos del dia. Habíanse presentado dos piraguas, una grande y otra pequeña, pero entrambas vacías, pues solo trajeran algunos mariscos, armas y muy poco cáñamo para permutar. Cuando Powell les significó que compraria todo el cáñamo que le suministrasen, la una de las dos piraguas se volvió á la aldea para participar aquella noticia á sus compatriotas; pero los naturales que montaban la segunda piragua no quisieron alejarse del buque, quedándose á bordo cuatro ó cinco de ellos para dormir en él, aprovechándose de los víveres que tenian, merced á la jenerosidad de algunos marineros. Por otra parte todos aquellos salvajes se mostraban dulces, familiares y benévolos, y aunque bastante vivarachos, sabian callar cuando convenia y evitar el hacerse importunos.

Al dia siguiente muy temprano se presentaron otras cuatro piraguas de las aldeas de Mat-Tehe y de Skoï-Teher, que podian contener unos ochenta isleños, entre los cuales se hallaban ocho ó diez mujeres y otros tantos niños. De aquellas mujeres solo habia dos ó tres que pudiesen pasar por lindas en razon de su frescura y de su juventud, y aunque eran bien formadas, eran muy inferiores á las mujeres de Tonga, en órden á la regularidad de sus facciones, á la flecsibilidad de sus formas, y sobretodo á su limpieza y aseo. Apesar de estos inconvenientes, no les faltaban adoradores entre nuestros compañeros de viaje, que usaron á sus anchuras de la facultad que la ley del país concede á las jóvenes de disponer libremente de sus personas.

Powell compró todo el cáñamo que le trajeron las piraguas, cuatro ó cinco quintales, mediante un viejo mosquete y unas cuatro libras de pólvora. Los salvajes prefirieron estos objetos á todas las hachas y telas que les ofrecieron, pues decian que las armas les eran sumamente útiles para defenderse contra las tribus de Tera-Nake y de Tera-Witi, situadas á la otra parte del estrecho, que acostumbraban combatirles. Antiguamente podian defenderse por sí mismos contra aquellos estranjeros; pero desde que los Europeos habian suministrado armas de fuego á sus enemigos, se vieron obligados á ceder. Cuando se presentaban estos, les desarmaban con presentes ó se fugaban apresuradamente hácia las montañas, abandonando sus casas á merced de su capricho. « He aquí el motivo porque nos desvivimos por armas de fuego, añadian, pues es el único medio de sostener nuestra independencia. Por desgracia vienen muy pocos buques por estas aguas. » Añadieron que debíamos dejarnos ver mas á menudo y que nos tendrian preparado mucho cáñamo para permutar.

A mediodía un bote pescador se dirijió á una arenosa playa situada al S. de nuestro fondeadero, y aproveché aquella ocasion para hacerme desembarcar de nuevo. Veíase un terreno llano y cubierto de algunas yerbas que ocupa el borde de la playa, y allende se alza una majestuosa selva de fácil acceso. En el centro corre un anchuroso torrente á través de grandes moles de granito, que á favor del declivio forman deliciosas cascadas superados por unos toldos de admirable verdor. Bajo aquellas sombrías revoloteaban una multitud de avecillas cuyos gorjeos animaban la escena no menos vivificada y alegre como triste y silenciosa la de la víspera. A cosa de treinta ó cuarenta toesas mas adentro, hallé una abundante caza, por razon de que ninguna de aquellas especies emplumadas esperimentara los efectos del fusil cazador. Entre aquellas avecillas eché de ver con mas especialidad una paloma de reflejos metálicos, el papagayo de plumaje obscuro, el filedon con su hermosa corbata de plumas blancas en torno del cuello, verdes cotorritas semejantes á las de la Australia, tortolillas, etc.

De vuelta á la playa, maté igualmente algunos ostreros y caballeros que constituyen una caza escelente; en seguida asistí á ver sacar las redes que por tercera vez volvian cargadas de sabrosos pescados, y nos despedímos todos de la bahía. El *Kanguroo* despidió un cañonazo para advertir que iba á virar de ancla y que ya era tiempo de partir. Concluída su provision de cáñamo, Powell quiso aprovecharse de una brisa de S. O. para abandonar el abra del Astrolabio. Apenas llegámos á bordo, cuando el schooner empezó á singlar hácia la costa salvaje y peñascosa de la isla d'Urville, y al dia siguiente dobló las islas Stephen, pasó á vista de la bahía del Almirantazgo y fondeó en la isla Modou-Aro, en el canal de la isla Carlota, donde fondeara tantas veces el ilustre Cook.

Apenas hubímos anclado en la bahía cuando se desprendieron cinco grandes piraguas del abra de los Caníbales, situada en frente y salieron al encuentro del *Kanguroo*. Desde la popa podia reconocerse fácilmente que las embarcaciones eran atestadas de guerreros armados y suntuosamente ataviados. « Parece que no son mercaderes de cáñamo, dijo Powell, no debemos fiar mucho en estos visitadores. » Y en un momento se pusieron los cañones en estado de hacer fuego y se prepararon las otras armas. Acercáronse las piraguas con osadía (Pl. XLIV. — 3), y las observámos con toda escrupulosidad. No se veía en ellas ni una mujer ni un niño; pero en cambio se contaban ciento cincuenta guer-

reros bien pintorreados, robustos y armados de macanas, de lanzas y aun de fusiles. Como parecian aventureros que iban á probar fortuna, Powell les significó que solo subirian los jefes á bordo del schooner, y aun inermes, añadiéndoles que si hacian el menor movimiento sospechoso, sus cañones y sus granadas les enseñarian á respetar su voluntad. A esta declaracion enérjica estalló un sordo murmullo en aquella cuadrilla, pero el jefe de la gran piragua se levantó é impuso silencio á sus camaradas. Era un hombre que frisaba con los treinta años, de una talla majestuosa y de una fisonomía imponente, y se embozaba en una hermosa estera de phormium pintada de rayas encarnadas y ribeteada de una hermosa franja abigarrada. Este sujeto habló en nombre de los suyos; declaró que iban á visitar á los *Yuropi* sin objeto hostil, y que de consiguiente no veía motivo alguno que pudiese oponerse á satisfacer los recelos del capitan. Dijo, y dando el ejemplo en persona, depuso en manos de uno de sus oficiales su fusil y sus macanas de jade, y subió á bordo con osadía. Siguiéronle dos de sus compañeros, pero los jefes de las otras dos piraguas, de semblante salvaje y feroz, no quisieron desprenderse de susarmas y se quedaron en sus embarcaciones.

Llegado á la cubierta, el jefe principal tendió la mano á Powell denotándole que se llamaba *Te Matangui na Rangui* (el viento del cielo) que era el primer ariki de la isla Entry, en el estrecho de Cook, y que sus compañeros eran jefes de distritos vecinos; y manifestando aparte al capidíjole en mal inglés que deseaba tener con él una conferencia particular, suplicóle que procurase distraer á sus jentes mientras le hacia algunas confidencias. Powell espidió sus órdenes, dividió á los jefes mostrándoles armas de fuego, y vijiló rigurosamente sus piraguas.

Descendido á la cámara del capitan, Te Matangui na Rangui le declaró francamente que sus camaradas habian concebido el proyecto de arrebatar su buque. Unos dos años antes cierto capitan inglés habia tenido la perfidia de coadyuvar á sus adversarios con sus cañones y fusiles para asolar su distrito y destruir un gran número de sus compatriotas, todo por un miserable cargamento de cáñamo prometido por la tribu de sus contrarios. Este acto desleal reclamaba un *outou* ó satisfaccion, segun la costumbre de la Nueva Zelandia, y el blanco de esta venganza debia ser el *Kanguroo*. En consecuencia los guerreros de las piraguas habian jurado esterminar su tripulacion; pero el jefe añadió que él, Matangui, sabia que semejante venganza era injusta; que apreciaba sobremanera á los Europeos por razon de haber vivido algunos años antes, durante seis meses, en casa de M. Marsden, donde le trataron del modo mas lisonjero. « No pudiendo disuadir á mis compañeros de sus proyectos sanguinarios, añadia este jefe, he finjido entrar en ellos con objeto de hacerlos abortar. » Entonces confió á Powell su plan de ataque. Debian atracar al buque con disposiciones amigables en la apariencia, y si Powell les recibiese á todos á bordo, arrebatarlo á viva fuerza á una señal concertada; y añadió que de lo contrario procurarian hacerse admitir en el mayor número posible armados de *meres* (macanas) ocultos bajo sus esteras; que pedirian que los dejasen pernoctar á bordo; que las piraguas finjirian retirarse para regresar á media noche, tentar el abordaje, sorprender la tripulacion dormida, y reunirse á los naturales que se hallaban á bordo y que debian haber dado ya principio á la matanza. El complot se habia estrellado en parte ante la precaucion de Powell; pero apesar de este obstáculo, los guerreros no habian renunciado á su *outou*, y para llevarlo á cabo contaban con la audacia bien conocida de los tres jefes subidos á bordo. Para presentar una prueba que acreditase su relato, Matangui sacó de su estera dos hermosas macanas y las entregó al capitan diciéndole que lejos de pretender usarlas se las ofrecia en presente. Invitóle finalmente á finjir que nada sabia, y á permitirle lo mismo que á sus dos cólegas pernoctar á bordo, añadiendo que cuando se presentasen los demas para consumar su venganza, bastarian dos ó tres cañonazos para ponerlos en fuga.

A una declaracion tan estraña y tan compendiosa, Powell quedó por un momento indeciso y sorprendido. Es cierto que no dudaba de la realidad del complot; pero conocia la astucia de aquellos salvajes y temia que la misma confidencia de Matangui fuese combinada al objeto de hacerle caer en el lazo. En situacion tan crítica no sabia que resolver; y como para hacerse á la vela era demasiado tarde, y por otra parte el mar estaba casi inmóvil, era forzoso tomar el partido indicado por el ariki, que era el mas prudente y seguro. Powell no perdió de vista al Nuevo-Zelandés, cuya actitud era digna, grave, segura, tranquila y serena. En consecuencia no cupo la menor duda de que Matangui hablaba la verdad: así que Powell no le dió otra respuesta que tenderle la mano y decirle : « Vuestro consejo será observado en todos sus puntos. »

Esta conferencia duró unos diez minutos. Cuando Powell y Matangui volvieron á presentarse en la cubierta, los otros dos jefes estaban ocupados todavía en ecsaminar las armas sin tener el menor recelo de aquella ausencia. Entretanto los marineros y los naturales de las piraguas verificaran algunas permutas, en las que los últimos entregaron algunos canastillos de patatas y cuatro ó cinco lanzas de las que parecian desprenderse con

estrema repugnancia. Una de las piraguas parecia negarse á aquel comercio, apesar de poseer doce canastillos; mas viendo la obstinacion de los salvajes, uno de nuestros marineros pasó á la piragua y se puso á comerciar. *Kaï-kaï* (víveres para comer), respondieron los Nuevos-Zelandeses; pero sin contentarse con esta respuesta, preparóse el marinero para descubrir un canastillo. Los salvajes iban á impedírselo á viva fuerza, cuando el jefe hizo seña con irónica sonrisa que le dejasen obrar. Lejos el marinero de perturbarse, levantó el helecho que cubria los canastillos; pero, cielos! vió tajadas de carne que por su blancura parecian de tocino, pero que realmente eran pedazos de carne humana. El marinero cojió por de pronto un pedazo de muslo de mujer, y como lo arrojaba con disgusto, el jefe lo tomó, se lo comió á dos carrillos y dijo: *ka-paï! ka-paï!* (es bueno! muy sabroso!). La tripulacion del *Kanguroo* parecia habituada á aquel espectáculo y á aquellas costumbres; pero todo fué nuevo para mí no obstante haber recorrido tantas comarcas de la Oceania y visitado tantas pueblas caníbales sin haber visto jamás una prueba tan perentoria de aquel uso bárbaro.

Entretanto la noche iba tendiendo su negro manto, y todo se cumplia tal como lo prescribiera Matangui. Solo los tres jefes habian obtenido la autorizacion de pernoctar á bordo, entre los cuales se hallaba el amigo de Powell. Llegada la noche, Matangui pasó al filarete, y con una voz de trueno mandó á sus camaradas que se retirasen, añadiendo que él con sus dos compañeros se quedarian á bordo aguardando su regreso á la hora convenida. A estas palabras las piraguas contestaron con un hourra salvaje que prolongó á lo lejos el retintin del eco de la isla Motou-Aro. Esta retirada fué acompañada por algunos fusilazos en señal de regocijo, y las piraguas se dirijieron al abra de los Caníbales ocultándose en breve á nuestra vista.

Alejados que fueron aquellos enemigos, Powell dió órden al mesonero que diese de cenar á los tres jefes, y en seguida nos reunió en consejo en su cámara. Cuando vine en conocimiento de la declaracion de Matangui y de la suerte que nos amagaba, sobrecojióme un temblor involuntario acordándome de los canastillos llenos de carne humana y del atroz semblante del jefe de piragua. Sin embargo, aprobado el plan de defensa, se cargaron los cañones y toda la tripulacion se puso sobre las armas. Los jefes salvajes por su parte tampoco dormian; pues parecian acechar el mar y aguardar la prometida cooperacion. Hasta media noche pasámos en observacion, y aun estábamos contemplando el abra de los Caníbales por donde desparecieron los salvajes, cuando Matangui sacó á parte al capitan, y mostrándole la punta que no estábamos observando: «Allí, dijo, debeis observar;» y despues de haber tendido una ojeada sobre el mar: «Aquí están,» esclamó y fué á encontrar á sus dos compañeros. Dos minutos despues se veían las piraguas como se iban acercando á bordo en medio del mas profundo silencio. Llegaron hasta cincuenta toesas de distancia, y hubieran podido adelantarse mas sin ser vistas sino se hubiesen descargado á tiempo los cañones. Tres cañonazos fueron suficientes para detener á los agresores y decidirles á la retirada. Mientras se hacia justicia á la invasion esterior, se prendió á los dos jefes que se hallaban á bordo con intenciones hostiles, sin perdonar á Matangui paraque no pudiesen sospechar su traicion. Powell se apresuró despues á desatarle, llamóle á la cámara y le colmó de finezas; y para completar esta especie de victoria despidiéronse de cuando en cuando salvas de mosquetería durante le noche, á fin de tener las piraguas alejadas constantemente de las cercanías de la goleta.

Entretanto Matangui se hallaba en la cámara á nuestro lado. Deseando darle una prueba de su reconocimiento, Powell le ofrecia una escopeta de dos cañones; pero el jefe salvaje justipreciando aquella dádiva añadió que no podia aceptarla sin hacerse sospechoso á sus compañeros. «Aunque estoy muy contento de haberos salvado, decia, no quiero pasar por un traidor entre los mios; pues no comprenderian los motivos que me han inducido á seguir esta conducta.» Negándose pues con tenacidad á aceptar el arma de fuego, rogó á Powell que le librase una certificacion que manifestase cuanto acababa de hacer por el *Kanguroo*, á fin de que por medio de este documento pudiese obtener la confianza de los capitanes ingleses que visitasen aquellas aguas. Por lo demas no hay necesidad de decir que Powell redactó esta certificacion en los términos que le parecieron mas propios.

Matangui nos refirió entre otras cosas que hacia unos quince dias que sus compañeros y él se hallaban ocupados en hacer la guerra en las orillas del canal de la Reina Carlota; que habian perdido mucha jente, pero causando pérdidas considerables á las tribus enemigas; que en sus diversos encuentros habian asolado sus tierras, pegado fuego á sus aldeas y pasado á degüello un centenar de individuos de ambos secsos, y que á la sazon se apresuraban á regresar á sus hogares con el botin. Hablé á Matangui de los canastillos llenos de carne humana, y le manifesté mi admiracion de que un hombre tan benigno y jeneroso como él, y que habia vivido con Europeos, pudiese tomar parte en semejantes horrores. Al principio mi observacion le consternó, pero recobrando su ánimo sosegado y sereno, dijo: «Es malo, ya lo sé; pero, qué quiere V. que le diga? acaso puedo reformar por mí solo las bárbaras costumbres de mis compatriotas? si no tomo parte en los combates

seré esonerado de mi cargo y menospreciado de los esclavos mismos que tildarian mi conducta de cobardía. Por lo que hace á los festines de carne humana, sino puedo impedirlos, almenos no tomo parte en ellos. Esta derogacion á nuestras costumbres ha sido tomada en mala parte, pero como manifesté que el Dios de los blancos se me habia aparecido en sueños para decirme que la carne del hombre era *tapou,* se ha respetado mi escrúpulo y acabado por convenir en que tenia sobrada razon de obedecer al atoua. »

Matangui añadió que celebraria que los misioneros se estableciesen en su isla, y que secundaria sus esfuerzos con todo su poder. « Pero, añadia, no bastan algunos misioneros; sino que con ellos deben presentarse otros Europeos que enseñen á los naturales las artes útiles de Europa, en especial la de cultivar la tierra, y que al propio tiempo fuesen bastante poderosos para protejerles contra los insultos de sus vecinos prohibiéndoles todo ataque contra estos. Sin cuyo requisito, proseguia suspirando, los Zelandeses traerán siempre deseos de combatir, y nadie podrá impedírselo mientras tengan armas. »

Comprendímos que todo cuanto decia era cierto, y lamentámos la situacion del pobre ariqui, bastante ilustrado para desear la mejora de las costumbres de su pueblo, pero que la impotencia y la necesidad obligaban á permanecer en el estado de barbarie en que se hallaba. Entretanto se iba acercando el alba, y el ariqui fué el primero en suplicarnos que le volviésemos á cargar de cadenas, á fin de destruir toda sospecha en el ánimo de sus cólegas. Acababa á la sazon de levantarse la brisa del fondo de la bahía, y Powell hizo orientar la goleta para enmararse. Al ver aquellos preparativos, las piraguas se acercaron de nuevo á bordo, pero en aire pacífico, pues las armas mismas se habian ocultado. Entonces se pusieron en libertad los tres jefes, y los dos compañeros de Matangui no cesaron de protestar de su inocencia; mas aunque Powell no ignoraba la verdad, finjió dar fé á sus palabras y á las de los otros jefes que habian dirijido el ataque nocturno. Deseando hacer olvidar á los dos jefes la mala noche que habian pasado, ó bien para tener un pretesto de ofrecer una retribucion al jeneroso Matangui, el capitan regaló á cada uno una ancha pieza de tela, y al jefe amigo nuestro un hermoso uniforme de infante inglés que acompañó en secreto con un espresivo apretamiento de manos del que se manifestó el ariqui mas satisfecho que del brillante uniforme. A vista de los presentes hechos á sus jefes, los guerreros profirieron unánimes aclamaciones de alegría, y se alejaron con toda la fuerza de sus pagayas. Matangui nos saludó tambien con la mano desde lejos hasta que se ocultó á nuestra vista. « A Dios, digno jefe! le decia Powell contestando á sus jestos de amistad con jestos semejantes; sin ti el pobre *Kanguroo* hubiera dejado sus miembros en esta playa. » Desde que los salvajes de la Nueva Zelandia han conocido el uso de las armas europeas, esta costa es mucho mas peligrosa para las embarcaciones mercantes, tanto que dentro de breve tiempo tan solo podrán anclar en estas bahías los buques de guerra sin temor de ser sorprendidos por una agresion indíjena.

En el acto de doblar el cabo Koamaro, cerca de los áridos islotes de los Dos Hermanos, sobrevino una furiosa corriente que arrastró á nuestra nave apesar de todas nuestras maniobras. En poco tiempo fuímos lanzados hasta cerca del cabo Poliwele, desde donde percibíamos ya la vasta ensenada de la bahía Inútil. Guiado por los recientes descubrimientos del capitan d'Urville, Powell temia verse obligado á penetrar en ella cuando la marea nos arrojó en el espacio de algunas horas hasta una legua de distancia del cabo Campbell, terminado por una punta baja, y en cuyas cercanías se alza el monte Tako superado de un picacho coronado de nieve.

Aprovechando una brisa del S., el *Kanguroo* llevó el rumbo hácia el cabo Kawa-Kawn, y á 2 de marzo costeó á toda vela la parte S.O. de Ika-na-Mawi, tierra elevada y selvosa. Veíanse en ella numerosas humaredas que indican que esta playa es habitada en toda su estension. Al dia siguiente costeámos á una milla de distancia el estéril islote de Motou-Okoura cuyas casas se escalonan á lo largo del recuesto de un collado, y Powell se puso en facha, despidió un cañonazo, y enarboló un pabellon encarnado en el palo mayor. Era una señal convenida en su viaje precedente con los naturales de aquella isla. Una hora despues llegaron tres piraguas cargadas de seis quintales de cáñamo, diez cerdos y unos cuarenta canastillos de patatas, cuya adquisicion se hizo á entera satisfaccion de las partes contratantes. Aquellos naturales tenian un aire apacible y dulce; pero en cuanto al aspecto físico eran inferiores á los del estrecho de Cook. Su traje es tambien mas despreciable, aunque no debe pasarse en silencio que no llevaban los atavíos que se ponen para una espedicion guerrera.

Hallándose á la vista de Tea-Houra, de Houa-Houa, de Waï-Tepari y del cabo Runawaï, Powell hizo la misma ceremonia, y los naturales se presentaron al buque con cáñamo y provisiones, de suerte que el cáñamo que recojió Powell en estos cuatro puntos llegó á treinta quintales. En cuanto á los cerdos, se los presentaron en tal abundancia y á un precio tan módico en Houa-Houa, que se vió forzado á no quererlos admitir. Los naturales de aquella localidad distinguíanse por su talante, su andar altanero y su robustez. Todo anunciaba en ellos audacia y decision; así que Powell en sus relaciones con aquellos se portó

con mucha prudencia. El ejemplo de Ruthorford arrebatado por el jefe Emaï y obligado á hacer por espacio de diez años el aprendizaje de la vida zelandesa, era una leccion que debia hacer muy circunspectos á los demas Ingleses.

A 5 de marzo abandonámos Runawaï, impelidos por una marejada del N. Esta marejada daba mucha inquietud á Powell, por razon de que seguia una direccion opuesta á la brisa que hasta entonces habia soplado del E. al E. N. E. Este contraste quedó esplicado á las dos, pues á esta hora sopló el viento del N. al N. N. E. en medio de chubascos y violentas ráfagas. Por la noche se declaró la tempestad, por manera que tuvímos que sostener la capa con riesgo de ver el pequeño schooner abismarse bajo las oleadas piramidales que pasaban por encima de la cubierta. Afortunadamente á 6 por la mañana el viento se abonanzó pasando al N. O., y ya nos hallábamos á cosa de medio camino de las islas Peuhia-i-Wakadi y Motou-Kora. La primera es de mediana elevacion, tiene cuatro ó cinco millas de circumferencia y encierra un volcan perenne en actividad del que solo vímos la humareda. Motou-Kora es una isleta situada junto á la costa, y no tiene mas de media legua de largo sobre una milla de ancho: en su parte S. E. se encuentra un cono muy encumbrado y selvoso. Casi en frente de esta isla y á poca distancia de la playa aparece un segundo cono aislado de una forma semejante, pero mucho mas importante, que Cook denominó monte Edgecumbe. Todas las circunstancias indican que estas dos moles son asimismo volcanes estinguidos.

A una media legua á barlovento de Motou-Kora, Powell se puso en facha é hizo su llamamiento ordinario. Una piragua solamente se presentó, montada por diez ó doce naturales, entre los cuales habia uno que parecia el jefe de los otros. Despues de haber entregado tres quintales de cáñamo, este sujeto añadió que le habian reservado otra cantidad mas considerable, pero que la mayor parte de los jefes y de los guerreros habian partido quince dias antes para ir al ausilio de sus aliados, los Ngate-Awa en Tauranga. Preparábase esta tribu para un ataque combinado de todas las fuerzas del N. y habia invocado el socorro de todos sus aliados en la bahía de Abundancia.

Habiéndose levantado el viento del S. y del S. S. E., Powell cargó la vela para Tauranga, adonde llegó al poner del sol. La entrada de esta bahía es bastante estrecha, y solo es practicable para embarcaciones pequeñas á causa de su poco fondo; pero en el interior se ensanchan considerablemente, y el terreno que la circunda ofrece un aspecto bastante risueño. Hace poco que sus bordes eran populosos, y presentaba numerosos espacios de terreno plantados de patatas y taro; pero las desastrosas invasiones de las tribus del N. han disminuído sobremanera la poblacion, y solo se han cultivado las tierras mas interiores para sustraerlas á los estragos del enemigo.

Cuando penetrámos en la bahía, habia surto en ella un pequeño schooner. « Es el *Activo*, dijo Powell, pequeño buque que pertenece á los misioneros. Parece que estos señores van cobrando osadía, y que acompañan á los naturales en sus espediciones militares. » En efecto, los evanjelistas quisieron entrometerse en las contiendas de las tribus; pero los resentimientos eran tan vivos y la discordia tan encendida, que fueron vanos todos sus esfuerzos para obtener una reconciliacion. A primera vista Powell juzgó que su oposicion seria muy crítica en Tauranga, y que no podia hacer nada mejor que pasar á la bahía Shouraki. En cuanto á mí, era sobrado propicia la ocasion de observar el modo con que aquellos pueblos hacian la guerra, paraque la dejase correr. Pensé en los misioneros, juzgando que si me admitian á participar de su fortuna, podria acechar todos los movimientos sin correr grandes riesgos. Comuniqué mi proyecto á Powell. « No hay duda, dijo, que es el mejor partido; pero me temo mucho que los misioneros le acepten la proposicion, pues no tienen la menor confianza en los recien llegados, y mucho menos en un Francés católico. Pero si V. trae deseos de permanecer aquí para asistir á la guerra de los Zelandeses, le presentaré á V. á Tetore, uno de los jefes del ejército de la bahía de las Islas, grande amigo mio. Mediante unas diez libras de pólvora, le tomará á V. bajo su proteccion y le tratará como á hijo suyo, participando de su fortuna, así desgraciada como lisonjera. — Pero no seria mejor probar primeramente con los misioneros? — No; mas vale que se asegure V. del jefe salvaje. » De consiguiente quedó acordado que practicaria esta dilijencia al dia siguiente.

Durante la noche oímos algunos cañonazos que nos indicaron encontrarnos en el teatro mismo de la guerra. Al amanecer estaba dispuesta ya la yola, y Powell me acompañó á la playa para presentarme al jefe Tetore á través de una inmensa flotilla de piraguas, entre las que reinaba la mayor actividad (Pl. XLV. — 1). Todos los salvajes estaban en movimiento; los unos ponian sus barcos á flote; los otros preparaban sus armas. En medio de aquella ajitacion y aquel bullicio echámos de ver á Tetore dando órdenes á sus oficiales con calma y gravedad. Iba cubierto con una hermosa esterilla de guerra; empuñaba un brillante mosquete, y llevaba dos *meres* pendientes de su cintura. En sus cabellos atados en la coronilla de su cabeza flotaban tres

largas plumas blancas, insignias de su rango, y su semblante era enteramente ennegrecido por los dibujos del pintarroteo. Powell salió al encuentro del jefe, dióle el saludo nasal con toda la gravedad posible, ofrecióle un paquete de pólvora de unas diez libras, comunicóle mi deseo, y acabó por insinuarle que estaria altamente reconocido á cuanto hiciese por mí. A esta declaracion sonrióse Tetore, pesó con cierta sonrisa de satisfaccion el paquete de pólvora para cerciorarse del valor del presente, y respondió á Powell que siempre le habia contado en el número de sus amigos, y que de consiguiente me trataria como á hijo propio del capitan.

Seguro pues de tener un protector entre los jefes indíjenas, faltábame tan solo sondear el ánimo de los misioneros. Su jefe, M. Williams, no se hallaba á la sazon á bordo del *Activo*; pues acampaba bajo una hermosa tienda sentada en la playa, y que contrastaba con las hutas de los salvajes. Veíanse á la puerta cinco ó seis naturales que por sus maneras tímidas parecian indudablemente discípulos de la Mision. Cuando hicímos ademan de abrir la tienda nos detuvieron: « El maestro está orando, » dijeron. Aguardámos diez minutos, y nos condujeron sin dificultad hasta la presencia de M. Williams que nos recibió con mucha frialdad. Powell habló por mí, esplicó los deseos que yo traía, y en seguida tomé la palabra, procurando dar á entender al misionero que mi objeto no consistia en una mera curiosidad, sino en el deseo de presentar á mi regreso á Europa los útiles trabajos de los apóstoles de la Nueva Zelandia. M. Williams contestó con indiferencia que, aunque su voluntad era de ser útil, sin embargo las circunstancias contrariaban su deseo, y que desesperaba satisfacerme. Viendo de consiguiente la necesidad de emplear un argumento decisivo, le dije: « Caballero, sea cual fuere vuestra decision, me quedaré aquí para llevar á cabo mis designios, si no en vuestra sociedad y la de vuestros cólegas, almenos con el jefe Tetore que me ha tomado bajo su salvaguardia mediante una hermosa escopeta de dos cañones. » Semejante é inopinada declaracion produjo el efecto de un lance teatral. Inmutóse el semblante de M. Williams; tendióme la mano haciéndome del amigo, y me dijo: Vamos, pues que V. lo desea con tanta vehemencia, será de los nuestros. Yo deseaba evitarle una vida penosa é incómoda, pero una vez que insiste, no tengo el menor reparo. De aquí en adelante será V. considerado como nuestro compañero y hermano. » Desde entonces desapareció la frialdad de M. Williams, y se portó conmigo á entera satisfaccion. Superior á sus cólegas, M. Williams habia servido como teniente de navío en la marina real, y aun cobraba medio sueldo de su grado: así que se distinguia por sus conocimientos y por la enerjía de su carácter.

Finalizando el negocio, Powell se despidió de nosotros para hacerse á la vela, con el encargo de dejar en la bahía de las Islas el resto de mi bagaje, confiándole á los misioneros de Païa-Hia, si de allí para quince dias no volviésemos á vernos. En consecuencia solo traje conmigo un pequeño maleton con los efectos necesarios á mi permanencia en Tauranga.

Cátame plantado pues en tierra desconocida y en medio de acontecimientos almenos singulares. A buen seguro que hubiese tenido que pasar por los embarazos de un largo aprendizaje, si M. Williams no me hubiese preparado de antemano. A este objeto trazó dia por dia el relato de aquella campaña desde la partida de la bahía de las Islas, cuya cópia reproduzco á continuacion, por cuanto es un documento precioso escrito en país salvaje y á vista de todo lo ocurrido. Pintura alguna es mas sencilla é interesante con respecto á las costumbres de aquellos naturales y á la conducta de los misioneros que á través de las discordias civiles se esforzaban en llevar á cabo su plan de propaganda cristiana.

En la reseña histórica se vendrá en conocimiento de algunas causas que dieron márjen entre los pueblos del N. á la leva jeneral contra Tauranga. El diario no es tan antiguo, pues da principio á su narracion en la partida de la bahía de las Islas. Para la mayor intelijencia de los siguientes pormenores, no debe pasarse en silencio que Tetore, Rawa-Rawa, Waro-Rahi, Wara-Paka, Tareha, Moka, etc., son los nombres de los principales caudillos del ejército de la bahia de las Islas. Tohi-Tapou es el príncipe de sus sacerdotes, el caudillo de los caudillos, venerado de todas las tribus, verdadero Calcas de aquella Iliada salvaje. MM. Kemp y Faiburn son unos misioneros, cólegas de M. Williams, establecidos como este en Païa-Hia.

DIARIO DE M. WILLIAMS.

3 *de enero de* 1832. — A las seis de la mañana nos despedímos de nuestras familias y conocidos, y partímos para nuestra escursion á Tauranga. M. Faiburn y yo nos embarcámos en nuestro bote; y Tohi-Tapou y Tohe en sus piraguas, y cuanto antes nos hicímos á la mar en medio de las aclamaciones de todos los que concurrieron á vernos partir. Las circunstancias que nos acompañaban hacian muy interesante aquella escena (Pl. XLV. — 1).

Montámos Tapaka viento en popa, y hablámos á Tetore ante Ko-Pito; y aunque nos incitaba á que nos embarcásemos para aguardar un viento mas propicio, en razon de ser demasiado violento el que soplaba, llegámos hasta Ko-



1. Flotte de Guerre à la Nouvelle-Zélande.

1. Flota de Guerra en Nueva Zelanda.



2. Vue de la Baie des Îles.

2 Vista de la Bahía de las Islas

ro-Kawa, abra sombreada y tranquila en la bahía de Paroa. Sentámos nuestros reales y preparámos nuestros lechos, hallándonos ya surtos de cuatro piezas de cañamazo, de siete pies de largo sobre cuatro de ancho para ponernos á cubierto de la humedad del terreno y reforzar nuestra tienda en caso de lluvia. Juntámonos para el servicio de la noche en número de unos cuarenta: Matoui oró de un modo muy edificante, y suplicó á la divina Providencia que nos guiase en todas nuestras empresas, que nos mirase con piedad, que pusiese coto á los desastres de la guerra y preparase las sendas mas oportunas á la propagacion del Evanjelio, á fin de que los hombres que por largo tiempo fueran esclavos de Satan, pudiesen transformarse en hijos de Dios por los méritos de J. C. Muchos de nuestros jóvenes cumplieron con tan graves deberes mucho mejor que nosotros, en razon de que hablaban su lenguaje abundante y rico en figuras. La noche fué serena y deliciosa.

5 de enero de 1832.— Esta mañana los naturales no parecian dispuestos á ponerse en movimiento, cuando la descarga de muchos mosquetes, que nos pareció procedente del lado de Tetore, varió la situacion. Dentro de un instante emprendímos la marcha, y en el espacio de una hora llegámos á Ko-Paria, punto bien abrigado. Tetore se nos habia acercado; en la bajamar fuímos á visitarle y permanecímos algun tiempo con él. Varios guerreros se ocupaban en preparar cartuchos; otros afilaban pagayas, pero el mayor número estaban entregados á un profundo sueño. Nuestro deber mas importante será asir todas las ocasiones favorables para visitar aquellos hombres, confabular con ellos y procurar calmar sus resentimientos.

6 de enero de 1832. — Al rayar del alba, Tohi-Tapou esclamó que iba á estallar una tempestad, y en consecuencia los naturales resolvieron aguardar mas tiempo. Era ciertamente una prueba terrible de nuestra paciencia esponernos á una demora inútil por solo el temor de aquellas jentes. M. Faiburn y yo nos levantámos para ecsaminar el estado de la atmósfera, y vímos que soplaba una favorable brisa del S. O. Por fin, todos empezaron á hacer preparativos; Tetore dió á la vela, y doblámos el cabo Brett (ó cabo Kokako) á las siete de la madrugada, haciendo veinte millas en el espacio de tres dias. Sin embargo, la supersticion de aquellos pueblos es de tal naturaleza, especialmente en sus espediciones militares, que no deben tomar el menor alimento cocido en sus piraguas, y si llegaban á embarcarse por casualidad algunas gotas de agua, inmediatamente y sin dilacion desembarcarian en grande alarma. En caso de ser absolutamente imposible el desembarque, guardarian un profundo silencio y recitarian sus *karakia* (sortilejios). Pero como nuestro objeto consistia en permanecer junto á los caudillos del ejército, debíamos sujetarnos á todas sus demoras.

Desayunámonos en Wai-Kari, y desde luego comprendímos que el intento de los naturales no era ir mas lejos. Fuímos pues á visitar á los que teníamos cerca; y mientras confabulábamos con Rewa, se levantó una brisa favorable á pedir de boca; pero no quisieron partir y se ocuparon en beber, comer ó dormir. Por lo demas, cada uno se portó con nosotros á las mil maravillas, y Rewa nos hizo algunas preguntas relativas á los medios de concluir la paz.

Tetore nos propuso emprender la marcha bien temprano al dia siguiente, lo que concordaba con nuestros deseos. Preguntéle el motivo por qué los naturales no se mantenian unos junto á otros, y respondió que era costumbre de ir cada cuadrilla adonde le acomodase, y que cada jefe era dueño de todas sus acciones. Es cierto que es una imprudencia, aun bajo el punto de vista de su interés; pero no hay mas. Como no tienen alguien que les dirija, no solo cada tribu obra de por sí, pero cada individuo goza la misma libertad. Si uno de ellos está dispuesto á obrar mal, nadie puede impedírselo; por cuyo motivo sucede á veces que una tribu entera tiene que sujetarse al capricho de un solo individuo.

7 enero de 1832. — Antes de amanecer, todo se puso en movimiento. Concluídas nuestras devociones matutinas mientras todavía estábamos en tierra, era aun de noche cuando nos reembarcámos, y en breve nos hallámos en medio de una flota formidable. Los remeros de las piraguas armaban disputas á menudo; mas nosotros conservámos siempre perfectamente nuestra posicion, no obstante que la tripulacion de nuestra chalupa era sobradamente débil en comparacion con la de muchas piraguas, y desembarcámos para desayunarnos en Mangati, donde se encontraban los restos de muchos soportales construídos de ramas por los guerreros de una division que nos habia precedido: los naturales comenzaron á calcular su número por las piedras esparcidas por acá y acullá, que sirvieran para cascar la raíz del helecho contando cierto número de hombres por cada piedra. Colejímos ser la division de Rowa-Rewa, y aun mostraban el punto donde debieran colocarse lo mismo que otros jefes de su comitiva. Al cabo de una hora nos hicímos á la vela á favor de una brisa, y observámos la costa, que no ofrecia apariencia alguna de habitantes. Llegámos á mediodía á Toutou-Kaka, delicioso punto escotado de profundas anconadas, donde apesar de algunas rocas que asomaban á flor de agua, las embarcaciones pequeñas podrian ponerse á cubierto en todo tiempo. Todos hicieron escala en aquel punto, porque fondeó la piragua de Tetore: esclamóse

que habia zozobrado, y cada uno desembarcó en la playa lo mas pronto posible, sin que en todo el dia ocurriese mas novedad.

8 *de enero*. A las ocho de la mañana se reunieron todos los naturales que nos rodeaban: era el primer dia del Señor que fuese celebrado en aquella comarca desde la creacion; daba ciertamente muchísimo gusto aquella reunion y en semejantes ocasiones. Una asamblea de guerreros zelandeses hacian tregua á las horribles conversaciones que les eran habituales para entonar las alabanzas del Señor y escuchar nuestras palabras relativas al amor que debemos profesar al Redentor. Todos unánimemente confesaron ser cosa muy laudable orar en semejantes términos. Algunos súbditos de Tetore fueron contra su propia voluntad á matar pichones en los bosques y cazar cerdos; y despues de comer visitámos á Rewa, Ware-Porka, etc. y celebrámos el servicio en su presencia conforme á su especial anhelo.

13 *de enero*. — Tetore, Rewa, etc. han venido á fondear; Ware-Porka no ha querido detenerse, por razon de la reprensible conducta de sus jentes que fueran á inquietar á los vecinos. Despues del desayuno fuimos á visitarles; mostráronse muy satisfechos de vernos, y nos dieron el saludo ordinario: *Hare maï, hare maï*. Atendiendo á que el dia siguiente era sábado, decidieron que seria muy conveniente emprender la marcha bien temprano para descansar el domingo, y manifestaron el deseo de pasar una revista jeneral de sus fuerzas, que aun no se habia verificado desde la partida de la bahía de las Islas. A las cuatro de la tarde todos se prepararon para esta ceremonia, y se ocuparon en limpiar sus fusiles, adornar las plumas de sus cabezas y anudarse al rededor de la cintura algunos chales y pañuelos de diversos colores á guisa de delantales. Algunos de los principales llevaban mantos de paño escarlata, guarnecidos de pelos de perro, y los otros brillantes esteras del país. Equipados así todos los individuos, con uno ó dos cartuchos, y á veces un sable, formáronse todas las tribus, cada una en su puesto particular aguardando la señal para emprender la marcha. Hubo un momento en que todo fué confusion y tumulto, por razon de que cada uno queria dar su parecer con respecto á lo que debia hacerse. Las mujeres, los niños y los perros contribuían no poco por su parte á aquel desórden gritando y corriendo por acá y acullá. Por fin uno de los destacamentos emprendió la marcha con el fusil al hombro, con paso lento pero sin regularidad, en direccion á la playa, que en la bajamar ofrecia el espacio mas terso y mas á propósito para sus paradas. En cuanto este destacamento hubo tomado su puesto, alineóse el segundo á continuacion y así sucesivamente hasta que se halló formado el ejército entero. A alguna distancia se colocó un cuerpo de reserva simulando empeñar una accion: la maniobra mas jeneralmente usitada entre aquellos salvajes consiste en arrojarse unos sobre otros, ó bien en tomarse mutuamente la delantera las dos parcialidades, y confundirse en seguida. Al momento pasaron á su danza de guerra ó *haka*, acompañada de gritos y espantosos aullidos. En semejantes ocasiones dan á sus cuerpos actitudes horríficas, haben jestos feísimos, vuelven sus lenguas casi al rededor de sus cabezas y ruedan los ojos en sus órbitas (Pl. XLVIII. — 1). Cada uno salta tanto como puede, ajitando al propio tiempo la caja de su mosquete para ostentar el cobre que regularmente brilla mucho. Esta ceremonia se reitera dos ó tres veces con grande y jeneral aplauso. En seguida se sientan en corro dejando en el centro un espacio libre por el que pueden ir y venir los oradores que desean esponer su parecer. Esta funcion jeneralmente pertenece á los jefes, bien que cada individuo tiene libertad de perorar. En la ocasion aquella, los oradores se mostraron sumamente medianos: el número de guerreros presentes ascendian á unos 400, los que juntos á los que habian al principio tomado la delantera, hacian remontar las fuerzas totales á unos 800 combatientes. Algunos de nuestros amigos manifestaron el deseo de saborearse en el *stirabout* (plato compuesto de harina y agua hirviente), y como nuestros mozos habian cojido una considerable cantidad de pescado, accedimos sin dificultad á su demanda. Entretanto el mal jenio de Moka halló el medio de escitar discordias con la ecsijencia de una porcion doble para sí, cuya circunstancia dió márjen á un tumulto y á unas espresiones altamente injuriosas. Muchos de los jefes dirijieron á Moka representaciones serias sobre su conducta, y nuestros mozos sintieron en alto grado aquella desagradable ocurrencia.

15 *de enero de* 1832. — A eso de las nueve se acercó al *Activo* una piragua, al remo, moviendo los indíjenas que en ella iban grande algazara y cantando con cierto aire de triunfo. Al pasar por nuestro lado nos dijeron que habian cojido cuatro Ingleses, y nosotros les convidámos á que subiesen á bordo. Los prisioneros pertenecian á la tripulacion de la *Lucy-Ann* y hacia veinte y tres dias que habian dejado su navío para dirijirse á la bahía de las Islas. Habíanles despojado los indíjenas de cuanto llevaban; bien que despues les devolvieron parte. Largo rato estuvieron consultando sobre lo que harian de ellos. Varios eran de parecer que se les hiciese tirar de los cañones para maniobrar contra el enemigo. Los indíjenas emplearon toda la velada en hacer los preparativos de la marcha que debian emprender antes de rayar el dia.

16 *de enero*. Hermosa mañana. A las dos to-



1. Danse Guerrière des Nouveaux-Zélandais.
1. Danza Guerrera de los Nuevos Zelandeses



2. Guerriers Zélandais tatoués.
2 Guerreros Zelandeses pintados.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

do se puso en movimiento. Llevaron los bagajes á la canoa, la que se dirijió á fuerza de remos á unirse con las piraguas. Los de Fareha nos llamaron con la bocina para saber lo que habian de hacer con aquellos cuatro Ingleses, y les aconsejámos que les diesen libertad y así lo hicieron.

En Mangawaï observámos enormes picachos y canteras de piedra que algun dia podrán ser de grande utilidad para edificar. En aquel paraje hizo Moka algunas salvas con sus cañones. Esto se llamaba *paura ouanaï* (pólvora sagrada), y Moka quemaba aquella pólvora porque en aquel mismo sitio habia recibido una herida en el muslo. Hay en él hermosas vistas y restos de establecimientos antiguos, mas los estragos de la guerra han destruido la poblacion. Continuamente nos enseñaban lugares en donde habitaron las antiguas tribus que han dejado de ecsistir: tal vez no está lejos el dia en que el Señor tenga á bien librar á este pueblo y poner término á las llagas que ocasionan su destruccion. Hasta las cuatro fueron llegando piraguas; venian tan mezcladas que nos fué imposible contarlas; puédese no obstante calcular que habia de cuarenta á cincuenta.

18 *de enero de* 1832. Tareha, que iba en una enorme piragua acompañado solamente de tres mujeres suyas, no se habia aun reunido con el grueso de su armada y ya temian los indíjenas que se hubiese vuelto á la bahía de las Islas. La piragua en que iba estaba santificada por haber llevado á su bordo el cuerpo de Shonguï, jefe principal, muerto en Korora-Reka que era su residencia; y entonces era preciso llevarla á los lugares donde fueron muertos los dos hijos de Shonguï para deshacerla allí y reducirla á cenizas. Por esto la llamaban Wakamaï (piragua sagrada). Las diferentes tribus que están en marcha llevan muchos objetos, como remos é instrumentos de guerra, para ofrecerlos, si así puede decirse, á los manes de los difuntos. Todos estos objetos son sagrados y muchas veces se retarda la marcha del ejército, porque nadie puede poner los pies en la piragua santa, escepto el anciano Tareha y sus tres mujeres. Esta es la segunda vez que se detienen por lo mismo.

Al mediodía ha faltado poco paraque un accidente insignificante fuese funesto á nuestros indíjenas y tal vez á nosotros mismos. Han cojido un gran tiburon que se ha agarrado á la espalda de un hombre; al instante han acudido en su ayuda sus compañeros, y no pudiéndolo desprender han procurado matarlo á hachazos, recibiendo el desgraciado Indio una profunda herida en la espalda. Sin pensar los insensatos que aquello era un accidente muy sencillo, han recurrido á las armas, y unos y otros se disponian á combatir para obtener satisfaccion. Cuán mísera es la condicion de estos pueblos, aun bajo el punto de vista temporal!

21 *de enero.* — Ninguna apariencia de volver á emprender la marcha. Poco importaria esto si los indíjenas estuviesen dotados de intelijencia, pero son muy insubordinados. He sabido con disgusto que los Popotos, habitantes de Shouki-Anga, intentaban subir el Tamis por otro camino para caer de improviso sobre las mujeres é hijos de los aliados de Tauranga. Algunos jefes han querido oponerse, pero nosotros nos hemos de resignar á la voluntad del Criador.

Domingo 22 *de enero.* — He pasado mejor noche porque envié á buscar mi cama al *Karere* (nombre de la canoa), pues que no hay ningun indicio de que nos movamos; ademas el viento es contrario. Hasta ayer consistió mi cama en un monton de helechos. Los indíjenas se han admirado al ver una raíz de escelente calidad que fué arrancada ayer. Al instante ha ordenado Moka que botasen al agua su piragua para ir á recojer gran cantidad. Todo ha sido confusion y desórden. Conocia que serian inútiles mis observaciones, pero era mi deber y no vacilé. Envié pues á decir al jefe que era el *ra-tapou* (dia sagrado) y que no debia resistir á la órden de Dios, añadiendo que al dia siguiente iríamos todos juntos. Moka lo propuso á los suyos y los que estaban á nuestro lado dieron señales de aprobacion. De este modo, sostenidos solamente por nuestra fé y confianza en el Señor, vamos encaminándonos á nuestro objeto. Moka, hermano de Ware-Rahi y de Rewa, es un salvaje temerario, insolente, egoista, dispuesto siempre al mal y que goza de mucho prestijio. A las ocho y media de la mañana todos nuestros vecinos se reunieron para asistir al oficio y se portaron bien. Despues de comer fuí á visitar á los Popotos, que son en corto número. Ademas tuve una conferencia con Tau-Nouï que parece mas juicioso y observador que la mayor parte de sus compatricios. Antes de anochecer los indíjenas de las cercanías sentian una repugnancia suma á dejar el trabajo. Houkï, hombre que goza de gran consideracion entre ellos, estaba sentado en la playa trabajando con sus jentes, mas así que me acerqué dejó al momento su tarea. Al anochecer Moka y Tohï-Tapou prepararon sus piraguas para ponerse en marcha el dia siguiente por la mañana, conocí por algunas palabras que se le escaparon que tenian intenciones siniestras con respecto á los indíjenas que tal vez encontrasen. Me dijeron que tenian hambre, y que supuesto que seguia soplando el viento E., era preciso que fuesen á buscar raíces de helecho; que atravesarian el rio por la parte mas estrecha, y que yo haria bien en quedarme con Fareha y Tetore; mas como los veía dispuestos á alguna mala accion resolví no perderlos de vista

y dejar el *Karere* bajo la custodia de Tetore, para lo cual le envié por la mañana un aviso. Estas satánicas inspiraciones me afectan en estremo. Oh! cuando mostrará Dios su brazo en la Nueva Zelandia!

27 *de enero*. — Para variar he fijado mi alojamiento en tierra donde me hallo mucho mejor. Ninguna noticia, ningun movimiento: esta pérdida de tiempo me seria insoportable si no fuese por la esperanza de hacer importantes servicios temporales y espirituales á este pueblo. He pasado el dia en leer, escribir y dibujar, y han sorprendido en estremo á los indíjenas los efectos de algunos rasgos de lapiz sobre el papel.

28 *de enero de* 1832.— Los indíjenas me han anunciado los supersticiosos temores que tenian por haber quemado un poco de cáñamo y algunos palos sagrados, restos de cobertizos viejos. Un hijo del anciano Tareha, que murió hace tiempo y está convertido en *Tanewa* (dios del mar), se ha aparecido á su padre y le ha echado en cara su mal comportamiento y el de sus compañeros, añadiendo que no calmaria su enojo hasta que hubiesen sacrificado algunos hombres, en espiacion del sacrilejio cometido; que los vientos contrarios que por este motivo reinaban, hacian zozobrar sus piraguas; y que el mar estaria embravecido por mucho tiempo. Escuchaban con mucha atencion estas amenazas el anciano Tobi-Tapou y otros, y sostenian la opinion de que la tempestad era una consecuencia de haber profanado los objetos sagrados. Infúndeles Tanewa un terror estremo; les está prohibido guardar víveres cocidos en sus piraguas de guerra, como tambien el mascar ó escupir mientras están en alta mar, y hasta el encender fuego y fumar en sus pipas, privaciones que atestiguan vivamente su fanatismo. Dijeles que los Ingleses eran los mejores marinos del mundo, que iban por todas partes sin temer á Tanewa, y que si los navíos de los indíjenas fuesen mas sólidos podrian navegar lo mismo que aquellos; mas ellos no me han podido comprender y se han contentado con decir que esperarian hasta que hubiese pasado la marea, aunque durase muchos dias.

25 *de febrero*. — Las islas Mercurio están á cinco ó seis millas al E., y nuestras jentes no las perciben. Es muy probable que nos hayan tomado la delantera y llevado á cabo sus inicuas y homicidas intenciones, á menos que hayan sido detenidos por la poderosa mano de Dios. Pobres criaturas! Cuanta necesidad tienen de nuestras instrucciones! El brazo de cada hombre se levanta para caer sobre su hermano, y sin duda la tierra está ya empapada en su sangre! Preséntansenos á la vista varios lugares, donde ha habido sin duda recientes combates; mas nosotros levantamos los ojos al Señor, que es el único que puede sacarlos de su actual esclavitud ó inspirarles el deseo de no apartarse de su lado.

Domingo 26 *de febrero de* 1832. — A las siete de la mañana abordámos en la bahía con la esperanza de ver nuestros amigos, ó por lo menos de encontrar un abrigo contra la tempestad que nos amenaza. Nos hemos adelantado casi hasta el fondo de la bahía sin encontrar en ella ninguna ensenada donde pudiésemos echar el áncora; el mar, siempre mas y mas embravecido, nos arroja hácia la costa. En tal estado de incertidumbre hemos enviado la canoa para reconocerla, y al cabo de una hora nos ha hecho seña de que avanzásemos. En efecto, pocos momentos despues doblámos una punta, y encontrámos la embocadura de un hermoso rio que puede recibir cómodamente cualquiera embarcacion. El país parece muy poblado de árboles, pero sin habitantes, apesar de verse en él varios vestijios de habitaciones antiguas. Ah! cuán terrible azote es la guerra, aun en estas ignoradas rejiones!

3 *de marzo de* 1832.— Buen tiempo. Al rayar el dia nos hicímos á la vela para Taï-Roua. Al acercarnos á la entrada del puerto divisámos algunas piraguas que salian; nos alegrámos de encontrar entre ellas nuestra canoa y nuestros jóvenes ilesos. Todos se regocijaron en estremo de volvernos á ver. Ocupé con gran satisfaccion mi sitio en la canoa, y á fuerza de remos nos dirijímos hácia Wanga-Mata, hermoso rio para embarcaciones pequeñas. Despues de tomar algunos refrescos entrámos en él. El país parece bello, fértil y bastante abundante de agua; pero no hay habitantes, apesar de haber sido numerosos en otro tiempo. Por la tarde los indíjenas pasaron revista y ascendian á unos 400 hombres. Esto es lo que ellos llaman un ejército. Puédese acaso demostrar mejor la escasez de habitantes en esta tierra, despues de los grandes esfuerzos que han hecho para entrar en campaña? Verdad es que es preciso añadir á este número los hombres que han seguido á Rewa-Rewa y Ware-Porka con los cuales ascenderán á unos 600, sin contar las mujeres y niños. Los discursos de los oradores han sido tambien insignificantes. He sabido con sentimiento que Ware-Rahi, con una numerosa escolta ha pasado por tierra á sorprender á los Nate-Watouas. He tenido una larga conferencia con los jefes, y Tetore se halla á mi entender en buen sentido. Los indíjenas parece que durante mi ausencia han guardado mucho respeto al domingo por lo tocante á sus marchas. Hoy se habian puesto en camino para poder descansar mañana.

Domingo 4 *de marzo*.— Mucho antes que amaneciese estaban ya en pie los indíjenas y hablaban en todas partes. Cuando pedí mi desayuno me dijeron que el fuego y el agua estaban vedados, y que nadie podia comer ni beber hasta tanto que hubiesen consultado los oráculos; en fin que á poca distancia se preparaba el tohounga ó sacerdote

para esta ceremonia. Fuí, y encontré en un lugar solitario y sombrío siete ú ocho jefes reunidos; al principio se me prohibió acercarme; pero despues de consultarse me lo permitieron, so pretesto de que yo era un hombre blanco. Estaban todos enteramente desnudos y se ocupaban en plantar en linea estacas de un pie de largo, en igual número al de sus piraguas; tambien clavaron algunas para representar el número de los jefes del bando enemigo. En frente de cada una de estas estacas colocaban otras dos de la misma lonjitud, y al rededor de cada una ataron un pedazo de phormium. Luego que todo estuvo preparado nos hicieron retirar á todos, escepto á un hombrecillo viejo que no tenia cinco libras de carne sobre sus huesos. Cosa de media hora despues vino el anciano á sentarse en medio de nosotros; preguntó á Tohi-Tapou lo que habia soñado, y nos contó el sueño que habia tenido la noche precedente, y que seria muy largo de trasladar aquí. En seguida nos hicieron acercar con grandes precauciones al paraje en que el sacerdote se habia quedado trabajando, y encontrámos las estacas en un desórden tal que parecia haberlas tomado un gato por diversion; una tercera parte almenos estaban tendidas por tierra representando á los que debian sucumbir en la refriega. Tambien habian clavado las estacas correspondientes á mí y á mis jóvenes compañeros, y todas ellas habian quedado intactas. Pocos minutos despues llegaron en tropel y con grande ruído los indíjenas para saber el écsito de la espedicion; cada cual hacia preguntas relativas á su suerte con tantas instancias y de un modo tan desentonado, que era imposible comprender nada. Se sosegaron al fin un poco, y el anciano empezó á entrar en algunos pormenores. No tardó mucho en embrollarse y se vió obligado á volver á empezar la ceremonia; desocupóse por lo tanto el terreno sagrado y fuímos á la orilla á esperar sus necias inspiraciones. Preguntáronme algunos si me habia desayunado, y parece se alegraron de saber que no habia comido nada. En aquel intermedio hablé con los que me rodeaban y parecia que daban tanto crédito á las indicaciones que iban á resultar de las ceremonias del tohounga, como lo habrian dado de la direccion del viento despues de observar la marcha de las nubes. Aseguréles que bien pronto abandonarian aquellos ritos, y abrazarian el Evanjelio de Ntro. Sr. Jesucristo. Mis palabras calmaron á algunos, á otros no. A las diez, estando ya todo sosegado, tocámos la campana para el oficio divino. Acababan de traerla del navío de Pi, nos servíamos de ella por la primera vez, y su voz resonaba agradablemente en aquella rejion salvaje, y en medio de aquella horda mas salvaje aun. Reunímonos en número de unos ciento. Rewa y Te Kohi-Kohi fueron los únicos jefes de distincion que asistieron, pero todos los concurrentes estaban muy atentos. Despues de la misa me dijo Rewa que no tardarian en creer en mis palabras, pues ya se hallaban todos fastidiados de su espedicion. A la tarde pasé por en medio de los grupos para dirijirles algunas palabras cuando se presentaba ocasion, y tuve una conferencia bastante agradable con Temarangaï y varios compañeros suyos.

5 *de marzo de* 1832. — Ya hemos llegado á cinco millas de Kati-Kati, rio que sube basta Tauranga, que tenemos ya á la vista, lo mismo que las hogueras del *pá* (nombre que los indíjenas dan á sus aldeas). Estoy indeciso entre el temor y la esperanza, pero dentro de pocos dias se decidirá esta importante cuestion; algunos de los nuestros se contentarian con llevarse esclavos; mas no consideran que aun en esto hallarian inconvenientes. Al mediodía subió mucho la marea y nos adelantámos hácia la entrada del puerto, al que tardámos en llegar dos horas, pues la marea estaba ya contra nosotros. Este era el momento mas crítico, atendido que las corrientes nos arrastraban por todas partes. Varias piraguas iban delante para mostrarnos el camino, y siguiéndolas arribámos sin avería, abriéndonos camino á través de los arrecifes. Tranquilicéme con esto y aun no he podido comprender como se atrevieron á arriesgarse de tal modo los indíjenas. Parecióme el rio muy anchuroso en aquel sitio, que tarde ó temprano llegará á ser una recalada importantísima. Abordámos á un punto de la orilla en que Rewa-Rewa y Ware-Porka se hallaban hacia algunos dias. Subí á una altura, á peticion de algunos jefes, para reconocer con mi anteojo el país, y me formé de este modo una idea completa de él y de los dos estrechos, mas no pude descubrir á Rewa-Rewa. Los pás parecian rodeados de torbellinos de humo. La costa forma entre esta isla y Tauranga una península muy llana que en otro tiempo debia estar bastante poblada, segun el número de pás abandonados; pero los estragos de la guerra la han reducido al estado mas deplorable.

6 *de marzo*. — Al rayar el dia emprendímos nuestra ruta y continuámos subiendo: á las diez desembarcámos en Mala-Kawa para pasar el dia. Una vieja, procedente de la tribu de los Nate-Mareus y cojida por los súbditos de Tareha, nos dió grandes noticias. Contó que Ware-Rahi y sus guerreros habian alcanzado una brillante victoria sobre los habitantes de Waï-Kato. Estaba yo seguro de que cuanto decia era falso; pero daba lástima el mirar la feroz alegría con que eran acojidos los horrores que contaba; anuncióнos ademas que Rewa-Rewa se hallaba á pocas millas de distancia al otro lado del rio. A poco rato lo habian atravesado ya cinco piraguas para traer noticias, y pronto supímos que los Nate-

Awas habian tenido cuatro ó cinco encuentros con Rewa-Rewa bastante reñidos, mas tuve la satisfaccion de saber que no habia habido ningun muerto ni herido. A media noche, cuando todos descansaban, alarmó al campamento la descarga de cuatro fusiles disparados en la orilla. En un instante estuvieron todos sobre las armas, pues ignoraban si procedian aquellos tiros de amigos ó enemigos. El silvido de las balas, esos mensajeros de muerte, tenia algo de siniestro al despertarnos y me recordaba la horrible condicion en que viven esas desgraciadas criaturas. Por lo demás, pronto supímos que anunciaban un correo de Rewa-Rewa. Adelantóse este mensajero, y con su silencio llenó de espanto á toda la asamblea que se hallaba sentada en tierra. Varias hogueras encendidas acá y acullá alumbraban y aumentaban con su resplandor el efecto de aquella escena. Érame totalmente desconocida la persona que se hallaba en nuestra presencia; pero ví en ella un hombre de hermosa figura, apesar de su aspecto salvaje. Al principio se mantuvo en pie, guardando silencio y apoyándose en el cañon de su fusil. Un broche brillante como si fuese de plata sujetaba su cintura por delante, y una hermosa esterilla de pelo de perro pendia neglijentemente de sus hombros. A la luz de las hogueras presentaba aquel hombre un perfecto modelo de la nobleza salvaje. Habló al principio de la espedicion de los Ware-Rahi contra los Nate-Watouas, y despues de una entrevista que tuvieron con el enemigo y de una cita que les habia dado para aquella tarde. Se hicieron mutuamente muchos saludos con las armas; pero con tantas precauciones que no resultó accidente alguno.

Aquí acababa el escrito del misionero y conocí que hacia poco que se habian trazado las últimas palabras. Por consiguiente habia llegado en el momento mas crítico de la campaña: iban á emprenderse las operaciones militares. Me desayuné con M. Williams y salímos juntos para ir á visitar las lineas de los indíjenas. Cuando pasábamos por delante de alguna tienda de guerreros, salian estos para pedir al misionero instrucciones sobre el uso de sus armas; este rehusaba dárselas diciéndoles que los eclesiásticos no podian enseñar la guerra; pero que en cambio no les faltarian consejos cuando tratasen de terminar las hostilidades. A las diez se embarcaron todos los guerreros; formaron sus lineas las piraguas y presentaron con sus banderas desplegadas una flotilla verdaderamente imponente; habia entre ellas una multitud de yates, que habian adquirido haciendo cambio con los balleneros, contándose hasta ochenta. Al mediodía llegámos á Karo-Poua, que ocupaba Rewa-Rewa. El pá de los Nate-Awas, llamado Otoumo-Etoï, apenas distaba de nosotros media milla, y muchos de sus habitantes habian salido á contemplar nuestra llegada. Poco tiempo despues se presentaron tambien el schooner del *Activo* y el cuter de Pi.

Cuando bajó la marea, se armaron nuestras jentes para ir á forrajear en los plantíos hasta cerca del pá; sin embargo unos cuantos fueron allí directamente, siguiendo el cauce de un profundo torrente. Dos hombres solos resistieron por largo rato al fuego de los Ngh-Pouïs, pero poco á poco se fué aumentando el número de los combatientes y se empeñó una accion muy reñida, separados unos y otros únicamente por el rio. Solo la niebla y el flujo pudieron obligarles á retirarse. Ninguno de los jefes principales tomó parte en esta escaramuza que duró hora y media; y no pude menos de admirarme al ver que no habia habido ningun herido. Por lo demás, los indíjenas pasaron la noche hablando de esta refriega. Presidia á sus discursos el mas grande rencor; querian matar y comerse á sus enemigos, y el sacerdote Tobi-Tapou era uno de los mas ecsaltados de la tropa; en vano le hizo M. Williams algunas amonestaciones, pues el salvaje no hizo caso de ellas y se mostró aun mas energúmeno.

El tiroteo continuó aun durante dos dias, pero sin resultado por una ni otra parte del rio. Vista entonces por nuestros jefes la inutilidad de sus tentativas resolvieron atacar el pá por las espaldas y tomarlo por asalto. En la noche del 9 al 10 de marzo, un poco despues de media noche, se embarcaron todos los guerreros en medio de un espantoso desórden. Habian elejido esta choza para evitar el fuego de los enemigos, al que habrian estado espuestos durante el dia, pues les era preciso atravesar el rio por un paso bastante peligroso. Si los enemigos hubiesen tenido un poco de prevision, podian haber puesto nuestras filas en desórden con solo presentarse en este sitio, pero ni siquiera pensaron en ello. Nuestras piraguas cubrieron por lo tanto el rio, y como ya se habia puesto fuego á los helechos y malezas, resultó de ello una escena infernal. Aquellos reflejos encarnados en el aire y en el agua, aquellas caras negras, aquellos cuerpos desnudos, aquellas estrañas piraguas, todo en fin formaba un cuadro digno de ser reproducido por un Dante ó por un Milton. Desembarcámos á espaldas del pá, y al cabo de breve rato aparecieron en él trescientas antorchas y lo animaron como por encanto. Era el enemigo.

Por prudencia permanecímos M. Williams y yo echados en nuestra canoa hasta que fué de dia; mas apenas apuntó el alba, subímos á una colina que dominaba un pá arruinado, desde la cual podíamos seguir con la vista los movimientos de ambos ejércitos. Habíanse dirijido nuestras jentes á los primeros rayos de la aurora

hácia el pá, desnudos enteramente, escepto un cortísimo número que llevaban camisa ó un taparabo atado á la cintura y una cartuchera colocada al rededor del pecho. Habian ya salido los Nate-Awas á recibirlos, y bien pronto principió el tiroteo por ambas partes. Vímos desalojar á los Nga-Pouïs de un terreno cubierto de malezas en el que se habian escondido, y como se formaban en órden de batalla los Nate-Awas, armados todos y en gran número. El fuego duró cerca de tres horas, al cabo de las cuales tomaron los nuestros otra vez el camino del campamento, despues de haber apurado todas sus municiones. Llevaban consigo un muerto y un herido, que debia su salvacion á la cartuchera colocada delante de su pecho. Difícil era saber si el enemigo tenia tambien algun muerto. Al momento que cesó el fuego, salió un grito jeneral de en medio de los Nga-Pouïs, como si con él quisiesen celebrar las hazañas que habian hecho en aquella jornada.

Apenas se hubo retirado á su tienda Mr. Williams, vinieron á verle sus dos compañeros MM. Kemp y Tairburn; despues de una breve discusion determinaron que Mr. Williams volveria con sus compañeros á bordo del *Activo*, y que supuesto que habian sido desatendidos todos sus consejos de paz, no podian hacer ya mas que abandonar á los indíjenas y que obrasen por sí solos. En cuanto á mí, curioso de continuar mis observaciones, solo acompañé á los misioneros hasta su canoa, encontrando en el camino varios jefes que parecian bastante abatidos; ninguno de ellos dijo una palabra á los misioneros; tan solo Maka quiso esijir la promesa de que no curarian á sus enemigos heridos: « Todos los Nuevos-Zelandeses son amigos nuestros, contestó Williams; y socorrerémos á todos los que nos necesiten sin esceptuar á nadie.

A la verdad, si yo insistí en quedarme en el rio, fué mas bien para ver lo que iban á hacer con un cadáver que ocultaban con misterio que por las hostilidades. Habíame dicho Tetore que se preparaba una grande ceremonia á Atoua y no quise perder tan buena ocasion. Al principio creí que serian algunas ecsequias, pero aquel cadáver era de un enemigo y se le reservaban honores de otro jénero. Eran los despojos mortales de un guerrero muerto el dia anterior, pero como era el primero que habia perecido en el combate, estaba consagrado y debia servir á ritos de alta importancia. Tetore hizo que me admitiesen en aquella ceremonia vedada á los profanos. Cuando llegué, los jefes habian ya despedazado y preparado el cuerpo y estaban colocados los pedazos sobre enormes braseros. Luego que estuvieron asados, cinco sacerdotes y el anciano Tohi-Tapou colocaron cada uno un pedazo en un canastillo que colgaron de unos palos clavados en tierra. Era aquel el kaï-atoua (manjar de Dios), destinado á las divinidades que iban á consultar. Luego los tohoungas empezaron á hacer oracion que interrumpian de cuando en cuando para comer pedacitos de la carne sagrada.

Entretanto los jefes, sentados en círculo alrededor de los silenciosos sacerdotes, se cubrian el rostro con recojimiento y seriedad, con sus manos y esteras; pues sus miradas habrian profanado aquellos misterios. Yo fuí el único entre tantos asistentes que me atreví á mirar semejante ceremonia, escandalizando evidentemente á Tohi-Tapou, quien me obligó mas de una vez á bajar la cabeza.

Terminadas las ceremonias, declaró Tohi-Tapou que los Atouas habian acojido sus ofrendas, que serian propicios á la causa de Tetore y de los suyos, y que se podia continuar la guerra con toda confianza. Al oir esta declaracion, levantaron la cabeza los jefes satisfechos; cada uno de ellos se apoderó de un pedazo de cuerpo y empezó á comérselo con mucha gravedad, puesto que debia presidir á aquella comida un sentimiento relijioso mas bien que sensual. Si hubiera habido mas cadáveres, los habrian preparado y comido del mismo modo los demas guerreros, sin la presencia de los sacerdotes.

Como lo restante de la ceremonia solo ofrecia disgusto y horror, dejé á los jefes que acabasen su asqueroso festin y me fuí á recorrer el campamento. Los guerreros vagaban por él en el mayor desórden: mientras unos, tendidos bajo sus enramadas, dormian á pierna suelta, otros limpiaban sus fusiles con tanto cuidado como un recluta el dia antes de la revista. Algunos fundian balas ó redondeaban pedazos de granito ó jaspe para sustituirlas, preparando la mayor parte, raices de helecho para su comida. En otras partes se veian grupos en los que se discutia con gravedad sobre los sucesos de la guerra. Mezclábase á todo esto la gritería de los muchachos, el ladrido de los perros, y algunas veces el canto de los gallos, pues varios jefes llevan consigo estos animales cuando salen á campaña. En fin los esclavos preparaban su pesca y hacian, secándola al sol, verdaderas provisiones de guerra.

Esta escursion me condujo hasta un sitio separado donde se ofreció á mi vista un espectáculo singular; era el de una mujer ocupada en pintar á un hombre. Sufria el paciente esta operacion sobre la mejilla derecha, á la par que la izquierda no dejaba ya de hallarse cubierta de honrosas cicatrices. El operador habia de antemano estendido una negra preparacion sobre la piel con el objeto de bosquejar los dibujos que queria hacer. Servíase al efecto de un instrumento formado de un hueso de albatro ajustado en ángulo recto sobre la estremidad de un pequeño mango de ébano, parecido á una lanceta de un

veterinario ó mas bien á un pequeño pico de cantero. El hueso era cortante por su estremidad de modo que al sacudir con un palito sobre el dorso del mango, abria una herida y la sajaba profundamente dando libre salida á la sangre; pero el artista al esplorarla tenia necesidad de enjugarla á medida que salia ya con el dorso de la mano ó ya con una espátula de madera. Luego que la piel quedaba cortada valíase de un pequeño pincel empapándolo en color ó *moko*, y cubria toda la incision. Mucho deberia sufrir el paciente y sin embargo no daba el menor quejido (Pl. XLVIII. — 3.).

Mientras esta estravagante escena atraía mi atencion, llegó Tetore y le espresé la compasion que esperimentaba por los sufrimientos del paciente. Sonrióse desdeñosamente, diciéndome que no valian la pena: «Ved ahí lo que hace padecer realmente!» añadió manifestándome los dibujos que ornaban los ángulos de sus ojos, sus labios y particularmente la punta y abertura de sus narices. Oh! esclamó al mostrarme estos últimos; «Estos sí que causan unos dolores inconcebibles.»

No siéndome posible por aquel dia ir á bordo del *Activo*, decidíme á comer con Tetore, quien me habia ofrecido su mesa. La comida fué menos mala de lo que yo esperaba; consistia en patatas, escelente pescado y dos cabrajos cocidos sobre las brasas; el apetito hizo que no sobrase nada de lo que llenaba la mesa, aconteciendo lo mismo con Tetore, quien no tocaba ningun manjar con sus manos, pero tragaba cuanto sus criados le ponian en la boca como si fuese un niño de teta (Pl. XLVII. — 4). Al principio tomé esta ceremonia por una costumbre, pero Tetore me dijo que la abandonaria aquella misma noche y que únicamente era una consecuencia del sacrificio de la mañana. Este, lo mismo que los demas jefes, era *tapou* por veinte y cuatro horas, y por lo tanto sus manos no debian tocar alimento alguno. Esta costumbre no es del todo incómoda para los que tienen esclavos; pero los que no los tienen se ven obligados á tenderse en el suelo y cojer los alimentos con la boca lo mismo que brutos. De este modo comia uno de los vasallos de Tetore que era tapou por haber preparado el cuerpo de los prisioneros. Esta prohibicion no era la única que resultaba de la ceremonia del dia. Mientras estábamos comiendo sobrevino un fuerte aguacero, que me obligó á echar á correr con un pedazo de pescado que llevaba en la mano para guarecerme en la cabaña de Tetore. Opúsose á ello el jefe, quien deteniéndome me dijo: «No os adelanteis, mi tienda es tapou por todo el dia de hoy, y está prohibido comer en ella so pena de atraerse las venganzas del Atoua,» y por lo mismo nos vímos precisados á continuar la comida arrostrando el aguacero. Debia yo pernoctar bajo el techo mismo del bravo jefe, quien de antemano para obsequiar mas mi llegada habia enviado sus mujeres é hijos á una cabaña inmediata. Luego que anocheció me tendí sobre un monton de helechos cubierto con dos esteras apoyando mi cabeza sobre el tronco de un árbol, única almohada de los Zelandeses.

Acercóse á tierra al amanecer la canoa de los misioneros, y me aproveché de esta ocasion para ir á bordo en busca de una bebida espirituosa. Pasé allí todo el dia pescando magníficos esparos con el sedal, mientras que los misioneros empleaban el tiempo en la oracion. Esparcióse por la tarde el tiroteo por la bahia, continuando toda la noche con grande encarnizamiento. A 12 de marzo al amanecer, los Nga-Pouïs se agolparon en masa hasta las inmediaciones del pá, acercándose á veces á cien pasos de la estacada. Unos cincuenta de ellos se habian hecho fuertes en un lugar erizado de malezas y altas yerbas, pero no tardaron en ser desalojados por los Nate-Awas, apesar de que estos tenian que batirse á cuerpo descubierto, lo que era una desventaja para ellos.

Delante de nuestro navío era precisamente el sitio en que el combate estaba mas empeñado, y veíamos una turba de muchachos que salian del pá para recojer las balas que llovian á su alrededor.

Por la mañana del 13 ambos partidos se entregaban al descanso y un profundo silencio reinaba en la bahía. Los misioneros Williams y Fairburn se aprovecharon de la tregua para hacerse cargo de lo que acontecia en el pá y visitar al jefe de sus amigos, llamado Kia-Roa, que habia llegado aquella misma mañana al socorro de los sitiados. Acompañéles en esta visita. Las jentes del pá nos recibieron con los brazos abiertos, no hallando palabras con que espresarnos su gratitud por el socorro que habíamos prestado á sus heridos. Veíase allí un carro de niños de la mas interesante figura, y causaba horror la idea de la suerte que los sitiadores les reservaban. Las fortificaciones que defendian aquellos salvajes, aunque informes, presentaban algunas combinaciones bien calculadas. Dobles empalizadas, dobles fosos, caballos frisones y hasta algunos reductos, nada faltaba; pero el número de los fusiles y la esperiencia daban mucha ventaja á los Nga-Pouïs y los azares de la guerra quedaban reservados para los Nate-Awas.

Mientras que nosotros recorríamos el recinto de la empalizada, se preparaban de nuevo los Nga-Pouïs para el combate. En el ardor de la pelea compareció una mujer herida del brazo, y el tiroteo, que estallaba con nueva viveza, nos advirtió que ya era tiempo de retirarnos. De vuelta á la bahía pudímos distinguir el encarnizamiento del combate. El fuego duró tres



3. Opération du Tatouage à la Nouvelle-Zélande.
3. Operacion del Pintado en Nueva Zelanda.



4. Jeunes Filles de la Nouvelle-Zélande.
4 Jovenes Doncellas de Nueva Zelanda



4. — Personnages tatoués.

4. Personajes Pintados.



5. Idoles, Armes, Ustensiles, Instrumens de la Nouvelle-Zélande.

4. Idolos, Armas, Utensilios, Instrumentos de Nueva Zelanda

horas, contando una y otra parte algunos muertos tendidos en el campo de batalla. Llegó la noche, y con ella los jemidos que salian del campo de los sitiados. Sin duda tributaban los últimos honores á los difuntos; ceremonia que iba acompañada de descargas de fusil, disparados por intérvalos. Aquellos gritos y aquel ruido oprimian el corazon y le sobrecargaban de lúgubres impresiones.

Hasta entonces la guerra no se habia declarado en favor de ninguno de los dos partidos cuando un suceso imprevisto y deplorable vino á cambiar su situacion. Un schooner inglés acababa de fondear en la bahía, y su capitan, menos hombre que mercader, habia ofrecido á los Nga-Pouïs cañones, fusiles y municiones, bajo la condicion de que completarian gratis su cargamento en cáñamo. No dejó la tal oferta de conmover el ánimo de los Nga-Pouïs manifestándole agradecimiento, y al apuntar el dia desembarcaron los cañones ausiliares. Este infame comercio, ejercido por manos cristianas, se hacia á la vista de los misioneros sin que estos pudiesen oponer mas que estériles amonestaciones.

En adelante nada les quedaba que hacer á los pacíficos mediadores; el espíritu de la guerra y la discordia prevalecian en aquel sitio; pero antes de abandonarlo quisieron ensayar una última marcha dirijiéndose en primer lugar al pá donde no fué larga su permanencia. Los habitantes parecian menos abatidos de lo que se les hubiera juzgado. M. Williams quiso conducir algunos jóvenes á la bahía de las Islas, pero contúvoles el temor de los enemigos, y encaminándose al campo de los sitiadores ofrecieron sus respetos á cada uno de los jefes Nga-Pouïs. El nuevo refujio habia ecsaltado su imajinacion mas allá de toda creencia los mas razonables se contentaron con escuchar á los misioneros mientras que los restantes les miraban con cierto aire desdeñoso y se mostraban indiferentes á sus palabras. La misma noche tuvo lugar una asamblea en la que se decidieron por la guerra, y Tohi-Tapou desplegó toda su enerjia. Uno de los jefes de Vai-Mate, llamado Tinana, tuvo el descaro de decir que los misioneros eran unos espías y que por la mañana se habian dirijido al pá para vender el plan de guerra de los Nga-Pouïs, pero las palabras de este furioso no hallaron eco en la asamblea.

Habiendo perdido los misioneros la esperanza de entablar una negociacion entre partidos tan encarnizados, se decidieron á abandonar el teatro de la guerra cuyo écsito no podia menos de ser dudoso. Mas fuertes que sus adversarios, los Nga-Pouïs acababan de obtener un apoyo en la artillería que iba al encuentro de los Nate-Awas en el fatal instante de un asalto. Toda la guerra se reasumia entonces en esta sangrienta catástrofe, por lo que á la mayor brevedad me dispuse á abandonar estos sitios y embarcarme en el *Activo*. Pocas horas antes de su marcha, muchos guerreros, en cuyo número se hallaban Nate-Awas y Kea-Roa, vinieron á despedirse y parecia que confiaban mas en la suerte que nosotros; é insistieron mucho con los misioneros paraque les enviasen algunos sacerdotes con el fin de predicarles el evanjelio. M. Williams empeñó su palabra para tan pronto cesasen las hostilidades. «Ay! dijo, tal vez no llegareis á tiempo y nuestra raza seré del todo estinguida.» El *Activo* aparejó, pero en el momento de hacerse á la vela lo rechazó el viento y se vió precisado en los tres dias consecutivos á echar el áncora, ó navegar de bolina siguiendo la costa; sin embargo en el estado de revolucion en que esta se hallaba, y con los continuos encuentros que tenian partidos tan numerosos y encarnizados, no dejaba de ser bastante peligrosa nuestra permanencia. En una de aquellas jornadas se nos acercó una piragua tripulada por diez ó doce Nga-Pouïs, que desembarcaron en la parte de la playa que estaba en frente de nosotros, é hicieron señas desde allí paraque fuésemos, creyendo sin duda que perteneciamos al buque que pocos dias antes les habia proporcionado armas y municiones. Acercámonos y vimos que eran nuestro amigo Tetore y el fanático Tohi-Tapou, cuyos fanfarrones ademanes contrastaban con la tristeza y abatimiento de su jefe y demas salvajes. Cuando se les hablaba de la guerra, la mayor parte de ellos meneaban la cabeza con desaliento dando á entender que estaban cansados de ella; otros se quejaban de la falta de víveres; todo en fin demostraba que habia entre ellos reaccion completa y que habíamos desesperado con sobrada lijereza de los Nate-Awas, viendo por lo tanto que no consistia en quiméricas bravatas la gran confianza que tenian los jefes sitiados. Habíanse frustrado los asaltos de los Nga-Pouïs; la artillería colocada delante del *pá* no habia producido efecto alguno, y una audaz salida que hicieron los sitiados les volvió toda la superioridad que tenian antes, ó mayor tal vez por el considerable refuerzo que habian recibido de Vai-Kata. Era pues probable que esta inesperada desgracia produciria la suspension de armas que nuestros consejos no habian podido alcanzar, y que bien pronto los guerreros del N. se verian precisados á emprender otra vez el camino de la bahía de las Islas.

Abandonó por último el *Activo* las aguas de Tauranga, y navegando entre la tierra firme y las islas Tou-Houa y Aldermans, doblámos las de Mercurio. A 27 de marzo, al pasar por delante del cabo Moc-Hao, cruzó nuestra ruta un schooner que se dirijia á la bahía de las Islas y que reconocí al punto por el *Kanguroo*. Como ya habia concluido mi campaña, determiné vol-

ver de nuevo á su bordo, y despues de recibir algunas cartas de M. Williams para su familia y de dar las gracias á los misioneros por lo bien que se habian portado conmigo, me trasladé al velero *Kanguroo*, que no tardó mucho en dejar muy atras al *Activo*.

Despues de nuestra separacion habia hecho escala Powell en varios puntos de la bahía de Shouraki, en los cuales varias tribus, entre otras las de Mogoia, Manou-Kao y Wai-Kato, libres ya de los ataques de los Nga-Rouïs, cuyas fuerzas se hallaban entonces concentradas al frente de Tauranga, le habian llevado grandes cantidades de cáñamo, de modo que podia valuarse en unos cuarenta quintales el que habia recojido en aquella espedicion.

Soplaba entonces una fresca brisa de S. E., y al otro dia entrámos á toda vela en la bahía de las Islas (Pl. XLV.— 2), y doblando la punta Tapeha, anclámos frente la ciudad de Korora-Reha, de entre cuyas barracas de juncos y ramaje se elevan ya dos ó tres casas de ladrillos y piedras que recuerdan la civilizacion europea (Pl. XLV. — 4). Divisámos en el lado opuesto el edificio ó domicilio de los misioneros de Hai-Hia, situado en la falda de una colina y en un sitio en estremo pintoresco; pero un objeto bien diferente llamó muy pronto nuestra atencion. Habia tres navíos anclados en la rada, y uno de ellos ostentaba orgullosamente en su palo mayor el estrellado pabellon de los Estados Unidos. Apenas le distinguí, sentí una impresion cual si viera un antiguo amigo; « Será acaso ilusion? me decia yo mismo. No, no, esa es su arboladura inclinada, su corona y su delicado branque! Él es, no hay duda, es mi *Oceánico!* » Y sin acordarme que nos hallábamos á una milla de distancia, iba á gritar: Pendleton! *El Oceánico*, mi *Oceánico* estaba allí, pero como? Por qué casualidad inesplicable? Sí se hallará todavia á bordo su dignísimo capitan? Para disipar mi incertidumbre supliqué á Powell pusiese la lancha á mi disposicion y me encaminé allí al momento, siendo mi alegría estrema al divisar sobre la cubierta á Pendleton, que me tendia los brazos: « Sea V. bien venido! » me dijo; y no tardé en hallarme en sus brazos. « Oh! parece que nuestro destino es el de no separarnos. ¡ V., esclamé, aquí! — Sí, venga á mi cámara y hablarémos. » Y despues de apretar la mano á Raimbow, al contramaestre y hasta á los marineros, bajé con el capitan.

Hízome primero contar mis aventuras, y en seguida me refirió él las suyas de este modo: « Luego que le dejé á V. en Manado entre aquellos judíos de Holandeses, dirijí mi rumbo hácia Canton, donde, despues de reparar algunas averías despaché á buen precio el opio, el sándalo, las conchas y el misoi, drogas de que iba cargado el *Oceánico* y que solo podian convenir á aquellos pícaros chinos. A mi regreso tomé té, sederías y algunos otros artículos, que llevé á los mercados de Panamá, de Guayaquil y de Lima, haciendo siempre con felicidad mis travesías y mas aun mis negocios. Luego de haber tomado provisiones en Callao, volví á emprender mis campañas semi-mercantiles y semi-hidrográficas, y visité muchas islas del archipiélago de Pomotou, en las que tuve ocasion de hacer buenos cambios; despues siguiendo el consejo de un compatriota establecido en Taiti, me decidí á hacer una escursion hasta la Nueva Zelandia, donde, segun decian, me esperaban inmensos y lucrativos negocios, y hace ya un mes que nos hallamos en esta costa, donde hasta ahora hemos sido bastante felices, pues hemos adquirido en ella bastante cantidad de cáñamo de phormium y cortado algunos árboles preciosos. Como los víveres estaban abundantes, todo iba á pedir de boca; á no ser por la horrible catástrofe que hará unos diez dias llenó de horror y luto al *Oceánico*. Envié una ballenera bien armada á la bahía contigua al cabo de Wai-Apou para que trajesen algunas pipas de agua, y los indíjenas, hasta entonces tan pacíficos, se precipitaron de improviso en número de cuarenta ó cincuenta sobre nuestros pobres marineros, quienes se defendieron con bravura matando á unos veinte de sus agresores; mas el combate no era igual y bien pronto cinco de nuestros valientes sucumbieron bajo las mazas de los indíjenas, salvándose los demas en la ballenera á costa de graves heridas. Hallábase casualmente una piragua de indíjenas no lejos de nosotros cuando principió el ataque; y á los primeros tiros me apoderé de ella y de su tripulacion, con cuyos rehenes conseguí me restituyesen los cadáveres de nuestros malhadados compañeros, que de otro modo habrian sido devorados. Al momento abandonámos aquella rada fatal y venimos aquí en donde hemos reclutado cuatro marineros para reemplazar á los infelices que los salvajes nos asesinaron, y como estos lugares nos recuerdan continuamente tan funesta catástrofe, pasado mañana nos harémos á la vela. — « Y para donde, capitan? — Primero irémos á la Nueva Caledonia, luego visitarémos la isla de Rotouma, las Carolinas y las Marianas. — Y despues? — Oh! despues, V. me pregunta mas de lo que yo sé. Luego podrémos tomar hácia el N. de América para dirijirnos á Nueva York, que ya puede concebir si desearé verla despues de tan larga ausencia. — Y qué! capitan, quiere recibir á su antiguo pasajero, á su inseparable? — Jóven, ya sabe V. que es un hijo del *Oceánico*. »

Mi mudanza estuvo hecha pronto; abracé cariñosamente á Powell, y me despedí de él con sentimiento, pues el mar y los peligros que ha-



3. Établissement des Missionnaires à Pahia.

3 Habitacion de los Misioneros en Pahia.



4. Village de Korora-Péka.

4 Aldea de Korora Peka

bíamos corrido juntos habian estrechado fuertemente nuestra amistad.

Como era corto el tiempo que me quedaba para recorrer la bahía de las Islas, dispuso Pendleton al punto una espedicion para ir á visitar el establecimiento de los misioneros y la ciudad de Kawa-Kawa, embarcándonos en la ballenera el 27 á las cinco de la mañana con seis robustos remeros que con la mayor celeridad nos condujeron delante del primer edificio, cuya elegancia y limpieza me sorprendió (Pl. XLV. — 3). Hízome muy buena acojida M. W. Williams, hermano de mi huésped de la bahía de Shouraki, sobre todo cuando supo que habia compartido con sus cólegas los misioneros, los peligros de la campaña de los Nga-Pouïs y Nate-Awas, y me presentó á dos hermosas jóvenes, que eran su mujer y su cuñada, las cuales nos hicieron los honores de la casa y los de un desayuno improvisado. Concluído este almuerzo, partímos en compañía de M. W. Williams que se ofreció á ser nuestro guia, pues apesar de mostrarse siempre desdeñoso y frio con los estranjeros, obraba de diferente modo conmigo, sin duda porque era el huésped y comensal de su hermano.

Despues que salímos de los Pai-Hia entrámos en la madre del Wai-Kawa, que en el espacio de cuatro millas tiene nada ménos que una de ancho y cuyas orillas me recordaron la agreste y magnífica vista que presenta la ensenada del Astrolabio. En el centro de un vallecito poblado de algunos árboles nos indicó M. Williams la morada de Tobi-Tapou, el pontífice zelandés que habia visto en Tauranga y cuyas groseras pretensiones habian dado mucho que sentir á los misioneros al principio de su instalacion en Pai-Hia.

El canal por donde íbamos cambia repentinamente de direccion hacia la izquierda, y se estrecha y encaja entre dos peñascos sumamente escarpados; vuelve luego á ensancharse y forma un vasto estanque ó remanso en el que desaguan dos brazos, de los cuales el que viene del S. es el que conserva el nombre de Kawa-Kawa y forma un hermoso rio de mansa corriente y de treinta ó cuarenta toesas de anchura, aunque de muy poca profundidad, como lo probaban los rodeos que nos hacia hacer M. Williams para que no se barase nuestra ballenera. Pueblan este brazo numerosas bandadas de patos muy diferentes de los de la bahía Dusky, pues no se dejaban aprocsimar á tiro de fusil. Los indíjenas que le recorrian en todas direcciones con sus lijeras piraguas parecian tan acostumbrados á ver Europeos, que muchas veces ni siquiera se tomaban la molestia de volver la cabeza para vernos pasar.

Conviértese al fin el rio en un torrente de veinte á treinta pies de ancho y tan obstruido por los troncos de árboles y plantas acuáticas, que nos vímos obligados á saltar en tierra cerca de las primeras barracas de Kawa-Kawa. Allí encontrámos varios salvajes á cuyo frente estaban algunos ranga-tiras, entre ellos el jefe de la poblacion, los cuales salieron á nuestro encuentro.

La primera correría que hicimos fué hácia el bosque, en el que queria Pendleton ver el koudi, ese hermoso pino del que los isleños construyen sus piraguas de guerra, y que los Ingleses han esplotado con écsito, como escelente madera de construccion. Para llegar allí, tuvímos que atravesar la poblacion de Kawa-Kawa, situada en medio de un risueño valle y compuesta de unas cien casas, entre las cuales se observan algunas tan bien construídas, aunque de madera, y tan sobrecargadas de esculturas que cinco ó seis de ellas parecen ya habitaciones europeas. Riegan el terreno las aguas de dos torrentes y está dividido en campos de patatas, maíz, batatas y calabazas.

Los plantíos de *koumaras* y batatas están protejidos durante un cierto tiempo por un tapou tan riguroso que hasta las personas empleadas en su cultivo están consagradas. Constrúyense entonces barracas, y los hombres empleados en este trabajo están obligados á permanecer en ellas mientras dura su labor (Pl. XLIX. — 2). La cosecha es una grande época que señala el año nuevo, y que no se hace sin la bendicion del sacerdote, quien impone el tapou á los almacenes en que se deposita este alimento sagrado. Finalmente, en las guerras mas crueles y mientras se entregan al pillaje los demas objetos sin distincion, se respetan inviolablemente los lugares en que hay ó ha habido *koumaras*.

Apesar de los deseos que teníamos de abreviar nuestra ruta, nos guardámos bien de pisar los terrenos plantados de batatas; y mas de una vez tuvímos que hacer grandes rodeos solo para evitarlo. Tal vez á Mr. Williams se le habria permitido el paso, pero decia el jefe que era irritar la cólera del atoua, concediéndoselo á Pendleton y á mí; y como esto no admitia réplica, tuvímos que conformarnos. Finalmente, despues de mucho andar llegámos á una hondonada, que precisamente ha de cubrirse de agua en la estacion lluviosa ocupada por enormes kaskateas, bello árbol del jénero podocarpus. Su aspecto recuerda al Europeo el ciprés, aunque mucho mayor y su madera pesada y frájil no ofrece grande utilidad. Un poco mas allá, en la pendiente de un ribazo, hallámos los koudis, árboles jigantescos de la madera mas apreciada de la Nueva Zelandia. Es este un magnífico vejetal de forma piramidal, que á veces levanta su copa hasta ciento cincuenta ó ciento sesenta pies de elevacion, y cuyo tronco llega á cien pies, sin dar ninguna rama. D'Ur-

ville cree que pertenece al jénero *braucaria ;* pero Mr. Richard ha hecho de él una especie nueva que ha llamado *podocarpus zamiæfolius*. En los mismos bosques creen otros de admirable elevacion sobre los cuales viven muchos arbustos y helechos de formas elegantes y variadas. Al pie de la colina corre un arroyuelo que conserva en aquellos lugares una frescura deliciosa, y segun nos dijeron, fué alli donde Marion cortó en otro tiempo la arboladura que necesitaba. Los indíjenas de esta comarca hablan con mucha veneracion y respeto de dicho capitan, por ser uno de los Europeos que supo encontrar mas simpatías entre ellos; dicen que era muy buen sujeto y añaden que la fatal riña que causó su muerte la promovieron los indíjenas de Wangaroa, queriendo vengarse de d'Urville que habia saqueado á Nagui-Nouï. Desde entonces todos los Franceses son Mariones á los ojos de los Zelandeses, y cuando supieron que yo pertenecia á esta nacion, me notificaron que poco tiempo antes habia desembarcado otro capitan Marion y que les habia hecho varios regalos; y que hacia recojer muchas yerbas, aun aquellas que despreciaban los marranos; lo cual les habia causado grande admiracion sabiendo luego que este nuevo capitan era el capitan d'Urville.

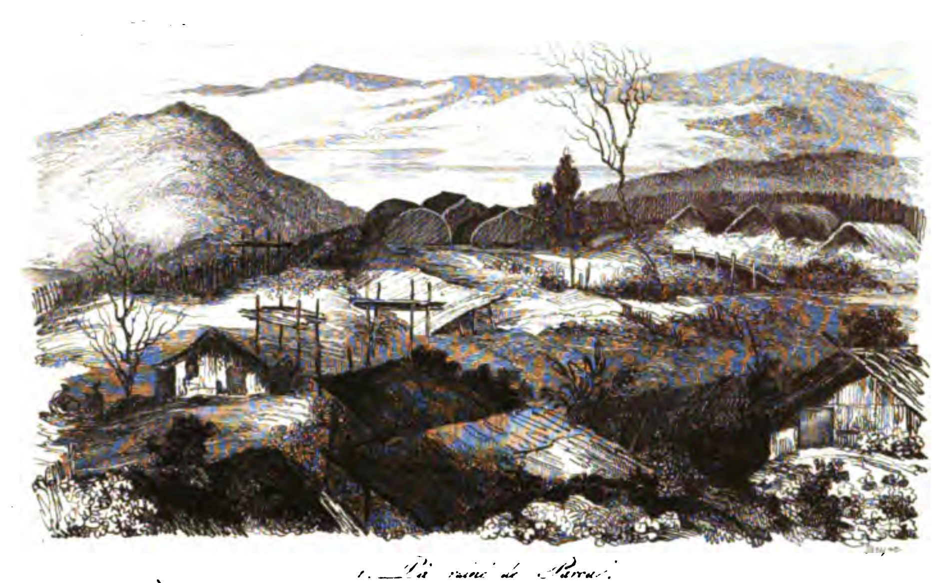
Concluído nuestro largo reconocimiento, nos volvímos á la lancha, y como la marea empezaba á bajar, nos encallámos mas de una vez y no nos vímos en alta mar hasta las cuatro. Empeñóse Mr. Williams en que nos quedásemos á disfrutar de una comida, en la que nada faltó, pues abundaba en tocino, caza, aves, legumbres, pastas y confituras, todo perfectamente preparado por las señoras de su alojamiento. Aquella comida europea, aquellas mujeres vestidas al estilo de Lóndres, aquellos niños jugueteando en una sala bien amueblada, no era ya la Nueva Zelandia: solo fuera se hallaban hombres medio desnudos, cubiertos de esteras y cáñamo, entre los cuales se presentaban sin embargo algunos que llevaban el lujo hasta el estremo de usar pantalon.

A los postres llegaron Tekoke, jefe de Sai-Hia, y su mujer Tapa-Tapa, quienes no se congratularon poco de este honor. Era una pareja secsajenaria, de rostros venerables y tranquilos, cuya fisonomía anunciába la franqueza y á quienes elojiaran mucho los misioneros. Al oir su nombre me aventuré á pedirle nuevas de su hijo Rangui-Touke, del que ha hablado el capitan d'Urville en su narracion; sus mejillas se inundaron de lágrimas y no pudieron responderme. Mr. Williams me contó que habia perecido en una accion poco tiempo despues de la época en que le vió el capitan d'Urville, y que diez ó doce años antes habia perecido de una enfermedad muy aguda su primojénito, gallardó jóven de las mas bellas esperanzas, al que habia enviado á Port-Jackson Mr. Marsden. Supo Mr. Williams esta noticia al volver Marsden á la bahía de las Islas, y envió á buscar á Tekoke para participárselo. Lloró el infeliz padre y quiso ver la carta fatal, y haciéndose indicar el sitio en que estaba el nombre de su hijo, lo besó mil veces con recojimiento, y toda la familia hizo otro tanto á su vez. En seguida enjugó su llanto y dijo á Mr. Marsden que estaba seguro que habrian asistido á su hijo con todo el esmero posible, y le hizo prometer que cuando volviese á Parramata le enviaria su cadáver paraque la familia pudiese tributarle los últimos deberes y reunir sus huesos á los de sus abuelos.

Dejámos el hospitalario domicilio de los misioneros mas tarde de lo regular, porque era el dia de nuestra despedida y al siguiente debíamos hacernos á la vela para descansar un poco en la isla de Motou-Roua, por la cual vagan muchos javalíes, y donde ecsisten las ruinas del antiguo *pá* de Koro-Koro. Llegámos temprano y saltámos en tierra delante del valle en que estaban en otro tiempo el hospital y el jardin de Marion. Las únicas señales que de él quedan en el dia son las coles y rábanos que siguen reproduciéndose en abundancia. Lo restante de la isla es montuoso y cubierto de arbustos y helechos. Desde la cima de Motou-Roua se disfruta de la admirable vista de la bahía y de todas las islas que le dan nombre. Encontrámos en efecto algunos cerdos, pero tan salvajes, que nos fué imposible acercarnos á ellos. En seguida vímos la colina en donde estuvo en otro tiempo el pá de Kahou-Vera y ocupada por las tribus de Koro-Koro y Tonai-Casi. Casi todas sus barracas están destruidas y la vejetacion tan lozana en aquel suelo abonado por la mansion del hombre, cubrirá bien pronto sus sencillos restos. No obstante los profundos fosos y altas empalizadas que aun ecsisten atestiguan lo muy fortificado que estuvo este sitio en otro tiempo (Pl. XLVI.— 1).

En un marjal situado á espaldas del pá y cerca de la antigua casa de campo de Koro-Koro, se vé todavía un sepulcro que consiste en una ancha urna adornada con varias esculturas y sostenida por un pedestal que lo levanta á tres ó cuatro pies de la tierra. El tapou impuesto á este sencillo monumento lo habia preservado de la profanacion del hombre, y su solidez le ha dado algunos años mas de duracion que á las fráj iles chozas de los vivos.

Cuando volvímos al *Oceánico* encontrámos en él una célebre sacerdotisa llamada Waka-Tai, que al don de la profecía reunia el arte de la majia, y en cuyos oráculos tenian los isleños gran confianza. Su rango y dignidad no le permitian tener relaciones íntimas con los hombres de su tribu, y esta sibila habia resuelto no conceder sus



1. Pâ ruiné de Paroa.

1 Pa arruinado de Paroa.



2. Pâ ou Village fortifié sur un rocher.

2. Pa ó Aldea fortificada sobre un penasco.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

favores sino á Europeos. Sabedor Pendleton de su alta categoría, le hizo algunos presentes que la dispusieron muy favorablemente con nosotros: pero no hubo uno siquiera del *Oceánico* que se presentase á aprovechar su buena voluntad tan completamente como deseaba, porque es preciso advertir que no era jóven ni bonita. Viéndose asi desdeñada, pidió rom y tabaco, y despues de haberse bebido un vaso del primero y fumado del segundo, empezó à hablar con mucha familiaridad. Habiendo divisado á nuestro cocinero, hombre de alguna edad y de traje algo grotesco, preguntó que empleo desempeñaba entre nosotros, á lo que Pendleton para burlarse, le respondió que era nuestro *tohounga* (nuestro mago, sacerdote y médico) y que en calidad de comprofesor tendria un singular placer en estrechar sus relaciones con ella. Pródiga en demasía se acercó à él Waka-Taï para hacerle el saludo de costumbre entre ellos, que consiste en refregarse entrambas narices; mas por desgracia, al bajar el cocinero la cabeza para prestarse á la fineza, hizo un movimiento algo pronto que descompuso la formalidad de su peluca y cayó el mueble en tierra, dejando en descubierto la calva del pobre hombre. No hubiera sido este muy grave inconveniente si á Waka-Tai no se le hubiese antojado ver en ello un efecto de brujería. Imajinóse que aquel hombre con el ausilio de su arte poderoso acababa de quitarse la piel del craneo, y lanzó gritos de espanto al ver aquel acto de su poder májico. No menos asustadas las mujeres de su comitiva, se dispersaron esclamando: « Un mago! un brujo! » El cocinero, involuntario autor de aquel desórden, alzó tranquilamente la peluca del suelo y la volvió á colocar sobre su pelada cabeza, lo cual fué un nuevo motivo de sorpresa para aquellas mujeres, pues al volverlo á mirar lo vieron en su estado natural.

Habia no obstante dominado la sacerdotisa su terror y se acercó á su cohermano el mago, mirándole con recelo y acechándole para espiar sus nuevos sortilejios: « Se podria quitar la cabeza con la misma facilidad que el pelo? » dijo á Pendleton; y este sin titubear le respondió que todo lo creía posible de aquel gran encantador; y al preguntar cuantos espíritus tenia á su disposicion, le respondió el capitan que seria muy dificil fijar su número.

Aquellas preguntas y respuestas inspiraron á nuestros oficiales la idea de dar un nuevo chasco á la sacerdotisa, para lo cual llamaron al cocinero, que era aquel Dik, cuyos temores en Nouka-Hiva hemos relatado. Ya se habia aguerrido mucho Dik y acojió con entusiasmo la ocasion que le ofrecian de volver á los salvajes los espantos que habia pasado por su causa: para esto le pintó un oficial en el craneo con almagra la figura mas horrible que se le ocurrió; luego volvió á su sitio la peluca, y ya no faltaba mas que tener ocasion de descubrir la testa del brujo cuando la misma sacerdotisa la proporcionó. Habíale suministrado Pendleton tal cantidad de rom, que ademas de curarla de sus temores la volvió sumamente despreocupada, y la puso en estado de soportar á sangre fria los mas terribles esperimentos de majia; desvergonzándose hasta el punto de pedir á Pendleton que suplicase al doctor se quitase la cabeza, pues que de lo contrario sus compañeras é indíjenas alli presentes dudarian de un poder tan sobrenatural.

Titubeaba ya Pendleton sin saber como salir de aquel apuro, cuando adelantándose con gravedad el cocinero, dijo que iba á satisfacer los deseos de la maga. Saludóla profundamente, y luego haciendo un rápido movimiento, bajó de pronto la peluca á la cara y le preguntó las horribles figuras que adornaban su craneo. Como Pendleton ni yo estábamos preparados para semejante escena, casi nos asustámos; júzguese pues del efecto que produciria sobre la sacerdotisa y demas comparsa. El primer movimiento fué de estupor, el segundo de terror. Hombres, niños, mujeres, jefe, sacerdotisa, todos huyeron, todos abandonaron la cubierta lanzando gritos espantosos. Unos bajaron á sus piraguas, otros se arrojaron al mar y por mas que los llamaron no quisieron volver á bordo. El cocinero estaba triunfante del terrible efecto que habia producido á los pobres Indios, mas su triunfo no fué de mucha duracion, porque M. Williams, que habia venido á vernos, quiso aprovecharse de este incidente para dar una leccion á aquellas jentes y esplicarles las sencillas y naturales causas de aquel hecho sobrenatural en apariencia. A su voz volvieron los salvajes á bordo, y entonces espió Dik su malicia, pues las jóvenes y muchachos no cesaban de tirarle el sombrero y la peluca para cerciorarse si aquellos sortilejios no dependian de causa alguna sobrehumana.

A 29 de marzo hacia viento favorable y el *Oceánico* aparejó. Salió de la bahía, dobló el cabo de Tapelca, y por la tarde, al ponerse el sol, perdímos de vista el cabo Otou ó cabo N. de la Nueva Zelandia.

CAPITULO XIV.

NUEVA ZELANDIA. — DESCUBRIMIENTO É HISTORIA.

Acababa Tasman de descubrir la tierra de Van-Diemen, cuando á 13 de diciembre de 1642 avistó las costas de la Nueva Zelandia de la que no tenian conocimiento alguno los Europeos.

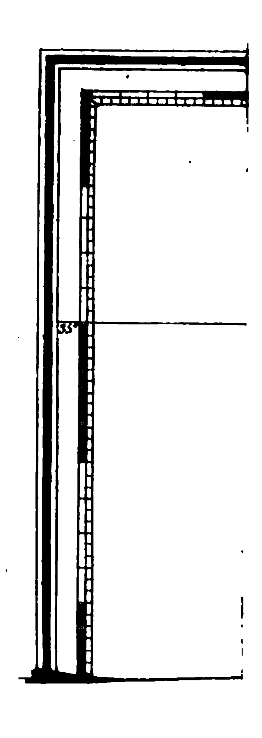
Corrió la tierra por algunos dias y el 17 entró en el estrecho de Cook que tomó por una profunda bahía, y al dia siguiente fué á fondear cerca de tierra. Envió en seguida dos lanchas á hacer aguada y volvieron despues de puesto el sol, seguidas de dos piraguas llenas de salvajes que hablaban de un modo muy desentonado, y que se detuvieron á un tiro de piedra del navío. Luego los salvajes empezaron á llamar con un caracol de mar, y los Holandeses les contestaron con la bocina, y así estuvieron un gran rato sin entenderse hasta que aquellos se retiraron; pero al dia siguiente se efectuó otra entrevista que terminó de un modo menos pacífico. Dejarémos hablar al mismo Tasman, porque las sencillas narraciones de esos antiguos navegantes tienen siempre un atractivo particular.

«El 19 por la mañana se acercó á nuestro navío hasta la distancia de un tiro de piedra una lancha de salvajes tripulada por trece hombres, y aun nos llamaron varias veces, mas no pudimos comprenderles, porque su idioma no tenia la menor conecsion con el vocabulario de las islas de Salomon, que en Batavia nos habia dado el jeneral. Aquellos hombres nos parecieron de una estatura regular, tenian los huesos muy prominentes, la voz bronca y su color era entre negro y amarillo. Tenian el pelo negro y lo llevaban atado en el vértice de la cabeza del mismo modo que los Japoneses, y adornado ademas con una pluma blanca. Sus embarcaciones consisten en piraguas largas y estrechas, unidas de dos en dos por medio de anchos tablones que les sirven de bancos. Sus remos tienen mas de una toesa de largo cada uno, están terminados en punta, y los trajes que llevaban algunos de ellos parecian formados de esteras ó algodon.

Les enseñámos pescados, telas y cuchillos para decidirles á que se nos acercasen; todo lo cual rehusaron y al fin se volvieron á la playa. En este intermedio vinieron los oficiales del *Zeehaan* y resolvímos acercarnos á la costa con nuestros buques, supuesto que habia buen fondeadero, y los habitantes parece deseaban nuestra amistad. Apenas habíamos tomado esta determinacion cuando vímos salir de tierra siete embarcaciones, una de las cuales venia tripulada por 17 hombres, y llegó muy pronto yendo á colocarse detras del *Zeehaan*. Otra con trece hombres robustos se situó á medio tiro de piedra de nuestro navío, y unos á otros se llamaron con el caracol distintas veces. Volvímosles á enseñar tela blanca y al ver el poco caso que hacian dió órden el capitan del *Zeehaan*, Gerardo Jamsoon, que estaba á nuestro bordo, á su lancha tripulada por un contramaestre y seis remeros para que fuese á su navío para advertir á los oficiales que estuviesen alerta, y en caso que se acercasen los Indios no les permitiesen saltar á bordo en gran número. Tan luego como esta lancha se apartó de nuestro buque; los naturales que estaban en los paros ó piraguas mas cercanas á nosotros, llamaron á grandes voces á los que estaban apostados detras del *Zeehaan* é hicieron con sus remos una señal cuya significacion adivinámos pronto; porque así que la lancha estuvo á una distancia media entre los dos navíos, todas las piraguas marcharon á un tiempo contra ellos y les acometieron con tal violencia, que nuestro bote cayó de costado y se llenó de agua. Uno de aquellos aleves descargó con su prolongada lanza, groseramente puntiaguda, tal golpe en la garganta al contra-maestre Cornelio Joppe, que dió con él en el mar, mientras que los demas salvajes atacaban el resto de la tripulacion de la lancha con sus remos y cortas mazas, que al principio habíamos tomado por informes *parangs*. En este encuentro murieron tres individuos del *Zeehaan* y otro salió herido mortalmente, el contramaestre y dos marineros mas se echaron á nado hácia nuestro navío y les enviámos un bote que los recojió vivos. Despues del combate tomaron uno de nuestros muertos en su piragua y abandonaron la lancha. Nuestro navío y el *Zeehaan* hicieron fuego sobre ellos con fusiles y cañones, pero sin alcanzarles, y remaron hácia la costa. Enviámos una lancha á recojer la del *Zeehaan*, y encontrámos en ella un hombre muerto y otro herido mortalmente, porque el otro se habia ido á fondo.

Habiendo mediado todo esto, ya no podíamos entablar relaciones amistosas con los naturales y no habia esperanza de procurarnos víveres ni agua. Así que, levámos áncoras, y ya nos hacíamos á la vela cuando vímos salir de tierra veinte y dos piraguas que se encaminaban hácia nosotros; once de ellas iban llenas de jente, y cuando estuvieron á tiro de nuestros cañones se les dispararon dos, aunque sin efecto alguno. El *Zeehaan* hizo tambien fuego é hirió á un hombre de la piragua mas próxima que iba en pie empuñando una bandera blanca que vímos caer en el agua. Tambien oímos el ruido de nuestra metralla en sus piraguas, pero no sabemos el efecto que causó; solo sí que les obligó á emprender de pronto su retirada hácia la costa en donde permanecieron quietos sin acercársenos mas.»

Entonces abandonó Tasman esta bahía, á la que dió el nombre de *Moordenaar s' Bay* (bahía de los Asesinos), siguió toda la parte occidental de Ika-na-Mawi, y llegó á 4 de enero frente á su cabo N., y al dia siguiente fondeó en una de las islas Manawa-Tawi, á la que dió el nombre de isla de los *Tres Reyes*. Intentó desembarcar en ella para hacer aguada, pero se lo impidió la violenta resaca y el ademan hostil de los isleños que, segun parecia, no estaban muy dis-





casen los indios no les permitiesen saltar a bor- ; menos que, segun parecia, no estaban muy dis-

puestos á acojer benévolamente á aquellos estranjeros.

En consecuencia volvió Tasman á hacerse á la vela imponiendo á las tierras que acababa de descubrir el nombre de *Statan-Land*, porque sospechó que debian reunirse con las que descubrió Schouter al E. de la Tierra de Fuego, á las que este último habia dado el mismo nombre. Posteriormente fueron reconocidas estas tierras como muy distintas, y las descubiertas por Tasman recibieron el nombre de Nueva Zelandia que han conservado sin que podamos señalar su orijen.

Estas tierras estuvieron completamente olvidadas por espacio de 120 años, de suerte que se puede decir que Cook las descubrió.

Navegando por las altas latitudes del mar austral, encontró á 6 de octubre de 1779 la Nueva Zelandia, se acercó á tierra en su parte oriental frente al cabo que llamó Young Nicks, y fondeó en la bahía de Tabne-Roa.

Las primeras relaciones de Cook con los isleños fueron señaladas con sangrientas escenas, lo mismo que las de Tasman. Habian desembarcado en la playa el capitan y los dos naturalistas Banks y Solander, y se encaminaban hácia las cabañas vecinas cuando precipitándose cuatro salvajes armados sobre la pequeña chalupa se habrian apoderado de ella si el timonero no hubiera disparado un fusil al aire. Al pronto les detuvo esta esplosion, mas luego volvieron á emprender su ataque, que no pudo contener otro tiro disparado como el primero, siendo por tanto preciso apuntar á los agresores y matar á uno para intimidar á los demas. A la vista de aquel cadáver quedaron como petrificados y probaron á llevárselo, pero el miedo les hizo desistir de su empresa y se pusieron en fuga abandonando el cuerpo de su compañero. Como ya era tarde volvieron los Ingleses á bordo de su navío, y toda la noche estuvieron oyendo las acaloradas conversaciones que tenian entre sí los naturales de la isla.

Al dia siguiente desembarcaron Cook y sus compañeros en la márjen de un rio, en cuya ribera opuesta se veian unos cincuenta indijenas que se levantaron al acercarse los Ingleses; armándose unos de largas picas y otros de hachas de piedra.

Viendo Cook que habia probado el Taitio Toupai entrar en conferencia con aquellas jentes y que solo le habian contestado ajitando sus armas en el aire y haciéndoles señas de que se retirasen, mandó para intimidarles que se disparase un fusil cuya bala cayó en medio del rio que separaba ambos partidos; hizo luego formar en órden de batalla por los alrededores á sus soldados de marina, y él se encaminó hácia los salvajes, acompañado de los dos naturalistas y del Taitio Toupaia, quien, dirijiéndoles de nuevo la palabra les esplicó lo que deseaban los Ingleses. Comprendieron los Zelandeses lo que se les decia, y haciendo señas de que se acercasen respondieron que consentian en comerciar y se decidieron, despues de algunos momentos de perplejidad, á pasar con sus armas el rio á nado. Hicímosles varios regalos de abalorios y otras bujerías de vidrio é hierro, de las que pareció hacian poco caso, suplicando con ahinco que les cambiásemos sus armas por las nuestras. Entretanto hicieron vanas tentativas para apoderarse sobre nuestros mosquetes, atreviéndose uno de ellos á robar un cuchillo de monte que llevaba en la cintura el Pastrono Grean y á ajitarlo despues de su cabeza en señal de triunfo, lo que obligó á Mr. Baulet á disparar una perdigonada al ladron, pues veía que iba en aumento la insolencia de los salvajes. Callóse al pronto este hombre, mas como al retirarse volviese á principiar con sus insultantes jestos, descargóle un oficial su fusil y lo tendió muerto en tierra. Quisieron vengarle sus compañeros arrojándose sobre los Ingleses, pero bastaron tres descargas de perdigones para hacerles retirar.

Conociendo el obstinado Cook cuan difícil seria intimidar á aquellos salvajes, determinó apoderarse á viva fuerza de algunos de ellos, llenarles de regalos y ver si por este medio podria reducir á los otros á que les mirasen como amigos. El objeto era sin duda loable, pero para conseguirlo se valió el intrépido marino, segun su costumbre, de medios sobrado crueles. Como iban costeando la playa, fueron impensadamente á parar en medio de sus lanchas dos piraguas que venian de alta mar; quiso el capitan interceptarles el paso, pero como eran mas lijeras que sus embarcaciones, iban á escapársele ayudadas de sus grandes remos si no hubiese disparado al aire un fusil cuyo estruendo fué suficiente para intimidarles y detener su rumbo. Creyóse al principio que sus intenciones eran las de arrojarse al mar, pero nada de eso; su deseo era el de pelear, y para ello principiaron su ataque en número de siete con remos y piedras de modo que fué preciso defenderse y matar cuatro para cojer los tres restantes que ya se habian arrojado al agua.

Luego que se vieron prisioneros, todos sus ademanes atestiguaban que esperaban la muerte, y su alegría fué estrema cuando estuvieron seguros de que no corrian peligro al concedérseles vestidos y alimentos. Comieron y cenaron con buen apetito, hicieron una infinidad de preguntas, pero aun cuando se fueron á acostar muy contentos al parecer, fué preciso que Toupaia fuese á animarles, y lo desempeñó tan bien que acabaron la conferencia entonando un grave y pausado canto que no carecia de armonía.

De estos tres individuos, los dos de mas edad eran hermanos y se llamaban Ahou-Rangui, Kei-

Re-Rangui y Mara-Roivite, dotados los tres de una fisonomía la mas espresiva, sobre todo el mas jóven, que á unos quince años de edad reunia un talento bastante despejado y una desenvoltura en sus modales que sorprendieron á todos.

Al dia siguiente, despues de llenarlos de regalos, se les notició que iban á volverlos á tierra, lo que les causó la mas viva satisfaccion; pero cuando vieron el sitio en que se les quiso desembarcar, su semblante se cubrió de tristeza, declarando al fin que si los dejaban allí, los asesinarian aquellos habitantes que eran sus enemigos; sin embargo despues de una breve escortacion se decidieron á saltar en tierra, en donde los rodeó al punto una curiosa multitud de Indios que, sin hacerles daño alguno, les hicieron repetir mil veces lo que les habia sucedido á bordo, dejando ver que no era bastante aquella relacion para curarlos de sus sospechas.

Acercóse no obstante al navío, que acababa de hacerse á la vela, una piragua cuyos conductores subieron á bordo, y dejaron sin dificultad sus armas en cambio de los regalos que les hicimos, declarando que se habian determinado á acercársenos por la relacion que sus camaradas les habian hecho.

En seguida se adelantó Cook hácia el S., y al pasar por cerca la isla de Tea-Houra, observó que el terreno estada cultivado y que habia varias empalizadas que servian de fortificacion. Luego que los Ingleses estuvieron cerca la costa, salieron de ella cinco piraguas llenas de Indios y se encaminaron hácia el navío, armados y con intenciones hostiles, fáciles de conocer por sus gritos y amenazadores ademanes; disparóseles un tiro de fusil, y viendo que no era suficiente para aquietarlos, se descargó en medio de ellos un metrallazo. «Entonces se levantaron bruscamente, dice Cook, se replegaron lanzando grandes gritos, y se retiraron tranquilamente despues de una breve deliberacion.»

Mucho mas prudentes se mostraron los habitantes de la península Terra-Kako, pues acercándose con sus piraguas, escucharon las amonestaciones del Toupaia, le respondieron con política, rebusaron subir á bordo y aceptando algunos presentes que les hicimos, se volvieron al parecer muy satisfechos.

Al recorrer la bahía de Hazoke, se veía muchas veces al *Endeavour*, acompañado de piraguas de indíjenas que comunmente lanzaban gritos provocativos y desafiaban á los Ingleses con insultantes amenazas. A 14 octubre rodearon el navío nueve de estas piraguas llenas de salvajes armados; ya habian entonado el himno guerrero y los determinó á volver á ganar la costa, menos una piragua, que seducida por los discursos de Toupaia se acercó al navío, y sin duda su tripulacion habria subido á bordo, á no haber sido por los gritos é imprecaciones, que les lanzaban los de las otras.

Al dia siguiente apareció en la misma costa otra piragua, la mas grande que hasta entonces habian visto, la que, cual si quisiese comerciar, se adelantó lentamente hasta los costados del navío. Despues de haber intentado robar diferentes objetos, tuvo un Zelandés la audacia de apoderarse de un niño, llamado Tai-Abo, que era criado del Taitio Toupaia, y llevándoselo á la piragua empezó á bogar hácia la orilla. Hízoseles fuego, cayó uno de los raptores y aprovechando el pequeño Tai-Abo el estado de estupidez en que habian quedado los otros, se arrojó al mar y se fué nadando al navío. La piragua quiso perseguir al fujitivo, pero unos cuantos mosquetazos la detuvieron.

Volvió atrás Cook, despues de haber adelantado hasta el cabo Topolo-Polo, y al pasar otra vez por delante de Terra-Kaco, atracó al navío una piragua tripulada por cinco indíjenas, dos de los cuales, que sin duda serian jefes, tuvieron al punto tanta confianza en sus huéspedes, que les pidieron encarecidamente los dejasen dormir á bordo. Esaminaron con mucho cuidado todo cuanto les llamaba la atencion, y pareció que quedaban muy satisfechos de los regalos que se les hicieron. Ninguno de los dos quiso comer ni beber, pero en desquite los criados devoraron con avidez sin igual cuanto pudieron atrapar, volviéndose todos á la costa el dia siguiente.

A 20 de octubre fondeó Cook en una bahía á la que dió él nombre de *Tegadon*, que sin duda es la misma que Mr. d'Urville llama en su mapa Toko-Malou, y como los habitantes de este distrito se portaron bastante bien con los Ingleses, tuvieron los naturalistas ocasion de hacer varias escursiones al interior, en donde observaron algunos plantíos de batatas y calabazas conservadas con bastante cuidado y simetría. Veíanse de este modo cultivadas como unas cien fanegas en campos de una fanega en cuadro. Su poblacion consistia en unos cien vecinos, los cuales observaron tan buena armonía con los Ingleses que varias veces pasaron los botánicos á bordo de las piraguas de los Indios, cuando no habia lancha alguna de su navío en la playa.

Desde allí pasaron á la bahía Houa-Houa, en cuyo punto se mostraron los indíjenas tan complacientes como en los demas, pudiendo por lo tanto los Europeos observar sus costumbres, sus habitaciones, sus fortificaciones y sus piraguas, una de las cuales tenia sesenta y cuatro pies de lonjitud, cinco de latitud y tres y medio de profundidad; viéndose en sus tablas laterales bajos relieves de un gusto esquisito.

Recorriendo Cook la costa, dobló el cabo E. de Yai-Apou, y delante del de Ruparwais se vió obligado otra vez á hacer uso de los cañones



3. Pirogue de Guerre de la Nouvelle Zélande.
3. Piragua de Guerra de Nueva Zelanda

para repeler varias piraguas que se adelantaban con intenciones hostiles, una de las cuales iba tripulada por cuarenta indíjenas de los que treinta hacian el oficio de remeros (Pl. XLVI. — 3).

En la mañana del 1° de noviembre, llegó el navío á la bahía de la Abundancia, y al punto se vió rodeado por unas cincuenta piraguas de indíjenas, que despues de hacer varios cambios con mucha fraternidad, manifestaron de pronto pérfidas intenciones, llegando á insultos sobrado directos. Hizo Cook disparar sobre los agresores algunos fusilazos y luego un cañonazo, cuya bala fué á caer en medio de ellos y los puso al punto en fuga.

Por la tarde, hallándose cerca de la isla Motou-Hora, se acercó al *Endeavour* una piragua doble, la primera de esta especie que hasta entonces habian visto. Hablaron los guerreros de ella bastante rato con el Toupara, contestando con mucha cordialidad á todas las preguntas que les hizo; pero al tiempo de retirarse arrojaron sobre los Ingleses una lluvia de piedras. La costa de delante de Moteu-Hora era poco elevada, llana, sin bosques y cubierta de plantíos y aldeas, mayores que las que hasta entonces se habian visto, situadas casi todas sobre eminencias fortificadas por lo regular con un parapeto y un foso, rodeadas de altas empalizadas. Un poco mas adelante el terreno parecia mas poblado, segun la infinidad de poblaciones que en él se veian, y muy pronto supieron por las piraguas que á centenares cruzaban la bahía, que todo aquel país obedecia á un jefe poderoso llamado Tera-Tou.

El 3 por la tarde ancló Cook en la bahía llamada Miti-Anga, á la que dió el nombre de bahía de Mercurio. Cercaron al punto al *Endeavour* varias piraguas, y como los indíjenas que en ellas iban contestasen solo con amenazas, se les hizo una descarga de fusilería, que les ecsasperó en vez de amedrentarlos. Sin embargo la noche se acercaba y tuvieron que retirarse, prometiendo volver en mayor número el dia siguiente para degollar á todos los Ingleses, lo que no les impidieron intentar antes que amaneciese dos sorpresas que fueron descubiertas y rechazadas.

Al dia siguiente se presentaron doce piraguas con ciento cincuenta guerreros completamente armados, los que á invitacion del Topouia hicieron varios trueques, pero con tanta insolencia y mala fé que se vieron obligados á valerse del argumento del fusil para intimidarles. Muy diferentemente se portaron al otro dia, pues obedecian al parecer á un anciano llamado Toiava, quien observó una conducta llena de honradez, moderacion y prudencia. Pasó este jefe á bordo, y despues de admitir los regalos que se le hicieron, ofreció sus servicios, desembarcando entonces bajo su responsabilidad varios oficiales con los naturalistas, sin que fuesen incomodados; no obstante el dia 10 la vivacidad de un oficial acarreó un incidente que podia haber acarreado consecuencias desagradables. Acababa de entregar á un Zelandés un pedazo de tela para obtener en cambio una esterilla, y como el indíjena rehusase dársela y contestase tan solo á sus palabras con burlas y amenazas, le encaró el fusil y mató al salvaje. Juzgóse el hecho, y los jefes sentenciaron que su compatriota era culpable y que el oficial habia tenido derecho para matarle.

En una de sus escursiones visitaron los oficiales ingleses un fuerte ó pâ, mucho mas importante que ninguno de los que hasta entonces habian visto. He aquí como lo describe el historiador.

Despues del desayuno me dirijia con la pinaza en compañía de MM. Banks y Solanders hácia la parte septentrional de la bahía, con objeto de ecsaminar el país y dos poblaciones fortificadas que ya habíamos divisado de lejos, y desembarcando junto á la mas pequeña, vímos que su situacion era la mas pintoresca que se pueda imajinar. Estaba construída sobre una roca separada de la costa y rodeada de agua cuando subia la marea, y este peñasco taladrado en toda su profundidad, formaba un puente de sesenta pies de elevacion perpendicular sobre la superficie del mar que regaba su base. Lo alto de la roca estaba fortificado con empalizadas á la manera de las del país; pero el espacio que encerraban solo podria contener unas cinco ó seis habitaciones, y el único camino que guiaba á su cumbre, era una muy escarpada y angosta vereda por la cual bajaron sus habitantes á nuestro arribo y nos invitaron á que subiésemos. (Pl. XLVI. — 2). Como teníamos intencion de visitar el otro fuerte, que era mucho mayor y estaba á una milla de distancia de aquel, rehusámos su oferta, pero hicimos algunos regalos á las mujeres, y en este intermedio divisámos á los Indios de la otra fortaleza que en número de ciento, poco mas ó menos, entre hombres, mujeres y niños, se adelantaban en órden hácia nosotros. Cuando estuvieron bastante cerca paraque pudiésemos oirles hicieron un movimiento con las manos y nos gritaron: *Hare maï*, sentándose luego entre las malezas de la costa. Sabíamos que estas ceremonias eran señales ciertas de sus disposiciones amigables, y por lo tanto marchámos sin temor hácia el sitio en que permanecian sentados. Hicimosles allí mismo algunos presentes, y les pedimos permiso para visitar su pâ, en lo que consintieron con alegría y nos condujeron á él al momento. Llámase este Wara-Tawa, y está situado sobre un promontorio ó lengua de tierra elevada que se adelanta hácia el mar en

la costa septentrional y cerca del fondo de la bahía. Las olas del mar bañan dos de sus costados que son enteramente inaccesibles, y de los otros dos contiguos á tierra el uno es sumamente escarpado y el otro llano. Sobre la colina se vé una especie de muralla de unos diez pies de altura que circuye el todo, y que está formada por enormes peñas unidas entre sí con mimbres. Ademas defienden el lado débil dos profundos y anchos fosos y un parapeto con una fuerte empalizada construída cerca de la poblacion y á gran distancia de la orilla y foso interior para poder formar y hacer uso de sus armas en el espacio intermedio. Entre los fosos habia un terraplen que por su parte superior se inclinaba hacia el foso segundo que tenia 24 pies de profundidad; y detras de la estacada interior se veía una plataforma de veinte pies de altura, cuarenta de largo y seis de ancho, sostenida por gruesas vigas y destinada á defender todo el lado accesible. Otro baluarte ó plataforma por el mismo estilo y colocada igualmente á la parte interna del terraplen dominaba la playa. Por este lado se ven algunas otras obritas de fortificacion y algunas chozas que sirven para alojar á los que no cabiendo dentro del fuerte quieren estar protejidos por las fortificaciones de la playa. El terreno, que primitivamente era una montaña, estaba todo rodeado de estacadas, tanto por la parte de mar como por la de tierra, y formaba diferentes planos que se elevaban unos sobre otros en forma de anfiteatro, resguardados cada uno de ellos por una estacada diferente, comunicándose entre sí por unas sendas angostas que se podian obstruir fácilmente, de modo que aun cuando el enemigo forzase la empalizada esterior, le quedaban otras varias antes de llegar á la plaza suponiendo que los sitiados defendiesen tenazmente cada uno de estos puntos. Un estrecho sendero de 1.200 pies de largo que iba á parar al lado escarpado de tierra, formaba su única entrada pasando por debajo de una de las plataformas ó baluartes, y aunque no vímos ningun puente ni puerta, podia interceptarse con facilidad, de suerte que seria muy espuesto y difícil el intentar forzarla. En una palabra por muy fuerte debe reputarse una plaza en la que un puñado de hombres decididos pueden defenderse de todo un ejército con las armas que usan en aquel país. Escepto de agua parecia bien provista de toda clase de víveres para un caso de sitio, pues observámos gran cantidad de raíces de helecho que les sirven de pan y montones de pescados seco, mas no mas vímos agua dulce que la de un arroyo que serpeaba al pie de la colina, é ignoramos si la conservan en calabazas ú otros receptáculos, pero de todos modos es probable tendrán algun medio de procurarse este artículo tan necesario á la vida, pues que de lo contrario seria inútil hacer tanta provision de víveres. Les noticiámos los deseos que teníamos de verles hacer el ejercicio de ataque y defensa, y para complacernos un jóven Indio subió á uno de los baluartes que ellos llaman *perawa*, y otro bajó al foso, y entrambos combatientes entonaron su cancion de guerra, bailando con los mismos ademanes horribles que en otros lances mas serios les habíamos visto emplear, para escaltar la imajinacion hasta el grado de furor artificial, que en todas las naciones salvajes es el preludio del combate.

Cerca de este fuerte indio divisámos sobre la colina el espacio de unos noventa pies en cuadro plantado de calabazas y batatas, y que era el único trecho que se veia cultivado en aquella parte de la bahía. Al pie de la colina sobre la que está construída esta forticacion hay dos peñascos, uno de ellos desprendido enteramente del grueso de la montaña y el otro no del todo, que apesar de que ambos son muy pequeños y parecen mas propios para servir de asilo á las aves que á los hombres, hay sobre ellos dos casas fortificadas. Por este mismo tenor vímos otras varias fortificaciones sobre islotes, rocas y colinas en varios puntos de la costa, ademas de algunas poblaciones fortificadas y que parecian de mas consideracion que la que acabamos de describir.

En el momento en que el *Endeavour* salia de esta bahía se le acercaron con ademan hostil dos piraguas que salian de la parte septentrional de la isla. No habiendo bastado para apaciguarles los discursos del *Tupaia* se les disparó un fusilazo que los obligó á virar de bordo inmediatamente. En seguida se internó Cook en una profunda bahía que terminaba por una hermosa ria y cuyas ondas eran perfectamente dulces á tres ó cuatro millas de la embocadura. Por ella subieron el espacio de catorce millas y observaron que crecia en las orillas una especie de pino muy propio para masteleros, pues muchos de ellos tenian diez y ocho pies de circumferencia á seis pies del suelo y su tronco se alzaba á mas de ochenta pies sin dar rama alguna.

Esta ria y la vasta bahía que la acompaña recibieron de Cook el nombre de *Tamis*, mas el verdadero nombre de la primera es Wai-Kahon-Rounga, y el de la bahía el de Schpurpki. Los indíjenas se mostraron bastante tratables; solo se creyó necesario castigar á uno de ellos que habia robado algunas piezas de un telescopio y cuenta Cook que los demas aprobaron este castigo; pero el caso es que se apartaron del navio y no volvieron mas.

Delante de la bahía Wangari tuvo que retronar el cañon para reprimir el ardor guerrero de los naturales que habian acudido en número de doscientos sobre grandes piraguas. Mejor instruidos

con esta leccion, volvieron despues con cuatro piraguas y se portaron al principio de un modo muy pacífico y cortés. Varios de ellos parecian de alta categoría, segun las esculturas que adornaban sus piraguas y las numerosas pinturas que cubrian su rostro y cuerpo, y tambien aquella entrevista terminó con tiros provocados por la bellaquería de un Indio infiel en un cambio.

Los naturales de las islas de Motou-Kawa insultaron dos veces á los Ingleses apedreándoles. Impelido Cook por la tempestad, fué á parar á una vasta bahía sembrada de un gran número de islas, la que despues fué reconocida con el nombre de *Bahía de las Islas*. Allí tambien les fué preciso muchas veces recurrir al cañon ó fusil para contestar á los indíjenas, quienes á viva fuerza querian posesionarse de las boyas del navio; y al saltar los Ingleses en tierra quisieron los naturales vengarse por sí mismos, y entonando un himno guerrero se arrojaron sobre las lanchas, pero bastaron algunos tiros y descargas de artillería para hacérselas abandonar á la mayor brevedad; escarmentados de su imprudencia jamas pensaron ya en provocarles, portándose desde entonces como hombres pacíficos y cuerdos. Despues de aquella escaramuza recorrian las costas de la bahía para hacer su comercio en paz y buena fé, pudiendo por lo mismo desembarcar los oficiales en el sitio que mas preferian sin temor ni peligro, pues eran recibidos con la mas afabilidad. Aquella comarca parecia bastante poblada, no dejando de ofrecer muchos y bellos plantíos y chozas diseminadas por la campiña embellecida con algunos árboles del *morus papirifera*, de cuya corteza se sirven los Taitios para la fabricacion de sus mas bellas telas, pero no deja esta planta de ser muy rara en la bahía de las Islas, no sirviéndoles para el caso mas que para fabricar algunos taparabos de corta estension. Al abandonar el navío de Cook, faltó poco paraque la bahía zozobrase del choque que dió contra una roca situada á flor de agua delante del mismo puerto; mas luego que se hubo escapado de este peligro dirijió su rumbo hácia el N. O., no pudiendo adelantar mucho á causa de la suma calma. Al llegar á la altura de la bahía Oudoudou se le acercaron cuatro piraguas cuya jente les vendió pescado, y entablando conversacion el Toupaia adquirió algunos datos sobre la naturaleza de su pais y la direccion de las tierras. Preguntóles Cook si conocian otro suelo mas que el suyo, y le respondieron que no habian pisado ningun otro, pero que sus antepasados les habian hablado de una rejion muy vasta situada hácia el N. N. O llamada *Ulimarea*, para la cual habian partido algunos de sus compatriotas con solo una grande piragua; en cuyo viaje tuvieron ocasion de ver un país en el cual sus habitantes comian cerdos, empleando en esta travesía solo el corto espacio de un mes y no volviendo mas que una pequeña parte de ellos.

Rechazado luego impetuosamente Cook por la tempestad al recorrer la parte septentrional de la Nueva Zelandia, desplegó siempre una energía infatigable. A 1° de junio de 1770 dobló el cabo Reinga apareciendo sobre la costa occidental, cuya estension reconoció frente del cabo Borrell, rodeado de inaccesibles costas y montecillos escarpados y arenosos del aspecto mas triste y desconsolador, por lo que desistió de anclar en ella, limitándose solamente á señalar la forma de un pico muy elevado, el que comparó al pico de Tenerife y le dió el nombre de *Egmont*, pero su verdadero nombre es el de Pouku-Aupapa, y abandonando Cook semejante cabo, se internó en una ensenada que habia tomado Tasman por un golfo, fondeando el 15 de junio en una bahía situada sobre la costa meridional, á la que impuso el nombre de *Canal de la Reina Carlota*.

Cuando los Ingleses bajaron en busca de agua, hallaron á los naturales bastante tratables; mas apesar de todo se vieron en la precision de tirar un perdigonazo á uno por falta de respeto, y precisamente en esta ocasion se convenció Cook de que los Zelandeses se comian los cadáveres de sus enemigos despues del combate. Veíanse por allí huesos medio roidos y esparcidos sin órden alguno por el suelo, no teniendo el menor empacho en confesar que aquellos eran los restos de un festin y añadiendo que lo único que comian de la cabeza era el cérebro, reservándose para ellos el craneo.

Manifestó el naturalista Banks su deseo de ver tales cabezas y le presentó un viejo esqueleto cuyos cabellos y craneo estaban intactos, y pareció que aquella carne habia sufrido alguna preparacion, pues que si bien era algun tanto mas blanda, no despedia nada de fetidez; compró el naturalista uno de ellos, y no siéndole posible por la tenacidad del isleño quedarse con ninguno mas, comerció en pago con huesos humanos apresurándose los Ingleses á comprarlos tan solo por tener una prueba de la barbarie de aquellos hombres.

Al atravesar por una parte de la poblacion no pudieron menos de fijar la vista sobre una cruz ornada toda de plumas y semejante á la de un crucifijo. Al preguntarles por el sentido de tal emblema, respondieron que habia sido erijido en memoria de un difunto, y como antes habian dicho que se les negaba sepultura y que su tumba era el mar, se les preguntó si debajo de aquella cruz descansaba todavía el cadáver mas no quisieron contestar.

Deseó Cook saber si se conservaban las tradiciones relativas al paso de Tasman, y para cerciorarse de ello tuvo una conversacion con el je-

fe Tapoa por conducto del Taitio Toupata. Cuando le preguntaron por el navío que habia cruzado aquellas costas y si habia oido hablar de él, respondió que no; pero prosiguiendo en su palabra le contó como habia oído de boca de sus abuelos que un navío habia comparecido por aquellas islas, y que venia de una rejion remota llamada *Ulimarea*, y que en él iban cuatro hombres que fueron muertos al saltar en tierra.

Tres semanas permaneció Cook en aquel punto, pasadas las cuales se hizo á la vela, y dirijiéndose al S. E. reconoció que el golfo que habia tomado Tasman por una bahía, no era mas que un estrecho que despues heredó el nombre del capitan inglés. Despues de haber reconocido toda la costa septentrional (*Ika-na-Mawi*) hasta el cabo Topo-Polo, y cerciorándose que tan solo era una isla, tomó el rumbo hácia la tiera del Sur (*Tawoi-Pounammou*) para continuar en sus investigaciones. En todo el referido país tan solo pudo por una vez distinguir sus naturales en un sitio que llamó *Lookers*, en el que no bien hubieron aparecido, cuando se llegaron estos con cuatro piraguas para contemplar nuestro navio con ojos admirados, y apesar de las incesantes invitaciones del Toupaia no quisieron comunicarse con los Ingleses, dirijiéndose hácia tierra tan pronto como estuvieron satisfechos de su curiosidad. El dia 9 de mayo doblóse el cabo S. de la Nueva Zelandia, y pasaron á recorrer la parte N. O. de la isla meridional. Esta dilatada costa es escarpada, inculta y salvaje, y no mereció la atencion de los navegantes; á 28 de marzo ancló en una bahía del estrecho de Cook que recibió el nombre de *Bahía del Almirantazgo*, y en la cual permaneció tres dias con objeto de procurarse agua y leña; parecia que dicho país habia sido abandonado mucho tiempo antes, y apenas se encontraron los vestijios de algunas cabañas: su suelo era montuoso, abundante en árboles, malezas y helechos, de modo que le hacian casi intransitable. Por fin, á 3 de marzo, despues de haber reconocido todas sus costas y recojido los mas preciosos documentos jeográficos, Cook perdió de vista la Nueva Zelandia, mientras que por su parte sus compañeros Banks y Solanders cooperaban con sus trabajos y sus nuevas adquisiciones á enriquecer la ciencia y la historia natural de aquellas remotas rejiones.

En el instante en que Cook cruzaba por delante de la babía de Oudoudou anclaba en ella el capitan Surville, del cual tuvímos ocasion de hablar cuando tratámos de las costas de Salomon, y era precisamente á 17 de setiembre cuando ancló en ella imponiéndole el nombre de *bahía de Lauriston*. Pocos momentos despues de haber saltado este de bordo llegóse á su encuentro el de la aldea mientras que los salvajes diseminados por todas partes sacudian y besaban pieles de perros y manojos de yerba que llevaban en las manos. Tomó dicho capitan estos ademanes por una especie de vasallaje, y le ocuparon todo el tiempo de la primera entrevista, pero al dia siguiente se hallaban ya los isleños reunidos en masas y sobre las armas. A instancias del jefe paseó Surville la ribera, y acompañándose con él pidióle su fusil, lo que se le negó, despues la espada y accedió; mostróla al instante con una especie de vanidad el jefe á sus compatriotas haciéndoles una acalorada arenga, y desde entonces reinó la mayor armonía entre Franceses y Zelandeses, abasteciéndose aquellos de víveres y refrescos de todos jéneros para la medicacion que ecsijian sus enfermedades. La curiosidad de revistar el navío fué la que obligó á que se dirijió al jefe Surville paraque le concediese su permiso, quien accedió y ya metia los pies dentro de su canoa, cuando alarmándose los isleños prorumpieron en fuertes gritos hasta obligarle á desistir de su empresa.

Mientras que Surville permanecia en esta bahía, una borrascosa tempestad hizo correr á su navío los mas grandes peligros, pero llegó á salvarlo por su acreditada destreza en las maniobras; bien que la chalupa que se habia quedado en tierra con los enfermos, vióse en el caso de arrostrar el temporal, y refujiarse en una ensenada vecina ó una aldea gobernada por un jefe llamado Nogui-Noui. Recibióles este jefe en su mismo aposento, prodigándoles todos los medicamentos que reservaba en su poder, sin ecsijirles nada en cambio. A todo esto habia la tempestad desmarrado un bote de la popa del navío y habia este ido á parar frente á la poblacion de Nogui-Noui. Envió el capitan por él, mas los naturales supieron esconderla tan bien que no les fué posible hallarlo.

En tal caso no vaciló Surville en continuar sus minuciosas pesquisas en un riachuelo en el que se habia imajinado que todavía permaneceria terco, pero al frustrarse todas sus tentativas resolvió vengarse de aquel robo y encontrando por las cercanías algunos salvajes les hizo señal de que se acercasen, y cojiendo del brazo á uno de ellos que se aprocsimaba sin prever el peligro á que se esponia, le condujo á bordo, y echando mano de una piragua quemó las que fondeaban la playa, incendió la ciudad y se preparó para dejar la Nueva Zelandia. Venganza atroz y muy difícil de justificar. No era únicamente esto lo mas doloroso. El jefe Nogui-Noui, el mismo que habia prestado sus socorros á los enfermos durante los tres dias de tempestad, hallábase prisionero cuando Potien de Orme, uno de los oficiales que en esta crítica circunstancia gobernaba la chalupa habla así sobre el acontecimiento. Sorprendíme mucho cuando ví que el In-

dio que conduciese atado de pies y manos era el mismo que á nuestra llegada á la ensenada del Refujio nos trató como amigos sin ecsijirnos ninguna retribucion. Tan pronto como aquel infeliz me hubo reconocido, arrojóse á mis pies con los ojos bañados en llanto diciéndome cosas que no comprendia, pero conceptué que todo su lenguaje se reducia á que abogara en su favor, ya que me habia favorecido en circunstancia tan crítica. Hice todo cuanto estaba en mi mano para darle á comprender que no corria peligro, y el infeliz proseguia estrechándome en sus brazos y señalándome su país natal del que le arrancaban; mas por fin empeñéme con el capitan, quien le condujo á su camarote; pues era tanta la timidez de este hombre con respecto á la suerte que le destinaban, que se creia, como buen Zelandés que le azotarian y asarian para devorarlo. Estos temores le ocuparon por algun tiempo. Por fin se observó en aquel hombre cierta voracidad, de modo que no siendo bastante la comida que se le daba para satisfacer su apetito iba despues á los marineros tan solo con el objeto de mendigar los restos de sus víveres. Sin embargo no dejaba de desear muy á menudo su primitivo alimento que era la raíz de helecho. Murió este Zelandés en 12 de marzo de 1770 en frente de las islas de Juan Fernandez.

A 24 de marzo de 1772 arribó el capitan Marion, comandante de los navíos *Masearin* y *Castries*, á la altura del cabo Borrell en frente del monte Ponkee-Aupapa, y recorriendo toda la costa occidental de Ika-ne-Mawi, vino á 4 de mayo á anclar en la bahía de las Islas; de las cuales habian salido el dia antes tres piraguas á nuestro encuentro, tres millas mas adentro no consintiendo los hombres que venian en una de ellas subir á bordo del navío Marion sino despues de muchas y repetidas invitaciones. Ofrecímosles pan y no dejaron de aceptarlo, mas por lo tocante á los licores se opusieron á ellos sin embargo su agradecimiento se dejó traslucir á la vista de las camisas y calzones valuando en mucho las herramientas que se les dió y satisfechos de tales regalos hablaron de los naturales de otras piraguas que ya se dirijian hácia la playa. Distinguióse entre ellos un jefe llamado Tekow, quien manifestaba la mas viva inquietud cada vez que el navío se alejaba de la playa para sostener el viento.

Hallándose el 12 de mayo anclados en un buen fondeadero dispuso Marion que se levantaran tiendas sobre una isla vecina llamada Motou-Roa con el fin de cuidar en ellas de sus enfermos.

En el mismo momento de anclar los navíos, viéronse estos rodeados de muchas piraguas, cuyos naturales llevaban cierta cantidad de pescado y trocábanlo por clavos viejos pedazos de hierro y otras bujerías; nada tenian de bárbaros, sus modales eran decentes, reuniendo cierta sagacidad ó intelijencia, de modo que les fué fácil aprender el nombre de todos los oficiales. Llegaban diariamente un gran número de ellos á bordo hasta que por fin cansados de tanta impertinencia se vieron los Franceses obligados á establecer una severa vijilancia, no permitiendo entrar en la cámara á ninguno mas que á los jefes, mujeres y niños. Distinguíanse aquellos de la plebe por el copete de plumas que llevaban en la parte mas elevada de la cabeza. Por lo tocante á las mujeres casadas, se diferenciaban de las doncellas por una guirnalda de junco que replegaba su cabellera al sincipucio mientras que las de estas flotaban por las espaldas (Pl. XLVIII. — 4). Al indicarnos los salvajes todas estas distinciones, nos advertian que los homenajes de los Franceses podian muy bien dirijirse á sus doncellas, pero que debian respetarse las casadas.

No tardaron mucho los naturales en invitar á los Franceses á que se dignaran desembarcar y consintieron en ello. Contábanse en las márjenes de la bahía veinte aldeas, de las cuales las mayores podian contener unos 400 habitantes, y las menores unos 200. En el mismo instante de su desembarco agolpeábanse los habitantes á su paso obligándoles con instancia á entrar en sus casas.

Despues de muchas escursiones hácia el interior habia descubierto Marion un bosque de magníficos cedros, distante tres leguas del puerto, en el que encontró árboles propios para reemplazar la arboladura que habia perdido en una tempestad; y formando al punto un establecimiento en este sitio dejó en él algunos trabajadores para derribar los árboles, cortarlos y llevarlos hasta el mar, los cuales eran transportados desde allí á bordo de los navíos encargándose diariamente la chalupa de llevarles los víveres necesarios. Hallábanse tres tiendas establecidas en tierra, una para los enfermos situada sobre el Motou-Roua con su correspondiente fragua y leña, la segunda á orillas del mar y á una legua y media de los navíos, y la otra en el bosque á dos leguas del rio comprendiendo esta el taller de los carpinteros, defendidas cada una de ellas por un destacamento de soldados y un oficial.

Frecuentaban comunmente los naturales estas tiendas llevando en ellas pescado, codornices, palomas torcaces y canarios silvestres, y hasta partiendo su mesa y aliviándoles algun tanto en su trabajo. Atraídos á su vez los marineros por la jentileza de las doncellas, no temian ya el arriesgarse por lo interior de la aldea pues por todas partes eran bien acojidos, señalándose en este punto tanto la complacencia de los salvajes hasta en brazos cuando esperimentaban cansan-

cio resultante del trabajo, estableciéndose entre ellos mas perfecta armonía lo que daba señales de larga duracion, de modo que dió órden Marion para que se desarmase la tripulacion que saltaba de bordo.

Hablaba dicho capitan con mucho placer, con semejante compañía, de modo que no estaba ni un solo instante su cámara sin alguno, colmábales de regalos y ya empezaba á poder tratarse con ellos. Por su parte los salvajes no dejaban de servirle como lo hubieran hecho unos esclavos llevándole cada dia sus mas bellos rodaballos porque sabian que el capitan era muy aficionado á esta clase de pescado. Cuando bajaba á tierra, los salvajes le llevaban en triunfo lanzando gritos de alegría, y las mujeres, doncellas y hasta los niños, iban acariciándole llamándole por su nombre. Uno de los jefes que mas atenciones guardaban con él, era Tekoisi que mandaba una de las principales aldeas vecinas; cada oficial tenia entre los salvajes un amigo particular que le acompañaba por todas partes, y bien pronto aquel pueblo les pareció el mas humano, el mas hospitalario y el mas sencillo de toda la tierra.

Habiendo ido á tierra Marion á 8 de junio, fué acojido por los salvajes con las mayores muestras de amistad y con transportes de alegría. Reunidos en consejo jeneral, le proclamaron los jefes primera dignidad de aquel país colocándole en la cabeza cuatro magníficas plumas blancas como insignias de tan alto honor. Por aquel tiempo el lugar teniente Croyet, habia observado que un salvaje á quien habia cobrado cariño y que hasta entonces se habia mostrado de jenio muy alegre, se volvió de pronto triste y taciturno. Le hizo Croyet algunos presentes y las reusó del mismo modo que los manjares que le presentaron; luego se fué muy triste y no volvió mas: lo mismo sucedió con algunos salvajes amigos de oficiales. Ignórase si aquellos hombres tenian conocimiento de algun complot tramado y si se habian retirado; bien sea para tomar parte en él ó ya para abstenerse, por el contrario, de un crímen que les repugnaba. Sea de ello lo que fuere, entre la buena armonía que entonces reinaba apenas se hizo caso de aquellas ausencias individuales, y para poner á los Franceses sobre sí, fué necesario nada menos que la repentina, horrible, é imprevista catástrofe que tuvo lugar. Dejémosla contar á Croyet.

« Finalmente á 12 de junio á las dos de la tarde fué á tierra M. Marcon con su lancha, armado con doce hombres y llevando consigo dos jóvenes oficiales, MM. Vadricour y Le-Houx, el uno voluntario y el otro capitan del navío. Tehouri, jefe de una grande aldea, junto con otro jefe y cinco ó seis salvajes que estaban á bordo del navío, acompañaron á M. Marion cuya intencion era la de ir á comer ostras, y de pescar con redes al pie de la ciudad de Tekouri.

Por la noche no vino M. Marion á dormir á bordo del navío como acostumbraba, así como ninguno de los que iban en la lancha, no recelando por eso su tripulacion, pues era tanta la confianza en la hospitalidad de los salvajes con respecto á nosotros que nos merecian el mejor concepto.

Al principio se creyó que M. Marion y su escolta serian tal vez en tierra en una de nuestras tiendas para poder dirijir al dia siguiente los trabajos del taller situado á dos leguas al interior del país ocupado en la arboladura del navío *Castries*. Quedaba dicha arboladura bastante adelantada, de modo que parte de sus materiales se encontraban ya transportados muy cerca de la ribera ayudándonos los salvajes en aquellos fatigosos tránsitos.

Al dia siguiente 13 de junio, á las cinco de la mañana, envió el navío *Castries* su chalupa en busca de agua y leña para su consumo diario segun el uso establecido en los dos navíos de enviar alternativamente á buscar provisiones para abastecer á sus necesidades. Apercibióse á las nueve un hombre que nadaba en direccion al navío y envióse le al momento un bote para socorrerle á bordo. Era este uno de los barqueros que se escapó de la muerte que habian dado los salvajes á todos sus camaradas y se hallaba el pobre muy maltratado, ofreciendo en su costado dos fuertes lanzazos. Refirió el mismo como al abordar la chalupa á las siete de la mañana, habian comparecido en la ribera salvajes desarmados con las mas viva manifestaciones de amistad, y que prosiguiendo segun su costumbre habian conducido en hombros desde la chalupa á la ribera, á los marineros que no querian mojarse, que finalmente se habian mostrado tan serviciales como siempre, pero que luego que los marineros se hubieron separado uno de otro para recojer sus haces de leña, los salvajes armados de lanzas y mazas se habian arrojado con furor en cuadrillas de ocho ó diez, sobre cada uno de ellos y los habian asesinado; mas que con respecto á él no teniendo que habérselas mas que con tres salvajes habia podido defenderse bien, apesar de los lanzazos recibidos, pero que llegándose en el mismo instante otros salvajes hácia él, y hallándose cercano á la muerte habia huido y escondídose en unos matorrales, y que desde allí, habia presenciado la muerte de sus camaradas, que despues de muertos los despojaron, y les abrieron el vientre dividiéndolos en muchos pedazos en el mismo instante, y que él se decidió á echarse á nado para llegar á uno de los navíos.

A tan triste noticia no dudaron ya que Marion y los seis hombres que iban en la lancha de quienes no habian recibido noticia alguna, habrian sufrido el mismo fin que los marineros.

Reuniéronse los oficiales que aun quedaban á bordo de los navíos para discutir los medios de salvar las tres tiendas que conservaban en tierra, despidiendo al momento la chalupa del Mascerin muy bien armada con un oficial y un destacamento de soldados mandado por un sarjento. Dicho oficial tenia el encargo de ecsaminar si podria descubrir á lo largo de la costa la lancha de Mr. Marion y la chalupa, pero especialmente le estaba ordenado el noticiarlo á las tres tiendas y dirijirse al obrador mas cercano de los masteleros para conducir á él con la mayor brevedad el primero y mas importante socorro. Descubrió el oficial á su paso la chalupa del *Castries* y la lancha de Marion, ambas amarradas en la orilla de Tehouri, y rodeadas de salvajes armados con hachas, sables y fusiles que habian tomado de los dos navíos despues de matar á nuestras jentes. Sin embargo de que hubiera dicho oficial podido muy fácilmente dispersar aquellos salvajes y apoderarse de las embarcaciones, para no entrar en compromiso, continuó su rumbo no apartándose de la órden que traia de prestarles socorro y noticiarles los trájicos sucesos de la mañana y noche.

« Hallábanse felizmente en la tienda y habia pasado allí la noche, y sin saber nada de la muerte de Marion, y aumentando mas su vijilancia, habia subido á una pequeña montaña para dirijir el transporte de nuestros masteleros cuando á las dos de la tarde ví comparecer un destacamento marchando en buen órden y armado de fusiles con sus correspondientes bayonetas, las que reconocí de lejos por su brillo y mayormente por no ser las armas ordinarias del navío. Al momento me pensé que aquel destacamento tal vez no tenia otro objeto que anunciarme algun trájico acontecimiento y para no espantar á nuestra jente, así que estuvo dicho jefe al alcance de mi voz le grité que se detuviese dirijiéndome yo solo hácia él para informarme del caso. Luego que hube escuchado su narracion prohibí que ninguno del destacamento se enterase de ello dirijiéndome en seguida con él á la tienda. A mi llegada hice cesar los trabajos recojer las herramientas y armas, cargar los fusiles, y compartir entre los marineros todo el peso que sus fuerzas permitian llevar, construyendo un hoyo en una de las barracas para esconder lo restante. Luego que fué todo preparado dispuse desplomar la barraca y pegarle fuego para ocultar bajo las cenizas, lo poco de herramientas y utensilios que habia enterado por no serme posible el llevármelas. Ignoraban nuestras jentes la desgracia de Mr. Marion y sus camaradas, pues paraque no nos sobreviniera algun fracaso, necesitaba que conservasen todo su entero juicio. Rodeábanos los salvajes, cosa que advertí hasta tanto que se me juntó el destacamento y me hubo el sarjento hecho su narracion. Entonces observé que los salvajes reunidos en cuadrillas ocupaban todas las alturas.

Dividí mi destacamento reforzándolo con marineros armados de fusiles, disponiéndolos parte de ellos á vanguardia, y la otra á retaguardia precedidos del sarjento ocupando los otros marineros cargados de las herramientas y otros efectos el centro, y yo iba con la retaguardia. Partímos en número de 60 hombres atravesando por en medio de muchas tropas salvajes cuyos jefes me repetian estas tristes palabras *Tekouri mate Marion* (Tekouri ha muerto á Marion). La intencion de aquellos jefes no era otra que la de infundirnos temor, pues que entre ellos muerto el jefe en una refriega todos sus vasallos se creen ya perdidos sin remedio.

Así hicimos cerca dos leguas de camino por la orilla del mar donde nos esperaba la chalupa, sin que le inquietasen los salvajes que se limitaron á seguirnos por la costa repitiéndonos á menudo que Marion habia muerto y habia sido devorado. Tenia yo en mi destacamento algunos soldados, escelentes tiradores, los cuales oyendo decir que Marion habia sido muerto ardian en deseo de vengar su muerte y me pedian con ahinco permiso para despachar á los descarados jefes que nos estaban insultado. Pero no era tiempo de ocuparse en venganzas, pues que la pérdida de un solo hombre en tal ocasion era irreparable, y por pocos que hubiésemos perdido, los dos navíos no salian mas de la Nueva Zelandia. Por otra parte teníamos igualmente que poner en seguridad un tercer apostadero, el de nuestros enfermos: así que me esforzé en mitigar el ardor de nuestras jentes prohibiéndolas absolutamente disparar un solo tiro y prometiéndoles dar libre curso á su venganza al presentarse una ocasion mas favorable á sus designios.

« En el acto de llegar á nuestra chalupa, los salvajes parecian estrecharnos de mas cerca. Encargué á los marineros que fuesen los primeros en embarcarse, y saliendo en seguida al encuentro de un caudillo salvaje, fijé un piquete en tierra á diez pasos de distancia del mismo, y le dí á entender que si uno siquiera de los suyos llegaba á salvar la linea de aquel piquete, le quitaria inmediatamente la vida con mi carabina, con cuya presencia procuré intimidarle. El caudillo manifestó dócilmente mi órden á los suyos, y al momento se sentaron todos los salvajes en número de mil individuos.

« Sucesivamente mandé embarcar á todos, cuya operacion fué bastante prolija por razon de la multitud de bagajes que tenian que pasarse á la chalupa, y porque este batel cargado, calando mucha agua, no podia atracar á la tierra, y era preciso internarse en el mar para poder embarcarse. Fuí el último en verificarlo, y así que penetré en el agua se levantaron en masa

los salvajes, forzaron la consigna, dieron el grito de guerra y nos arrojaron azagayas de madera y piedras que no causaron el menor daño. Ademas pegaron fuego á nuestras cabañas de la playa, y nos amenazaron con sus armas que chocaban unas contra otras prorumpiendo en terroríficos ahullidos.

« Así que fuí embarcado, mandé alinear nuestras jentes de suerte que no embarazasen á los remeros. Estaba tan henchida la chalupa, que tuve que permanecer de pie en la popa con la caña del timon entre las piernas. No era mi objeto despedir un fusilazo siquiera, sino de alzar el navío en breve tiempo y despachar la chalupa á la isla Metou-Roua para relevar la guardia de nuestros enfermos, nuestra fragua y nuestra tonelería.

« A medida que nos fuímos alejando de la playa se acrecentaban los ahullidos y amenazas de los salvajes, por manera que nuestra retirada se asemejaba á una completa fuga. Los salvajes entraban en el agua cual para atacar la chalupa, y juzgué cuán importante y necesario era á nuestra seguridad procomunal dar á conocer á aquellos bárbaros la superioridad y preeminencia de nuestras armas. En consecuencia hice parar los remos, y mandé á cuatro fusileros que descargasen sus armas contra los jefes que parecian mas ajitados y escitaban el entusiasmo de los demas. Cada fusilazo hizo morder el polvo á uno de aquellos desgraciados, y de esta suerte continuó el tiroteo por espacio de algunos minutos. Viendo los salvajes sucumbir á sus jefes y á sus camaradas con una estupidez increible, no alcanzaban á comprender como podian ser muertos por armas que no les tocaban como sus macanas y sus clavas. A cada fusilazo redoblaron sus ahullidos y sus amenazas ajitándose horriblemente é inmóviles, y permaneciendo en la playa como una piara de cerdos. Nosotros los hubiéramos destruído hasta el último si hubiese mandado continuar el fusileo, y despues de haber pasado por las armas apesar mio á un número sobrado considerable, hice remar hácia el navío, y los salvajes cesaron de gritar. »

En seguida Crozet hizo conducir los enfermos á bordo y tomó todas las medidas necesarias paraque las naves se hallasen á cubierto de un golpe de mano de parte de los salvajes. Al dia siguiente mandó un destacamento á la isla para continuar la provision del agua y leña. Encontrábase en la isla una aldea de unos 300 naturales, que por la tarde se presentaron en armas y se dispusieron á combatir. Deseando prevenir su ataque, los Franceses les arremetieron á la bayoneta, y les rechazaron hasta su aldea, donde se prepararon á resistir prorumpiendo en espantosos gritos.

« Entre los naturales, añade la relacion, se contaba Malou, jefe de aquella aldea; y cinco ó seis otros jefes que se ajitaban con violencia, arengaban á sus guerreros y les incitaban á marchar al encuentro del enemigo; pero los guerreros no tuvieron valor para efectuarlo. Llegados á tiro de pistola de la aldea, los Franceses hicieron alto y dieron principio á su fusileo con la muerte de los seis jefes; cuya circunstancia puso en fuga á los demas guerreros. El destacamento les persiguió sin piedad, mató unos cincuenta, sumerjió muchos en el mar y pegó fuego á la aldea. Esta operacion hizo quedar á los Franceses dueños de la isla entera sin otra pérdida que un hombre herido en el ojo de una lanzada. »

Crozet hizo enterrar los muertos en la isla y encomendó espresamente que les dejasen salir á cada uno una mano para manifestar á sus enemigos que los Franceses no eran antropófagos como ellos. Igualmente recomendó que procurasen cojer algunos prisioneros vivos, prometiendo un premio de cincuenta pesos por cada salvaje cojido de esta suerte. Pero los isleños habian procurado hacer evacuar en la gran tierra las mujeres y los niños. En cuanto á los heridos, tambien se procuraban cojer algunos; pero los desgraciados se revolvian con frenesí mordiéndose como bestias feroces y rompiendo las sogas con que les agarrotaban, con la misma facilidad que si fuesen hilos. Por manera que no hubo medio de retener á uno solo.

Los trabajos necesarios para fabricar las jarcias del *Castries* y completar la provision de agua y leña, retuvieron á los Franceses otro mes en aquel punto. Durante este intérvalo los salvajes intentaron varias veces sorprenderles; pero todas sus maniobras quedaron defraudadas perdiendo no poca jente en ocasiones distintas.

Antes de abandonar aquella tierra funesta, el capitan probó de hacer un postrer esfuerzo para procurarse algunas noticias sobre la suerte de Marion y de su escolta. A este objeto despachó una chalupa armada de pedreros con un destacamento hácia la aldea mandada por Tekouri, que, segun las relaciones de los naturales, habia sido teatro de la catástrofe. El oficial comandante apostó en el mismo sitio donde se vieron los botes encallados; pero los naturales lo habian quemado para sacar su hierro. El destacamento se adelantó hácia la aldea; cuyos habitantes se fugaron á su acceso, echándose de ver desde lejos á Tekouri embozado en la capa de Marion que era de dos colores, escarlata y azul. Apenas se habian quedado en la aldea algunos ancianos que no habian podido fugarse y que permanecian sentados á la puerta de sus casas. El destacamento se llevó cautivo á uno de ellos, pero este con la mayor sangre fria hirió á un soldado con una azagaya. En consecuencia se mató al agresor

pero no se hizo ningun daño á los demas. Las pesquisas verificadas en las cabañas hicieron descubrir en la de Tekouri el craneo de un hombre muerto desde algunos dias, y del que estaban prendidas aun algunas partes carnosas y medio corrompidas, con otro pedazo de muslo humano fijado en una pica de madera y devorado ya en sus tres cuartas partes.

En las otras casas se recojió una camisa ensangrentada que habia pertenecido á Marion, los vestidos y las pistolas del jóven Vaudricourt, víctima de la catástrofe, diversas armas del bote y muchos harapos de los marineros. Patentizadas hasta la evidencia tan tristes pruebas del asesinato de sus camaradas, los Franceses pegaron fuego á las casas, y toda la aldea quedó reducida á escombros.

Al propio tiempo se descubrió que los isleños abandonaban otra aldea de los alrededores, mandada por un jefe llamado Piki-Ore. Como no faltaban fuertes razones para creerle cómplice de Tekouri, emprendióse la marcha contra aquella aldea que igualmente se encontró desierta. Todas las casas fueron allanadas, y en ellas se descubrieron muchos objetos pertenecientes á los botes y harapos de los hombres asesinados. En la habitacion de Piki-Ore, halláronse entre otros objetos unas entrañas humanas limpiadas y cocidas, por cuyo motivo se redujo igualmente la aldea á cenizas. El destacamento se apoderó ademas de dos grandes piraguas que fueron botadas al mar y conducidas á los buques. Utilizáronse solamente las tablas mayores y se quemó todo el resto.

Consumadas estas represalias contra los pérfidos Zelandeses, los dos buques abandonaron la bahía de las Islas á 4 de julio de 1772, dejando en la memoria de los salvajes recuerdos terribles del paso de los Franceses. Sin embargo nunca han olvidado que la mayor parte de las hortalizas que se encuentran actualmente en abundancia en las cercanías de la bahía de las Islas, como nabos, berzas, etc., se deben á Marion: así que, mas de una vez recordaron esta circunstancia al capitan d'Urville hablando de Marion cual de un nombre ilustre y venerando.

En cuanto á los motivos que pudieron acarrear en pos de sí el asesinato de Marion y de sus compañeros, la version mas verosímil que puede admitirse, segun los datos recojidos por M. d'Urville, es esta. El asesinato fué una consecuencia de las ideas adoptadas por los naturales sobre la necesidad indispensable de vengar los insultos recibidos. Las disposiciones unánimes de los jefes de la tribu de Paroa, cuyo principal, Toui, era nieto de Malou que pereció en Motou-Roua, propendian á establecer que Tekouri, autor del asesinato de Marion y de sus compañeros, pertenecia, igualmente que sus guerreros, á la tribu de Wangaroa. Nagui-Nouï, traidoramente arrebatado dos años antes por Surville, pertenecia á la misma tribu y podia ser prócsimo pariente de Tekouri. En esta circunstancia la ley del honor que estaba vijente en el país, imponia á aquel jefe el deber de alcanzar una satisfaccion de este ultraje, y si aguardó mucho tiempo, fué sin duda con el objeto de procurarse una ocasion propicia.

En su segundo viaje, verificado en marzo y abril de 1772, Cook hizo una larga recalada en la bahía Dusky, junto al cabo O. de la Nueva Zelandia. Los oficiales y naturalistas recorrieron todo el país vecino, y no pocas veces tuvieron ocasion de admirar el carácter agreste y á menudo pintoresco del paisaje. Por lo demas, solo se encontró allí una familia zelandesa compuesta de siete á ocho individuos que verdaderamente parecian desterrados en aquel rincon del globo. Los Ingleses tuvieron con ellos muy pocas relaciones amigables, pero les colmaron de presentes insignificantes.

A 18 de mayo fondeó Cook en el canal de la Reina Carlota, donde encontró á su compañero de viaje, el capitan Furneaux, de que se habia separado hacía unas catorce semanas. Los naturales fueron á bordo para comerciar regular y amigablemente, y las jóvenes con permiso de sus maridos se entregaban á la discrecion de los marinos por algunas bagatelas. Algunas cedian tan solo con repugnancia, y las casadas se mostraron de una castidad escrupulosa. Procuráronse aclimatar en aquel punto algunos vejetales y animales de Europa. Los vejetales surtieron muy buen efecto; pero al cabo de muy pocos dias falleció una oveja, al paso que las cabras se propagaron con facilidad.

A 7 de junio los Ingleses abandonaron la Nueva Zelandia. A 21 de octubre del propio año apareció Cook en la bahía de Hawke, y regaló á dos jefes que fueron á visitarle, algunos cerdos, pollos, semillas y raíces útiles. Hallábase á la sazon á bordo de los buques ingleses el Taitio Hidi-Hidi, y al saber que las islas no producian cocos ni batatas, fué á buscar algunas para ofrecerlas á los jefes; y cuando le noticiaron que los cocos no podian jerminar en aquella tierra, ciñóse á demostrarles la utilidad de las batatas. Comprendiéronle perfectamente los caudillos, y en fé de su reconocimiento uno de ellos ofreció á los Ingleses su hacha de combate, cuyo puño era adornado de plumas encarnadas de papagayo y pelos de perros blancos. Antes de partir del buque, los jefes ejecutaron una danza guerrera, ajitando sus macanas, haciendo espantosas contorsiones, sacando la lengua y prorumpiendo en horríficos ahullidos.

Los Ingleses hicieron un nuevo recalo en el canal de la Reina Carlota, durante el que se cer-

cioraron de que los Nuevos Zelandeses eran antropófagos. Algunos oficiales encontraron en tierra algunos pedazos de la carne de un jóven preparados para cocerlos, y los trajeron á bordo, donde los abandonaron á los naturales presentes que se los comieron á dos carrillos. Esta esperiencia, repetida varias veces aniquiló las dudas de los mas incrédulos. Hidi-Hidi se escandalizó mas de este espectáculo que los Europeos mismos, y como no podia soportarlo de ninguna manera, tuvo que ir á ocultarse para dar libre curso á sus abundosas lágrimas.

Entre las ocurrencias mas señaladas de aquel recalo descuella una que nos refiere el mismo Forster en estos términos. « Nuestro amigo Tawa-Anga vino á visitarnos con toda su familia, y pasó inmediatamente á bordo con su hijo Koa y su hija Kopari. Introdujéronles en la cámara del capitan, quien les hizo muchos presentes y revistió al niño con una de sus propias camisas. Este niño se vió tan sobrecojido de júbilo, que nuestras caricias no fueron parte á retenerle en la cámara: su vanidad le incitaba á mostrarse á sus compatriotas y no cesó de molestarnos hasta que le dejámos salir. Pero fué desgraciado: un viejo cabron que amedrentaba todos los Nuevos Zelandeses, se ofendió de la forma grotesca del jóven Koa, que se perdia en los anchos pliegues de su camisa, y se complació en echarle al suelo y pisotearle Parecia gustar sobremanera de darle lijeras cornadas y estenderle de pies á cabeza para ensuciar mejor su camisa. Los inútiles esfuerzos del niño para levantarse y sus gritos provocaron de tal suerte la cólera del cabron, que iba á empezar de nuevo sus ataques sino hubiesen acudido los marineros. Su camisa estaba puesta negra, y su rostro y sus manos cubiertos de boñiga, en cuyo lastimoso estado se volvió á la cámara del capitan en aire afligido con los ojos vertiendo lágrimas y satisfecho de su vanidad. Narró sus desgracias á su padre; pero lejos de compadecerle, el salvaje se enfureció y se preparó á castigarle. Limpiámos su camisa y le lavámos el cuerpo, lo que á buen seguro no le habia sucedido desde su nacimiento. Entretanto su padre temiendo una desgracia semejante, rolló con esmero la camisa y quitándose su propio vestido, hizo con él un paquetito en que colocó todos los presentes que él y su hijo habian recibido.

Cook abandonó aquel fondeadero, y no tardó en ser reemplazado por el capitan Furneaux á quien le reservara la suerte una catástrofe. Despues de haber hecho escala en la bahía Houa-Houa, donde se procuró agua y leña, Furneaux llegó al canal de la Reina Carlota á 30 de noviembre de 1773, seis dias despues de la salida de Cook.

Furneaux no contaba permanecer mucho en aquella bahía, y ya habia proyectado partir á 18 de diciembre, cuando despachó un bote á las órdenes de un oficial subalterno, llamado Rowe, para cojer plantas comestibles, que no volvió. Concitado por serias inquietudes, Furneaux envió al teniente Burney y diez soldados armados en busca del bote. No poco tiempo recorrió Burney la costa sin descubrir nada; ecsaminó inútilmente muchas ensenadas y habitaciones, y al llegar á una playa de la ensenada vecina á la de la Yerba percibió algunos indicios. A vista de la embarcacion armada, los salvajes se fugaron hácia los bosques; y habiendo quedado desierta la playa, reconociéronse los restos del bote, unos zapatos, el uno de los cuales habia pertenecido á un oficial, y á alguna distancia una veintena de canastillos de los cuales los unos eran llenos de helechos, los otros de carne humana asada, muchos zapatos y una mano de hombre que llevaba pintadas las letras T. H Era la mano del marinero Tomas Hill. Ya se preparaba á dirijirse á un espacio en que la tierra parecia prometer algunas revelaciones, cuando en las cercanías se levantó una humareda considerable que obligó á los Ingleses á reembarcarse en la chalupa y pasar á una bahía vecina á la de la Yerba, donde se hallaban cuatro piraguas con un corto número de naturales. Al acercarse los Ingleses se replegaron á una eminencia alumbrada por una grande hoguera y en cuyo pie estaban reunidos 1.500 salvajes. A su llegada á tierra, los Ingleses tiraron dos descargas de mosquetería, y á la segunda los salvajes emprendieron la fuga en medio de espantosos ahullidos. Solo hubo dos que tuvieron valor de hacer frente, mas cuandovieron que continuaban disparando sobre ellos, retiráronse con calma y altivez. El uno de ellos fué alcanzado por una bala á 400 pasos de distancia.

Viéndose dueño del campo, Burney fué en busca de otros indicios, y descubrió efectivamente mas restos del bote con las cabezas, los corazones y los pulmones de muchos individuos recientemente degollados. Consumado este reconocimiento, juzgó Burney que era tiempo de pensar en la seguridad de sus marinos, puesto que se iba anocheciendo, los salvajes se reunian de todas partes y sobrevino una lluvia que anulaba casi de todo punto la ventaja de las armas de fuego. En consecuencia pasó á la chalupa y tomó el camino del buque.

En esta fatal desgracia Furneaux perdió diez de los mejores individuos de su tripulacion. Como los antecedentes de los naturales no daban márjen á suponer una traicion de su parte, creyó que este fracaso seguramente fué motivado por una querella imprevista. Por lo demas, durante los cuatro dias que permaneció en el fondeadero no se volvió á ver ninguno de los naturales.

En el mes de octubre siguiente, Cook ancló en la misma bahía donde estacionó veinte dias Los naturales se manifestaron al principio sumamente tímidos, pero poco á poco se fueron familiarizando, y cuando vieron que los Ingleses no habian cambiado de maneras, fueron los primeros en hablar de la catástrofe de Furneaux; pero todo lo que se pudo comprender de sus relatos consiste en que aconteciera una batalla. Los salvajes preguntaban á menudo con inquietud á los Europeos si estaban enojados. Con el tiempo recobraron su confianza, y los Ingleses parecian olvidar completamente el desastre del año anterior. Los oficiales y los naturalistas se aventuraron varias veces solos y sin armas á hacer correrías en el interior y á considerables distancias del buque sin que les aconteciese ninguna desgracia.

A principios de su tercer viaje, verificado en 1747, Cook pasó otros quince dias en esta ensenada de la que gustaba mucho, ya por la seguridad que ofrecia á sus naves, ya por los recursos que suministraba, ya por la salubridad del clima. Los habitantes empezaron á manifestarse reservados, y parecian creer que el objeto de la llegada de los Ingleses no era otro que el de tomar venganza del asesinato de sus compatriotas. Despues de muchas protestas amigables, se consiguió confortarles, tanto que el mismo jefe Kahoura, á quien designaba la opinion pública como principal autor del asesinato de los individuos subordinados á Furneaux, no titubeó en pasar á bordo de la *Resolucion* y presentarse al capitan Cook. Esta confianza era tanto mas estraña, cuanto no ignoraba que le habian denunciado, y que sus compatriotas mismos solicitaban á Cook paraque le castigase como autor del atentado. Nadie manifestaba mas deseos de presenciar tal ejemplo de severidad que el Taïtio Maï, que á la sazon se hallaba á bordo del buque inglés. Cuando Kahura subió á bordo por vez tercera, instó á Cook con la mayor viveza: « matadle, matadle! » decia, y como el capitan no le escuchase, apostrofó al mismo Kahoura, diciéndole: « Si vuelves aquí, yo mismo te atrevesaré con mi propia mano. » En vez de intimidarse por esta amenaza, el intrépido Zelandés volvió á bordo al dia siguiente con toda su familia, hombres, mujeres y niños, que entre todos ascendian á veinte personas. Cook dió permiso paraque le recibiesen, pero Maï saltó furioso junto á Cook. « Aquí está Kahoura, matadle! » y se alejó creyendo que iba á hacerse la ejecucion; pero á su regreso hallando vivo á Kahoura esclamó: con indignacion: «Porque no le matais? Habeisme asegurado que en Inglaterra ahorcan á un hombre que mate á otro: este bárbaro ha muerto diez y no quereis darle muerte, aunque la mayor parte de sus compatriotas la desean, aunque sea justa! » Sonrióse Cook, y mandó á Maï que preguntase á Kahoura porque habia muerto á los Ingleses. A esta pregunta la enerjía de Kahoura le abandonó, bajó la cabeza, tendió los brazos en ademan de súplica, y pareció aguardar la muerte. Sin embargo cuando le aseguró Cook que no le harian ningun daño, recobró su serenidad habitual, y respondió que habiendo un Zelandés deseado permutar un hacha de piedra con un Inglés, este se apoderó de ella á viva fuerza sin querer dar nada en retribucion; que el Zelandés habia querido hacerse justicia por sí mismo y tomar como equivalente algunos pedazos de pan; pero que los Ingleses habian arremetido sobre él y dado principio á la querella: Efectivamente las posteriores pesquisas indujeron á creer que esta relacion era ecsacta; pues los demas salvajes refirieron que los Ingleses empezaron á comer en la yerba rodeados de muchos naturales, y que durante el banquete estos hurtaron pan y pescado; los Ingleses irritados se lanzaron sobre ellos; armóse una marimorena; dos Zelandeses cayeron muertos de dos fusilazos; pero antes que pudiesen volver á cargar sus armas los Ingleses fueron bloqueados y pasados á degüello.

Cook abandonó para siempre esos parajes á 25 de febrero de 1777 llegando consigo dos jóvenes naturales, Tawai-Aroua y Kokoa, que jamas debian regresar á su patria. Este recalo fué no menos útil que los dos precedentes á los progresos de las ciencias naturales. El laborioso Anderson agregó una multitud de preciosas observaciones á las recojidas ya en las campañas anteriores por Banks, Solander y los dos Forster.

En el mes de noviembre de 1691, Vancouver estacionó tres semanas en la bahía Dusky, donde solo vió dos miserables hutas desiertas. Menzies, botánico de la espedicion, encontró en ese punto la verdadera corteza de Winter.

D'Entrecasteaux reconoció igualmente en 1793 las islas Manawa-Tawi y la parte N. de Ika-na-Mawi, en una estension de unas veinte y cinco millas. Por lo demas, solo tuvo comunicaciones insignificantes con los naturales.

En el mes de abril del propio año el capitan Hansen del *Dedalus*, que habia suministrado víveres á Vancouver, arrebató por sorpresa á dos isleños llamados Oudou y Touki, pertenecientes al distrito de Wangaroa, y los condujo á la isla Norfolk. Por su medio los Ingleses juzgaban obtener algunas noticias relativas á la fabricacion del cáñamo de phormium: pero como este trabajo dependia casi esclusivamente de las mujeres, nada pudieron especificar con este objeto ni uno ni otro. Deseando cohonestar el rapto brutal de que habian sido víctimas estos dos jóvenes Zelandeses, el gobernador de la isla King les trató con mucha

consideracion, hasta el punto de acompañarles en persona á su patria seis meses despues. Semejantes atenciones quedaron tan fuertemente grabadas en el ánimo de los naturales, que en lo sucesivo manifestaron mucha deferencia para con los Ingleses. Comenzaba entonces el pabellon británico á ondear en las costas de la Nueva Zelandia, adonde la pesca de la ballena y especialmente la de las focas atraían una multitud de armadores, que ademas se procuraban maderas de construccion, cáñamo de phormium y víveres á un precio sumamente módico. En breve aparecieron en aquellos parajes numerosos aventureros que dieron á conocer sucesivamente el estrecho de Foveaux, que separa la isla Stewanto de Tavaï-Pounamou, la union de la isla Banks de Cook con la tierra vecina, y diversos fondeaderos en la parte mas austral de la Nueva Zelandia. En todos esos viajes los Europeos penetraron mas á fondo á los Zelandeses, conociendo por esperiencia que eran enemigos sanguinarios, intrépidos, implacables y vengativos hasta el grado de devorar los cadáveres de los vencidos, ó bien amigos igualmente fieles, leales y valerosos. Por su parte los Zelandeses estudiaron el carácter de los Europeos y justipreciaron sus costumbres: así que, en cuanto echaron de ver que su prepotencia real estaba basada sobre la posesion de las armas de fuego, no omitieron medio alguno para procurarse de ellas. Al principio trocaban hasta una docena de cerdos ó muchos centenares de canastillos de patatas por un fusil, por cuyo motivo acontecia que la posesion de un instrumento de muerte hambreaba á una poblacion entera por espacio de un mes.

Todos aquellos salvajes se negaron por largo tiempo á embarcarse á bordo de los buques ingleses para ir á visitar la colonia europea. El primero quese decidió á ello fué un jefe de la bahía de las Islas llamado Tepahi. Por los años de 1805 dejóse conducir con sus hijos á la isla Norfolk, de donde pasó á Port Jackson. El gobernador King y las personas mas distinguidas de la colonia le trataron con toda consideracion hasta que se volvió á su tierra colmado de presentes, de útiles y de instrumentos. Hallábase igualmente en el buque en que iba un jóven Inglés llamado Jorje Bruce, que pidió y obtuvo el permiso de quedarse con él en Rangui-Hou. Desde luego se granjeó todo el afecto del jefe salvaje, que le dió su hija en himeneo y le nombró su primer jeneral. Empero para conseguir este doble honor fué preciso que Bruce se sujetase á un completo pintarroteo, despues de cuya ceremonia fué considerado digno de obtener la mano de la jóven Etoki, la mas jóven de las hijas de Tepahi, apenas de quince años de edad. Bauce llegó á ser un personaje de importancia en su tribu, y no pocas veces prestó servicios esenciales á los buques de sus compatriotas. Sin embargo, no siempre se mostraron agradecidos, de suerte que entre otros hubo uno que se portó con él ni mas ni menos que un traidor ó un pirata: este era el capitan Dalrymple del buque *Jeneral Wellesley*. Este capitan fondeó en un punto bastante distante del distrito de Tepahi; y apesar de la distancia reclamó de Bruce una provision de víveres, á lo que se prestó este sin dificultad. Entonces Dalrymple trató de acompañarle al cabo N. paraque cooperase á sus permutas, á lo que accedió Bruce no sin repugnancia. A este objeto embarcóse con su mujer á bordo del *Jeneral Wellesley*, bajo la condicion formal de restituirle á su tribu; pero en lugar de cumplir su promesa, el flibustero Dalrymple llevó el rumbo hácia la India, abandonó á Bruce en Malaca y vendió su mujer en Penang. Aseguran algunos que Bruce logró despues alcanzar de nuevo á su esposa, y que volvió con ella á la Nueva Zelandia, pero lo cierto es que no se habló mas de él.

Semejantes actos de perfidia y de brutalidad, que de cuando en cuando se reproducian, provocaron de parte de los naturales las mas terribles represalias, que dieron márjen á la aventura del *Boyd*, su capitan John Thompson. Este buque habia recibido á bordo muchos naturales para restituirles despues á su patria, entre los cuales se contaba el hijo de uno de los jefes de Wangaroa, llamado Taora, pero mas conocido bajo el nombre de Jorje. Aunque Taara habia satisfecho su pasaje, dedicábase espontaneamente al servicio de abordo y se ocupaba tambien en la maniobra. Sobrecojióle una enfermedad que le impidió continuar su trabajo gratuito y voluntario, y el brutal capitan le mandó castigar severamente negándole su racion correspondiente y amenazándole que le arrojaria al mar. En vano manifestó Taara que su dignidad de jefe le hacia acreedor á ser considerado de otro modo que un esclavo, pues lejos de atender á sus razones, le maltrataron á golpes. Disimuló Taara; pero en cuanto se vió entre los suyos, congregó sus amigos y decidió la pérdida del *Boyd*.

No menos imprevisor que cruel, Thompson desembarcó con su tripulacion dejando el buque bajo la custodia de algunos marineros solamente. En cuanto apareció á la vista de Tepouhi, echóle este en cara su conducta observada con su hijo, y le mató de un macanazo, sufriendo la misma suerte todos sus compañeros. Al propio tiempo pasaba á bordo otra escena de carnicería. Acudiendo en gran número en sus piraguas, los naturales saltaron al abordaje y sorprendieron á los marineros restantes (Pl. XLIX. — 3). Algunos se habian refujiado en los aparejos y fueron salvados por el jefe Tepai, que acababa de llegar de la bahía de las Islas y que los recibió en su piragua; pero en cuanto llegaron á tierra, los naturales de Wangaroa arremetieron sobre ellos y los pasaron á cuchillo, descuartizando y



3. Enlèvement du Boyd par les Nouveaux-Zélandais.

3. Robo del Boyd por los Nuevos Zelandeses.

devorando en seguida los cuerpos de las víctimas. De las 70 personas que montaban el *Boyd*, solo escaparon dos mujeres y un niño que se habian ocultado desde el principio de la matanza. Poco despues fueron descubiertos, pero lejos de ser maltratados, les entregaron á un capitan que hizo escala en la bahía. El grumete de la cámara tambien se salvó: era un buen chico que durante la travesía se habia portado muy bien con el jefe Taara, tanto que este le habia cobrado afecto. En lo mas recio de la matanza avistó al jefe y se arrojó en sus brazos esclamando: « Por Dios no me mateis, Jorje! » Apesar de la irritacion del momento, Jorje le tomó bajo su salvaguardia: « No, hijo mio, yo no te mataré, le dijo; eres muy buen chico. » Efectivamente le salvó. Por lo demás, la toma del *Boyd* fué fatal al mismo vencedor. Con efecto, viéndose dueño del buque, el padre de Tahara quiso probar su mosquete; y como se hallaba junto á un barril de pólvora desculado, el fuego prendió á la pólvora, hizo saltar al anciano y abrasó el buque, cuyo incidente acabó de ecsasperar á Tahara contra los Europeos á quienes imputaba la muerte de su padre.

Hemos visto que el jefe Tepahi se esforzara inútilmente en salvar de aquel desastre algunos marineros ingleses. Lejos de valerle la amistad de los Europeos, esta conducta mal comprendida le acarreó toda la fuerza de su resentimiento confundiendo ó finjiendo confundir su nombre con el de Tepouhi, padre de Jorje, y pasando por uno de los autores del asesinato. Algunos meses despues muchos capitanes balleneros fondearon en la bahía de las Islas para tomar venganza y atacar de concierto la isla donde residia la tribu de Tepahi. Los naturales padecieron mucho en aquella agresion injusta é inopinada; muchos fueron muertos, un número mas considerable heridos, y su aldea fué arrasada hasta en sus cimientos. Aunque herido de gravedad, Tepahi consiguió escaparse, pero murió algun tiempo despues en una batalla contra la tribu de Wagaroa, cuya causa primordial era el mismo rapto del *Boyd*.

A la misma época y á imitacion de Tepahi, diversos isleños abandonaron su país para seguir á los Europeos y acomodarse á sus costumbres. En 1805 Maunga de Korora-Keka pasó á Inglaterra bajo la proteccion del doctor Savaje, y fué presentado á la familia real y á diversas personas de distincion que le hicieron ricos presentes. De regreso á su país natal fué desterrado poco tiempo despues por el Ariki por un robo cometido á bordo de una embarcacion; mas despues de haber sufrido un largo destierro, volvióse á su patria y gozó en ella de cierto crédito bajo el nombre de King-Harry.

Otro jóven Zelandés, Mawi, sobrino de Tara, Ariki de Korora-Reka, apenas de nueve á diez años de edad, fué confiado igualmente por su padre en 1806 á un capitan que habia logrado convencerle de las ventajas de la civilizacion y de los beneficios del cristianismo. Mawi aprendió á leer y escribir en casa de un colono de la isla Norfolk á quien siguió en 1812 á la Nueva Gales del S. El jóven Zelandés fué puesto bajo la direccion de M. Marsden, principal capellan de la colonia y que le cobró el mayor afecto. Mawi acompañó á los primeros misioneros á su país, donde les fué sumamente útil en calidad de intérprete. Poco tiempo despues pasó á Inglaterra donde fué recibido en el establecimiento de la sociedad de las misiones y observó una conducta ejemplar. Mostraba el mayor zelo por instruirse, y el jefe de las misiones fundaba en él muy grandes esperanzas, cuando le arrebató una fiebre pútrida á 28 de diciembre de 1816.

Mas singular fué el destino de Doua-Tara, sobrino de Tapahi y jefe de Rangui-Hou. Dominado del deseo de instruirse en la escuela de los Europeos, el pobre isleño nunca pudo alcanzar á llevar á cabo su proyecto. Juguete de la mala fé de los capitanes, no tuvo otro conocimiento de nuestra civilizacion que su corrupcion y sus intrigas. Embarcado en 1805 á bordo del ballenero el *Argo*, desempeñó por mas de un año el servicio de marinero y de remero, y fué desembarcado despues en Port Jackson sin el menor resarcimiento. Entonces Doua-Tara pasó á bordo del ballenero el *Albion*, su capitan Richartson, y pasó seis meses pescando en las costas de la Nueva Zelandia. Cuando el *Albion* fondeó en la bahía de las Islas, Doua-Tara regresó entre sus amigos despues de haber recibido del capitan diversos artículos de Europa en pago de sus servicios.

Seis meses despues, el *Santa Anna*, su capitan Moody, fondeó en el mismo punto, y en consecuencia Doua-Tara se embarcó de nuevo para pasar á la isla Bounty con otro Zelandés, dos Taitios y diez Europeos, con objeto de matar focas y preparar sus pieles. Abandonados en aquella árida playa con una insignificante provision de pan, salazon y agua, estos individuos pasaron cinco meses sin poder subvenir á sus necesidades y espuestos á inauditos sufrimientos. Transcurrido este tiempo volvió á aparecer el *Santa Anna*, tomó 8.000 pieles de focas preparadas y dió á la vela para la Inglaterra, la Inglaterra, que el pobre Doua-Tara anhelaba desde largo tiempo. El *Santa Anna* entró finalmente en el Támesis en julio de 1809. Doua-Tara manifestó sus deseos de ver al rey, y Moody se lo prometió; pero algunos dias despues el pérfido capitan hizo trasladar al salvaje á bordo del buque *Ann* que llevaba forzados para la Nueva

Gales del S. En vano el desgraciado isleño reclamó algunos vestidos y premios por sus largos servicios; pero le contestaron que en Port-Jackson se los retribuirian con algunos mosquetes. Sobrecojido de enfermedad que debia atribuirse no tanto á la mudanza de clima como á su pesadumbre, Doua-Tara llegó á bordo del *Ann* estenuado y medio muerto. Afortunadamente se hallaba en el mismo buque M. Marsden que pasaba á Port-Jackson; pero hasta mucho tiempo despues no tuvo la noticia de la presencia de Doua-Tara á bordo del *Ann*. La primera vez que le encontró, estaba tristemente sentado en el castillo de proa, cubierto de andrajos y sufriendo una violenta tos. Interrogado Doua-Tara, narró sus aventuras; ponderó las escesivas miserias que habia sufrido á bordo del *Santa-Anna*, y acabó por manifestar que los marineros ingleses le habian cruelmente zurrado, ocasionándole continuas salivaciones de sangre, y que el capitan por su parte le habia negado la paga é impedido ver al rey.

Instruído de sus infortunios, M. Marsden auxilió al pobre Doua-Tara; le curó, le sujetó á un réjimen sano y fortificante que le restableció la salud, y desempeñó con zelo é intelijencia el servicio de marinero. Llegado á Port-Jackson en febrero de 1810, vivió en Parramatta ocho meses en casa de M. Marsden ocupándose de los trabajos de agricultura. Finalmente M. Marsden contrató con el capitan del ballenero *Frederich* para restituirlo á su país con otros tres Zelandeses, á la sazon empleados en casa de M. Marsden, estipulando la sola condicion de que los naturales le ayudarian á hacer su cargamento mientras se hallase el buque en la costa de la Nueva Zelandia.

Doua-Tara pasó dos dias en tierra cerca del cabo Otou, para procurar á la tripulacion una provision de cerdos y de patatas, y en seguida el capitan se ocupó de hacer su cargamento de aceite que se halló dispuesto al cabo de unos seis meses. Hallándose el buque en los alrededores de la bahía de las Islas, Doua-Tara y sus compañeros hicieron presente al capitan la obligacion que habia contraído en presencia de ellos y de M. Marsden, y le suplicaron que le desembarcase en su patria cuyas costas tenian á la vista. Lejos estaban de esperar aquellas pobres jentes una nueva perfidia; pero cual fué su sorpresa cuando el capitan les contestó que se dirijia á la isla Norfolk, y que atracaria de paso para desembarcarles á algun otro punto de la Nueva Zelandia! Llegados á la isla Norfolk, Doua-Tara y sus tres compañeros fueron enviados á tierra para hacer aguada, é impelidos por la marejada se hallaron á punto de ahogarse bajo las rocas de la costa. Para manifestar cuanto habian padecido, Doua-Tara decia que en aquel peligroso momento, «su corazon estaba lleno de agua.» El pobre Zelandés no habia tocado el término de sus infortunios pues cuando se halló de regreso á bordo, el capitan del *Frederich* le declaró que no volveria mas á la Nueva Zelandia, en razon de que iba hacerse á la vela para Inglaterra, y que en consecuencia les desembarcaria en la isla Norfolk. Efectivamente abandonóles en aquella tierra desierta y sin recurso, donde les halló el capitan Gwyner del ballenero el *Ann*, que les recojió hambrientos y les condujo á Parramatta en casa de M. Marsden. Finalmente, en virtud de una nueva contrata y de una nueva campaña de cinco meses, el pobre Doua-Tara fué restituído á su patria en 1812 con semillas de trigo é instrumentos de agricultura que trajera de Parramatta.

A su llegada, Doua-Tara fué investido sobre la marcha de la autoridad de su tio Tepahi, que acababa de fallecer. Lleno de la idea de mejoras agrícolas, congregó inmediatamente sus amigos, manifestóles las ventajas que podian resultar del cultivo de las tierras, mostróles su trigo; esplicóles que aquel grano era la base del pan y del bizcocho que comian con tanto placer á bordo de los buques europeos; distribuyóles algunos, y reservó el resto para sí y su tio Shongui, uno de los jefes mas influyentes de aquella comarca de la Nueva Zelandia. Todos sembraron su grano; pero á escepcion de Shongui, impacientes de disfrutar de sus cosechas, é imajinándose que el fruto debia apuntar en la raíz, como en las patatas, arrancaron su trigo aun verde, y no habiendo encontrado nada, pegaron fuego á todas sus plantas y se reunieron junto á Doua-Tara para chancearse de él. «Porqué has viajado mucho, le dijeron, te crees deber engañarnos.» Bien les esplicó Doua-Tara su yerro, pero de ningun modo quisieron creerle. Entretanto los trigos de Doua-Tara y de Shongui llegaron á madurez, y los enseñaron á los incrédulos. «Sí, dijeron, esto ha nacido del grano; pero no sirve para hacer pan.» Doua-Tara procuró moler el trigo en un molino de café, pero su operacion no surtió muy buen efecto, lo cual pareció robustecer las razones de sus contrarios. Sin embargo al año siguiente M. Marsden levantó un molino harinero, y Doua-Tara hizo harina en presencia de los jefes reunidos y una torta que dividió entre dos. Entonces quedaron bien convencidos y manifestaron sus deseos de cultivar tan útil semilla.

A la noticia de las buenas disposiciones de que estaban animados los naturales, M. Marsden pensó en despachar dos personas adictas á las misiones, MM. Kendall y Hall, para ecsaminar las localidades y calcular el écsito de un establecimiento. Estos dos evanjelistas llegaron á la bahía de las Islas á 1 de julio de 1814, y pa-

saron seis semanas en visitar las tribus vecinas á la bahía. Dispensáronles por donde quiera la mas favorable acojida; y los jefes del país, Shounqui de Waï-Mate, Koro-Koro de Paroua y Doua-Tara de Rangui-Hou, quisieron de todos modos acompañar á los misioneros á su regreso á Port-Jackson, á fin de decidir mas prontamente á M. Marsden á fundar entre ellos una mision.

Deseando M. Marsden llevar á cabo en persona un negocio de tanta importancia, embarcóse á 19 de noviembre de 1814 con MM. Kendall, Hall, King y sus familias, y al pasar por frente de Wangaroa tuvo la satisfaccion de apeciguar una guerra que ecsistia entre sus tribus y las de la bahía de las Islas. A su llegada á este último punto, visitó varias tribus, y en todas fué acojido con entusiasmo y respeto recibiendo los homenajes de todos los jefes de aquellas costas, Shongui, Koro-Koro, Doua-Tara, Tara y Tarea. Habiéndose internado hasta la bahía Shouraki, acompañado de una numerosa escolta de naturales, recibió una distinguida acojida de parte del Ariki Houpa, uno de los mas poderosos jefes de la comarca. A su regreso á la bahía de las Islas, Mr. Marsden convocó una asamblea de los jefes del país, y en presencia de todos se firmó una contrata que mediante doce hachas atribuia 200 acres de tierra en el territorio de Rangui-Hou á la sociedad jeneral de las misiones. Como sello del tratado el jefe que vendia puso en el papel la copia del pintarroteo que le cubria el rostro ; esta era su firma. En el terreno cedido levantaron á la mayor brevedad varias casas donde se alojaron los misioneros con sus familias y los operarios que les habian seguido. El establecimiento se componia en su orijen de veinte y cinco Europeos de ambos secsos y de todas edades.

Consumada esta instalacion, Mr. Marsden abandonó Rangui-Hou á 26 de febrero de 1815 con el sentimiento de dejar á Toua-Tara muy enfermo de un afecto de entrañas que le llevó al sepulcro poco tiempo despues. Su muerte fué para la Nueva Zelandia una pérdida irreparable, pues era el único de sus compatriotas que habia vivido entre los Europeos el tiempo suficiente para comprender su civilizacion y echar mano de todos sus recursos. Cuando vió á los misioneros colonizar un pedazo de terreno de Rangui-Hou, dijo á Mr. Marsden : « Ahora que he introducido el cultivo del trigo en la Nueva Zelandia, llegará á ser una tierra importante. Con el tiempo podré esportar trigo á Port-Jackson, donde compraré azadones, hachas, arados, té, azúcar, etc. » Parecíale que la Nueva Zelandia iba á tomar el aspecto de los alrededores de Sydney; trazaba vastos proyectos de desmontes, y habia levantado ya el plano de una ciudad regular. Tales eran los grandiosos proyectos que ocupaban su ánimo, cuando le arrebató la enfermedad á los veinte y ocho años. Sin embargo es preciso no creer que Doua-Tara consiguiera sobreponerse enteramente á las preocupaciones zelandesas: diez años de permanencia entre los Europeos, una intelijencia rara y un juicio sólido no fueron parte á contrarestar la influencia de los recuerdos de la infancia. El mismo hombre que entre los Ingleses se zumbaba de las supersticiones de su país, en cuanto le sobrecojió la enfermedad pasó á ser su esclavo ni mas ni menos que sus compatriotas, sometiéndose á las ecsijencias mas salvajes del tabou, y contestando, cuando se lo echaban en cara, con efujios pueriles.

Establecidos ya los misioneros, tuvieron que chocar los efectos de tan supersticiosas costumbres, omnipotentes á la sazon en la comarca. Aunque al parecer tranquilos y sosegados, no cabe duda que por de pronto su autoridad hubiera podido verse invadida á la muerte de Roua-Tara, en virtud de la estraña costumbre que en semejantes casos ecsije que las naciones vecinas pasen á sangre y fuego el territorio del difunto. Sin embargo, merced á la intervencion del poderoso Shongui y de algunos otros jefes, se vieron libres de tan salvaje invasion.

Entretanto aquellos piadosos colonizadores se ocupaban con zelo del cultivo de las tierras, de la educacion de la juventud y de la conversion de los naturales. La agricultura correspondió mejor á sus esfuerzos que el entendimiento de los indíjenas; la mayor parte de los productos de Europa surtieron en sus campos muy buen efeto: pero prescindiendo de un corto número de niños que aprendieron á leer y escribir, sus esfuerzos espirituales quedaron sin resultado. El carácter de aquella raza, ávida de sangre y de combates, parecia casi incompatible con una relijion impregnada de mansedumbre y de paz. En vez de amortiguar las guerras, la presencia de los Europeos las hizo mucho mas sangrientas por medio de la introduccion de las armas de fuego entre los naturales.

En el mes de agosto de 1815 fondearon en una bahía situada cerca del cabo Moe-Hao dos embarcaciones denominadas *Trial* y *Brothers;* pero los naturales las atacaron tenazmente y consiguieron apresarlas. Sin embargo en virtud de una lucha obstinada, los Ingleses recobraron sus naves, despues de haber permanecido muchas horas en poder de los salvajes. En esta accion murieron cinco Europeos y cien Zelandeses.

Por este mismo tiempo uno de los misioneros, Mr. Hall, fué á residir en otro punto de la bahía de las Islas apellidado Waï-Tangui, cuyo suelo le pareció mas fecundo que el de Rangui-Hou. En consecuencia se fundó en esta localidad bajo la proteccion del jefe Waraki un establecimiento que prometia ya las mas fecundas

esperanzas, cuando este jefe falleció. En virtud de la costumbre precitada, los naturales saquearon la casa de Mr. Hall, y aun le dirijieron algunas amenazas; por cuyo motivo este misionero partió en 1816 de Waï-Tangui, reputada por el jardin de la Nueva Zelandia.

En el mes de marzo del propio año fondeó en las cercanías del cabo E., en la bahía de Toko Malou, el bergantin americano el *Agnés*, que entabló muy buenas relaciones con los salvajes. En consecuencia hizo con ellos algunas permutas viviendo amigablemente durante dos dias; pero al tercero el capitan dió la órden de hacerse á la vela por razon de haber sobrevenido algunos síntomas nada satisfactorios. Era ya tarde: lo salvajes, en número de muchos centenares arremetieron sobre la tripulacion, degollaron á tres individuos y se llevaron prisioneros á los doce restantes. Seis de estos fueron muertos en la playa, y descuartizados y comidos en presencia de los que sobrevivian. Los otros seis fueron internados al dia siguiente hasta una aldea llamada Rangadi, donde sufrieron la dolorosa operacio del pintarroteo en el rostro. Cinco de ellos vivieron seis meses en Rangadi, y en seguida los separaron, acompañando solamente dos á un poderoso jefe apellidado Emaï á las provincias centrales. El uno era Inglés de nacimiento, llamábase Rutherford, y á él debemos los pormenores de esta aventura.

Llegados á casa de Emaï, los dos Europeos vivieron cosa de un año con bastante tranquilidad, dedicándose á la pesca y á la caza por cuenta de su jefe, y matando algunas palomas zoritas con una hermosa escopeta de dos cañones que tocó á Emaï juntamente con algunas municiones, cuando la reparticion del botin del *Agnés*. Al cabo de este tiempo al compañero de Rutherford le aconteció un suceso bastante estraño. Cierto dia se ausentó Emaï para asistir á una fiesta que se celebraba en las cercanías, dejando á los dos blancos el encargo de custodiar la casa donde se hallaban la anciana madre de Emaï postrada en el lecho del dolor y un médico que la cuidaba. El camarada de Rutherford prestó por casualidad á un esclavo su cuchillo con objeto de cortar juncos destinados á reparar una casa; y cuando se lo devolvió mató un cerdo y despues algunos pedazos en una marmita para cocerlos juntamente con varias patatas mondadas con el mismo cuchillo. Ninguna de todas estas circunstancias era indiferente, como vamos á ver. Cuando las patatas fueron cocidas, la anciana enferma manifestó deseos de probarlas, á cuyo objeto pidió de ellas á los blancos, quienes no tuvieron reparo en satisfacer sus deseos en presencia del médico. Al dia siguiente, casi en el acto de regresar Emaï, ecsaló el último suspiro.

Celebráronse los funerales con la pompa debida á su rango. Ningun requisito faltó á ellos; ni la esposicion pública del cadáver untado de aceite y ecsornado de plumas blancas, ni las descargas de mosquetería, ni las visitas de los jefes vecinos, ni las lamentaciones, ni las rasgaduras (Pl. XLI. — 3). Estas ceremonias duraron tres dias; pero al cuarto se congregaron solemnemente los jefes en torno del cadáver para ecsaminar escrupulosamente la conducta del médico, y cerciorarse, si la enferma habia ó no sucumbido por alguna neglijencia en los ritos prescritos, en cuyo caso, segun la costumbre del pais, solo la muerte podia espiar su falta.

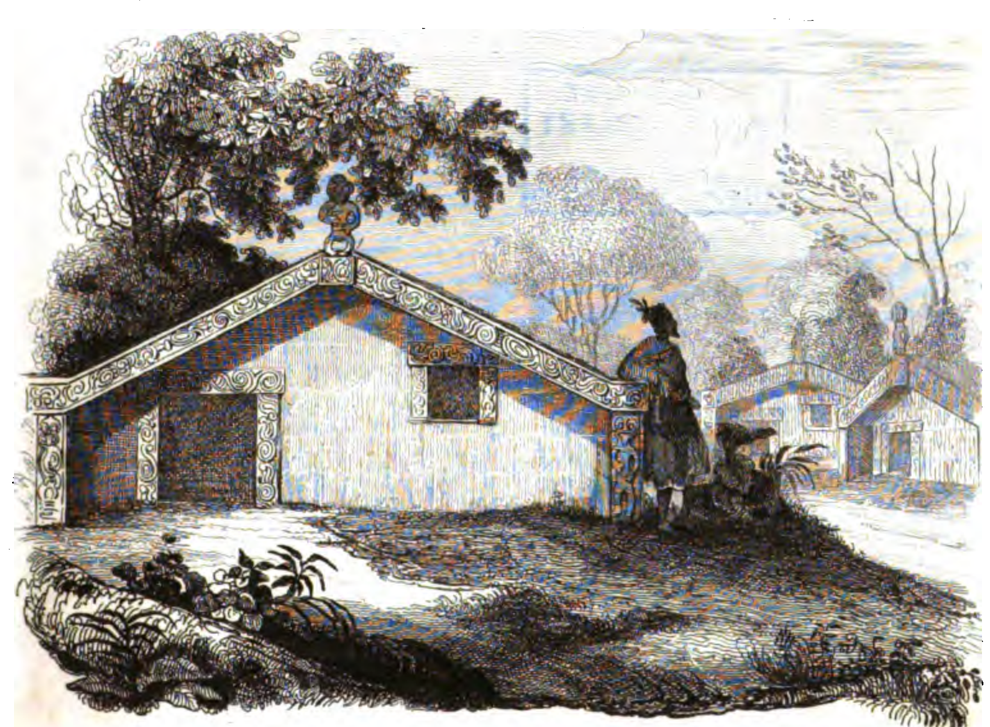
En consecuencia llamaron al doctor, y le obligaron á esplicar minuciosamente todas las circunstancias de la enfermedad. No omitió ningun pormenor; todo lo refirió, sin esceptuar el hecho de las patatas, y se retiró. Entonces un anciano jefe tomó la palabra, dió algunas vueltas al féretro, y declaró con gravedad y majisterio que la muerte de la mujer debia atribuirse á haber comido patatas mondadas con el cuchillo de un blanco, por razon de que este cuchillo habia servido para cortar juncos destinados á reparar una casa; concluyendo su discurso con espresar su parecer de que el blanco debia ser inmolado, cuyo suceso honraria sobremanera al alma de la difunta. Esta opinion fué aprobada por unanimidad; mas como el pobre culpable se veia imposibilitado para defenderse, Rutherford procuró patrocinar su causa, diciendo que su compañero no habia obrado con mala intencion, que ignoraba en este particular las costumbres del pais, é implorando en favor de su camarada la piedad de Emaï. Sin embargo absorvido este en la fuerza de su dolor hizo ademan de no escucharle, y el anciano jefe se dirijió de consiguiente hácia la victima y la mató de un golpe de mere mientras Rutherford peroraba todavia. Por lo demas, Emaï no permitió en ninguna manera que comiesen su cuerpo, y lo entregó al Inglés paraque lo inhumase del modo que le pareciese mas conveniente.

Algun tiempo despues, Rutherford llegó á ser una autoridad en el pais, pués le nombraron jefe, y Emaï le concedió dos de sus hijas en matrimonio. Desde entonces tomó parte en todas las espediciones guerreras de su suegro, y participó de sus providencias. En una de estas escursiones llegó hasta Tara-Nake, situada á orillas del estrecho de Cook, donde vió un Inglés escapado de la matanza de un buque, y casado con la hija de un caudillo del pais. Desde Tara-Nake pasó al cabo Waï-Apou, donde halló al famoso Pomare y sus guerreros prosiguiendo sus conquistas en el litoral de la Nueva Zelandia.

Poco despues Rutherford acompañó á Emaï, que en calidad de auxiliar iba á contarse con los jefes de Kaï-Para, que se hallaban en guer-



1. Shonguy. 2. Touai.



3. Cases sculptées des Chefs (Nouvelle Zélande)

3. Casas con esculturas de los Jefes (Nueva Zelanda)

de Sainson del.

ra contra las tribus de la bahía de las Islas. Despues de haber empleado cinco semanas para llegar á Kai-Para, halló unos mil guerreros congregados en la riberas de un rio, ocupando los enemigos la ribera opuesta. Antes de empezar el combate, Rutherford pasó el rio para ir á confabular con un blanco que se hallaba en el campo enemigo, y durante esta entrevista vió á Shongui matar de unmacanazo á uno de sus esclavos y devorar su corazon aun palpitante. Por pretesto de esta accion Shongui alegó que aquel esclavo le habia robado una armadura, con la que habia sido preso en el acto de fugarse al enemigo.

Dióse la batalla al dia siguiente. Entonóse el canto del combate, y en seguida tuvo lugar el fusileo. Las armas no volvieron á cargarse, y el combate continuó cuerpo á cuerpo con las macanas: el ejército de la bahía de las Islas fué derrotado, pero al pasar junto á Rutherford uno de los fujitivos le arrojó un dardo que le penetró en el muslo. Dos mujeres retiraron su punta por medio de una ancha incision que hicieron al rededor de la herida con una concha acerada; en seguida le aplicaron algunas yerbas frescas, y la herida quedó curada en breve. Cuando los vencedores hubieron celebrado la victoria en el mismo campo de batalla con los cuerpos de los enemigos muertos, Rutherford pudo regresar con Emaï y sus compañeros al seno de su tribu.

Poco tiempo despues de aquella espedicion se levantaron algunas humaredas en las vecinas montañas, y á su vista los naturales esclamaron « *kaï-pouke! kaï-pouke!* (buque! buque!) Inmediatamente Emaï emprendió la marcha con Rutherford y muchos guerreros, como tambien algunos esclavos que dirijian una piara de cerdos hácia Toko-Malou, adonde llegaron en dos dias. Hallábase á la sazon el buque bastante enmarado, con un viento contrario que le impedia alcanzar la costa. Los caudillos tuvieron consejo, y decidieron que si el buque entraba en la bahía, se apoderarian de él y pasarian á cuchillo la tripulacion. Por temor de que no se atreviese á atracar á la costa, resolvieron mandar á Rutherford á bordo para atraerlo con promesas halagüeñas: finjió este prestarse en todo á sus deseos dando gracias al cielo en el fondo de su corazon del azar que le ofrecia el medio de recobrar su libertad. Efectivamente, revestido del uniforme de guerrero zelandés, remó hácia el buque en una piragua conducida por el hijo de un caudillo y montada por cuatro naturales; y en cuanto llegó al bergantin americano, Rutherford narró al capitan sus aventuras dramáticas y obtuvo el favor de ser recibido á bordo. En consecuencia el hijo del jefe que habia empezado por cometer algunos robos fué azotado severamente y despedido con sus esclavos; despues de lo cual el capitan se hizo á la mar por temor de sufrir la suerte que esperimentara el *Agnes* en aquellos parajes de mal agüero. Así que tras un cautiverio de diez años Rutherford fué puesto en libertad á 9 de enero de 1826.

Entretanto iban continuando los progresos de los misioneros, bien que con harta lentitud. En el mes de abril de 1817, M. Kendall habia reunido en su escuela hasta setenta discípulos de uno y otro secso, que manifestaban para aprender á leer y escribir una disposicion casi igual á la de los niños europeos. Si los parientes no les hubiesen distraido á menudo de sus lecciones para mandarlos en busca de los víveres necesarios á su subsistencia, á buen seguro que habrian hecho progresos mas sorprendentes todavía. Por este tiempo M. Marsden envió á la bahía de las Islas seis reses vacunas, y tuvo lugar una guerra entre los pueblos de la bahía de la Abundancia y Shongui de acuerdo con Houpa, Ariki de las riberas del Shouraki. Tratábase de vengar tres asesinatos cometidos en la persona de unos miembros de la tribu de Shongui. Las fuerzas reunidas de ambos jefes no pasaron de 800 guerreros; pero las armas de fuego les daban una marcada superioridad. Quinientas aldeas fueron entregadas á las llamas, causando un considerable número de muertos y cojiendo 2.000 prisioneros de todos secsos y edades que fueron repartidos entre los jefes en calidad de esclavos. Una sola piragua de Mangui-Hou trajo setenta cabezas preparadas conforme á los procedimientos del país.

En 1817 Touaï y Titari, de la tribu de Paroa, se hicieron á la vela para Port Jackson, y de allí para Inglaterra á bordo del bergantin *Kanguroo*. Llegados á Lóndres el año siguiente, los dos Zelandeses pasaron diez meses en las escuelas de la sociedad de las misiones, pero solo prestaron atencion á las artes mecánicas. La civilizacion no habia hecho mas que tocar someramente á aquellos salvajes cuando regresaron á su patria en 1819 con M. Marsden y tres nuevos misioneros seguidos de sus familias. Estableciéronse estos en Kidi-Kidi bajo la proteccion de Shongui en un territorio de 13.000 acres, comprado por este jefe mediante cuarenta y ocho hachas. Al presenciar aquella nueva organizacion, Koro-Koro manifestó un sentimiento tan íntimo de no tener á su lado algunos misioneros que M. Marsden se decidió á fundar una pequeña pertenencia en un punto denominado Manawa-Oura, que se hallaba en los dominios de aquel jefe.

El poder é influjo de Shongui sobre toda la parte septentrional de Ika-na-Mawi se iban acrecentando gradualmente. Este caudillo, una de las cabezas mas caracterizadas de aquella raza (Pl. XLVII. — 1), afectaba ya pretensiones al gobierno supremo, guardándose bien de ofen-

der en lo mas mínimo el espíritu independiente por esencia de los jefes zelandeses. Como deseaba alcanzar su objeto por medio del terror de las armas, distribuia los misioneros de suerte que su presencia atrajese á los buques ingleses y le pusiese en estado de adquirirse buena copia de fusiles; al paso que los operarios de la mision solo sabian cuidar y reparar las armas de sus guerreros. Tal era el motivo de su deferencia hácia los misioneros, sin que en ninguna manera concibiese ningun plan relijioso. En su concepto los dogmas del cristianismo solo podian convenir á una nacion de esclavos; mientras que las ideas nacionales relativas á la gloria militar y á la suerte futura del alma, proporcionada á la parte que ha desempeñado el hombre en el mundo, eran dogmas mucho mas dignos de un pueblo altivo, noble é independiente.

M. Marsden menciona un hecho que manifiesta hasta que punto sabia Shongui hacer respetar su rango. Cierto dia unos habitantes del distrito de Wangaroa se apoderaron de una ballena encallada en una porcion del litoral perteneciente á Shongui, y se la comieron. No era esta la primera injuria que tenia que vengar; porque algun tiempo antes los naturales de otra aldea situada en el mismo distrito habian desenterrado ya los huesos del suegro de Shongui, los habian dispersado, hecho con ellos anzuelos y fijado el craneo sobre una pica. Solo la efusion de sangre podia lavar un insulto semejante: así que Shongui marchó con sus guerreros contra la tribu que habia profanado la sepultura de su suegro. Llegado á tiro de fusil de la aldea declaró que iba á pedir satisfaccion de aquel ultraje. Los culpables confesaron su falta, y Shongui mandó hacer fuego y mató cinco hombres. La aldea suplicó al jefe que pusiese coto á sus venganzas, diciendo que la hora de la espiacion suficiente. Shongui condescendió, pero al pasar por el territorio de aquellos que habian robado su ballena apoderóse de sus cerdos y destruyó la piragua de que echaran mano para el rapto.

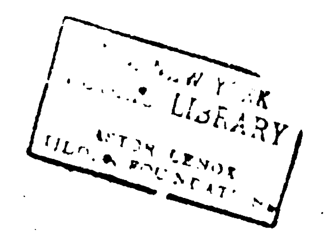
En el mes de octubre M. Marsden recorrió á pie una grande estension de la parte septentrional de Ika-na-Mawi. Adelantóse hasta la embocadura del rio Shouki-Anga, y visitó el fértil distrito de Tae-Ame, donde se encuentran vestijios todavía recientes de la accion de los volcanes. En todas esas correrías M. Marsden halló una perfecta acojida entre los naturales y recibió la mas franca y cordial hospitalidad. Cada aldea le suministraba una escolta de honor para acompañarle hasta la aldea vecina: parecia la marcha de un príncipe ó de un gran sacerdote, imájen de la divinidad (Pl. L. — 3).

A fines de 1819 Temarangaï, uno de los caudillos de Tae-Ame, declaró la guerra á Shongui por algunos mariscos que los súbditos de este habian aglomerado en un asilo perteneciente al otro. Shongui mandó á sus tropas, sin que se sepa el motivo, que solo se sirviesen de sus armas nacionales, las piedras y las lanzas; al principio fué inferior contra un enemigo armado de hachas y mosquetes, pero en breve recobró su prepotencia restableciendo la igualdad de armas. Las tropas de Temarangaï abandonaron el campo de batalla despues de haber tenido ocho hombres muertos de pérdida, al paso que Shongui solo habia tenido tres; pero en cambio sus campos de patatas fueron devastados é incendiadas sus piraguas de guerra. Pocos dias despues la interposicion de algunos jefes restableció completamente la paz.

Vamos á continuar otro ejemplo de la tenacidad con que estos pueblos continuan sus resentimientos y sus venganzas. Algunos años antes una nieta de Temarangaï fué arrebatada cerca del cabo Wangari por un bergantin inglés y vendida un poco mas lejos á un jefe de Witi-Anga, que en virtud de una contienda mató á su jóven esclavo y lo dió á comer á sus amigos. Este insulto á su familia era demasiado grave paraque Temarangaï dejase de vengarlo. No encontrándose con fuerzas bastantes disimuló por espacio de diez y seis años; pero en enero de 1820, despues de haber pasado revista á su ejército compuesto de 600 combatientes, hízose á la vela para Witi-Anga y desembarcó en el embocadero de esta bahía. Presentóse Warou en su piragua para demandarle el motivo que le conducia á aquel sitio, y Temarangaï respondió que Warou descuartizó y se comió á su nieta, y que de consiguiente le ecsijia una satisfaccion. « Toda la satisfaccion que puedo darte, repuso Warou, consistirá en matarte, descuartizarte y luego comerte. » Esta respuesta no hizo mas que redoblar la irritacion á Temarangaï. » Pues bien! la guerra lo decidirá esclamó. — Quieres combatir hoy mismo? esclamó Warou. — No, mañana; respondió el otro, pues ahora no estoy preparado todavía. » Y para no perder tiempo escojieron el terreno. Al dia siguiente los dos ejércitos vinieron á las manos á la hora y en el punto convenidos. El ejército de Temarangaï constaba de treinta y cinco combatientes armados de mosquetes, mientras Warou solo tenia algunos guerreros armados de lanzas. Apesar de esto dió principio al ataque; pero sus azagayas solo hirieron á un jefe enemigo, al paso que la primera descarga de los fusileros de Temarangaï hizo morder el polvo á diez y ocho guerreros y dos caudillos, entre los cuales habia el padre de Warou. A vista de un desastre semejante, las tropas de Warou emprendieron la fuga, y Temarangaï detuvo su marcha diciendo que la sangre vertida satisfacia su venganza. Apesar de los con-



3. Missionnaire de la Nouvelle Zélande avec sa suite.
3. Misionera de Nueva Zelanda con su comitiva



sejos contrarios, este jefe buscó á Warou para hacer la paz; pero lejos de acceder á ninguna proposicion de esta naturaleza, Warou apareció de nuevo en el campo al dia siguiente para empeñar de nuevo la batalla. Esta vez fué espantosamente desastrosa para los Witi-Anga, puesto que quedaron en el campo de batalla hasta 400 guerreros. Un número considerable se ahogaron en el mar, y 260 fueron distribuidos entre los jefes de la bahía de las Islas. Aquella misma noche Temarangaï logró prender á Warou que se habia salvado en los bosques, y ya en las primeras entrevistas le echó en cara sus violencias. « Confieso que tengo la culpa, dijo Warou que reconocia por fin el poder de las armas de fuego y la imposibilidad de resistirlas; no tengo reparo en someterme, pero donde están m mujer y mis hijos! » Habiéndole Temarangaï manifestado que les salvara la vida, mostrósele sumamente reconocido y le acompañó al campo donde se los restituyó. No tenia otra desgracia que lamentar que la de su anciano padre, muerto al principio de la accion; así que, para consolarle de aquella pérdida, Temarangaï le regaló un mosquete, y los otros jefes le hicieron algunos presentes; por lo que el vencido Warou abandonó el teatro de su derrota. Por lo que hace á los vencedores, tres dias permanecieron en el campo de batalla cebándose en la carne de los enemigos muertos, y se hicieron á la vela con sus prisioneros velejando hácia la bahía de las Islas.

En el mes de febrero de 1820, M. Marsden regresó á la bahía de las Islas, empleando mas de seis meses en recorrer los diferentes establecimientos del N. de la Nueva Zelandia hasta Witi-Anga, y visitando los distritos del Shouki-Anga, de Tae-Ame, del Shouraki y del Kaï-Para donde contrajo amistad con el célebre Moudi-Panga, el mas intrépido de los rivales de Shongui. Este jefe, de un entendimiento agudo y penetrante, estaba dotado de intelijencia y avidez de instruirse; era de una talla mediana, activo y robusto, con una mirada altiva; y no obstante que frisaba con los cincuenta años, tenia una fisonomía gallarda y marcial que infundia respeto y obediencia. Vencedor en casi todas sus empresas, era el único que pudo oponer un dique á las usurpaciones del ambicioso Shongui. En 1808 Shongui marchó contra él al frente de fuerzas superiores; pero Moudi-Panga derrotó sus ejércitos y mató á dos de sus hermanos con la mayor parte de sus oficiales. El mismo Shongui solo pudo hallar su salvacion en una pronta fuga. Largo tiempo despues los jefes de la bahía de las Islas quisieron recobrar su preponderancia, á cuyo objeto congregaron sus fuerzas é hicieron una nueva invasion en el territorio de Moudi-Panga contando mucho en el gran número de armas de fuego que poseian. Sin embargo este caudillo supo neutralizar las ventajas de aquella superioridad. En efecto, dió órden á sus guerreros de tenderse en tierra cuando les encarasen los mosquetes, y finalizada la descarga levantarse y correr hácia el enemigo. La estratajema tuvo un ésito completo: las balas pasaron por encima de las tropas de Moudi-Panga sin causarles el menor daño; pero desde luego se precipitaron estas sobre sus enemigos con sus macanas sirviéndose de ellas tan ventajosamente, mientras que los otros no sabian que hacerse de sus fusiles; que el ejército de la bahía de las Islas fué casi de todo punto aniquilado. Apenas se escaparon de esta derrota quince hombres, pues todos los restantes fueron muertos ó cayeron prisioneros.

No obstante tan gloriosas hazañas, Moudi-Panga deseaba vivir en paz, combatiendo tan solo para su defensa y la de su pueblo, y deploraba la necesidad que le precisaba á empuñar las armas. No pocas veces manifestó á M. Marsden el deseo que tenia de ver una paz permanente entre los caudillos de la Nueva Zelandia y anhelaba con ahinco la llegada de los misioneros á su territorio, en razon de que les consideraba como los ajentes mas seguros de una prócsima civilizacion.

En el decurso de su larga peregrinacion evanjélica, M. Marsden encontró otros jefes animados de miras de justicia y de sentimientos de rectitud. Así es que regresó de ella con el reconocimiento completo y profundo de aquel pueblo, y se cercioró por sí mismo de todos los elementos de grandeza que encerraba la comarca, demostrando con argumentos irrecusables que los únicos obstáculos que se oponian á sus progresos futuros debian atribuirse á sus numerosas y estrañas supersticiones, y sobre todo á sus belicosas costumbres que la constituian en estado de constantes represalias y de hostilidades interminables.

De todos los caudillos que contrariaban las doctrinas pacíficas de los misioneros, ninguno era mas intratable ni mas ávido de combates que Shongui. Shongui aspiraba la dominacion universal, proyectaba aniquilar todas las tribus que pretendiesen oponerse á sus proyectos, y juraba sobretodo tomar una venganza atronadora de las derrotas que le hiciera esperimentar Moudi-Panga. Imajinóse que con el ausilio de municiones y mosquetes triunfaria fácilmente de su rival; pero, de qué modo procurarse estos mosquetes y estas municiones? Creyó Shongui que el mejor medio era de ir á buscarlos á Inglaterra, á cuyo objeto lo declaró á los jefes de la mision, quienes, bien que con objeto diametralmente opuesto, accedieron con mucho gusto á su demanda.

Así que, en el mes de marzo de 1820 embar-

cóse Shongui con un guerrero de confianza llamado Waï-Kato, y llegó á Lóndres en el mes de agosto siguiente. Acojido muy amigablemente por la sociedad de las misiones, y presentado en el palacio del rey y de los mas nobles lores de la Gran Bretaña, el altivo isleño no desmintió un instante su sangre fria ni su dignidad. Entre los numerosos presentes que le hizo el rey Jorje, solo pareció manifestar inclinacion á las armas, á una coraza y á un uniforme. A su paso por Port Jackson, cuando su regreso, trocó en pólvora y fusiles los mas ricos presentes que le habia hecho el soberano de la Gran Bretaña.

Durante la ausencia de Shongui los misioneros hicieron rápidos progresos. Muchos naturales consintieron en dedicarse á trabajos manuales; ocupáronse en la agricultura y aprendieron á cortar, serrar y labrar madera. Teníanles como jornaleros dándoles tan solo el alimento, y merced al concurso de sus brazos prosperaban sensiblemente los establecimientos agrícolas. A 11 de julio de 1821 el regreso de Shongui cambió la faz de la comarca: desde su viaje á Europa Shongui solo tràjo un sentimiento de poca consideracion hácia los misioneros cuya posicion humilde y modesta habia podido comparar con el brillante fausto de los lores. Lo que mas le irritaba contra aquellos hombres de paz, es que no tan solo le denegaban pólvora y armas, sino que tampoco perdonaban medio para impedir á los capitanes mercantes, que se los cedieran. A su regreso al país, congregó sus guerreros, narróles su viaje, y añadió: «El rey de Inglaterra posee muchos fusiles, municiones y soldados; yo le pregunté si habia dado órden que no me diesen armas y me ha contestado que no. Los misioneros han escrito que me las negasen; pero el rey no ha condescendido á esta medida, y los misioneros son esclavos del rey Jorje.» Con semejantes insinuaciones, Shongui inculcó en el ánimo de los hombres mas bien intencionados algunas prevenciones contra los misioneros, y se puso en persona al frente de aquella reaccion funesta. Mandó á los operarios de la mision que cesasen en su trabajo, á menos que les pagasen con pólvora y fusiles ó dinero para comprarlos. Obedecieron los operarios, y estas primeras vejaciones acarrearon en pos de sí brutalidades innumerables. Los salvajes forzaban las palizadas, arrebataban los ganados, robaban cuanto les venia á la mano y no pocas veces amenazaban la vida de los colonos; por manera que sin el caudillo Rewa las cosas hubieran llegado á una violencia estrema. El mismo Shongui juzgó cuan impolítico era obligar á aquellos hombres á abandonar su territorio para ir á establecerse en otra parte. Ademas fué á visitar frecuentemente á los misioneros, por cuanto gustaba mucho de su té, de su café y de sus guisados, cuando no tenia proporcion de algun buen banquete de carne humana. Sin embargo el ambicioso caudillo no pasó mucho tiempo sin continuar su proyecto de llegar á una dominacion jeneral. Todos los medios poseía de hacer fáciles sus conquistas: guerreros valientes y fusiles numerosos: así que, en setiembre de 1821 abandonó la bahía de las Islas á bordo de una flotilla que contenia cerca de 3.000 combatientes, entre los cuales se contaban ciento armados de mosquetes. Jamas se habia visto en aquellas comarcas ejército tan formidable. Shongui marchó al encuentro de los habitantes del Shouraki y de Witi-Anga, y dió campo á una terrible liza. Un gran número de muertos quedaron tendidos en el campo de batalla de una y otra parte, de los cuales se contaban 1.000 de los vencidos, y Shongui vencedor otorgó 300 cadáveres á sus tropas para devorarlos. En esta accion este caudillo feroz mató con su propia mano al valiente Inaki, uno de los principales jefes del Souraki, hombre de un carácter dulce y pacífico. Shongui le decapitó, vertió su sangre en la palma de su mano, y se la bebió. Dos mil prisioneros cayeron en poder del vencedor, aunque Shongui no dejó de perder un buen número de sus guerreros entre los cuales contaba á su yerno Tete. Deseando vengar esta muerte, el jefe marchó de nuevo contra las pueblas del Shouraki en febrero de 1822. Dos piraguas de su flotilla cayeron en poder del enemigo, que mató y devoró á los que las montaban. Shongui y sus compañeros tuvieron mas ventaja, pues en un solo punto de las orillas del Waï-Kato esterminaron á 1.500 enemigos.

Touaï, hermano de Koro-Koro, que habia vivido mucho tiempo con los Europeos, volvió á manifestarse en la bahía de las Islas en junio de 1822 tras una ausencia de dos años, durante los cuales habia guerreado continuamente con los pueblos del S. En sus espediciones, Touaï habia corrido grandes riesgos y recibido muchas heridas. Bloqueado en una fortaleza por un ejército considerable, estuvo encerrado unos veinte dias sin comer ni beber, y ya empezaba el enemigo á creer que iba á apoderarse de aquella tropa, y preparaba la leña para cocer sus cadáveres, cuando fueron libertados por sus aliados de la bahía Witi-Anga. Touaï era un hombre superior á sus compatriotas: dotado de una profunda intelijencia y de una sobresaliente facultad de imitacion, habia conseguido igualmente copiar á los Ingleses en sus maneras; hablaba medianamente su lengua, y sin el pintarroteo hubiera parecido un *jentleman*. A menudo asistia con recojimiento á las oraciones de los misioneros y observaba una conducta muy desente (Pl. XLVII. — 2).

Entretanto trabajaban los misioneros en con-

solidar sus primeros establecimientos y crear otros nuevos. En 1823 dos de ellos llevaron sus reconocimientos hácia la bahía Souraki para establecerse en otro distrito de Wangari. Pero como la guerra habia despoblado toda aquella comarca, sus últimos misioneros se volvieron á Wangaroa donde compraron un poco de terreno del jefe Jorje ó Tahara, y se construyeron una pequeña habitacion donde se les juntaron dos de sus cólegas para tomar parte en sus empresas. Mr. Marsden apareció asimismo en el mes de julio en la bahía de las Islas; era el cuarto viaje de aquel infatigable evanjelista. El buque *Brampton*, á cuyo bordo habia llegado, naufragó en la bahía á la entrada del rio Waï-Tangui, pero los naturales se portaron con una probidad y una filantropía que hubieran hecho mucho honor al pueblo mas civilizado. Respetaron igualmente el salvamento del buque, y no se cometió un robo siquiera. A fines de 1823, llegó á la Nueva Zelandia un refuerzo de apóstoles que se componia de MM. H. y W. Williams y de M. Fairburn, hombres activos, pacientes é industriosos.

Entretanto la muerte operaba algunas mudanzas entre los caudillos de la comarca. Koro-Koro y su tio Kaipo, jefes de la bahía Shouraki, murieron el uno de enfermedad, y el otro en un combate, y su sucesor fué Touaï, Zelandés que habia hecho el viaje á Inglaterra, y que gustaba sobremanera, segun hemos visto, de remedar las costumbres inglesas. Touaï tenia un tio apellidado Pomare, jefe de Mata-Ouwi, cerca de Korora-Reka, guerrero ilustre entre los suyos y de un valor personal superior á toda creencia. Por esta época Pomare, al frente de 130 de sus mejores vasallos, declaró la guerra á todas las tribus del Sur. Aseguran que llegó hasta el estrecho de Cook pasando de victoria en victoria, y derribando cuanto se oponia á su paso; y regresando por la parte occidental de Ika-na-Mawi, dió vuelta á la isla, sin que tribu alguna fuese bastante poderosa para atajarle el paso y aniquilarle. Esta espedicion encumbró á Pomare al mas alto grado de esplendor en concepto de los Zelandeses. Touaï, que habia visto á Napoleon en Santa Elena y oido referir las maravillas de su vida, decia á los Franceses de la *Coquilla* que Pomare era el *Panupati* (Bonaparte) de la Nueva Zelandia.

En abril de 1824 fondeó ante la aldea de Paroa la corbeta francesa la *Coquilla*. A instantancias de Mr. Marsden, Mr. Duperrey habia embarcado en Port Jackson al misionero Clarke y su familia, juntamente con dos isleños, el uno de los cuales era sobrino de Shongui. Este caudillo dispensó al principio la acojida mas favorable al misionero que habian destinado á la tribu de Kidi-Kidi. Habíanle dicho que Mr. Clarke, era herrero, y de consiguiente esperaba poder utilizarle en clase de tal; pero cuando vió que el Inglés, olvidando su antiguo oficio, solo queria ganar almas á la fé cristiana, el irrelijioso Shongui no disimuló su enojo, y Mr. Clarke tuvo necesidad de toda su paciencia para vencer la primera prevencion del jefe.

Entre los Franceses y los Zelandeses reinó la mejor intelijencia. Touaï se hallaba todavía en la *Coquilla:* lleno de atencion para sus huéspedes, procuró al teniente d'Urville una multitud de documentos interesantes. Algunos oficiales en el decurso de aquel recalo se aventuraron á algunos reconocimientos interiores. Los que pasaron á Kidi-Kidi, en la tribu de Shongui, no tuvieron que estar muy satisfechos de la conducta de los indíjenas; pero en cambio Mr. d'Urville halló una acojida mas alhagüeña en Paï-Hia, en casa de Tekoke y en Mata-Ouwi donde vivia Mr. Kendall bajo la proteccion de Pomare. Este misionero estaba á la sazon en disidencia con la sociedad cuyos planes no aprobaba enteramente. Por lo demas, los resultados jeográficos obtenidos por la *Coquilla* se ciñeron á levantar el plano de una porcion de la bahía de las Islas.

En el mes de octubre siguiente falleció Touaï de resultas de una enfermedad larga y dolorosa. Sucedióle su primo Touaoi; pero bajo el imperio de este jefe la tribu de Paroa, por mucho tiempo floreciente y envidiada de las pueblas del N. de la bahía de las Islas, perdió toda su fuerza y toda su importancia. Los Nga-Poui's, reunidos á los guerreros de Wai-Mate, precipitáronse sobre el pá de Kaou-Wera, saquearon sus habitaciones, y obligaron á los naturales á dispersarse por las vecinas tribus. Sin tomar una parte directa, Shongui fué el instigador de aquel acto de violencia. Este jefe no podia sufrir nada que hiciese sombra á su preponderancia, y bajo las leyes de Kore-Kore, el pueblo de Paroa le habia opuesto obstáculos insuperables en sus proyectos ambiciosos, pero cuando tuvo ocasion favorable vengóse á sus anchuras.

Shongui continuó cuanto antes las hostilidades. En febrero de 1825 abandonó la bahía de las Islas con 400 guerreros, y se reunió con un ejército mucho mas considerable de aliados. Tratábase de ir á combatir á su antiguo rival, el valiente Mouri-Panga, á cuyas instancias habia hecho poco antes el viaje á Lóndres. Apesar de la obstinada resistencia de la tribu de Kaï-Para, Shongui quedó dueño del campo de batalla, pero perdió su hijo primojénito, jóven de veinte años, aunque en cambio tuvo la satisfaccion de matar á Mouri-Panga y devorarle sin compasion.

Shongui espió en breve sus victorias con pérdidas domésticas. Despues de su hijo murió su yerno en los combates. Su hija primojénita

falleció de consuncion; su favorita se ahorcó por haberse visto sorprendida con el esposo de la enferma, y su hermana estuvo á punto de ser muerta por el mismo por haber auxiliado á la favorita en su suicidio. Dos veces descargó su fusil sobre ella, y otras tantas erró el tiro. Finalmente otra de sus concubinas fué inmolada públicamente por causa de adulterio, y para colmo del desastre muchos ávidos le despojaron de muchas de sus propiedades.

Esasperado por tantos reveses, Shongui decidió abandonar Kidi-Kidi para contraer domicilio en Wangaroa. Wangaroa estaba á la sazon ocupada por las tribus de los Nga-Te-Ourous que contaban unos doscientos guerreros, y por las de los Nga-Te-Pos que contaban unos 6 ó 700. En la primera de esas pueblas se hallaban los misioneros de Wesley, cuyo establecimiento se encontraba en el estado mas próspero. Veíanse en él un jardin, un hermoso pedazo de tierra de unos cuatro acres sembrado de trigo, una habitacion sólida y cómoda, una carpintería, un horreo y diversas pertenencias.

A la noticia de la invasion de Shongui, todos los Nga-Te-Ourous indistintamente emprendieron la fuga. Los misioneros quedaron sin defensa y abandonados á merced de aquellos merodeadores que saquearon su establecimiento hasta en los mas recónditos escondrijos; por manera que con mucha dificultad y corriendo el riesgo de ser mil veces degollados pudieron alcanzar la bahía de las Islas. Los Nga-Te-Pos no cedieron el puesto sin resistencia: atrincheráronse en su pá y se defendieron valerosamente durante muchos dias. Pero la victoria se decidió por el número, y los sitiados pagaron su resistencia á tan alto precio, que apenas se escaparon de la matanza diez individuos de la tribu. La cabeza de su jefe, del viejo Matapo, quedó fijada mucho tiempo en la punta de una pica en la bahía de las Islas, como un trofeo de la victoria. En cambio Shongui temió sobremanera pagar caro su triunfo, pues en el ataque de la fortaleza atravesóle una bala de parte á parte, de lo que resultó una herida que dió mucho cuidado por su vida.

Este momento fué muy crítico para los misioneros. Es verdad que Shongui solo se mostraba con ellos benéfico á medias, pero hasta entonces se habian mantenido en la comarca bajo su sombra, y como su muerte podia acarrear interminables disputas, mandaron á Port-Jackson todo lo mas precioso que tenian. Aun cuando en tan difícil coyuntura no hubiesen hallado ningun buque inglés en la rada, podian echar mano de un pequeño schooner de sesenta toneladas, el *Heraldo*, construído en aquel mismo punto por los misioneros, y botado al mar á las aclamaciones de todos los salvajes estupefactos. Algun tiempo despues, esta navecilla naufragó en la costa y fué pillada por los naturales, siendo necesario por consiguiente reemplazarla con otra.

Los salvajes pillaron por este mismo tiempo el ballenero inglés *Mercury*, cuya tripulacion consiguió difícilmente pasar á la bahía de las Islas. Entre los Europeos que en aquel propio año (1826) se mostraron en esos parajes, no debe pasarse en silencio el capitan Dillon que concluyó con Pomare una contrata por la que este se comprometia, mediante cinco fusiles y dos barriles de pólvora, aportarle en las riberas del Ahouraki tanta madera como necesitase para un cargamento entero. Partió efectivamente Pomare con mas de 2.000 hombres armados para cumplir con su contrata, pero á su regreso Dillon habia partido ya. Esta espedicion abortada acarreó la muerte de Pomare. Habiéndose comprometido en una ensenada estrecha, fué acometido por una numerosa cuadrilla de enemigos, herido de una bala y muerto del todo á golpes de *mere*. Su cabeza y la de su hijo primogénito fueron aderezadas sin dilacion y conservadas al estilo del país.

A 12 de marzo de 1827 el *Astrolabio* fondeó en la bahía de las Islas en frente de la aldea arruinada Paroa. Este buque acababa de verificar en la Nueva Zelandia grandes trabajos hidrográficos, durante los cuales habia corrido mas de un riesgo inminente. Despues de haber arrostrado los mas procelosos mares en su travesía de Port Jackson á la Nueva Zelandia, á 10 de enero de 1827, Mr. d'Urville atracaba la isla Tawai-Pounamon, y costeándola hasta el cabo Farewell. Penetrando en seguida en el estrecho de Cook habia esplorado minuciosamente la estensa bahía Tasman, donde entablara con los naturales relaciones frecuentes y amigables durante un recalo de algunos dias. Desde allí se habia comprometido en distintos canalizos donde el *Astrolabio* estuvo dos veces á punto de perecer. Salido del estrecho de Cook, el capitan d'Urville esaminaba con la esactitud mas escrupulosa toda la costa oriental de la isla Ika-na-Mawi, y fondeara en Koua-Koua y en diversos puntos de la bahía Shouraki donde descubriera varias islas y canales desconocidos hasta entonces. Allí recibió sucesivamente la visita de Rahhui-Touke, hijo de Tekoke, jefe de la tribu de Pai-Hia, que iba á hacer la guerra á los habitantes del Shouraki; y algunos dias despues la visita de Ranqui y de los guerreros del Shouraki, que le hubieran presentado la cabeza del famoso Pomare si hubiesen podido aguardar que lo fuesen á buscar al pá de Wai-Kato. En seguida el capitan d'Urville continuó el esámen de la costa hasta el cabo Norte, y retrogradando ancló en la bahía de las Islas, despues de haber llevado á cabo

el reconocimiento de una estension de trescientas cincuenta leguas de costas.

En el decurso de su breve recalada en la bahía de las Islas, el capitan d'Urville hizo muchas escursiones á Paï-Hia, á Korora-Reka y hasta á Kawa-Kawa, en cuyos puntos se abocó con los naturales, recojiendo muchas noticias interesantes. Estos documentos, reunidos á los que han sido el resultado de sus observaciones en 1824 durante el recalo de la *Coquilla*, forman una coleccion circunstanciada y casi completa que se ha dado á luz con el *Viaje del Astrolabio*.

De todos los caudillos de la bahía de las Islas, Mr. d'Urville vió tan solo á Waroa, sobrino y sucesor de Pomare, y Maounga, tio de King-Jorje, jefe de Korora-Reka, puestos en franquía para la bahía Shouraki. La mayor parte de los demas estaban en marcha.

En el bosque de Kawa-Kawa, donde Marion fué en otro tiempo á cortar sus palos, Mr. W. Williams hizo observar al capitan d'Urville un solar donde los misioneros habian querido formar un establecimiento agrícola y un tilopos. Pero los naturales no quisieron consentir en ello, pretestando que los animales profanarian sus lugares *tapous* y sus plantaciones de patatas dulces, donde reina el *tapou* mientras las patatas son tiernas. Los pollos y los gallos les dan mucho tormento, por razon de su completa indiferencia para todas las prohibiciones relijiosas.

A la salida del *Astrolabio*, las misiones zelandesas parecian algo mas confiadas sobre su porvenir. Los colonos habian continuado sus trabajos habituales, y dos nuevos misioneros de la sociedad de Wesley habian ido á fundar su establecimiento sobre las márjenes del Shouki-Anga, en un sitio denominado Matgounga, donde se hallaban bajo la proteccion de un jefe poderoso, llamado Patou-One, hombre de una gran reputacion, de talento y de valor, que les dió muchas pruebas de su benevolencia.

El célebre Shongui falleció en Wangaroa, en el pâ de Pinia, que habitaba desde el dia en que entró en él á viva fuerza. A última hora este caudillo, conservando toda su presencia de ánimo, congregó sus hijos, ecsortóles á vivir unidos, recomendóles á los misioneros, y, lo que es mas estraordinario para un hombre tan cruel y tan sediento de sangre, prohibió espresamente immolar en su muerte ninguno de sus esclavos, segun era costumbre recibida. Su sucesor en el mando de Kidi-Kidi fué su primo Rewa, amigo de los misioneros, y que siempre se habia mostrado de un humor mucho mas pacífico que los otros jefes: así que los colonos complaciéronse sobremanera por su advenimiento.

Algunos meses despues de la muerte de Shongui, sobrevino un acontecimiento inopinado que estuvo á punto de simar el país en una conflagracion jeneral. Cierto jefe de la bahía de las Islas fué muerto en el calor de una contienda ocurrida sobre las márjenes del Shouki-Anga, por cuyo motivo se puso en marcha un ejército para conocer en el asunto y obrar en consecuencia. Todo se hallaba á punto de tocar á su término amistosamente, cuando una equivocacion dió márjen á una batalla jeneral que causó la muerte de un caudillo y de muchos guerreros. Derrotados los Nga-Pouïs y ardiendo en deseos de venganza procuraron agregar á su causa todos los moradores de la bahía de las Islas, y conducirles contra los del Shouki-Anga. Sin embargo pasada la primera efervescencia, escucharon la voz de los misioneros Williams y Davis, cuya mediacion acarreó la paz. No pocas veces estos pastores apaciguaron las querellas de tribu á tribu, entre las cuales debe mencionarse un conflicto que iba á poner sobre las armas á los Nga-Pouïs y á los habitantes de Kawa-Kawa.

El año 1829 parece haberse pasado en paz y quietud. Los misioneros no hacian muchos prosélitos; pero su influencia se estendia visiblemente, y sus establecimientos continuaban un desarrollo gradual. Los naturales iban con mucho gusto á escuchar sus predicaciones y sus servicios: por otra parte el carácter de los isleños parecia jeneralmente templarse; muchos jefes estaban cansados de guerra y anhelaban un estado menos precario y mas permanente. En una palabra, los misioneros se congratulaban en la esperanza de obtener cuanto antes triunfos mas completos.

Segun los misioneros, la infame conducta de un capitan ballenero á quien no nombran fué la primera causa de una guerra que estalló entre los naturales de la parte septentrional de la bahía de las Islas y los de la parte meridional. Los primeros, mandados por Oudou-Roa, desembarcaron á 3 de marzo de 1830 en Korora-Reka donde les aguardaban los otros reunidos bajo las órdenes de Rewi-Rewi. Los caudillos de ambos ejércitos tuvieron una conferencia solemne, en la que el gran sacerdote Toi-Tapou espetó una arenga para invitar á Oudou-Roa á contentarse con haber asolado las plantaciones de patatas de sus rivales, y no llevar mas lejos su resentimiento. Los misioneros de Paï-Hia echaron mano de todos los argumentos imajinables para ecsortar á los dos partidos á la paz, y aunque los jefes escucharon todos sus discursos con muy profunda atencion, no acordaron tomar ningun partido, y los misioneros se volvieron con la esperanza de que no sobrevendria ninguna desagradable ocurrencia.

Sin embargo á las nueve de la mañana del dia siguiente, 6 de marzo, empezó á oirse por la parte de Korora-Reka un fusileo no interrumpi-

do, y al punto MM. W. Williams y Davis se trasladaron junto á Rewa, quien mandó á sus tropas cesar el fuego. Los dos partidos peleaban á unas doce toesas de distancia uno de otro, y el número de muertos ó heridos ascendia á la sazon á unos ciento. En cuanto hubieron los misioneros dado á entender á los combatientes la grande impiedad de aquella guerra, los dos partidos se confundieron en uno solo; los agresores tuvieron el permiso de retirar del campo de batalla los cuerpos de sus guerreros, pero abandonaron los de los esclavos. Habiéndose abandonado igualmente el cuerpo de un caudillo, uno de los vencedores fué á despanzurrarle con un hacha y le arrancó un pedazo de bígado que rindió en homenaje á la Divinidad. Sin embargo las hostilidades podian considerarse tan solo como suspendidas, puesto que al amanecer del 7 las piraguas de Oudou-Roa dispararon algunos fusilazos y se acorralaron en Motou-Roa. Por su parte los habitantes de Korora-Reka por la tarde pegaron fuego á su aldea, retiráronse con sus mujeres, sus hijos y sus bagajes á otros puntos de la bahía, especialmente al pâ de Kawa-Kawa, y al poner del sol Oudou-Roa, Rewa y Toï-Tapou fueron á acampar junto á la mision de Paï-Hia.

Ardia la guerra con redoblado furor, cuando llegó de Port Jackson M. Marsden, tan respetado de todos los partidos. Su regreso tuvo los mas felices resultados; los Nga-Pouïs, que parecian decididos á proseguir sus primeras ventajas contra sus rivales, cedieron á las representaciones de M. Marsden, y en virtud de diversas conferencias sellaron la paz á 18 de marzo por medio de una formalidad harto singular. Cierto jefe del partido de Ourou-Roa recitó un largo canto empuñando un palo, y entonado este rompió el palo y lo arrojó á las plantas de uno de los comisionados. Este repitió á su vez la misma ceremonia, cuyo objeto era indicar que las hostilidades eran terminadas. Muchos naturales tuvieron fé en aquella paz, porque se habia concluido bajo la mediacion de Europeos; pero otros la consideraron como poco sólida, atendido que ningun caudillo de distincion del partido de Kawa-Kawa habia sido muerto como satisfaccion de la muerte de Shongui, primer caudillo de la comarca de Tako, entre Rangui-Hou y Wangaroa. En efecto los hijos de Shongui, llamados Mango y Kakaha, solo se adhirieron á la paz con estrema repugnancia, y cuando hubieron consentido en ella á través de cien dificultades sin poder obtener ninguna satisfaccion en el Norte, tiraron hácia las pueblas del Sur.

Entraron en campaña con setenta de sus parientes y de sus amigos, y dando principio á sus matanzas sobre las márjenes del Shouraki, pasaron á la isla Touhoua, cuyos habitantes estaban desde largo tiempo en paz con los Nga-Pouïs, pasaron á cuchillo á cuantos hombres pudieron encontrar, y se llevaron esclavas las mujeres y los niños, á escepcion de un corto número que pudieron salvarse durante la noche en Tauranga donde cundió la alarma. Los Nga-Pouïs de la comitiva de Mango y de Kakaha se trasladaron á la isla Motiti (isla Llana) donde cometieron los mismos escesos; pero mientras se estaban cebando en la carne de sus víctimas, los habitantes de Tauranga arremetieron sobre ellos, los descuartizaron y se los comieron. Llegada á la bahía de las Islas la noticia de aquella catastrofe, los Nga-Pouïs y sus aliados juraron vengar la muerte de sus compatriotas en los naturales de Tauranga. Verificáronse grandes preparativos de guerra, y armóse una considerable flotilla para marchar contra los pueblos del Sur.

Tales fueron los preliminares de la campaña precitada, á la que asistieron los misioneros en clase de espectadores pasivos. Hemos visto que esta campaña abortó, y que los Nga-Pouïs regresaron á sus hogares sin haber podido someter los Nate-Awas, aplazando su venganza para tiempos mas propicios.

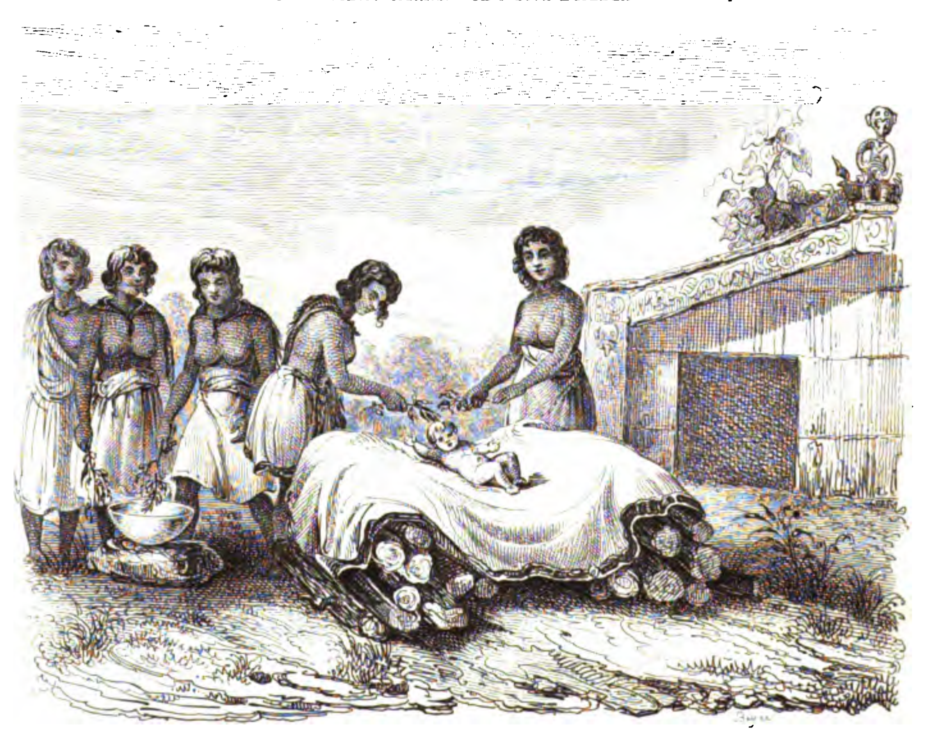
Por esta misma época los misioneros parecian haber hecho grandes progresos en el ánimo de los naturales. Un gran número asistian regularmente á los oficios divinos y á las oraciones. Algunos fueron bautizados y ausiliaron á los Europeos en sus trabajos. Desgraciadamente ningun caudillo de influencia se dejó persuadir, y dejando á un lado al jefe Temarangaï, pocos eran los que infundian esperanzas de convertirse.

El mayor obstáculo que se oponia á la propagacion de la nueva relijion, es el estado social de los Nuevos Zelandeses, que divide el país en una multitud de pequeños estados, formando como otras tantas repúblicas gobernadas por caudillos de alto rango. Entre estas diversas tribus reinan sin cesar guerras obstinadas y sangrientas que eternizan las preocupaciones de pundonor militar y la necesidad de lavar la sangre con sangre. Si una tribu se hacia cristiana, era preciso que tuviese bastante poder para hacerse respetar de las pueblas vecinas, ya con el ausilio de sus propias fuerzas, ya con el socorro de los Europeos; otramente seria destruída en breve tiempo. Cuando los secuaces que trabajaban los misioneros en hacerse al rededor de sus establecimientos serán bastante numerosos para formar una especie de guarnicion ó de guardia permanente, es muy probable que tocarán al término de su objeto.

Otro obstáculo al progreso de los evanjelistas es la presencia de ciertos individuos de mala conducta, escapados de las cárceles de Port Jackson, mezclados entre los naturales. Esta hez social, estos hombres de mala vida y de malas costum-



1. Sacrifice humain à la Nouvelle-Zélande.
1 Sacrificio humano en Nueva Zelanda



2. Cérémonie d'un Baptême Zélandais.
2 Ceremonia de un Bautismo Zelandes.

de Sainson del.

bres contribuyen no poco á estragar las sencillas disposiciones de los indíjenas, y su conducta ha dado márjen no pocas veces á lizas y combates sangrientos. A menudo los misioneros han solicitado su espulsion del suelo de estas islas, pero para esto se necesita del permiso de los jefes. Ahora se están aguardando los efectos de la presencia de un ajente consular llamado Busky, que el gobierno inglés ha designado para residir en la bahía de las Islas. Quizá contenidos por una autoridad política, los capitanes balleneros serán mas reservados en su conducta hácia los isleños y no espondrán mas á los colonos á crueles represalias.

Cinco ó seis meses antes de nuestro paso á la bahía de las Islas, cundió el rumor, no se sabe con que fundamento, de que los Franceses iban á tomar posesion de la Nueva Zelandia. De consiguiente trece caudillos firmaron una peticion al rey de Inglaterra paraque les tomara bajo su proteccion é impidiese á los de la tribu de Marion apoderarse de la comarca; entre cuyos caudillos figuraban los nombres ya mencionados de Temarangaï, Patou-One, Rewa, Tetore, Matangui, Ware-Rahi, etc. Los misioneros nos manifestaron una copia de tan ridículo documento y al leerla no pude menos de sonreirme; mas no seria estraño que el rumor á que habia dado márjen fuese una astucia de aquellos dignos servidores de Dios para determinar á los jefes de la Nueva Zelandia á reclamar oficialmente la proteccion del rey de Inglaterra. Parecíase aquella momería á la de Vancouver en Hawaii, á la de Porter en Nouka-Hiva, á la de Wallis en Taiti, pero actualmente no tiene valor alguno y solo escita cierto sentimiento de piedad.

Las misiones ecsistentes en la actualidad en la Nueva Zelandia son las siguientes: dos misioneros en Rangui-Hou; tres en Kidi-Kidi; cinco en Pai-Hia; seis en Wai-Mate. Todos estos misioneros pertenecen al *Church-missionary* y residen en los bordes de la bahía de las Islas, á escepcion de los de Waï-Mate, que se hallan á ocho ó diez leguas en el interior.

En Mangounga sobre el rio Shouki-Angui, en el interior de las tierras, habitan dos misioneros de la sociedad de Wesley. Calculábase en unos 320 el número de jóvenes de ambos secsos que seguian las escuelas de los misioneros. Muchos de ellos, despues de haber aprendido á leer y escribir, pasaban á su servicio y les asistian en todos sus trabajos por medio de una lijera retribucion, y no pocas veces por solo el alimento. Los misioneros solo habian bautizado entonces unos treinta isleños, pero habia un número mucho mas considerable que manifestaban deseos de recibir el bautismo. Temarangaï, el caudillo que mostraba mas disposicion para recibir el bautismo, hacia construir en su territorio una capilla paraque los misioneros pudiesen predicar y oficiar siempre que tocasen en Tae-Ame.

CAPITULO XV.

NUEVA ZELANDIA. — JEOGRAFÍA Y PRODUCCIONES.

Bajo la designacion de Nueva Zelandia se hallan comprendidas las tierras australes situadas entre los 34° y los 48 lat. S. y entre los 164° y los 176° lonj. E. del meridiano de Paris. Sin embargo la superficie de su territorio solo puede ponerse en parangon con la de una zona de cuatrocientas leguas terrestres de largo con una anchura sumamente variable, pero cuya media es de veinte y cinco leguas. En su centro está dividida en dos partes por el canal de Cook, cuya boca está inclinada hácia el mar occidental y terminada por una estrecha salida que da al mar del E.

Para designar las dos islas principales, Cook empleó los nombres *Tovy-Poenammou* y *Eahi-Nomauwe*, que entresacó de los naturales. Por lo que hace á la última, indudablemente hubo equivocacion. M. d'Urville ha averiguado que ambas denominaciones eran usadas entre los naturales del estrecho de Cook para indicar las dos tierras situadas, la una al S. y la otra al N.; pero duda que sean recibidas unánimemente en ambas islas. Sea lo que fuere, lo cierto es que los ha consagrado bajo la forma rectificada de *Tawaï-Pounamou* é *Ika-na-Mawi*. El primer nombre indica el lago donde se recoje el *pounamou*, ó jade verde, que se halla efectivamente en la isla austral. El otro, que significa *pescado de Mawi*, depende de ciertas ideas supersticiosas, en virtud de las que los naturales comparan esta tierra á un pescado cuyos miembros son representados por algunos de los principales cabos. Segun sus tradiciones, Mawi es el fundador de su raza.

Estas tierras, especialmente las del N., gozan de una temperatura uniforme y morijerada que hace al clima salubre y al suelo fecundo. Los árboles conservan su follaje hasta la entrada del invierno, y en los meses de abril y de mayo, correspondientes á nuestros meses de octubre y noviembre, las hortalizas de nuestros climas apenas se hallan en plena eflorescencia.

Por otra parte los vientos soplan con mucho ímpetu en las costas de la Nueva Zelandia y hacen su navegacion en estremo difícil y peligrosa. Tasman, Surville, Cook, Marion y d'Urville esperimentaron sucesivamente horribles borrascas que comprometieron la suerte de sus buques. No obstante, aquellas borrascas hubieran producido efectos aun mas peligrosos si la costa estuviera desnuda de escelentes puertos y abras abrigadas.

Es verdad que no son conocidas todas; así que nos ceñirémos á manifestar que los navegantes europeos han frecuentado y citado el puerto Fácil, el puerto Pegase y el puerto Marion en la isla Stewart, la bahía Chalky, la bahía Dusky, la bahía Tasman, la bahía del Almirantazgo, el canal de la Reina Carlota, la bahía Cloudy, el puerto Otago y el abra Molineux en Tavaï-Pounamou, por fin en la isla Ika-na-Mawi la bahía Tara-Nake, la bahía Mounoukao, el abra Kaï-Para, el rio Shouki-Anga, la bahía Nanga-Ounou, la bahía Oudoudou, la bahía Wangaroa, la bahía de las Islas, el golfo Shouraki y sus numerosas ensenadas, la bahía Taone-Roa y la bahía Hawke.

Las islas secundarias mas notables son: la isla Stewart al S. de Tawaï-Pounamou, la isla d'Urville en la bahía Tasman, la isla Resolucion ante la bahía Dusky, y en el mapa de M. O'Donnell otra isla denominada Resolucion, que parece haber sido desprendida recientemente de tierra, algo al S. de la bahía Dusky. En la costa de Ika-na-Mawi se hallan las islas Sugar-Loaf (isla Pan de Azúcar), Tea-Houra, Pouhia-i-Wakadi, Touhoua, las islas Mercurio, Otea, Shoutourou, las diversas islas de la bahía Shouraki, las islas Tawiti-Rahi, Motou-Kawa, y las islas Manawa-Tawi ó los Tres Reyes.

Los principales promontorios son el cabo Sur en la isla Stewart; despues en Tawaï-Pounamou el cabo Oeste, la punta de las Cascadas, el cabo Foul-Wind, la punta de los Peñascos, el cabo Farewell, el cabo Stephen, el cabo Jackson, el cabo Koamaro, el cabo Campbell, el cabo Akaroa y el cabo Saunders; en fin, en Ika-na-Mawi, el cabo Kawa-Kawa, el cabo Poliwero, el cabo Borrell, la punta Albatros, la punta Wooly-Head, el cabo Reinga, el cabo Otou ó cabo Verde, la punta Kari-Kari, el cabo Kokako, el cabo Tawara, el cabo Moe-Hao, el cabo Runawaï, el cabo Waï-Apou ó cabo Este, el cabo Table, el cabo Mata-Mawi y el cabo Topolo-Polo.

La isla del Sur es cruzada en toda su lonjitud por una encumbrada cordillera, cuyas cimas están coronadas de nieves, y junto al cabo Campbell se distingue la aislada mole del monte Tako. En la isla septentrional corre al parecer otra cordillera bastante alta paralelamente á la costa del Este, formando la continuacion de la cadena de Tawaï-Pounamou. De este sistema jeneral debe desprenderse el enorme picacho del monte Pouke-Aupapa ó Egmont, el monte Oudou-Raria en el centro de la isla, el majestuoso Ikou-Rangui cerca del cabo Este, el monte Edgecumbe y el Ohoura, menos notable por su altura que por su posicion aislada en medio de dunas arenosas.

Entre los depósitos de aguas debe mencionarse el lago Roto-Doua, situado en el centro de Ika-na-Mawi, que, si se ha de dar crédito á algunas relaciones, tiene veinte y cinco brazas de profundidad y cincuenta ó sesenta millas de circumferencia. Este lago es alimentado por la concurrencia de muchos rios; encuéntrase en sus orillas un manantial de agua caliente, y en su centro se alza la isleta Mokoia, de tres millas de estension. En las cercanías de Waï-Mate se halla el lago Maupere, mucho menos considerable, pero sumamente abundante de pesca y cubierto de pastos silvestres y otras aves fluviales. En el mapa de Mac-O'Donnell se observan en el interior de Tawaï-Pounamou tres espaciosos lagos, pero su ecsistencia no está corroborada absolutamente por ningun otro dato.

Los rios son muy poco conocidos. El mapa ya precitado nos presenta en la isla del Sur un número considerable que desaguan en una profunda bahía situada delante del estrecho de Foveux. En Ika-na-Mawi se conocen ya el Shouki-Anga, el Waï-Roa, el Waï-Tamata, el Waï-Kato y el Waï-Pa, cuyos dos últimos nacen en el centro de la isla.

Los solos cuadrúpedos conocidos en esta tierra antes de su descubrimiento eran el perro y una especie de raton mas pequeño que el de Europa. Cook introdujo los cerdos, y los misioneros muchos animales domésticos de Europa que se aclimatarán en ella sin dificultad, si los naturales consienten en recibirlos. Los mamíferos anfibios eran mas variados; en sus costas, y especialmente en la parte meridional abundaban las focas pertenecientes á la especie *P. ursina*, y las ballenas y las marsoplas surcaban los mares que bañan las costas de la Nueva Zelandia.

Por lo que hace á los réptiles, todas las investigaciones de los naturalistas solo han sido parte á conocer un pequeño é inofensivo lagarto. Sin embargo no carecen los indíjenas de algunos conocimientos relativos á la ecsistencia de unas serpientes muy peligrosas y monstruosos lagartos, capaces de devorar á los niños; pero no se sabe si efectivamente las comarcas interiores encerraban varias serpientes y cocodrilos, ó si este hecho es meramente un cuento popular.

La familia de las aves ha rendido un tributo mas rico á la historia natural, y los bosques de la Nueva Zelandia han acrecentado sobremanera los catálogos de los ornitolojistas con muchas especies nuevas. Tales son el papagayo, dos ó tres especies de palomas, el filedon y el glaucops ceniciento. Hay ademas una especie de casobar enano, designado por los naturalistas bajo la denominacion jenérica de *apterix* y por los indíjenas *kiwi*, cuyo plumaje sirve para fabricar esterillas muy apreciadas. Aseguraron al capitan d'Urville que esta especie es comun en los flancos del monte Ikou-Rangui. El papagayo-nestor, llamado en el país *kaka*, y el filedon con corba-

ta apellidado *tahi*, eran las únicas aves que se procuraron domesticar, la una por su familiaridad, la otra para enseñarle á hablar y á cantar. Actualmente algunas familias alimentan gallinas, pues el canto del gallo y su actitud belicosa placen sobremanera á aquellos salvajes.

La tribu de los insectos es pobre en grandes especies. Hanse recojido algunas mariposas nocturnas y un cortísimo número de coleópteros; pero se ven asimismo en esta gran tierra algunas hormigas, pequeñas langostas, arañas y moscas. Los mósticos y las moscas de arena son los únicos insectos importunos y roedores. Los cientopies se encuentran tan solo en las islas Manawa-Tawi, pero no en la gran tierra.

En las playas de la Nueva Zelandia viven diversas especies de mariscos, como la akneja, etc. En el cieno de los torrentes pululan los ampulares. A lo largo de Tawaï-Pounamou hay muchos crustaceos, cuya multitud ha inducido á llamar á los habitantes *Kaï-Kohoura*, ó comedores de cangrejos. Los salvajes se zambullen en el mar, y de su fondo sacan estos crustaceos bien conocidos.

Inútil seria enumerar todos los peces que se encuentran en las bahías y los canales de estas islas, entre los cuales hay muchos que suministran una carne sabrosísima. Así es que bastará nombrar la raya, el serran, el trigle, etc., representados cada uno por una ó muchas especies, al paso que otros se parecen mucho á los cuadrátulos, las anguilas de nuestras comarcas y á los sargos. La aguada de la bahía de las Islas es infestada por un pececito de agua dulce, naturalmente tan viscoso que se introduce en los toneles y en los cubos y corrompe su contenido por medio de la putrefaccion.

Es verdad que el reino vejetal no es tan rico y majestuoso como en las islas ecuatoriales, ni tan elegante y variado como en la Australia; mas no por eso deja de ser dignamente representado en la Nueva Zelandia. De las investigaciones practicadas hasta la actualidad por los botánicos, resulta conocida ya una flora de unas cuatrocientas especies; pero es muy probable que esta suma será aumentada por el resultado de indagaciones nuevas. Entre ellas se cuentan cuarenta y cinco especies de helechos que representan una gran parte en la vejetacion. Con efecto el helecho comestible ocupa por sí solo la mayor parte de los collados desnudos de bosques; dos especies de ciateas arborescentes cubren con los otros árboles y arbustos ciertos barrancos húmedos y otras especies mucho mas pequeñas tapizan los peñados ó los troncos de los árboles añejos.

Entre los árboles mas importantes hay dos especies de *porocarpus*, un *dracrydium*, el *phylloclados*, especies que á veces alcanzan dimensiones jigantescas; y el *melicythus ramiflorus*, del todo semejante á la morera, así en cuanto al follaje como á la figura. Encuéntranse ademas otros árboles no menos notables, que solo podemos mencionar por sus nombres indíjenas, á saber: el *damou*; el *karaka*, el *mai-tao*, el *hinou*, el *tawa*, el *rewa-rewa*; el *kaïkatea* y el *koa*. Una especie de enredadera sumamente fuerte y correosa estiende á veces sus sarmentosos tallos por el suelo hasta cincuenta ó sesenta pies de distancia.

Los compañeros de Cook se surtian de un verdadero alimento que les hacia veces de sagú, sacado del *dracæna australis*: con las hojas del *leptospermum scoparium* hacían té, y en vez de espinacas comian hojas del *tetragonia expansa* y del *lepidium oleraceum*. Los marinos del *Astrolabio* emplearon con mucho gusto, así por ensalada como por sopa, las tiernas plantas del *sonchus oleraceus*. En ciertas localidades abunda el apio.

El *phormium tenax* es conocido actualmente en todo el globo; pero su verdadera patria es la Nueva Zelandia, donde vejeta con preferencia en los terrenos húmedos. Los naturales tejen sus esteras con sus fibras sólidas y sedosas, y los Ingleses y Americanos lo aprecian mucho para la fabricacion de ciertas sogas. En las playas marítimas habitan igualmente grandes y hermosas especies de fucaceas. Las rocas, los troncos de árboles y los collados áridos son tapizados de líquenes y musgo. Hanse encontrado ya muchos tipos conocidos en Europa y en otras partes del globo.

En el reino mineral, la Nueva Zelandia ofrece una gran variedad de sustancias, tales como granito, esquita, basalto, greda, sílex, ágata, jade verde, etc. En diversos puntos se han encontrado sustancias volcánicas, tanto que la isleta Pouhia-i-Wakadi, situada en la bahía de Abundancia no es otra cosa que un volcan en constante actividad. Los bordes del lago Maupere presentan estalácticas, cuarzos y cascajos de cristal incrustados en las rocas. Los peñascos de greda forman en ciertos puntos de la costa arcadas naturales del órden mas pintoresco, y contienen á menudo pedazos de cristal.

Aseguran que cerca del cabo Norte ecsiste una fuente muy límpida cuyas aguas tienen la propiedad de petrificar los objetos que se sumerjen en ellas. El ocre rojo es muy frecuente, no menos que la arcilla mas propia para vidriado. A dos millas de la costa y en las cercanías del cabo Este, corre un banco entero de conchas á dos pies de profundidad.

M. Quoy ha reconocido mariscos fósiles en la arcilla arenosa de una colina situada en los bordes de la bahía Houa-Houa, que hasta el presente son las principales muestras auténticas en estado fósil que se poseen de este país. Si de-

he darse crédito á los naturales, el hermoso jade verde que les sirve para fabricar sus instrumentos mas preciosos, es sacado de un lago de Tawaï-Pounamou, donde lo recojen en estado líquido, aunque en seguida lo endurecen por medio de su esposicion al aire. No faltan algunos sin embargo que aseguran ser un pescado que se transforma en piedra así que lo echan en la playa, aunque se ignora absolutamente el oríjen de tan estravagantes ideas.

CAPITULO XVI.

NUEVA ZELANDIA. — INDÍJENAS.

Ateniéndonos á todos sus caractéres, fácilmente se reconoce que la poblacion de la Nueva Zelandia pertenece á la gran familia polinesia que habita las islas Hawaii, Taiti, Hamoa y Tonga; pero en esas tierras australes y bajo un clima mas riguroso ha adquirido un grado de enerjía y de vigor sumamente notable. Con efecto la sed de los combates, el desprecio de la muerte y el pundonor individual han llegado en ella á un grado desconocido entre las pueblas mas afeminadas de la zona tórrida.

El tipo zelandés puede jeneralizarse en los términos siguientes; estatura regular, miembros robustos, gordura poca, fisonomía caracterizada, tinte de un amarillo poco cargado, cabellos largos, lisos y comunmente negros y á veces castaños, ojos grandes, nariz bien formada, aunque un poco larga, y pocos pelos en el cuerpo (Pl. XLVIII. — 2). Entre aquellos hombres se encuentran mezclados en cierta proporcion otros individuos mas pequeños, de tinte obscuro, aunque no tanto que pueda llamarse negro, pelo crespo, barba poblada, ojos pequeños, hundidos y el cuerpo mucho mas velloso. Algunos viajeros han creído que estos dos matices constituían dos razas distintas: pero M. d'Urville solo vé en ellas dos variedades, la última de las cuales proviene de la mezcla de los conquistadores que pertenecian á la raza polinesia pura, con los aboríjenes que serian tal vez Melanesios semejantes á los indíjenas de las Nuevas Hébridas ó de la Nueva Caledonia. Actualmente parece que no ecsiste ningun individuo de sangre pura perteneciente á esta última raza. Por lo demas este carácter jeneral de fisonomía contiene una multitud de matices espresivos entre los cuales hay algunos que recuerdan los mas bellos tipos de la antigüedad y otros las facciones regulares de los semblantes judíos.

Las mujeres son jeneralmente muy inferiores á los hombres. Su rostro carece de espresion y delicadeza; sus miembros son demasiado abultados, su seno sobrado fuerte, y su talle muy corto y encojido (Pl. XLVIII. — 4). En cuanto llegan á ser madres, pierden toda la frescura de su juventud, y aunque hay algunas que conservan sus facciones agraciadas, sus ojos llenos de fuego y de vivacidad, y sus cabellos negros, estas escepciones sin embargo son sumamente raras.

Las enfermedades mas frecuentes de los Nuevos Zelandeses son los dolores de cabeza, los marasmos, la tísis y diversas especies de fiebres. Sin embargo apesar de las privaciones á que están espuestos, estos salvajes no son mucho mas enfermizos que los Europeos, y aun se encuentran entre ellos algunos ancianos mucho mas viejos que en las demas islas de la Polinesia. Apesar de su edad avanzada, estos hombres conservan su vigor y sus facultades de un modo sorprendente. Sus cabellos apenas blanquean, sus dientes resisten á los años, y sus arrugas apenas se echan de ver bajo las líneas del pintarroteo.

Las primeras relaciones que tuvieron los Europeos con los Zelandeses, casi siempre acompañadas de catástrofes sangrientas, acarrearon á estos indíjenas un renombre de barbarie y de ferocidad que parecia justificar sus horribles costumbres de canibalismo. Sin embargo algun tiempo despues se averiguó que no siempre habian tenido ellos la culpa, pues mas de una vez la responsabilidad de la agresion cargaba sobre los Europeos, y otras veces sobre la ignorancia de las costumbres de los isleños. La etiqueta y el honor ecsijian que nadie se presentase á la vista de los estranjeros mas que con las armas en la mano y haciendo demostraciones belicosas, que solo eran en realidad una parada militar y un honor tributado á los desconocidos huéspedes (Pl. XLIX. — 1). Lejos de contestar á aquellas demostraciones con demostraciones análogas, los Europeos guardaban un profundo silencio ó hacian fuego sobre los visitadores. En el primer caso, los naturales contestaban con ultrajes, juzgando que era una señal de desprecio; pero el segundo caso pareciales una hostilidad directa que reclamaba siempre represalias, ó, como decian los indíjenas, un *outou* (satisfaccion). Fácilmente se conoce que en medio de semejante dilema, las primeras entrevistas no podian menos de acarrear funestas consecuencias.

Cuando fueron mejor conocidos, estos pueblos manifestaron que tenian mas buenas cualidades que defectos. Buenos, honrados, hospitalarios, amigos fieles, padres tiernos y afectuosos, son por otra parte irascibles, altivos, implacables en sus venganzas y peligrosos. El rasgo mas singular de su carácter consiste en su disposicion á pasar repentinamente de los sentimientos de la benevolencia y de la amistad á los mas violentos transportes de cólera en cuanto juzgan ofendida su vanidad. Empero este furor súbito se apacigua con la misma prontitud con



3. Scène de Deuil à la Nouvelle Zélande.

3 Escena de Luto en Nueva Zelanda.



4. Funérailles d'un Ariki.

4. Funerales de un Ariki



1. Réception par un Chef de la Nouvelle-Zélande.

1. Recibimiento hecho por un Caudillo de Nueva Zelanda.



2. Défrichement d'un Champ de Patates.

2. Desmonte de un Campo de Patatas.

que se escita, para lo cual basta oponerle calma y sangre fria. Entre esos rasgos de cólera tan súbitamente apaciguada, citarémos el siguiente, sacado del viaje del capitan d'Urville.

« En 1824 acompañábamos de Sydney á su patria á Taï-Wanga, sobrinito de Shongui. Este jóven era jovial y chistoso; sus monadas y sus jestos divertian sobremanera á los individuos de la tripulacion, que se placian á veces en darle algunos chascos. Estas ceremonias fueron indiferentes durante algun tiempo; pero habiendo intentado un marinero polvorear de harina un viejo vestido que este natural traía de Port Jackson, y que le servia para hacer el *jentleman*, se puso sumamente encolerizado. En la fuerza de su rabia se arrancaba los cabellos, proferia mil amenazas y lloraba como un niño, acabando por arrojar su vestido al mar. Yo tuve conocimiento de la desesperacion de Taï-Wanga, y de consiguiente le hice llamar y le interrogué; pero me respondió que no era justo que le tratase en aquellos términos, atendido que era ranga-tira de nacimiento, que su compañero Pahi solo era un esclavo, y que al llegar á su casa tomaria venganza de todos sus insultos. Procuré apaciguarle, y prohibí severamente á los marineros que le molestasen mas. Pero lo que mas consoló al pobre Taï-Wanga, fué el regalo de un buen capote gris que se puso al instante mismo para reemplazar á su viejo vestido; puesto que enjugó inmediatamente las lágrimas y recobró todo su buen humor. Este natural habia concebido mucho afecto á mi persona, y como manifestaba deseos de hacer una larga incursion en el interior, ofrecióse á servirme de guia y de rehen entre sus compatriotas, y pasó á bordo otras dos ó tres veces salvando la distancia de Kidi-Kidi al fondeadero para renovarme sus ofrecimientos de servicios; pero otras razones particulares me impidieron llevar á cabo mi proyecto. »

Aunque apasionados para la venganza, estos pueblos no son estranjeros á los sentimientos de jenerosidad. Su humor es jovial y chistoso, y una de sus diversiones favoritas consiste en remedar los jestos de los Europeos de un modo sumamente cómico y á menudo espiritual. Sin embargo su continente habitual es serio y reposado. Hemos visto ya con cuanta obstinacion toman á pechos dar cima á sus proyectos de represalias sin que el tiempo pueda hacérselos olvidar.

Educados en la escuela de los Europeos, estos salvajes han llegado á ser buenos oficiales en los oficios que han aprendido; son hábiles carpinteros, albañiles, herreros, armeros intelijentes, y con un poco de práctica serian escelentes marineros. Sus relaciones con los Europeos les han suministrado algunas ideas de especulacion mercantil. El Zelandés es naturalmente osado, gusta de hacer largos viajes, quiere mucho á su patria, y regresa á ella con grandes transportes de alegría.

Estos isleños profesan mucho amor á sus hijos, á sus padres y á sus amigos. Este amor se manifiesta en vida por pruebas de adhesion, y despues de la muerte por el sentimiento mas intenso y mutilaciones voluntarias. Los que sobreviven se rasgan el rostro y el cuerpo con mariscos y piedras afiladas (Pl. LI.— 3.). Cuando ven á los Europeos conformarse con frialdad á semejantes pérdidas, pretenden que no esperimentan los verdaderos sentimientos de amor; porque dicen que no hay dolor donde no corre sangre. Estas demostraciones sangrientas tienen asimismo lugar cuando deben separarse por mucho tiempo de los objetos de su cariño. Los Europeos se han conmovido no pocas veces al espectáculo que les ofrecia semejantes escenas de desolacion. En aquellas ocasiones muchos guerreros, incompasibles en el campo de batalla, se mostraban no menos llorosos que mujeres.

Estos pueblos profesan igualmente mucho respeto á la ancianidad: en los banquetes, en los consejos, y en las grandes ceremonias los puestos de honor se reservan siempre á los ancianos. Cuando la edad les imposibilita para los combates, escuchan con respeto su parecer. Esta deferencia se estiende hasta los esclavos, y los jefes continuan manteniendo á los que llegan á una edad avanzada, aunque no puedan serles de ninguna utilidad. La hospitalidad es asimismo una virtud tan jeneral entre los Zelandeses, que no pudieron menos de quedar altamente sorprendidos al ver en las colonias inglesas algunos hombres espuestos á perecer de hambre delante de las tiendas de los panaderos y de los matarifes. En su concepto era esto una monstruosidad inesplicable, un problema irresoluble; por cuyo motivo cuando querian hablar de un jefe avaro, no hallaban punto de comparacion mas propio que el de la hospitalidad inglesa. Taï-Wanga ofreció cierto dia á Mr. d'Urville algunas patatas que tomaba del canastillo de su tio Shongui, y viendo que este oficial titubeaba en aceptarlas, le dijo: « Toma, ranga-tira, que no estamos en Port Jackson, ni es necesario dar dinero para poder sustentarse. »

No debe pasarse en silencio que el roce con los Europeos ha hecho perder á estos pueblos muchas de sus sencillas cualidades, é inspirádoles el disimulo, la avaricia, la ecsijencia y la avidez. Estos defectos son equilibrados por muy pocas virtudes nuevas, y por otra parte ninguna de sus bárbaras costumbres ha cedido realmente al contacto de la civilizacion. Sin duda este progreso se echará de ver cuando las guerras, pasando á ser mas sangrientas por la introduccion de las armas de fuego, habrán diez-

modo las poblaciones zelandesas, y cuando tengan á la vista modelos diferentes de los que actualmente les ofrecen los balleneros ingleses y americanos.

Nada cabe mas sencillo que la constitucion política de estos pueblos. Cada tribu, que á buen seguro era una sola y misma familia, reconocia un jefe encargado de velar por sus intereses y conducirla al combate en tiempo de guerra. La autoridad de este caudillo no era coartada por ninguna ley ni por alguna costumbre positiva; únicamente parecia depender de la influencia personal del individuo y de la confianza que habia sabido inspirar á sus subordinados. Por lo demas cada ranga-tira ó noble era amo en su propia esfera, y esta libertad individual parecia estenderse á todos los individuos que podian crearse una ecsistencia independiente del jefe de la familia. Así es que la sociedad se componia de tres clases: los *ranga-tiras*, nobles ó posesores del territorio; los *tangatas*, plebeyos sin propiedades, y los *taorekas* ó esclavos, llamados mas comunmente en la actualidad *koukis*, corrupcion de la voz inglesa *cook* (cocinero), procedente de los prisioneros hechos en la guerra. Los jefes de todas clases y los guerreros mas distinguidos salian de los ranga-tiras; los hombres del pueblo eran empleados en la pesca y en la construccion de casas y piraguas, y formaban parte del séquito de los ranga-tiras; los esclavos se dedicaban á las funciones mas viles, especialmente á preparar y cocer los alimentos.

Los principales caudillos de las tribus llevan el título de *ranga-tira-rahi* ó *ranga-tira-noui*. Parece que en algunas ocasiones un ranga-tira superior á aquellos presidia á ciertas porciones de territorio bastante considerables, bajo el título de *ariki*: pero nadie ha podido averiguar hasta el presente en que consistian realmente los privilejios de ariki, tanto mas cuanto este mismo título se atribuye muchas veces á unos personajes revestidos de un carácter mas relijioso que político. Es cierto que el ranga-tira, á falta de otros medios directos para sostener sus derechos, casi no tiene mas recursos que los privilejios negativos del *tapou*. Mediante este *veto*, cuyo uso está siempre á su disposicion, puede obligar á la obediencia á todos sus vasallos sin esceptuar los mas pertinaces.

El título de jefe se transmite ordinariamente del hijo primojénito á los segundos para recaer en los hijos del hermano primojénito. En los alrededores de la bahía de las Islas debia dar pruebas de pericia militar para conservar el mando, y cuando el jefe no se sentia con el talento necesario para guiar á los otros al combate, dimitia voluntariamente sus poderes. En otros puntos el jefe se hace reemplazar por una especie de jeneralísimo salido á veces del bajo pueblo, pero ilustrado por sus proezas y hazañosos hechos. Algunos viajeros pretenden que ecsisten pueblas gobernadas por mujeres.

Los ranga-tiras aprecian en mucho su dignidad, y en presencia de los Europeos se esfuerzan en mantenerla con una gravedad á veces quijotesca. Cuando llega una tripulacion, inmediatamente se informan por el rango de las diversas personas que la componen, y establecen comparaciones con sus categorías sociales; pero la tentacion que les escitan los objetos ofrecidos á su vista por los mas ínfimos marineros, destruye cuanto antes de todo punto esta vana andamiada de etiqueta improvisada. Entre ellos no se salvan las barreras con tanta facilidad; todo jefe, todo rangatira es sumamente delicado en materia de honores y de precedencia. Las mas pequeñas infracciones á sus reglas pueden acarrear en pos de sí las mas sangrientas guerras, y en su consecuencia el esterminio de tribus enteras. Con efecto, el motivo aparente de toda guerra es el reclamar satisfaccion (*outou*) por una ofensa real ó ficticia. Si el partido atacado se deniega á darla, rómpense las hostilidades y no cesan hasta que sucumba una de las parcialidades. Para firmar la paz es preciso que uno de los dos partidos otorgue el *outou* al otro, pues de otro modo ninguno de los dos campos reputaria la paz como sincera y permanente. Así es que aun en sus querellas con los Europeos, los salvajes reclamaban el *outou* como garantía de la paz.

Como estas guerras obstinadas y sangrientas podrian con el tiempo despoblar el país, ordinariamente muchas tribus se unen en confederacion para formar una liga ofensiva y defensiva. Las tribus reunidas de la bahía de las Islas y del Shouki-Anga han hecho por mucho tiempo la guerra á las del Shouraki y de Viti-Anga; estas han combinado á veces todos sus esfuerzos contra los habitantes de Touranga y del cabo Este. Pero estas federaciones se dividian, y de ahí resultaba una guerra encarnizada entre los antiguos aliados. Si hemos de dar crédito á las narraciones de los misioneros, hace unos doce ó quince meses que se hace sensible la despoblacion causada por las guerras, lo que no tiene nada de estraño, atendido que en muchos combates han quedado tendidos en el campo de batalla hasta 400 ó 500 cadáveres.

Cuando una tribu declara la guerra á otra, publícase comunmente esta guerra de una manera auténtica. Sin embargo á veces ha acontecido que los guerreros se han precipitado sobre sus enemigos sin declaracion ninguna. Estos guerreros durante sus marchas se acuestan al raso y se ponen al abrigo bajo albergues de ramas. Sus provisiones consisten en pescado seco y raíces de helecho, cuya última sustancia es comun en to-

das las colinas y constituye su principal recurso. Los que traen las provisiones son esclavos, á quienes despiden cuando no son útiles para nada.

En las batallas campales, los guerreros empiezan por disparar una lluvia de lanzas, y en seguida combaten cuerpo á cuerpo con la macana, con la que se descargan golpes terribles. La introduccion de las armas de fuego ha hecho mas raros los encuentros jenerales, y mas frecuentes las guerras de escaramuzas europeas. Antes de venir á las manos, los dos partidos entonan el canto guerrero acompañado de jestos y terribles ahullidos. Una de sus muecas mas familiares consiste en sacar un palmo de lengua, haciendo rodar los ojos en sus órbitas, de suerte que solo quede visible el blanco. El emblema de la gloria es para ellos *oudou*, que se encuentra en la mayor parte de sus figuras esculpidas. Los guerreros que sucumben en el campo de batalla son acogotados y devorados sin compasion. Las mujeres y los hijos de los vencidos son á veces condenados á muerte, y otras veces reducidos á esclavitud. En ciertas circunstancias los jefes pasan revista de los guerreros de su tribu, y los distribuyen en compañías de á cien hombres mandadas cada una por un ranga-tira. Esta revista es indispensable cuando la tribu abre la campaña.

En semejante estado social las ideas del bien y del mal son muy poco distintas, y se concibe que no ecsiste código criminal. Todo se arregla conforme al mas fuerte; así que es preciso que el débil se postre ante el poderoso. Los esclavos dependen enteramente de sus dueños; la plebe de sus caudillos, y los ranga-tiras inferiores de los ranga-tiras principales, bien que en este último caso la obediencia es poco onerosa. Los ranga-tiras principales están sujetos á algunas formalidades tradicionales y á ciertas reglas de convencion cuya observancia está á cargo de la asamblea de los ranga-tiras. Si uno de estos llega á infrinjirlas, congréganse sus vecinos, deciden la pena que debe sufrir, y la llevan á cabo despojándole de sus bienes en todo ó en parte, ó bien maltratándole corporalmente. Otras veces las contiendas de los jefes se solventaban en un combate singular, en presencia de los jefes reunidos. Estos combates podian considerarse como verdaderos duelos, á la manera de nuestros antiguos juicios de Dios, y se trocaban á veces en torneos cuando los respectivos amigos de los campeones sacaban la cara por los mismos.

La pena del talion es la mas frecuente. Al robo oponen el pillaje, á las heridas la sangre, y al homicidio la muerte. En caso de adulterio los culpables son ejecutados algunas veces, sin otra distincion que en la pena, segun el sitio donde se cometió el crímen. Si este fué cometido en casa del hombre, sacrifican solamente á la mujer; pero si fué cometido en casa de la mujer, immolan únicamente al hombre. Cuando el esposo teme los resentimientos de una familia poderosa, remite la mujer adúltera á sus parientes. Los adúlteros y los rateros son espurgados de la tribu, y si mueren los últimos se suspende su cadáver ó su cabeza de un poste en forma de cruz.

Los salvajes de alto rango se ocupan en el cultivo de sus tierras, en la fabricacion de las casas y de las piraguas, y en los trabajos de la pesca y de la caza. A veces matan el tiempo ejecutando diversos objetos de madera, de hueso ó de piedra, como arquillas, flautas, anzuelos, macanas, etc. ó bien lanzas, pagayas, azadas y otros instrumentos (PL. XLVII. — 5). Muchos de estos objetos son ecsornados de cinceladuras perfectamente trabajadas, aunque de un gusto el mas estravagante y á veces monstruoso. Esta industria era tanto mas admirable, cuanto que antes de la introduccion del hierro solo tenian para ejecutar sus cinceladuras instrumentos groseros de piedra ó de mariscos. Las mujeres son encargadas de las plantaciones y de la inquisicion de los mariscos, como tambien de los víveres y del agua necesarias. Igualmente les pertenece la preparacion de la hilaza de phormium, con la que hacen esteras de todas cualidades.

Jeneralmente los Nuevos Zelandeses hacen dos comidas, la una al salir el sol, la otra poco antes de ponerse. Fuera de los casos particulares de tapou, las mujeres pueden comer con los hombres, pero acostumbran no hacerlo para su mayor comodidad: pero los esclavos nunca pueden comer con los amos. En jeneral se encuentran entre ellos muchas menos prohibiciones para los víveres de las que se observan en Taiti y en Hawaii. Sin embargo en algunos banquetes de ceremonia cada uno tiene su porcion separada, á la que él solo puede tocar; por cuyo motivo se lleva á su casa lo que no puede comer. Concluído el banquete debe distribuirse inmediatamente el canastillo de junco en que se ha servido cada porcion, por temor de que puedan emplearla de otra suerte. En los festines mas opíparos la porcion de cada convidado se compone de una racion de patatas con una porcion de tocino ó de pescado. La bebida comun es agua contenida en unas calabazas, y cada convidado bebe sucesivamente, procurando beberla sin tocar á los labios. La vajilla y las esteras son reemplazadas por hojas de helecho, y los dedos hacen veces de tenedores.

La cama de los Nuevos Zelandeses consiste en un cúmulo de helechos estendido en un rincon de la cabaña con un tajo de madera por almohada. En invierno se cubren con esteras, y en verano duermen desnudos. Los fuegos que mantienen en sus casas las ponen cálidas cual verdaderos hor-

nos, y aunque se acuestan bastante tarde, levántanse siempre al salir del sol.

Estos pueblos tienen algunas ideas confusas de astronomía y de uranografía. Las constelaciones y las estrellas de primera magnitud han recibido nombres particulares que recuerdan ideas relijiosas ó tradiciones nacionales. No pocas veces pasan horas enteras en atisbar la aparicion de una estrella en el horizonte, y se inquietan vivamente cuando no sale. La mayor utilidad de estos conocimientos consiste en la aplicacion que hacen para dirijirse en sus escursiones nocturnas. Sumamente apasionados á los viajes, emprenden á menudo largas y penosas correrías por interés político, ó por espíritu de especulacion mercantil, ó por efecto de una simple curiosidad. No obstante los recelos que han debido enjendrar las guerras dilatadas, los viajeros indíjenas son casi siempre muy bien acojidos en sus escursiones, y á su salida les suministran víveres y guias.

Los hombres se casan entre los veinte y veinte y cuatro años, pero las mujeres mucho mas temprano. Mientras estas últimas permanecen solteras, pueden disponer á su guisa de sus favorés; sin embargo en estos efímeros enlaces deben observarse las conveniencias del rango. Antes de llegar á los Europeos, las jóvenes probablemente abusaban poco de esta licencia; peró las instancias de los estranjeros y la seduccion de los presentes acarrearon en breve á aquellas desgraciadas al estado de desvergüenza en que actualmente se hallan. En cuanto una mujer se casa, pierde toda la libertad de que disfrutaba, estando obligada á ser fiel y casta, lo que hacen las Zelandesas así por gusto como por temor de los castigos. Estos castigos son corporales, y puede inflijirlos el marido ó la familia. Una mujer repudiada es *tabou* para otro hombre y se halla puesta bajo el peso de esta interdiccion y de las penas inherentes. Este sentimiento de la fidelidad conyugal se halla hasta en las esclavas que ofrecen sus favores á bordo de las embarcaciones; pues en cuanto un marinero declara á una de ellas que la toma por su mujer al instante se impone esta los deberes de semejante título, y ni las promesas, ni las instancias ni los presentes, nada es parte á determinarla á infrinjir este compromiso.

El matrimonio se celebra con muy pocas formalidades. El hombre escoje entre las mozas libres la que mas le gusta, declara su eleccion á los padres, y se lleva la mujer á su casa despues de haber arreglado el presente de costumbre. Algunos viajeros han supuesto que el consentimiento de la moza no era necesario: otros han pretendido que si la novia lloraba por vez primera y persistia segunda y tercera vez en su negativa, el novio estaba obligado á buscar otra. Quizás esta última condicion solo es necesaria para las mujeres de alto rango; porque en sus uniones conyugales los hombres paran mas su atencion en el rango y en el nacimiento de la novia que en sus gracias personales, por razon de que su objeto principal consiste en robustecer su propia influencia por la consideracion de la familia donde van á tomar la mujer; pero está obligado á señalar á cada una una habitacion particular, porque raras veces ocurre que habiten juntas dos mujeres. Algunos ranga-tiras poseen hasta ocho ó diez mujeres, y la que pertenece á la familia mas poderosa ocupa el primer rango. Ademas es la única que participa de los honores tributados á su marido, y sus hijos son igualmente los únicos que suceden al poder y á las posesiones del padre. El mismo hombre casa muchas veces con varias hermanas; de suerte que el viejo Tepahi habia tenido por mujeres las cuatro hijas de una misma familia. El que hace un casamiento bajo enlazándose con una esclava, está espuesto á una especie de degradacion. El hombre es arrojado de sus dominios, y la mujer castigada por sus padres. Tepahi tuvo muchos años encerrada en una jaula á una de sus hijas que habia hecho un mal casamiento. El hijo nacido de un jefe y de una esclava es igualmente esclavo, almenos que para lejitimar su nacimiento el jefe manumita á la madre y la pida en seguida á su familia con las formalidades requeridas.

No pocas veces ocurre que cuando las mujeres pierden á su marido se suicidan espontaneamente, y las que consuman este acto de heroísmo son un grande objeto de admiracion para sus amigos y parientes. A veces se ha observado igualmente que cuando el marido pierde á su mujer se inmola sobre su cadáver, pero esto no es tan frecuente. Una viuda no puede casarse de nuevo antes de haber consumado la ceremonia de inhumar los huesos de su marido, y aun despues de haberlo verificado es una especie de tacha pasar á nuevas nupcias. Deseando evitar esta afrenta, los parientes y los amigos del difunto se propasan hasta inmolar á la pobre viuda. Las mujeres tienen una delicadeza muy marcada con respecto á los reproches que pueden dirijirles sus maridos, tanto que muchas se suicidan inmediatamente. El suicidio es muy comun en ambos secsos, y no pocas veces es motivado por causas muy insignificantes.

Cuando una mujer se halla á punto de parir, es *tapou* y completamente secuestrada de la sociedad. Señálaule una casa particular, y la hacen servir por una ó muchas mujeres que son tapou como ella. Esta reclusion dura muchos dias despues del alumbramiento. Las mujeres paren al aire libre sin proferir el menor jemido, y al ver al recien nacido, los concurrentes esclaman *tane tane!* La madre misma corta la cuerda um-





2 Salutacion (Shongui) Nuevos Zelandeses.

VOYAGE
VIAJE

bilical, se levanta, y vuelve á sus ocupaciones ordinarias.

En ciertas ocasiones la madre mata á su hijo así que ha visto la luz del dia, hundiéndole el pulgar en la parte superior del craneo. El infanticidio se comete sobre todo en las hijas que esceden al número deseado por los padres y en los frutos de enlaces vergonzozos ó ilejítimos. Cinco ó seis dias despues del nacimiento del niño le administran una especie de bautismo: la madre asistida de sus amigos y parientes estiende una estera sobre dos montones de leña, y depone en ella al recien nacido. Todas las mujeres mojan sucesivamente un ramo en un vaso de agua y rocían con ella la frente del niño. En este momento, le imponen un nombre y suplican á los dioses que le infundan fuerzas y valor, la victoria sobre los enemigos y los goces de la gloria, *oudou*, así en este mundo como en el otro. Este nombre es á veces trocado por otro, particularmente en virtud de algun suceso cuyo recuerdo debe consagrar el nombre; pero en este caso renuevan igualmente el bautismo.

La educacion de los niños es muy sencilla, pues no hacen mas que vejetar bajo las alas de sus padres. Los muchachos se acostumbran cuanto antes á los ejercicios de la edad viril, al manejo de las armas y á las danzas guerreras; al paso que las mozas se ocupan bajo la direccion de sus madres en los trabajos correspondientes á su secso. Apesar de la libertad de que gozan, los hijos jeneralmente son de un carácter dulce y uniforme, siendo del todo estranjeros á esos caprichos que comunmente les hacen sumamente mazorrales en las sociedades civilizadas. En la Nueva Zelandia, lo mismo que en Tonga-Tabou, las adopciones son muy frecuentes. A menudo se ven jóvenes que dan el título de padre á ancianos que no tienen hijos, y esta adopcion confiere todos los derechos de una verdadera paternidad.

El pintarroteo trae en la Nueva Zelandia la denominacion de *moko*, y esta decoracion en aquel país es inherente á ideas de distincion mucho mas positivas que en los demas archipiélagos. El *moko* solo se permite á los guerreros, y ninguna consideracion se merecen los que no han sufrido este baturrillo prohibido á los esclavos, á los plebeyos, y aun á los nobles que no se presentan en el combate. Ordinariamente despues de cada campaña el guerrero añade nuevos rasgos á su *moko*, y repasa un corte del verduguillo sobre los mismos dibujos hasta tres ó cuatro veces diferentes. Asimismo los lineamientos del pintarroteo, que en las otras islas se ciñen á simples dibujos superficiales, son en la Nueva Zelandia verdaderos surcos que penetran sensiblemente en la piel. Un ranga-tira es tanto mas venerado cuanto mas profundos son los surcos de su moko. Las mujeres no pueden trazarse en el rostro ni los dibujos mas insignificantes; mas en cambio tienen derecho de hacerse incisiones mas profundas y mas complicadas en los hombros y en el resto del cuerpo.

El moko es para los Zelandeses lo que son los escudos de armas para los Europeos. Un natural viendo cierto dia unas armas grabadas en el sello de un oficial inglés, preguntó lo que significaba aquel emblema, y cuando se lo esplicaron: « Bien, esclamó, ya comprendo; es el moko de la familia de M.... » En efecto, ciertas familias tienen su moko particular que nadie podria usurpar sin incurrir en el resentimiento de aquellas. En ciertas circunstancias, segun se ha observado, los naturales ponen su moko á guisa de firma, y cierto caudillo repetia muchas veces que su nombre estaba escrito en los dibujos de su semblante. Durante su permanencia en Inglaterra, el jefe Toupe-Koupa no tuvo reparo en que le retratasen: pero procuró que le reprodujesen fácilmente las figuras de su rostro (Pl. L. — 1). Toupe daba siempre su nombre al dibujo que designaba precisamente sobre la parte superior de su nariz, diciendo: « El Europeo escribe su nombre con una pluma; mas el de Toupe está aquí. » El estranjero se habitua fácilmente á tan estravagante ornato, que añade mucha espresion y enerjía al semblante, le pone al abrigo de las picaduras de los músticos y las intemperies de las estaciones, y disminuye singularmente el efecto del ultraje que los años hacen en el rostro humano. Por fin contribuye mejor que todas las decoraciones esteriores á revelar la condicion y el rango del individuo.

Industriosos y activos bajo tantos aspectos, los Nuevos-Zelandeses están muy atrasados en órden á su arquitectura. Sus cabañas solo tienen comunmente cinco ó seis pies de ancho, siete ú ocho de largo, y cuatro ó cinco de altura. Las paredes son formadas de estacas plantadas unas junto á otras con ramas entrelazadas y cubiertas interior y esteriormente de una especie de esteras de paja de plantas fluviales, especialmente de hojas flecsibles de *typha*. El techo se compone de una pieza de madera que forma su remate con una cubierta de bálago. Algunos jefes tienen casas de dobles dimensiones y de un techo sostenido interiormente por una hilera de estacas. En una de las estremidades se halla una puerta de tres pies de altura sobre dos de ancho, que se cierra por medio de una especie de hoja. Al lado hay una segunda abertura, y un poco mas arriba de la puerta se ve una especie de ventana que se cierra por medio de un enrejado de junco. En el lado donde se halla la puerta, el techo se prolonga de tres á cuatro pies

en suelo esterior formando una suerte de sobradillo. Los dueños de la casa van á ella á comer en aquella parte, pues les está prohibido hacerlo en el interior. A veces el domicilio de los jefes es adornado de figuras esculpidas é igualmente de decoraciones en bajo relieve, enrojecidas con ocre (PL. XLVII. — 2). Ciertos viajeros tomaron al principio aquellas efijies por estatuas de dioses, ó verdaderos ídolos: pero actualmente está averiguado que no tienen objeto alguno particular, pues solo consisten en simples ornamentos á que los isleños no rinden especie alguna de culto. Sin embargo Rutherford pretende que aquellas estatuas están colocadas á las puertas de los jefes para probibir su acceso á los esclavos, que serian castigados de muerte si violasen aquel asilo.

El piso de la casa consiste en una tierra bien batida y poco enlosada. El hogar es un pequeño cuadrado circuído de piedras, cuyo humo sale por la ventana, ó por la puerta cuando no hay ventana. Así es que aquellas casas son constantemente ahumadas, y por poco fuego que haya, su temperatura siempre es muy elevada.

El ajuar de las cabañas consiste en instrumentos de piedra ó de hueso, en canastillos de junco, calabazas y esteras. Los objetos mas insignificantes, tales como agujas, punteros, anzuelos de hueso ó de mariscos, son conservados en cofrecitos óvalos labrados en un pedazo de madera macizo y adornados con mucho injenio de sinceladuras y de bajos relieves. Bajo el vestíbulo se depone la piedra juntamente con la maceta para cascar la raíz del helecho. Los edificios destinados á contener las provisiones, las armas y los instrumentos de la tribu, son construidos con mas lujo y solidéz que las simples casas. A veces alcanzan hasta veinte y cuatro á treinta pies de largo, sobre doce ó quince de ancho y diez ó doce de altura. A menudo los construyen de suerte que tengan tres ó cuatro pies sobre el nivel del piso, y los decoran de bajos relieves. En los bordes de la bahía Shouraki, M. Nicholai observó un edificio de ochenta pies de largo dividido en dos partes por medio de una separacion que corre en toda su lonjitud, y conjeturó que estaba destinado á alojar cerdos.

Ademas de la cabañas diseminadas en el campo, habitadas por los naturales en tiempo de paz, cada tribu posee un *pá* ó fortaleza, donde se acorralan todos los miembros en tiempo de guerra. Estos pâs, ya descritos son construcdos ordinariamente en la cima de alguna colina ó de peñones naturalmente fortificados, y hechos casi inespugnables por la mano del hombre. En estos pâs, las casas de cada familia dispuestas por escalones en la pendiente del terreno, presentan un punto de vista muy pintoresco. La del jefe principal está situada en la misma cumbre del pâ, y las de los principales ranga-tiras se hallan en las cercanías. En las comarcas frecuentadas por los Europeos, este sistema de construccion se ha modificado ya un poco. En las cercanías de la bahía de las Islas, algunos se han construído unas casitas dispuestas en pisos, con puertas, ventanas y techos verdaderos. Todos sus muebles consisten en algunas sillas, bancos, mesas, bufetes, lechos y algunos baúles.

La base del alimento en toda la Nueva Zelandia, es la raíz del helecho *(pteris esculenta)* lijeramente tostada y batida algun tiempo sobre una piedra con una maceta. Para encontrarle un sabor agradable, es preciso estar habituado á su uso. La raíz del helecho constituye la principal provision de los Zelandeses, quienes llenan de ella siempre sus pâs para el caso de guerra. Igualmente emplean la médula del tallo inferior de un helecho en árbol *(cyathea medullaris)*, que hacen cocer en hornos de tierra. La patata dulce y el taro eran cultivados en estas islas ya antes de la llegada de los Europeos; la primera es el plato favorito de los caudillos, pero el pueblo solo las come en las fiestas solemnes. De todos los legumbres, de Europa importados por Cook y Marion, solo se ha multiplicado la patata, que en en la actualidad crece en toda la isla del Norte.

Entre los cuadrúpedos, solo les ofrecian una carne buena de comer el perro y el gato, pero la del primero era la mas apreciada. Actualmente el cerdo es muy comun en Ika-na-Mawi, pero su carne está reservada á los jefes. Hace poco que los indíjenas cazaban ciertas aves, como palomas, ánades y filocrócoras para hacerlas asar; mas la introduccion de las armas de fuego les ha hecho menos precario este recurso. Muchos crian igualmente gallinas que apellidan *kakatouas*, de cuyos huevos gustan sobremanera. Únicamente les causa inquietud su falta de respeto para los sitios tabous, por cuyo motivo desprecian la introduccion de las reses vacunas.

El mar con sus peces esquisitos y sus variados mariscos les ofrece uno de sus mayores recursos. En ciertas épocas pescan gran número de peces, les hacen secar al sol; y cuando los tienen preparados, los conservan en sus almacenes para el invierno. Los salvajes comen de este pez con sumo placer, apesar de que jeneralmente ecsala una fetidez repugnante y hormiguea en lombrices. Cuando una ballena, una marsopla ó algun delfin encallan en sus costas, todos los habitantes de la tribu acuden para empalagarse, y la posesion del cetaceo muchas veces da marjen á una contienda entre las tribus que se la disputan. El aceite de foca es igual-

mente para ellos un plato muy esquisito.

Pero el principal regalo de estos salvajes consiste en la carne de sus enemigos muertos en el campo de batalla. La primera causa de estos festines consiste sin duda en motivos supersticiosos, bien que la sensualidad coopera igualmente á ello. Los misioneros han observado que algunas veces los jefes han muerto esclavos por el mas frívolo pretesto, pero en realidad con deseos de empalagarse con su carne (Pl. LI.—1.). De la cabeza ordinariamente solo comen el cérebro, y en seguida preparan el resto del cuerpo haciéndolo cocer en sus hornos, del mismo modo que harian con un cerdo. Establecen una diferencia muy grande en el gusto de la carne entre un Nuevo-Zelandés y un blanco, y dan la preferencia al primero, por razon de que los Europeos acostumbran comer platos salados, al paso que los primeros nunca emplean sal en sus alimentos; de suerte que tanto como se muestran apasionados á los legumbres añejos y al biscocho corrompido, tocan raras veces á las carnes salobres de los marinos. Del mismo modo que muchos otros salvajes, tráganse á menudo los piojos que encuentran en su cabeza.

Antes de los Europeos, los Zelandeses no conocian especie alguna de licor espirituoso, y solo bebian agua. Nuestras bebidas fermentadas solo les inspiran repugnancia y disgusto, pero en cambio se paladean con el té, el café, el chocolate y todas las sustancias azucaradas.

La cocina de aquellos indíjenas es sumamente sencilla, pues se reduce á cocer los víveres en sus hornillos ó bien en tostarlos al asador ó á las ascuas. En seguida los cortan por medio de mariscos afilados. En cuanto al pescado, lo preparan en guisado envolviéndolo en muchas hojas de col y deponiéndolo sobre una piedra llana calentada de antemano, y volviéndolo de cuando en cuando. Este modo de preparar el pescado le comunica un gusto muy agradable. Lo mismo que en otras islas, encienden fuego revolviendo rápidamente un pedazo de madera dura sobre otra de madera mas blanda, ó imprimiéndole un movimiento de rotacion semejante al del molinillo con que se bate el chocolate.

El traje ordinario de ambos secsos se compone de dos esteras de phormium, la una simplemente echada sobre las espaldas y atada por delante, la otra ciñendo los lomos, descendiendo hasta media pierna y retenida por medio de un cinturon. Ordinariamente la primera es de un tejido grosero, y aun á veces de juncos ennegrecidos con el humo y dispuesto de manera que todas las puntas se sienten unas sobre otras como las sedas de un puerco espin. Agachados en tierra con semejantes esteras que les cubren casi enteramente, aquellos salvajes ofrecen á primera vista el aspecto de unas colmenas de paja sembradas por el suelo. Pero en las grandes ocasiones, en las fiestas y en las solemnidades, el guerrero de cierto rango lleva una magnífica estera de phormium de brillante y sedoso tejido, con ribetes de variados colores guarnecidos de mechones de pelo, plumas de kivi ó lana encarnada obtenida de los Europeos. Los cabellos son reunidos en la coronilla de la cabeza y adornados de hermosas plumas blancas que flotan á merced del viento.

Los niños andan comunmente desnudos hasta la edad de ocho años. Durante sus ocupaciones los hombres solo encubren á veces sus cinturas, pero las mujeres nunca se despojan de sus esteras inferiores. Estas mujeres son en jeneral mas modestas que en las otras islas de la Oceanía.

Estos salvajes gustan mucho de poder cubrirse con algunos andrajos europeos: así que cuando han obtenido algunos viejos harapos, se los ponen encima cual si les comunicasen una grande importancia. Sin embargo no hay duda que es mas noble su continente con su sencillo traje nacional y que sienta mejor con sus costumbres. Sea cual fuere su vestido, el Zelandés en jeneral es poco limpio, siendo en esto inferior á los otros Polinesios que bajo un cielo menos riguroso se bañan á menudo y no ofrecen cuerpos tan horriblemente llenos de piojos y de mugre.

Ambos secsos traen como ornamentos dientes de tiburon, pedazos de madera, pequeños mariscos, rollos de tela, y plumas de albatros que suspenden de sus orejas y con que guarnecen sus cabellos. Igualmente traen collares hechos de caña, de huesos y de mariscos. Pero su ornamento mas precioso es sin contradiccion la estraña figura de jade verde llamada *pounamou*, que llevan suspendida de su cuello (Pl. XLVII.—5). Este ornamento parece ser el atributo de encumbrado rango, como tambien pequeñas sortijas de la misma materia, de dos ó tres pulgadas de largo, que se suspenden ante el pecho, de uno de los ángulos superiores de sus esteras. Estas decoraciones solo son una parte del tocador solemne de un Zelandés, pues en las ocasiones mas importantes se almagra el rostro con ocre empapado en aceite de pescado, y se frota todo el resto del cuerpo. Esta costumbre hace ecsalar á estos naturales un olor desagradable y fuerte, pero este uso es de rigor, sobre todo antes del combate.

Los trabajos agrícolas de estos pueblos se ciñen á las plantaciones de patatas, camotes y taro. En primer lugar pegan fuego á las malezas para despejar la tierra y mejorarla con cenizas, y en seguida la remueven por medio de azadones de madera y plantan las raíces (Pl. XLIX.—2). Concluido esto, circuyen sus plantaciones de

empalizadas y de cuando en cuando procuran escardar sus campos y conducir á ellos algunos canales para el riego. Estos cultivos son poco estensos, pero ofrecen un aspecto muy regular. Recójense cada año dos cosechas de patatas: hácenlas secar en seguida al aire libre y las amontonan en almacenes. Las patatas se transportan y se conservan en canastillos de junco que contienen unos con otros diez y siete libras de estas raíces. A veces cultivan igualmente el *phormium tenax* por medio de tiernos renuevos que plantan simétricamente en un terreno pantanoso, aunque por lo comun se contentan con los planteles que crecen naturalmente.

Estos naturales tienen redes de grandes dimensiones. Hanse medido algunas que tenian de tres á cuatrocientas brazas de largo sobre quince á veinte pies de ancho; unian con ellas pedazos de madera muy lijera, y los plomos para hacerlas sumerjir eran guijarros muy pesados. De todas estas redes, las unas son tejidas de hilaza de *phormium*, y las otras solamente de junco. Los naturales pescan tambien con el sedal por medio de anzuelos de nácar ó de otro marisco. Rutherfort pretende que son hábiles buzos, y que á veces cojen el pez en el agua con sus manos.

Las piraguas son de dos especies: las unas tienen veinte ó treinta pies de largo sobre doce de ancho, y pueden contener de diez á veinte personas; las otras tienen de sesenta á ochenta pies sobre cinco á seis de ancho y cuatro de profundidad, pudiendo contener de ochenta á cien personas. Las primeras pertenecen á particulares y se usan todos los dias; pero las segundas son propiedad de la tribu y solo sirven para el combate. Todas estas piraguas son hechas de un tronco de árbol ahondado en toda su lonjitud, alzado en ambos lados por medio de una larga plancha de un pie de ancho y carenado. La costura es llena de cáñamo, y con una especie de resina la calafatean. Las piraguas que ordinariamente navegan con el ausilio de la pagaya, solo despliegan la vela con un viento propicio, y sus velas triangulares son de esteras de paja cosidas. Con unas embarcaciones tan sumamente frájiles, no pocas veces centenares de guerreros hacen escursiones de ciento ó doscientas leguas por los mares tempestuosos de la Nueva Zelandia; pero todos los años se pierden muchas. Cuando los naturales desembarcan, sacan sus piraguas en seco, y las arrastran á grandes distancias de la playa por temor de que las roben. Para pintar sus casas y sus piraguas, los Zelandeses tienen un tinte compuesto de aceite y de ocre, que aplican con un pincel de plumas.

Las armas nacionales de los Zelandeses consistian antiguamente en lanzas de diferentes tamaños, desde cinco hasta treinta pies, macanas de jade, de obsidiana, huesos de ballena ó simplemente de madera dura, y hachas de armas de cinco pies de largo terminadas por un cuarto de círculo y denominadas *patou-patou*, ó simplemente *patou*.

La macana llamada *mere* (Pl. XLVII. — 5) es un arma que los jefes siempre traen consigo. Tiene diez y ocho á veinte pulgadas de largo sobre cuatro á cinco de ancho, y su forma ordinaria es la de una pala. En el mango hay un agujero para coser una cuerda destinada á suspenderla del puño: con este pequeño instrumento los isleños rompen la cabeza de un hombre. Algunos jefes traen asimismo, como símbolos de su autoridad, largas costillas de ballena bien cinceladas en los bordes, y cuya figura inspira la idea de un largo cetro. Segun Nicholas, esta insignia se llama *heni*, mas segun el capitan d'Urville, se denomina *patou-wairoa*. Los Zelandeses se servian de piedras como proyectiles, y las arrojaban con mucha fuerza; pero ignoraban el uso de la honda, del arco y del broquel.

A todas estas armas han sucedido actualmente las armas de fuego, cuya superioridad no han reducido un momento á duda los salvajes. Así es que todos sus deseos tienden á adquirirse fusiles y mosquetes. El poder de una tribu no se calcula por el número de hombres, sino por el de sus mosquetes, y el que puede procurarse un fusil de dos cañones, que llaman *poudoua-tangata*, se considera afortunado, por razon de que puede matar dos hombres á la vez.

Los Zelandeses fabrican sus esteras mas hermosas con hilaza de phormium. El telar que emplean se reduce á un bastidor rectangular de la dimension de la estera, y en sus estremidades se fijan los hilos de la cadena, conduciendo la trama con la mano á través de aquellos por medio de una aguja que hace veces de lanzadera. Hay esteras de diversos tejidos, de diferentes colores y de varias dimensiones: las mayores tienen doce ó quince pies de largo sobre cinco ó seis de ancho y cuestan cinco ó seis meses de trabajo.

Los únicos instrumentos músicos de estos salvajes son flautas de dos ó tres especies, provistas de un corto número de agujeros. Todas se tocan con el soplo de las narices; pero solo producen sonidos sordos y discordantes, aunque dulces y plañideros. Estas flautas son á veces de madera, y otras veces de canillas humanas adornadas de cinceladuras. Tienen ademas una lira grosera de tres ó cuatro cuerdas, que produce sonidos desagradables, y la trompa marina, *murex tritonis*, les sirve de trompa guerrera.

Estos naturales tienen diversas especies de cantos eróticos, satíricos, elejíacos y guerreros.

A veces se baten el pecho para acompañárlos, lo que produce un efecto el mas estravagante; pero esta música es muy incómoda para el que la hace. Cuando cantan en coro, uno de ellos da el tono, y los otros terminan la estrofa batiéndose el pecho. Otras veces este coro tiene lugar por un refran comun á todas las estrofas.

De todas sus canciones la mas notable es sin contradiccion el himno solemne llamado *Pihe*, que se ejecuta en las ocasiones solemnes, antes del combate y en medio de las ceremonias fúnebres. Los naturales aplican á ellos un recojimiento y entusiasmo que llaman la atencion del estranjero testigo de la escena. Este canto sagrado parece hacer vibrar en ellos sensaciones de la naturaleza mas estraordinaria, y es muy probable que si fuese bien comprendido suministraria quizás algunos documentos relativos á las opiniones relijiosas de esos pueblos; quizás se encontraria un símbolo, un *compendium* de creencias, ó una esposicion de sus esperanzas futuras. Por desgracia ningun Europeo ha podido hasta aquí presentar de él una traduccion ni siquiera aprocsimativa. Sin embargo no será inútil insertar el siguiente pedazo como muestra de su poesía y de su lengua, tal como la ha recojido M. d'Urville de boca de los jefes Touaï y Shongui, en presencia del misionero Kendall, que á la sazon era quien poseía al grado mas eminente la lengua zelandesa.

Papa ra te wati tidi.
I dounga neï
Kon ana, kana pou i e o
E ahi o
Tou ka didi
Rongo maï, ka heke
Ta tara
Te waï pouma
Te aha koudou,
Ko nga nana,
Ko waï parangui
Ko kapi te ono,
Ko kapi te ono,
Te iki iki,
Te ra marama
Te weti, te weta
Te toto roï aï
Wano,
Wano, wano, wano,
Moï toki oumi e.
Ka didi tou,
Ka ngou'ia tou,
Ko wenei tou,
Ko wa wana
Toue toue toue
Ka taka
Raro poudi aï
Ka taka te waio.
Pi pi ra ou e dou ko i e
Pi pi
Ra ou e dou ko i e.
Ke koti kotia,
Te oudou o te ariki
Pi pi ra ou e dou ko i e
Pihe

E tapou
E tapou tou mata tara roa.
E ngaro
E ngaro tou ki tana e iwa.
E iwa
E iwa tou houa ki te maraï
Wero wero.
Wero wero, te tara o maïra,
Wero hia, ki taï hia,
Waka rawa, waka rawa
Te tara ki a tai,
Me ko tahi manawa reka
Te manawa ki a tou.
Haï, haï, ha!
Haï, haï ha!
Kia oudou, haï, haï, ha!
Pihe
Iki iki
Iki iki wara wara
Ko taï tanga roa
I tawa.
O mai ra;
E ki na tou.
Wanga hinga;
Ki a taï
Koro pana
Te kouak i te maraï
Witi doua
Te ika tere ki painga
Kia oudou. haï, haï, ha!
Haï, haï, ha!
Kia oudou, haï, haï, ha!
Haï, haï, ha!
Kia oudou, haï, haï ha!
Pihe

Aunque este himno del *Pihe* parece ser nacional en toda la isla Ika-na-Mawi; sin embargo M. d'Urville ha observado que era conocido menos integralmente á medida que se penetra hácia el S. Los habitantes de la parte septentrional del estrecho de Cook solo recitaban algunos pasajes incompletos, y es del todo ignorado de los naturales de la bahía de Tasman.

Los Nuevos-Zelandeses cuentan el tiempo por noches, *po*; por lunas, *marama*, y por meses, *tau*. Todos sus cómputos escedentes de veinte ó treinta lunas son sumamente inecsactos; y así es que les es casi de todo punto imposible asignar la época de cualquier acontecimiento antiguo, para lo cual no tienen otro medio que el de compararlo con alguna circunstancia importante de su vida. Las distancias itinerarias se miden por jornadas y semijornadas. La profundidad del mar se evalúa por *koumou*, medida que representa una ó dos brazas. Uno de los mas singulares recursos de su agrimensura consiste en tenderse en tierra á la larga, con la mano derecha abierta sobre la cabeza, y levantarse y tenderse de nuevo hasta medir todo el terreno. Por el mismo estilo se hacian cargo de la lonjitud de las embarcaciones europeas, recorriéndolas de proa á popa.

Por lo que hace á sus creencias relijiosas, aunque se conocen todavía muy poco, se ha escrito mucho sobre ellas, que en resúmen se reducen á lo siguiente. La palabra *atoua*, como en Hawaii y en Taiti, se aplica á la divinidad en jeneral, y el de *waïdoua* á los espíritus especiales y sobre todo á las almas de los difuntos. Sus atouas son unos entes de razon ó seres inmateriales que no pueden ser representados por ningun ídolo. Los dioses principales son *Maui-Ranga-Rangui*, jefe supremo del cielo, verdadero Júpiter; *Tipoko*, dios de la cólera y de la muerte: *Tauwaki*, dueño de los elementos y del trueno, *Maui-Moua* y *Maui-Potiki*, dos hermanos que trabajaron juntos en la formacion de la tierra; *Heko-Toro*, dios de las lágrimas, etc. Ademas de estas divinidades principales hay otras muchas revestidas de atribuciones particulares. Cierto dia preguntaron á un isleño como se figuraba el atoua, y respondió: « Como una sombra inmortal. » Touaï, á quien M. d'Urville dirijió la misma pregunta, contestó: « Es un espíritu, un soplo todopoderoso. »

El atoua puede revestirse de una forma particular, y tomar la de un lagarto para introducirse en el hígado y roerle; por cuyo motivo este réptil ha inspirado siempre un terror relijioso. El atoua señala su presencia por medio de un silvido sordo y lijero que solo puede percibirlo el sacerdote. El retumbo del trueno es producido asimismo por el atoua revestido de la forma de un pez inmenso, y cuando estalla el rayo, le dirijen algunas plegarias; porque el culto de los

Nuevos-Zelandeses, ni mas ni ménos que el de la mayor parte de los Polinesios, es un culto de terror: así que, mayor inclinacion tienen á conjurar los dioses maléficos que á rendir sus homenajes á las divinidades benéficas.

Los sacerdotes zelandeses llevan el título de *tohoungas*, y como son considerados intérpretes de la divinidad, el pueblo les consulta en las grandes solemnidades. Estos sacerdotes, á juicio de los indíjenas, pueden pronosticar lo porvenir, calmar las tempestades, apaciguar los vientos, curar las enfermedades, etc. Mas no son siempre estos privilejios el resultado de una truhanería, pues no faltan tohoungas de buena fé que se creen poseer realmente el poder que se les atribuye. Las funciones del tohounga son hereditarias, y los padres ejercitan con tiempo en ellas á sus hijos. Por otra parte estos sacerdotes se muestran tolerantes, y ya desde un principio trataron con mucha deferencia á los misioneros, á quienes apellidaban *atoua-tongatas* ó *tohoungas* (hombres de Dios ó sacerdotes). Ecsijíanles tan solo que reconociesen al dios de los cristianos y le rindiesen los homenajes debidos, pero cuando les instaban á abandonar sus atouas, se negaban de plano, y decian: « Bien podrá ser que el dios de los cristianos sea poderoso; pero nosotros necesitamos ademas los atouas de nuestra patria, pues si les abandonásemos harian descargar sobre nosotros todo jénero de males y calamidades. » Y en apoyo de este aserto espetaban los cuentos mas absurdos, á los que dan un crédito constante.

Estos sacerdotes-médicos visitan á los enfermos cuando su estado inspira vivas inquietudes, y no se apartan de su cabecera hasta que son curados ó enterrados. Su mision cabe el lecho del moribundo no tanto consiste en curarlo como en velar por la rijida observancia de las leyes del tapou, pues todo lo demas es efecto de su truhanería. En cuanto al tratamiento, su base es la dieta mas absoluta, y en seguida, en vez de dar al enfermo bebidas tibias y meterlo en un aposento bien cerrado, lo esponen al soplo del ambiente y le dan á beber agua fria. En ciertas comarcas despues de la muerte del enfermo se hacen escrupulosas pesquisas para juzgar la conducta del médico y averiguar si ha infrinjido alguna condicion del tapou. Si se llegase á indagar que efectivamente el médico ha cometido alguna infraccion, le cortan la cabeza sin compasion para apaciguar el alma del difunto. Los tohoungas son malos médicos, sí, pero muy buenos cirujanos, y con el ausilio de simples mariscos afilados practican operaciones delicadas que harían mucho honor á nuestros prácticos de Europa.

Los Zelandeses creen en la ecsistencia distinta de una parte intelijente é inmaterial del hombre, que llaman waïdoua; y asimismo tienen fé en una vida futura y remuneratoria. A la muerte del hombre, el waïdoua se separa del cuerpo por una especie de dilaceracion; pasa tres dias dando vueltas á sus despojos mortales y se encamina á la peña Reinga, estremidad de Ika-na-Mawi, donde hay un atoua que se apodera de él, ya para subirlo al *Rangui* (cielo ó mansion de la gloria), ya para sumirlo á la mansion de las tinieblas ó *Po-nooi* ó *Bo-kino*. Esta distincion se funda únicamente sobre el grado de gloria ó de afrenta contraido en este mundo por el individuo difunto, mas no sobre alguna idea positiva de bien y de mal, de virtud ó de vicio. La gloria adquirida en los combates ó la mengua de haber sucumbido al enemigo son los únicos méritos ó deméritos que se pesan en la balanza de los destinos. Se ha observado ademas otra creencia, y es que por el simple acto de devorar el cuerpo de su enemigo, no solamente aniquilan su sustancia material, sino que tambien se asimilan su alma ó waïdoua. De ahí procede la idea que comerse á su enemigo es hacer un acto glorioso, un acto de divinidad, supuesto que los dioses se ocupan á menudo en comerse hombres.

En la vida futura los waïdouas matan el tiempo en festines y en lides siempre gloriosas para ellos. A menudo descienden de aquella morada celeste para mostrarse á los mortales bajo la forma de sombras, de rayos solares, de soplos violentos, etc. Así es que los naturales nunca se aprocsiman á un sepulcro por temor de que se les aparezca el waïdoua del difunto. En sentir de los indíjenas, el alma reside en el ojo izquierdo, al que representan por una estrella; de donde proceden diversas alusiones entre esta estrella y el alma ó waïdoua de cada jefe. La estrella sigue los destinos del jefe, esperimentando incremento ó decremento en su brillo, segun sea mas ó menos favorecido por la fortuna. Otros creen que el astro no se muestra hasta la muerte del jefe y cuando ha ido á ocuparlo su waïdouas. Segun esto, fácilmente se concibe la causa por qué muchos guerreros despues de haber derribado á su adversario en el campo de batalla, le arrancan el ojo para tragárselo, pues no es otro su objeto que el de sorberse su waïdoua. Otros chupan ademas su sangre aun cálida, á fin de identificarse mejor con el alma del difunto y evitar los funestos efectos de su resentimiento.

El *tabou* polinesio está vijente con toda su fuerza en la Nueva Zelandia, donde se articula *tapou*. Esta creencia tiraniza igualmente las conciencias, siendo el regulador de las acciones y el único resorte para sostener la autoridad de los jefes. Cualquier objeto sobre que pesa el tapou está puesto bajo el poder especial de la divinidad



1. Pais en Nueva Caledonia.



2. Hombre de Nueva Caledonia.

y debe sustraerse al uso ordinario de los hombres. La mas insignificante infraccion incurre en los mas severos castigos, tanto que los esclavos y plebeyos son castigados con la pena capital. En cuanto á los hombres de cierta dignidad, la pena se ciñe á espiaciones harto desagradables. Estos pueblos están bien convencidos de que si el infractor del tapou no es castigado por su tribu, la divinidad se ensañará contra la tribu entera. A lo que parece, el tapou depende únicamente del capricho de los caudillos y de los sacerdotes, quienes echan mano del mismo para transformarlo en instrumento de su autoridad, realmente muy necesaria entre aquellas razas bélicas y contumaces. Los tapous mas jenerales son los que pesan sobre los víveres que no pueden comerse en las casas: las plantaciones de patatas ó koumaras; los enfermos de gravedad que se separan de la sociedad, los sepulcros, los cabellos, la barba, y cuanto pertenece á la cabeza de un caudillo de distinguida alcurnia. Hay asimismo tapous accidentales é interinos, ya para la construccion de casas y de piraguas, ya para los partos de las mujeres, para la operacion del moko, para la pesca de ciertos peces, y por último para todos los objetos sobre los que pesa la misma inhabilitacion en virtud de algunas causas supersticiosas ó puramente políticas. La enumeracion de semejantes puerilidades seria sobrado prolija y fastidiosa, y así los que deseen saber mas pormenores sobre este particular, pueden consultar el completo trabajo de MM. d'Urville sobre la Nueva Zelandia.

Los *makoutous* son una especie de hechizos muy temidos de los Zelandeses. Estos maleficios se verifican por medio de ciertas oraciones, palabras májicas, monadas, jestos y estratajemas. Por lo comun sus autores son los mismos sacerdotes, y para neutralizar sus efectos es preciso echar mano de hechizos contrarios. A estas causas sobrenaturales se atribuyen muchas enfermedades y muertes. Los ensueños ejercen asimismo en el ánimo de los isleños una grande influencia, particularmente de los sacerdotes, que en este caso son los únicos intérpretes de la divinidad. No pocas veces se han visto ejércitos enteros entrar en campaña y desbandarse de golpe sin prevencion ninguna en virtud de un ensueño siniestro.

Los funerales de un ariki ó caudillo se celebran con alguna pompa y con cierta solemnidad. El cadáver permanece espuesto con sus ornamentos por espacio de tres dias, y los parientes, así hombres como mujeres, se levantan sin cesar en su presencia prorumpiendo en agudos gritos y rasgándose el pecho y las espaldas á trueque de que se mezcle la sangre con las lágrimas (Pl. LI. — 3). Al tercer dia colocan el cadáver en una especie de silla; en seguida sobrevienen dos hombres que la cargan á sus hombros á guisa de palanqueta (Pl. LI. — 4), y de suerte la trasladan á un sitio aislado y consagrado con toda la solemnidad posible. El sarcófago de un rangatira es señalado por una estaca, una figura esculpida y amelgrada, y el todo circuído de una empalizada; al paso que el de un plebeyo es designado únicamente por un monton de piedras, y el cadáver de un esclavo arrojado á un muladar ó precipitado al mar. Tras la inhumacion dejan el cuerpo en la tierra todo el tiempo necesario paraque la carne se desprenda de los huesos. Al cabo de seis meses ó un año despues, que es todo el tiempo requerido, los parientes mas prócsimos del difunto van á cumplir la ceremonia de sacar los huesos; los lavan esmeradamente, y dan principio á un nuevo luto. En seguida los trasladan en cajas mortuorias y las alinean en los sepulcros de familia, que por lo comun no son mas que grutas naturales, ó bien simples plataformas de dos ó tres pies de altura sobre el nivel del suelo circuídas de empalizadas. En ciertas ocasiones los muertos no son inhumados; sus cuerpos son conservados en cofres cerrados herméticamente y sostenidos sobre estacas esculpidas y almagradas.

A la muerte de un jefe de tribu sacrifican jeneralmente muchos esclavos cuyos cuerpos son sepultados á poca distancia del del ariki, á fin de que su woidoua tenga su correspondiente servidumbre en el otro mundo. Inhumados los jefes, los caudillos reunidos emprenden la marcha con sus guerreros armados hácia el territorio de la tribu, cuyo ariki acaba de fallecer; la devastan y la saquean, cual para castigar á la tribu por el crímen de haber dejado morir á su caudillo.

La costumbre que mas particularmente caracteriza al pueblo zelandés entre todas las naciones polinesias, consiste en preparar las cabezas de los enemigos muertos en el combate, á fin de conservarlas como trofeos de sus victorias. Esta operacion, que se practica por medio de fumigaciones lentas y minuciosas, solo se verifica para los guerreros distinguidos y los jefes de encumbrada nombradía. Estas cabezas son de grande importancia para los posesores, por cuanto es ciertísimo que los parientes y amigos de aquellos á quienes pertenecieron, harán los mayores sacrificios para rescatarlas. Así que nunca se olvidan de traerlas consigo cuando emprenden una nueva guerra contra las tribus á quienes interesan aquellas reliquias, y si la suerte de las armas les obliga á pedir la paz, están seguros de obtenerla ofreciendo la restitucion de aquellas prendas preciosísimas. Estas cabezas bien preparadas conservan todas las facciones que tenia el individuo en vida: los cabellos, la barba y las cejas continúan su ecsistencia del mismo modo, y solo se percibe una leve contraccion en la nariz y en las orejas. Si no los esponen á la hu-

medad, pueden durar muchísimo tiempo.

Los Nuevos-Zelandeses ni mas ni menos que en toda la Oceania, se saludan frotándose mutuamente las narices (Pl. L. — 2), con la sola diferencia de que semejante saludo solo es un acto solemne de benevolencia y amistad. Si hemos de dar crédito á M. Dumont d'Urville, hay en este acto, ademas de la accion física del contacto, una ecsalacion fuerte del hálito, que es en su concepto el emblema sensible de sus almas ó waïdouas.

El dialecto zelandés, en la actualidad un poco conocido, merced á los trabajos de MM. Kendall y Lee, es radicalmente el mismo que el de los otros archipiélagos polinesios. Es armonioso, rico y fecundo al parecer en recursos oratorios: mas de una vez los misioneros han juzgado del efecto que producia en boca de los caudillos que arengaban á sus tropas durante horas enteras.

A falta de datos positivos no pueden formarse conjeturas sobre la poblacion de las islas de la Nueva Zelandia. En consecuencia nos ceñirémos á mencionar las sumas hipotéticas de M. d'Urville, es decir, 200.000 almas para Ika-na-Mawi, y 50.000 para Tawï-Pounamou. Sin embargo no será ocioso observar que las guerras de estermìnio ocasionadas por la introduccion de las armas de fuego deben reducir todos los dias este total, y si alguna circunstancia afortunada é imprevista no amaina esta funesta plaga, es de creer que esta poblacion irá decreciendo mas y mas hasta llegar á una completa estincion.

CAPITULO XVII.

ISLAS MACQUAIRE, AUCKLAND, CAMPBELL, CHATAM, MACAULEY Y NORFOLK.

Antes de continuar nuestro derrotero hácia la Oceania intertropical, vamos á trazar una sucinta reseña de algunas islas poco importantes, adyacentes á las grandes tierras de la Nueva Zelandia en el S. E. y en el N. E., con la cual quedarán completadas todas las noticias que tenemos dadas sobre la Polinesia.

El punto mas austral de esta grande division es el pequeño grupo Macquarie. Descubierto en 1811 por un pescador de focas que pudo procurarse 80.000 pieles, este grupo fué reconocido en 1820 por el Ruso Bellinghausen y Kingdon en 1822. Segun ese, la isla principal tiene diez y nueve millas de largo sobre cinco ó seis de ancho, y ofrece dos fondeaderos abiertos. Apesar de su alta latitud, la isla está cubierta de una lozana vejetacion y sustenta unos bellísimos papagayos verdes que viven en el herbaje. A poca distancia N. se encuentran dos peñas denominadas *Judje* y *Clerk*, y al S. otros tantos islotes designados en los mapas ingleses con los nombres de *Rishox* y *Clerk*. Este grupo está situado á los 54° 39' lat. S. y á los 156° 21' lonj. E.

La isla Campbell fué descubierta en 1810 por el buque ballenero *Perseverancia*. Esta isla es sumamente montañosa, y tiene diez leguas de circumferencia, mas segun M. Freycinet, que en 1820 navegó á lo largo de sus costas en su prolongacion O. y S., solo contiene rocas angulosas y entrecortadas de capas blancas horizontales. En el interior álzanse muchos picachos escarpados y considerables, entre los cuales hay uno, que es el mayor, que forma un cono recto con cima aguda. En algunas elevadas mesetas se distinguian rastros de verdor, pero ningun árbol. El islote del S. O. está situado á los 52° 43' lat. S. y á los 167° 2' lonj. E.

Auckland, descubiertas por el capitan Briston del buque ballenero *Océano*; visitadas despues por muchos barcos pescadores ó mercantes, y especialmente en enero de 1830 por Morrell que pasó ocho dias en el fondeadero. Segun este marino, estas islas son cubiertas de la mas lozana vejetacion; en los montes se encumbran magníficos árboles, entre los cuales se observan dos especies altas y hermosas; la una consiste en una especie de abeto, la otra en una suerte de arce; la primera es mas propia para la arboladura; la segunda para construcciones. En la playa se encuentran el apio, la coclearia y otras plantas mucho menos útiles. El único cuadrúpedo de la isla es el raton; pero en cambio se encuentran muchas aves de un plumaje hermosísimo y de un canto sumamente agradable, entre las cuales no deben pasarse en silencio los pichones, los papagayos, las cotorras, un cuclillo, el picogordo y otras especies desconocidas. Hay asimismo peces esquisitos, y entre los mariscos abundantes y delicados se cuentan las almejas, de las que hay algunas que tienen hasta doce ó quince pulgadas de lonjitud. El clima del grupo Auckland es dulce, saludable y templado. Morrell asegura haber oído á varios capitanes que habian visitado esta isla en el rigor del invierno, que el termómetro nunca habia bajado á mas de 3 ó 4° en los valles, y que los árboles conservaban su follaje como en verano. El mismo Morrell dice que se halló en esta isla en medio del estio, y nunca vió subir el mercurio á mas de 25° 6', dando cima al cuadro de este pequeño Eden con el consejo de formar en él un establecimiento, atendido que punto alguno del hemisferio austral presenta mayores riquezas y recursos. Sin embargo, seria muy prudente no fiar demasiado en las pomposas descripciones del intrépido Americano algo sospechoso de optimismo y ecsajeracion. Lo que es muy positivo consiste en que este gru-

po ofrece muchos y buenos fondeaderos. La isla principal tiene veinte millas de N. á S. sobre ocho de ancho, y la costa O. es tan alta, que en tiempo sereno se avista desde diez y siete leguas de distancia. Las isletas que circundan Auckland traen la denominacion de *Euderby*, *Disappointment* y *Adams*. Su centro está situado á los 50° 40' lat. S. y á los 164° lonj. E.

I. Antípoda, descubierta en 1800, y visitada por el capitan Pendleton de *la Union*, que dejó en ella un destacamento para la pesca de las focas. Todo cuanto se sabe relativamente á esta isla, consiste en que la isla es de mediana altura. Impusiéronle el nombre que lleva, por razon de que está situada cerca de los antípodas de Lóndres, á los 41° 40' lat. S. y á los 177° 20' lonj. E.

I. Bouty, descubiertas en 1788 por Bligh, y visitadas por diversos pescadores de focas. Estas islas forman un grupo de trece islotes ó peñas que ocupan un espacio de tres millas y media E. y O. de una milla y media del N. al S. Está situado á los 47° 44' lat.S. y á los 176° 47' lonj. E.

Todas las islas mencionadas son desiertas, y solo han hollado su suelo los pescadores de focas. Hay ademas otro grupo mas importante ocupado por salvajes pertenecientes á la raza polinesia.

Este es el grupo Chatam, descubierto á 23 de noviembre de 1741 por el capitan Broughton, compañero de Vancouver. Habiendo Broughton fondeado en la parte N. en una pequeña bahía que denominó *bahía de las Escaramuzas*, percibió algunos naturales en la playa, y en su consecuencia despachó á ella un bote, por cuyo medio les hizo algunos presentes que aceptaron sin dificultad, aunque sin recibir retribucion alguna. En fé de su gratitud hicieron varias señas á los Ingleses paraque desembarcasen; pero como los salvajes ascendian á treinta ó cuarenta é iban armados de lanzas, titubearon aquellos en acceder. Sin embargo pareciendo esteriormente pacíficos, Broughton desembarcó, tomó posesion de la isla en nombre de su rey y ecsaminó las piraguas de los naturales, frájiles barcas de nueve á diez pies de largo sobre dos ó tres de ancho y dos de profundidad, con fondo llano, y construídas de una madera tan sumamente lijera que dos hombres podian llevarla con facilidad sobre sus hombros. Cada una de aquellas embarcaciones solo podia contener dos ó tres hombres, y parecia únicamente para pescar á lo largo de las rocas de la costa. Broughton admiró asimismo sus redes fabricadas con un cáñamo de dos hebras y de un tejido consistente.

Aunque los Ingleses se internaron mucho en la selva, no descubrieron habitacion alguna. Aquella selva daba una sombra deliciosa por la que se andaba sin dificultad. Los árboles crecian hasta cierta elevacion sin echar ramas; bien que no se observó ninguno de muy grandes dimensiones.

Cuando los salvajes y los Ingleses se vieron en presencia unos de otros, saludáronse por el estilo zelandés, esto es, frotándose las narices. Entonces se dió principio á las proposiciones de permutas: ofreciéronse á los naturales algunas bagatelas, y en retribucion cedieron estos una mala lanza. Deseando Broughton conocer el efecto que producian en ellos las armas de fuego, disparó al aire un mosquetazo, y á su estruendo se fugaron todos, á escepcion de un anciano que permaneció impasible con su lanza al lado, moviendo el pie cual si llevase el compas y observando á los Ingleses con aire amenazador. Broughton dejó su fusil, salió al encuentro del viejo salvaje y le tendió la mano. El anciano por su parte entregó á uno de sus camaradas una estera que envolvia varias macanas semejantes á las de los Nuevos-Zelandeses. Esos naturales tenian asimismo unas lanzas de seis á diez pies de largo, entre las cuales habia dos nuevas esculpidas en el puño; pero no se manifestaban dispuestos á permutarlas. Sin embargo estaban atisbando el fusil y el cinturon del capitan, y repetian á menudo la espresion ¡ *tao-wata* !

Acompañado de cinco de sus compañeros, Broughton empezó á caminar á lo largo de la playa, mientras que el bote les seguia junto á la orilla para recibirles en caso de necesidad. Habiéndose sentado los Ingleses, muchos isleños amontonaron gruesos palos que ajitaban en aire amenazador, y el que tenia las macanas las depositó encima de los palos de dos pies de largo. Estas demostraciones no trascendieron á ningun hecho de importancia, en razon de que los naturales se retiraron agachándose en torno de una grande hoguera que acababan de encender. Catorce solamente siguieron á Broughton que continuó su caminata á lo largo de la bahía, creyendo haberse captado el afecto de los isleños por medio de algunos presentes que les hiciera; pero no tardó en recibir un desengaño en realidad nada satisfactorio. Oigamos narrar al mismo capitan el fin de la entrevista.

« Despues de haber andado, dice, cosa de media legua al rededor de la bahía, llegámos al sitio á cuyas espaldas percibiéramos agua de lo alto del palo mayor. A medida que andámos hácia la playa, reconocímos que el agua formaba al O. una vasta cascada alrededor de una montaña que nos impidió ver su desarrollo á mayor distancia. En la estremidad superior de aquel lago, el país nos pareció agradable y el terreno bien nivelado. El agua era de un color encarnado, y tenia un gusto salobre que probable-

mente debia atribuirse al agua salada que filtraba á través de la playa, ó quizás tenia al O. alguna comunicacion con el mar, que no habíamos podido descubrir. Probámos á esplicar á los naturales que nos acompañaban que aquella agua no era buena de beber, y se volvieron á la playa del mar. Cuando se hallaron en frente del batel, se pusieron á hablar recio y se separaron cual para bloquearnos. Un jóven me salió al encuentro en actitud amenazadora: dislocaba todos sus miembros, revolvia sus ojos, hacia jestos horribles, y se daba el aspecto mas feroz; mas en cuanto le hube asestado mi fusil de dos cañones, dió cima á sus contorsiones. Eran sobrado evidentes para despreciadas las demostraciones hostiles de los isleños, y á trueque de no tener que echar mano de estremos desagradables, dí órden al bote de adelantarse para recibirnos. Entonces los salvajes dieron principio al ataque, y para evitar una derrota antes de poderme retirar, hize disparar un fusilazo que juzgaba seria bastante parte para intimidarles sin herir gravemente á ninguno. Un salvaje dirijió una pesada maza contra Mr. Johnstone, pero en vez de dar en su cabeza dió en su mosquete con tanta fuerza que el arma cayó en tierra; pero consiguió cojerla con tiempo antes que su antagonista, y se vió forzado á hacer fuego para prevenir un segundo golpe con que le amenazaba. Un soldado de marina y un marinero que se hallaban á su lado se vieron obligados por la misma causa á entrar en el agua, no sin haber hecho uso de sus armas, por razon de que el peligro inminente á que estaban espuestos no les permitió aguardar órden ninguna. El comandante del bote, viéndonos de cerca por los isleños y obligados á retirar, hizo tambien fuego y les forzó á emprender la fuga. Al instante mandé cesar el fuego, y tuve la satisfaccion de ver á nuestros enemigos alejarse sin ser herido ninguno. Breve fué esta ilusion, pues luego se descubrió haber sucumbido un hombre, y tengo el sentimiento de añadir que le hallámos ecsánime. Una bala le habia quebrado el brazo y atravesado el pecho. Inmediatamente dirijímos nuestros pasos hácia el bote; pero como la resaca le impedia acercarse, tuvímos que encamínarnos al punto donde habíamos formado el proyecto de reembarcarnos. Mientras nos íbamos retirando observámos que uno de los naturales salió del bosque donde se habian refujiado todos, y habiéndose colocado junto al muerto, le oímos claramente manifestar su dolor por medio de lamentaciones semejantes á alaridos.

« Al llegar al sitio donde habíamos desembarcado, no vímos rastro alguno de habitaciones, aunque debiésemos de conjeturar que las mujeres y los niños nos estaban atisbando desde el fondo del bosque mientras confabulábamos con los hombres al instante de nuestra llegada. Seguímos algunos vestijios y llegámos á unos montones de mariscos y á unos retiros circuídos de una simple palizada y formados de la propia suerte que los que viéramos á nuestro desembarque. Deseando dar á conocer á los naturales nuestra buena fe, y para hacerles asimismo alguna reparacion de la injuria de defendernos contra un ataque que no habíamos merecido, depositámos en una piragua el resto de las bagatelas que habíamos traído. Mientras nos encaminábamos hácia el navío, vímos como dos de ellos asedian al punto en que estaban fondeadas las piraguas; pero al llegar á bordo nos fué ya imposible distinguirlas, aun con el ausilio de nuestros anteojos.

« Los hombres eran de mediana estatura, robustos, bien proporcionados, y tenian los miembros llenos, cabellos y barba negros. Los mozos tenian su cabellera atada en la coronilla de la cabeza, y entremezclada de plumas negras y blancas. Algunos se habian arrancado la barba. Estos isleños tienen todos el tinte de un pardo obscuro, y las facciones son pronunciadas con muy mala dentadura. Su piel no ofrecia ningun signo de pintarroteo, y parecian muy aseados. Todo su vestido consistia en una piel de oso ó de becerro marino atada al rededor del cuello con un cordon trenzado, y que les caía hasta las caderas, con el pelo tieso. Otros llevaban esteras hechas con mucho arte, atadas de la propia suerte, que les cubrian las espaldas; pero algunos iban desnudos, á escepcion de una esterilla de finísimo tejido fijado al rededor de los lomos por medio de un cordon. No observámos que tuviesen las orejas agujereadas, ni que llevasen ornamentos en su cuerpo, á escepcion de algunos que llevaban un collar de madreperla. Muchos tenian su correspondiente red hecha con la misma especie de cáñamo que sus sedales pasada al rededor del cuerpo como una cintura, mas no pudímos ver sus anzuelos. Distinguímos á dos ó tres ancianos que no parecian revestidos de ninguna autoridad. Todos anunciaban mucha jovialidad, y nuestra conversacion escitó con frecuencia grandes carcajadas. Es muy difícil formarse una idea de su sorpresa cuando desembarcámos. Con el dedo nos señalaban el sol, y despues á nosotros mismos, cual para preguntarnos si nosotros descendíamos de él. La falta de habitaciones nos indujo á suponer que aquella parte de la isla solo ofrecia á los habitantes una residencia interina, adonde se dirijian para procurarse pescado y mariscos. Encuéntranse allí diferentes especies de estos últimos que deben de ser muy abundantes. Observámos igualmente muchos cangrejos en las pira-

guas ; y como las aves eran numerosas en la playa y volaban en torno de los naturales, cual si estos no les inquietasen, juzgámos que el mar suministra á esos hombres su principal alimento. Abundaban sumamente en la playa las picazas marinas, negras, con un pico encarnado, los chorlitos manchados de negro y de blanco con un pico amarillo, gruesas palomas zoritas como los de la bahía Dusky, patos de variadas especies y pequeñas alondras. »

Despues de Broughton, nada se ha publicado con respecto á las islas Chatam, aunque el capitan Stewart del *Pegaso* las vió en 1809. Compónese este grupo de islas elevadas y pobladas, entre las cuales la mayor, llamada propiamente isla Chatam, tiene doce leguas de lonjitud del E. al O. Las otras son menos considerables y llevan los nombres de islas de las Dos Hermanas, Pitt, Pirámide y Cornwallis. Este pequeño archipiélago tiene unas ciento veinte millas de estension del S. E. al N. E., y está situado entre los 43° 38' y los 44° 4' lat. S. y entre los 179° y los 177° lonj. O.

Hay otro archipiélago aun mas pequeño situado al N. de la Nueva Zelandia, que se compone de las islas Raoul, Macauley, Curtis y Esperanza. Curtis y Macauley fueron descubiertas en 1768 por Watt, capitan del *Penrhyn;* consisten en dos isletas de mediana altura cubiertas de malezas. Raoul y Esperanza fueron descubiertas en 1793 por d'Entrecasteaux : la primera es designada en los mapas ingleses con el nombre de *Sunday ;* es una isla alta, triangular, selvosa y de trece millas de circumferencia, al paso que Esperanza no es mas que una peña desnuda y elevada. El capitan d'Urville reconoció estas islas en 1827, y le pareció que ninguna era habitada. Si la Nueva Zelandia debe su poblacion á emigraciones de los paises intertropicales, es probable que estos islotes sirvieron de estacion á las piraguas que ejecutaron la travesía de las islas Tonga á Ika-na-Mawi. Este archipiélago está situado entre los 29° 20' y los 31° 28' lat. S. y entre los 178° 43' y los 179° 36' lonj. E.

Nuestra navegacion entre el cabo Otou de la Nueva Zelandia y la isla Norfolk no ofreció ningun acontecimiento notable, á escepcion de una violenta ráfaga de viento del N. O., que nos fatigó sobremanera por espacio de dos dias. Lo mas desgraciado fué que impidieron á Pendleton el tocar en Norfolk como habia proyectado. Sin embargo pudímos distinguir su forma ; porque á 5 de abril pasámos á tres ó cuatro leguas de distancia, y en su parte meridional percibímos un grupo de los magníficos árboles conocidos bajo la denominacion vulgar de pino Norfolk (*araucaria excelsa*).

Cook descubrió Norfolk en octubre de 1774 y la halló desierta, aunque ostentando una lozana vejetacion en la que reconoció muchas especies de la Nueva Zelandia, especialmente el *phormium tenax* que crecia con un vigor muy notable. Una magnífica especie de pino perteneciente al jénero araucaria llamó la atencion de los naturalistas. Encontráronse en la isla muchas aves de la Nueva Zelandia, y se procuraron muchas palmas de palmitos, accedera silvestre, cerraja é hinojo marino. Las tripulaciones hicieron una pesca abundante.

En el mes de febrero de 1788, á cuya época se remonta el orijen de la colonia de la Nueva Gales del Sur, se formó en la isla Norfolk un establecimiento, y se probaron algunas plantaciones con un écsito superior á toda esperanza, que suministraba los mas ricos productos. En 1794 este pequeño apostadero pudo suministrar unas 11.000 fanegas de maíz á la colonia madre. Apesar del écsito de estas tentativas, uno de los últimos gobernadores hizo evacuar Norfolk por los presidarios y las tropas que le ocupaban, y solo hace algunos años que se ha destinado de nuevo esta isla para transformarla en un establecimiento penal para los grandes criminales.

La poblacion actual de Norfolk es de 800 personas, entre las cuales se cuentan 500 forzados y 124 militares, y los restantes empleados del gobierno. Los condenados construyen edificios, abren caminos, cultivan la hacienda pública y cortan árboles, siendo el maíz el producto principal.

La isla Norfolk tiene unas veinte y una millas de circumferencia, y está situada á los 29° 2' lat. S. y á los 165° 42' lonj. E. Su suelo es montuoso, y el monte Pitt, que es su punto culminante, tiene unos 1.100 pies de elevacion sobre el nivel del mar. Este monte es de una naturaleza basáltica, al paso que el resto de las rocas es una creta amarilla. Por acá y acullá se encuentran algunos fracmentos de una lava porosa y encarnada. La superficie jeneral de la isla es muy desigual y solo ofrece una serie confusa de prominencias y barrancos regados en su mayor parte de pequeños torrentes de un agua pura, aunque impregnada á veces de una cantidad bastante considerable de hierro. En la parte S. de Norfolk hay un islote, y á cuatro ó cinco millas de distancia en la misma direccion, una isleta montuosa de seis ú ocho millas de circuito que ha recibido el nombre de *Isla-Phillip*.

El ambiente de esta isla es muy puro, y el clima, bello y templado, semejante al de Portugal, pero sujeto á súbitas borrascas, especialmente en la parte del S. E. El suelo es de una fertilidad prodijiosa y puede prestarse al cultivo de todos los frutos y de todos los vejetales, sin em-

bargo es necesario poner los árboles á cubierto del viento del S. cuyo soplo les es mortal. La isla es cubierta de malezas densísimas y diversas especies de árboles entre los cuales hay algunos, como el pino de Norfolk, que se elevan á una altura de 220 pies y suministran maderas preciosas para diversos usos. Cierto médico inglés que residia últimamente en la isla midió uno de estos árboles cuyo diámetro era de once pies: á la altura de setenta y cinco pies tenia aun un diámetro de ocho pies; pero en aquel punto el tronco, hasta entonces perfectamente recto, empezaba á inclinarse lijeramente. La altura total del árbol era de doscientos cincuenta y un pies.

Cítase ademas en esta isla el *Blood-Wood* (madera de sangre), así llamado á causa de su color. Los limoneros, los guayabos, las viñas, los granos, los cafés y las higueras abundan actualmente en casi todos los barrancos de la isla donde se han propagado. Todos los granos pueden ser cultivados en ella con buen écsito; pero el azúcar y el tabaco producen á pedir de boca.

Norfolk cuenta muchos caminos que conducen al interior de la isla, sin los cuales el viajero podria estraviarse muy á menudo por razon de la espesura de las malezas. Los únicos cuadrúpedos silvestres son el gato y el raton y aun el primero ha sido introducido. El establecimiento está situado en la parte meridional donde es muy difícil el desembarque á causa de la resaca. Á veces ha habido embarcaciones que han estado muchas semanas en alta mar antes de poder desembarcar sus pasajeros y sus cargamentos. Hay ademas otro inconveniente, y consiste en las cercanías de un terreno pantanoso. Apesar de su fecundidad, Norfolk no será nunca mas que un punto insignificante, á causa de la falta completa de fondeaderos y la poca seguridad de sus costas.

Entre Norfolk y la Australia se encuentran dos isletas inhabitadas, á saber, la isla Howe, y la isla Middleton. La primera fué descubierta por Ball en 1788: es una tierra muy elevada, de dos leguas de estension del N. N. O. al S. S. E., y acompañada de una peña aislada y situada á tres leguas S. E. que ha recibido el nombre de *Pirámide de Ball*. La isla Howe se halla á los 31° 31' lat. S. y á los 156° 50' lonj. E.

La isla Middleton fué descubierta en 1788 por Shortland. Es una isla muy elevada con un pico muy notable; tiene unas veinte millas de estension del S. S. E. al N. N. O., y está situada á los 20° 10' lat. S. y á los 157° 30' lonj. E.

Entre las dos islas precedentes corren los peligrosos arrecifes de Middleton y Seringa-Patnam.

CAPITULO XVIII.

NUEVA CALEDONIA.

La travesía del *Oceánico* de la Nueva Zelandia á la Nueva Caledonia no fué señalada por ningun episodio notable. Hasta la altura de Norfolk los vientos del N. O. fatigaron sobremanera la embarcacion; pero mas allá se reprodujeron las brisas regulares del S. E. que nos impelian casi en popa. Así es que desde el 8 de abril reconocimos la isla de los Pinos, que costeámos á dos leguas de distancia. En sus playas se divisaban aquellos pinos de tan estraña forma que por tanto tiempo fueron objeto de la atencion de los camaradas de Cook (Pl. LII. — 3). Se sabe en la actualidad que constituyen una especie semejante á la que crece en la isla Norfolk. Despues de haber costeado esta isla, el *Oceánico* llevó el rumbo hácia el N., y al dia siguiente avistámos á los límites del horizonte las islas Britannia y Chabrol, que á seis ó siete leguas de distancia se ostentaban bajo el aspecto de una faja uniforme cortada en varios puntos á ángulos rectos como un muro guarnecido de almenas de trecho en trecho. Velejando en seguida hácia el O. S. O. percibiéronse las encumbradas montañas de la Nueva Caledonia, y á 10 de abril, despues de haber costeado de cerca los arrecifes que orillan el abra de Balada, el *Oceánico* entró en el canalizo á velas desplegadas, y dió fondo cerca de la isleta de Poudiou, á unas cuatrocientas toesas de la gran tierra.

Al penetrar en aquella ensenada, Pendleton deseaba cerciorarse de si el país ofrecia algun recurso comercial; supuesto que á vista de una playa que solo produce árboles marítimos, desesperó de encontrar refrescos y provisiones (Pl. LXII. — 1). Esta isla, efectivamente estéril é ingrata, parece formar un contraste con los archipiélagos situados bajo la misma latitud, y aunque con modificaciones notables, se parece mucho á la parte de la Australia á que corresponde su paralelo.

No bien habíamos anclado en la bahía, cuando se nos acercaron varias piraguas de naturales que en nada se parecian á la elegante forma de los de Tonga y de Viti y aun de Vanikoro. Estas piraguas mas bien figuraban una especie de cajas cuadrangulares que maniobraban muy mal y andaban todavía peor. Los naturales que las montaban eran Melanesios de tinte negro bastante cargado, estatura pequeña, cenceños, poco robustos y de un aspecto bastante mezquino. Despues de algunos instantes de duda, muchos de ellos pasaron á bordo y consintieron en trocar diversos objetos de hierro que llaman *pitiou*, aunque hacian mucho mas caso de las telas. Ha-



1. Palais d'Agagna.

1. Palacio de Agaña



2. Manière de Voyager à Guam.

2. Modo de Viajar en Guam

A. Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

bian traído consigo algunos cocos y cañas dulces que se negaron á ceder á ningun precio, lo que nos indicó al momento hasta que punto era pobre aquel país. Cuanto mas insistíamos en pedir aquellos objetos, mas nos manifestaban con sus jestos que les eran necesarios, dando á entender que estaban hambrientos, y mostrando sus panzas para indicarnos su tersura. Los cerdos les parecian desconocidos, y aun les hicieron algo de miedo. En cuanto á las gallinas, apenas se las mostraron, cuando imitaron el canto del gallo, lo que nos manifestó que tambien habia de ellos en su tierra.

En virtud de algunas entrevistas verificadas á bordo, decidímos desembarcar. Armámos el bote y desembarcámos en la playa cubierta por una muchedumbre de naturales procedentes de todas partes; y como se manifestaron pacíficos y tranquilos, nos aventurámos sin temor hasta una media milla en el interior de las tierras.

Vímos de paso muchas casas ya aisladas, ya en grupos de tres ó cuatro. Estas casas eran construídas sobre un modelo casi uniforme, es decir, que se parecian á grandes colmenas de nueve á diez pies de diámetro terminadas en punta (Pl. LIII. — 4). Tenia cada una una puerta de tres pies de alto sobre diez y ocho pulgadas de ancho, provista á veces de dos largueros adornados de una cabeza de hombre groseramente esculpida. Toda la armadura estaba sostenida por un poste central, y su estremidad superior salia por encima del techo único. Algunas de aquellas hutas eran circuídas de empalizadas de hojas de coco, plantadas á tres ó cuatro pies de distancia de las paredes de la casa. Junto á otras se alzaban pequeños terreros de un pie á diez y ocho pulgadas de altura, y superados en el centro por un monton de seis ú ocho pies de alto. Los isleños llamaban á aquellas especies de monumentos *nbouat*, é indicaban con bastante evidencia que eran sepulcros, inclinando de lado la cabeza, sosteniéndolo en su mano y cerrando los ojos para denotar que contenian muertos.

Al regresar al bote, hallábanse los isleños en la playa en número de dos ó trescientos, en aire pacífico, bien que algunos se manifestaron imprudentes rateros. Entre otros hubo uno que nos jugó una morisqueta bastante chistosa. Acababa de concluir con él un mercado relativo á un saquito lleno de piedras óvalas y lavadas para proyectiles de hondas. Desatólo de su cintura, y me lo tendia con una mano, parando la otra para recibir el precio acordado. La permuta se hacia regularmente, cuando un compinche que se hallaba á nuestras espaldas dió un grito tan agudo, que volvímos la cabeza, y este instante bastó para que el ladronzuelo desapareciese con su mercancía y la nuestra.

Por lo demas, feos, diformes y miserables, aquellos salvajes conservaban tambien la odiosa costumbre del canibalismo. Uno de ellos se puso á roer en nuestra presencia un hueso, que contenia un pedacito de carne. Ecsaminándole con alguna atencion, sospeché si era carne humana, y lo pregunté al que se lo comia. Lejos de ocultarlo me confesó sin empacho que era un fracmento de espalda que habia pertenecido á un jóven de quince á diez y seis años, indicándome para esto un mozo de esta edad y procurando darme á entender que era un pedazo verdaderamente delicado y esquisito.

De regreso á bordo no vímos ningun isleño. Habíanse mostrado rateros tan descarados, que Pendleton no pudo menos de arrojarlos á garrotazos. Entre ellos habia dos que no habiendo podido alcanzar á tiempo las piraguas ni nadar hácia la playa, regresaron á bordo, en donde se calentaban á la lumbre de la cocina; porque apesar de su alta latitud, las veladas y las noches son sumamente frias en la Nueva Caledonia. Aquellas jentes permanecieron algun tiempo bastante tranquilas; pero los marineros que las rodeaban, pensando continuamente en el gusto que tienen esos pueblos á la carne humana, acabaron por persuadirse que los mismos Ingleses eran caníbales, y que ellos estaban destinados á ser comidos. En cuanto se hubieron comunicado sus temores, desaparecieron súbitamente, y uno de ellos, apesar de los esfuerzos que se hicieron para desengañarles, se arrojó al mar por una porta, y otro fué á agazaparse en el ballenero suspendido del alcázar.

Deseando reconocer mas á fondo el país, Pendleton dió fondo al dia siguiente y al amanecer, acompañado de seis hombres bien armados: yo no pude menos de seguirle en aquella correría. Al principio atravesámos un terreno bastante bajo, donde se hallaban algunas plantaciones de patatas. Al pie de la montaña se nos reunieron cinco ó seis salvajes animados de unos sentimientos indudablemente benévolos, y sin que ni siquiera se lo pidiésemos nos servian de guias. A la tercera parte de la elevacion de la montaña observámos pequeños muros levantados por escalones, sosteniendo las tierras é impidiendo su derrumbamiento, cuyo jénero de industria al propio tiempo que nos sorprendió en un pueblo tan sumamente grosero, nos manifestó toda la rudeza del terreno. Apenas nos hallámos en medio de la montaña, cuando nuestros salvajes se detuvieron; no querian caminar mas y procuraban darnos á entender que los habitantes de la otra parte de la montaña eran enemigos que nos matarian. Toda nuestra contestacion se redujo á mostrarles nuestras armas, indicándoles que mataríamos á cuantos pretendiesen matarnos. Esta demostracion reanimó á tres de nuestros guias; pero los otros tres no se fiaron en ellas y em-

y emprendieron la retirada.

Empezaba el sol á vibrar sus rayos con vehemencia, y lo peor era que no teníamos una gota de agua para apagar nuestra sed. Es verdad que nuestros guias arrancaban los bretes del malvavisco; mas esta suerte de alucinar la necesidad nos pareció aun mas cruel que la necesidad misma. Probámoslo sin embargo, y habiéndolos encontrado de un gusto poco agradable, los arrojámos sin poderlos chupar. Caminando y descansando alternativamente, llegámos á la cumbre de la montaña que se remonta hasta cuatrocientas toesas de elevacion sobre el nivel del mar. Esta cumbre no era mas que una prolongacion de la gran cadena que atraviesa la isla en toda su lonjitud, y que se inclina por grados al E. S. E. hasta el punto culminante situado á quince leguas de distancia. En la parte que fuímos esplorando, encontrámos cuarzo, mica, una galacsia mas ó menos dura, chorlo verde, granatas, etc.

Desde la cumbre de aquella montaña, se estendia la vista hasta el fondeadero, su cinto de arrecifes y los rompientes que cierran á gran distancia la costa occidental. Por la parte del S. veíase á nuestras plantas un delicioso valle circuído de considerables plantaciones de cocos, á través de las cuales se percibia la humareda de las hutas que se remontaba á las nubes en línea espiral. Veíanse asimismo espaciosos campos que argüían un terreno mas pingüe y populoso que el vecino vertiente de nuestro surjidero. Despues de haber andado mucho en direccion al S. O., hallámos á dos hombres y un niño sentados en el fondo de una gruta natural y ocupados en tostar raíces, de las que nos ofrecian una porcion. La una de aquellas raíces que apellidaban *pawa*, se asemejaba á la de la cotufa, y las otras me parecieron pertenecer al *dolichos tuberosus*. No muy lejos de aquel sitio se hallaba un pequeño manantial de agua dulce, junto al cual hicímos un frugal desayuno con bizcocho y queso. Nuestros guias se cebaban en el bizcocho á sus anchuras, pero no gustaron del queso ni de nuestras bebidas espirituosas. Iban pues comiendo y refrijerándose en la fuente de un modo harto singular: inclinaban el rostro al agua, á dos ó tres pies de distancia arrojábanse el agua á la cara y recojian la que entraba en su boca abierta. De cuando en cuando se acercaban á los Europeos, palpaban las partes carnudas de sus brazos y de sus piernas, y articulaban la palabra *kaparak* con cierto grito de admiracion mezclada de sensualidad. Quién sabe si esta esclamacion era tan solo el resultado de su curiosidad, ó de la reflecsion que tales carnes podrian constituir un opíparo banquete? Lo cierto es que aquellos miserables se clareaban de hambre, puesto que no satisfechos aun con una parte considerable de nuestros víveres y una enorme cantidad de tubérculos, echaron á comer á dos carrillos guesos pedazos de galacsia tierna de un color verdoso. Al principio creíamos que era una simple humorada, un resabio de uno ó dos salvajes; pero fácilmente reconocímos que aquel gusto depravado era jeneral, y que aquella raza era jeógafa. En sentir de Labillardière, si bien esa galacsia no puede suministrar ningun suco nutricio, no podia dejar de ser útil á unos hombres espuestos á largas privaciones alimenticias, por cuanto morijera el sentimiento del hambre, rellenando el estómago y sustentando las vísceras prendidas del diafragma.

Habiendo la caravana continuado su camino, encontrámos á algunos centenares de pasos mas lejos dos ó tres mujeres que nos salieron al encuentro entonando canciones de alegría. El canto no carecia de compás, pero su discordancia era increíble. Para recompensar á aquellas sirenas, Pendleton les hizo algunos presentes á los que junté por mi parte un par de tijeras. Quise mostrarles su uso, á cuyo objeto me acerqué á la mas jóven para cortarle un mechon de cabellos; pero la pobre niña echó á llorar creyendo que queria quitarle la vida. Su padre me comprendió mejor, confortóla, cojió las tijeras y las probó inmediatamente con cierto orgullo. Los habitantes de aquellas alturas, mas flacos y mas desmirriados que los de la llanura, parecian vivir igualmente sumidos en una gran miseria. Esta diferencia sin duda dependerá de la mayor esterilidad del suelo. En efecto, los árboles que se hallan en la mesa de la montaña no medran y se transforman en arbustos. El *melaleuca latifolia*, que en las playas del mar se remonta hasta treinta ó cuarenta pies de altura, apenas llega en aquellas prominencias á tres ó cuatro pies. La única ventaja que se encuentra en ellas consiste en no verse incomodado por los músticos que abundan en las rejiones interiores.

A la vuelta recojí en la pendiente de una peña faces de chorlo verde en una galacsia bastante tierna, y un poco mas bajo pequeños fracmentos de cristal de roca muy transparentes. La galacsia que yo traía fué en la playa objeto de la codicia de los naturales hambrientos. Se la dímos sin dificultad, ni mas ni menos que el resto de nuestros víveres, y devoraron el todo con mucha avidez.

Habíamos podido ya observar que entre aquellos individuos habia algunos llamados *Tea-bou-mas*, que parecian ejercer cierta influencia sobre los otros, sin tener sin embargo una autoridad directa. No pocas veces nos habíamos dirijido á ellos paraque procurasen reprimir la osadía de los naturales, mas su poder nunca fué bastante parte á obtener la obediencia sobre este particular. A nuestro regreso á bordo, aque-

llos tea-boumas nos presentaron un jefe al que dieron el título de *aliki*, dándonos á entender que era un caudillo muy distinguido que venia á visitarnos. Pendleton hizo á aquel sujeto algunos presentes que nos captaron su amistad. Cuando se hubo familiarizado bastante, procurámos darle á comprender que nuestro objeto consistia en verificar algunas incursiones interiores, y que deseábamos que nos asegurasen sin empacho si podríamos recorrer la isla con toda seguridad. Los jestos con que nos contestaron parecian significar que nos otorgaban su proteccion; pero esta proteccion podia ser eficaz? Esto nos pareció sumamente dudoso. Por lo demas, el aliki regaló á Pendleton una especie de machete fabricado con una pieza ovalada de serpentina bruñida perfectamente, afilada en el corte y ajustada á un mango de madera. Uno de aquellos teaboumas nos insinuó que aquel instrumento llamado *nbouat* como sus sepulcros, servia para descuartizar los enemigos muertos en el combate, y se ofreció á mostrarnos teóricamente el instrumento en la persona de uno de nuestros marinos que á sus instancias se tendió de espaldas. El salvaje principió á simular un combate, en el que se finjió que el muerto habia sucumbido á impulsos de su sagaya y de su macana; á esta hazaña sucedió una danza guerrera, y finjiendo despanzurrar al vencido con el nbouat, arrancóle las entrañas con una especie de tenedor de dos dientes fabricado con dos huesos de cúbito humanos, y los arrojó á lo lejos. Continuó esta pantomima arrancando los órganos secsuales que el vencedor reservaba para sí, cortando las piernas y los brazos por la parte de las articulaciones, y distribuyéndolos, ni mas ni menos que el resto del cuerpo entre los diversos combatientes que se los llevaban á sus hogares. La carne de los brazos y de las piernas era cortada por tajadas de una ó dos pulgadas de espesor, y las partes musculosas eran las mas apreciadas. Todo esto nos lo indicaba el bravo tea-bouma por medio de jestos sumamente espresivos y un lijero silbido acompañado de muchas dentelladas semejantes á las que podria hacer un gastrónomo que acaba de probar un sabroso plato. Segun esta pantomima, no cabia la menor duda de que aquel pueblo era caníbal por gusto, y no podíamos hacernos ilusion sobre la naturaleza de sus jestos, cuando estrujaron de nuevo los miembros blancos y rollizos de nuestros jóvenes marineros.

Apesar de este descubrimiento poco evidente, no dejámos de continuar nuestros reconocimientos en el país. Dirijiólos Pendleton en persona procurando doblar nuestra escolta y dar la órden á los botes que no se acercasen á tierra durante su ausencia. Por lo que á nosotros hace, desembarcados desde las cuatro de la madrugada nos dirijímos hácia el O. y entrámos en un bosque donde matámos algunos pájaros, entre ellos una especie de urraca de un hermosísimo plumaje, enteramente negro, á escepcion de la parte superior del lomo, del vientre y del cuello que son blancos. Despues de una caminata de media hora avistámos una aldea de muchas casas, y junto á una de ellas se alzaba un monton de huesos humanos, entre los cuales habia algunos que esperimentaran la accion del fuego. A las márjenes de un arroyo habia algunas débiles plantaciones de dos especies de taro, á saber, el *arum esculentum* y el *arum macrohizon*, tiernos bananos y plantíos de caña dulce.

A media milla mas lejos encontrámos una aldea considerable, situada en la ribera de un riachuelo que llegaba del Sud. Veíanse en ella varias mujeres ocupadas en cocer los alimentos en un gran pote sostenido por un trípode compuesto de tres gruesos guijarros. Consistian los alimentos en cortezas de árboles y diversas especies de raíces. Junto á aquella aldea encontrámos al aliki nuestro protector con dos de sus camaradas, y como nos hallábamos á poca distancia de su domicilio, nos instó reiteradas veces paraque entrásemos en él. Algunas mujeres estaban ocupadas en tostar los frutos de una enorme higuera que sombreaba la habitacion.

Continuámos siguiendo el curso ascendente del rio, y encontrámos sucesivamente varios declives mas y mas tiesos, viéndonos obligados á veces á trepar rocas escarpadas. En tan penosos pasos, los guias salvajes se mostraban muy obsequiosos, y llevaban los bagajes y nos sostenian por el brazo. Llegados á la cumbre de la cordillera, manifestaron una deferencia aun mayor. Estenuados de sed y ardiendo en deseos de desayunarnos, pedímos agua, y en el espacio de veinte minutos fueron á buscar de ella en un barranco situado á doscientas toesas mas abajo. A fin de indemnizarles su trabajo les dímos bizcocho y tocino fresco que comieron con sumo placer, pero despreciaron la salazon.

Al otro lado de la montaña encontró la caravana un canal profundo, que penetrando bajo la roca servia de ensenada á las piraguas de los isleños. El aliki que se habia mezclado en nuestra escolta tomó una de ellas y atravesámos el canal. Alzábanse al otro lado algunas hutas arruinadas con plantaciones devastadas sin duda por la guerra. Distaba aquel sitio unas cinco leguas del fondeadero. Entonces nos encaminámos al S. E. para reconocer una vasta llanada que habíamos visto de lejos en nuestro primer reconocimiento, y para llegar á ella tuvímos que atravesar un delicioso vallecillo plantado de palmas de palmitos y de aleuritas tan verdes, tan frescas y tan bien alineadas, que no parecia sino que eran arregladas por la mano del hombre.

En seguida tomámos un sendero que nos condujo á la gran llanura surcada por el canal.

Allí mudámos de guias. El aliki y sus compañeros mostrándonos con un jesto significativo el sol á punto de ponerse, siguieron la direccion de sus chozas, y otros salvajes de la llanura se encargaron de nuestra conducta. Hallábase entre ellos un individuo tuerto y estropeado que habíamos visto á bordo, y que mostró mucha satisfaccion por hacernos los honores de su territorio. De esta suerte la caravana andó una legua dejando á cada lado del camino varias hutas esparcidas y circundadas de cocos; y despues de un corto alto junto á una casa donde se cojieron cocos, penetró hasta los bordes del canal que consiste en un simple brazo de mar de un agua perfectamente salada que se internaba mucho en las tierras.

Nada escitaba mas nuestra curiosidad en aquella monótona llanura, y como iba á caer la noche nos pareció mas prudente ir á acampar en la montaña. Escojímos una deliciosa colina en cuya cima habia tres soportales circulares, á la sazon desiertos, y situados al borde de una marisma circuída de *hibiscus tiliaseus* y de plantaciones de batatas. Era ya casi noche cuando llegámos á ellos, y ya podíamos observar de un lado el móvil canal del *Oceánico*, y de otro los fuegos immóviles de los salvajes. Como en aquella altura se hacia sentir el frio, encendímos una grande hoguera que los centinelas atizaban durante la noche. Ningun incidente desagradable turbó aquel campamento nocturno; únicamente al rayar el alba tres salvajes, que parecian salirnos al encuentro á paso lento, se retiraron amedrentados por los gritos de nuestras postas.

No se pasó con tanta tranquilidad el dia siguiente. Desde las primeras horas de caminar, uno de nuestros compañeros se separó del grueso de la cuadrilla, encontró inopinadamente un salvaje que tomó una actitud amenazadora y blandió su lanza sobre él, y á no ser por nuestra presencia, quizá hubiese llevado á cabo sus esperanzas. Pero á vista de nosotros se contentó con ecsaminar nuestras armas y nuestros vestidos, despues de lo cual se retiró á la selva. A mayor distancia encontrámos una casa habitada por una familia entera, donde nos salió al encuentro un hombre presentándonos una máscara de madera de coco y esculpida con mucho arte. Es verdad que no habia ningun agujero para los ojos, pero sí para la boca, y no pudímos dudar del empleo de aquel objeto cuando el natural se lo aplicó al rostro. En cuanto á las mujeres, estaban ocupadas en cocer higos, que denominaban *ouïou*, en una olla sin agua para quitarles la calidad corrosiva que tendrian en el estado natural. Finalmente los niños se saboreaban en unas arañas muy comunes en aquellas islas, despues de haberlas hecho tostar un momento sobre las ascuas. Estas arañas, en que pululan los bosques, tienden unas telas tan compactas y numerosas, que oponen un verdadero obstáculo al pasajero. No lejos de aquella casa habitada habia otra aislada y desierta, circuída de empalizadas y flanqueada de una serie de columnas de madera. Cada una de aquellas columnas tenia un pie de anchura y nueve de alto y el remate era superado de una cabeza humana groseramente esculpida: era una sepultura de familia. A su lado se estendia una tierra pantanosa que á la sazon desmontaban algunos naturales, hombres y mujeres, sirviéndose de un instrumento de madera dura, provisto de un mango encorvado y puntiagudo, y quizá destinado á un doble objeto, el de azadon y arma (Pl. LIII. — 2).

Antes de llegar á la playa, hicímos de nuevo la esperiencia del precio que los naturales atribuyen á sus víveres, y sobre todo á sus cocos. Acababa de llegar la caravana, moribunda de sed, junto á unas cabañas circuídas de hermosos cocos: así que Pendleton se esforzó en hacerla refrijerar. En consecuencia mostró á los naturales un hacha y algunos cuchillos, esplicándoles que pretendia en cambio veinte cocos. Esta permuta era magnífica: en cualquier otra isla no solo se hubieran dado veinte, sino hasta doscientos cocos en retribucion de los objetos propuestos. Sin embargo aquellos salvajes titubearon: congregáronse en consejo y al fin decidieron uno de ellos se encaramó como un mono á un coco, y desde su copa arrojó el número de frutos convenidos. A medida que bebíamos agua, los niños se apoderaban de la cáscara para comerse la corteza aun tierna, pero de un gusto acerbo é intolerable.

Estábamos á algunos centenares de toesas de la playa, cuando el estampido de muchos fusilazos nos atajó el paso por temor de que hubiese sobrevenido alguna ocurrencia desagradable. Sin embargo todo el suceso se redujo á lo siguiente. Habiéndonos el segundo del *Oceánico* visto bajar de lejos de una pequeña eminencia, envió un ballenero armado con seis marineros para recibirnos en la playa, quienes se ocupaban en pescar con la red á lo largo de la costa que era sumamente abundante de pesca. A vista de lo lisonjero que era esta, los treinta ó cuarenta naturales presentes sintieron deseos de apropiársela. Los marineros defendieron su bien como era natural, pero su resistencia dió márjen á una lucha en que los salvajes hirieron á dos marinos á pedradas. Contestaron los marinos á mosquetazos retirándose con la embarcacion, y á este tiempo aparecímos nosotros con nuestra escolta armada de fusiles, cuya circunstancia cambió repentinamente la faz del combate. Reuniéronse

los marineros, y los salvajes se fugaron por todas partes en el mayor desórden. Habia entre ellos un anciano, uno de los Tea-boumas que acostumbraban venir á bordo, y que tuvo la presencia de ánimo de cojer una rama de coco y adelantarse hácia Pendleton con calma y gravedad, cual para pedir la paz. Tendióle Pendleton la mano, díjole que no tenia inconveniente en hacer la paz, pero que sus compañeros se habian portado con sus jentes como ladrones descarados. « Es verdad, replicó el Tea-bouma, son miserables *kaias* (ladrones); matadlos, matadlos: yo mismo os ayudaré, y nos los comerémos juntos. » No sabiendo que contestar á esto, echámos á reir y nos llevámos á bordo al Tea-bouma, contento de sí mismo y de nosotros.

No bien habia transcurrido un cuarto de hora, cuando se acercaron al buque seis piraguas reclamándonos el Tea-bouma. Temian los isleños que le guardábamos prisionero con objeto de asarlo para la mesa del capitan. Así es que cuando el salvaje apareció en el filarete, resonó por ambas partes un grito de alegría, y manifestó un profundo silencio. Entonces el Tea-bouma espetó una arenga á los suyos para echarles en cara su conducta hácia nosotros; á lo cual se levantó del medio de las piraguas otro Tea-bouma, respondiendo con otra alocucion semejante. Mientras que los sermoneaban de esta suerte, los salvajes sacudian la cabeza de cuando en cuando, cual para acceder á cuanto decian sus jefes. Concluídos estos preliminares, nuestro Tea-bouma se dirijió á nosotros, y á lo que pudímos comprender por sus jestos, suplicónos que nos diésemos por satisfechos de la venganza que habíamos tomado de los naturales, añadiendo que uno de ellos habia muerto. A todo consintió Pendleton haciendo un signo de cabeza, y las piraguas empezaron á circular en torno del buque para probar si habíamos cometido algun acto de venganza. Al dia siguiente, 16 de abril, el *Oceánico* se hacia á la vela muy de mañana.

CAPITULO XIX.

NUEVA CALEDONIA. — HISTORIA. — HABITANTES. — PRODUCCIONES.

El capitan Cook fué el primero que á 4 de setiembre de 1774 avistó esta grande isla á la altura del abra de Balada, donde pasó ocho dias. Las relaciones que tuvo con los naturales durante su recalada fueron de la naturaleza mas amigable, de lo que se deduce que Cook y Forster trazaron respectivamente de estas tribus el cuadro mas lisonjero. Ni uno ni otro sospecharon que fuesen antropófagos; por lo contrario, Forster encomia con frecuencia su confianza y su buena fé, y hace con respecto á los mismos las observaciones siguientes.

« Despues de habernos apeado en el punto en que desembarcámos la víspera, costeámos la playa, que era arenosa y limitada por una selva de árboles silvestres. En breve llegámos á una cabaña desde donde se estendian algunas plantaciones hasta tras la playa y la selva, y en seguida recorrímos un canal que regaba las plantaciones, pero de un agua muy salobre. Allende trepámos un collado que teníamos cerca, y donde el país parecia cambiado. La llanura estaba revestida de una capa lijera de tierra vejetal, sobre la que se habian esparcido mariscos y trozos de corales para margarla, por razon de su escesiva sequedad. La eminencia al contrario era una peña compuesta de cascajos de cuarzo ó de mica, entre los cuales crecian yerbas secas de unos dos ó tres pies de altura, pero tan poco apiñadas, que las unas distaban quince ó veinte pértigas de las otras. Vímos muchos y copados árboles negros en la raíz, que tenian una corteza sumamente blanca, con hojas largas y estrechas como nuestros sauces, pertenecientes á la especie denominada por Lineo *melaleuca leucadendra*, y por Rumphius *arbor alba*. Este último escritor dice que los habitantes de las Molucas estraen aceite de cajeput de las hojas que son en estremo odoríferas. En aquel collado no se veía el menor arbusto, y la vista podia estenderse á gran distancia sin ser interrumpida por los bosques. Desde allí distinguímos una serie de árboles y de arbustos frondosos que se dilataba desde la orilla del mar en direccion á las montañas.

En breve tiempo llegámos al arroyo, de cuya agua llenámos nuestros barriles. Las márjenes estaban guarnecidas de mangles á cuyas espaldas se veían un corto número de plantas y árboles ocupando un trecho de quince ó veinte pies, revestido de una capa de estiércol vejetal cargado de humedad y de un lecho verdoso de grama, donde la vista se placia en detenerse, despues de haber contemplado una comarca abrasada y estéril. Los arbolillos que orillaban la costa nos ofrecian algunas riquezas en historia natural, á saber, plantas desconocidas y una gran variedad de diferentes clases, que en su mayor parte eran todas nuevas; pero el carácter de los naturales y su conducta nos complacieron mas que todo lo demas. El número de los que percibímos era poco considerable, y sus habitaciones estaban muy desparramadas. Comunmente encontrábamos dos ó tres casas, situadas unas junto á otras á la sombra de un grupo de copadas higueras, cuyas ramas estaban tan entrelazadas que apenas se percibia el firmamento á través del follaje; una agradable frescura reinaba siempre

al rededor de las cabañas. Esta deliciosa posicion les procuraba otra ventaja ; porque continuamente revoloteaban en torno de la copa de los árboles millares de pajarillos , donde se ponian á cubierto de los ardientes rayos del sol. El gorjeo de los pajarillos producia un concierto delicioso y causaba un vivo placer á todos cuantos gustan de tan sencilla música. Los habitantes mismos se sentaban al pie de los árboles que de la parte superior del tallo empujan muchas raíces tan redondas como si fuesen hechas al torno , y se internan en tierra á diez , quince ó veinte pies de largo , despues de haber formado una linea recta muy ecsacta y en estremo elástica , y no menos tendida que la cuerda de un arco en el momento en que va á partir la flecha. Parece que de la sustancia de aquellos árboles hacen los pedacitos de tela que les sirven de taparabos.

« Enseñáronnos algunas voces de su lengua que no tenia relacion alguna con las de las otras islas. Su carácter era dulce y pacífico , pero muy indolente ; raras veces nos acompañaban en nuestras correrías. Cuando pasábamos junto á sus hutas , y les haciamos algunas preguntas , contestaban sin reparo ; pero si continuábamos nuestro camino sin dirijirles la palabra , no nos prestaban ninguna atencion. Sin embargo las mujeres eran algo mas curiosas y se ocultaban en las malezas para atisbarnos ; pero no se atrevian á acercarse mas que en presencia de los hombres.

« No se manifestaron enojados ni amedrentados porque matásemos pájaros á fusilazos ; al contrario cuando nos acercábamos á sus domicilios , los jóvenes no se descuidaban de enseñarnos algunos por tener el placer de vernos tirar. Pareció que en aquella estacion estaban muy poco ocupados ; habian abonado la tierra y plantado raíces y bananos , cuya cosecha aguardaban el verano siguiente. Quizás por este motivo no se hallaban en estado de vender sus provisiones como en otro tiempo ; puesto que por otra parte es de creer que conocen los principios de la hospitalidad que constituyen á los isleños del mar del Sur tan interesantes para los viajeros. »

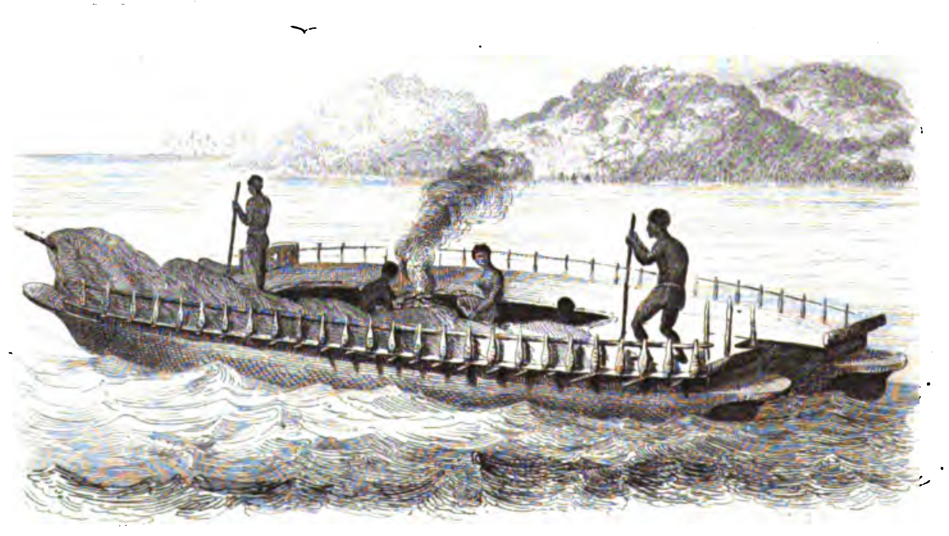
Otro dia Forster hizo las observaciones siguientes :

« Al desembarcar tropezámos en la playa con una enorme mole irregular de peña de diez pies cúbicos de cuarzo de un grano consistente y esplendente de granatas algo mas gruesas que cabezas de alfileres. Este descubrimiento nos persuadió mas que no faltan minerales preciosos en aquella isla , que en la parte que habíamos reconocido ya diferia de todas cuantas ecsamináramos con respecto á su falta de producciones volcánicas. Despues de habernos internado en los densísimos bosques que orillaban la costa , encontrámos tiernos árboles de pan , que todavía no eran bastante gruesos para dar frutos ; pero parecian haber nacido sin cultivo , y quizás son los árboles indíjenas silvestres de la comarca.... Separéme de mis camaradas ; tomé un camino arenoso y orillado á ambos lados de enredaderas y árboles odoríferos , que parecia haber sido lecho de un arroyo , y que me condujo á un grupo de dos ó tres hutas circuídas de cocos. A la entrada de una de ellas observé un hombre sentado , teniendo en su regazo una niña de ocho ó diez años cuya cabeza estaba ecsaminando. Al principio sintió alguna sorpresa al verme ; pero recobrando en breve su tranquilidad continuó su operacion : tenia en la mano un pedazo de cuarzo transparente , y como uno de los cortes era afilado , servíase de él en lugar de tijeras para cortar el pelo de la niña. Regalé á entrambos algunos granitos de vidrio negro, lo que les contentó sobremanera. Entonces pasé á las otras cabañas , y encontré á dos tan cercanas una á otra , que ocupaban juntas un espacio de diez pies en cuadro rodeado en parte de setos. Tres mujeres , la una de mediana edad , la segunda y la tercera algo mas jóvenes , encendian fuego bajo una de las grandes ollas mencionadas ; mas en cuanto me echaron de ver me hicieron señas indicando que me alejase , bien que yo deseando conocer su modo de guisar los alimentos , no hice ningun caso. La olla estaba llena de yerbas secas y hojas verdes en que se hallaban envueltas algunas batatas ; tal vez las cuecen á veces bajo un monton de tierra entre piedras cálidas , como en Taiti. No sin oponer algunas dificultades me permitieron ecsaminar su olla , indicáronme de nuevo por señas que me alejase , mostrándome sus cabañas y aplicando sus dedos repetidas veces á su gaznate ; mas juzgando que si llegaban á sorprenderlas solas en compañía de un estranjero , las quitarian la vida , abandonélas y tendí una furtiva mirada sobre aquellas cabañas que estaban del todo vacías. Al penetrar de nuevo en el bosque encontré al Dr. Sparmann , y nos encaminámos de nuevo hácia las mujeres , á fin de convencerme si habia interpretado bien sus señas. Hallábanse todavía en el mismo puesto ; ofrecímoslas al momento algunos granos de rocalla que aceptaron sin titubear y con grandes demostraciones de alegría ; pero lejos de cesar en sus señas , agregaron á ellas las instancias y las súplicas hasta que nos alejámos. Algun tiempo despues alcanzámos á nuestros camaradas restantes , y como teníamos mucha sed pedí por agua al hombre que cortaba los cabellos de la niña , y en consecuencia me designó un árbol del que pendian una docena de cáscaras de nueces de cocos llenas de agua dulce , lo que nos pareció un poco raro en aquel país. Regresámos



3. [illegible] l'Île des Pins à la Nouvelle Calédonie.

3 Pais en la Isla de los Pinos en Nueva Caledonia.



4. [illegible] double de la Nouvelle Calédonie.

4 Piragua doble de Nueva Caledonia

por fin á la aguada por tierra y en chalupa, matando de paso muchos pájaros curiosos de aquella isla, entre los cuales habia una especie de corneja comun en Europa. Habia en la aguada un número considerable de naturales; algunos por un pedacito de tela de Taiti nos llevaron en hombros por espacio de cuarenta pértigas al salir de la chalupa ó al entrar en ella, por razon del poco fondo del agua para que los bateles pudiesen llegar hasta la playa, donde percibimos algunas mujeres que sin temer á los hombres se metian entre la muchedumbre y se complacian en corresponder á las carantoñas y galanteos de los marineros. Invitábanles á ir detras de las malezas; pero en cuanto empezaban á seguirlas, se fugaban con tanta velocidad que no podian ser alcanzadas. De esta suerte se complacian en frustrar los deseos de sus adoradores, y reir á carcajada suelta siempre que jugaban semejante morisqueta.»

Cierto dia Cook despachó una embarcacion á la isla Balabea, situada á cuatro ó cinco leguas de distancia del fondeadero. El jefe de Balabea, llamado Tea-Paï, y todos los habitantes se congregaron en la playa para recibir á los Ingleses y entablaron relaciones las mas satisfactorias. Deseando ponerse á cubierto de toda sorpresa, los oficiales de la embarcacion trazaron una linea de demarcacion en la arena é intimaron á los naturales que por ningun pretesto salvasen aquella valla. Los salvajes se conformaron á aquella prevencion; pero uno de ellos en breve la parodió: tenia algunas nueces de coco que un marino deseaba comprar, pero que no juzgó á propósito vender. En consecuencia se retiró, y viendo que el comprador le seguia la pista, trazó un círculo á su alrededor en la arena, y mandó al Europeo que no pasase adelante.

El aspecto jeneral de Balabea se asemejaba al del país de los alrededores del fondeadero; pero el terreno era mas pingüe y mas bien cultivado, y sobre todo cubierto de un gran número de cocos. Los habitantes pertenecian igualmente á la misma raza; su carácter era dulce y benévolo, y con mucho gusto trocaron sus armas contra algunas bujerías de hierro ó telas de Taiti.

Por la noche el destacamento inglés se retiró bajo unas malezas para cenar con el pescado que habia comprado. Algunos naturales se plantaron junto al oficial, y le hablaron de una gran tierra que decian situada al N. y que denominaban *Mingha*. Sus habitantes eran enemigos suyos; avezados á la guerra hacian frecuentes incursiones á la Nueva Caledonia, y un salvaje indicó un *tumulus* donde estaba sepultado un jefe muerto por los guerreros de Mingha. Entretanto los marineros empezaron á cenar, y como uno de ellos roia un hueso de buey salado, los salvajes, tranquilos hasta entonces, pusiéronse á confabular entre sí con cierta inquietud; atisbaron á los Ingleses con cierto aire de sorpresa y de indignacion, y acabaron por desfilar todos, manifestando por señas que les sospechaban de comer carne humana. En vano se procuró desengañarles, pues no quisieron escuchar razones. Por otra parte hubiera sido sumamente difícil conseguirlo, porque en toda su vida no habian visto cuadrúpedo alguno.

Despues de haber abandonado el abra de Balada, Cook siguió toda la costa N. E. de la Nueva Caledonia, pero siempre á una distancia considerable. El 23 alcanzó la punta S. E. formada por un encumbrado promontorio, y avistó una isla elevada y harto espaciosa donde echó de ver algunos objetos parecidos á columnas aisladas ó reunidas en grupos. Empero, apenas desembarcó, cuando reconoció que era una especie de pino propio para suministrar maderas de arboladuras. Las ramas crecian al rededor del tallo formando pequeñas mazorcas; raras veces escedian los diez pies de lonjitud, y comparativamente eran muy delgadas, cuya circunstancia era precisamente la que comunicaba á aquellos árboles una forma estraordinaria. Cook hizo cortar muchos para subvenir á las necesidades de su buque, y abandonó definitivamente aquellas tierras, dejando á la última el nombre de *Isla de los Pinos*. (PL. LII.— 3).

En 1792 d'Entrecasteaux completó el reconocimiento del capitan inglés. Dió principio á ella cerca de la isla de los Pinos, orilló los rompientes que bordan en toda su estension la costa del S. O., y averiguó que aquella barrera enemiga se estendia á unas 170 millas N. O. de la parte septentrional de la Nueva Caledonia. Esta empresa peligrosa colmó de honor al comandante francés, tanto mas cuanto no podia esperarse ningun episodio brillante ni menos ninguna observacion curiosa. Al año siguiente fondeó en el abra de Balada, y pasó en ella tres semanas, durante las cuales falleció el capitan Heon de Kermadec, cuyo cuerpo, sin saberlo los salvajes, fué inhumado en la isleta de Poudiou.

En sus relaciones diarias los naturales se mostraron rateros, ájiles, osados y emprendedores. Varias veces insultaron á los Franceses, que se vieron obligados á recurrir á las armas de fuego. Ademas no faltaron muchas pruebas de que eran caníbales. Asimismo el cuadro que los Franceses trazaron de aquellos pueblos difiere enteramente de las descripciones dejadas por Cook y Forster. Para descifrar semejantes contradicciones, es preciso confesar que aquellos minghas, que los naturales de Balabea habian indicado como antropófagos, hicieron poco despues del paso de Cook la conquista de la parte

septentrional de la Nueva Caledonia, espulsando y acuchillando á sus pacíficos moradores. Lo que mas parece robustecer esta hipótesis son los vestijios recientes de pillaje, de ruínas y de incendios que observó Labillardière en toda la superficie del suelo durante el curso de sus numerosas escursiones.

Al dejar el abra Balada, d'Entrecasteaux dirijió el rumbo al S. y reconoció la parte oriental de los rompientes cuyo borde occidental habia esplorado el año anterior y luego abandonó este archipiélago. Despues de Cook y d'Entrecasteaux, no parece que se haya hecho reconocimiento alguno auténtico sobre la Nueva Caledonia; solamente se sabe que el capitan del *Buffalo*, Kent, descubrió en 1793, á través de los escollos de la parte S. O., una magnífica ensenada en la que permaneció seis semanas y á la cual aplicó el nombre de *Puerto San Vicente*. En ella le abastecieron abundantemente los isleños de cañas dulces, batatas y pescado, en cambio de lo que se les daba; pero lo que parecia que preferian á todo era el lienzo comun, despreciando el hierro, cuyo uso les era desconocido.

Dudaban algunos jeógrafos que los enormes escollos que rodean esta tierra en su parte N. terminasen efectivamente en el punto qué los abandonó d'Entrecasteaux. En 1827 resolvió el capitan d'Urville este problema, y manifestó que en lugar de prolongarse los tales escollos hácia el N., forman, por el contrario, en aquel punto un arquillo cóncavo, en el que faltó poco que se estrellase el *Astrolabio* arrastrado por las impetuosas corrientes.

En resumidas cuentas la Nueva Caledonia forma una isla de unas doscientas millas de lonjitud del S. E. al N. O. sobre unas veinte y cinco á treinta de uniforme anchura, de modo que en el mapa tiene la forma de un largo intestino ó bien de una especie de holoturia atravesada en toda su lonjitud por una gran cordillera de encumbradísimas montañas. En la parte del N. E. los escollos distan jeneralmente muy poco de la costa; pero en el lado opuesto forman una barrera no interrumpida que muchas veces se interna hasta ocho ó diez millas de la playa. Estiéndense estos escollos á treinta millas de la punta meridional, formando en la parte septentrional una especie de prolongacion de ciento sesenta millas de lonjitud, en la cual se ven esparcidas algunas islas bajas y pobladas á las que Cook y d'Entrecasteaux impusieran los nombres de *Balabea*, *Moluca*, *Reconocimiento*, *Sorpresa* y *Touou*, de las cuales las mayores tienen unas seis millas de estension; aunque á treinta millas S. E. de la punta S. se levanta la isla de los Pinos, elevada, poblada y muy selvosa, y cuya circumferencia es almenos de treinta millas. La isla de la Nueva Caledonia propiamente tal se estiende entre los 20° 10' y los 22° 30' lat. S. y entre los 161° 30' y los 164° 32' lonj. E.; pero el archipiélago entero con todos sus islotes y escollos está comprendido entre los 17° 53' y los 23° 4' lat. y entre los 160° 17' y los 165° 6' lonj. E.

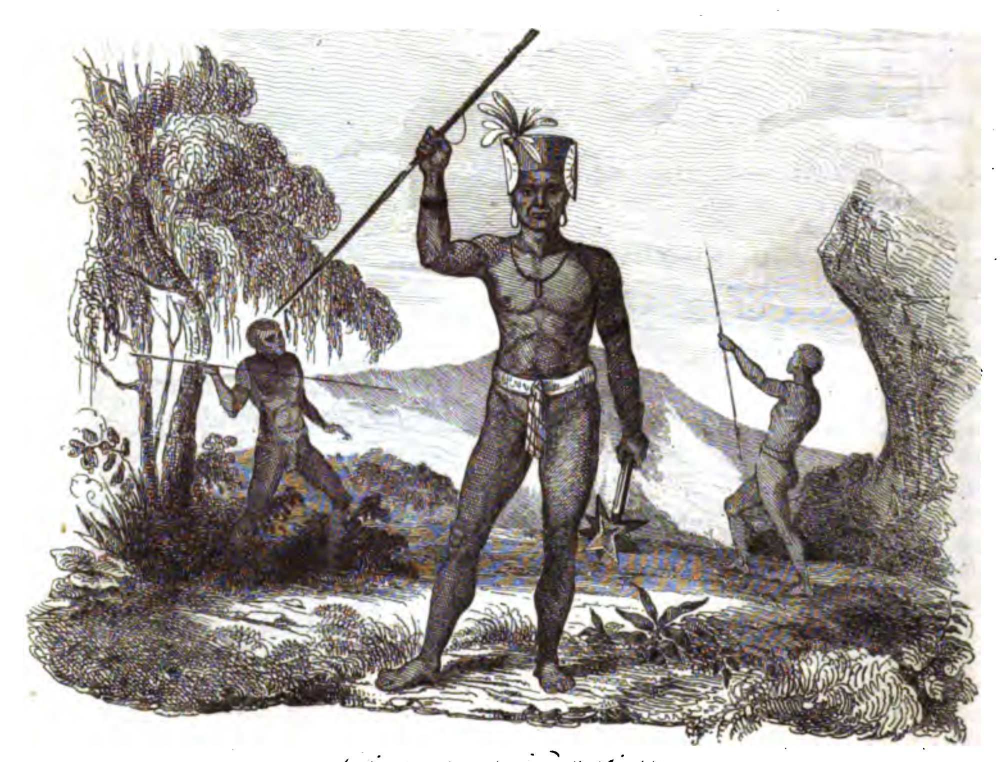
Segun Cook, los habitantes de la Nueva Caledonia se parecen mucho á los isleños de Tanna, de quienes hemos hablado ya, con la sola diferencia que los primeros tienen las facciones mas regulares y el aspecto mas agradable. Por lo demas, tienen como ellos los labios gruesos, la nariz chata, el cútis bronceado, y aun mucho mas por el uso que tienen de cargarlo con una especie de tinte negro, especialmente en la cara. Tienen el pelo ritado y crespo, tanto el de la barba como el de la cabeza, y algunos de ellos se lo dejan crecer y se lo sujetan en la mollera, aunque otros solo se dejan un mechon en cada lado, anudándoselos entre sí con sumo esmero, y finalmente otros, entre ellos las mujeres, los traen muy cortos.

Estos hombres son jeneralmente de estatura regular y de poca corpulencia, aunque Cook y Labillardière vieron algunos, aunque no muchos, que tenian cerca de seis pies (Pl. LII. — 2).

El único vestido de los hombres consiste en un taparabo de cortezas de árbol, de hojas ó de los pedazos de tela y papel que les dan los Europeos; pues aunque tienen algunas esteras toscamente fabricadas, no las emplean, segun parece, como vestidos. Algunos caudillos llevan grandes gorros negros de forma cilíndrica, sin fondo; y las mujeres se cubren de una basquiña corta fabricada con fibras de plátano sujeta á la cintura por medio de un cordon. Los filamentos esteriores de esta saya están pintados de negro y entremezclados en el costado derecho de nácar y perlas (Pl. LIII. — 3).

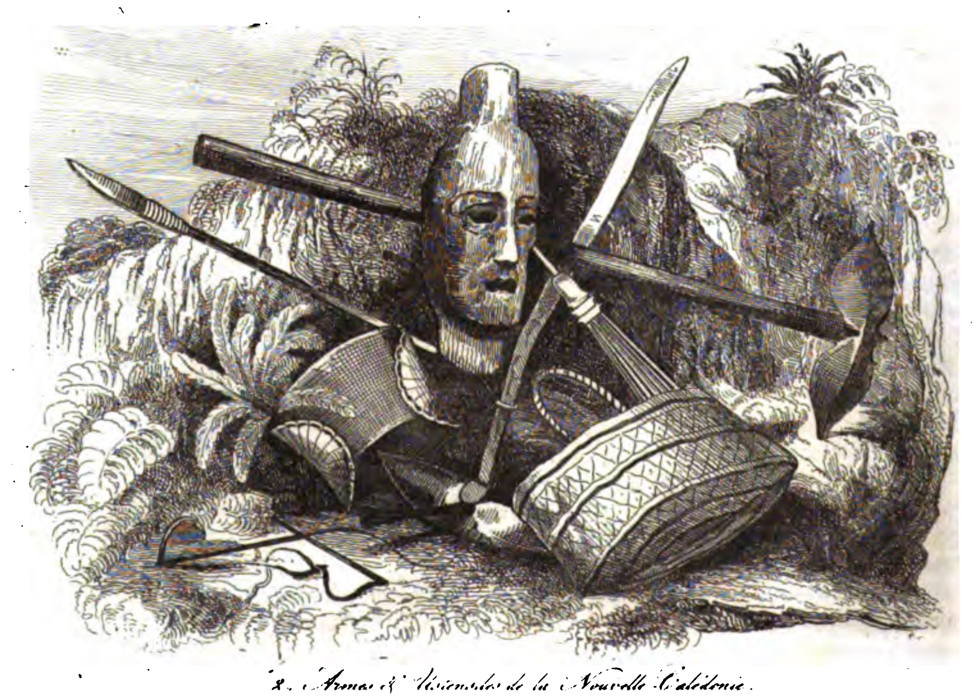
Ambos secsos llevan por adornos unos pendientes de conchas de tortugas y brazaletes de piedras ó caracolillos, pintándose algunas partes de su cuerpo. Los hombres tenian jeneralmente para peinarse el cabello unos peines formados de palitos muy delgados, unidos paralelamente entre sí como los de los Papous. Tenian ordinariamente grandes úlceras en las piernas y pies, y Labillardière vió algunos de ellos atacados de la elefancia.

Sus armas consisten en macanas, lanzas, dardos y hondas. Aquellos son jeneralmente de dos pies de lonjitud y presentan formas diferentes, unas redondas, otras en figura de hacha ó azadon, y otras como una hoz, pero todas muy bien trabajadas, y aun á veces adornadas con esculturas, del mismo modo que sus lanzas y venablos. Sus hondas son sencillísimas, y con ellas tiran unas piedras que ellos mismos se redon-



1. Guerriers de la Nouvelle Calédonie.

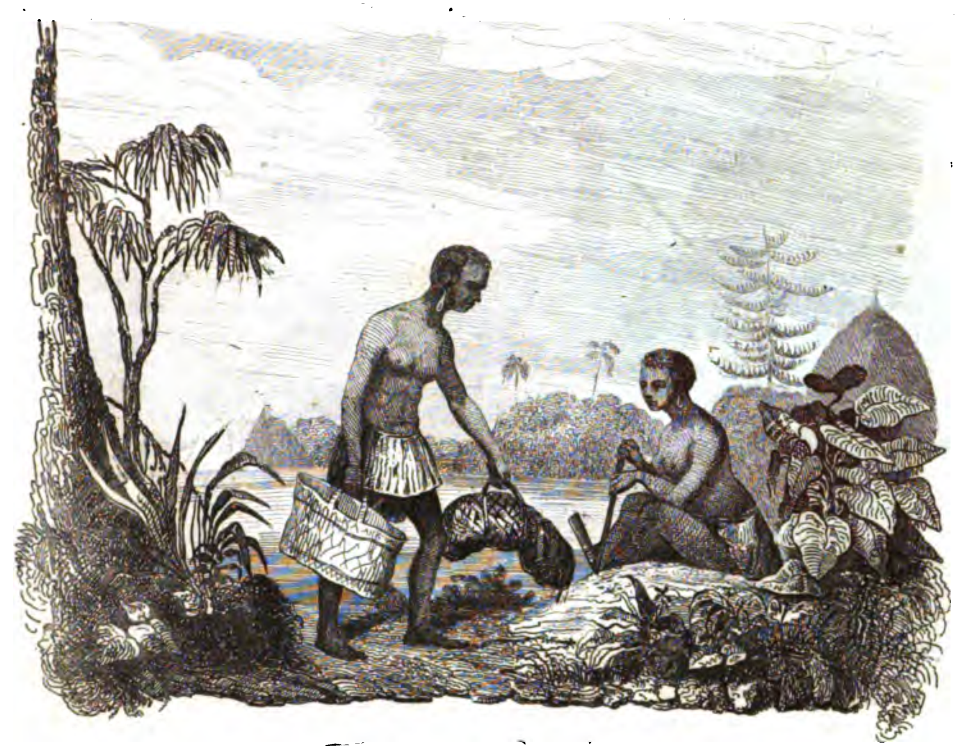
1 Guerreros de Nueva Caledonia.



2. Armes et Ustensiles de la Nouvelle Calédonie.

2 Armas y Utensilios de Nueva Caledonia

de Sainson del.



3. Femmes de la Nouvelle Calédonie.

3. Mujeres de Nueva Caledonia



4. Habitations de la Nouvelle Calédonie.

4. Habitaciones de Nueva Caledonia.

dean como huevos de gallinas, y de este modo las despiden mas lejos, al mismo tiempo que sus heridas son mas peligrosas. Para arrojar sus lanzas tienen como en Tanna, un estremo de cuerda con una presilla en un cabo para meter el dedo y en el otro un rodete para detenerla. Labillardière nos presenta en sus cuadros á un salvaje en ademan de despedir su lanza con el cordon que acabamos de mencionar, y que lleva en la mano izquierda una clava terminada por una estrella de cinco rayos (Pl. LIII. — 1). Pescan con el harpon y algunas veces con redes; tienen esteras de todos tamaños, y por cuchillo un instrumento que llaman *nbouat* (Pl. LIII. — 2).

Ya hemos dicho que sus habitaciones parecen colmenas, sobre las que se eleva la columna ó poste central adornado con bajos relieves y mariscos. En el interior hay algunos otros postes que sostienen unas tablas que les sirven de aparadores y alacenas, en donde colocan sus provisiones y otros objetos. El pavimento está cubierto de esteras ó simplemente de yerva seca, que de dia sirve de asiento y de cama por la noche. Muchas cabañas tienen dos hogares, en uno de los cuales arde el fuego casi continuamente, y aquel calor continuo y el humo, que solo puede salir por la reducida puerta, hacen estas habitaciones insufribles á los Europeos. Supone Cook que los indíjenas se resignaban á vivir en semejante atmósfera para desterrar los músticos que en aquel clima son importunos en estremo.

Casi el único utensilio de aquellos isleños es un gran jarro de tierra, aunque algunos tienen mas de uno, y en el que cuecen los alimentos. El hogar en donde hacen la comida está al aire libre fuera de la habitacion, y lo forman cinco piedras puntiagudas, dispuestas en cuadro, á saber: cuatro en los ángulos y una en el centro, que son de unas seis pulgadas á corta diferencia y sirven de trébedes á los jarros que se ponen al fuego, siempre inclinados hácia un lado.

El alimento que usan principalmente consiste en pescados, mariscos, raíces, frutos y ciertas partes de algunos vejetales. Labillardière observó que comian carne humana y grandes pedazos de galacsia verdosa; pero el primero de estos dos artículos solo podia ser accidental, y el segundo no muy sustancioso, pues engaña el hambre sin reparar las fuerzas. Tampoco eran manjar muy nutritivo las arañas que comian algunos, mas sin duda recurrian los miserables á estos tristes alimentos por no tener otros; pues que esta isla, al contrario de todas las islas ecuatoriales, cuya vejetacion es tan lozana y rica, solo presenta, como llevamos dicho, una tierra erial y una vejetacion escuálida y mezquina.

Forster calcula que la poblacion total de la Nueva Caledonia asciende á cincuenta mil almas, mas si todas sus partes parecen á los alrededores de la ensenada Balada, este número es mas bien ecsajerado que disminuído. Véase lo que dice él mismo de los indíjenas y de su modo de vivir.

«No han llegado todavía á aquel grado de cultura bastante encumbrado para no despreciar el secso. Su carácter sobrado grave no les deja saborear los placeres domésticos ni justipreciar las caricias del bello secso; tienen á veces que trabajar mucho para subvenir á su subsistencia, y pasan sus ratos de ocio en el descanso, no entregándose jamas á esas sencillas distracciones que tanto contribuyen al bienestar del hombre y que encarece la jovialidad y la agudeza en las risueñas islas de la Sociedad y de los Amigos. Escepto el silvido de que hemos hablado mas arriba, ningun instrumento músico hemos observado en la Nueva Caledonia, é ignoramos si tienen bailes ó canciones particulares; pero lo que podemos decir es, que casi nunca rien, que hablan muy poco, y que eran raros los que se complacian en comunicarse y confabular con nosotros. Su lenguaje parece muy irregular, y su pronunciacion tan sumamente confusa, que los vocabularios que formaron algunos individuos de la tripulacion diferian mucho entre sí unos de otros; aunque tienen pocas consonantes ásperas, hablan mucho con la garganta y dan algunos sonidos nasales que disonaban mucho á las personas que solo poseían el inglés. La gran distancia de sus plantíos impide las relaciones que poco á poco establecen las necesidades de la sociedad. Como su suelo no es susceptible de gran cultivo, el mejor medio de adelantar su civilizacion seria el de transportar allí algunos cuadrúpedos que se podrian criar muy bien, tales como cerdos y cabras, especialmente estas últimas que no podrian menos de multiplicarse prodijiosamente en tan seca y cálida rejion.

«La sencillez de aquellos isleños trasciende á su gobierno, pues Tea-bouma, jefe del distrito opuesto á nuestro fondeadero, vivia como sus demas compatriotas sin recibir ninguna señal esterior de preferencia, y lo único que argüia alguna atencion de parte de sus súbditos, fué la de regalarle los presentes que en la primera entrevista les hizo M. Pickeregill. Las comarcas vecinas sobre las que no se estendia la autoridad de Tea-bouma, probablemente tendrán sus jefes particulares, ó tal vez cada familia está sujetaá la jurisdiccion del padre de la misma.

«No hemos notado el menor vestijio de culto, así como ninguna costumbre que entrañase el menor resabio de superesticion. Sus ideas por lo tocante á estas materias son tan sencillas como el resto de su carácter; y aunque no ha falta-

do quien nos haya ponderado sus ementerios y sus ecsequias, acompañadas de ciertas ceremonias, nada de esto pudímos observar.

«Nada podemos decir de los isleños con respecto á la duracion de su vida, y ni siquiera que clase de enfermedades predominan en esta isla; no habiendo reconocido otra mas que la elefancia, la cual se nos dijo ser muy comun, pero no tan peligrosa que arrastre al enfermo al sepulcro. Los cabellos blancos y las arrugas de sus naturales nos daban una idea de su lonjevidad, pero aunque llevasen la cuenta de sus años, nos hubiera sido muy difícil hacerles preguntas sobre una materia tan abstracta como su edad. Nunca pudímos darnos á entender á los Taitios cuando les tocámos estas materias, apesar de los vastos conocimientos que teníamos de su lengua, comparados con el corto número de palabras que habíamos recojido precipitadamente en la Nueva Caledonia.»

No han dejado de aparecer á los navegantes las mujeres de dicho archipiélago mucho mas castas y modestas que las de las demas islas oceánicas, y Forster y Labillardière aseguran que no tienen conocimiento de que ninguna de ellas se haya entregado jamas á la discrecion de Europeo alguno: bajo este supuesto no pueden compararse con las de Tanna. Este hecho particular corrobora la observacion jeneral de M. d'Urville, que los hombres de la raza melanesia son mucho mas zelosos de sus mujeres que los de color pajizo.

Ninguna elegancia ofrecen sus piraguas en sus formas groseras y pesadas, y en su construccion; son partidas en dos estremidades que representan la figura de una larga gamella. Algunas son dobles, formadas por dos piraguas paralelamente unidas por travesaños una á otra á distancia de tres pies. Sobre estos travesaños se levanta un puente ó plataforma de tablas y pequeñas roditas de madera; hallándose tambien provistas estas embarcaciones de una ó dos velas latinas, fabricadas de junco y de trenzas ó fibras de plátano, á cuyo objeto sirven de obenques á los mástiles. Añádase á eso una hilera de clavijas colocada á cada uno de sus lados, haciendo las veces de filaretes, sirviendo estas mas para retener los objetos colocados sobre el puente, en el que se ve tambien un fogon con su correspondiente olla para cocer la comida.

La lonjitud ordinaria de las piraguas es de treinta pies, pudiendo tener en las dobles el puente ó plataforma hasta los treinta y seis de lonjitud sobre diez de anchura. Todas estas embarcaciones se manejan fácilmente con el remo, y no parecen susceptibles de ser muy veleras. (Pl. LII. — 4).

Pocas especies presenta del reino vejetal la Nueva Caledonia que le sean propias: las mas pertenecen al jénero de la Polinesia ó á la de la Australia, no ofreciendo todavía el reino animal cuadrúpedos conocidos; pues los pájaros, los mariscos é insectos ecsisten con abundancia y de diferentes especies. En cuanto á los terrenos de esta grande isla, se ha observado que eran de naturaleza enteramente distinta de la de las islas polinesias, encontrándose lleno este sitio de un gran número de sustancias estrañas á otros climas, y hasta sospechó Forster que la Caledonia debia encerrar algunas piedras preciosas, y que tal vez no dejarán de hallarse al acometer otra empresa mas completa que las que hasta ahora se han hecho. Lo cierto es que se han hallado algunas capas de cuarzo y mica en los sitios esplorados.

CAPITULO XX.

ISLAS ONOU-AFOU, ALLOU-FATOU Y ROTOUMA.

En el acto de abandonar el *Oceánico* las ingratas costas de la Nueva Caledonia, intentaba su capitan cortar el viento de modo que pudiese alcanzar las islas Guilbert. No habia trazado así su itinerario sino para cambiar de situacion, porque nos era preciso, por cuanto nos hallábamos desprovistos de víveres, y debíamos ir en en busca de una tierra mas fecunda en recursos.

El viento le favoreció mas de lo que esperaba, porque en lugar de guardar su ruta ordinaria del S. E. y el E. S. E., al salir de la ensenada Balade sopló del lado S. O., con todos los caractéres tempestuosos que indican un huracan cuyo foco estuviese en los mares australes. Impelido por este, corrió el *Oceánico* virando al E. para acercarse cuanto fuese posible á las islas Viti, hallándonos la mañana del 17 á la altura de las islas Hébridas, casi á igual distancia de las islas Sandwich y Koromango, ambas rodeadas de tan espesas brumas, que apenas pudímos confusamente distinguir sus masas. Luego continuámos nuestro camino al E. por espacio de treinta y seis horas, y despues de una profunda calma sopló un vientecillo del S. E., brisa muy frecuente en estas rejiones.

Por la noche, pareciéndome que Pendleton miraba muy frecuentemente y con cierta inquietud su mapa y el horizonte, consultando muy á menudo el vijia, comprendí que ya llegaba á unos sitios sembrados de escollos é islas, y me aprocsimé para preguntarle lo que buscaba. «Esta es, respondió Pendleton, la isla Hunter, llamada *Onacusa* por su descubridor, el capitan Hunter, del navío *Doña Carmelita*. Vióla en 1823, mas como no se poseen noticias muy ecsactas de ella, hubiera deseado reconocerla y delinear sus costas; yo nada veo, sin embargo de encontrarnos á los 15° 31' lat. S, y á los 173° 51'

lonj. E., precisamente en el mismo punto fijado por el capitan. Quizás se engaña ó soy yo el engañado; otros tal vez serán mas felices que yo; mas con todo nosotros vamos á virar hácia Rotouma, en donde tal vez encontrarémos algunos víveres.» Mientras que continuaba Pendleton hablando, habia yo fijado los ojos sobre el mapa y valíme de esta ocasion con el objeto de hacerle algunas preguntas y pedirle reseñas concernientes á las islas que veía, situadas entre los archipiélagos Hamoa y Viti. Eran estas las islas Onou-Afou, Wallis y Allou-Fatou, á las que no deseaba aprocsimarse Pendleton. «A fé mia, dijo el capitan, algo dificil me seria responderos á la pregunta que me haceis. Estas islas han sido reconocidas en diversas épocas por diferentes capitanes y nunca las ha visto navegante alguno en quien podamos tener confianza. Apesar de todo esto se cree que la isla ONOU-AFOU tiene mucha semejanza con la isla *Goede-Hoope*, que describió Schouten en 1616 al dejar la isla de los Traidores; hé aquí lo que se sabe sobre ese punto por la relacion de un antiguo viaje.» Tomó Pendleton al instante un librito enteramente sucio de tabaco, y leyó lo que sigue:

«A 14 de mayo de 1616 descubrióse á cincuenta leguas distante de las islas de los Traidores una isla en la que se esperaba hallar agua, bautizándola desde entonces los marineros bajo el nobre de *Goede Hoope* (Buena Esperanza). Aprocsimáronse á nuestra llegada diez ó doce botes, sin que permitiésemos entrar á bordo á los Indios limitándonos únicamente en hablarles con amabilidad y regalarles algunas insignificantes bujerías de vidrio en cambio de algunos peces voladores que subímos por la popa por medio de una cuerda. Entretanto recorrió continuamente la chalupa lo largo de la costa; mas al repararla los Indios que iban en las canoas nadaron hácia ella y empezando un dialecto difícil de comprender, la rodearon con sus canoas en número de catorce, y aun hubo algunos de ellos que se arrojaron al mar creyendo apoderarse de ella ó volcarla.

Encontrábase en la tripulacion de la chalupa algunos ocho mosqueteros y los otros armados de sus picas y sables. Los primeros mataron á dos hombres dentro de sus mismas canoas, de los cuales uno de ellos murió en el mismo momento, permaneciendo el otro un corto rato sobre su asiento, enjugándose con sus manos la sangre que le salia del pecho, pero espiró tambien al cabo de algunos instantes y se hundió en el mar. Tan imprevistas demostraciones intimidaron á los otros de modo que escaparon con la mayor lijereza reparándose despues algunos grupos de jentes agolpadas en la playa que esclamaban con todas sus fuerzas *bou, bou, bou!* Habíales anteriormente pedido el capitan cerdos y gallinas, diciéndoles: *Waka en omo*; pero pareció que desconocian estos animales ó por lo menos que no comprendian este lenguaje. No encontrando un buen fondeadero, se apartó de la playa la chalupa dirijiéndose en seguida al N. O. para llegar mas fácilmente al S., en donde contábamos hacer descubrimientos. Por otra parte el mar se estrellaba con tanta violencia contra esta isla, que seria muy arriesgado acercarse á la costa, en la que no se veían mas que elevadísimas y verdes rocas y negruzcos terrenos llenos de cocos. Tenia la isla algunas montañas, aunque no muy altas reparándose en diversos puntos de la costa algunas chozas diversas y una vasta aldea.

Visitó por segunda vez el capitan Edwards en 1791 esta tierra y la llamó *Isla Proby*; pero no dejó ninguna noticia de ella y ni siquiera supo fijar su posicion: así que no se debe dar crédito al lugar que ocupa en el mapa de 15° 53' lat. S. y de los 178° 11' lonj. O.

Las islas WALLIS fueron descubiertas en 1767 por el capitan de este nombre. «En el interior, dice, parecia el terreno bastante elevado, pero en las cercanías del mar era bajo y presentaba un aspecto bastante agradable. Rodean á la isla algunos arrecifes que se estienden á dos ó tres millas mas adentro; sus costas se ven cubiertas de cocos y de chozas esparcidas en varios sitios. Las lanchas que enviámos en descubierta trajeron las noticias de que los árboles crecian hasta en la misma playa, que algunos de ellos eran muy corpulentos, y que se veían serpear por su suelo muchos arroyuelos. Luego que los Ingleses estuvieron á poca distancia de la costa vieron venir hacia ellos muchas piraguas, en cada una de las cuales iban cinco ó seis hombres ájiles y robustos, que por único vestido llevaban una especie de estera alrededor de la cintura por armas enormes dagas semejantes á las que los pintores dan á Hércules y de las cuales dieron dos al contramaestre en cambio de algunos clavos y otras baratijas.»

Quisieron los Ingleses informarse de si la isla alimentaba algunas aves, pero no pudieron darse á entender de los indíjenas. Mientras estaban en esto, les ocurrió á los salvajes de repente la idea de apoderarse del barquichuelo que llevaba aquellos estranjeros, y uno de ellos se puso con mucha seriedad en ademan de arrastrarlo hácia la playa, pero un tiro disparado al aire, bastó para ponerlos en fuga. Quisieron entonces los de la lancha volverse á bordo, mas era tan sumamente baja la marea, que á duras penas pudieron verificarlo. Permaneció Wallis al pairo toda la noche á fin de revisar y señalar la isla al dia siguiente; mas encontrándose á sotavento y lejos de la costa fuéle preciso renunciar á su reconocimiento, de suerte que su relacion nos da datos sobrado inec-

sactos sobre la configuracion de la isla, aunque, segun el mapa que la acompaña, debe ser un grupo de seis ú ocho millas de circumferencia compuesto de dos islas pequeñas y ocho ó diez islotes.

En 1781 volvió á visitar este grupo el capitan Maurelle y le legó su nombre. La distancia y la noche impidieron que le abordasen dos piraguas que pretendian efectuarlo. Edwards lo reconoció en 1791 y desde aquella época ningun navegante ha vuelto hablar de ellas; así que, debe mirarse como dudosa su posicion á los 13° 26' lat. S. y los 178° 20' lonj. O.

Las islas Allou-Fatou que son, segun parece, las islas de *Horn* fueron descubiertas en 1616 por Schouten, que se encontró en aquella altura á 19 de mayo. Apenas divisó la tierra este navegante, cuando, segun dice en su sencilla relacion, rodearon al navío unas veinte piraguas tripuladas por unos hombres con ademanes pacíficos y afectuosos. Sin embargo uno de ellos amenazó con la clava á un Europeo, arrojando los otros al mismo tiempo un grito agudo, y tomó Schouten estas demostraciones por una señal de guerra hizo disparar dos cañonazos y algunos tiros de fusilería, lo cual hirió á dos salvajes é hizo que los demas huyesen precipitadamente á nado y soltasen una camisa que habian hurtado. Luego que estuvo despejada la mar, se envió paraque sondease una chalupa, á la que rodearon siete piraguas que intentaron desarmar á los marineros, por lo cual se vieron estos obligados á hacer fuego contra los isleños, entre los cuales hubo un gran número de heridos.

Al siguiente dia por la mañana, ancló en una pequeña ensenada que presentaba un fondeadero seguro en frente de un arroyo que bajaba de las montañas colocando el navío de modo, que pudiesen sus cañones protejer á todas horas las lanchas que fuesen á tierra; mas no por esto se ecsasperaron los isleños, pues trajeron en sus piraguas cocos, batatas, algunos cerdos vivos y dos asados, recibiendo en cambio de estos objetos clavos, cuchillos, y otros efectos de fierro. Los tales isleños demostraban una decidida inclinacion al latrocinio, y sabian nadar y zambullirse con mucha destreza. No lejos de la playa elévanse sus cabañas redondeadas y cónicas, de unos veinte y cinco pies de circumferencia sobre diez ó doce de elevacion, cubiertas de hojas, con una sola abertura que les sirve de paso: aunque tienen que agazaparse para penetrar en ella. Los únicos enseres que ocupan el interior consisten en algunas redes y mazas.

El 22 volvieron las piraguas á llevar algunos cocos; pero se iban reuniendo en la playa un gran número de salvajes armados de lanzas y de palos, conferenciando entre sí, y disponiéndose al parecer para algun ataque. Reparábanse cerca de ellos cincuenta piraguas bien provistas de piedras y lanzas; mas votaran por la paz, pues que pidieron rehenes quedándose en calidad de tales á bordo del navío seis isleños, mientras que pasaban á tierra tres Holandeses entre los cuales iba una persona de mucha importancia, llamada Aris-Claesz, y de este modo se firmó una paz no desmentida por una ni otra parte.

« Con grande ceremonia y agasajo, dice la relacion, acojió á los tres estranjeros el rey inclinando la cabeza sobre la palma de sus manos juntas y bajándose luego casi hasta dar al suelo; en cuya postura permaneció cerca de media hora. Saludóle Aris del mismo modo, y abandonando despues aquella tal postura, le besó los pies y manos, en tanto que lloraba como un niño otro salvaje sentado junto al rey diciendo á Aris muchas cosas que este no comprendia; hasta que por fin sacó los pies de debajo de su traspontin, se los puso al cuello y principió á rodar como una bola.

« Quedó muy satisfecho este rey salvaje de los regalos: sin embargo, como mostrase grandes deseos de poseer la camisa blanca de Aris, envió este por otra y se la regaló, y en recompensa de aquella dádiva recibió cuatro cerdos. Tratándose al mismo tiempo de proveerse de agua, resolvieron enviar dos chalupas por ella, de las cuales iria la una armada para defender á la otra en caso de necesidad.

Apesar de la multitud de indíjenas que rodeaban á los marineros, lo que no dejaba algunas veces de incomodarles en sus faenas, no sobrevino incidente alguno desagradable: pues dicho rey habia establecido una vijilancia muy activa por medio de sus oficiales. Parece que tiene medios para hacer respetar sus órdenes, pues que eran puntualmente obedecidas. Un salvaje robó un sable del navío, y no pudiendo prenderlo se dió queja al rey, cuando dicho ladron se hallaba ya á gran distancia: pero apesar de esto fué preso, castigado á palos, y el sable restituido á su dueño, no observándose desde entonces nada que faltar en el navío ni en tierra.

Infundiéronles mucho pavor las armas de fuego, y bastaba una sola descarga de mosquetería paraque abandonasen temblando todos sus puntos; y crecia todavía mas y mas su miedo, cuando por ciertas señales les dábamos á comprender que tiraban tambien algunas veces aquellas piezas que estaban á su vista. Pidió cierta vez el rey que las disparasen en su presencia: mas fué tanta la conmocion que esperimentó al oir la esplosion, que no pudiendo los dos reyes, apesar de todas las seguridades y advertencias ocultar su temor, huyeron en seguida á los bosques dejando allí dueños de todo á los Holandeses. Sin embargo volvieron despues de algunas horas, pero no hallábamos medio alguno de tranquilizarles.

« El 26 fueron otra vez á la isla acompañados de trompetas los MM. Lewaire y Aris, llevando un pequeño espejo y otras bagatelas para el rey, cuando encontraron en la playa á un hombre postrado de rodillas, juntando sus manos é inclinado al suelo su semblante, como si orase al estilo de los Turcos. Acercáronse y vieron que era el rey quien habia tomado esta posicion para saludarlos, y al momento levantándolo lo acompañaron á su casa ó *belaï* (sin duda *melaï*). Hallábase esta llena enteramente de jente ocupada en estender delante de ellos algunas esterillas para tomar asiento, y el rey se sentó á su lado.

Retratáronse en los ojos de los salvajes la admiracion y el terror: al sonido de las trompetas esclamaron todos á una: *awo-awo!* En esto entró el rey ó virey mirando fijamente á los estranjeros aun cuando marchaba de lado. Luego que llegó frente de ellos, colocóse con la mayor presteza á sus espaldas articulando en voz baja y con celeridad algunas palabras en tono de autoridad, y dando en el mismo momento un grande salto se dejó caer de golpe sobre sus nalgas con las piernas cruzadas. Como se hallaba el suelo lleno de piedras, se admiraron los Holandeses de que no se las hubiese quebrado; pero, segun parece, aquellas jentes son mas ájiles y robustas de lo que se puede imajinar. Concluídas sus cabriolas pronunciólesn con mucha gravedad un discurso ú oracion, y al terminarse esta empezaron á comer de una fruta que iba distribuyendo un criado á cada uno de los circunstantes. Consistia esta en una especie de limon, á corta diferencia del mismo sabor que los limoneros de agua dulce, cubiertos de escamas como una piña, añadiéndose tambien la bebida compuesta con las hojas cocidas del *athona*.

A los muchos obsequios tributados á los estranjeros á su llegada, debe todavía añadirse su suelo alfombrado de esterillas paraque pudiesen andar mas libremente por él. Quitáronse el rey y virey las diademas de sus cabezas, colocándolas sobre las de Lewaire y Aris, no olvidándose tambien Lewaire de hacerles algunos presentes de poco valor, pero que ellos reputasen por muy preciosos, y entregándoles en seguida un espejuelo de figura esférica les hizo comprender como dicho espejo poseía la misma redondez y claridad del sol y la luna: en una palabra, que tenia la misma figura y se podia distinguir en su interior todo cuanto se le ponia delante, lo que no dejó de sorprenderles. Al instante me manifestaron que los suspenderian de una viga y lo hicieron. Componíanse sus coronas de plumas blancas, largas y estrechas, entremezcladas por arriba y por abajo con otras mas pequeñas, verdes y encarnadas, de papagayo, de los que se encuentran en su isla, en la cual se crian tambien cierta clase de palomos muy estimados, pues que todos ellos tenian uno cada cual junto á sí. Aquel dia se abasteció el navío de bastante agua y se adquirieron en cambio nueces de coco y raíces de *ubas*, no pudiendo saborearnos con el tocino, pues que, segun nos confesaron los habitantes, hacia ya mucho tiempo que no conocian otro alimento mas que aquellas tres clases de víveres y algunas batatas, y apretándose el vientre nos indicaron si les concederíamos algunos comestibles, pues no tenian con que saciarse. Desembarcó Schouten al ruído del tambor y las trompetas cuyos sonidos complacian al rey. Los isleños echaron á reir á carcajadas viendo á nuestras jentes bailar al son de los instrumentos; pero lo que mas les gustó fué el simulacro de desafio que hicieron Aris Claesz y Nicolas Fensz con la espada. No hicieron mucho caso del pan y vino que les regalámos, porque preferian el pescado crudo; habiendo ido aquel mismo dia á visitarle el rey de la isla contigua, se hicieron muchas cortesías y jestos, y se regalaron mutuamente algunas raíces; mas al fin hubo entre ellos un grande altercado y algun desórden; pues el rey de la otra isla queria que el otro retuviese á los Holandeses que tenia en su poder y que se hiciese lo posible para apoderarse de sus navíos, y este rehusaba acceder á ello temiendo, por lo que él habia visto, no le sobreviniese algun daño.

« Fué el virey ó hijo del rey á visitar el navío, y no le sorprendió menos de verlo por su interior de lo que le habia admirado al verle por el esterior. Al anochecer fuímos á pescar con buitron, y como cojímos buenos pescados en abundancia, regalámos una parte de ellos al rey que se comió algunos sobre el césped enteramente crudos, cabezas, tripas, agallas; en fin, sin despreciar nada, siendo inconcebible el apetito que tienen aquellas jentes, y con que gula ó mas bien voracidad se comen el pescado. Luego que salió la luna, fueron los marineros á bailar en la playa, lo cual causó grande placer á los salvajes y no menos á la tripulacion que se congratulaba de haber encontrado al fin unos hombres en quienes podia tener confianza y entregarse á su trato con tanta familiaridad como si se hallase en Europa.

« Habiendo ido á dar un paseo por la isla el 29 al mediodía dos oficiales y un piloto, trajeron consigo á bordo al rey y su hermano, á quienes se obsequió con un espléndido banquete. Mientras estábamos comiendo se les hizo entender que marcharíamos de allí á dos dias, lo cual causó tanta alegria al jóven rey, que se levantó de la mesa, echó á correr hácia la cubierta gritando á los de la playa que al cabo de dos dias se haria el navío á la vela; por lo cual conocímos que temia alguna invasion en su reino, apesar de que este temor no quebrantaba las amistosas relaciones que entre nosotros mediaban. Pro-

metiónos el rey que si cumplíamos nuestra palabra nos regalaria diez cochinillos y gran cantidad de nueces que llaman *ati*.

« Despues de comer, vino tambien á bordo el gran rey ó primer monarca, cuya edad parecia frisar con los sesenta años. Comparándolo con los demas, tenia el semblante mas perfecto, atendida la conformacion de su raza, é iba acompañado de diez y seis personas que componian su consejo. Recibióseles con todo el respeto posible, y al poner el pie en el navío se echó boca abajo é hizo su oracion; luego le hicieron bajar á la cámara, en donde volvió á empezar de nuevo su plegaria. Parecia causarle admiracion todo cuanto veia y no sorprendian menos á los Holandeses sus ceremonias y acciones, particularmente cuando sus jentes les quisieron besar los pies, lo que no permitieron; luego se cubrieron la cabeza y garganta para indicarnos que eran vasallos. Visitó el rey todos los escondrijos del navío desde la cubierta hasta la bodega y desde la popa hasta la proa, y todo le admiraba pareciéndole que todo aquello era un sueño, pero lo que mas llamaba su atencion eran los cañones cuyo estruendo oyera en su honor dos dias antes. Luego de revisado este, deseó volverse al instante haciéndonos grandes cortesías á su despedida. Acompañáronle los dos oficiales hasta la puerta de su casa, en donde estaba jeneralmente sentado, y en seguida fueron á dar un paseo por la isla hasta anochecer en que se embarcaron otra vez.

« Habiendo Aris sacado gran cantidad de pescado aquella noche, fué á regalar una parte de él al rey, al que encontró rodeado de una cuadrilla de mozas desnudas que bailaban al compás de una especie de campanilla de madera cuyos imperfectos sonidos formaban su orquesta. Todas estas cosas ejecutadas por salvajes sorprendian mucho á los Holandeses, que ignoraban se hubiesen visto otras que anunciasen tanta civilizacion.

« El dia 30 del mismo mes, por la mañana, envió el rey por regalo dos cochinillos y grandes cocos y otros frutos con la esperanza de que el navío se haria á la vela, y pasó á visitarle el mismo rey de la otra isla llevándole diez y seis cerdos y trescientos hombres, los cuales ceñian su cintura con ciertas clase de yerbas verdes con cuyo jugo preparan una especie de bebida. Tan luego como divisó al que iba á visitarle, le saludó repetidas veces inclinando el rostro hasta tierra, orando en voz tan alta que parecia un grito continuo, apesar de que rezaba con mucha uncion.

El rey que recibia la visita fué á su encuentro, y al acercársele no hizo menos jestos y ademanes. Por fin se levantaron dirijiéndose á su corte, en donde se reunieron á su alrededor cerca de novecientos hombres: allí se sentaron todos, y volvieron á empezar de nuevo sus oraciones juntando las manos é inclinando la cabeza hasta tierra.

« Habiendo ido Aris ántes del mediodía á la isla, envió á buscar á Le Maire y Ban, los cuales llevaron consigo cuatro trompetas y un tambor que tocaron delante de los reyes. Luego se presentaron unos cuantos salvajes de la isla mas pequeña, que llevaban unas yerbas verdes que ellos llaman *kava*, semejantes á las que rodeaban la cintura de los trescientos hombres y empezaron á mascarla. Luego que la hubieron mascado bien, se la sacaron de la boca y la pusieron todos juntos en un gran vaso de madera, en el que echaron agua dulce y la mezclaron y amasaron para presentarla en seguida á su rey y oficiales que se bebieron una gran parte. Tambien á los Holandeses les ofrecian; pero estaban demasiado fastidiados de lo que habian visto y la rehusaron. Sirvieron asimismo al rey gran cantidad de raíces de *ubas* asadas y diez y seis cochinillos, á los que se habia añadido por guiso ó condimento sus mismas entrañas ensangrentadas todavía y sin lavar; solo el pelo estaba lijeramente socarrado á la llama de una tea, y en la cavidad del vientre habian puesto algunas piedras hechas ascua: tal era el asado que presentaron, y su modo de asarlo.

« Las ceremonias que acompañaron á este banquete consistieron en servir primero las raíces de kava dejándolas en hileras y por montoncitos, bailando y cantando al mismo tiempo delante de sus *arikis* ó reyes; luego sentóse el rey estranjero, y habiendo hecho lo mismo sus mujeres y demas jentes de su séquito detras de él y en círculo, pusieron en el centro la comida y cada uno fué tomando á su vez. Despues de estos manjares sacaron unas grandes angarillas de veinte ó treinta pies de largo cargadas de *ubas* ú *oubas* y otras raíces crudas ó asadas, que se distribuyeron del mismo modo, y al fin los cerdos asados llenos de yerbas con el hígado prendido de unos palitos al cuerpo del animal, y se los comieron no solamente con mucho apetito, sino tambien con la misma voracidad que si hubiesen estado perfectamente cocidos ó asados. Llevaban en la cabeza todo cuanto se servia al *hereier* ó rey, y se arrodillaban en señal de respeto al tiempo de presentárselo. Cada rey regaló á los Holandeses un cerdo de los diez y seis que acabamos de mentar, y los que se los presentaron se arrodillaron para ponerlos á sus plantas; á lo cual los reyes agregaron otro presente de ocho cochinillos vivos y algunos otros bastante grandes. Los Holandeses por su parte les dieron tres cubiletitos de cobre, cuatro cuchillos, doce clavos viejos y algunas herramientas que llevaban encima, y muy complacidos de

haber presenciado este convite, al anochecer se volvieron á bordo.

« El dia último de mayo fueron los dos reyes juntos á visitar el navío, llevando consigo á casi toda la corte, de la cual los principales llevaban por distintivo de su rango y de paz hojas verdes de coco al rededor del cuello. Recibióseles con toda la pompa imajinable, correspondiendo de este modo á los honores que ellos nos habian dispensado. Se les acompañó á la cámara del capitan primeramente, y luego á todas las demas. Nos regalaron seis cochinillos que llevaban cada rey sobre la cabeza y depusieron á los pies del capitan y contramaestre, inclinándose hasta el suelo con respeto volvieron en seguida á la cámara del capitan donde pidieron se tocasen las trompetas cuya armonía y fuertes sonidos les admiraban y complacian en estremo; pero no asimismo cuando oyeron en sus valles resonar los ecos de nuestros cañones. Enseñámosles un retrato de Mauricio armado de punta en blanco y les dijimos que aquel era nuestro *hereier*. El principal de los dos reyes se llamaba *Gran-Klei*. Se les dieron dos cuchillos á los reyes y un clavo á cada uno de su comitiva, con lo cual se retiraron satisfechos. Uno de los dos jefes, viendo que un salvaje de su acompañamiento robaba una barrena grande, le descargó en la cabeza tan tremendo golpe que creímos le dejaba en el sitio. Le Maire fué á acompañarles. Cuando estaban á bordo de la lancha, empezámos á aparejar con gran sorpresa de los isleños que creían siempre que iban á matarlos y á apoderarse de su isla.

« Estos isleños son altos y robustos, tanto que los de estatura ordinaria igualaban á los Holandeses mas aventajados; pero los mayores les llevaban muchas pulgadas. Son vigorosos, bien proporcionados, ájiles en la carrera y nadaban y se zambullian con mucha destreza. Su piel es de un moreno bronceado; eran bastante agudos y se arreglaban el pelo de diferentes maneras. Algunos lo tenian crespo, otros muy bien rizado, otros en cinco ó seis trenzas anudadas sobre la cabeza, y otros se lo dejan crecer erizado sobre la misma hasta la lonjitud de una cuarta como un plumero ó como una larga brocha de crines.

En el lado izquierdo de la cabeza llevaba el rey una larga trenza que le bajaba por el lado izquierdo hasta la cadera y anudado lo demas con uno ó dos nudos. Los cortesanos tenian dos trenzas á los lados, y por lo jeneral, hombres, mujeres, rey y súbditos, todos iban desnudos, á escepcion del andrajo con que cubrian sus partes jenitales. Sus mujeres son sumamente feas, mal formadas, de estatura baja, y llevan sus cabellos cortos del mismo modo que los Holandeses. Añádanse á esto unos largos pechos que descendiendo hasta el vientre cuelgan sobre esta parte como sacos de cuero. Lascivas en estremo, mézclanse públicamente y sin vergüenza con los hombres hasta en presencia del rey.

Todavía se ignora si adoran uno ó mas dioses, ó si poseen otro culto mas que su plegaria que les habíamos visto hacer; pero podemos asegurar que viven sin cuidado como las avecilla en el bosque, no teniendo ninguna idea del comercio, ni de la compra y venta; así es que los Holandeses recibieron varios regalos, no como objetos de tráfico, solo sí por capricho, y por lo recibido arreglaban ellos los suyos.

Estos isleños ni siembran, ni siegan, ni emprenden ningun trabajo, acopiando únicamente lo que produce de sí misma la tierra para su alimento, que solo consiste en nueces de cocos, *ubas*, plátanos y un corto número de otros frutos. Al retirarse el mar, acostumbran algunas veces las mujeres ir á la playa á buscar entre sus peñas y hoyuelos los pececitos que se quedan en dichos sitios, ó bien cuando desean comer toman sus anzuelos marchándose á la pesca, la que suelen comer enteramente cruda, de modo que su vivir en nada discrepa de los primeros tiempos del hombre, de los que tanto han hablado los poetas, pudiendo con fundadas razones afirmar que todavía ofrece dicho sitio las huellas del hombre primitivo y sencillo, tal como lo formó la naturaleza. Recibieron estas islas el nombre de islas de *Hoorn*, del nombre de la ciudad en donde se fletó el navío y partió con la mayor parte de la tripulacion. A la bahía se le dió el nombre de *Concordia*, porque así se llamaba el navío.

Es evidente, segun todas estas minuciosidades, que los naturales de Allou-Batou pertenecen á la raza polinesia, y que en sus costumbres no difieren mucho de los pueblos de Tonga. En el mapa de Arrowsmith, se designan estas dos islas con los nombres de Allou-Batou y de Podou-Natou, sin que pueda averiguarse la causa, por qué figuran estos nombres, que sin duda tomaria algun navegante de boca de los isleños. Es de presumir que estas dos islas son semejantes á aquella que percibió Bougainville á 11 de mayo de 1768 y á la que dió el nombre de *Niño Perdido*, creyéndose en su principio distinguir en ella dos islas separadas; pero desapareció al siguiente dia tal error al observar que aquella no era mas que una sola y misma tierra, cuyas dos partes mas elevadas estaban unidas por otra tierra baja que parecia encorvarse á modo de arco, y formaba al N. E. una anchurosa bahía. Sin embargo como no se olvida inmediatamente Bougainville de añadir que jamas tocó en sus costas, distando siempre seis ó siete leguas de ella, por habérselo impedido el viento, de ahí es que debe irse con mucho

tiento en creér ciegamente la precedente observacion y tener como aprocsimativos los cálculos siguientes: lat. S. 14° 20'; lonj. E. 179° 40'.

Mientras de este modo completaba Pendleton mis nociones relativas á las islas polinesias, viraba á todo trapo el *Oceánico* hácia Rotouma, abandonando las aguas de la Melanesia; mas queriendo nuestro prudente capitan neutralizar la rápida accion de las corrientes, vióse precisado á correr mas allá al E., hasta que al fin á 21 de abril por la mañana, percibímos á cuatro leguas de nosotros las tierras de esta isla. Dichas tierras son de mediana elevacion, y al acercarse á ellas, parecen con sus bellos plantíos y cabañas, una alfombra de verdor que se estiende desde las costas marítimas hasta las colinas. Vense levantar en sus playas á través de las florestas de cocos, árboles de pan é inocarpus, los techos de sus grandes cabañas.

Rodearon á una legua de tierra al *Oceánico* un sin fin de piraguas grandes las unas, pequeñas las otras, y tripuladas todas por indíjenas que nos acojieron con las mas inequívocas demostraciones de alegría y fraternidad. Aquellos eran mis Polinesios, mis naturales de Tonga y de Taiti, candorosos, sencillos y bondadosos. Sin embargo me sorprendí de la diferencia que se notaba entre su lenguaje y el de las demas familias polinesias que habia visitado, y así salí engañado en mis estudios linjísticos, hallándome despues en el caso de recojer solo algunas inconecsas palabras, comunes á la lengua de Tonga y á la de Rotouma.

Hallábase felizmente sobre una de las grandes piraguas, y al lado de uno de los principales jefes de la isla, un Inglés llamado Young, domiciliado hacia mucho tiempo en el país, el cual me sirvió de intérprete.

La primera pregunta de Pendleton fué la siguiente: Podreis proporcionarnos legumbres y cerdos? Nada mas fácil, respondió Young; en cuanto á los primeros, obtendreis cuantos querais mediante algunos instrumentos de hierro y bujerías de vidrio; pero por lo que mira á los cerdos, esa es otra cuenta: pues hará cosa de doce años que sobreviniendo en Rotouma un terrible huracan, derribó los plátanos y cocos, y hasta asoló los plantíos. Siguióse á esto un hambre, pero al hacerse cargo los naturales de su deplorable situacion y deseando satisfacerla, echaron mano de sus cerdos, y estinguieron toda la raza de estos animales. Poco tiempo despues de este suceso, trajo un ballenero un limitado número de ellos, reproduciéndose por este medio su raza; pero deseando facilitar mas su propagacion, impusiéronse á sí mismos los isleños una ley prohibiendo la matanza de dichos animales: así que, merced á esta severa ley, cuenta actualmente la isla tres ó cuatrocientos de ellos. Desde aquella época nadie dispone de los cerdos mas que en ciertas privilejiadas ocasiones, pero nunca en favor de los estranjeros. Semejante noticia no pudo menos de sorprender á Pendleton, que se hallaba á la sazon desprovisto de víveres frescos; pero acercándosele Young, le dijo en voz baja: Tranquilizaos, no nos faltarán de contrabando; mi jefe os cederá diez por otros tantos dientes de cachalote y un fusil. No hay mas que hablar; dijo Pendleton, y el semblante de este impasible capitan recobró al momento su acostumbrada serenidad.

Nada era tan curioso y digno de observacion como la conducta de los naturales que nos rodeaban. Primeramente habian estos tomado la precaucion de preguntar si el navío era ó no consagrado; y obteniendo una respuesta negativa, se decidieron á subir á bordo, por donde se paseaban con una alegría y sorpresa difícil de describir. Cuando encontraban á su paso algun marinero lo estrechaban con arrebato, frotándole las narices con las suyas y despues con lenguaje cariñoso y dulce y señalándole la costa, le decian *Rotouma Calei* (Rotouma es bueno).» Como tales demostraciones y requiebros no dejaban de reiterarse muy á menudo y hasta estorbarle en su maniobra, disponíase ya Pendleton á despedir á los visitadores en sus piraguas; pero el ademan que tomaron estos al reconocer la inesperada disposicion, contuvo la cólera del adusto capitan. Mucha mayor fué su alegría cuando repararon que viraba el navío hácia el fondeadero, y brincaban, saltaban y reian como unos niños, al volver á ver á sus padres despues de una larga ausencia.

Echó áncora el *Oceánico* á diez y ocho brazas frente la parte septentrional de la isla, y despachando inmediatamente á tierra una lancha, me embarqué en ella. Nuestra permanencia en Rotouma no debia ser muy larga, y por lo mismo era preciso recorrer con la mayor presteza todos sus sitios. Apenas hollámos la playa, cuando los isleños que se precipitaban á nuestro paso nos recibieron con los brazos abiertos, y lanzando gritos de alegría, de modo que se disputaban el placer de agasajarnos y acariciarnos. Ofrecíannos estos sus frutos y legumbres, á la par que aquellos, ostras y pescado, y no faltaban otros que ecsajerando los deberes de la hospitalidad, nos conducian algunas mozas, con señales que ponian á descubierto su intencion. Sin ser enteramente feas, estas mujeres eran inferiores á las de Tonga, pues sus facciones no eran tan regulares, careciendo al mismo tiempo de la limpieza y porte decente y

recatado de aquellas. En Rotouma, como en la mayor parte de las islas polinesias, solo las solteras pueden disponer de sí mismas, debiendo las casadas permanecer castas y fieles á sus esposos: así es que el adulterio se castiga con la pena de muerte. Desembarcámos cerca de una de las mas grandes poblaciones de la isla, en cuyo principal edificio habia el jefe establecido su morada, que tenia cuarenta pies de largo sobre veinte y cinco de altura. Por lo regular, las otras cabañas no tienen mas que quince á veinte pies de largo, teniendo estas, como las de Tonga, cubiertos sus techos de hojas de coco, apoyadas sobre estacas y rodeadas de esterillas en todos sentidos, consistiendo únicamente su ajuar en esteras, almohadillas y algunos vasos de madera arreglados con la mayor decencia. No hacen mas que tres comidas el dia, y sus habituales víveres son el pescado, mariscos y el fruto del pan, el taro ó *arum esculentum*, batatas y helechos, no diferenciándose de las otras islas polinesias en la preparacion de los alimentos, y solo sí de los de Tonga, en que no comen como estos pescado crudo.

Todo cuanto contenia esta playa, traía á mi memoria á Tonga, Taiti y Nouka-Hiva: era la misma su raza, las mismas sus costumbres, vejetacion, cultivo, y quizá tambien el mismo su órden social y político. A primera vista comprendí que si permaneciese mas tiempo entre ellos, no habria hecho mas que corroborar sus analojías y hallar nuevos puntos de contacto. Pero llegaba la hora de la marcha, y era preciso partir. Difícil seria pintar el sentimiento y pesar que esperimentó aquel pueblo cuando vió que se alejaba de sus playas nuestra lancha, así como el esponer tambien los ruegos, promesas, caricias y ofrecimientos de que se valieron sus naturales paraque consintiésemos en quedarnos con ellos. Como yo habia respondido atentamente á las preguntas que nos habian hecho en nuestra corta permanencia, el digno jefe para seducirme, me fué enumerando uno por uno los placeres de que gozaria si queria ser ciudadano de Rotouma: ora me hacia la descripcion de una linda cabaña rodeada de plantíos, ora la de una niña de catorce años, hija suya, alegre y lozana. Aun hay mas; pues si es cierto cuanto me insinuó mi intérprete Young, consentia en abdicar en mi favor el gobierno supremo, y diciendo que seria su jefe y caudillo de todo aquel pueblo, si accedia pasar el resto de mis dias en aquellas playas. Fácil es de presumir que yo me mantuve inflecsible, y entonces aquel pobre hombre echó á llorar á mares cual si acabase de sobrevenirle alguna desgracia, hasta el estremo de escitar mi compasion; y para tranquilizarle, le prometí volver al año siguiente á cumplir sus votos. Esto parece que le consoló algun tanto, y se apartó de mí con menos sentimiento. Es tanto mas difícil de esplicar el afecto que estas jentes profesan á los Europeos, cuanto que es enteramente desinteresado, pues que hasta ahora pocas son las ventajas que les han reportado los Ingleses que han vivido entre ellos; muy al contrario, mas de una vez han comprometido y turbado con su reprensible conducta la fraternidad y armonía que reinan entre aquellos salvajes, por lo cual se puede asegurar que los misioneros hallarian en estas tierras las mismas probabilidades de buen écsito, que han hecho prosperar sus doctrinas en Taiti.

Apesar del llanto de nuestros buenos amigos, nos volvímos á embarcar para ir á bordo del navío, en que Pendleton acababa de hacer su comercio de cerdos, y en lugar de diez tenia ya veinte y cinco; pues otros jefes habian imitado á su cólega. Así que, pudímos hacernos á la vela, seguros de tener bastantes provisiones para los dos meses que habian de transcurrir hasta nuestra llegada á Gouaham.

En el mes de agosto de 1732, fué descubierta ROTOUMA por el capitan de la *Pandora* Edwards, el cual la llamó *Grandville*, y en su relacion cuenta que al principio se presentaron sus naturales armados de macanas, y con intenciones hostiles, pero que la vista de la fragata de guerra y un mosquetazo bastaron para ponerlos en fuga, y en 1777 Wilson del *Duff* trabó con los indíjenas relaciones enteramente amistosas, pareciéndole aquella isla muy poblada y fértil; pues que en el espacio de una milla, presentaba la playa mas de doscientas cabañas, y este capitan la designa ya por su verdadero nombre.

A principios de este siglo, frecuentaron esta isla una multitud de naves balleneras, y enseñaron á sus naturales á hacer cambios mas regulares. Entre aquellos figura el *Rochester*, que en 1823, despues de haber pretendido pescar muchas ballenas no lejos de Rotouma, ancló en una ensenada de esta isla. Habíase sublevado varias veces la tripulacion, y empezaba á reinar á bordo la anarquía. Se enviaron á tierra á buscar víveres algunos marineros, y no volvieron hasta que habiendo cargado de cadenas á cinco jefes de la isla, los mismos naturales presentaron á los desertores. Mas felices fueron otra vez los revoltosos en el momento en que se disponian á marchar. Era el primer cuarto de la noche, cuando Young cuñado del capitan, el carpintero y cuatro hombres botaron al mar la lancha y se apartaron del navío llevándose consigo armas, libros, instrumentos y algunos otros objetos. Así que llegaron á tierra, tuvieron que sufrir alguna violencia de parte de los naturales, pues les rompieron los instrumentos y rasgaron sus vestidos y telas para apoderarse

de los jirones; pero por lo demas fueron bien acojidos y bien tratados, se les dieron esteras para cubrirse, y se les colmó de atenciones y cuidados, oponiendo solo alguna resistencia á concederles esposas lejítimas, y antes fué preciso que declarasen ó jurasen permanecer en Rotouma. Despues de haber hecho esta peticion en dos ocasiones distintas, congregó el rey su consejo, y se acordó que se les dasen algunas esclavas paraque tuviesen paciencia, hasta que al cabo de un mes cuando les pareció suficiente, reunieron las jóvenes casaderas, entre las cuales escojieron los marineros colmando de alegría y orgullo á las elejidas, la preferencia de los blancos.

A 1 de mayo de 1824, *La Coquilla*, su capitan Duperrey, pasó el otro dia á la vista de Rotouma, y su tripulacion entabló con los isleños las relaciones mas amistosas y pacíficas; permaneciendo á bordo por mucho rato, en número de mas de ciento, mostrándose dóciles y cariñosos, aunque algunos de ellos parecian muy propensos al robo. Con estos, al principio se limitaban á pedirles el objeto robado, é inmediatamente lo restituian sin dar al parecer la menor importancia á su accion, pero estos hurtos se hicieron tan atrevidos y repetidos, que fué preciso emplear otros medios coercitivos. Se pusieron algunos marineros de centinela con cuerdas para vijilar á los ladrones, y tan pronto como descubrian á alguno de estos, era en seguida echado ignominiosamente, y esto se hacia en medio de las risotadas de sus compatriotas. Ninguno de ellos se daba por sentido, y muchas veces los ladrones azotados y despedidos eran los que primero se reian de su desacierto. Apesar de todas cuantas precauciones se emplearon, luego que salieron todos, se hallaron á faltar un gran número de utensilios y objetos de hierro y cobre.

Hallábanse entre los indíjenas cuatro desertores del *Rochester*, de quienes hemos hecho mencion, y que á primera vista era muy dificil distinguir de los salvajes, atendido á que iban vestidos, pintados y aun embadurnados con polvos amarillos del mismo modo que los indíjenas; pero al parar la atencion se les distinguia en su tez mas blanca y en la regularidad de sus facciones que tenia mayor desarrollo de intelijencia. Estos hombres despues de contarnos sus aventuras y su modo de vivir entre los isleños, nos aseguraron que preferian el tumulto de las ciudades de Europa á aquella ecsistencia obscura y tranquila, y que contaban acabar sus dias en Rotouma. Sin embargo uno de ellos, llamado Williams Jonh, de oficio cubero, fastidiado sin duda de los placeres de su vida salvaje y deseando ver á su patria y familia, pidió y obtuvo el permiso de permanecer á bordo de la *Coquilla*. Así que el jefe de la isla vió que iba á perder un Europeo, cayó en la mas profunda desesperacion: lloró, se esclamó, y viendo que ni sus lágrimas ni sus caricias y súplicas podian cambiar la resolucion de Jonh, fué á suplicar al capitan que interpusiese su autoridad y lo echase de á bordo; pero se consoló cuando le anunciaron que le darian en cambio del pipero dos Ingleses apresados en Port Jackson, y que pedian se les desembarcase en Rotouma. En seguida los embarcó el jefe en su piragua como temiendo cambiasen de modo de pensar y sin saber que se llevaba dos pícaros en cambio de un buen artesano.

A 1° de octubre de 1827 ancló en Rotouma el capitan Dillon y permaneció allí pocas horas, pues estaba rigurosamente prohibida á la sazon la venta de cerdos. Hallábanse en la isla desertores del *Rochester* y cinco Europeos mas, y casi todos ellos tenian dos ó tres mujeres y muchos hijos. Los salvajes se mostraron tan ladrones como siempre, y habiendo sorprendido á uno de ellos robando unas tenazas, rogó el jefe á Dillon que fusilase al culpable. « Porqué quereis que le quitemos la vida? preguntó Dillon. — Porqué podria haber sucedido que castigasen á un inocente por su causa, contestó el jefe; en nuestra isla hay muchos ladrones que se mezclan entre los de nuestra comitiva cuando vamos á visitar á otros jefes, y que entran en las casas para robar, huyendo en seguida si lo logran: el jefe robado se dirije á sus compañeros, estos se echan encima de los del visitador y algunas veces los matan á todos. Si el ladron que queria roberos el instrumento de hierro lo hubiera logrado, habriais podido matarme á mí, pues que estoy en vuestro poder, y por esto he suplicado que quitaseis la vida al que así comprometia la mia. »

El último navegante que ha visitado Rotouma es M. Le Goarant Fromelin, que se presentó al frente de la isla en el mes de mayo de 1828, y nos esplica en la relacion de su diario y en los siguientes términos su recalo en ella. « A 26 llegué á la vista de Rotouma por los 12° 30' lat. S. y los 174° 40' lonj. E. y anclé en su parte N. E. á una milla de distancia de tierra. Esta isla tiene siete leguas de circumferencia, y es toda baja ó muy poco elevada. Su poblacion asciende á unos quinientos habitantes de bastante buena raza, de color bronceado, cabellos lascios, de carácter dócil y algo propensos á apropiarse los objetos de hierro; pero nosotros no tenemos motivo para quejarnos, porque no dejámos entrar á bordo sino á algunos jefes y á las doncellas que tuvieron la curiosidad de venir á visitarnos en gran número, haciéndonos compañía casi todas ellas en los tres dias que permanecimos en aquellas aguas. La isla está por lo jeneral muy bien cultivada, aunque faltan en ella muchas especies de frutos y legumbres. Allí hicimos aguada, nos surtímos de

leña y de gran cantidad de raíces diferentes y cocos, hasta que al fin y despues de tres dias de detencion en esta isla feliz, la abandonámos con gran sentimiento de mis jóvenes que cantaban:

Hermosas son sus mujeres,
Complacientes sus esposos!

Los buenos de los Rotoumienses sentian igualmente nuestra marcha y nos aseguraron que tendrian un gran placer en que volviésemos á visitarles alguna vez. »

En sentir de Dillon, la isla está dividida en seis distritos, cada uno de los cuales está sujeto á un jefe diferente, y cada semestre se reunian en una especie de congreso con el objeto de elejir un presidente y ventilar los asuntos del estado, así como para escuchar las quejas y terminar las desavenencias que hubiese entre los distritos sin necesidad de echar mano de las armas. Esto hace que las guerras civiles sean allí muy raras y poco sangrientas: un Inglés que habitó en la isla por espácio de cuatro años, calcula en unos cuarenta los hombres muertos en estos combates durante todo este tiempo. Algunas veces al cabo de los seis meses el presidente rehusa renunciar á sus cargos, y entonces se le deja continuar mas bien que aventurarse á una guerra civil; pero si quiere continuar, aun pasado el segundo periodo, entonces los demas jefes se reunen para deponerlo, tomando el nombre de *kiukangatcha*, y el ambicioso presidente el de *choou*. Pocos dias antes de pasar el *Rochester*, los isleños habian elevado á la clase de *choou* á un negro prófugo de la Nueva Gales del Sur en el bergantin *Macquarie*, el cual falleció en Rotouma.

Los pormenores mas curiosos y circunstanciados de todos los que el cubero Jonh dió á M. Lesson, naturalista que iba á bordo de la *Coquilla*, son los siguientes:

« Los habitantes de Rotouma, dice, son de elevada estatura y bien formados, encontrándose muy pocos que tengan menos de cinco pies: pues la mayor parte tenen de tres á cinco pulgadas mas, y otros esceden de esta medida. Su fisonomía es dulce, atractiva, llena de jovialidad y espresion, y los jóvenes, prescindiendo del color de su tez, presentaban unos semblantes muy agraciados (Pl. LIV.— 2). Llevan el pelo largo y se lo arreglan sobre el cogote como un gran pompon, y al subir á bordo se los desataban y dejaban flotar sobre los hombros y espaldas, lo cual es en ellos una señal de deferencia y respeto, y este es el homenaje que rinden á sus jefes. Algunos lo llevaban dividido en mechones rizados y rojos en su estremo, lo cual puede consistir en la costumbre que tienen de cubrirse la cabeza de cal en ciertas circunstancias. Tienen los ojos grandes, negros y llenos de espresion, la nariz un poco chata, la boca grande y los dientes blanquísimos. No llevan la barba muy larga y se rasuran con conchas. Solo sí se dejan el bigote, aunque no lo llevan muy largo. Llevan asimismo agujereadas las orelas y se adornan como los de Taiti con yerbas odoríferas, flores suaves de *gardenia* ó con las brillantes corolas de las rosas ó clavelones de Indias (*hibiscus*). Sus miembros son bien proporcionados, las piernas bien hechas, y mas de una de las jóvenes que estaban á bordo habria podido servir de modelo á un escultor. Son de una corpulencia regular, y su tez, fina, lisa y de color bronceado claro, aunque en algunos era bastante obscuro. La costumbre de bañarse con frecuencia hace que sean muy limpios, y asimismo tienen gran cuidado de su cabellera: algunos niños llevaban la cabeza rapada dejándose solo una larga trenza en el vértice de la cabeza á imitacion de los Chinos (Pl. LIV.— 2).

Estos isleños van casi desnudos, ó almenos solo llevan un estrecho *maro* ó taparabo que cubre las partes secsuales, y al cual añaden una estera que ciñe el cuerpo y baja hasta las rodillas. Llevan la cabeza descubierta ó á lo mas se ponen un pedazo de red para envolver su pelo, ó bien tejen con una hoja de cocotero una visera que ellos llaman *ischaé* muy parecida en la forma á la que usan los Taitios. Al momento se ponian en la cabeza todas las telas que les dábamos de cualquier clase que fuesen, haciendo con las camisas una especie de turbantes; pero lo que mas apreciaban era los pantalones de color, con los cuales se habian tocado apesar de lo poco apropósito que es este vestido para colocárselo al rededor del rostro, pero les complacia sobremanera el ver colgar sobre su pecho las dos piernas del pantalon. Se dan por todo el cuerpo una especie de barniz que forman con aceite de coco y unos polvos de color anaranjado ó amarillo que estraen de la raiz del cúrcuma diversamente preparada. Con esto se cubren unas veces todo el cuerpo ó ya se hacen fajas aisladas de arribá á bajo. Este barniz que se adhiere muy flojamente á la piel, hace bastante incómoda su vecindad ó relaciones íntimas. Observé entre ellos, algunos hombres enteramente desprovistos de vello, y todos manifestaban la mayor repugnancia al ver los velludos pechos de nuestros marineros. Segun creo, está en uso entre ellos la circuncision almenos dos de ellos me presentaron esta operacion.

« El principal adorno de los hombres consiste en llevar sobre el pecho una gran concha de ostra de perla que ellos llaman *tifa*. Parece que no se halla en sus playas la ostra de perla, pues que buscaban mucho las que les ofrecian algunos de los nuestros y daban una estera de pa-

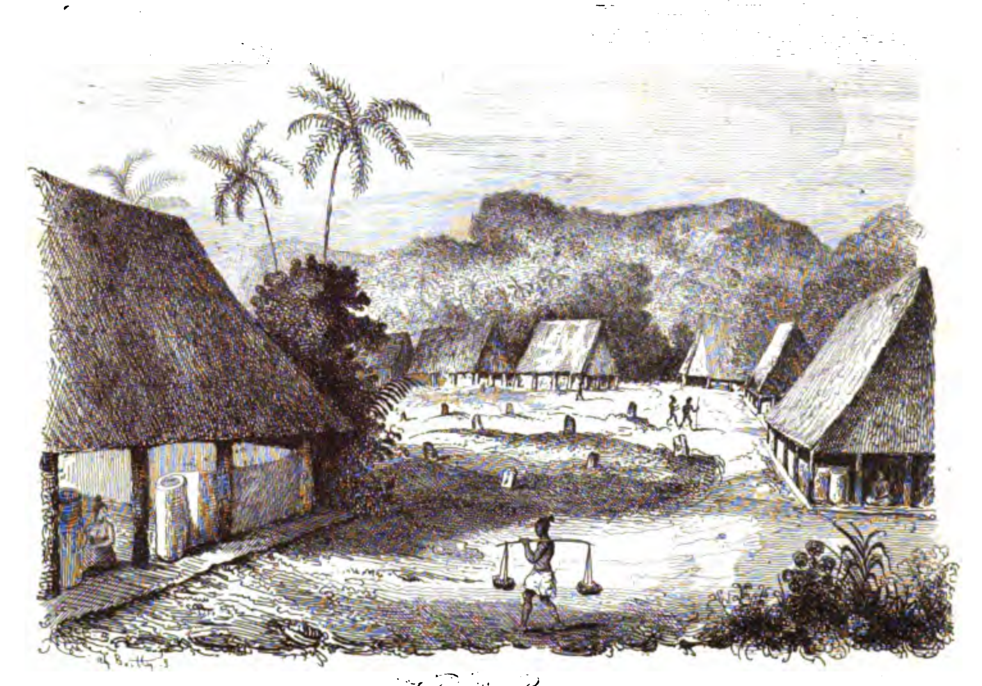
ja muy fina por cinco ó seis conchas de este testaceo. Algunos llevaban otras conchas muy lustrosas de figura óvala las que ellos llaman *pauri*, y otros se cubrian el pecho con una estera blanca que llaman *ioui*, algunos se rodean el cuerpo con sartas de conchas y mariscos, pero de todos estos miserables adornos no habia al parecer ninguno destinado esclusivamente para distinguir el rango ó indicar el mando. Ví que algunos jóvenes llevaban al cuello algunas bolitas de marfil como un collar, y de tal modo aprecian los isleños este adorno mas propio de las mujeres en particular, que buscan con avidez sin igual los dientes de cachalote, con los que hacen escelentes permutas. Los balleneros le prefieren á las telas y hachas de hierro, sin embargo de que solo es para ellos un objeto de adorno, pero que tal vez encierra algunas ideas supersticiosas.

« Consiste su vestido ordinario en algunas esteras hermosísimas y finas, á veces se envuelven la cintura con hojas de cúrcuma, aunque estos calzones bastante deshonestos dejan fácilmente entrever lo que deberian ocultar. Sus esteras son como hemos dicho hermosísimas y muy superiores á las que tejen los Taitios y las fabrican con una paja dorada que sacan de la grama. Su trabajo es penoso y largo, porque está muy apretada la trama ó urdimbre y el tejido es muy esmerado; pónenles en sus ribetes una franja y á veces la tiñen de amarillo ó las pintan de varios colores; lo muy grandes que eran algunas de ellas nos hace creer que no las emplean solo en vestir. Danlas en cambio de algunas telas de Europa ó instrumentos de hierro, especialmente hachas.

« La única arma que tuvimos ocasion de ver en manos de los habitantes de Rotouma, es la macana, y nos cambiaron sin dificultad cuantas traían consigo. Consiste esta arma, trabajada con bastante esmero, en un baston de tres á cuatro pies de largo, de madera encarnada y muy dura, complanada y cortante por ambos filos, de estremidad vulnerada que está cincelada. Dos jóvenes nos hicieron ver del modo que de ella se sirven, y para ello tomaron primeramente un ademan guerrero, erizándose el pelo y haciendo mil muecas y contorsiones con la cara. La macana en sus manos da vueltas en todas direcciones y sentidos, y la manejan tan bien, que parecen enseñados por un jugador de palo europeo.

« El adorno mas notable y característico de este pueblo, son las pinturas de que llenan su cuerpo, y á las que llaman *chache*. Cubre desde la parte inferior del pecho hasta encima de las rodillas una pintura con tanta regularidad hecha, que no imita mal á las escarcelas de nuestros antiguos paladines. Detras del muslo se hacen una raya lonjitudinal que impide den la vuelta á este miembro las fajas transversales. Llevan el vientre y lomos cubiertos de lineas curvas franjeadas, cuyo color resalta infinito sobre lo restante de la piel intacta; pero en el pecho y vientre llevan dibujos muy diferentes. Este se distingue por el cúmulo de puntos negros que forma sobre su piel, y aquel por la lijereza y gracia de sus dibujos, compuestos de lineas delgadas que ya imitan á los peces volantes, ya flores ú otros objetos sencillos. Algunos indíjenas tienen tambien sobre las piernas, largas bileras de puntos negros, y otros dos vímos que llevaban en las espaldas algunas cicatrices en relieve, jénero de adorno que parece peculiar de la raza africana, como á sus ramificaciones ó vástagos estendidos por el grande Océano.

« Está la isla de Rotouma dividida en veinte y cuatro distritos, gobernados por otros tantos jefes, que tienen el título de *hinhangocha*, cada uno de ellos por razon de edad, llegan á la autoridad suprema, y la ejerce por espacio de veinte lunas, con el nombre de *chaou*, y este se reune todas las mañanas con doce jefes, para arreglar los asuntos del estado. No va acompañada de grandes formalidades la ceremonia del cambio de *chaou*, pues para esto no hacen mas que reunirse todos los jefes, y el chaou mas anciano entrega al nuevo chaou una rama verde (PL. LIV. — 4). El poder de los jefes es muy vasto; pues son los propietarios de todas las tierras. Obligan á los habitantes á trabajar, y disponen á su alvedrío del matrimonio de las doncellas. En las lides van al frente de su tribu, y hacen las veces de sacerdotes en los bautizos, casamientos y entierros; al mismo tiempo que administran justicia. Por lo demas, en un pueblo de costumbres tan sencillo, la autoridad de un jefe viene á ser lo mismo que la de un padre, y no es tiránica ni cruel. Todos se apartan respetuosamente cuando pasa un jefe; y en presencia del rey están obligados á sentarse y desatarse el pelo que es su saludo ordinario. Los homenajes que se dispensan á los jefes, el respeto á los ancianos, la sumision del pueblo, la obediencia de los niños, anuncian un gran órden, y los usos de los Rotoumienses forman el elojio de su moral; y aunque alguna vez les viene á turbar la guerra, su carácter pacífico les desvia de ella. Hará cosa de seis años, que la emulacion y los límites mal fijados encendieron la guerra entre dos distritos, y lo restante de la isla, tuvieron un encuentro en el que murieron mas de cien salvajes de una y otra parte, apesar de esto se propuso y aceptó la paz, y al momento desapareció todo rencor. Poco tiempo antes, fué atacada Rotouma por los naturales antropófagos de una isla denominada Noue, distante tres ó cuatro dias de navegacion.



1. Village de Rotuma.

1. Aldea en Rotuma.



2. Naturels de Rotuma.

2. Naturales de Rotuma

de Sainson del.



3. Transmission du Pouvoir à Rotuma.

3 Trasmision del Poderio en Rotuma.



4. Sépulture des Rois à Rotuma.

4 Sepultura de los Reyes en Rotuma

Los agresores fueron vencidos, y se retiraron dejando algunos de ellos reducidos á esclavitud. Cuando sus jefes van al combate, llevan cuatro esterillas de magnitud diferente, y la cabeza adornada con conchas de nácar, ceñidas á manera de diadema, empiezan ellos el combate, atacando á los jefes enemigos, y la accion se hace al punto jeneral. Sus únicas armas consisten en mazas y lanzas, las que tendrán diez á doce pies de largo, despidiendo tambien con sus manos piedras del peso de dos libras. Concluído el combate, entierran sus muertos en el mismo campo de batalla.

« Sus villorios son edificados á la orilla del mar, y dispuestos á manera de círculo al rededor de su cementerio, el *thamoura* del distrito. La cabaña del jefe es la mas grande y la mas cercana á la playa. Todas están construídas sobre estacas sentadas en tierra, y sosteniendo un techo agudo cubierto de hojas de coco (PL. LIV. — 1).

« Sus usos con respeto al matrimonio, nacimiento y entierros, son dignos de atencion. Casan los jefes con sus hijas con quien les place, no estando en su poder el rehusar al que les ofrece; y lo mas particular es que muchas veces ni siquiera lo han visto. Cuando los Ingleses se establecieron en la isla, ordenaron los jefes de su distrito reunir todas las mozas paraque pudieran libremente escojer. Pero por lo tocante á las hijas de los jefes, debe precisamente la mayor casarse con otro jefe, esceptuando á las otras, las cuales deben conformarse con la voluntad de su padre, aunque sea desigual su casamiento. Completada la eleccion, deben los dos esposos por una ó mas noches acostarse sobre una misma estera vijilándolos algunos jefes paraque no consumen el matrimonio. El dia señalado para consumarlo es el dia de las danzas y festines, encaminándose los dos amantes al anochecer hácia orillas del mar. Allí se tienden de espaldas y el hombre le lava su cuerpo, y tendiéndose en seguida este en sentido opuesto practica la mujer la misma ceremonia, presenciando este acto un gran número de testigos de ambos secsos, quienes tienen á su cargo obsequiar á la recien casada regalarle esterillas en presente y cantar mientras permanecen en el agua. Al cabo de cinco minutos salen del mar, y de este modo quedan unidos marchándose en seguida á su cabaña en la que en presencia de los espectadores y bajo la direccion de una mujer anciana deja de ser vírjen. Si la ecsistencia de este tesoro queda dudosa por la inspeccion de las esterillas, la mujer es repudiada, siendo el hombre libre de escojer otra, viéndose aquella obligada á vivir como una ramera. Por otra parte, las mujeres son libres, amadas y respetadas. Despues de casados si la mujer es infiel, la maza del jefe venga con su muerte el honor del marido, y el hombre complicado en su adulterio, es atado fuertemente á una piragua y abandonado en alta mar: esceptúanse los jefes, á quienes no comprende esta ley. Fuera del casamiento toda doncella es libre de entregarse al que mejor le parezca, pero no deja de serles preciosa la virjinidad, pues que sin ella no les seria tan fácil desposarse, principalmente cuando toda su vanagloria la cifran en ella, ya empolvándose la cabeza con polvos de coral, ya pintándose de encarnado el semblante y las nalgas hasta el medio de la espalda de negro. Una vez casadas, ya no hacen caso de semejantes adornos y sus cabellos, mas cortos que los de los hombres, esceden apenas la superficie de la cabeza, y un sencillo taparabo completa todo su traje llevando al descubierto sus pechos.

Al nacimiento de un niño diríjese el jefe á la casa de la partera y se sienta en medio quedando á cargo de una casada el conducir el infante á su presencia; quien en el acto preparando en una de sus manos una mezcla de aceite de cocos y de agua salada frota toda la cara del infante y tambien sus dientes y labios. Concluída la tal ceremonia, pide dicho jefe consentimiento á sus padres sobre el nombre que ha de llevar y lo publica en alta voz repitiéndolo los asistentes. Este acto, cuya duracion no es mas que de media hora, se renueva en los seis dias consecutivos; no se desvanece tan pronto dicha ceremonia al nacimiento del hijo de un jefe, en el que permanece reunida la asamblea por el espacio de tres ó cuatro horas comiendo, bebiendo y cantando.

« Cuando muere alguna persona, colócanla en su casa y encima de una estera, descansando su cabeza en una almohada de madera, cubierta toda su parte inferior del cuerpo de una estera, y la otra pintada de encarnado. Despues que dicho cadáver ha permanecido por espacio de un dia entero en este estado, toman las seis esteras mas finas en las que lo envuelven; y colocándolo en seguida sobre una tabla sostenida por cuatro individuos en medio de los lloros y jemidos lo acompañan al *thamoura* (cementerio). Su tumba socavada en la tierra alcanza cinco pies de profundidad; arreglando un féretro por medio de anchas piedras, que forman una especie de nicho en el que descansa el cuerpo; tapando tambien con la resina de cierto árbol los intersticios que dejan las piedras entre sí. Mientras dura la ceremonia, sentado el jefe al estremo de la huesa, canta el solo un himno fúnebre. Despues que la tierra y una losa han apartado de vista su tumba, reúnense en la cabaña del difunto, en la que se les sirve una espléndida comida dispuesta por órden del jefe.

« Cuando á una mujer se le muere el ma-

rido, córtase la cabellera; y por medio de un palo incandescente se cubre todo su pecho de quemaduras: aconteciendo lo contrario en el viudo, quien, por medio de una piedra, se señala la frente y los hombros no diferenciando en nada el luto á la muerte de un jefe entre sus hermanas y viuda. No es esa la única accion sanguinaria con deshonra de la especie humana de Rotouma. Reúnense en el cementerio todas las familias á los funerales de un jefe; y allí el sucesor sacrifica dos niños elejidos por la suerte para tan alto honor, y matándolos de un macanazo, los entierran en dos huesas diferentes escavadas á uno y otro lado de la del personaje. Del mismo honor participa la esposa de un jefe con sola la diferencia de que las víctimas son dos niñas.

« Sin embargo no deja de contener cada aldea ademas del thamoura un lugar destinado para sepulturas, construído sobre la mas alta montaña de la isla en la que descansan los reyes que mueren en el ejercicio de sus funciones. Dicho sitio conservado con esmero y rodeado de los mas copados árboles de la isla, contendrá hoy dia tan solo veinte sepulcros. Levántanse tambien de dichos sepulcros, dos piedras de ocho pies de altura la una, y la otra de cuatro; situada la primera á la cabeza de cada tumba y la otra en el sitio señalado para los pies: completando dicho cuadro otras dos de forma cuadrilonga situadas en sus lados.

« Sus ideas relijiosas son muy sencillas, pues solo creen al parecer en un ser ó jenio supremo que sofocándolos les quita la vida; y por eso han llamado á la muerte, *athoua*. Creen que tras la muerte todo queda disuelto. No perdonamos medio para ponerles al alcance de los dogmas de la relijion cristiana, el castigo de los malos y la recompensa de los buenos; maravillándonos lo poco que pudieron comprender.

« Su filantropía y humanidad se estienden hasta los irracionales; no pudiendo por lo mismo sufrir que se dé muerte á ninguna mosca, raton ni culebra, esceptuando únicamente á los músticos. Segun parece, no dejan de tributar sus respetos á las serpientes, de las que contiene una dicha isla cuyo dorso es de un pardo obscuro, dorados sus costados, y amarillento su vientre: la que no pasa entre ellos por venenosa.

Los maridos ó los hombres ya adultos de una familia acostumbran á comer á una misma hora; pero en distintas hojas y mesas, empezando las mujeres y niños despues de concluídos estos. Lo mismo sucede en los grandes banquetes, en los que son tantas las mesas como los convidados: consistiendo su única luz en estas ocasiones en ramos secos de cocos, con las que arreglan sus antorchas arrojando estas una luz, cuya viva claridad alumbra hasta cerca de unos diez pasos.»

Insertamos á continuacion, como muestra del idioma de los isleños de Rotouma, el retornelo de una de sus canciones, recojido por M. Blosseville, quien confiesa no comprender su sentido.

Chi a leva, chi a leva
Ole tou lala
Olele ona chedi
Ona nekea papa opiti
Chi a leva, chi a leva
Che e chita, che e chita.

No dejan estos isleños de conocer sus mas cercanas islas, así como reconocen las de Viti, Tonga, Niouha y Waï-Tobou, viajando muy á menudo por esta, con el objeto de procurarse mariscos blancos muy apreciados en Rotouma. Con respeto á los habitantes de Mouha, dicen que su raza en nada difieren de la de ellos, pero de un color algo mas obscuro. Mas de una vez estos naturales en sus escursiones marítimas han sido arrastrados hasta las islas Anouda, Tikopia y Vanikoro.

Los cálculos comprendidos y resultados ecsactos no dan mas que seis millas y media de estencion del E. al O. á Rotouma sobre dos milla de ancho, fijando la posicion jeográfica del medio de su isla á 12° 30' lat. S. y á los 174°, 56' lonj E. encontrándose en el O. un arrecife aislado cuya estension alcanza cuatro millas del N. E al S. O., y en el que se comprenden algunos islotes.

CAPITULO XXI.

ISLAS GUILBERT Y MULGRAVE.

Luego que nos hubímos despedido de los buenos Rotoumienses, dirijió el *Oceánico* su rumbo hácia el N., para alcanzar la isla llamada *Gran Cocal*, dejando á nuestra derecha y á corta distancia, diversas islas recientemente descubiertas y todavía poco conocidas, á saber:

I. Independencia ó *Rocky*, isleta descubierta por el capitan Barret, del navío *Independiente*, sin otro dato que la posicion siguiente, y aun esta bastante dudosa: 10° 45' lat. S. y 176° 45' lonj. E.

I. Mitchell, reunion de islas bajas, descubiertas tambien por el mismo Barret. Todo lo que de ellas se sabe se reduce á que están pobladas y situadas á los 9° 18' lat. S. y á los 177° 25' lonj. E.

I. Bear. Su reunion forma un grupo de catorce islas bajas, que en 1819 parecieron despobladas á su descubridor, el capitan Peyster, del *Rebeca*. Está situada á los 8° 30' lat. S. y á los 176° 46' lonj. E. en su parte N.

I. Peyster, grupo de diez y siete islas bajas

y habitadas; descubiertas en 1819 por el mismo marino. Está situado á los 8° 5' lat. S. y á los 175° 57' lonj. E. por su parte meridional.

I. Nederlandisch. Descubrióla en 1825 el capitan holandés Koerzen, quien nos dió noticia de que contenia tambien algunos habitantes. Está situada á los 7° 7' lat. S. y á los 175° 13' lonj. E.

Estas islas, junto con las de Wallis y Rotouma, forman al parecer una cadena que une Hamoa y el resto de la Polinesia con toda la Micronesia.

En otro tiempo representaban los mapas en estos sitios inmensos vacíos que van desapareciendo cada dia, consistiendo ya el mayor intérvalo que separa una isla de otra, en unas sesenta leguas á lo sumo, de modo que no es difícil concebir como ha podido el hombre ir poblando poco á poco toda la Oceania, y llegar hasta las rejiones mas distantes de este inmenso mar.

El 25 al salir el sol, distinguímos la isla Gran Cocal, tierra tan baja, que habiéndonos acercado hasta cuatro leguas de ella, nos fué casi imposible distinguir desde tan corta distancia la copa de los árboles; mas lo poco que vímos nos probó cuan digna es de llevar el nombre de Gran Cocal, que en 1781 le impuso el capitan español Maurelle. Hé aquí como se esplica este marino con respeto á ella.

«A 5 de mayo avistámos una isla baja, rodeada de una arenosa playa que se estendia hasta un impenetrable arrecife, en cuyas cercanías no encontrámos fondo en una linea de mas de cincuenta brazas. Observámos que dicha isla era muy abundante en cocos; y esta vista regocijó tanto mas á la tripulacion, cuanto que se habian casi agotado aquel mismo dia todas las provisiones que habíamos recojido en la isla *Consuelo*.

«Envié la chalupa armada paraque nos trajese si era posible algunos cocos: pero se lo impidieron las olas que se estrellaban contra el arrecife, y entretanto se fué acercando la fragata á tan poca distancia de la costa, que oíamos la voz de los isleños que nos hablaban desde la playa, no pudiendo de ningun modo pasar mas adelante. En esto botaron los Indios sus canoas al mar, no sin mucho trabajo atendido el obstáculo que ofrecia el arrecife y llegaron á bordo en gran número, aunque la dificultad del tránsito no les habia permitido cargar mucho de cocos. Luego probaron á remolcar la fragata amarrando algunos cables á la proa y remando todos juntos hácia la isla, desde donde nos echaron algunas maromas para tirar tambien: hasta que viendo que en seis horas no habíamos logrado nada y perdiendo la esperanza de mejor écsito, me hice á la vela hácia el N. O.

«Los habitantes de este islote pronunciaban de diferente modo varias palabras comunes á las otras islas; mas los que vinieron á bordo, iban de tal suerte enmascarados, que parecian demonios en figura humana, llevando ademas la mayor parte de ellos la barba tan crecida, que les cubria la mitad del pecho. No lejos del plantío de los cocos se veían algunas cabañas colocadas en buen órden, que no parecia arguir sino que aquella isla era poblada en estremo.»

Este islote fué reconocido en 1809 por el buque *Elisabeth*, que lo denominó *Sherson*, y en 1824 por M. Duperrey que fijó su posicion á los 6° 6' lat. S. y á los 179° 53' lonj. E.

Apenas habíamos perdido de vista los árboles del Gran Cocal, cuando vímos despuntar en el horizonte la isleta de San Agustin, cuya parte occidental pudímos costear á dos ó tres millas de distancia. A través de una selva no muy densa se distinguian algunas cabañas cubiertas de techumbres muy inclinadas, y sostenidas á dos ó tres pies del suelo sobre estacas de madera. Algunos grupos de naturales nos estaban atisbando sin manifestar ningun deseo de visitarnos.

Descubierta por Maurelle en 1781, la isla San Agustin fué visitada en 1809 por *la Elisabeth*, que la denominó *Taswell*, y en 1824 por Duperrey, que fijó su posicion á los 5° 40' lat. S. y á los 173° 47' lonj. E. Es una tierra baja de seis millas solamente de estension del N. O. al S. E. sobre dos de ancho, comprendidos á los arrecifes.

No es ocioso llamar la atencion de los sabios sobre lo importante que seria el observar ecsactamente la lengua y costumbre de los naturales de las islas que acabamos de citar; puesto que solo entonces se podrá trazar definitivamente la linea que debe separar la Polinesia de la Micronesia.

Mas allá de San Agustin empezó á dejarse sentir la calma, muy comun en el ecuador: y desde entonces solo adelantámos con la ayuda de algunas pequeñas ráfagas de viento, á favor de las cuales llegámos á la vista de las islas *Guilbert*. Avistólas el *Oceánico* á la altura de la isla Drumond que dejó al O. á distancia de unas cuarenta millas, y al dia siguiente se reconoció y cruzó tambien la isla *Syndhan*, cuyas tierras consisten solo en unos dilatados arrecifes de los que sobre salen acá y acullá algunos islotes cubiertos de árboles, y en los que distinguímos con el anteojo varias cabañas y algunos grupos bastante crecidos de indíjenas.

Parecia que dos ó tres piraguas deseaban acercarse; pero temiendo Pendleton que la tripulacion enfermase por las calmas de la linea, y no queriendo perder mas tiempo en aquellas miserables playas, fué prosiguiendo su ruta sin aguardar á los isleños. Así pues, dejando á un lado las islas Gilbert, sin haber entablado relaciones

con sus habitantes dirijímos nuestro rumbo hácia las islas Mulgrave.

Aquella reunion de islas que acabábamos de abandonar comprende de S. á N.

Las isletas de CHASE y FRANCIS, descubiertas poco tiempo hace por un ballenero, y situadas, la primera entre los 2° 28' lat. S. y los 174° lonj. E. y la otra entre 1° 40' lat. S. y los 173° 15' lonj. E.

A estas siguen la isla DRUMMOND descubierta en 1799 por Bishop, capitan del *Nautilus*, y reconocida en 1824 por Duperrey, y en 1825 por el navío *Dolphin*. Hé aquí lo que con respecto á los habitantes de esta isla dice M. d'Urville en su diario inédito de la *Coquilla*.

Fácilmente pudímos distinguir en la playa, varios indíjenas con sus mujeres, hijos y perros, nos contemplaban á poco rato separando tambien al poco como hacian todos los esfuerzos imajinables para alcanzarnos, tripuladas por ocho hombres, vogando á remo y vela, y ajitando de cuando en cuando algunas esteras en señal de que aguardásemos. Dos ó tres de ellas, que llegaron á unas noventa brazas de la popa de nuestro navío, tardaron aun mucho en alcanzarnos, apesar de que no adelantábamos mas que tres millas por hora, lo cual nos prueba la poca lijereza de estas embarcaciones. Pusímonos finalmente en facha, y se nos acercó despues de titubear un momento, una de ellas tripulada por tres indíjenas. Aquellos hombres eran de estatura regular, de tez bronceada, cubiertos de lepra, y llevaban por único vestido algunos pedacitos de estera toscamente fabricadas, puestos al rededor del cuello, y gorros del mismo jénero. No eran muy agradables sus facciones, sus miembros delgados, y su lenguaje era enteramente diverso de los demas dialectos polinesios. Sus piraguas, lo mismo que sus velas, estaban groseramente fabricadas, ninguno de ellos llevaba el cuerpo pintado y por única provision traían algunos moluscos que nos dieron en cambio de cuchillos y anzuelos. Parecian dotados de muy poca intelijencia, y fueron infructuosos cuantos esfuerzos hicímos para saber el nombre de sus islas. En fin estuvieron con nosotros media hora al cabo de cuyo tiempo nos dejaron y se volvieron á tierra.

Cuando pasó el *Dolphin* á la vista de Drummond, distinguieron en ella como unas veinte ó treinta aldeas, sin contar las casas que se veían aisladas, por lo que dedujeron que aquella isla contenia una numerosa poblacion. Rodearon al navío mas de cien piraguas tripuladas cada una por dos hombres y una mujer, ocupada en sacar el agua que penetraba en la canoa; aquellos hombres tímidos al principio, fueron poco á poco alentándose hasta acercarse á nuestro navío, en donde nos dieron en cambio de hierro y clavos viejos, cocos y peces voladores; y al último se hicieron tan atrevidos y nos robaron tan descaradamente, que fué preciso disparar sobre ellos algunos fusilazos, y hasta prender un ladron en su misma piragua, azotándolo despues á bordo del navío y á vista de todos ellos, « con la intencion, dice Paulding, de enseñarles á tratar en adelante con los blancos » y no deseando negociar mas con semejantes piratas, pasó Paulding adelante sin detenerse en Drummond como habia pensado al principio.

Las islas SYDENHAM, que fueron descubiertas en 1799 por Bishop, revistas en 1809 por la *Elisabeth* que las llamó islas *Blamey*, y reconocidas en 1824 por Duperrey, forman un grupo de islas bajas y desiguales, de unas veinte millas de lonjitud del N. O. al S. E. sobre ocho millas de anchura. Las dos mayores tienen hasta diez millas de lonjitud, pero apenas dos ó trescientas toesas de ancho, de modo que forman unas lenguas de tierra muy estrechas, situadas á 0° 38' lat. S. y á los 172° 5' lonj. E. (en su parte media) y segun el capitan d'Urville, los habitantes de estas islas son en un todo semejantes á los de Drummond, y aunque parecen muy miserables, sin embargo no manifestaban grande anhelo de poseer los objetos europeos que se les presentaban, y si bien que no vímos en sus manos arma alguna, las numerosas cicatrices que cubrian su cuerpo nos probaron que se entregaban á frecuentes combates. Algunos de ellos llevaban las piernas cubiertas de dibujos finos y poco profundos, y todo cuanto nos trajeron no pasaba de un corto número de cocos, y un hacha de concha mal trabajada; pero lo que mas chocó á M. de Urville, fué al ver que algunos de ellos llevaban chalecos y pantalones de fibras de cocos entretejidas con tanta solidez, que parecian de punto aunque muy basto.

I. HENDERAILLE, descubiertas en 1788 por Gilbert y Marshall. Sus habitantes se acercaron al buque de este último; pero no se atrevieron á subir á bordo, y en cambio de algunos regalos que se les hicieron, presentaron al capitan algunos granos y dientes de animales, que llevaban ensartados al cuello modo de collar ó adorno. « Estos isleños, dice Marshall, son de muy buena raza, de color de cobre, robustos y bien formados; sus cabellos son largos y negros lo mismo que sus cejas, tienen tambien una hermosísima dentadura, y consistiendo su único adorno en un collar de granos y dientes, aunque algunos de ellos llevaban ademas pintado de blanco el rostro. » Añade luego el mismo, que lo poco que pudo observar á aquellos isleños, bastó para convencerle de que tienen talento, viveza y esperiencia.

En el mes de mayo de 1824, reconoció Duperrey de cerca la isla Henderville, viendo sobre la playa un gran número de naturales; y observando ademas la desnudez de los hombres y

el corto taparabo que vestian sus mujeres, y consistiendo los adornos de estas en huevos de lesde y algunas conchitas rojas colgadas al cuello. Quisieron algunas piraguas acercarse á la *Coquilla*, pero como esta no las esperase tuvieron que volverse sin haberlo podido alcanzar. Forma Henderville un grupo de isletas bajas y arboladas, de las cuales la mayor tiene de cinco ó seis millas de lonjitud y media de anchura todo lo mas. Conteniendo el grupo entero de quince ó veinte millas de circumferencia, y está situado bajo 0° 6' lat. N. 171° 23' lonj. E. (en su punta S).

I. Woodle, descubiertas en 1788 por Marshall y reconocidas en 1824 por Duperrey, son dos islas pequeñas, bajas, muy pobladas de árboles, de dos ó tres millas de lonjitud y unidas entre sí por un banco de arena. Su punta S. O. está situada entre 0° 16' lat. N. y los 171° 10' lonj. E. En sus costas M. d'Urville vio una cabaña almenos de ochenta pies de largo y cubierta de un inmenso techo, observando ademas acá y allá algunos sitios rodeados de empalizadas, y mas de doscientos naturales diseminados por la playa. De estos se acercaron algunos á la *Coquilla*, y vímos que todos iban desnudos, pelados y lijeramente pintados en la espalda y muslos. Ninguna clase de víveres nos trajeron, y se contentaron con darnos algunos collares de conchas y escamas en cambio de cuchillos, anzuelos y clavos, que eran lo que mas apreciaban.

I. Hopper, descubiertas en 1788 por el capitan Marshall, y revistas en 1809 por Bishop, quien las llamó *Simpson*, son tambien un grupo de islas bajas, arboladas y habitadas, y que abrazan bastante estension. Su parte meridional debe caer á corta diferencia sobre 0° 15' lat. N. y los 171° 4' lonj. E.

I. Hall descubiertas en 1809 por Bishop y conocidas en 1824 por Duperrey, son siete ú ocho isletas bajas y pobladas, que componen un grupo de veinte y cinco á treinta millas de circuito, y de las cuales tiene la mayor siete millas de lonjitud sobre trescientas toesas de anchura y su posicion es 0° 49' lat. N. 170° 43' lonj. E. en supunta S. O.)

I. Gilbert y Marshall, descubiertas por los capitanes de estos nombres. Son dos isletas bajas y sobre las cuales no poseemos mas datos que su posicion. La primera está situada entre 1° 17' lat. N. y los 170° 40' lonj. E. (en su punta S.) y la segunda entre 1° 40' lat. N. y los 170° 54' lonj. E.

I. Knox, descubiertas en 1788 por Marshall y reconocidas en 1824 por Duperrey. Es un grupo de islas bajas, pobladas de árboles y habitadas, que tiene veinte y cuatro millas de estension de N. á S. y en este grupo se halla la isla *Cook*, llamada así por Bishop en 1809. Está situada á 1° 31' lat. N. y á los 170° 34' lonj. E. (en medio de su parte O.)

I. Carlota, descubiertas en 1788 por Marshall y Gilbert, revistas en 1809 por Bishop, quien los llamó *Seis Islas*, y reconocidas en 1824 por Duperrey: es un grupo de islas bajas y pobladas que tiene veinte millas de circuito y en cuyo centro hay un islote situado á 1° 65' lat N. y á los 170° 27' lonj. E. (en su punta O).

I. Mathews, descubiertas por Gilbert y Marshall en 1788 y divisadas de lejos por Duperrey en 1824; es un grupo de islas bajas y pobladas, cuya circumferencia abraza unas sesenta millas. Su posicion es á los 2° 4' lat. N. y á los 170° 56' lonj. E. (en su parte N.)

I. Pitt, señaladas en el mapa de Arrowsmith como descubiertas por Guilbert en 1788; son dos islas de las que solo sabemos que están situadas á los 2° 50' lat. N. y á los 171° 5' lonj. E.

Al lado de las islas Gilbert se vé la isla *Byron*, recientemente visitada por Percival capitan americano del *Delphin*. Habiendo á 10 de noviembre de 1825 fondeado junto al arrecife que rodea la isla, vió cuanto antes que los naturales se dirijian hácia él armados de lanzas formadas con dientes de tiburon, y con ademan resuelto y animoso. Saltaron á bordo y se llevaron cuanto pudieron haber á las manos, y por la noche se vió la isla iluminada con diferentes hogueras junto á las cuales se oía gritar y hablar en alta voz. Al dia siguiente muy temprano se volvieron á presentar los naturales en la playa y no tardaron en invadir el navío, mostrándose tan camorristas é insolentes, que fué preciso emplear la fuerza para repeler á estos importunos huéspedes. Un anciano jefe, de estatura atlética, á quien el capitan habia tratado con miramiento y respeto, se le echó encima apretándole entre sus brazos con tal fuerza, que el capitan americano se vió obligado á pedir socorro. Ataron una cuerda al cuello del salvaje, y de este modo se pudo separarle del capitan, que habia recibido ya sobrados abrazos de su nuevo amigo.

Otro salvaje se burlaba al parecer de las amenazas del centinela, y cada vez que este le apuntaba el fusil blandia fieramente la lanza. Habiéndose repetido esto varias veces un oficial le disparó un pistoletazo con perdigones, lo cual puso en fuga al insolente salvaje é hizo que los otros en adelante respetasen mas la consigna de los centinelas.

Quiso desembarcar el capitan, pero las demostraciones y aun acciones hostiles de los indíjenas le obligaron á volver á bordo. Habiendo intentado por segunda vez saltar en tierra al frente de algunas lanchas, se estrelló la que él iba contra un escollo, quedando por consiguiente la mayor parte del dia espuesto á los ataques de los naturales, y á no ser por el cañon de abordo que protejia á los náufragos, hubieran po-

dido sobrevenir grandes desgracias, pues que las embarcaciones solo llegaron al navío muy entrada ya la noche.

Los habitantes de la isla Byron, dice Paulding, son de estatura elevada, ájiles y bien formados. Van todos desnudos y cubiertos de cicatrices; algunos llevaban gorros de una especie de yerba y collares de pequeñas rodelitas de cáscara de coco. Sus adornos son toscos, y los usan muy rara vez; pues consisten en conchas y collares fabricados de una cosa parecida al hueso de la ballena con que algunos se ceñian la cintura y otros el cuello; sus cabellos son largos y lacios, su tez muy obscura, y su barba poco poblada y rizada sobre la barbilla como la de los negros. Las pocas mujeres que vinieron en las piraguas eran de ademanes brutales y casi tan robustas como los hombres, llevando al rededor de la cintura una esterilla de un pie de ancho adornada con una franja por su porte inferior. Pocos hombres iban pintados, y aun estos lo estaban muy poco. Sus piraguas eran muy bien trabajadas y se componian de un gran número de piececitas de madera lijera reunidas entre sí por medio de trenzas formadas con la borra del coco; pero hacian agua de tal modo, que estaba continuamente ocupado un hombre en vaciarla. Estas piraguas son muy estrechas, terminadas en punta por ambos estremos, y provistas en un lado de una tabla horizontal que sirve para hacer tenerlas derechas, en todas estas islas forman las velas con esteras de paja ó yerba.

La isla Byron es una cadena formada de islotes bajos, arbolados y muy poblados, y situada sobre un arrecife. Su posicion está á 1° 18' lat. S. y á los 175° 0' lonj. E.

Un poco hácia al O. de las islas Gilbert se halla la isla Océano, descubierta en 1804 por el navío *Océano* y reconocida en 1823 por el capitan Joy del *Boston*, diferenciándose esta isla de las precedentes por su elevacion, pero no sabemos nada sobre ella, y aun su situacion es dudosa, bien que la señalan á 0° 48' lat. S. y á los 168° 29 lonj. E..

La isla Pleasant es tambien una isla elevada, descubierta en 1798 por Teara, capitan del *Hunter*, y segun dicen es grande y poblada: esto es cuanto de ella se sabe, lat. S. 5° 25' y lonj. E. 165° y tambien es muy poco conocida la isla *Atlántica*, descubierta en 1827 cuya posicion es cerca de 1° 20' lat. N. y á los 160° 40' lonj. E.

Habiendo dejado atrás el grupo Gilbert dirijió el *Oceánico* su rumbo hacia las islas Mulgrave á las que divisó á 4 de mayo al amanecer; y segun los datos que tenia á la vista, fondeó Pendleton en el mismo paraje que habia ocupado el *Delphin*. Apenas habíamos echado el áncora, cuando se presentaron los naturales en la playa ofreciéndonos con aire afectuoso y desinteresado al parecer, frutos del pan, cocos, y frutos de pandanos, aunque en corta cantidad, apesar de su pobreza, que de este modo nos lo querian dar á entender los naturales; pero lo poco que ofrecian lo hacian con tal franqueza y cariño que su proceder centuplicaba el valor del regalo. Tambien nos dieron á entender con señas que si permanecíamos entre ellos algunos dias, nos traerian pescados y mariscos.

Diferencíanse los habitantes de las islas Mulgrave de los de las islas que acabábamos de visitar, tanto en lo físico como en lo moral, pues que lejos de ser ceñudos, desabridos y groseros como estos últimos, se mostraron con nosotros amables, honrados, cariñosos, y políticos. Sus facciones, mas agradables y finas, su talle mas esbelto, sus formas mas cándidas y menos huesosas y sus largos cabellos complanados sobre la cabeza, nos recordaron al momento el tipo jeneral que la mayor parte de los navegantes atribuyen á los Carolinos. Llevando finalmente el pelo atado con grande aceo en el vértice de la cabeza.

Luego que saltámos en tierra, corrieron los salvajes hácia nosotros para convidarnos á que entrásemos en sus cabañas y tomásemos algun refrijerio; pero nosotros preferímos por prudencia, y nos dirijímos juntos hácia la cabaña del jefe Lugomá, mucho mayor que las otras, las que por lo regular tienen solo quince pies de lonjitud sobre diez de anchura y de doce á quince de elevacion, estando ademas divididos en dos pisos, de los cuales el inferior está abierto por los lados, el techo cubierto de pedacitos de coral, se levanta un poco de la superficie de la tierra; pero es tan baja que solo agachándose se puede entrar en él y permanecer sentado ó echado. Está formado el pavimento del piso superior de palos y hojas estrechamente enlazadas, que como mas alto que el otro tiene tambien mejor vista; y en este sitio almacenan los naturales sus provisiones para ponerlos al abrigo de la voracidad de los ratones y donde ellos duermen durante la estacion lluviosa. En medio del techo inferior, hay un agujero bastante capaz para dar paso á una persona, distante de los lados por razon de los ratones.

Luego que entrámos en la cabaña del jefe Lugoma, nos ofreció este algunos frutos del pan y un poco de pescado asado, llamó á una hija suya, jóven bonita y agraciada, y la mandó que cantase, lo cual ejecutó acompañándose de un tamborillo semejante á los que yo habia visto en *Nouka-Hiva*, tomando con admirable presteza diferentes jestos y posturas al mismo tiempo que cantaba y tocaba. Una de las que con mas frecuencia tomaba, era la de estender rápidamente un

brazo llevando el otro sobre el pecho, y, segun lo que pude entender por los jestos de la jóven y las esplicaciones de Lugoma, se refirió esta improvisacion á algun reciente combate. Todo esto duró unos diez minutos, al cabo de los cuales se retiró la jóven cantatriz.

Al salir de la casa de Lugoma, vimos un pedazo de tierra sagrada, que, segun nos dijeron, estaba destinado para sepulturas de los reyes, y cuyo espacio, bastante limitado, solo comprendia algunas varas de terreno. Levantábase de pie de cada sepulcro un coco, cuyo tronco, rodeado de hojas secas, anunciaba al pueblo que sus frutos le estaban prohibidos. El hijo del jefe que nos acompañaba, niño de unos doce años, nos enseñó dos tumbas diciéndonos que allí reposaban dos jefes que habian gozado de altos honores y lo añejo de los cocos plantados junto á ellos, probaba que su muerte databa de una época bastante remota. Al mismo tiempo que el jóven nos servia de *cicerone* en aquel fúnebre recinto, parecia que le ocupaba el temor de que hallásemos indiscretamente las tumbas de sus antepasados; y pesaba sobre la cabeza del pobre adolescente una grande responsabilidad, pues que no tardó en acudir Lugoma mismo á invitarnos con aire sobresaltado que abandonásemos aquellos lugares: « Estais turbando el reposo de nuestros muertos, decia, y á su vez vendrán los muertos á turbar el de nuestras cabañas. » Así pues nos fué preciso ceder á los supersticiosos escrúpulos del honrado jefe, y alejarnos sin demora de aquellas sagradas florestas.

Cuando volvímos á la poblacion, observé en varias cabañas grandes rimeros de pescado que habian asado para conservarlo, y preguntando á Lugoma como hacia para procurarse cantidades tan grandes, me señaló la playa que estaba en frente añadiendo que si queria pasar la noche en su choza, me presentaria el espectáculo de una grande pesca de la que regalaria parte al navío. Ya por curiosidad, ya para proporcionar al buque algunos víveres frescos, acepté inmediatamente la proposicion y la oferta del jefe, y noticiándoselo á Pendleton no solo consintió en ello, sino que me dió una escolta de seis marineros.

Cenámos con bastante buen apetito de nuestras provisiones de abordo, añadiendo á ellas frutos de pan y coco que nuestro huésped nos ofreció con la mayor jenerosidad, y luego dímos nuestras disposiciones para pasar la noche velando de dos en dos por turno, de modo que á la menor novedad adviertiesen á nuestros compañeros la descarga de nuestros mosquetes; pero lo mas difícil era colocar nuestros dos centinelas de modo que no ofendiesen la delicadeza de Lugoma, cuya amistosa y franca acojida no merecia por cierto esta desconfianza. En efecto cuando llegó el momento de retirarse, notó el anciano jefe que dos marineros quedaban en vela y con los mosquetes al brazo, y dirijiéndose hácia ellos les dijo que habia cabida para todos y que podian acostarse como los demas, siéndonos por lo mismo forzoso esplicarle que aquellos hombres estaban de faccion y velaban paraque nadie pudiese sorprendernos. « Es inútil, nadie piensa hasotros cernos daño, respondió Lugoma algo mohino. » Escusé del mejor modo posible el hecho y la causa, diciendo que era costumbre. Nuestro deber nos prescribia someternos á ella sopena de ser reprendidos; entonces tendió Lugoma en tierra las esteras para todos nosotros, coloquéme á su lado, mientras que su mujer é hijos dormian en el opuesto, y apesar del viento y la lluvia pasámos una noche sosegada.

A punto de dia se despejó la atmósfera, y Loguma y sus hijos fueron á recojer la leña seca que se necesitaba para calentar los hornos de piedra y tenerlos dispuestos para secar el pescado que iban á cojer, y en seguida se dispuso todo lo necesario para la pesca. A gran distancia de la costa y frente de las habitaciones, se estendia un banco de coral en el que penetraban los pescados en numerosas bandadas para atravesar los diversos islotes, y en el borde de aquel banco habian colocado, á algunos pies debajo del agua, una larga cadena de hojas de coco secas y rojizas, sujetando uno de sus cabos en la playa en un sitio en el que habian formado una especie de estanque con piedras. Aquella hilera de hojas daba en seguida la vuelta al arrecife en direccion semicircular, envolviendo una considerable parte de él, al mismo tiempo quedaba libre el espacio comprendido entre el otro estremo y la playa. Luego que se dejaba ver una bandada de pescado, lo perseguian los indijenas de modo que le obligaban á entrar por el espacio libre, impeliéndolo siempre hácia adelante hasta hacerlo entrar en el cercado de piedras, en donde lo cojian sin dificultad con redes de mano; bastando dos ó tres horas de esta maniobra para proporcionarnos mas de tres quintales de escelente pescado, del cual llevámos la mitad á bordo; pero lo que mas sorprendia en este nuevo modo de pescar es que nunca atravesaba el pescado por debajo de la cadena de hojas de coco apesar de que quedaba algunas veces entre esta y el fondo del agua un espacio de muchos pies.

Aunque deseaba diferir mi partida de aquella isla y principalmente acompañar á Lugoma en la visita que iba hacer al tamoulatouano, jefe principal del grupo de las islas Mulgrave, tuve que volverme á bordo antes de mediodía por órden espresa de Pendleton, quien tenia intencion de hacerse á la vela aquel mismo dia, por temor á las calmas tan frecuentes en aquellas zonas y á los retardos consiguientes. Tuvímos por consi-

guiente, que despedimos de aquellos huéspedes y del buen Lugoma que tan bien se habia portado con nosotros, volviendo á las dos de la tarde á bordo del *Oceánico*.

En 1788 fué descubierto el grupo de las Mulgraves, por los capitanes Marshall y Guilbert; y habiendo atracado en sus playas al navío *Uharlote*, mandado por este último, se distinguieron varios naturales al momento robando cuanto podian haber á las manos. Uno de ellos se apoderó de un émbolo de bomba, é iba á saltar en el mar con su presa cuando le detuvo un marinero pareciendo por lo demas, dice la relacion, muy civilizados, pues todos llevaban un velo al rededor de la cintura y sus adornos consistian en collares fabricados con cuentas de rosario del que pendia una cruz al modo de las que llevan los Españoles.

El dia 26 de mayo de 1824, hizo el capitan Duperrey la jeografía de las islas Mulgraves, pero no tuvo comunicacion alguna con los habitantes.

Casi á la misma época, un navío ballenero de los Estados Unidos, llamado el *Globo*, ocupado en la pesca de la ballena en el Océano Pacífico, á los 8° lat. S. y á los 162' lonj. O. de Paris, se sublevó una parte de la tripulacion, asesinó á los oficiales y condujo el navío á las islas Mulgrave, en donde se proponian los revoltosos formar un establecimiento: pero al llegar á estas islas, los que no habian tomado parte en la revuelta, lograron apoderarse del navío y se dirijieron á Valparaíso, en la costa de Chile, en donde dieron cuenta de todo lo ocurrido al cónsul americano.

Al año siguiente, el ministro de marina de los Estados Unidos, dió órden al comodoro Hull que enviase el schooner el *Dolphin* á buscar los revoltosos que habian quedado en las islas Mulgrave, llevando aquella espedicion el doble objeto de hacer un ejemplar castigo en los culpables y libertar los pocos inocentes que entre ellos habia. A 18 de agosto de 1825 salió el *Dolphin* de la rada de Chorillos en la costa del Perú, y ancló en las islas Mulgrave; la noche del 19 de noviembre á menos de una braza del arrecife. La primera acojida de los naturales fué hospitalaria y amistosa: pero luego que vieron que se pedian datos sobre los sublevados del *Globo*, se alarmaron al momento y desaparecieron todos. Mas adelante, cuando por medio de sus minuciosas pesquisas adquirieron la prueba de que permanecieron los Americanos, en lugar de confesarlo los salvajes, continuaron manteniéndose en un sistema de reserva y negativa que probaba al parecer una culpabilidad sobrado grave.

Véase en efecto lo que se supo bien pronto de boca de los llamados William Lay y Cyrus Huzzi, únicos individuos del *Globo* que quedaron con vida y que el *Dolphin* pudo encontrar.

« Formaban la tripulacion del *Globo* treinta ó treinta y cinco individuos, entre los cuales se tramó una conspiracion, cuyos jefes eran los llamados Comstock, Paine, Oliver y Lillistou; este último era un negro que desempeñaba á bordo las funciones de dispensero; estos asesinaron una noche al capitan y á los tres oficiales haciéndose obedecer del resto de la tripulacion; pero Lillistou no disfrutó por mucho tiempo de su crímen, pues que habiendo sido sorprendido, en el acto de largar una pistola contra la defensa personal de Comstock que se habia ecsijido como comandante del *Globo* fué juzgado, sentenciado y ahorcado. Dirijióse luego Comstock á las islas Mulgrave, en donde esperaba fundar una colonia, y mientras se ocupaba en desembarcar los objetos necesarios á sus fines, sus cómplices Paine y Oliver, cansados ya de su nuevo jefe, lo fusilaron, encargándose Paine del mando que no conservó mucho tiempo. Luego que la parte de la tripulacion que no habia tomado parte en el motin se apoderó del navío, los naturales que al principio se habian mostrado afables y cariñosos se volvieron mas atrevidos en razon de la debilidad de sus huéspedes, cometiendo algunos hurtos; y habiendo un dia querido Paine recobrar á viva fuerza varios objetos robados sobrevino una contienda, á consecuencia de la cual fueron degollados todos los blancos, escepto Lai y Huzzi que debieron su vida á dos salvajes que los tomaron bajo su proteccion; y desde entonces habian vivido tranquilamente con los naturales participando con ellos de sus ocupaciones y de su modo de vivir. Ya se habian acostumbrado de tal modo á mirarlos como hermanos, que su partida causó el mas vivo sentimiento. Mitigó el capitan del *Delphin* este dolor con algunos presentes y desde entonces reinó la mayor armonía entre isleños y Americanos, hasta que marcharon estos últimos á 9 de diciembre de 1825.

El archipiélago Mulgrave se compone de pequeños islotes bajos y estrechísimos, diseminados sobre un arrecife de ciento cuarenta millas de circumferencia, que sirve de valle en un gran lago interior sembrado de bancos de coral. Todos los recursos que da el reino vejetal á aquellos habitantes, son las dos variedades del fruto del pan, cocos y frutos del pandanus, sustancia poco agradable, al mismo tiempo que poco nutritiva y á cuyo único alimento se ven reducidos muy á menudo. Es muy limitado el número de plantas que crecen en estas islas; y el solo cuadrúpedo que en ellas se encuentra, es una especie de ratoncillo que pulula por todas partes, cuya presencia maldicen los naturales, pues que basta dejar un puñado de raíces junto á una cabaña para ver el suelo cubierto de ellos.

Las costumbres de los indíjenas son bastante

estravagantes. Luego que cae enfermo uno de ellos, se reunen sus amigos en la choza en que yace y cantan á su alrededor para aplacar el jenio que le persigue, teniendo para toda especie de enfermedades un solo remedio, que consiste en una especie de té hecho con ciertas plantas. Cuando muere el paciente, se reunen los amigos para llorar sobre su cuerpo, el cual conservan hasta tanto que se hace insoportable el hedor que despide. Sucede muchas veces, que en medio de sus lamentos mas amargos se levanta de pronto uno de los asistentes para decir ó hacer alguna cosa que pueda escitar la risa, y entonces se entregan por algunos instantes á la alegría mas inmoderada para volver de nuevo á sus ahullidos y cantos plañideros, y solo se piensa en enterrar el cadáver cuando no puede conservarse por mas tiempo, como llevamos dicho. Entonces se escava la huesa; los amigos del difunto transportan el cuerpo en hombros, acompañados por el pueblo sin órden alguno, y muchas veces en medio de la ceremonia un chiste inesperado de cualquiera de los asistentes escita una risa jeneral seguida de nuevo de lamentos y ayes. Despues de colocado el cuerpo en la huesa y cubierto de tierra, se abandona á merced del viento una pequeña piragua provista con su vela y cargada con algunas provisiones, destinada, en sentir de los naturales, á llevar lejos de la isla el alma del difunto, paraque de este modo no venga á turbar el reposo de los vivos. Concluída esta ceremonia indispensable, se planta una nuez de coco en la cabeza de la huesa, y el árbol que brota se tiene por sagrado, no comiéndose jamas sus frutos ni aun en las necesidades mas urjentes. No lejos de las casas están los lugares destinados para dar sepultura, y está severamente prohibido á las mujeres el penetrar en ellos.

Pocas formalidades acompañan sus matrimonios: cuando un hombre solicita á una mujer por esposa se dirije á ella, y si es acojido lo consulta á los amigos de la futura; reúnense estos y deliberan si la union es conveniente ó no, y si puede efectuarse; pero si la demanda del pretendiente es rechazada ya no tiene lugar nada de eso. Una vez unidos los esposos, son muy fieles y zelosos uno de otro; y en prueba de esto, Lay y Huzzy nos contaron una aventura que tuvo lugar durante su permanencia en la isla, y que demuestra hasta qué punto arrastran los zelos á estos isleños. Habia un jóven tomado por esposa á una soltera que él creía vírjen; pero cuando estuvieron unidos observó que estaba en cinta; y en efecto, dió á luz un niño antes del tiempo regular. Indignado el marido arrebata el hijo de manos de su madre y en su presencia le estrelló la cabeza contra una piedra. Segun la costumbre del país, habria pagado su delito con la muerte en cualquier otra ocasion, pues está prohibido el matar criatura alguna humana, y esto con tanta mas razon, cuanto que la mujer era hija de un jefe y de un rango superior al del marido. Los amigos de la esposa pidieron el castigo del culpable, y se pasó el negocio al consejo de los jefes, los cuales, despues de un maduro ecsámen, declararon que la mujer habia faltado á la fidelidad conyagal, y que por lo tanto quedaban en paz.

Los hombres son libres de tener tantas mujeres cuantas puedan mantener; pero como los comestibles son escasos, seria por lo tanto una carga muy pesada, á escepcion de los pocos jefes que hay, tener mas de una; y aun durante la permanencia del *Globo* en aquella isla el jefe principal era el único que gozaba de esta prerogativa, pues tenia seis. Este jefe, llamado Latou-Ano, era tenido por el mas intrépido guerrero que poseyeran aquellas islas de mucho tiempo á aquella parte, y chocó mucho á Paulding la semejanza que observó que tenia con Bolivar. «Es casi la misma, dice, su estatura y su fisonomía; llevaba el mismo sello del carácter meditabundo y taciturno, cuando no dirijia su atencion sobre algun objeto en particular, pero cuando se anima la conversacion brilla en sus facciones regulares y en sus centellantes ojos negros la misma espresion de vivacidad, y al considerar á Latou-Ano no pudo menos de pensar que si lo colocasen al lado del jeneral Bolivar, vestidos ambos con el mismo traje, hubiera sido difícil señalar cual de los dos era el jefe salvaje y el heroe de Colombia.

Este jefe tiene un poder absoluto, escepto en la administracion de justicia, y sobretodo cuando se trata de la vida de un individuo, pues que estos asuntos se remiten al parecer de los jefes mas distinguidos. Lay presenció la ejecucion de un hombre durante su permanencia; el culpable no estuvo encerrado ni encadenado; pero apenas se hubo fallado su sentencia de muerte, cuando se precipitaron sobre él muchos hombres á lanzadas y pedradas. El infeliz resistió hasta el último momento, como desesperado, prodigando á sus verdugos los epítetos de cobardes y asesinos; y luego permaneciendo inalterable hasta el fin, espiró con la espresion del odio y el desprecio pintado sobre sus labios.

Del mismo modo que los demas isleños de la Oceania, admiten los habitantes de las islas Mulgrave en su pequeña comunidad, diferentes rangos desde el jefe principal hasta los parientes mas lejanos de la familia real. Los varios islotes habitados están casi todos divididos entre diversos jefes, que reconocen la autoridad del jefe principal, enviándole como homenaje una parte de todo lo que se cria en los límites de sus dominios, es decir: cocos, frutos del pandanus, pescado y

todos los pájaros que sus súbditos pueden cojer. Tal es el tributo que ecsije el jefe principal para el sosten de su numerosa familia, pues que sus mujeres é hijos tienen regularmente consigo varios naturales para gobernar sus piraguas y desempeñar diferentes funciones en su servicio, habitando casi continuamente con él varios jefes. Nada distingue á su familia de lo restante del pueblo, y solo el jefe tiene derecho para llevar una estera de paja bien trabajada que le baja hasta las rodillas, y aun cree Paulding que solo la emplea en algunas ocasiones.

No profesan ninguna especie de culto, y solo reconocen un grande espíritu llamado *Keunil*, que es el que les da la muerte y las enfermedades, no esperando de él ningun beneficio, sin tener nocion alguna del inmortalidad del alma. Hay entre ellos cierta clase de magos ó brujos que gozan de gran prestijio, y cuya ciencia se limita á saber mezclar de muchos modos un gran puñado de pajas y retirar en seguida cada una de ellas sin enredar las demas, y el que no sabe ejecutar estos sublimes misterios no debe beber en la misma copa que el que está iniciado en ellos. No permiten que se silve en sus casas, porque creen que el silvido atrae los espíritus que pueden matarles ó ponerles enfermos. Despues del asesinato de los Americanos y saqueo de todos sus efectos, habia logrado Huzzy salvar una biblia que leía en sus horas de recreo, y esta lectura inquietaba vivamente á los indíjenas, que pidieron con ahinco al Americano rasgase su libro sino queria que ellos mismos lo hiciesen, alegando por único motivo que aquellas lecturas atraerian sobre sus chozas á los espíritus de la muerte. Así pues, vióse obligado este, para conservar su biblia, á declararles un dia con tono solemne que su salvacion iba íntimamente unida á aquel libro, y que si lo destruían vendria el grande espíritu á matarlos á todos, con cuya amenaza acalló sus supersticiosos temores.

Poco tiempo despues de la matanza de los blancos, una enfermedad hizo grandes estragos entre los indíjenas, que no dejaron estos de atribuir á la influencia de Lay y de Huzzy que vengaban la muerte de sus compatriotas, y mas de una vez les amenazaron por solo este hecho con la muerte, conteniéndolos solo el temor de atraer sobre sus cabezas otras calamidades mayores.

El grupo de las islas Mulgrave está situado entre los 5° 50' y los 6° 20' lat. N. por una parte, y por la otra entre los 169° 28' y los 170° 14' lonj. E.

CAPITULO XXII.

ISLAS MARSHALL.

Al abandonar Pendleton las islas Mulgrave, dirijió su rumbo hácia Otdia, no porque confiase encontrar en estas islas pobres y estériles algun recurso, sino porque deseaba visitar aquellas tribus que las relaciones del navegante ruso Kotzebue han hecho célebres. Dejando pues á la derecha y á corta distancia las islas Podder, Mediuro, Aur y Kawen, cuyos árboles á veces se veían despuntar en el horizonte, bordeó el *Oceánico* de cerca la costa oriental de la isla Eregup á 7 de mayo, y fondeó junto á los arrecifes de Otdia en el mismo paraje que acostumbraba elejir Kotzebue para sus recaladas.

Era entonces poco mas del mediodía, y los habitantes agolpados en la playa en gran número ecsaminaban con zozobra é inquietud nuestro navío y nuestro pabellon desconocido para ellos. En vano estuvímos mas de una hora aguardando que se presentase alguno de ellos á bordo para entablar las primeras relaciones; ni una piragua se aventuró á surcar la rada; por el contrario, inquietos sobre la naturaleza de nuestras futuras disposiciones empezaron bien pronto á tocar el *tamtam*, lanzando gritos plañideros como llamando al cielo en su socorro.

« Solo un medio tenemos de tranquilizar á esas pobres jentes, me dijo Pendleton, y es el de escudarnos con el nombre de Kotzebue; así pues, sigamos el medio que él mismo indica en la relacion de su segundo viaje. » Y en el mismo instante hizo preparar el bote, en el que saltámos él y yo con dos marineros. Observábannos los isleños con la mayor atencion; pero al ver que Pendleton les enseñaba un pañuelo blanco atado al estremo de un palo largo, cesaron de repente sus clamores reinando entre ellos el mas profundo silencio, y tan pronto como atracámos á la playa y pronunció Pendleton las palabras siguientes: *Aïdara Totabou* (amigo de Kotzebue, ó Kotzebue es amigo), estalló súbitamente aquella multitud de estrepitosos gritos de júbilo y repitiendo á coro aquellas májicas palabras: *Heï Totabou, Totabou!* Nos rodearon solícitos abrazándonos con efusion y nos llevaron en triunfo bajo los árboles de la playa, en la que se hallaban dos jefes que se nos dieron á conocer por Rarik y el anciano Laguediak (Pl. LV. — 2).

Luego que arreciaron aquellos primeros transportes de alborozo, preguntaron los jefes con interés si venia á bordo del navío su amigo Totabou. Nuestra respuesta negativa les aflijió en estremo, y solo se consolaron algun tanto cuando les asegurámos que Totabou estaba bueno, que nos habia dado muchas espresiones para sus amigos de las islas Radak, encargándonos les dijésemos que no tardaria mucho en ir á visitarlos. Desde entonces las relaciones que entablámos con aquellas jentes fueron las mas íntimas y cordiales, y no podemos menos de encomiar su modesto y recatado comportamiento y su desinterés

y honradez suma Cuán diferentes eran de los que hasta entonces habíamos observado entre las demas tribus polinesias, con sus inclinaciones al robo, sus descompasados gritos y sus insultos y barbaridades de toda clase! Por lo contrario solo encontrámos en aquellas tribus de Carolinos delicadeza, dulzura, gracia y dignidad. Despues de una corta detencion bajo los cocos de la playa, nos condujo Rarik su cabaña edificada á la sombra de dos frondosos árboles del pan, y rodeada de un risueño y verde prado. Allí nos sentámos sobre dos esteras frente á la anciana madre de Rarik, mujer de ochenta años de edad, formando los indíjenas al rededor de nosotros, un doble círculo en el que los de delante estaban sentados, y en pie los de detras, para contemplar mas cómodamente á los estranjeros que se habian apellidado amigos de Totabou. Para disfrutar mas bien de aquella vista, se encaramaban algunos jóvenes á los árboles vecinos, y los padres levantaban á sus hijos en sus brazos, mientras que nos prodigaban las mas tiernas atenciones. Trajeron las mujeres algunos canastillos de flores, nos adornaron con guirnaldas y la madre de Rarik, que parecia haberme cobrado mucho cariño, se quitó de la oreja una flor blanca, adorno habitual de las señoras y me la suspendió de las mias con una trenza de yerba. Al mismo tiempo algunas doncellas imprimieron en conchas de tortuga, el jugo del fruto del pandanus que mezclaban con una conserva del mismo fruto llamada *mogan*, y nos lo presentaron en seguida con la mayor gracia y jentileza, mientras que el pueblo repetia á menudo la palabra *aïdara*, que á la vez significa *bueno* y *amigo*.

Agrandóse pronto el círculo que nos rodeaba, y comprendí que nuestros huéspedes se preparaban á darnos el espectáculo de una especie de ópera á su modo, á la que ellos dan el nombre de *eb*, y en la que tomó parte el mismo anciano Laguediak. He aquí lo que pude observar.

Ascendia el número total de los actores á veinte y seis individuos, trece hombres y trece mujeres, los que se sentaron en tierra en el órden siguiente: colocárouse en semicírculo diez hombres y diez mujeres sentados frente de ellos, del mismo modo completaban un círculo dividido en dos partes por el intérvalo de unos seis pies. En cada uno de estos espacios se situaba una vieja provista de un tambor, ó un instrumento hecho con un tronco de árbol ahuecado, de tres pies de largo y cuyo diámetro era en cada estremo de seis pulgadas y de tres en su parte media, cubriendo en ambos estremos una piel de tiburon, y que tocaba con la palma de la mano sujetándola bajo el brazo: en el centro del círculo se colocaron de espaldas el anciano Laguediak y una doncella jóven y hermosa, adornada su cabeza con una guirnalda del mismo modo que los demas actores; ademas de la cual llevan otra al rededor de la cintura. Fuera del círculo se veian dos hombres que con trompas marinas indicaron el momento en que debian dar principio los coros, acompañando sus acentos con rápidas manotadas y jestos en armonía sin duda con sus palabras. Luego que cesó el coro, la pareja del centro ejecutó un duo acompañado por los tambores y trompetas, en el cual no le fué Laguediak en zaga á su jóven compañera, en la viveza de declamacion y espresion de sus palabras. Despues del duo volvió á empezar el coro, y este canto alternativo se repitió varias veces consecutivas, hasta el momento en que la jóven cantatriz, cuyos jestos se habian ido haciendo cada vez mas violentos, cayó de repente en tierra como herida del rayo. Entonces Laguediak cantó en tono mas bajo y plañidero, inclinóse sobre el cuerpo de la jóven demostrando al parecer el mas atroz dolor, y se dió fin á la pieza uniendo los actores sus acentos á los del anciano.

A lo que pudímos comprender, aquel drama lírico significaba un casamiento desigual, supuesto que querian unir á una jóven con un viejo, y aquella se suicidaba despechada antes que aceptar un esposo á quien no amaba. Concluído el espectáculo, se reunieron á nuestro alrededor las doncellas entre las que reconocí bien pronto á la jóven y jentil actriz que acababa de morir en nuestra presencia. Varias de aquellas mujeres estaban interesantes con sus adornos; pero su principal y mas bello ornamento era el pudor y modestia que en todas sus acciones y posturas demostraban, no encontrando en ellas las indecentes y desvergonzadas insinuaciones de las demas mujeres polinesias. Su pudor y recato son el indicio mayor de los progresos que han hecho los Carolinos en la carrera de la civilizacion.

Al espectáculo sucedió la comida, á la que fueron solamente admitidos un corto número de indíjenas y muy pocas mujeres. Sentámonos en tierra sobre algunas esteras formando un círculo, en cuyo centro se veían algunos víveres colocados sobre hojas de coco, las que formaban tambien nuestros platos, al lado de cada uno de los cuales habia una cuchara de madera, innovacion que, segun nos esplicaron, se debia á Kadou quien habia sido por mucho tiempo el huésped de Kotzebue en su primer viaje.

Despues de comer, quisieron los jefes presentarnos sus simulacros guerreros, para lo cual reunieron Rarik y Laguediak dos cuadrillas, colocándolas á corta distancia una de otra como si fuesen enemigas. Componíase la primera fila de hombres armados con palos figurando lanzas, y la segunda de mujeres cargadas de canastillos llenos de granos de pandanus en vez de piedras, y en lugar de llevar, como acostum-

bran, el pelo recojido, lo dejaban flotar en desórden, lo cual les daba un aspecto salvaje. Al frente de uno de estos bandos se colocó Rarik y Laguediak del otro, y al dar las trompetas la señal de ataque se aprocsimaron unos á otros, pero en lugar de venir á las manos dieron principio á una especie de danza grotesca en la que luchaba cada uno con furiosos jestos, muecas y aspavientos, mientras que las mujeres por su parte entonaban un canto guerrero, bárbaro y disonante. En medio de estas violentas demostraciones permanecieron impasibles los jefes de ambas bandos, contentándose con animar á sus soldados con los acentos de sus trompas, hasta que apagándose estos se pusieron ambos ejércitos en espectativa, aguardando el momento de que los mas valientes campeones de una y otra parte se batieron en singular combate, el cual consistia en algunas danzas, cantos y repetidas braceadas con las que imitaban la accion de arrojar la lanza, mientras que el adversario procuraba huir el golpe saltando de lado con lijereza, y cada partido animaba con sus cantos á su campeon. Entretanto resonaron de nuevo las trompetas y se fueron acercando lentamente los ejércitos uno á otro; volvieron á entrar los campeones en las filas, y el combate se hizo jeneral en medio de un tumulto prodijioso. Revolaban las lanzas por los aires, y los granos de pandanus que las mujeres arrojaban por encima de las cabezas de los guerreros, caían como granizo sobre las tropas enemigas. Sin embargo nunca se acercaron tanto los combatientes que llegasen á confundirse. Los jefes permanecian siempre al frente del grueso de los soldados, soplando vigorosamente en sus trompas y dando de cuando en cuando algunas órdenes, hasta que por fin, bien fuese adrede ó por casualidad, cayó en tierra uno de los guerreros de Laguediak, con lo cual terminó la batalla, quedó la victoria decidida y se tocó retirada, saliendo los guerreros de ambos tan postrados de fatiga que se tendieron para descansar sobre la yerba en medio de las aclamaciones de la multitud.

De esta suerte se pasó el dia en diversiones curiosas y variadas, y al pretender volvernos á bordo el anochecer, procuraron los isleños detenernos con el aliciente de nuevas fiestas; pero como Pendleton habia resuelto al dia siguiente hacerse á la vela, se negó á las vivas instancias de sus huéspedes, porque en el corto descargo que acabábamos de hacer en aquel punto nos convencímos de que contenia muy pocos recursos para los navíos.

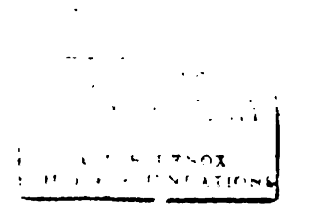
Segun parece, el grupo de *Otdia* fué visto por primera vez en 1688 por los capitanes Guilbert y Marshall que dieron á estas islas el nombre de *Islas Chatam*, despues de cuya época quedaron olvidadas hasta que en 1817 las recorrió cuidadosamente Kotzebue el cual las llamó *Islas Romanzow*; pero se advirtió que los naturales del país las llamaban Otdia, nombre de la isla principal del grupo, siendo incontestable que este nombre indijena debe ser preferido á cualquier otro. Abraza este grupo nada menos que treinta millas de estension de E. á O. con trece de anchura, y contiene sesenta y cinco islotes bajos y poblados de árboles, el mejor de los cuales solo tiene tres millas de estension. Prolóngase desde los 9° 21' á los 9° 34' lat. N. y desde los 167° 28' á los 167° 58' lonj. E.

La flora de estas islas estudiada por el botánico Chamisso, es muy mezquina, pues solo ofrece cincuenta y nueve especies de plantas, comprendiendo en ellas las siete que esperimentan cultivo, y que son: el pandanus, coco, el árbol del pan, tres variedades del taro ó *arum*, y el plátano, las cuales sirven de alimento. Una especie de *boemaria*, llamada en el país *aroma* y el *hibiscus populneus*, de cuyas cortezas forman el hilo y las cuerdas fabricando lo mas á menudo, los taparabos de los hombres con los filamentos negros del *cassyta*. Finalmente las elegantes y variadas flores de la *guettarda*, *volkameria*, *ixora*, *crinum* y *sida*, sirven de adorno á ambos secsos. En cuanto á los demas vejetales, los mas comunes son: el *scævola Kœnigii*, *tournefortia sericea*, *nurinda citrifolia*, *terminalia molluccensis*, *rhyzophora. gymnorhiza*, *hernandia sonora*, *calophyllum inophillum*, *dodonea viscosa*, *cordia sebestena*, *suriana maritima*, *lythrum pemphis*, etc.

El único cuadrúpedo que se halla en estas islas es el raton, tan importuno en ciertos lugares, que los isleños dan algunas batidas para destruirlo; mas en cuanto á aves esceptuando las de mar, solo se encuentra el palomo del S. y la gallina que vive en estado salvaje, pues que ellos no la usan para alimento, y solo algunas veces la crian por mera curiosidad, del mismo modo que una pequeña garza blanca.

Los arrecifes de Otdia están atestados de bacalao sin que piensen los isleños en gustar de él ni aun en los tiempos de carestía. Son en ella muy raros los insectos, pero se halla una especie de cientopies y el escorpion de Australia, de los cuales temen los habitantes la mordedura del uno y la picadura del otro.

Nada de particular ofrecen estos naturales en cuanto á estatura y fuerzas corporales; solo sí son ájiles, bien formados, disfrutan buena salud y gozan de gran lonjevidad y de un carácter jovial, vivo y chistoso; los niños maman por mucho tiempo, y muchas veces cuando ya hablan y corren. Estos isleños tienen el color de su tez mas obscuro que los Hawaios, pero en cambio son mucho mas limpios, y están á cubierto de las enfermedades cutaneas y de los efec-





1. Vue dans l'une des Îles Radak (Îles Marshall)

1 Vista en Otra de las Islas Radak



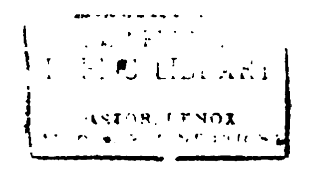
2. Chef des Îles Radak.

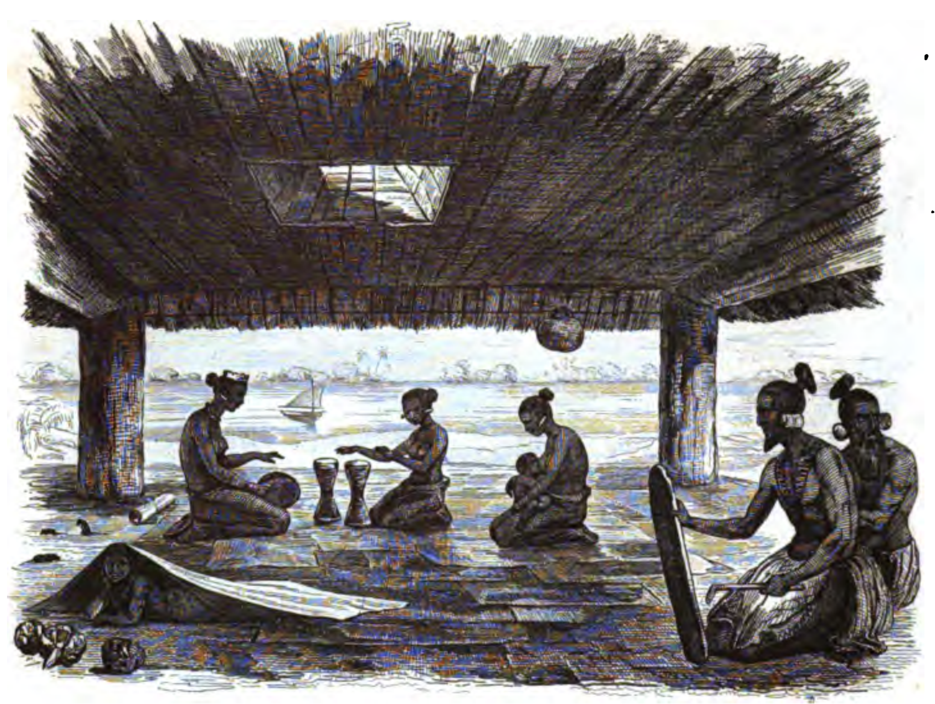
2 .Cabo de las Islos Radak

L. Breton del.

VOYAGE

VIAJE





3. Intérieur d'une Case (Iles Radak)

3 Interior un Casilla (Islas Radak)



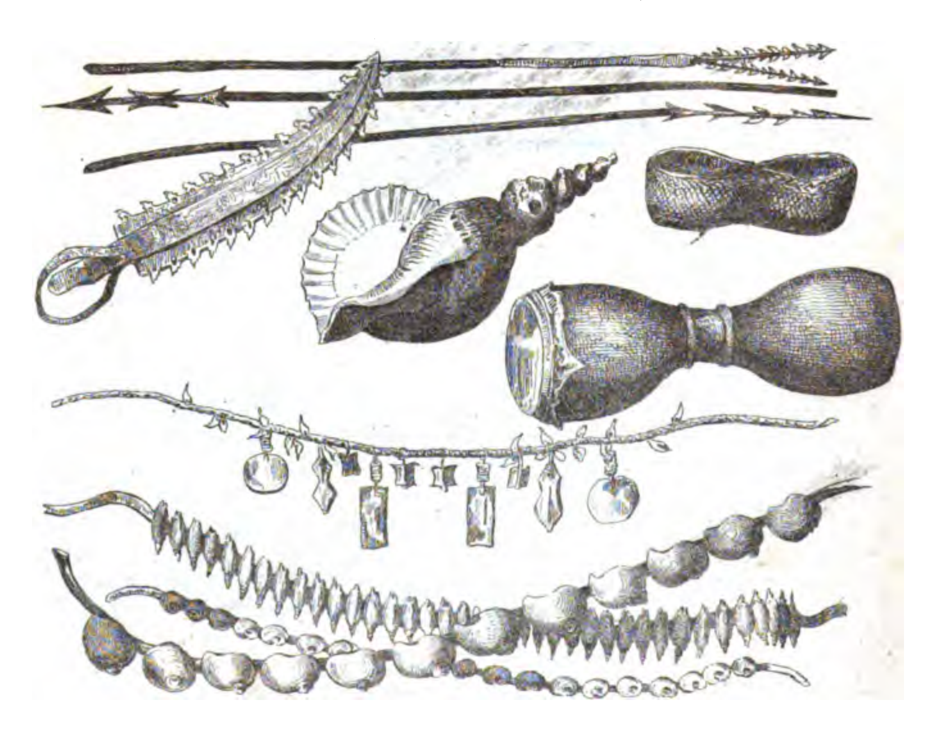
4. Femme du Groupe des Iles Saltikoff.

4 Mujer del Grupo de las Islas Saltikoff.



4. Naturel des Iles Radack.

4 Natural de las Islas Radac.



5. Armes, Ustensiles et Ornemens des Iles Radack.



5 Armas, Utensilios Alhajas de las Islas Radak

tos del *kava*. Déjanse ambos secsos crecer la larga y negra cabellera que los adultos se recojen con aseo detras de la cabeza, y los niños dejan flotar al aire. Ademas llevan los hombres la barba que les crece sin ser muy poblada y regularmente tienen todos; la dentadura cariada de tanto mascar los coreopos, frutos del pandanus que muchas veces les mella los incisivos; estando menos espuestos á estos accidentes los jefes, para quienes se preparan de antemano estos frutos. Consiste el adorno principal de los hombres y mujeres, en una hoja de pandanos arrollada y metida en una abertura que se hacen en el lóbulo inferior de la oreja, teniendo el tal cilindro en los hombres hasta tres pulgadas de diámetro y la mitad menos las mujeres, y al cual forman á veces un redoble ó dobladillo con una escama muy delgada de tortuga.

Los dibujos con que se pintan ambos secsos son elegantes, bien trazados y diferentes en los dos secsos; pero iguales en cada uno de ellos; así que, todos los hombres llevan en el pecho un triángulo con la punta dirijida hácia el ombligo y formado de rayas diverjentes y combinadas entre sí de varios modos, ocupando las espaldas y la parte posterior del cuerpo otras rayas semejantes. Las mujeres solo llevan pintados brazos y hombros, y entre los dibujos que observó Chamisso encontró no pocas veces el de una cruz romana (Pl. LV.— 4).

El traje de los hombres consiste en un cinturon franjeado al que añaden muchas veces un pedacito cuadrado de estera, á modo de taparabo; pero los niños van enteramente desnudos hasta la edad de la pubertad, llevando las mujeres un taparabo mayor sujetado á las caderas con una cuerda y las jóvenes otro mas pequeño desde antes de la pubertad. Ademas de las flores y collares de conchas que emplean como adorno entrambos secsos, llevan los hombres collares de dientes de delfin con placas de hueso del mismo cetaceo ó de concha de tortuga, usando tambien como ornamento las plumas de la cola del ave de los trópicos, del rabihorcado y brazales fabricados con la concha de algun grande univalvo perfectamente bruñida (Pl. LVI. — 4).

Distínguense los *irous*, ó jefes, muchas veces por su estatura colosal, pero jamas por su corpulencia, ocupando entre ellos jeneralmente el pintado las partes del cuerpo que no se pinta la plebe, es decir, los costados, caderas, cuello y brazos (Pl. LV.— 2 y LVI.— 3).

Las cabañas de Otdia se parecen por su estructura á las de Mulgrave y consisten solo en un cobertizo sostenido por cuatro pilares y divididos en dos pisos, de los cuales el inferior solo tiene la elevacion necesaria para poder estar en él un hombre sentado, y el superior al que se acuesta por una abertura cuadrada contiene todos los muebles de su ajuar (Pl. LV. — 1 y 3). Duermen los naturales ya en el uno, ya en el otro, sirviendo tambien de dormitorio separado varios cobertizos levantados al rededor de la cabaña principal. Los techos son de hojas de coco ó pandanus, el pavimento de pedacitos de coral y conchas y su lecho es una estera gruesa, con un tronco de árbol por almohada.

El pandanus silvestre parece ser de propiedad comun, y un manojo de hojas del mismo árbol, atado á una de sus ramas, asegura al descubridor la posesion de su fruto, aunque muchas veces lo devoran los isleños antes de sazonarse. Los cocos son propiedades particulares y el tronco de estos árboles situados cerca de las habitaciones se ve á menudo rodeado de hojas, sin duda destinadas á vender con su ruido á los ladrones de cocos.

Chamisso elojia sobremanera la modestia y decencia de aquellas mujeres, el afecto que los padres profesan á sus hijos y las sencillas relaciones establecidas entre el jefe y sus vasallos. Apesar de su pobreza y candor, no conoce esta tribu los vicios que degradan á la mayor parte de los pueblos polinesios, conociendo no obstante estos tranquilos isleños los azotes de la guerra. En otro tiempo el ambicioso Lamari, jefe de Aur quiso someter á su poder la mayor parte de las islas Marshall ó Radak de Kotzebue, y varias habian ya reconocido su autoridad, cuando Otdia resistiendo á sus pretensiones padeció varias invasiones y tentativas de parte del jefe agresor que podia presentar treinta piraguas en campaña, lo cual era para ellos una armada considerable; sin embargo las batallas que se dan entre aquellos salvajes no deben ser muy sangrientas, pues que citan como muy reñido un encuentro en el que habia habido veinte hombres muertos entre una y otra parte.

Adoran un dios invisible que reside en el cielo, al que ofrecen sus frutos al aire libre, sin templos ni sacerdotes, y al que llaman *Anis* ó *Yagueach* que significa *dios*. Cuando emprenden alguna guerra ó asunto importante, hacen siempre al aire libre algunas solemnes ofrendas, para lo cual un hombre de la plebe (y jamas el jefe) consagra al dios los frutos, levantándolos con las manos y pronunciando la siguiente fórmula: *Ouidien Anis mine jeo*, cuyas últimas palabras repite con devocion el pueblo, sucediendo lo mismo en cada familia cuando el padre va á pescar ó emprende algun negocio grave. Vense en varias de estas islas algunos cocos sagrados, á cuya cima baja *Anis* algunas veces, segun dicen los naturales, hallándose encerrados estos árboles en un cuadro formado por cuatro tablas, aunque no parece que sus frutos estén vedados, pues se

comen del mismo modo que los demas.

A la operacion de pintarse el cuerpo van unidas ciertas ideas de relijion, y solo puede ser practicada mediante algunas señales divinas, pasando la noche las personas que desean ser pintadas, en una casa, sobre la cual invoca el cielo el jefe que debe ejecutar la operacion. La señal de que el dios no está enojado es un cierto sonido sensible ó una especie de silbido que se deja oir, pues que de lo contrario no tiene lugar la operacion, y en esto consiste que algunos individuos no se pintan jamas, pues que si lo hiciesen el mar inundaria su isla, y toda la tierra quedaria destruida. Lo que les infunde mas temor es el mar, al que conjuran para apaciguar su cólera. Kádou contó á Chamisso que habia visto un dia llegar el mar hasta el pie de los cocos, pero fué conjurado á tiempo y se retiró á sus límites.

Los habitantes de Otdia se negaron bajo diversos pretestos á conceder la decoracion del pintarroteo á los oficiales rusos que lo pedian, alegando entre ellas la inflamacion, el dolor y sus demas consecuencias. Al cabo de muchas instancias señaló un jefe de *Aur* su casa á un Ruso para pasar la noche ofreciendo pintarle al dia siguiente; y cuando llegó el dia eludió de nuevo las peticiones del estranjero y no cumplió su palabra.

Aunque no se concede á los jefes ninguna muestra particular de respeto, gozan no obstante de un privilejio arbitrario sobre todas las propiedades. « Vimos, dice Chamisso, que algunos jefes, á quienes habíamos hecho varios presentes, los sustraían de la vista de otros mas poderosos, pues que parece que reconocen entre ellos varias jerarquías indefinibles. El hombre de mas consideracion en Otdia era Rarik y su padre Saur-Aur, que era tal vez el verdadero jefe que residia en Aur-Rarik: su hijo de unos diez años llevaba al cuello unas cintitas de hojas de pandanus con varios nudos, cuyo adorno era una especie de privilejio. Encuéntranse muchas veces en las casas de los jefes de estas cintitas que son como objetos sagrados, del mismo modo que las cabezas de pescado seco, cocos verdes y ciertas piedras que se ven en ellas. El derecho de herencia no se transmite directamente de padre á hijo, pero sí del primojénito á sus hermanos, hasta que hayan muerto todos, siendo luego declarado heredero el primojénito del hermano y escluyendo siempre á las mujeres. Cuando se acerca un jefe á una isla, hace desde la piragua una señal y al instante satisfacen sus necesidades ó deseos, consistiendo dicha señal en dar desde la proa de la piragua grandes voces un hombre al mismo tiempo que levanta el brazo derecho. Cuando los oficiales rusos iban en las piraguas, empleaban algunas veces esta señal para hacerse servir mas prontamente. Por lo demas, distinguíamos á primera vista los jefes y la jente de la plebe en sus modales desembarazados y nobles.

Cuando los príncipes congregan sus vasallos para la guerra, el caudillo de cada tribu va con sus piraguas á reunirse al grueso del ejército, y procuran sorprender al enemigo con fuerzas superiores, pero nunca combaten sino en tierra firme, tomando parte en el combate las mujeres, no solo en los casos de defenderse, sino aun en los ataques, con la diferencia de que los hombres se colocan en la primera linea armados de hondas, lanzas y palos, empleándose las mujeres, colocadas en segunda fila, unas en tocar el tambor, segun la órden del jefe, y otras en arrojar piedras, sirviendo despues del combate de mediadoras entre los dos partidos; solo se trata bien á las mujeres que caen prisioneras, mas no á los hombres que nunca tienen cuartel. Todo guerrero adopta el nombre del enemigo que ha vencido en el combate, y cuando conquistan una isla, saquean todos los frutos respetando todos los árboles.

El matrimonio consiste en el libre consentimiento de ambas partes, pudiendo disolverse del mismo modo que se contrajo. Puede el hombre tener muchas mujeres, y estas son sus compañeras obedeciéndole voluntariamente sin repugnancia como al jefe de la familia y en sus escursiones va el hombre adelante como protector y la mujer detras de él. Cuando se ventila un negocio hablan primero los hombres, y las mujeres toman parte en la deliberacion si se les consulta, prestando atencion á sus discursos. Disfrutan las mujeres casadas de mucha libertad, guardando apesar de esto las reglas del decoro, y las jóvenes ecsijen que sus amantes les hagan regalos, pero las relaciones íntimas de ambos secsos quedan siempre envueltas con el velo del misterio. Chamisso observó que el saludo usado en toda la Polinesia de frotarse las narices solo se practicaba entre personas de diferente rango, y aun esto cuando ningun estranjero podia ser testigo de aquella prueba de misterioso cariño.

Estos derechos de la amistad obligan á dos amigos á cederse la mujer uno á otro en caso de necesidad, pero la costumbre mas bárbara y que sentimos tener que reprobar en unos pueblos tan pacíficos y sencillos, es la que obliga á todas las madres á no criar mas de tres hijos, viéndose por lo tanto precisadas á enterrar vivos á cuantos esceden de este número. Solo las familias de los jefes se ecsimen de esta ley que justificaba Kadou alegando la esterilidad de las tierras y la escasez de víveres.

Crian del mismo modo que hijos lejítimos á los bastardos, llevándoselos consigo el padre tan pronto como se hallan en estado de andar, pero

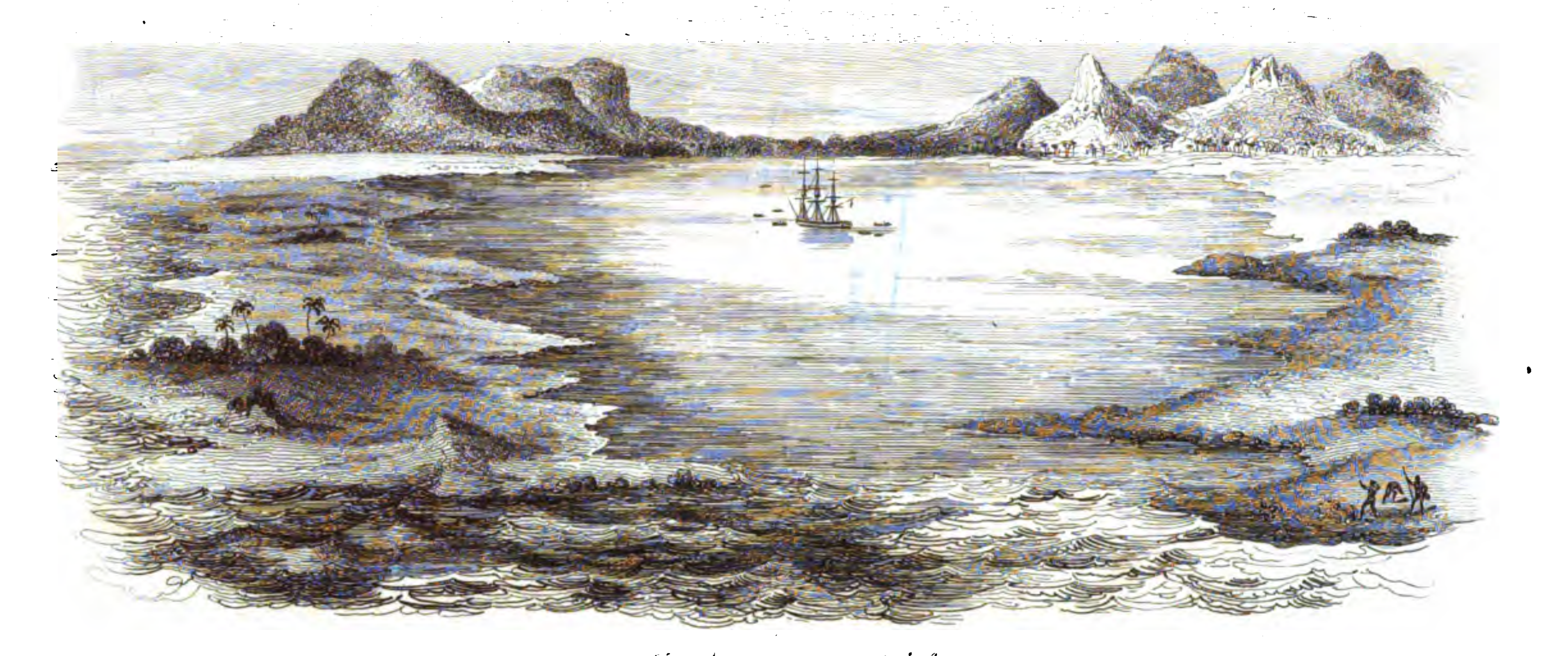


1 Isla del Grupo Krusentern.



2 Mujer de la Isla Tchitchagoff — 3 Labeleloa Jefe de la Isla Kutusoff

VIAJE



1. Île Ualan à marée basse.
1. Isla Ualan en baja marea

de Sainson del.

si ningun hombre los reconoce por hijos están bajo el cuidado de la madre, y si esta fallece los toma otra mujer bajo su tutela.

Para sepultar sus cadáveres los lian con una cuerda colocándolos en la posicion de un hombre sentado y los de los jefes son enterrados en las islas en unos recintos cuadrados, rodeados de un muro y y plantado de palmeras; pero el mar es la única sepultura que se tributa á las jentes del pueblo, tratando del mismo modo, segun su rango, á los enemigos muertos en el combate. Para indicar la sepultura de los niños á quienes la ley no ha permitido vivir, se planta un palo en tierra señalado con incisiones circulares.

CAPITULO XXIII.

CAROLINAS ORIENTALES. — ISLA UALAN.

Abandonó el *Oceánico* á 8 de mayo los arrecifes de la isla Otdia, y dejando al S. el grupo de Eregup y pasando entre los grupos Wadelen y Namou, bajos, poblados de árboles y de una raza semejante á la que acabamos de observar, dirijió su rumbo directamente hácia Ualan. Si hubiese soplado un viento favorable hubiera sido corta la travesía, pero las calmas y brisas inconstantes nos retuvieron una semana en aquellos sitios, y hasta el 12 de mayo por la tarde no distinguímos los elevados picachos de la isla. Habituado desde mucho tiempo al aspecto triste y monótono de las tierras bajas situadas á flor de agua, esperimentámos un gran placer al ver las formas variadas y pintorescas de las tierras altas.

Toda la noche del 15 al 16 de mayo tuvímos un viento favorable; pero al amanecer cuando nos encontrábamos al frente de los arrecifes de la costa O., á dos millas á lo mas del fondeadero de la *Coquilla*; sobrevino una calma que nos impidió encontrar el paso.

Con la ayuda de nuestros anteojos de larga vista, veíamos á los naturales ocupados en pescar sobre los arrecifes, y distinguímos las señas que nos hacian para animarnos á que desembarcásemos, mientras que nosotros como petrificados sobre aquel mar inmóvil, no podíamos adelantar ni retroceder un paso (Pl. LVII. — 1). En vano estuvímos tres dias enteros buscando el canal que guiaba al fondeadero; todos nuestros esfuerzos fueron infructuosos, y aun faltó poco paraque el *Oceánico* fuese á estrellarse contra los arrecifes, hácia los que le arrastraba la corriente; y hasta que vencido en fin Pendleton por un contratiempo tan obstinado, renunció á aquel descanso, que parecia prohibirnos algun jenio maléfico. Solo pude ver tres naturales, hombres de la plebe, que vinieron á bordo en una piragua. Eran sus modales afables y cariñosos, habiendo sido corta nuestra entrevista porque la brisa que se iba levantando nos obligó á seguir adelante. Ademas que Ualan no es una tierra desconocida, pues que ha sido sucesivamente visitada y esplorada á fondo por los Franceses de la *Coquilla* y por el capitan ruso Lutke, observador intelijente é imparcial.

Seguramente es Ualan la misma isla que vió en 1804 el americano Crozier, el cual la llamó *Strong*, y habiendo sido designada con el nombre de *Hope*, figura tambien en algunos mapas con el de *Teyva*, pero su descubridor fué Duperrey, quien la indicó á los jeógrafos dándola á conocer con sus trabajos al orbe científico, sus compañeros de viaje. Así pues nos ceñirémos á manifestar los resultados de esta esploracion, por las narraciones de los viajeros que han tomado parte en ella, como MM. Lesson, d'Urville y Duperrey, que recorrieron á su vez la isla y cuyas impresiones referirémos sucesivamente.

« Apenas habia la *Coquilla* echado el áncora á 6 de junio de 1824, dice M. Lesson, en la ensenada que lleva su nombre, cuando M. de Blosseville y yo, deseámos desembarcar, y como nadie hubiese saltado todavía en tierra, resolvímos probar si los naturales que cubrian la costa eran benignos y hospitalarios, ademas de que pretendíamos visitar una grande poblacion situada en la parte oriental de la isla que habíamos distinguido con el anteojo desde el navío.

« Aun distábamos bastante de la costa, cuando nuestra lancha gobernada por un solo remero no pudo seguir adelante, por lo que saltámos al agua desembarcando delante de una grande choza, en la que estaban comiendo reunidos mas de cien naturales, quienes al vernos arrojaron todos á un tiempo un prolongado *bou-ai-ai* que nos asordó, y cuya significacion no comprendíamos, aunque no tardámos en saber que así espresan ellos su admiracion. Instáronnos paraque nos sentásemos en medio de ellos, adonde vinieron luego á satisfacer su curiosidad, procurando unos indagar si el color blanco de nuestra piel era ó no efecto de alguna pintura, y manifestando todos la mayor admiracion al quitarnos nuestros sombreros, zapatos ú otra pieza de nuestro vestido, pues que tal vez creían aquellas jentes que estos objetos formaban parte de nuestra organizacion, y como se reprodujo esta circunstancia en todas las cabañas donde fuímos, y con todos los naturales que encontrámos, bastará decir que el eterno *bou-ai-ai*, acompañado de mil jestos y aspavientos singulares, fué siguiendo durante todo el dia nuestras mas insignificantes acciones. Uno de aquellos Indios nos trajo cocos, frutas del pan y una nuez llena de sobiaka, de la que

yo solo gusté, y recompensando nosotros sus servicios con algunas bagetelas que lo hicieron feliz, le pedimos algunos guias paraque nos acompañasen á la gran ciudad que veíamos al otro lado de la isla. Entendieron ellos perfectamente nuestros signos y al momento tres de ellos se pusieron en marcha delante de nosotros. Uno de ellos cojió mi caja de hoja de lata de herborizar, llevándola cuidadosamente hasta la poblacion, y hablándome con volubilidad apesar de que no entendí lás lindezas que sin duda me decia; atravesámos primeramente en nuestro camino unos barrancos pantanosos, cubiertos de mangles y una colina á cuyas espaldas se veía su fertilísimo suelo, cubierto de plantíos de cañas de azúcar y plátanos bien cultivados. Frondosos árboles entremezclados con limoneros y árboles del pan, sombreaban los sepulcros de los habitantes, resguardados por frájiles cabañas, disfrutando nosotros en silencio del nuevo cuadro que se ofrecia á nuestra vista, al mismo tiempo que seguíamos á nuestro guia cuya oficiosidad nos encantaba Nos hallábamos en el risueño valle situado en el centro de la isla, y á nuestra derecha teníamos el pico mas elevado, y la montaña de los dos picos encontrando en todas las cabañas la mas solícita hospitalidad y las mas tiernas atenciones, pues aunque al principio nuestra presencia sorprendia y asustaba á las mujeres y doncellas, bastaban para tranquilizarlas nuestra conducta y palabras de nuestros guias, y no tardando en establecerse una confianza ilimitada.

En una cabaña me desabrochó una jóven el chaleco, y se sorprendió tanto al ver mi pecho, que queria de todos modos desnudarme enteramente, sin duda para cerciorarse si éramos de diferente conformacion, pero no creí deber complacerla hasta este punto. Aquellas jóvenes tenian los ojos mas bellos que imajinarse puede, bella dentadura, facciones bastante regulares; por lo demas eran mal conformadas, y una estrecha faja era el único velo que cubria sus encantos (Pl. LVII. — 3). Nunca se les acababan las palabras, y aunque solo podíamos esplicarnos por jestos, y muchas veces sin hacernos comprender, no por eso dejaron de hablar, probándonos de este modo que el secso femenino, civilizado ó salvaje, es siempre parlanchin. Veíamos junto á ellas sus lindos telares con que fabrican las telas que emplean para taparabos. Despues de descansar algunos instantes, continuámos nuestra ruta con otros guias; pues que los primeros no querian ir mas allá, habiéndonos antes disuadido por algunos instantes de que penetrásemos al interior. Seguímos el cauce de un rio cuya fresca corriente, bajo las sombrías bóvedas que formaban con sus ramos algunos árboles centenarios, me ocasionó un dolor reumático en la pierna que por poco me puso en el caso de no poder volver á bordo. Deslízase aquel raudal sobre un lecho de arena gruesa formando en la falda de una alta colina pequeñas cascadas, y despues de recorrer el espacio de una milla, por entre mangles va á perderse en la playa.

Allí encontrámos una gran piragua que fletaron los naturales, y en la cual nos embarcámos vogando bien pronto hácia la bahía de Pane en la parte oriental de la isla, y delante de la pequeña isla de *Lele*, en la que recibí el rey de Ualan y la mayor parte de la poblacion. Une esta isleta con la grande, una cadena de arrecifes sobre los cuales se puede andar fácilmente con el agua hasta la cintura. Desembarcáronnos en la playa como en triunfo, pareciendo envanecidos nuestros conductores de llevar á presencia de sus jefes unos objetos tan curiosos como lo éramos nosotros á su vista, y al atravesar sus calles tortuosas formadas por anchos paredones de grandes piedras de coral, y casi llenas de agua, observámos con sorpresa, una muralla construída de peñascos, obra verdaderamente colosal y cuyo fin en vano procurámos investigar, así como los medios de que se habian valido para levantar aquellas enormes masas á quince pies de elevacion. A uno y otro lado de las calles y mas elevadas, se veian las elegantes cabañas de aquellos isleños construídas sobre algunos terrenos elevados, porque las aguas del mar inundan la parte declive de *Lele*, y sin duda por esta causa se construyó la cintura de piedra que enteramente la rodea. De todas partes acudia á nuestro tránsito un inmenso jentío de hombres, mujeres y niños que se precipitaban hácia nosotros con la misma curiosidad que manifiestan los civilizados Europeos para presenciar la ejecucion de un reo, aunque en aquella ocasion la suya llevaba felizmente otro fin mas honroso.

Siempre que nos deteníamos se impacientaban al parecer nuestros conductores, porque sin duda faltábamos á las reglas de urbanidad y comedimiento, y hasta nos prohibieron el hablar á los que formaban nuestro numeroso séquito, con el que llegámos á una espaciosa cabaña, en cuyas cercanías se veía sentado en corro en el suelo un inmenso jentío.

En el acto de atravesar la asamblea para presentarnos á los jefes nos saludó un *bou-ai-ai* jeneral retratándose al mismo tiempo en sus fisonomías el mas completo estupor. Vino luego hácia nosotros un jefe para introducirnos, y entonces volvieron nuestros guias á caer en la rada, arrastrándose de rodillas para confundirse entre la turba, compuesta de mas de trescientos hombres sin contar las mujeres que serian en número de doscientas, escepto los niños.

Veíanse sentados sobre esteras separadas y



2. Naturel de Ualan.

2. Natural de Ualan.



3. Femmes de Ualan.

2. Mujeres de Ualan

distantes una de otra, bajo la grande cabaña pública, y sin paredes, cinco ancianos jefes que ninguna señal de distincion llevaban, yendo en cueros como los demas isleños, ó cuando mas, llevando, como ellos, un estrecho taparabo. Renováronse allí las divertidísimas escenas que causaban á nuestra vista, y los regalos que les hicímos acabaron de merecer los mayores aplausos. Mas de mil ojos seguian nuestros menores movimientos, y nuestra posicion sobre aquellas esteras en medio de aquellas sencillas jentes al lado de sus jefes ancianos y venerables y unas cabañas construídas con tanta elegancia: parecia un cuadro de las *Mil y una Noches*, siendo tan nueva la circunstancia en que nos hallábamos, que es mas fácil sentirla que pintarla. Finalmente nos cojió un jefe de la mano, y nos condujo á una cabaña contigua formada de juncos, que era la mansion del rey de la isla, ó como ellos llaman, *urosse-tône*. Encontrámosle recostado sobre una estera con la que se cubrió á nuestra llegada la cabeza, pero como sabíamos que nadie se acerca con las manos vacías á estos monarcas salvajes le hicímos algunos presentes que le tranquilizaron, y al mismo tiempo observámos que se le habian remitido todos los presentes que habíamos hecho á los demas jefes, entre los cuales se veía una caja de hoja de lata, llena de plantas y otros objetos y que habia ofrecido al rey el indíjena que con tanto gusto la llevaba. En vano la reclamé, pues que parece que nada de lo que entra en la corte vuelve á salir; por lo que renuncié á ella sintiendo tan solo los objetos que contenia. Aquel urosse era un anciano con un pie en el sepulcro, abrumado por el peso de sus años, y cuya moribunda púpila parecia decirnos antes de eclipsarse: que especie tan particular de hombres! pues que sin duda les pareceríamos bien estraños, ya por el color de nuestro cútis, ya por nuestros vestidos, todo lo cual era enteramente nuevo á su modo de ver. En tanto que descansábamos, vinieron los jefes á sentarse á nuestro lado, quedándose el pueblo en el mismo sitio. Parece que las mujeres gozan de mas libertad, pues que formaron un círculo delante de nosotros sin que nadie las incomodase. El segundo urosse era un anciano robusto, jovial, cuyas serenas y tranquilas facciones respiraban autoridad, y cuya larga cabellera y blanca barba, ondeándole sobre el pecho dábanle una fisonomía venerable. Es hasta tal punto servil el respeto que les tienen sus vasallos qué esto prueba su oríjen asiático mejor que todas las disertaciones.

« El sol se precipitaba velozmente á su ocaso, por lo cual abreviámos nuestra visita prefiriendo volver á bordo por otro camino para no separarnos de la playa. El primer camino que habíamos seguido tiene, segun el mapa, unas cinco millas tan solo de estension, pero es muy malo, y el de la vuelta ocho. Continuámos á lo largo de los arrecifes, seguidos de gran número de indíjenas, encontrando acá y acullá algunas cabañas y cocos, y llegámos á bordo bastante tarde y mas cansados que de lo regular. La relacion que hicímos á nuestros compañeros los incitó á ir el dia siguiente á Lele, cuyos naturales se mostraron ya menos curiosos y al cabo de unas cuantas visitas que les hicímos, habia desaparecido completamente su admiracion. »

M. d'Urville refiere en los términos siguientes la escursion que verificó á Lele al otro dia:

« Retenido á bordo por los deberes de mi grado, me ví totalmente imposibilitado el primer dia de satisfacer la curiosidad de que estaba dominado de visitar la capital de la poblacion de Ualan, que los isleños decian ser *Leilei*, situada á la parte opuesta de la isla. M. Lesson, que difrutaba mayor libertad en virtud de la naturaleza de sus funciones, habia empleado el dia 6 para verificar esa escursion con el alumno de Blosseville, regresando muy tarde por la noche y asegurándonos haber andado mas de diez millas para ir á Leilei, y el doble almenos para volver, sin mentar las inauditas dificultades del viaje. Esto no podia menos de asombrarme; por cuanto, segun los descubrimientos que tenia hechos, sabia que la isla entera apenas tenia veinte millas de circumferencia, y la distancia de nuestro fondeadero á Leilei aun no hacia el tercio de este ámbito. Sin embargo sabia asimismo por muchas esperiencias que nuestro cofrade Lesson era un viajante muy adocenado; sin duda la fatiga le habia triplicado las distancias, y por este tenor pude inducir á varios oficiales que me acompañasen, apesar de haberles espantado al principio los obstáculos que les describiera el naturalista.

« En consecuencia á las seis de mañana del 7 de julio, acompañado de MM. Jacquinot, Bérard, Lottin y Gabert, me embarqué en un bote; dos novicios llevaban nuestras provisiones y una hermosa hacha bien aguzada que debiamos ofrecer al *uros-ton* ó primer jefe de la isla. Mucho tiempo antes de atracar á la playa el agua se halló tan baja que tuvímos que arrojarnos todos al mar y empujar la chalupa. Llegámos á la aldea de Lual siguiendo la embocadura de un arroyuelo donde muchas veces teníamos agua hasta el pecho. En aquellas circunstancias hubiéramos trocado con mucho gusto nuestros incómodos vestidos por el lijero ceñidor de los Ualaneses que un rayo solar secaba al salir del agua.

« En Lual nos recibieron en una suntuosa casa pública, que servia al propio tiempo de ateneo de construccion, supuesto que observé en ella una gran piragua que dos ó tres ope-

rarios estaban labrando con sus azuelas de fracmentos de *tridacne* acerados. Creíame yo que aquellos salvajes necesitaban muchísimo tiempo para dar cima á semejantes trabajos con útiles tan imperfectos: pero ví que iban con bastante rapidez; cada hachazo hacia saltar astillas de madera bastante gruesas, y observé que sus hojas por su forma convenian mucho mejor á sus trabajos que las de nuestros instrumentos de acero. El rejente de aquel taller, admirando el hacha que traíamos, y sobretodo el poder prodijioso de su filo, quiso probarla, y nos la volvió á entregar diciendo que cortaba demasiado.

« Habiendo pedido un guia para acompañarnos á Leilei, no nos fué muy fácil obtener el que deseábamos. Despues de media hora de conferencia, el asunto se hallaba en el mismo estado, y me pareció evidente que la visita de la víspera habia escitado ya los temores de los potentados de Leilei, y que los naturales de Lual temian comprometerse conduciendo nuevos estranjeros á la capital. Mis compañeros estaban indecisos sobre lo que iban á hacer, cuando dí á entender á los isleños, que de todos modos queria ver al uros-ton, y que si ninguno queria acompañarme, apesar de la recompensa que ofrecia, iba á emprender la marcha y sabria encontrar solo el camino. En seguida empecé á andar, y viéndome tan decidido y juzgando sin duda que valia mas para él ganar la recompensa prometida, un natural se ofreció con mucho gusto á guiarme, y solo pidió algunos instantes para componerse. Con efecto, no hizo mas que arreglar sus cabellos en la coronilla de la cabeza, pasar al rededor de sus lomos un ceñidor nuevo y colocar en su labio inferior una pechina de venus.

« Finalmente á las siete emprendímos la marcha y seguímos por largo tiempo una vereda estrecha y cenagosa que atraviesa un gran número de plantaciones. Allí se cultivan taros, bananos y cañas dulces: estas son el objeto del cuidado mas asiduo; cada una es atada á una estaca, y los espacios intermedios están despejados enteramente de malas yerbas. Las empalizadas que las circuyen son formadas con tallos elegantes de *dracæna terminalis*, atravesadas por varillas de caña ajustadas con ecsactitud. Estos cercados deliciosos encierran la mayor parte de las sepulturas de la isla, que traen el nombre de *lomsi*. Estas sepulturas no son otra cosa que casitas de seis á ocho pies de largo sobre cuatro ó cinco de ancho.

« En el camino se atraviesan muchas corrientes de un agua límpida y fresca. Está sombreado por una bóveda casi continua de árboles majestuosos que lo constituirian un paseo delicioso, si los naturales colocasen de cuando en cuando piedras grandes para poner los pies en el lugar de los barrancos donde se hunden á veces hasta media pierna (Pl. LVIII.— 3).

« Al cabo de tres cuartos de hora hicímos alto en una pequeña aldea donde nos estaba aguardando la poblacion reunida en número de cuarenta personas de todos secsos y edades, habiendo tenido la atencion de prepararnos frutos de pan, cocos y bananas. Todos aquellos salvajes nos ecsaminaban con ávida curiosidad, y cada una de nuestras acciones escitaba de su parte gritos de admiracion. Sin embargo su curiosidad, aunque tan natural, no se manifestaba en ningun caso indiscreta é intempestiva. Únicamente se nos acercaba un hombre ó una mujer solicitando, á juzgar por sus miradas, el permiso de considerar y de tocar nuestra piel. Si le otorgíbamos este favor, la palpaba con dulzura, la olfateaba, y parecia complacerle sobremanera. De todas las maravillas que ostentámos á los ojos de los salvajes, la blancura y el olor de nuestro cútis me parecieron lo que mas les gustó.

« Al cabo de media hora de alto nos despedímos de nuestros huéspedes, satisfechos de la magnificencia con que habíamos juzgado conveniente corresponder á sus atenciones; y sin embargo nuestra liberalidad se ciñó á algunas bujerías de vidrio, clavos y cuchillos despreciables. Nuestro séquito se acrecentara gradualmente, en términos que al salir de nuestra primera estacion nos acompañaban ya treinta salvajes. El sendero se eleva durante algunas leguas por la falda de la montaña central; pero creo que no se remonta á mas de cien metros de altura. En aquel punto encontré una vejetacion semejante á la que habia observado ya en Waigiou en la Papuasia, pero mucho menos apreciable con respecto á la variedad de las especies. El fauno entomolójico es de una estrema pobreza y se concreta á algunas especies de mariposas: las aves terrestres no son mas que de cinco á seis especies, y hay un solo pajarillo de un encarnado brillante que satisface la vista. En la parte opuesta del collado el camino sigue por largo tiempo el lecho de un torrente delicioso que se despeña en cascadas y sombreado sin cesar por los árboles mas hermosos del globo. De esta suerte se llega al valle central situado entre ambos picos y ocupado en su mayor parte de florecientes plantaciones de cañas dulces, á través de las cuales culebrean varios arroyos que hacen inagotable su fertilidad. En medio de aquella risueña llanura hicímos un segundo alto en una gran cabaña donde nos estaban aguardando sesenta naturales. Allí encontrámos la misma hospitalidad, la misma reserva, la misma satisfaccion de vernos, de oirnos y de tocarnos. Los dos grumetes que llevaban nues-

compañeros paraque hiciesen otro tanto. Al momento la oposicion calló, y el viejo uros se sentó á mi lado en ademan de benevolencia. Cada uno de nosotros le hizo diversos presentes en bujerías, espejos, cuchillos, clavos, pañuelos, lo que escitó de tal suerte su buen humor, que no pudo menos de sonreirse, confabular y refocilarse como un verdadero niño. En la fuerza de su júbilo distribuyó á cada uno de nosotros su real favor del modo mas cómico. Al uno le pellizcaba la mejilla, al otro las piernas, batia las espaldas y los muslos de un tercero, todo para manifestarnos su satisfaccion: en una palabra fuímos sus mejores amigos.

« Presentóse la reina á la puerta de nuestro aposento, y me pareció que no se atrevia á entrar; pero todas las demas mujeres que hasta entonces permanecieran á alguna distancia, alentadas por el ejemplo de su soberana, se acercaron en tropel para ecsaminarnos de cerca. En este momento el rey se decidió á mandar á buscar los presentes que debia ofrecernos, y ví con sorpresa que se reducian á dos *tots* para cada uno de nosotros, si bien del todo nuevos, pero de un tejido mas grosero. Como algunos individuos de baja estraccion se habian portado con nosotros mas jenerosamente, no pudímos menos de colejir que debia ser aquel un rey sumamente económico con respecto á lo que le pertenecia, pero muy ávido de lo que pertenecia á los demas. Igualmente codiciaba mi caja de herborizacion, mi azada, mi podadera, y todo cuanto veía; pero le dí á entender que todo esto me pertenecia, que yo era uros-ton como él, y de consiguiente que debia contentarse con lo que le daba. Sin embargo como todas estas razones no le persuadian sobradamente, me levanté y saliendo al encuentro de la reina, le pasé al rededor del cuello un brillante collar de vidrio abrillantado, y la muchedumbre aplaudió este acto con un murmullo de satisfaccion. Semejante galanteo fué tan sumamente grato á la augusta persona, que inmediatamente fué á buscar cinco hermosos tots de un tejido mas precioso que me ofreció con mucha gracia. Entretanto el pueblo se fué acercando algo demasiado á nosotros, y en consecuencia los jefes hicieron alejar á los indiscretos rechazándoles por las espaldas, pero con dulzura; lo que me presentó una ecsacta idea del carácter jeneral de la nacion.

« Asimismo nos trajeron frutos de pan y cocos que habíamos pedido; sacámos nuestras provisiones y dímos principio á una comida mas sustancial que la de la mañana. Semejante libertad por nuestra parte pareció no acomodar mucho al viejo uros; así que procuró darme á entender que no nos estaba muy decente comer en su presencia. No pudiendo menos de darle una satisfaccion, le ofrecí los manjares que habíamos traído de á bordo, y al instante recobró su buen humor. Entre los estravagantes caprichos que se le antojaron, el bueno del anciano manifestó deseos de averiguar si yo era hombre ó mujer, y no tuve poca dificultad en impedirle llevar á cabo su ecsámen. Hubiera sido por cierto un espectáculo digno de Callot ver á un oficial francés comprometido en semejante lucha con un anciano caudillo salvaje, en presencia de una poblacion de seis á ochocientos individuos de ambos secsos.

« Entre todos los uros que se hallaban presentes á aquella entrevista, uno solo secsajenario, de buen talante y mas obeso que la mayor parte de los isleños, gozaba del privilejio de permanecer con nosotros al lado del rey. Este hombre debia de ser el primer ministro ó el virey de la isla; porque el mismo rey nos le presentó como un uros de distincion recomendándole á nuestra jenerosidad.

« Cerca de hora y media habíamos pasado en aquella entrevista, y en la imposibilidad en que estábamos de comunicarnos nuestras ideas de un modo bien satisfactorio, me pareció bastante. En consecuencia levanté la sesion, y nuestro primer guia, que se eclipsara entre el populacho, púsose de nuevo á nuestro frente, preparándose á hacernos atravesar rápidamente la aldea sin dejarnos detener un momento. Como esto era apartarse del círculo de mis planes, declaréle que deseaba visitar algun tanto Leilei. En primer lugar le espresé mis deseos de ecsaminar el palacio real situado á poca distancia del gran soportal público: era una espaciosa casa circuída de cascadas y cuyo aspecto argüía el bienestar de los propietarios. Nuestro guia y otros jefes parecieron intentar oponerse á mis deseos, pero yo reiteré mis instancias, y la reina misma dió cima á la contienda mandando abrir las puertas con mucho comedimiento. El interior solo ofrecia un vasto aposento del todo desmueblado, en donde solo se notaba un tabique en su estremidad inferior, ni mas ni menos que en todos los demas que viera hasta entonces. Satisfecha mi curiosidad, hice nuevos presentes á la reina y á sus hijas, despedíme de ellas, y continué mi ecsámen.

« Las calles estaban adornadas de enormes paredes que manifiestan que aquellos naturales, al parecer débiles y menguados, son capaces de acometer empresas grandiosas. A espaldas del domicilio real llamó por de pronto mi atencion un vasto recinto cuadrado y circuído de fuertes murallas. Los salvajes me hicieron ciertas señas que me indujeron á creer que aquel local estaba destinado á ceremonias relijiosas, bien que no pude descubrir mas que algunas esteras es-

parcidas por el suelo, y en frente del recinto una espaciosa huta en muy mal estado.

« A la estremidad de la calle concitó mi admiracion una pared aun mas considerable que cuantas habia visto; su altura no bajaba de veinte pies sobre diez á doce espesor. Difícilmente se concibe como esos pueblos sin el auxilio de ninguna máquina pueden transportar pedruscos tan enormes como los que entran en semejantes construcciones; mucho mas el comprender la utilidad de tan inmensas moles. Todo cuanto pude observar se reduce á que las residencias de los uros estaban siempre acompañadas de esos enormes muros que denominan *pot-euro* ó simplemente *pot*, y que parecen constituir uno de los atributos de su dignidad, no de otra suerte que las murallas y los fosos que en la edad media acompañaban siempre la morada de los señores feudales.

« Junto á las gruesas murallas que acabo de citar, alzábanse dos suntuosas casas mas espaciosas y amuebladas que las del rey. La mayor parte de aquellas casas contienen cada una en su interior dos ó tres grandes piraguas sostenidas sobre unos travesaños á cinco ó seis pies sobre el nivel del suelo. La utilidad de tan inmensas piraguas era para nosotros un verdadero enigma, supuesto que los naturales parecian no tener ningun conocimiento de otra tierra que su isla. La mayor parte de aquellas casas estaban desiertas cuando entrábamos en ellas; los naturales se agolpaban detras de nosotros, y cada uno se ponia inmediatamente en cuclillas al presentarse un uros. Por lo demas, todos nos ofrecian frutos de pan y cocos; cuyos obsequios eran reconocidos siempre por nuestra parte con algunos presentes. La última casa que visitámos á la parte opuesta de Leilei escedia á todas las demas por sus dimensiones, y reconocí ser la primera que habia llamado nuestra atencion en el acto de atracar á la isla. El propietario de aquella deliciosa morada era un jóven uros, que frisaba con los treinta años, avispado, bien plantado, de una fisonomía agradable y maneras comedidas. Dispensónos una acojida semejante á los demas, y pasámos una media hora bajo su techo y otra tanta en la playa confabulando con los naturales congregados en torno de nosotros, hombres, mujeres y niños, que se manifestaban muy contentos de vernos en medio de ellos. El jóven caudillo aprestó en seguida dos hermosas piraguas y nos condujo en persona á la playa N. E. de Ualan, adonde manifestáramos nuestros deseos de ser trasladados á fin de regresar á bordo.

« Era tan solo la una de la tarde, y habíamos agotado ya cuantos objetos trajéramos para distribuir. Esta jenerosidad mal entendida habia estragado ya el carácter jeneroso y hospitalario de aquellos pueblos, especialmente en la clase de los jefes, pues en lugar de los obsequios desinteresados que nos hacian al principio, veíase fácilmente que sus ofertas estaban impregnadas de un carácter de codicia y de especulacion que les era primitivamente desconocido. Así que, nuestras jenerosas intenciones habian ya dado márjen á resultados deplorables. Pasámos entre los dos islotes de Senei y de Senai, donde hay establecidas grandes pesquerías, y desembarcámos en la playa, acompañándonos nuestro jóven uros hasta la residencia del uros jefe de aquel territorio. En aquella ocasion fuí testigo de una escena singular entre aquellos dos personajes. Nuestro compañero nos advirtió de antemano que iba á presentarnos á un uros, y se adelantó en persona con mucha precaucion cual para descubrir el sitio donde se hallaba el uros. Desde luego vímos á este á los umbrales de su murado recinto, sentado con gravedad y un poco apartado de sus vasallos reunidos en grupo. Al momento el jóven uros, nuestro conductor, fué á agacharse airosamente á cincuenta pasos de distancia con todas sus jentes, y permanecieron en esta posicion sin decir esta boca es mia, hasta el momento en que nos despedímos de nuestro nuevo huésped. Nunca acerté á comprender si semejante ceremonia era una forma de etiqueta entre los dos caudillos, ó bien el efecto de alguna antipatía. Por lo demas el último uros, hombre grave y de respetable talante, nos dispensó una acojida harto atenta y comedida.

« Durante el resto de nuestra ruta hasta la corbeta, que fué de unas siete ú ocho millas, pasámos por delante de muchas residencias de uros, que nos ofrecieron hospitalidad, poniendo á nuestra disposicion algunos frutos de pan y cocos con mucha afabilidad. Aunque no teníamos nada que darles, ni uno de ellos pareció impelido por la codicia. A veces el camino seguia á lo largo de la playa, en cuyo caso el graveso calor del sol nos incomodaba cruelmente; pero otras veces la vereda serpeaba á través de frondosos bosquecillos de malvaviscos, de barringtonias, de ojiceras y pandanus, que hacian circular la mas deliciosa frescura. Acompañábannos unos treinta salvajes joviales, obsequiosos y sumamente contentos de prestarnos cuantos servicios estaban en su mano. En nuestros frecuentes altos les interrogábamos muchas veces á fin de tener en su lengua el valor de muchas espresiones, y las apuntaba en mi calepino, lo cual llamaba sobremanera su atencion; pero su sorpresa subia de punto cuando me veian consultar un librete para repetirles las voces de que tenia necesidad.

« En esta correría hice el primer descubrimiento de las cuatro castas que dividen la pe-

queña poblacion de Ualan, compuesta á lo sumo de dos á tres mil almas. La mas distinguida de estas castas lleva el nombre de *ton*, y á ella pertenecen los jefes mas ilustres, todos los que presiden á las aldeas y poseen grandes casas circuídas de altas paredes; en segundo lugar vienen los *penmai*, clase numerosa que parece reunir los oficiales subalternos, los artesanos y los pequeños propietarios. En tercer lugar se hallan los *lissinguai;* pero nunca pude descubrir la calidad que constituye positivamente su diferencia de los demas; y en cuarto lugar los *neas*, que parecen ser todos los individuos destituídos de todo recurso y obligados á servir á los jefes para poder vivir. El jefe de los uros ó rey de la isla lleva el título particular de *uros-ton* ó *uros-leallen;* todos los uros distinguidos, como llevo dicho, pertenecen á la clase de los *ton*, bien que varias veces me insinuaron haber *uros-penmai*, *uros-lissinguai* y *uros-neas*. Sin embargo fuerza es confesar que me fué de todo punto imposible descubrir si esos títulos tenian alguna relacion con los uros comisionados de las diversas clases de los penmai, lissinguai y neas, ó bien si designaban algunos individuos de aquellas clases revestidos del honroso título de uros. Es constante sin embargo que los naturales sabian esplicarme perfectamente si tal uros era uros-ton ó uros-penmai.

« A las cinco y media de la tarde estuvímos de vuelta á bordo, satisfechos de nuestra escursion y muy poco molidos, sobretodo yo que no podia contemplar aquella correría mas que como un paseo delicioso. »

La relacion de M. Duperrey dará á conocer muy pocas cosas, despues de las dos relaciones precedentes; sin embargo creemos deber continuarla, como único documento oficial publicado hasta aquí respectivamente á la isla de Ualan por el comandante en jefe de la *Coquilla :*

« Desde luego supímos que los caudillos principales habitaban la isleta *Lele*, situada á barlovento de la isla. MM. Lesson y de Blosseville fueron los primeros que pasaron á ella costeando los dos valles que separan la parte N. de la parte S. de Ualan.

« Emprendímos esta travesía, M. Lejeune y yo, el dia 8. La distancia no es mas que de cinco millas; pero así al partir como al llegar, el suelo es enteramente cruzado por arroyos que deben atravesarse ó seguirse á veces durante un trecho considerable. El camino no es mucho mas fácil en los terrenos elevados, porque solo puede transitarse por ellos trepando peñas, sobre las que se precipitan numerosos torrentes. Sin embargo esta disposicion hidrolójica atempera singularmente el ardor del clima y presenta á la imajinacion un frescor y variedad de cuadros, capaces de suyo de inducir á sobrepujar los inconvenientes de semejante correría.

« Llegados á la cumbre del collado que separa los dos valles opuestos, encontrámos en un pequeño llano muchas habitaciones cuyas pertenencias estaban circuídas de una lijera empalizada. Los naturales salieron de sus casas con mucho conato, á fin de ofrecernos algunos productos de su territorio, y cuando continuámos nuestra marcha muchos se juntaron á los que nos escoltaban ya, para llevar los frutos que el tiempo no nos habia permitido consumir. Este llano subviene copiosamente á la subsistencia de los habitantes, y parece igualmente haber sido escojido para su último asilo; supuesto que entre las plantaciones de que estaba cubierto echámos de ver algunos cobertizos que nos dijeron ser sepulcros.

« Al descender al valle del E., continuámos el cauce de los rios hasta la ensenada Chabrol, y pasámos á la isla Lele, trillándonos un derrotero sobre un banco de coral del todo inundado, que une la parte N. de esta isleta con la playa de Ualan.

« La isla Lele tiene una milla de estension de E. á O. sobre dos tercios de milla de anchura. Su parte oriental presenta un morro cónico bastante encumbrado: el resto es sumamente bajo, y probablemente seria invadido por el mar, si los naturales que elijieron aquel solar para establecer en él su residencia principal no hubiesen tenido la precaucion de elevar el suelo á quince ó veinte pies sobre las aguas, y circuir la isla entera de un malecon capaz de oponer un dique insuperable á los fenómenos periódicos de las mareas.

« Puesta así la aldea á cubierto de las inundaciones por la industria de los habitantes, y atravesada en diversos sentidos por canales que las piraguas pueden recorrer fácilmente en las altas mareas, los muros que orillan esta isla, compuestos de fracmentos de basalto, de corales cortados con arte y colocados unos sobre otros sin cimiento alguno. Los naturales los construyen con el ausilio de maromas y alzaprimas de grandes dimensiones, dándoles una escarpa bastante considerable paraque se hallen en estado de resistir al empuje de las tierras que tienen que sostener.

« Nuestra llegada á Lele dió campo á un júbilo estremo. Hombres, mujeres y niños se nos agolpaban delante atajando nuestro paso, y manifestando particularmente su admiracion por el color de nuestro cútis que tocaban con las manos ó con el rostro prorumpiendo á cada instante en nuevos gritos de admiracion. De esta suerte nos escoltaron hasta el *hurosse-ton*, ó jefe principal, en cuya presencia se pusieron de cuclillas, guardando un silencio capaz de fijar nuestras ideas por lo que hace al profundo respeto que profesan á su persona.

« Este jefe, encorvado bajo el peso de los años, estaba embozado entre dos esteras en el fondo de una casita elegante y sumamente aseada teniendo á su lado su mujer y algunos criados solamente. Reinaba un profundo silencio en aquel recinto separado del camino público por medio de unos muros construídos de junco y hojas de cañas dulces. Informado de nuestra llegada, hizo algunos esfuerzos para salirnos al encuentro; mas nosotros le dispensámos de ello sentándonos con prontitud sobre una estera que estaba junto á la suya, y en esta posicion nos espetó un largo discurso que traíamos deseos de comprender, pero al que solo pudímos contestar con algunos presentes.

« Visitámos ademas otros muchos jefes, especialmente el que gobierna inmediatamente despues del burosse-tone. Este parecia encargado de la policía jeneral: era hombre de actividad, aunque entrado en años, de aventajada estatura y de un semblante al que comunicaba un aire venerando una larga y blanca barba.

« Esta puebla deliciosa lleva sellada en su fisonomía la dulzura de las costumbres que la caracterizan, y su moralidad arguye igualmente sus calidades. Las mujeres eran libres cuando los hombres eran en número bastante considerable para resistirnos; pero tenian la precaucion de ocultarlas cuando éramos mas fuertes.

« Los hombres son de mediana estatura, de un color poco subido y de un acceso fácil y agradable. Las mujeres son agraciadas y bien formadas; pero su cualidad mas sobresaliente consiste en la blancura de sus dientes, la vivacidad de sus ojos y ese candor que las alejaba de nosotros siempre que nuestras relaciones eran de una naturaleza sobrado familiar.

« En el ecsámen de las condiciones sociales que pertenecen á esta puebla hemos reconocido que los dos mil individuos que la componen estaban divididos en seis clases: los *tone*, los *pennemé*, los *lésigué*, los *néas*, los *metkos* y los *memata*. El título de burosse parece sinónimo de jefe, y si bien puede pertenecer á las cuatro primeras clases, regularmente es de las dos primeras. El jefe superior es siempre entresacado de la clase de los *tone*, por cuyo motivo cumula estos dos títulos á los que agrega la voz *lealen*, que significa *derecho*, por cuanto es el único que tiene el privilejio de permanecer de pie en las visitas y en las convocaciones. »

No habiéndose publicado todavía la relacion del viaje de la *Coquilla*, debemos contentarnos con decir que durante los diez dias de recalo en Ualan no cesó de reinar entre los naturales y los Franceses una amistad inalterable, y aunque no faltaron algunas tentativas de hurto, fueron toleradas ó reprimidas con induljencia sin que diesen márjen á ninguna ocurrencia desagradable. Únicamente es preciso confesar que los uros, mimados por la liberalidad del principio, llegaron á ser ecsijentes, codiciosos y aun impertinentes; así que, su sociedad acabó por ser poco agradable. Los simples *ton* y los *penmai*, al contrario, continuaron siendo complacientes y obsequiosos como el primer dia, y con ellos entablámos las relaciones mas útiles y mas fáciles. Al abandonar aquella tierra, el capitan y los oficiales regalaron á dos de aquellos buenos *ton* dos marranas, de las cuales la una estaba preñada, esplicándoles el modo de alimentarlas y la utilidad que de ellas podrian sacar. Efectivamente no habria sido un servicio poco importante prestado por los navegantes franceses á los naturales de Ualan, si tan útiles animales hubiesen podido propagarse por su territorio.

Despues de los Franceses de la *Coquilla* apareció en Ualan el capitan ruso, Lutke, que nos ha suministrado con respecto á este grupo, pormenores ecsactos é individuados, bien que no del todo desnudos de optimismo. El capitan Lutke se manifestó en estos parajes á 4 de diciembre de 1827, y despues de una larga espera se le acercó una piragua montada por cuatro individuos, entre los cuales habia dos ancianos que proferian continuamente y con voz arrastrada la palabra *ouai!...* En seguida pasaron á bordo prorumpiendo en discursos que no fueron comprendidos por nadie. Sin embargo era evidente que invitaban á los Europeos á desembarcar en tierra para pernoctar, diciéndoles igualmente que encontrarian en ella muchos cocos y mujeres. Despues de haber confabulado mucho, proferido frecuentes *ouai* y comparado con sorpresa su bronceada piel con la de los Europeos, volviéronse á tierra; pero en breve fueron reemplazados por una nueva piragua montada por tres individuos, el uno de los cuales se anunció por *uros* (jefe). Hubo nuevos discursos y nuevos *ouai*, acompañados de algunas permutas de cocos, y se fueron. Presentóse una tercera piragua, é igualmente se fué.

Al dia siguiente el buque se quedó á doce millas de la isla por razon de la calma, y se acercaron tres piraguas; la una de las cuales contenia un jóven uros, llamado Nena. Los Rusos quedaron muy contentos de la conducta y maneras de sus nuevos huéspedes; admiraron su franca jovialidad, su decoro y su estraordinario buen sentido. Nena descollaba entre los suyos por su gran decencia y por cierta nobleza de maneras, no menos que por una escesiva cobardía. No daba un paso siquiera por el buque sin agarrarse con el capitan; hubo muchas dificultades en concitarle á aplicar los ojos á los espejuelos del anteojo. En breve depositó tanta confianza en sus huéspedes, que quiso permanecer con ellos y pernoctar á bordo.

A 9 de diciembre Lutke pudo dar fondo en el interior del puerto de la *Coquilla*, despues de haber estado á punto de perderse la noche anterior en los arrecifes de la entrada. No obstante su amabilidad y sus benévolas disposiciones, los naturales robaron á los primeros un térmómetro con su estuche y tres instrumentos de hierro. Deseando recobrar estos objetos, Lutke se presentó á los dos uros Sipey y Nena, y les declaró que no haria ningun regalo hasta que los objetos fuesen restituídos.

Lutke estableció su observatorio en el islote Matanial, y echó mano de todas las precauciones imajinables paraque los isleños no fuesen á perturbarle. Empero estos se contentaron con ecsaminar atentamente los movimientos de sus huéspedes, profiriendo de vez en cuando su perpetuo *ouai!* Otras veces, sobretodo al ver la brújula ó al oir los primeros fusilazos, esclamaban: *sacre corno!* cual para recordar la accion que habian visto hacer á los Franceses. Estas dos voces son todo cuanto habian retenido del lenguaje de sus primeros huéspedes de Europa. Al hacer mencion de este hecho, Lutke no puede dar con la razon que haya podido inducir á los naturales á acordarse únicamente de esas dos voces francesas del todo insignificantes. M. d'Urville parece haber descifrado el enigma; algunos de los marineros y oficiales provenzales, que formaban parte de la tripulacion de la *Coquilla*, afectaban particularmente la jura: *sacro muchachuelo!* y lo prodigaban sobremanera con respecto á los naturales que le embarazaban ó no accedian á sus deseos. Con esto no tiene nada de estraño que al oir esta espresion con mucha frecuencia, los isleños la hayan retenido con preferencia á otra cualquiera.

Uno de los amigos mas íntimos de los Rusos era Kaki, jefe de la aldea de Lual, vecina al fondeadero. Todas las mañanas les presentaba regularmente frutos de pan cocidos, sin ningun objeto al parecer interesado. Cierto dia llevóse consigo á su hijo, de cuatro años de edad, asentándolo á horcajadas sobre sus espaldas. Este niño tenia un miedo tan grande por los blancos, que no podia menos de prorumpir en horribles ahullidos y temblaba de pies á cabeza siempre que se le acercaba el capitan. Creyóse Lutke que todos los Ualaneses estaban poseídos del mismo miedo, por cuanto ninguno de ellos se presentó á los Rusos, y no se vió uno siquiera en las aldeas de las cercanías.

El 12 por la mañana, los uros Nena, Sipe y Seghira restituyeron los objetos que se echaran manos, y en cambio Lutke les hizo preciosos presentes y les convidó á comer. Mientras estaban sentados á la mesa, el uros Sipé propuso á uno de los oficiales rusos trocar sus nombres. Lutke trocó el suyo con Nena, y este se salió de la tienda sobre la marcha para anunciar á la muchedumbre que en adelante debian considerarle como al uros *Litské* y que *Nena* se hallába en la tienda. La multitud, sorprendida correspondió á aquella declaracion con un agudo *ouai!*

Dos dias despues, los Rusos fueron visitados por la esposa de Kaki, acompañada de la mayor parte de las mujeres de Lual. Despues de haber pasado una hora con los blancos y recibido de ellos varios presentes, volviéronse á través de la albufera, riendo y parloteando. Poco despues llegaron tres ó cuatro mozas conducidas por algunos hombres y procedentes de lugares remotos, con unas señas que demostraban muy al vivo que las ofrecian á sus huéspedes. Esta proposicion no halló eco en aquellas infortunadas criaturas, por cuyo motivo su semblante se llenó de tristeza, y Lutke menciona con especialidad que se portaron con harto decoro.

El 16, el capitan pasó á Lual situado sobre la escarpada ribera de un torrente, y encubierto bajo el follaje de espesos sotos de árboles de pan, de bananos y de pandanos. Nadie salió al encuentro de los Rusos, de suerte que dejando á un lado á dos ó tres plebeyos que muellemente recostados sobre esteras les brindaron á sentarse, la aldea era de todo punto desierta. Sorprendido de esta circunstancia, estaban á punto de volverse, cuando apareció Seghira. Trajéronse frutos, preparóse *saka* (nombre del kava en Ualan) y se ofreció á los visitadores. Seghira comenzó por despojar á las ramas de sus hojas á fin de tributarlas en homenaje á la divinidad, y las colocó con cierto aire de misterio en un rincon destinado á esta ceremonia.

La noche siguiente robaron el áncora de una embarcacion, y Lutke encargó á los uros Nena y Seza de hacérsela recobrar. Lejos de corresponder á esa confianza, al dia siguiente Seza tomó parte en el robo de un hacha que arrebataron de las manos mismas del carpintero, y desapareció. En consecuencia Lütke se vió en la necesidad de confiscar muchas piraguas que le pertenecian, creyendo que con esta medida conseguiria obligarle á enmendar su falta, pero pasó mucho tiempo sin saber de Seza. Lutke mandó destruir una de sus piraguas, declarando que las restantes lo serian igualmente si los objetos arrebatados no eran restituídos. Esta amenaza produjo el efecto deseado; el áncora fué devuelta; soltáronse las piraguas, y se restableció la paz.

Durante este altercado, los demas uros, especialmente el bueno de Kaki, continuaron sus relaciones amigables con los Europeos. El uros Seza, retenido como rehen durante algun tiempo, manifestó al principio cierta inquietud; pero

despues calmó sus temores y recobró su buen humor, cayendo en una postracion y desmadejamiento tal, que el capitan Lutke se decidió á soltarlo.

Despues de haber dado cima á sus observaciones en aquel punto del litoral, Lutke, acompañado de muchos oficiales y una masa de naturales, resolvió hacer una escursion á Leilei, capital de la isla. A este objeto elijieron la senda del litoral; la primera parte tuvo lugar con agua hasta la rodilla, á lo largo de una hilera de mangles y de *sonneratias* en una estension de cosa de media legua, y el resto del camino se pasó en una playa atestada de arena y fragmentos de coral. Al pasar por una aldea, todos los naturales indistintamente salian al encuentro de los Rusos para ofrecerles amistosamente nueces de cocos.

La piragua de Sipe los recibió á todos en el borde de la bahía, y pasaron á la isla de Leilei. Era de noche, y sin embargo la playa estaba atestada de pueblo dominado del deseo de presenciar su llegada. Nena les acompañó á Sipe, que les estaba aguardando en su domicilio, y les hizo tomar asiento sobre unas esteras en su alrededor. Apenas acababa de sentarse Lutke, cuando llegó un enviado del uros Togoja, primer jefe de Ualan, para cumplimentar á los estranjeros y ofrecerles nueces de coco. Era aquella la vez primera que Lutke oía hablar de ese personaje: sin embargo hizo contestar que iria á visitarle al dia siguiente.

Llegada la noche Sipe designó para alojamiento de sus huéspedes una casita donde se instalaron del mejor modo posible. Sin la camorra que producian los ratones, hubieran dormido á las mil maravillas. El primer objeto que encontraron los Rusos en casa de Sipe, fué una marrana abandonada por los oficiales de *la Coquilla*. Los habitantes la llamaban *Cocho;* y como la abastecian copiosamente de bananas, habia adquirido una escesiva gordura. Ninguna circunstancia indicaba al parecer que hubiese multiplicado, puesto que no se vió en la isla ningun otro individuo de aquella especie. Sipe parecia tener en mucho á *Cocho;* porque viendo que incesantemente le estaban pidiendo víveres, temió por su marrana, y la sustrajo cuidadosamente á la vista de los Europeos.

A la mañana del siguiente dia Lutke, acompañado de Sipe, fué á visitar el grande uros Togoja, y llegó por una cenagosa calleja á su domicilio que en nada se distinguia de todos los demas. Al cabo de algunos minutos entró por la puerta lateral un anciano de pelo gris, frisando con los sesenta años, y se sentó sin hacer ningun caso de los Rusos; y sin embargo Sipe dijo al oído de Lutke: *Uros Togoja!* Comprendió el capitan que se hallaba en presencia del ilustre personaje, y al momento se levantó para saludarle. Entonces el anciano, tendiendo sobre el estranjero una mirada sin espresion, dijo: *ma* (qué)? Presentáronsele los regalos que le estinaban destinados, á saber: un hacha, varios cuchillos, tijeras, barrenas, bromas, cepillos, clavos y una camisa y un gorro encarnados, colocándole este último sobre su cabeza. El uros recorria con la vista sucesivamente todos esos objetos, y repetia sobre cada uno: *Mea inghé* (qué es esto?) y se le esplicaba su uso. Los concurrentes comprendieron perfectamente la leccion y dieron un agudo *ouai!* de admiracion. Pero el vejancon se contentó con repetir su *mea inghé?* Mas como su gorro le incomodaba, quitóselo para meter en él sus útiles, y envolvió el todo en la camisa encarnada. Habia clavado un clavo en una viga, y no pudiendo arrancarlo quedó altamente sorprendido. Salió por un momento, y volvió á entrar con sus presentes, que tan solo consistian en esteras concluídas ó medio terminadas. En seguida sobrevino la esposa del anciano caudillo, que se colocó á poca distancia de la puerta lateral, y se dirijió al capitan mostrándole su cuello. Unas tijeras, una sortija y un collar colmaron los deseos de la vieja princesa, y en fé de su gratitud y de su reconocimiento ofreció algunos ceñidores ó tots.

Tras estas ocurrencias procedióse á la preparacion del seka. Entretanto Togoja, algo mas familiarizado, atrajo á Lutke á su lado, ecsaminóle de pies á cabeza y se mostró sorprendido sobretodo del color de su tez. Llegó á tal punto su curiosidad, que el capitan no pudo menos de detenerle. Multiplicaba sus preguntas á las que solo contestaba el Ruso repitiendo sus palabras, lo cual hácia reir al jefe sobremanera. Todos los concurrentes indíjenas conservaban hácia Togoja la actitud del mas profundo respeto, hablándole en voz baja y sin atreverse á levantar los ojos para mirarle. El jefe parecia no contestar á ninguno: inclinado hácia Lutke, hablóle de un *cócho* que tenia á bordo, y que el capitan consintió en cederle en retribucion de algunas raíces y frutas.

En seguida Lutke, acompañado de Nena y de una multitud de isleños, recorrió la isleta de Leilei que no tiene mas de dos millas de circumferéncia. La mayor parte del litoral está circuída de un muro de piedra de cinco pies de altura, que sirve para poner las casas y las plantaciones á cubierto de las invasiones de las olas. Las tierras de los diversos uros estaban rodeadas de muros semejantes, de tres toesas de elevacion. En estas fábricas entran piedras enormes, entre las cuales hay algunas que deben de pesar unos cincuenta quintales almenos, supuesto que tienen cuatro pies de dimension. Hay ademas muchos islotes inhabitados, espar-

oidos por los arrecifes, y circuidos de muros de esta misma naturaleza. Lutke admiró sobremanera los numerosos canales que surcan en diversas direcciones la comarca de Ualan, y cuyos bordes son contenidos por malecones que les dan tres ó cuatro pies de profundidad y facilitan las comunicaciones de las piraguas. Los Europeos se veían precisados frecuentemente á salvar estos canales con agua al pecho y conservar húmedos los vestidos que llevaban encima, al paso que los isleños, con su cuerpo restregado de aceite, casi podian considerarse como impermeables, hallándose enjutos poco despues de salir del agua.

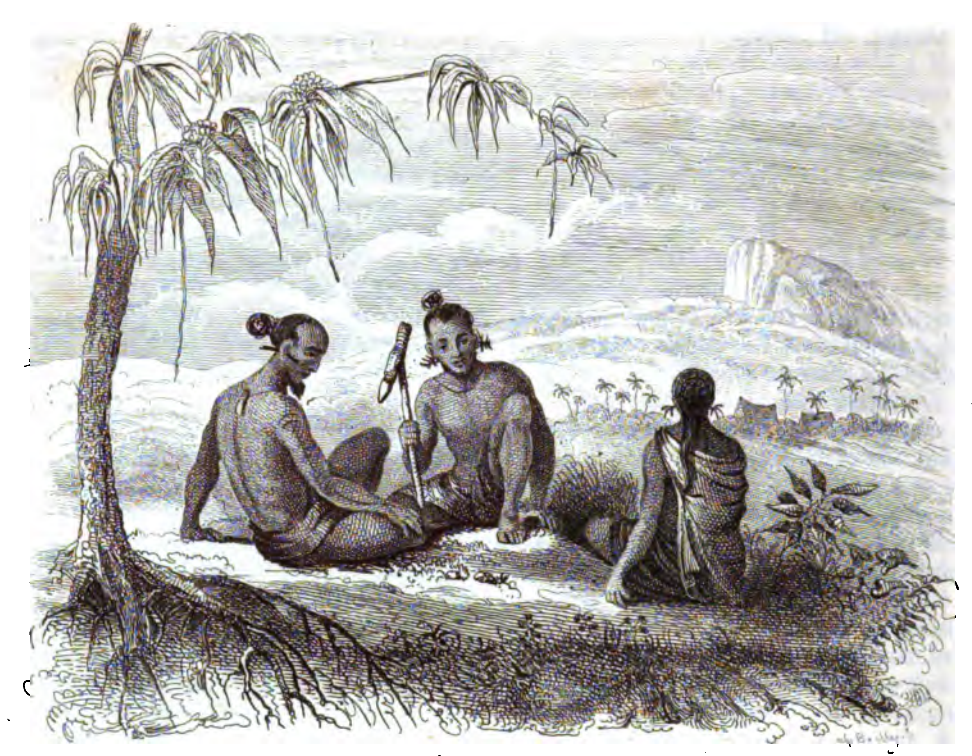
Lutke pasó dos dias en Leilei para levantar el plano de la bahía y de los alrededores. En sus ratos de ocio mataba el tiempo con los niños que desde la mañana hasta la noche no se movian de su albergue sin atreverse á salir; encomia en gran manera el buen humor y el candor de aquellos chicos Ualaneses, y hace mencion de dos ó tres mozas de trece á quince años que en Europa hubieran podido pasar por beldades con sus grandes y vivaces ojos negros, sus dientes alineados como perlas, y sus facciones encantadoras. Desgraciadamente aquellas bellezas eran harto desaseadas. Por algunas bagatelas aquellas mozuelas enseñaban canciones del país á sus huéspedes y se divertian mucho en su facilidad de retenerlas. La estrofa siguiente es una muestra de sus romances:

Sonde ougma Catanarie, combien non non
La Sacryca, la Sacryca
Nin nin Coulonia, nin nin Coulonia.

Entre los juegos de los chicos, Lutke cita el siguiente: los jugadores se sientan unos enfrente de otros, y baten sucesivamente sus rodillas con la palma de la mano, el plano de la mano del muchacho de delante, despues la del vecino de cada lado, y así por este tenor. El talento consiste en no interrumpir el órden convenido. Estos diversos jestos son acompañados por un canto en estremo monótono. Cierta noche Lutke fué á pasearse por la orilla del mar á la luz de la luna. Desde luego se vió rodeado por unas doce mozuelas que con el ausilio de la coquetería hubieran podido rivalizar con las mas diestras cortesanas de Paris y de Lóndres, pero que las hubieran abochornado por la reserva y la decencia de sus modales. Joviales y retozonas, se sonreían, chanceábanse é improvisaron cantos en que se hallaba mezclado el nombre del capitan. Poco despues se mezcló en esos juegos una multitud de chicos, mientras que los isleños, sentados todavía á los umbrales de sus casas, ofrecian de cuando en cuando á los oficiales rusos algunos cocos y bananos, invitándoles á descansar en su compañía. De repente sobrevino un profundo silencio que sucedió á las canciones y á las carcajadas, y cayeron sentados en tierra, cual si hubiesen sido tocados por una varilla májica. Solo Lutke quedó en pie sin que acertase á comprender el significado de semejante ocurrencia, cuando percibió á la puerta de su alojamiento al uros Seghira que venia á verle. Durante su conversacion, toda aquella multitud, poco antes llena de bullicio y de chacota, quedó muda é inmóvil, lo cual puede dar una idea ecsacta del respeto que los individuos de todas las clases y condiciones profesan á sus caudillos.

Para regresar á bordo á través del interior de la isla, contaba Lutke en las piraguas y provisiones que le habian prometido sus amigos Sipe y Nena; pero ambos le faltaron á la palabra sin que pudiese venir en conocimiento del motivo. En consecuencia dió la vuelta á la isla siguiendo la costa, de la propia suerte que habia venido, con la sola diferencia que aprovechó un canal que le condujo á la bahía de Leilei casi hasta la punta septentrional, y que culebrea bajo deliciosos toldos de mangles y de *sonneratias*. Los uros de las aldeas situadas en la carrera salieron al encuentro de los viajeros, segun costumbre, ofreciéndoles presentes de cocos y frutos de pan. El uros de Petak, llamado Ka-ki, como el de Lual, les acompañó hasta á bordo. A vista de las maravillas que contenia la corbeta, quedó estasiado, y al recobrar sus sentidos echó á declamar largo tiempo contra la miseria de los palacios de todos los uros, desde el de Togoja hasta el último.

De regreso á bordo, Lutke mandó á decir á Togoja que se hallaba dispuesto á entregarle su marrana si le remitia las provisiones acordadas; pero no dió respuesta alguna. Habiéndose hecho á la vela á 2 de enero, permaneció al pairo ante Leilei creyendo que los uros se decidirian al trueque concertado, pero todas sus esperanzas quedaron defraudadas. Colmados de presentes, sin duda no querian desprenderse de sus provisiones. El mismo Lutke pudo percibirles con su anteojo paseándose por la playa con calma y tranquilidad, y cuidándose bien poco del buque parado y de las personas que lo montaban. Entonces Lutke, á la mañana del 3 de enero, resolvió despachar un bote para presentar su marrana al bueno de Kaki, jefe de la aldea de Lual, cuya benevolencia y jenerosidad no se habian desmentido un solo instante. Al momento Kaki con su familia y todos los habitantes acudió en presencia de los estranjeros á quienes creía no ver jamas; aceptó á *cocho* con el mas íntimo reconocimiento, prometió criarlo con todo esmero y pidió noticias sobre el modo con que podria alimentarlo. Tampoco permitió que los Rusos se fuesen antes de entregarles tantas



2. Habitans de Ualan.

2 Habitantes de Ualan



3. Course dans l'intérieur des bois à Ualan.

3 Correria en el interior de los selvas en Ualan

bananas y cocos como pudo cojer aceleradamente. En el momento de la última despedida, todos los isleños preguntaron á los Europeos si iban á buscar á sus mujeres y si volverian dentro de dos dias.

Lutke abandonó Ualan, satisfecho del amable carácter y de las disposiciones sencillas y buenas de sus habitantes. Era aquella la segunda vez que pasaba muchos dias en medio de ellos un buque de guerra sin que tuviese que dispararse un fusilazo siquiera ni tuviese que verterse una sola gota de sangre. Circunstancia verdaderamente algo estraña en las islas de la Oceania que visitan por vez primera buques europeos! dijo el capitan Lutke. Sin embargo no puede decirse lo mismo de los habitantes de Vanikoro cuando el paso de los buques el *Research* y el *Astrolabio*, bien que aquellos feroces isleños en nada pueden compararse á los pacíficos habitantes de Ualan (Pl. LVII.— 2 y LVIII — 2).

Las producciones de la isla son casi las mismas que las de las otras islas elevadas de la Oceania, sin otra diferencia que en ella no se echa de ver ningun perro ni cerdo. En los alrededores de las aldeas se encúentran algunas gallinas que parecen vivir en un estado de domesticidad. No se ha observado que los naturales echasen mano de ellas para su consumo; al paso que en el reino animal las producciones marítimas son las únicas de que los naturales pueden sacar partido.

Merced á las narraciones precedentes, ha podido formarse una idea algo ecsacta de los usos y costumbres de los naturales. Solo deben añadirse, en clase de complemento, los hechos recojidos por Lutke relativamente á los ritos relijiosos de los Ualaneses, cuyas observaciones habian escapado á la perspicacia de los Franceses de *la Coquilla*, y aun á M. d'Urville, que se ocupara de ellas infructuosamente. La narracion del navegante ruso consiste en los siguientes términos:

« Este sujeto, mas que ningun otro, nos hizo sentir sobremanera la ignorancia en que estábamos de la lengua de los Ualaneses. Apesar de todas sus esplicaciones, solo pudímos adquirir algunas noticias sumamente obscuras en lo tocante á su relijion. Su divinidad se llama *Sitet-Nazuenziap*. Esta divinidad era un individuo de la tribu de *Penmai* (ó mas bien esta tribu desciende de él) que tenia dos mujeres, *Kajoua-sin-Liaga* y *Kajoua-sin-Nionfou*, y cuatro hijos: *Rin*, *Aourieri*, *Naïtouolen* y *Scouapin*. Parece que consideran á Sitet-Nazuenziap como el fundador de su raza, ó como su divinidad.

« Sitet-Nazueuziap, no tiene templos, ni morais, ni idolos. En cada casa hay un rincon ó sitio particular en que se vé una varilla de cuatro á cinco pies de largo, puntiaguda en la estremidad y acanalada por la otra, que representa sus penates comunes. Este fetiche se contenta con la ofrenda mas mediana, ramos y hojas de la planta de seka. La trompa marina está dispuesta á su lado cual si fuera su propiedad, lo cual induce á suponer que esta divinidad era un guerrero, atendido que el sonido de aquel cuerno es la señal de guerra en todas las islas del mar del Sur. A su muerte el templo de Jano fué cerrado para siempre, y este instrumento solo sirve actualmente en las ceremonias relativas á la relijion, ceremonias que describirémos despues. A través del arroyo á cuyas márjenes está situada la aldea de Lual se halla un hilo tendido y atado en un árbol por cada estremidad, y guarnecido de florecitas encarnadas. Era esto uno de los inocentes homenajes tributados á Sitet-Nazuenziap.

La bebida del seka indudablemente forma parte de sus ritos relijiosos, puesto que profesan una veneracion tan profunda á la planta misma, que no les gustaba mucho que la tocasen al encontrarla en las plantaciones. Es como una oblacion en honor de Nazuenziap, y la plegaria siguiente que recitan en esta ocasion, y siempre con respeto, constituye á buen seguro la forma de la ofrenda. Esta plegaria está concebida en estos términos:

Tala elene seka mai... Sitet-Nazuenziap (Penmai).
Rin seka. }
Naïtouolen seka. } (*Penmai*).
Scouapin seka. }
Chiechou seka (*Ton*).
Mananzima seka (*Lissingai*).
Kajoua-sin-Liaga seka }
Kajoua-sin-Nioufou seka } (*Penmai*).
Olpat seka (*Lissingai*).
Togoja seka (*Ton*).

« Toda esta plegaria, á escepcion de las tres primeras palabras, cuyo verdadero sentido ignoro, se compone de nombres propios con la adicion de la planta seka. Entre estos nombres se encuentran los de las mujeres y de los hijos de Sitet-Nazuenziap, y en seguida el de uros actual, Togoja. Cada uno de estos personajes es considerado come perteneciente á una de las tribus en que está dividida la nacion, segun está marcado en los paréntesis correspondientes á sus nombres.

« La ceremonia de que hemos hecho mencion, tuvo lugar en el comedor de Sipe, y consistia en lo siguiente: el hombre que desempeña la parte principal estaba sentado con las piernas encojidas sobre la cubeta en que traen agua cuando beben el seka. Llevaba en el cuello un collar de ramos de tiernos cocos, y empuñaba una varilla representando á Sitet-Nazuenziap que apre-

taba continuamente contra su rodilla. Sus ojos eran turbios; á cada momento volvia la cabeza, ora silvaba de un modo el mas estraño, ora tenia hipo, algunas veces castañeteaba como acostumbran hacer cuando beben el seka. Proferia voces cortadas é inarticuladas, entre las cuales se oía: *uros litake* (así es como me llamaban jeneralmente). Todos sus movimientos parecian ser el remedo de un hombre embriagado de seka, y creí por algun tiempo que efectivamente se hallaba en este estado. Entretanto se calentaban las piedras en el hogar, y se aprestaba todo lo necesario para la coccion de los frutos de pan, pero con la calma y el silencio convenientes en las ocasiones solemnes. Cuando todas aquellas monadas hubieron durado bastante, Sipe tomó la trompa y la presentó respetuosamente al oficiando, que, despues de haber sonado un poco se la devolvió; lavóse poco despues y se fugó de la casa por la puerta lateral aplicando de paso el pie en el hogar candente. Nos dijeron que habia ido á casa de Togoja para repetir la misma comedia. Corrió por la calle ajitando la varilla del propio modo que se lleva un fusil, entró por la puerta lateral inclinado y como á hurtadillas; y despues de haber depositado la varilla en su lugar, vino á sentarse entre nosotros en sana salud y como si nada hubiese acontecido.

«No obstante las largas esplicaciones de Sipe y demas, no acertámos á comprender lo que significaba precisamente aquella ceremonia. Quizás se ha establecido la representacion de un hombre embriagado por el seka con el objeto moral de inducir á aquel pueblo á abstenerse de semejante bebida, cuya opinion es tanto mas verosímil, cuanto que durante todo el tiempo de nuestra mansion no vímos un solo hombre emborrachado de seka. Este sacerdote, de la tribu de Lissingai y uno de nuestros asiduos visitadores, refirióme que era *Seyalik* de Sitet-Nazuenziap, mezclando en ello la relacion de unas piraguas procedentes de remotos mares; pero esta relacion, ni mas ni menos que muchas otras, fué del todo perdida para mí.

«Parece ademas que tienen algunas ideas obscuras sobre el estado del hombre despues de la muerte. Revisten sus cadáveres con sus mejores vestidos, envuelven el cuerpo de tejidos, aplican las manos plegadas sobre el empeine, y los entierran. En la aldea de Ouegal ví una tumba reciente al lado de la casa de un pariente del difunto, indicada por dos bananos enteros depositados á lo largo. Hablándoles á este objeto, mostraban el cielo.»

Hemos visto ya que M. d'Urville divide la poblacion de Ualan en cuatro clases, entre las cuales establece varios grados de jerarquía bien marcados, á saber: los *ton*, *penmai*, *lissingai* y *neas*. A juicio de este navegante, *uros* significa jefe en jeneral, y se hallaba para cada una de estas divisiones.

M. Lesson admite cinco clases que denomina *urosse*, *pennemé*, *lissique*, *siné* ó *singué*, en fin los *neas-metkao* y *memata*, de las que juzga podrian hacerse tres divisiones. Por lo demas reconoce asimismo diferentes grados de precedencia y de consideracion para esas clases que ascienden de los uros hasta los reas.

M. Duperrey admite siete clases, y sin embargo solo nombra seis, á saber: *tone*, *penmei*, *lessiqué*, *neas*, *metkos* y *memata*.

Finalmente Lutke, que debe haber estudiado con mas ecsactitud esta nacion, no reconoce mas que tres divisiones que llama tribus, y entre las cuales no señala supremacía positiva. Su contesto es el siguiente:

«La nacion se considera como dividida en tres tribus, las de *pennemé*, de *ton* y de *litchengué*. A la primera pertenecen una parte de los caudillos principales, Sipe, Seghira, Alik-Nena, Kanka, Simourka, Seek, Seza y Nena. Togoja y Seoa pertenecen á la segunda. Sitet-Nazuenziap, que invocan en sus oraciones, pertenece á la tribu de pennemé. Los urosses de la segunda clase y los individuos del pueblo son de la misma tribu que el urosse principal de que dependen, cuya circunstancia recuerda el gobierno patriarcal que se encuentra entre muchas tribus vagantes. En la tribu de litchengué solo encontrámos urosses de la segunda clase é individuos del comun, pero ninguno de los principales caudillos.»

Esta diversidad de opiniones manifiesta la reserva con que deben acojerse los indicios suministrados por unos viajeros que solo pueden tener noticias harto vagas sobre el lenguaje de los pueblos que visitan, y que por consiguiente están espuestos á cometer muchos errores sobre las esplicaciones que pueden procurarse de parte de los naturales.

CAPITULO XXIV.

ISLAS CAROLINAS. — ISLAS MAC-ASKILL, DUPERREY, HOGOLEU Y TAMATAM.

Partido de Ualan á 19 de mayo, el *Oceánico* percibió, el 21 por la mañana, despuntando en el horizonte, los grupos de árboles que señalan los dos islotes del grupo Mac-Askill. Cuando se halló á poca distancia de la costa, vió navegar hácia sí una multitud de piraguas cuya maniobra anunciaba otros navegantes que los isleños de Ualan, que ignoran completamente el uso de las velas. Desde luego se nos acercaron siete ú ocho de aquellas piraguas, y empezaron por arrojar una lluvia de objetos que caian á la cubierta, y que á veces nos alcanzaban. No sabíamos que pensar de semejante preludio,

cuando reconocímos que aquellos proyectiles eran frutos de pan, de pandanus, y aun algunos cocos. No obstante ser tan brusco y singular, aquel acto de liberalismo prevenia en favor de nuestros visitadores, que en efecto asomaron en breve sobre los filaretes sus cabezas joviales y confiadas. En retribucion de sus artículos les dímos algunas bagatelas que les colmaron de alegría, y continuámos nuestro derrotero. Estos isleños se asemejaban en muchos puntos á los de Ualan, y en jeneral eran mas rechonchos y robustos: algunos ofrecian una gordura muy rara entre los Carolinos. Distinguiéronse aquellos salvajes por su lealtad en las permutas, sin que cometiesen la menor tentativa de hurto.

El pequeño grupo de Mac-Askill fué descubierto en 1809 por el capitan de este nombre, visitado en 1824 por Duperrey y en 1828 por Lutke. El grupo tiene seis millas de circumferencia y se compone de tres islotes bajos y selvosos: Pelelap, Tougoulou y Takaï; el primero que es el mas considerable, tiene una milla y media de lonjitud sobre doscientas toesas á lo sumo de anchura. Las islas del N. están situadas á los 6° 14' lat. N. y á los 158° 28' lonj. E.

Al dia siguiente costeámos igualmente la parte meridional del pequeño grupo que descubrió Duperrey en 1824 y al que aplicó su nombre. Este grupo consiste en el agregado de tres islotes bajos y arbolados, denominados Mongoul, Ongai y Aoura, el mas considerable de los cuales tiene tan solo una milla de largo sobre doscientas cincuenta toesas á lo mas de ancho; tiene seis millas de circuito, y su parte N. O. está situada á los 6° 39' lat. N. y á los 157° 30' lonj. E.

Los naturales de este pequeño grupo vinieron tambien á visitarnos en sus piraguas, de una construccion grosera y de una marcha mediana. Repetidas veces nos pidieron hierro que apellidaban *lulu*; pero en cambio solo podian ofrecer algunos cocos corrompidos. Las únicas observaciones que hicímos en aquella rápida entrevista, es que sus caudillos se llaman *Tamon*. Igualmente les oímos articular varias veces la palabra *Radak*, lo cual induce á suponer que mantienen relaciones con esta isla, no obstante distar mas de ciento cincuenta leguas.

Al abandonar este grupo, el *Oceánico* navegó en direccion al E. S. E., y á 24 de mayo se avistó por la parte del N. y durante dos ó tres horas una masa confusa que muchos de nosotros tomámos por una elevada isla. Sin embargo Pendleton no sabia como llamarla, pues en ninguno de sus mapas estaba designada una tierra en aquel punto, y una densa niebla impedia distinguir con claridad si era una ilusion de nublos. En virtud de esas razones hubiera velejado hácia ella para cerciorarse de la realidad, á no temer prolongar demasiado una navegacion estéril á través del archipiélago de las Carolinas. El *Oceánico* continuó pues singlando hácia Gouaham, donde supo que el capitan Lutke habia descubierto por aquellas aguas una isla denominada *Pounipet*. No era sensible haberla dejado sin reconocimiento, por cuanto estaba ocupada por una raza negra, de un carácter feroz, que solo habia mostrado al capitan ruso disposiciones hostiles.

Durante ocho dias navegámos sin avistar tierra alguna. Hasta el 1 de junio no se pudieron observar algunas barras de perroquete, y á mayor distancia varias copas de árboles que argüían islas bajas y selvosas. Juzgámos que era el pequeño grupo descubierto en 1824 por M. Duperrey, y al que aplicó la denominacion de *d'Urville*. En el mapa de Lutke figura bajo el nombre de *Louasape*, que sin duda le fué indicado por los habitantes de las vecinas islas, por cuanto no lo tocó. Esos islotes están situados á los 7° 5' lat. N. y á los 150° 10' lonj. E.

Singlando desde allí en direccion al E., el *Oceánico* se encaminó á la parte S. del considerable grupo de Hogoleu, uno de los mayores de las Carolinas, así por el número de sus islas como por la elevacion de muchas de ellas. Solo entablámos de paso algunas comunicaciones sumamente rápidas con los habitantes de algunas de las isletas mas meridionales. Aquellas jentes nos parecieron retozonas, de un carácter benévolo y festivo, y su conducta indicaba que tenian frecuentes relaciones con los Europeos. Muchos llevaban una especie de sombreros puntiagudos como los Chinos; otros iban vestidos de esteras que afectaban la forma del *poncho* americano. Trocámos con ellos algunas bagatelas por varios frutos, pescado y objetos de su industria. Varias veces nos instaron paraque desembarcásemos en sus islas; pero cabalmente acababan de declararse á bordo algunas enfermedades, y á Pendleton le convenia alcanzar alguna estacion donde pudiese procurarse los remedios convenientes: así que, lejos de ponerse al pairo continuó navegando hacia las Marianas.

El grupo de Hogoleu fué conocido sin duda de los antiguos navegantes, puesto que figura en los mas viejos mapas, aunque de un modo muy incorrecto. Sin embargo el capitan español Dublon fué el primero que en 1814 lo señaló de un modo positivo, bien que solo menciona una isla elevada. John Hall lo reconoció mas correctamente á 2 de abril de 1824; dos meses y medio despues M. Duperrey trazó la jeografía de una buena parte del grupo, y comunicó muchas véces con los naturales, á cuya empresa dió cima M. d'Urville en abril de 1828. Lutke reconoció Hogoleu en febrero del propio año;

y el Americano Morrell, en agosto de 1830, fondeó en este grupo que apellidó *Islas de Bergh*. Este grupo tiene cien millas de circumferencia, y contiene unas sesenta islas ó islotes, de las cuales solo hay diez algo elevadas, pues todas las demas son bajas, selvosas é insignificantes. Entre las primeras las mas considerables, Tol, Falanje, Iros, tienen ocho ó diez millas de circuito, al paso que de las segundas, las islas Jacquinot, Bois-Duval, Bory y Pis, que son las mas considerables de todas, apenas tienen tres ó cuatro millas de circuito. Este grupo está situado entre los 6° 58' y los 7° 43' lat. N. y entre los 149° 9' y los 149° 32' lonj. E.

Por lo que hace á la etnolojía, continuamos la relacion de M. d'Urville en su diario inédito de la *Coquilla*:

« Si bien á primera vista este grupo parece muy considerable, en realidad es muy poca cosa y debe de ser medianamente poblado. Nosotros nunca vímos de doce ó quince piraguas juntas, no obstante que durante los dos primeros dias nos pusímos muchas veces al pairo para comunicar con los naturales. Esos isleños no tienen nada de particular; su estatura es mediana, y muchos son diformes y acometidos de males asquerosos. Su intelijencia parece sumamente corta, y en cuanto á mí juzgo esta raza inferior á la de Ualan. En lo tocante al buen tono y á la dignidad, los *Tamols* de Hogoleu no pueden compararse á los uros ni á los ton de Ualan, bien que tengan las mismas disposiciones al robo. Todo induce á creer que han contraído relaciones frecuentes con los Europeos, por cuanto nada absolutamente parecia escitar mucho su curiosidad ni su admiracion. Sus meros y sus ponchos son fabricados con un tejido consistente y bien trabajado. Sus taros son bien hechos, pero su maniobra está muy lejos de ser ventajosa por la sencillez y la celeridad de su marcha. Nunca vímos en sus manos armas ni hachas de piedra: únicamente eché de ver dos hondas de borra de coco, que he logrado adquirir. Creímos reconocer que la autoridad de los jefes sobre sus inferiores era bastante estensa, supuesto que nunca se olvidaban estos de depositar á las plantas de los primeros cuanto acababan de procurarse en virtud de los presentes ó por efecto de los trueques. Algunos son pintorreados, mas otros no. Permanecen del todo indiferentes con respecto á los clavos y aun á los cuchillos, y solo parecen codiciar hachas que denominaban *saran*. Tampoco se cuidaban de espejos, y solo daban algunas bagatelas en retribucion de anzuelos. Llevaban pendientes de las orejas cilindros de madera bastante voluminosos; en el cuello collares de diversos tamaños hechos con pequeños discos de nueces de coco y de mariscos entremezclados. Sus telas eran teñidas de encarnado, de negro y á veces de blanco. Solo pudímos obtener un corto número de voces de su lengua, que considero sumamente dudosas en lo tocante á su verdadera significacion. »

Cuanto difiere este sencillo relato del cuadro brillante que acaba de trazarnos el Americano Morrell, siempre tan sospechoso de ecsajeracion! He aquí lo que dice de Hogoleu y de sus moradores:

« De todos los isleños que he visitado en mi vida, estos son ciertamente los mas activos, los mas amables y los mas interesantes. La destreza con que manejan sus piraguas es en realidad sorprendente, bien que en nada cede á la habilidad con que proceden en su construccion y aparejos.

« Estas piraguas sirven principalmente para la pesca. Vamos á mencionar los utensilios necesarios á este objeto; sus redes y sus buitrones son de hilo retorcido que fabrican con una corteza de árbol. Sus mallas tienen sobre una pulgada cuadrada, y la lonjitud del buitron varía de quince á diez y ocho pies. En lugar de flotadores alcornoqueños, emplean nuditos de mambú, y para hacer hundir la red echan mano de piedrecitas pesadas y lisas en vez de plomo. Sus anzuelos y sus sedales son trabajados injeniosamente: los primeros son de madreperla y de concha de tortuga. La madreperla es muy propia para este objeto, atendido que los anzuelos de esta especie no tienen necesidad de cebo, porque su brillo atrae y seduce al pez que lo engulle al momento. Sus sedales son de la misma materia que sus redes, bien torcidos y de gran fuerza. Como esas jentes pasan una parte considerable de su vida en la pesca, tienen por nada ir á cuarenta ó cincuenta millas de distancia en busca de su presa, y regresar por la tarde del mismo dia.

« Una faja de cuarenta isletas circundan otras muchas mas considerables, entre las cuales hay cuatro que tienen unas treinta millas de circumferencia. Los islotes del interior son las únicas habitadas y contienen una poblacion de treinta y cinco mil almas dividida en dos razas distintas. Las dos islas principales del O. con algunas otras pequeñas, son pobladas por la raza indiana de color bronceado, al paso que las dos islas orientales con sus pertenencias contienen una raza mucho mas vecina á la de los negros. Frecuentemente se hacen la guerra, como supe de ambos partidos, aunque se hallaban á la sazon sumidos en una profunda paz. Los negros son los mas numerosos; ascienden á unos veinte mil, al paso que el número de los Indianos apenas llega á quince mil. Vamos á trazar por via de ensayo una sucinta reseña de cada una de las dos tribus, empezando por la raza ne-

gra que ocupa las dos islas del E.

« Por lo que hace á la estructura, los hombres tienen unos cinco pies y otras tantas pulgadas de elevacion; sus miembros son proporcionados, activos y musculosos; su pecho es anchuroso y prominente, sus manos y pies pequeños, sus cabellos lanosos y rizados sin que por esto se asemejen en nada á los de los Africanos. Su frente es alta y recta; sus juanetes salientes y sus labios bastante delgados. Sus dientes son hermosos y blancos, su barba ancha, su cuello corto y grueso, sus hombros anchos; sus orejas pequeñas y algo mas abiertas que las nuestras. Sus ojos son negros, vivaces y brillantes, con cejas largas y realzadas. La espresion habitual de su fisonomía arguye un carácter altivo y emprendedor.

En la cintura traen una esterilla fabricada de corteza de árbol, tejida con elegancia y adornada con gusto de cierto número de figuras de colores. Asimismo traen en la cabeza tejidos de la misma naturaleza, ornados de diversas especies de plumas: semejante tocado se asemeja á un turbante rebajado y superado de una franja rica y elegante. Los caudillos tienen hendido el lóbulo inferior de las orejas, de suerte que presenta una abertura suficiente para introducir pedazos de una madera sumamente lijera que muchas veces son tan gruesas como el puño. Este ornato es enriquecido en jeneral con una variedad de hermosísimas plumas, de dientes de tiburon, etc. Igualmente traen en el cuello collares de concha de tortuga, de madreperla y mazorcas de plumas. Su cuerpo está cubierto de pinturas, y esta operacion es ejecutada comunmente de un modo sumamente agradable á la vista, presentando el aspecto de una armadura. Tíñense el pelo de encarnado, la cara de amarillo y blanco, escepto cuando van á la guerra, porque en este caso se pintan el rostro de encarnado para comunicarse un aspecto mas feroz.

« Las mujeres son pequeñas, dotadas de facciones bonitas y de unos ojos negros y vivaces que respiran la ternura y el placer. Sus pechos son redondos, su estatura langaruta, sus manos y pies pequeños, sus piernas rectas y el tobillo poco saliente. Reservando á un lado nuestras preocupaciones relativamente á cierta complexion, los atractivos personales de esas mujeres son de un órden superior. Sin embargo, no dejan de echar mano de los recursos del tocador estranjero, decorándose con las plumas y mariscos mas ricos que pueden obtener del afecto de sus padres y hermanos, ó de los galanteos de sus amantes y de sus maridos. Al rededor de la cabeza y del cuello traen diversas especies de ornamentos hechos con despojos de aves y peces; y sus brazos y piernas son decorados en los mismos términos, aunque su garganta es pintada lijeramente, bien que con gusto. Igualmente traen un pequeño delantal de ocho pulgadas de ancho y doce de largo, ribeteado con mucho injenio y enriquecido en el centro de un ornamento de obras conchiles. Encima del todo traen un manto ó túnica, fabricado con una bellísima yerba sedosa, tejida con mucho gusto y habilidad, y bordado á veces de una elegante franja. Este vestido tiene unos ocho pies sobre seis de ancho, con un agujero en el centro, del grandor suficiente para pasar la cabeza; parécese mucho al poncho de los Americanos del Sur.

« Los deberes y las ocupaciones de las mujeres consisten en la fabricacion de toda clase de telas, de redes de pescar y de sedales, en los cuidados de la cocina y en la educacion de los hijos, cuya última tarea la desempeñan con una atencion y ternura sin ejemplar. Pórtanse con mucha dulzura hácia sus maridos, quienes las tratan en despique con una delicadeza capaz de sonrojar á no pocos cristianos. En una palabra, parecen dignos de corresponder á los esfuerzos de los misioneros que aplican mas ferviente zelo á la práctica de la relijion que á sus dogmas.

« Las dos islas del O., como llevo dicho, son pobladas por unos 15.000 Indios de color de bronce, algo inferiores, con respecto á la estatura, á los negros que acabo de describir. Los hombres en jeneral solo tienen cinco pies y tres pulgadas; pero son mas robustos, mas vigorosos, mas atléticos, mas aptos para la guerra y la fatiga que los pueblos de color mas cargado. Su actividad y su fuerza son grandes. Entre ellos he visto muchos que no pesaban mas de ciento cincuenta libras cada uno, y que levantaban nuestra serviola de seiscientas libras de peso con la misma facilidad que si alzasen un peso de cien libras. Apesar de todo esto, viven únicamente de frutas y peces sin corroborantes de ninguna naturaleza. Su cuerpo es recto y redondo, su pecho prominente, sus miembros nerviosos, y sus manos y pies conformados.

« Su tinte es de un cobrizo bajo y apagado; sus cabellos, largos y negros, son jeneralmente reunidos en la coronilla de la cabeza. Su frente es ancha y saliente, emblema ordinario de la capacidad intelectual. En la parte inferior de la frente, en especial entre las mujeres, corre un par de cejas sedosas, negras como el azabache y sumamente arqueadas. No parece sino que es un ropaje sedoso, á través del cual se refleja su alma en el cristal de dos ojos negros y brillantes. Sus rostros son redondos, llenos y regordetes, y sus carrillos menos prominentes que entre las demas naciones salvajes. Su nariz es hermosa, elevada medianamente, su boca

bien proporcionada, y su doble carrera de dientes mas blancos que el mas precioso marfil. Las mejillas con hoyuelos y las papadas son comunes entre los mozos de ambos secsos. Los hombres tienen el cuello corto y grueso, jeneralmente cubierto por delante de una larga barba negra que dejan crecer muy poco. Sin embargo no faltan algunos de los caudillos principales que traen largos bigotes. Tienen orejas grandes, cuya parte inferior es agujereada con una abertura suficiente para recibir un ornamento del grueso de un huevo de oca. Este ornamento es decorado muchas veces con los dientes de diversas especies de peces, de mariscos, de picos y plumas de aves y de flores. Igualmente traen collares de la misma naturaleza, pero solo se pintorrean desde el cuello hasta la concavidad del pecho. Muchas veces los jefes se hacen en el pecho un pintarroteo no interrumpido que representa una multitud de figuras fantásticas, ejecutadas con mucho gusto y delicadeza. La vestimenta de ambos secsos es semejante á la de sus vecinos del E., de quienes no se distinguen por ninguna circunstancia importante. Traen brazaletes de conchas de tortuga en los brazos, y de madreperla en las piernas y en el tobillo. Por lo que hace al aseo y á la limpieza personal, estos isleños pueden muy bien competir con cualquier otro pueblo del globo terraqueo: naturalmente son joviales, caprichudos, amables, vivarachos y activos, estraordinariamente apacibles y aficionados á sus mujeres é hijos, y llenos de deferencia y respeto á la caduca senectud.

« Sus mujeres son comunmente de la misma talle que las nuestras; sus formas son delicadas, su talle esvelta, y su busto muy bien formado. Sus pies y manos son como los de nuestros niños á la edad de doce años, y no pocas veces he abrazado entre mis manos la cintura de mozas de diez y ocho á veinte años. A la luna ciento quincuajésima prima son ya núbiles, es decir, á los doce años con corta diferencia. Su cabeza es pequeña, su frente alta, sus ojos grandes y negros, sus mejillas llenas y gordinflones, su nariz bien formada, su boca pequeña, y, lo que nunca se echa menos en aquella parte del mundo, su dentadura tan suntuosa, que añade mil atractivos á cada una de sus sonrisas encantadoras. Sus orejas son pequeñas, y su cuello formado con mucha delicadeza. Sus largas y negras cabelleras son reunidas en el sincipucio ó flotan por sus espaldas. Estas mujeres son modestas y dotadas de una sensibilidad esquisita: á veces se manifiesta su rubor á través de su subido tinte. Su talante arguye satisfaccion y vivacidad, y sus movimientos son lijeros, ondulatorios, elásticos y comparables á los de las sílfides. Por fin, las Virjinianas *Pocahontas* jamas podrian rivalizar con las agraciadas mujeres del grupo de Bergh ni en cuanto á los atractivos físicos, ni en lo tocante á las cualidades morales.

« La castidad y la fidelidad conyugal parecen sentimientos innatos en esos pueblos, y solo con mucho trabajo se concibe la posibilidad de olvidar semejantes deberes: por cuyo motivo los vínculos de Himeneo son casi siempre felices y afortunados. Una mujer casi siempre habla á su marido con la sonrisa propia del contento, y en todas sus relaciones con ellos nunca he visto hombre alguno tratar con dureza ó insolencia á una mujer. Los efectos sociales son asimismo muy fuertes, y entre ellos el amor del mas remoto parentesco parece mas sagrado y venerando que las relaciones mas íntimas entre Americanos civilizados. Son amigos fieles, vecinos de conducta irreprensible, y muestran una ciega obediencia á las leyes y costumbres á cuyo imperio están sujetos. Apenas se conocen entre ellos los actos de injusticia y opresion; por el contrario, la filantropía, la caridad y la benevolencia son sus virtudes mas comunes. Las contiendas particulares son rarísimas, y aun en los pocos casos de esta naturaleza su conducta es basada siempre sobre las reglas del honor y de la lealtad. Defienden con valor á un amigo, mas no conservan ningun resentimiento ni rencor por cualquiera injuria personal. Un hombre nunca atacará á su vecino, sea cual fuere la ofensa recibida, sino está convencido de que bajo el punto de vista de la fuerza física su enemigo no le es inferior, pues tienen á mucho horror abusar de su debilidad. Por lo que hace á la industria, el buen humor, la actividad y la constancia, estos naturales no admiten comparacion alguna con los de las demas islas del Océano Pacífico que he tenido ocasion de visitar. Los hombres, las mujeres, los niños, todos están en continuo movimiento desde el salir hasta el poner del sol, ocupados en la pesca ó en la fabricacion de armas, de utensilios de pesca, de telas, y en la construccion de habitaciones y de piraguas. Todo cuanto hacen es ejecutado con sumo gusto y habilidad, apesar de no tener á su disposicion mas que instrumentos conchiles, de piedra ó de dientes de pescado. Sus leyes vijentes les prohiben espresamente acostarse despues de la puesta del sol, salvo los casos de enfermedad ó de achaque corporal. La dispepsia, las enfermedades de hígado y los innumerables males que atacan á las razas civilizadas, son de todo punto desconocidas entre los naturales de esas islas afortunadas.

« Al hablar de las virtudes y calidades de estos isleños, no pretendo asegurar que carezcan de ejemplares ó circunstancias aisladas en que las leyes hayan sido infrinjidas. Un estado perfecto de sociedad no ecsiste ni ecsistirá jamas en este globo tan rico en anomalías: la necesidad misma de las leyes indica lo contrario. Castigar á una

una mujer es considerado justamente por los habitantes del grupo de Bergh como una accion inhumana y bárbara, sea cual fuere su causa. Pero si una mujer se declara en rebeldía y desobediencia contra su marido, si los medios de suavidad y dulzura no son parte á convertirla, la trasladan á una isleta del grupo habitada por mujeres solas. El hombre que se tomase la libertad de protejer la evasion de una de aquellas desterradas seria al instante mismo condenado á muerte. No menos severos son los castigos en que incurre cualquier marido que maltrate á su mujer.

« En lo tocante á los ejercicios de fuerza y de ajilidad, algunos de aquellos naturales podrian muy bien abochornar á los Alcídes que se nos presentan en Europa como fenómenos. Con una rapidez la mas sorprendente hacen muchas piruetas por delante y por detrás, sin el ausilio de ningun calzado elástico, y asimismo son sumamente hábiles en saltar, correr y arrojar pesos enormes. Igualmente suben á la copa de un coco encumbrado, recto y liso como el palo de una embarcacion; con la misma facilidad de un ájil marinero suben por los flechastes de los obenques. Sobresalen en el ejercicio de la nadadura y parecen zambullirse en el agua como tiburones ó tortugas. Sumerjiéndose á una profundidad de quince toesas, consiguen sacar á veces una docena de ostras perleras.

« En pocas palabras puede resumirse cuanto atañe á sus ideas relijiosas. Creen que todos los seres han sido creados por un ente sabio y poderoso que todo lo dirije y gobierna, y cuya residencia es superior á las estrellas fijas; que este ente superior vela sobre todos sus hijos y sobre todas las criaturas con un cuidado y afecto paternales; que subviene á la subsistencia de los hombres, de las aves, de los peces y de los insectos, destinando el animal mas pequeño á servir de pasto al mas grande, y debiendo servir todos al sosten del jénero humano; que el creador riega esas islas con su propia mano, haciendo llover desde lo alto en tiempo oportuno; que ha plantado el coco, el árbol de pan y todos los demas árboles, ni mas ni menos que las plantas y los céspedes; que las buenas acciones le son agradables, pero que las malas le ofenden en alto grado; que serán felices ó miserables en la vida futura segun su conducta observada en este mundo; que los buenos vivirán en un grupo de islas deliciosas, mucho mas bellas y agradables que las suyas al paso que los malos serán separados de los buenos y trasladados á alguna isla peñascosa y volcanizada, carente de cocos, de árboles de pan, de agua fresca, de pescado y de toda clase de vejetacion. Por lo demas, esos naturales no tienen templos, ni iglesias ni formas esteriores de culto; pero dicen que profesan un profundo amor al ser supremo á causa de su bondad hácia ellos.

« Consideran el contrato conyugal como una obligacion sagrado, y debe celebrarse en presencia del rey ó de uno de los principales oficiales de S. M., debidamente autorizado y delegado á este objeto. Antes de formar un contrato semejante, no se impone á ningun secso la menor restriccion, de suerte que las mozas pueden conceder sus favores á quien mejor les parezca, sin incurrir en ningun reproche ni sentir ninguna especie de remordimiento; pero cuando casadas el menor tropiezo les acarrearia la infamia. Qualquiera mujer preñada, sea casada ó soltera, es considerada con honor y con respeto: justamente envanecida de su fecundidad, está muy lejos de tomar ninguna precaucion para encubrir su estado. El mozo que busca una esposa comunmente da la preferencia á la que ha dado ya una prueba tan auténtica de su disposicion á procrear.

« Sus ceremonias fúnebres están igualmente impregnadas de un carácter singular. A la muerte de un prócsimo pariente se abstienen de toda clase de alimentos por espacio de cuarenta y ocho horas, y durante un mes solo comen frutas privándose enteramente de pescado, que constituye la mayor golosina del país. Cuando sobreviene la pérdida de un padre ó de un esposo, se retiran ademas á una soledad en las montañas por espacio de tres meses. Sin embargo fuerza me es añadir otra circunstancia que para honor de la naturaleza humana quisiera pasar en silencio. La muerte del rey ó de un caudillo principal es celebrada siempre con sacrificios humanos! Elijen al objeto muchos hombres, mujeres y niños para servirle de comitiva honorífica en el mundo de los espíritus, y se jactan de esta distincion, porque son enterrados en el mismo sepulcro que él. En estas ocasiones, y durante los dos meses siguientes á los funerales de un caudillo, no es permitido á ninguna piragua estar á flote. Un corto número de misioneros hubieran disipado en breve tiempo esas tinieblas supersticiosas.

« Llevo ya dicho que la raza indiana que habita las dos islas del O. y la raza negra que ocupa las dos islas del E. están comunmente en guerra; pero todavía no he mencionado su modo de empezar y proseguir las hostilidades. Segun los datos que he podido reunir, la marcha ordinaria de sus operaciones es la siguiente.

« Si los isleños del O. han recibido ó creen haber recibido alguna injuria de sus vecinos del E., despachan un ajente debidamente autorizado para anunciar á los agresores que en el espacio de cinco dias contaderos desde la fecha (porque siempre proceden por dilaciones de cinco dias), á tal hora y en tal punto, cierto

número de guerreros desembarcarán de un número designado de piraguas en su territorio, armados y equipados en tales términos; en fin que se entablarán negociaciones en el tiempo y sitio indicados, relativamente á las esplicaciones que deban darse y á las reparaciones que puedan ecsijirse.

« En consecuencia tiene lugar el desembarque, la conferencia y la negociacion; si el objeto de la contienda se compone amistosamente, celébrase el concordato con un festin, y los dos partidos se dan por satisfechos; pero si no pueden convenirse, no les queda otro recurso que las armas. Un número igual de guerreros vienen á las manos con los querellantes, y el mas fuerte tiene razon. Por espacio de media hora combaten como tigres furiosos, esparcen la muerte y las heridas sin reserva y confusion; sepáranse en seguida cual si hubiesen tomado un acuerdo definitivo, y descansan el resto del dia. Los dos partidos se quedan en el campo de batalla, y se ocupan en enterrar los muertos y cicatrizar las heridas.

« Al siguiente dia, cuando las dos parcialidades declaran hallarse dispuestas á combatir, prosiguen la lid con nuevo entusiasmo, y la hacen durar doble tiempo que la víspera, á menos que uno de los dos partidos ceda el campo y dé al otro la victoria; pues de lo contrario, al cabo de una hora de obstinado combate se separan de nuevo, abandonan sus armas y se ayudan mutuamente á sepultar sus muertos y á curar sus heridos haciéndose del amigo. Al dia tercero se decide la suerte de la campaña: al rayar el alba dan nuevo principio al combate y lo continuan hasta que sucumba uno de los partidos. Si el que sucumbe es el agresor, abandona sus piraguas y sus armas á los vencedores; pero estos están obligados á dar un festin á los vencidos y acompañarles en seguridad á sus islas, donde se ratifica un tratado de paz por medio de un nuevo festin que dura dos dias. Entrambos pueblos traen luto durante quince dias en honor de sus camaradas muertos en el combate. Renuévanse las relaciones de amistad, y los isleños de ambas tribus van y vienen como de costumbre, los unos á casa de los otros.

« Por otra parte si los agresores salen con la victoria, los otros acceden á todas sus demandas y concluyen un tratado tan favorable como lo permiten las circunstancias, y ratificado por un festin que dura dos dias. Los prisioneros hechos en la accion pertenecen á los que les cojen si su partido alcanza la victoria, pues de otra suerte son restituidos á los vencedores. Sin embargo los individuos del partido que cede no son considerados jamas como prisioneros; antes les tratan con mucha consideracion y les acompañan á sus casas.

« Las armas que sirven en esos combates consisten en lanzas de una madera muy lijera, terminadas en puntas de sílex ó de espinas de pez, y en otras lanzas de madera muy pesada, de unos quince piesde lonjitud, y terminadas en punta acerada y endurecidas al fuego. Estos naturales arrojan sus lanzas á treinta ó cuarenta pértigas de distancia sin errar ningun blanco de la talla de un hombre. Las puntas de sus armas no son atosigadas, no sé si por un sentimiento de honor ó por falta de recursos. Sus macanas son fabricadas con una especie de madera muy semejante á nuestro *fusia;* su lonjitud es de cinco ó seis pies y su grueso en cada estremidad como el puño, bien que algo mas delgadas en el medio, bien trabajadas, pulidas con esmero y cinceladas á veces con elegancia. Estos salvajes las empuñan por el medio y se sirven de ellas como un Irlandés de su *shilabeh*. Yo mismo he visto á un hombre tener á rollo con esta arma á media docena de adversarios. Las hondas con que dan principio al combate son hechas con las hebras de una corteza de árbol, y tienen tres pies de lonjitud sobre dos de grueso. En el centro se encuentra un agujero para recibir la piedra, que ordinariamente es del tamaño de un huevo de oca, y que pueden arrojar á ciento ó ciento cincuenta pértigas con bastante precision.

« Las habitaciones de esos isleños son bien concebidas y construidas con injenio. Sus dimensiones varían de veinte á sesenta pies de lonjitud y de diez á treinta de anchura; no tienen mas que el piso bajo, con unos techos angulares retejados con hojas de coco ó de otra palmera que las constituyen completamente impermeables. Durante la estacion lluviosa, las partes laterales de la casa son guarnecidas de anchas esteras que se colocan á fines de noviembre y se quitan á principios de febrero para ajustarlas bajo el remate del techo, en un punto destinado á este objeto. Así es que durante unos diez meses el aire circula libremente por toda la casa, así de noche como de dia. Cuando en febrero se quitan las esteras á prueba de agua, las reemplazan en la buena estacion con esteras de mallas abiertas, semejantes al parecer al filarete de un navío. El piso es tapizado de groseras esterillas clavadas regularmente una vez cada semana en la playa del mar.

« Sus camas consisten en esteras flecsibles y muelles, pero muy bien trabajadas, y los mas mimados tienen muchas amontonadas unas sobre otras. A veces las madres tienen unas cunas de mimbre sostenidas del techo de la casa para servir de camilla á los niños. Asimismo tienen una especie de cama, ó mas bien litera, notable por el injenio de su invencion, destinada á los enfermos; consiste en una vasta y consistente estera, estendida sobre un bastidor de bambú

elevado diez y ocho pulgadas sobre el nivel del piso y ribeteado de briznas. Estas esteras tienen un agujero en el centro, á fin de que el enfermo pueda satisfacer todas sus necesidades corporales sin ser trasteado. En la parte del techo correspondiente á estas literas hay suspendidos grandes abanicos de hojas de palmera que el paciente puede con facilidad poner en movimiento con el ausilio de un bramante. Asimismo tienen esterillas muy bien trabajadas, que hacen veces de manteles y que se lavan siempre que deben servir: en una palabra, en lo tocante al aseo personal y doméstico, estos isleños pueden sostener ventajosamente la concurrencia con cuantos pueblos he visitado, y mi patrona me dijo con frecuencia que para su instruccion en la ciencia de la economía doméstica debe mucho á las lecciones que recibió en el grupo de Bergh.

« Las casas son dispuestas por grupos ó villorios alineados con regularidad y separadas por medio de calles de unas cincuenta toesas de ancho. Cada habitacion tiene un espacioso verjel circuído de una empalizada de bambú que permite la libre circulacion del aire. En el centro de cada villorio se halla la residencia de un caudillo que dirije todos los negocios en calidad de majistrado. Todas las disputas locales se someten á su juicio, pero se tiene el derecho de apelar de su sentencia á la del rey ó del jefe principal de la tribu.

« Estas islas son de una elevacion mediana: cada una es encumbrada en el centro, y el terreno va declinando por grados hasta rematar en deliciosos valles ó pingües praderías que se estienden por las playas: en todas partes se ven torrentes de agua límpida corriendo hácia el mar. Fácilmente se concibe que un grupo de islas situado cerca del ecuador, cubierto de un terreno profundo y poco compacto, y bajo la influencia del sol de los trópicos, debe de ofrecer una vejetacion rápida y perpetua. Con efecto, no pocas veces se observan en un mismo árbol y aun en una misma rama flores y frutos en sazon mezclados con otros frutos en todas las faces de su medro. Cada hoja que cae es reemplazada casi inmediatamente por una nueva hoja, al paso que los frutos llegados á su madurez ceden el puesto á nuevos jérmenes. La primavera, el estío y el otoño se disputan continuamente en aquellas islas el imperio de la naturaleza. En esta lucha apenas se echa de ver el invierno por un momento, retirándose con una sonrisa vivificadora, aun mas dulce que las de las otras estaciones.

« Si los habitantes de estas islas deliciosas tuviesen algunos conocimientos de agricultura y quisieran consagrar á ella una parte del talento y de la habilidad que despliegan en sus trabajos de menor importancia, estas comarcas podrian transformarse en breve tiempo en los jardines mas deliciosos del globo. Yo me atrevo á congratularme con la esperanza de haber podido contribuir á echar los cimientos de una revolucion tan apetecida. A este objeto les he suministrado todas las luces que me permitieron la brevedad de nuestra permanencia y el ausilio de algunos intérpretes cuyo idioma natural era tan semejante al suyo que podian confabular juntos sin la menor dificultad. Igualmente les procuré otras diversas especies de simientes, que prometieron plantar y cultivar segun mis instrucciones. Entre estas simientes se hallaban manzanas, peras, albérchigos, melones, ciruelas, patatas, berzas, calabazas, cebollas, remolachas, zanahorias, pastinacas, judías, guisantes, etc. Creo que el café, la pimienta, la caña dulce y diversos jéneros de especias surtirian muy buen efecto en estas islas con mucha facilidad y casi sin cultivo.

« La abundancia y la frondosidad de las selvas son una prueba bien patente de la riqueza del territorio de estas islas. Bien sé yo que los terrenos elevados producen madera de sándalo; mas no puedo asegurar en que cantidad. En todas partes se encuentra un gran número y una variedad de escelentes plantas, no solo en los valles y llanuras, sino tambien en las eminencias y casi en las mas encumbradas cimas. Muchas eran del todo estranjeras para mí, y creo que hay algunas poco conocidas de los naturalistas. A buen seguro que se encontrarian varias sumamente apreciadas por nuestros aficionados á objetos científicos. Los cocos y los árboles de pan se remontan á una altura enorme, y sus frutos son mucho mas abultados y sabrosos que cuantos llevo visitados en las demas islas de esos mares.

« Los naturales del grupo de Bergh son favorecidos de un agua muy pura, que desciende en límpidos torrentes de los manantiales de sus montañas; pero raras veces la beben sin que haya circulado por las venas invisibles del coco y sin que haya formado su reservatorio vejetal en el centro del delicioso fruto de este árbol. Purificada así en uno de los mas perfectos alambiques de la naturaleza, la consideran como la bebida mas pura y mas saludable del mundo.

« El clima de estas islas no es nunca sobrado cálido ni frio. Situadas en el sitio donde corre con mas fuerza el viento alisio del N. E., son refrescadas sin cesar por la brisa marina que mantiene la atmósfera en un estado de salubridad favorable á todos los seres de la naturaleza animada.

« Mis conocimientos son sumamentente limitados en lo tocante á los animales que se hallen en el grupo de Bergh, atendido que no he tenido ocasion de visitar su interior. Sé sin embargo que los bosques abundan en aves de diversas

especies; todas agradables á la vista y dotadas en su mayor parte de un canto melodioso. He visto igualmente mucho réptiles de la familia de los lagartos, pero ni una serpiente siquiera. Los insectos son numerosos y brillantes, mas no importunos. Nunca llegámos á percibir un mineral que merezca ser citado. En el interior del arrecife que circunda el grupo entero, las aguas abundan en todo jénero de pescado, que puede cojerse en abundancia, ya por medio del anzuelo, ya con el ausilio del buitron. En los arrecifes, en las hondonadas y en las playas se encuentran diferentes especies de mariscos, entre los cuales hay algunos que esceden á cuantos he encontrado en las demas partes del mundo. No sé un sitio donde el naturalista y el aficionado puedan procurarse una coleccion de mariscos raros, curiosos y apreciables, mas rica que en esas islas. Las ostras perleras son comunes, y las que obtuvímos de los naturales son de la misma especie que las de Soulou. La tortuga verde es asimismo comun; pero juzgo que la tortuga de cabeza puntiaguda es sumamente rara, por cuanto encontrámos muy pocas en el agua, y los naturales poseían muy pocas conchas,

« La *corza marina* (holoturia ó tripang de los Malayos) puede obtenerse en abundancia y de una calidad superior, con tal que pueda contarse con las disposiciones amigables de los naturales; pues de lo contrario el tiempo y el trabajo aplicados en semejante pesca serian del todo inútiles. Si las circunstancias fuesen favorables, podrian hacerse muchos cargamentos de este jénero, y su mayor parte se venderia á un precio muy subido si las muestras que observámos pudiesen servir de norma para juzgar de su calidad en jeneral. Algunas de las que encontrámos, tenian dos pies de lonjitud y diez y ocho pulgadas de circumferencia, y su carne pesaba, sin los intestinos, de siete á nueve libras, cuya dimension es ciertamente superior á la de todos los moluscos de esta especie que he visto en las islas Fidjï, en las Nuevas Hébridas, en la Nueva Zelandia, en la Nueva Bretaña, en la Nueva Guinea, y aun en las islas de la Matanza (1).»

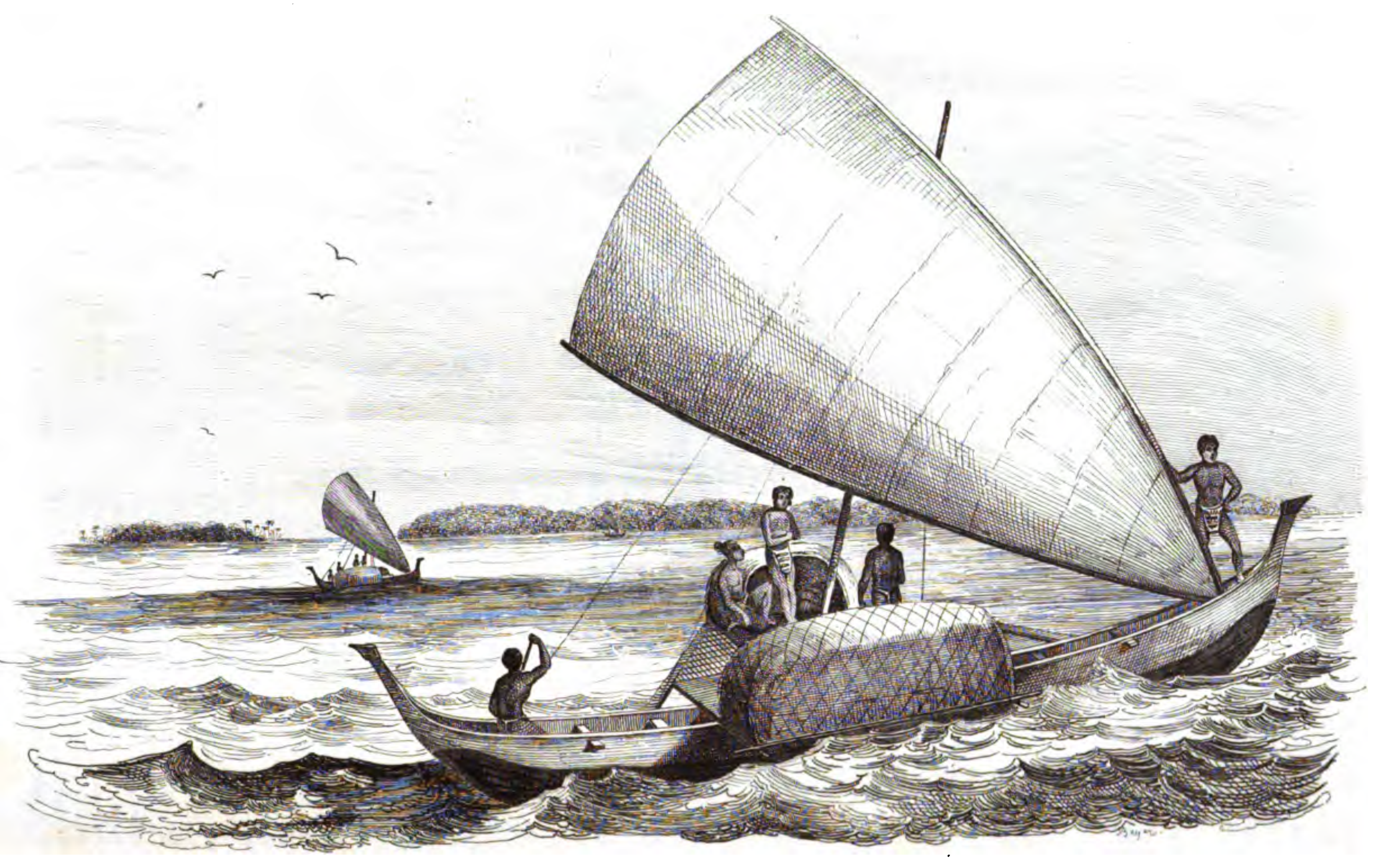
Tales son las narraciones de Morrell, narraciones en realidad impregnadas voluntariamente por el aventurero americano de cierto entusiasmo que huele á poesía. Sin embargo dejando á un lado sus ecsajeraciones, Morrell se ve forzado á añadir que no bien habian transcurrido tres dias desde que se hallaba en el fondeadero, cuando se acercaron á su nave los amables y sencillos isleños de Hogoleu con cuatrocientas piraguas de guerra, entre las cuales habia muchas provistas de abundantes provisiones de guerra. Apesar del buen concepto en que tenia el Americano á sus nuevos amigos, mandó sin titubear un zafarrancho jeneral y dispuso que se virase de ancla á fin de abandonar aquellas aguas. Por manera que aquellos recomenda-

(1) En la páj. 369 del tomo II de esta obra hicímos ya mencion del reciente viaje al rededor del mundo verificado por el contra-almirante Mr. Dumont d'Urville, en el espacio de 1.100 dias y á espensas del gobierno francés, con las corbetas del Estado *el Astrolabio* y *la Zelée*; viaje altamente importante á la jeografía, la historia natural y todas las demas ciencias físicas por los grandiosos y satisfactorios resultados que en él se han obtenido en órden á la esploracion de la Oceania y de todo el hemisferio Sur, por tanto tiempo olvidado, y aun en la actualidad tan poco conocido. Con efecto, son tan preciosos é interesantes bajo todos aspectos los documentos recojidos por los oficiales adictos á esa espedicion científica en todos sentidos, que no podemos menos de trazar á continuacion una sucinta reseña de los principales trabajos, debidos al jenio de MM. Beautems-Beaupré, de Blainville y Serres, á fin de que nuestros lectores se convenzan perfectamente de que esta peligrosísima empresa á que ha dado cima Mr. Dumont d'Urville, es sin disputa una de las mas útiles y fructuosas que ha acometido la Francia de un siglo á esta parte.

La hidrografía se ha enriquecido de setenta y tres mapas y cuarenta y dos planos de varios puertos y fondeaderos. La mayor parte de los mapas, trazados por el concurso de observaciones astronómicas hechas así en tierra como en mar, constituyen una coleccion que ha sido calificada por la Academia de ciencias, á quien ha encargado su ecsámen el Ministro de Marina, «como «un monumento científico que será consultado con fru«to durante muchos años por los navegantes de todas las «naciones.»

Las variadas colecciones de historia natural suministrarán á la ciencia, segun la espresion de Mr. de Blainville, una grandísima cantidad de especies raras y enteramente nuevas, cuyo número total asciende á unas 2.200, á saber: 700 aves, 170 réptiles, 400 peces, 1.300 insectos y 567 crustaceos. Por lo que hace á los cuadrúpedos, solo se cuentan unas cuarenta especies; pero es de notar que en un viaje como el del *Astrolabio* y *la Zelée*, que no permite alejarse demasiado de la orilla del mar no es posible hacer colecciones harto importantes de esta naturaleza.

Uno de los resultados mas apreciables de la espedicion consiste en la riquísima y numerosa coleccion de craneos y bustos de yeso, vaciados sobre el natural, de todas las razas de hombres mas ó menos adelantados en la carrera de la civilizacion. Esta parte interesante de las colecciones del *Astrolabio* se debe enteramente á los trabajos de Mr. Dumoutier. Es cierto que ninguno de los modernos navegantes ha olvidado del todo la historia de la especie humana á través de las razas y variedades que pueblan el mar del Sur, desde la Patagonia hasta la Malasia y la China; pero tambien lo es que desde los viajes del inmortal Cook que dió el ejemplo á sus sucesores, todas las noticias que han suministrado al orbe científico se reducen á algunas descripciones ó retratos raras veces iluminados y mas raras veces aun de tamaño natural. MM. Péron y Lesueur, Quoy y Gaimard, Lesson y Garnot, trajeron ademas de sus viajes algunos craneos de diferentes razas; pero Mr. Dumoutier ha hecho muchísimo mas, vaciando uno ó dos individuos de cada raza, á veces de entrambos secsos, y dando al yeso la tinta natural. Esto supuesto, fácilmente se echa de ver cuanta habilidad artística debió de ecsijir este jénero de trabajo, por cuanto es mucho mas difícil de lo que jeneralmente se cree; pero tampoco debe pasarse en silencio la imponderable perseverancia y medios persuasivos de que tuvo que echar mano Mr. Dumoutier para inducir á unos hombres mas ó menos salvajes á dejarse tocar la cabeza y el pelo, que entre ellos es reputado casi irrelijioso, y por último hacerles mantener la cabeza y el rostro aplicados á una masa de



1 Grands Pros des Carolins à Tamatam.
1 Grandes Proes de los Carolines en Tamatam.

de Sainson del.



2. Entrevue sous voiles avec les Naturels de Tamatam.
2. Entrevista en el navio con los Naturales de Tamatam.



3. Naturels de Tamatam.
3 Naturales de Tamatam.

bles isleños apesar de sus bellas circunstancias obligaban á su admirador entusiasta á darles una despedida con puntas de retirada.

Entretanto el *Oceánico* iba continuando su navegacion. A 5 de junio costeó á poca distancia el grupo de Tamatam, Fanendik y Ollap, pasando á dos ó tres millas de la primera de estas islas. Los naturales nos salieron al encuentro á diez millas de distancia en grandes y suntuosos paros de una construccion elegante y de una marcha superior (Pl. LIX.— 1, 2 y 3). La vela en triángulo, la proa y la popa salientes, la plataforma formando en cada lado una especie de camarote, todas las circunstancias indicaban un pueblo bastante adelantado en el arte de la navegacion. Sin embargo á primer golpe de vista reconocímos fácilmente cuanto habian ecsajerado la marcha de esas piraguas los primeros navegantes, estimándolas en veinte nodos por hora, puesto que en lugar de su rapidez fabulosa, apenas andaban siete nodos por un mar tan sumamente duro.

Robustos, activos y bien constituídos, estos isleños abordaron al buque con la osadía de hombres habituados á ver Europeos. Reian á carcajada suelta, cantaban y nos ofrecian varios objetos de la madera misma de sus piraguas, que traían deseos de permutar contra hierro, que llamaban *loulou*. Joviales, antojadizos, honrados y fieles en sus trueques, aquellos salvajes estaban muy lejos de presentarnos las formas flecsibles y sueltas, las facciones dulces y agraciadas, las maneras decentes y reservadas de los habitantes de Otdia, de Ualan y aun de Hogoleu. Las comunicaciones que con ellos tuvímos fueron muy pocas, en razon de que Pendleton quiso cuanto antes hacerse á la vela para pasar á la parte meridional de las Marianas.

Este pequeño grupo parece corresponder á las Islas Mártires de los antiguos mapas españoles; pero hasta en 1801 no fué señalado con entera certidumbre por el Español Ibergoïtia, capitan del buque *Filipina*. En seguida fué reconocido sucesivamente por Freycinet en 1819, por Duperrey en 1824 y por d'Urville en 1828. Compónese este grupo de tres islotes bajos, selvosos, separados unos de otros por muy poco trecho y circuídos de una rompiente cada uno. El grupo entero no tiene mas que seis millas de estension de N. á S. y está situada á los 7° 37' lat. N. y á los 147° 10' lonj. E. (ollap).

Nuestro derrotero era ya del todo libre hasta Gouaham, sin que se encontrase una sola isla. Apesar de esto, no pudímos doblar la punta S. de la isla hasta á 10 de junio; pero al dia siguiente, alcanzado por el Inglés Anderson, antiguo capitan de puerto en aquella residencia, el *Oceánico* llegó á la espaciosa bahía de Apra, donde amarró el ancla á las tres de la tarde.

CAPITULO XXV.

ISLAS MARIANAS.— GOUAHAM.

Gouaham era una diversion y un contraste entre esos archipiélagos poblados de razas primitivas. Esta isla no contiene ya ningun natural de cuerpo medio desnudo y de idioma inintelijible: estábamos en España ó almenos en colonia española: embarcado en la yola para pasar á Agagna, llegando hácia esta puebla cristiana, pude disfrutar de cuantos efectos curiosos y casi nuevos para mí ofrecia aquel espectáculo: torres de iglesia, cruces fijadas en todos los promontorios, edificios que recordaban los pobres arrabales de Manila y el tañido de la campana católica que retronaba en el seno de aquella dilatada atmósfera me hacian esperimentar impresiones un dia familiares y á la sazon casi de todo punto desvanecidas. Tras un año de vida vagabunda, tropezaba de nuevo con el culto cristiano en un grupo aislado en medio de un mar sin orillas; podia aplicar un sentido determinado al menor retintin de aquella especie, ya cuando llamaban á los fieles á la oracion, ya cuando parecian significar: Ides, la oracion está concluída ya.»

No dejó de continuar esta impresion al desembarcar: era un dia festivo para el país, y la poblacion se encaminaba á la iglesia, sobrado estrecha para contenerla toda. Alineadas en prolongadas filas, las mujeres y las mozas caminaban en silencio con órden y recojimiento. Pa-

yeso hasta que se endureciese. Tal es la causa que impidió á veces coronar la operacion de un écsito completo, pues muchos salvajes, no teniendo la paciencia necesaria para aguantar mas, destrozaban la carátula antes de que se hallase bien consolidada. Sin embargo, apesar de todas estas dificultades, Mr. Dumoutier ha conseguido obtener una serie de 51 bustos que comprenden todas las variedades de la especie humana de los países que ha visitado sucesivamente la espedicion dirijida por Mr. Dumont d' Urville.

Mr. Dumoutier se ha procurado igualmente, ademas de estos bustos, varios craneos de diversas razas de hombres y aun esqueletos enteros, bien que en esta parte ha tenido que arrostrar obstáculos y dificultades no menos considerables que los del vaciado, por razon del respeto relijioso con que todos esos pueblos considerados como salvajes conservan los restos de sus padres. Es tan profundo este respeto, que cierto habitante de las islas Solou, raza la mas feroz de toda la Malasia, á quien Mr. Dumoutier pedia que le procurase un craneo á precio de oro, decidióse sobre la marcha á ir á decapitar un enemigo para suministrárselo, pero en ninguna manera consintió en sacar uno de ningun sepulcro. El mismo hecho tuvo lugar por parte de un habitante de las islas Viti.

Estos pormenores, verdaderamente curiosos y estimables bajo cualquier aspecto que se consideren, no podrán menos de merecer el aplauso de los naturalistas que se dedican á un estudio detenido y filosófico de la quinta parte del mundo, en tanto que el mundo científico populariza y ensalza el nombre de Mr. Dumont d'Urville, bajo cuyas órdenes se han alcanzado unos resultados tan ventajosos al progreso de las ciencias naturales, norma infalible de la paz y prosperidad de los imperios.

ra amenizar la monotonía de aquella marcha relijiosa, cada una de ellos habia encendido un inmenso cigarro que iban fumando con una gravedad enteramente española. Lo que retardaba el servicio divino, consistia en que habian ido á buscar al alcalde D. Domingo, ó D. Manuel, no sé á punto fijo cual de los dos. Despues de un cuarto de hora otorgado á su dignidad, llegó el señor alcalde, escoltado de seis monacillos y del sacristan. El alcalde era un jóven de gallarda presencia y de buenas carnes, cubierto de un sombrero de paja de Manila, calzado con zapatos y medias, y cubierto con calzones flotantes con una blusa ó una camisa listada (Pl. LX. — 1). Encaminóse directamente á la iglesia con lentitud y majisterio, fué á sentarse en el puesto de honor, y escuchó el oficio divino en latin cual si acertase á comprender alguna cosa. Y sin embargo era un indíjena que hablaba una jerigonza de español y de *chamorre*, el antiguo dialecto del país.

Semejantes escenas me embelesaban sobremanera. No cabe duda que aquella poblacion era sumamente miserable poniéndola al paralelo con recuerdos europeos; pero parangonada con sus vecinos de la Oceania, ofrecia un aspecto muy notable de órden y civilizacion. Esas mujeres con la cabeza y pies desnudos, sí, pero cubiertas de una saya y una almilla, decentes y aseadas. esos cigarros en todas las bocas, esas cruces colgadas del cuello, esos tocados semi-españoles, semi-italianos, esas iglesias, esas imájenes en sus pequeños nichos (Pl. LX.— 4), todo sorprendia, todo absortaba, en medio de tan remotos mares, entre aquellas razas misteriósas y diversas, entre aquella confusion de cultos y de oríjenes. No eran menos curiosos los tipos para observados; aquí una especie de dómine, de frente calva y de cabello liso, con el libro debajo del brazo conteniendo todo su saber; allí el natural mimando á su gallo favorito, su gallo de batalla, su fortuna y su diversion; acá el cazador del país, el valiente cazador de ciervos, con su busto desnudo, con sus bragas holgadas y su espadin al lado (Pl. LX.— 2): tales eran las escenas que se ofrecian á mi vista á medida que me acercaba á la ciudad.

Esta si se quiere ciudad, no puede llamarse tal si este nombre se toma rigurosamente en su acepcion europea; pero sí una ciudad colonial, una ciudad marianesa. Las casas, construídas en su mayor parte de aristas y de hojas de cocos, y forman calles bastante anchas y plazas harto regulares. A primera vista se conoce ya que ha presidido á su disposicion un plan de órden y de simetría. Cuéntanse en Agagna cerca de seiscientas casas, entre las cuales hay unas cincuenta solamente de mampostería, pues todas las demas no son mas que casas circuídas de una pequeña cerca plantada de tabaco. Estas casas no tienen raras veces mas de dos aposentos separados por un tabique de tallos de bambú ó de cocos. El uno destinado para confabular, trabajar ó columpiarse en la hamaca de dia, y por la noche para dormir los hijos y los criados de la casa. En la otra pieza descansan los jefes de familia bajo la proteccion de algunas imájenes de santos. Las casas, salvo las que son de mampostería, están construídas todas sobre estacas á causa de la estacion de las lluvias, y á algunos pasos de distancia se vé la cocina, pequeño edificio separado de la habitacion principal.

Recojiendo por este tenor algunas noticias preliminares sobre Agagna; llegué al palacio del gobernador D. Medinilla (1) á quien debia mi primera visita así por conveniencia como por necesidad. D. Medinilla me recibió de la propia suerte que recibe á todos los Europeos que se le presentan, con una amabilidad y urbanidad esquisitas. Tenia un no sé que de afectuoso y digno á la vez, de dulce y de serio. No llevando sus preguntas hasta la indiscrecion, se enteró con interés del objeto de mi viaje, y se puso á mi discrecion para suministrarme todas las proporciones necesarias. El palacio en que me recibió en Agagna es construído de piedra y de madera, y sus avenidas están defendidas por ocho piezas de artillería y una pequeña guardia mal armada. Este edificio es espacioso, pero destituído de todo artículo de ornato, salvo un retrato del rey de España y algunos grabados medianos que tapaban las paredes interiores. A espaldas del palacio hay un campo ceñido de

(1) El título de *Don* usado solamente en España como un tratamiento de honor que antiguamente se daba á muy pocos, pero que se ha hecho ya distintivo de todos los nobles y aun de los que no lo son, por efecto de un mero abuso ó tolerancia, debe anteponerse siempre é indistintamente á los nombres del bautismo y en ningun caso á los apellidos, como D. Pedro, D. Diego, D. Bernardo, etc. Así diremos *D. Federico Carreras*, *D. Pedro Escuder*; mas no *D. Carreras*, ni *D. Escuder*. Sin embargo, los Franceses, que siempre andan muy equivocados en órden á los usos y costumbres de nuestra España, juzgan que el *Don* español equivale al *Monsieur* francés, y que así como este último tratamiento puede anteponerse indiferentemente al nombre de pila ó al apellido, como cuando dicen *M. Alexandre Dumas*, ó solo *M. Dumas*, del mismo modo puede decirse en español *D. Alejandro Dumas*, ó bien *D. Dumas*; sin advertir que el *Don* es un título esclusivamente español, que no tiene equivalente propio en francés, y que el *Monsieur* equivale en romance á *Señor*, de suerte que observan entrambos el mismo uso, y así dirémos muy bien, el *Sr. Saura*, ó el *S. Diego Saura*; el *S. Serra*, ó el *S. Ignacio Serra*, etc. En esta misma equivocacion incurre actualmente Mr. Dumont d'Urville, creyendo que el D. sigue las mismas vicisitudes que el Sr. y que lo mismo puede decirse *D. Medinilla* que *D. José Medinilla*, cuyo error no hemos querido enmendar en lo mas mínimo, bien persuadidos de que el traductor debe hacer una copia fiel al modelo tal como salió de manos del autor, á fin de que resalten con mas evidencia las cualidades del orijinal.



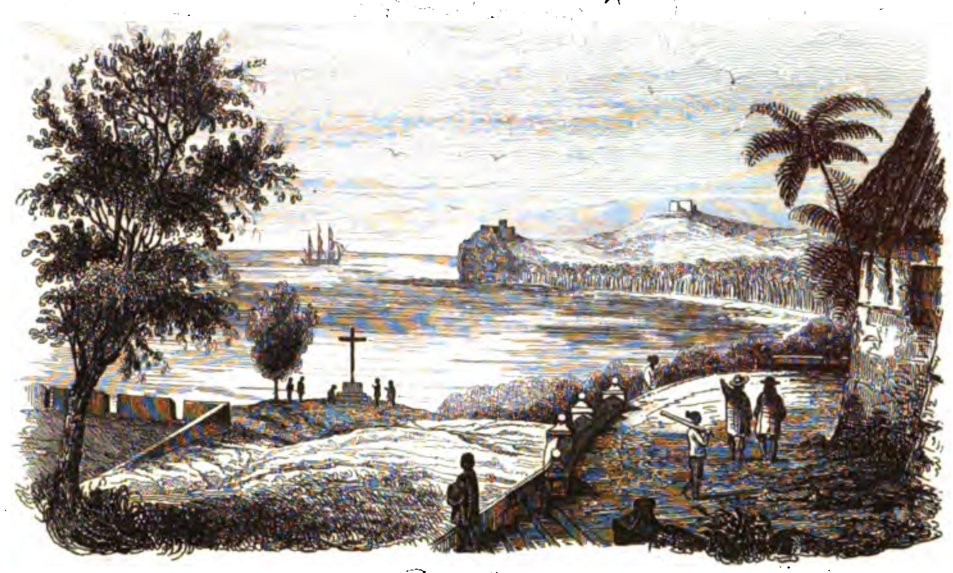
3. Palatio (Palais) à Umata.

3. Palacio en Umata.



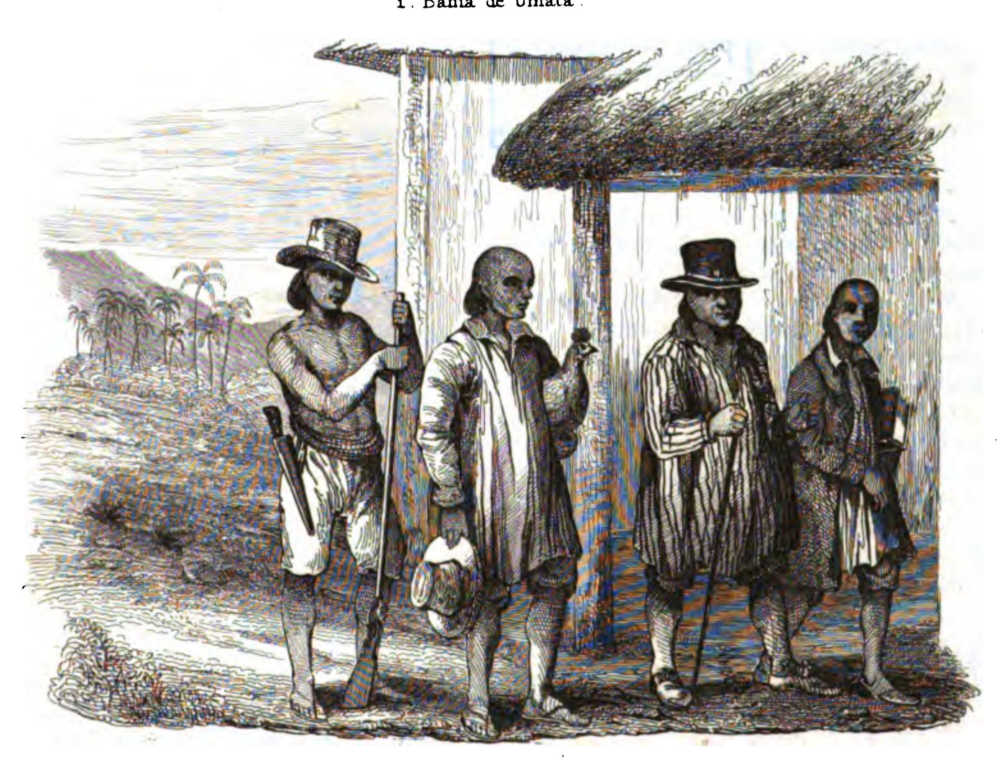
4. Femmes d'Umata.

4. Mujeres de Umata.



1. Baie d'Umata.

1. Bahia de Umata.



2. Hommes de différentes conditions à Guaham.

2. Hombres de varias Clases en Guaham.

de Sainson del.

VOYAGE

VIAJE

murallas que llamaban el *jardin*. Al atravesarlo rápidamente eché de ver en él un prodijioso número de hermosísimas ananas de que se jacta Gouaham (Pl. LXII.— 1).

Ademas de este palacio, Agagna encierra otros establecimientos públicos, como por ejemplo un colejio real (Pl. LXII. — 3) y una escuela primaria, donde casi tan solo se aprende á leer y cantar. Ecsisten igualmente dos ó tres hilanderías, las unas francesas, las otras chinas.

Entretanto Pendleton fué asimismo á visitar á D. Medinilla, y en honor de este recomendable jefe que no desconocia el capitan, fuímos testigos de algunas fiestas. La primera diversion fué la de un combate de gallos, pasion de los naturales del pais, que á buen seguro tomaron este juego cruel de los Malayos. La segunda, mas nueva para nosotros y mas característica, fué la representacion de danzas mejicanas cuyas tradiciones importadas sin duda en otro tiempo por los galeones de Acapulco se habian perpetuado en las islas Marianas. Ya mucho antes que á nosotros, se habia dado este espectáculo á M. Freycinet y á los Franceses de la *Urania*. Eran los actores unos alumnos del colejio de Agagna, cubiertos de vestidos recamados que los jesuítas encontraran un dia en los templos indíjenas de la Nueva España. Esos bailes, especie de pantomima alegórica (1), fueron ejecutados ante el palacio del gobernador, en una plaza alumbrada por antorchas y morteretes llenos de resina. Veíase figurar en ellos el emperador Motezuma con la diadema imperial en la cabeza empuñando un abanico de plumas y seguido de algunos pajes ricamente vestidos. Tras este grupo venian con la frente ceñida de una corona y cubiertos de vestidos igualmente ricos, doce bailarines, entre los cuales se dignaba inmiscuirse el emperador. Todas estas parejas danzaban con gravedad, ora formadas en cuadro, ora desplegándose en semicírculo, ora disponiéndose en una especie de X. De los bailarines, unos tenian abanicos, otros castañuelas. En el segundo acto, los doce actores se apiñaron de dos en dos, teniendo cada pareja el cabo de medio oro muy grande, guarnecido de brillantes sederías. Solos ó reunidos con el emperador ó sus pajes, ejecutaron diversas y graciosas figuras, produciendo cada una un efecto pintoresco, de suerte que los aros dibujasen guirnaldas, arabescos y festones. Finalmente la danza se finalizó con algunas evoluciones guerreras, entremezcladas de pernadas grotescas y de farzas burlescas de los graciosos. Enmascarados y vestidos segun la usanza mas ridícula, estos graciosos traían un sable de madera con que espadachineaban á derecha é izquierda, y su blanca carátula tenia dimensiones diformes y desproporcionadas.

A estos bailes que dibujaban casi por entero la historia de la vida del infortunado Motezuma, sucedió una especie de juego de cintas semejante al que se practica en las provincias meridionales de Francia. Fijóse en tierra un palo con ocho ó doce cintas largas y anchas en su punta, las unas encarnadas, las otras amarillas ó azules, pues los colores eran mas ó menos variados, segun el número de los bailarines. Cada comparsa tenia la estremidad de una cinta, y debia jirar en redondo pasando alternativamente del que estaba á su derecha, y por detras del que venia despues. Los bailarines de número par jiraban en un sentido, y los de número impar en otro; de cuyos pasos y contrapasos, ejecutados en torno del palo, resultaba un enrejado ó entretejido cuya gracia nacia de la diversidad de colores y de la regularidad del dibujo. Para despojar el palo, los bailarines se entremezclaban por segunda vez, pero en sentido contrario y con una habilidad bastante grande para no embrollar las cintas. Todos los caballeros pares son guiados por un jefe, y los impares por otro. Aunque de suyo muy sencillo, este baile parece á primera vista muy complicado, por razon de la multitud de cordones que se cruzan rápidamente á derecha é izquierda, formando unas combinaciones cuya marcha no puede observarse con harta facilidad.

Los bailes nacionales no son tan curiosos ni ecsijen tanta destreza, pues todos se reducen á pasos carentes de gracia, de decoro y de simetría. El mas célebre es el llamado *el baile de los anticuos*, que sin duda es de tradicion entre los naturales, y de cuyas combinaciones se deduce una nueva prueba del ascendiente que en estas islas ejercieron algun dia las mujeres sobre los hombres. Sus evoluciones forzadas y sus jestos poco agraciados presentan un cuadro bien marcado. Un jóven con la cabeza cubierta de un sombrero de paja puntiagudo lanzóse á la arena armado de un palo, y en un discurso enérjico retó á sus adversarios, quienes no contestaron una palabra. Entonces las mujeres le coronaron y depositaron á sus plantas algunos frutos y telas en premio de su fácil victoria. Los bailes de los niños eran muy diferentes, y se asemejaban en algo á la chega de los negros.

El baile gusta muy poco á los Marianeses, y, ni mas ni menos que todos los criollos españoles, solo tienen una pasion real, que es la del *farniente*. El estado mas apetecible para ellos es la inercia y la inmovilidad; de manera que solo mudan de sitio cuando están obligados á ello. Esta indolencia es llevada á un grado increíble. Un viajero nos referia, entre otras pruebas que podrian servir de apoyo á este aserto, que ecsa-

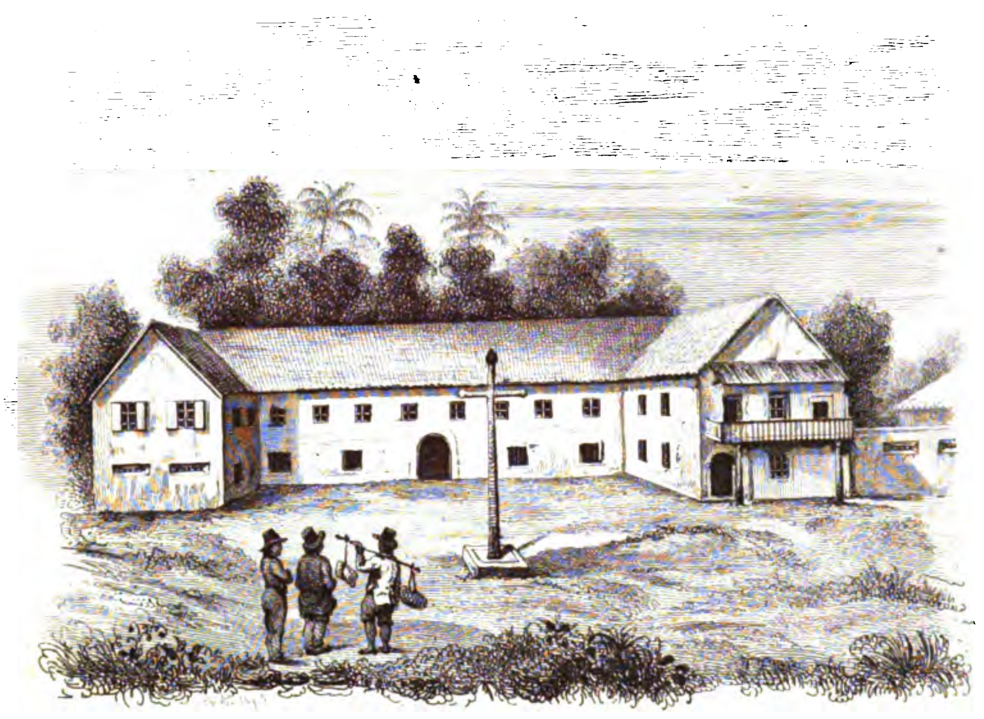
(1) Véase la páj. 51 del tomo II.

baba de comprar á un Marianés, y al precio bastante módico de un peso, un porquito. Satisfecho el precio, el viajero deseó que le llevasen la mercancía al bote, que solo distaba unos doscientos pasos del sitio donde quedaron acordados. Empero, habiendo manifestado este deseo, el Marianés se retractó inmediatamente. « Oh! dijo, para transportarlo hasta allí vale un peso mas; » y se recostó tranquilamente á la sombra para fumar su cigarro.

El baile es pues del todo antipático á este pueblo perezoso, que solo se entrega á él en las ocasiones solemnes. Pero en cambio la música constituye uno de sus mas dulces pasatiempos. El Marianés se despierta, descansa y se duerme cantando. Estos cantos son en jeneral dulces, lánguidos y armoniosos: son *trios*, *boleros* ó algunas *seguidillas*, aunque comunmente el natural prefiere á lo que anima lo que amodorra. En las islas Marianas, todo el mundo trina así. Casi siempre se componen las coplas nacionales en honor de algun santo del paraíso, ó en memoria de algun suceso de importancia, como por ejemplo la llegada de una embarcacion.

Despues de los bailes ejecutados por los naturales de las Marianas, presenciámos otros que tenian un carácter del todo opuesto, los de los Carolinos. Los Carolinos con el ausilio de sus piraguas rápidas y coquetas no temen salvar las doscientas leguas que separan su archipiélago del de las Marianas. Por medio de las estrellas y servidos por la direccion de los vientos se aventuran á un mar comunmente proceloso, y casi siempre llegan á buen puerto. Durante mi permanencia observé unos diez de esos paros carolinos que hacian el servicio del cabotaje de las Marianas. Ájiles, esveltos y atrevidos, los marinos que montaban estas barcas nos dieron un espectáculo de sus bailes nacionales, tan vivos, alegres y petulantes, como lentos, muelles é indecisos eran los bailes marianeses. La fiesta era sin embargo mas solemne para los actores que para los espectadores. Armados de palos, se sonreían, daban pernadas, jugaban y se divertian. Reunidos al principio en dos columnas, los bailarines entonaban un canto acompañado de jestos graciosos y movimientos lascivos; pero en breve sucedió á esta escena erótica un canto mas alegre. Tomábanse por la mano, corrian en redondo, daban mil brincos, aplicando cada uno el pie al muslo de su vecino y pidiendo á los concurrentes si estaban contentos de sus esfuerzos.

De esta suerte se pasaron algunos dias de fiesta, durante los cuales Pendleton consintió en olvidar su *Oceánico*; pero así que le fué posible, el vijilante capitan regresó á bordo dándome seis dias de tiempo para completar mis reconocimientos sobre Gouahem. La bondad del gobernador me procuró una semana de distracciones á cual mas deliciosa. Mi primera correría tuvo por objeto la aldea de Mongmon, situada á poca distancia de Agagna sobre un territorio fértil, pero mal cultivado: el maíz, el arroz y el tabaco constituyen la base de sus esplotaciones agrícolas. Al llegar á Mongmon fuí á visitar la primera autoridad del país, una especie de correjidor, el *gobernadorcillo*, que me recibió empuñando el baston de mando, insignia de su dignidad. En seguida fuí presentado á su mujer, marimacho acurrucado sobre el piso de su cabaña y en medio de un grupo de niños medio salvajes, la cual respondió sin dejar su cigarro á la fórmula de introduccion que habia aprendido en Agagna. En cuanto hube pronunciado: « *Ave María Purísima*, » la señora alcaldesa tartamudeó sin levantar los ojos: « *Sin pecado concebida*, » lo que fué todo cuanto pude obtener de ella, apesar de los esfuerzos que hacia el bueno de su marido para hacer mas animada la conversacion. Asimismo visité la deliciosa aldea de Sinahagua que domina toda la comarca; la de Sanvitores, sitio ilustrado por la muerte del misionero de este nombre, apóstol de las Marianas. En la bahía de Tomon y en el sitio mismo del martirio se ha erejido un altar donde mas de un Marianés verifica anualmente una piadosa romería. Yo pasé á él por mar con el secretario del gobernador, admirando los copados árboles que orillan la playa, y sobretodo los innumerables *cycas* (especie de palmera cuya fécula es semejante á la del sagú) que se hallan en los alrededores de la bahía Taynanesto. Aunque nuestra navegacion tuvo lugar en medio del dia, acercábanse á nuestro barco nubes de murciélagos. Llegados á Tomon visitámos aquellos sitios venerados, y un sacerdote del país nos refirió sobre el mausoleo mismo el misterio de Sanvitores y sus milagrosos resultados. Apenas, decia aquel buen pastor, descargaron á Sanvitores el golpe mortal, cuando su alma, salvando las distancias y llevada en alas de los vientos, llegó á su patria y anunció en ella el infortunio acaecido. Todas las iglesias fueron enlutadas; las campanas tocaron por sí mismas, la corte se puso luto: parecia una calamidad jeneral. Ocho ó diez meses despues, Gouaham fué conmovida por dos ó tres terremotos, cuya causa no era por cierto desconocida: el crímen de Matapang debia ser espiado. Despues de haber recojido en el teatro mismo de la catástrofe esas piadosas tradiciones, nos dirijímos por una vereda escabrosa á la aldea de Guaton, allende la que se encuentra la punta de *Los Amantes*, célebre por una aventura romancesca. Toda esa parte del territorio de Gouaham es de una fecundidad prodijiosa: con un poco de trabajo se-



3. Collège d'Agagna.

3. Cólegio de Agaña.



4. Ruines Antiques à Tinian.

4 Ruinas antiguas en Tinian.

ria un manantial inagotable de riquezas, pero los indolentes Marianeses no cultivan mas que el pedazo necesario para subvenir á su subsistencia, y en verdad que con poco tienen bastante. Por otra parte, aun cuando no pensasen en su alimento, la naturaleza se lo suministraria por sí misma, pues en toda la estension del país prodiga las raíces nutritivas y los *cycas* ó *federicos*, que son un recurso inagotable. Atravesando de paso estas llanuras, fuímos testigos de la operacion con que preparan el cyca, á fin de quitarle sus cualidades ponzoñosas por medio de la maceracion.

En todas esas aldeas nos prodigaban la hospitalidad mas albagüeña, merced á la presencia de mi compañero de viaje. En todas partes acudian los habitantes con algunos presentes; estos ofrecian gallinas, aquellos huevos. En vez de recibir estos objetos gratis, los satisficímos con algunos pesos, lo que pareció colmar de alegría á aquellas buenas jentes. Desde luego nos dieron el espectáculo de una pesca: la que ecsije mas cuidado es la del *magnahuk*, sabroso pececillo de que los Marianeses hacen un consumo prodijioso. Este pez tiene una época de paso: cuando llega, todos los habitantes del litoral se ponen en movimiento. Nosotros asistímos á una de esas pescas: hombres y mujeres, todos se hallaban en el mar sin esceptuar las jóvenes de diez y siete á diez y ocho años, que se habian quitado su almilla anudándola al rededor del cuello, lo que las dejaba casi desnudas.

Visité sucesivamente en Agagna el almacen jeneral, las casernas donde hay una parte que sirve de hospital, un hermoso puente de piedra y un soportal sostenido por pilares de mampostería que sirve para abrigar á los operarios del gobierno ó para poner las piraguas á cubierto de los rayos solares. Pero de todos estos edificios el mas suntuoso así en su conjunto como en sus detalles era el colejio (Pl. LXII. — 3), fábrica regular que se compone de dos alas y de un casco con pequeñas ventanas y una puerta en arco.

Habia visto ya Agagna, la capital de Gouaham; pero todavía me faltaba ver Umata, la segunda poblacion de la isla, célebre por muchas recaladas científicas. Siempre interesado por mí, el gobernador no permitió que hiciese esta correria solo: dióme su mayordomo para acompañarme, con la órden de poner á mi disposicion el palacio de Umata.

Al dia siguiente partímos para aquella residencia con el equipaje mas singular que puede imajinarse. Mi guia el mayordomo abria la marcha con su mujer, llevando algunas bananas para amenizar la monotonía de la caminata; seguia despues el mayordomo montado sobre un buey embridado por las narices, al paso que recostado en una hamaca llevada por dos naturales, y á cubierto de los rayos solares por medio de un inmenso quitasol, adelantábame yo cual verdadero sibarita por un sendero árido y arenoso (Pl. LXII. — 2).

Despues de una caminata de tres horas llegámos á Umata, trayendo mas deseos de hallar un abrigo contra los rayos solares que visitar la residencia. Sin embargo antes de entrar en palacio tuvímos que aguantar la plática del hombre que lo guardaba, de un *sarjento de la milicia*, funcionario muy chocante por su orgullo español y por el profundo desprecio que afectaba para la poblacion de las Marianas. Este hombre, antiguo militar del ejército de La Serna en el Perú, habia abandonado aquella comarca despues de la derrota de Cantazada, y refujiádose en las Marianas, donde casara con la hija del alcalde de Tinian, mujercita bastante fresca y avispada. A cada momento se jactaba con el gobernador de ser los dos únicos Españoles verdaderos que se hallaban en la isla, y trataba con un profundo desprecio al resto de la poblacion, que en su concepto no eran mas que *chamorras*, nombre de las razas primordiales y de sus diversos cruzamientos. Sarjento de la milicia, me enteró por puntos y comas de su jerarquía. Segun él, la fuerza armada de las Marianas se componia entonces de ciento sesenta hombres, divididos en tres compañías compuestas del siguiente modo: un *sarjento mayor* que es Don Luís de Torres, célebre por las relaciones de Kotzebue, Chamisso y Freycinet; tres capitanes, tres tenientes, tres *alféreces*, nueve sarjentos, tres *cabos*, y el resto soldados rasos. La paga del sarjento es de seis pesos mensuales; la del alférez de ocho; la del teniente de diez, y la del capitan de doce. Sin embargo ningun oficial ni soldado cobran un cuarto, pues sus asignaciones eran saldadas en objetos procedentes de Manila, y vendidos á precio muy alto por el gobernador mismo. En las islas Marianas no hay mas que tres alcaldes propietarios, los de Agat, de Umata y de Rota, pues el de Tinian solo es honorario. La paga de esos funcionarios solo es de doce pesos mensuales; pero estos pesos solo constituyen los menores productos de su destino. No parece sino que en todos los países del mundo hay un sueldo reconocido y otro sueldo oculto.

Tras esta corta conferencia entrámos en el *palacio*. Este palacio de Umata, ó *casa real*, era un edificio bastante notable que alzaba con cierto orgullo su hermoso techo de tejas encarnadas sobre el miserable bálago que lo flanqueaba á derecha é izquierda. Este palacio se compone por una parte de un cuarto bajo y de un primer piso con un terraplen, y por otra parte de un cuarto bajo en los jardines, de suerte que

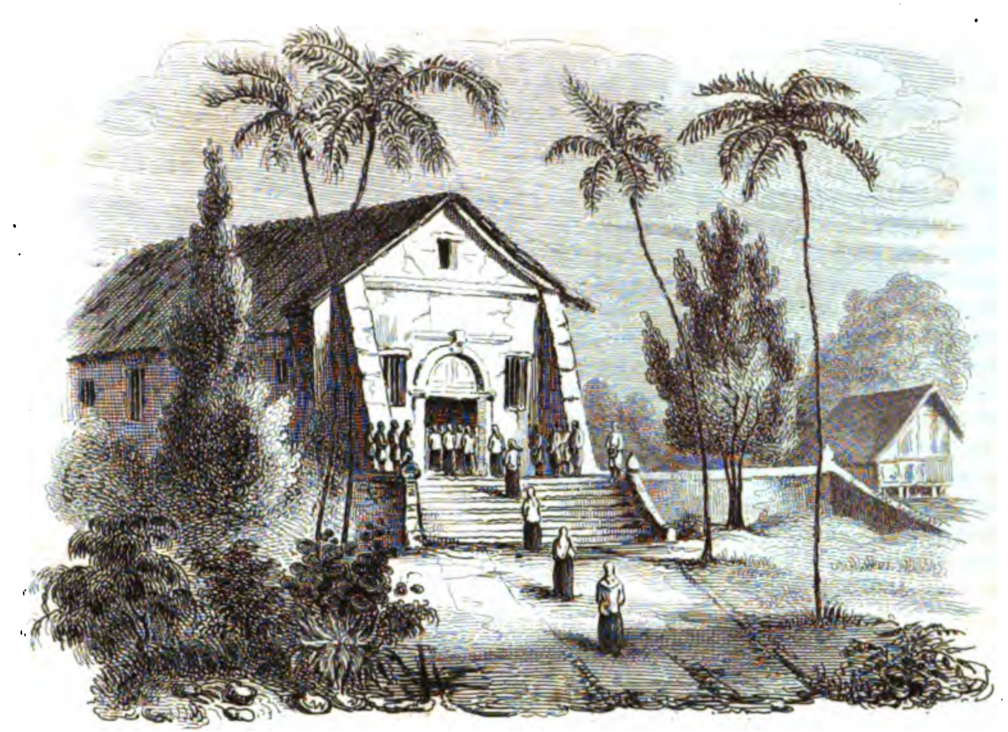
el uno es cuarto bajo de delante con respecto al otro. El edificio está construído de piedra y de madera y de palo de teck, desgracia de segures, lo cual motiva sin duda que las bigas que sostienen el edificio hayan sido labradas con bastante grosería. Los tablones que forman los pisos son igualmente muy desiguales, apesar de la edad y de los ludimentos que han debido sufrir. Por lo demas, el palacio es tan robusto y tan fuertemente enclavijado en el suelo, que los terremotos, tan frecuentes en las Marianas, apenas han conmovido su armadura, ó dislocado algunas carreras que actualmente hacen mas pintoresco el conjunto (Pl. XL. — 3). La puerta del palacio, ó mas bien su vestíbulo, sirve de soportal público á Umata. Bajo el real peristilo pernoctan y hacen sus meriendas los cazadores de ciervos, acostándose y durmiendo sobre el duro suelo. En el mismo sitio se hallan las mujeres abrigadas de dia contra el sol ocupándose en trabajos manuales, al paso que los hombres con el cigarro en la boca y dispersos por acá y acullá, confabulan entre sí, ó se abandonan al soberano bien de los Españoles, el placer de no hacer nada.

El sarjento de la milicia habia ido á prevenir el alcalde, quien me hizo los honores de la casa real. En cuanto á mí, me abrieron los cuartos del primero, que consistian en un salon flanqueado de dos aposentos y de otras piezas pequeñas. Alojáronme en la sala principal, y me dieron por cama un viejo canapé de junquillo que gruñia bajo mi peso. Esta sala era abierta á las brisas marinas, y solo dejaba ver el sol poniente en las vastas aguas de la bahía dorada por sus reflejos (Pl. LX. — 1). Una cruz de madera, unas gradas, una especie de desembarcadero; á lo lejos la playa orillada de cocos; mas allá el pobre y mezquino fuerte San Angel: tal era la vista esterior. En la sala habia una inmensa mesa de teck macizo que causaba otras impresiones. A buen seguro que á la época en que la España tenia en su mano el monopolio de las grandezas marítimas, cuando sus galeones cargados de oro y plata iban á anclar en aquellos parajes en su travesía de Acapulco á Manila, al rededor de aquella mesa se sentaron muchas veces oficiales y pasajeros, relijiosos y marinos, seculares y eclesiásticos. A buen seguro que aquellos antiguos navegantes, que entonces se aventuraban á unos mares casi desconocidos, olvidaron de todo punto, acodados sobre la mesa, los peligros pasados y venideros. El vino á cántaros, las tajadas de ciervo servidas como en un banquete homérico, los cantos, las carcajadas, las talegas de oro y plata rodando por el pavimento, las preciosas mercancías amontonadas en los rincones de aquella sala; tales eran las escenas que se presentaban á mi imajinacion á la luz dudosa de mi lamparilla; á aquella hora en que el pensamiento tiene mas vuelo para salvar las distancias de épocas y para meditar acontecimientos antiguos. Por lo demas, en la actualidad nada ofrece aquel recinto que dé márjen á prolongadas ilusiones. Los huéspedes mas ordinarios de la vivienda real son algunos perros que vienen á olfatear al estranjero, y que atestan las salas de sus inmundicias. Los músticos son igualmente unos visitadores altamente incómodos é infatigables.

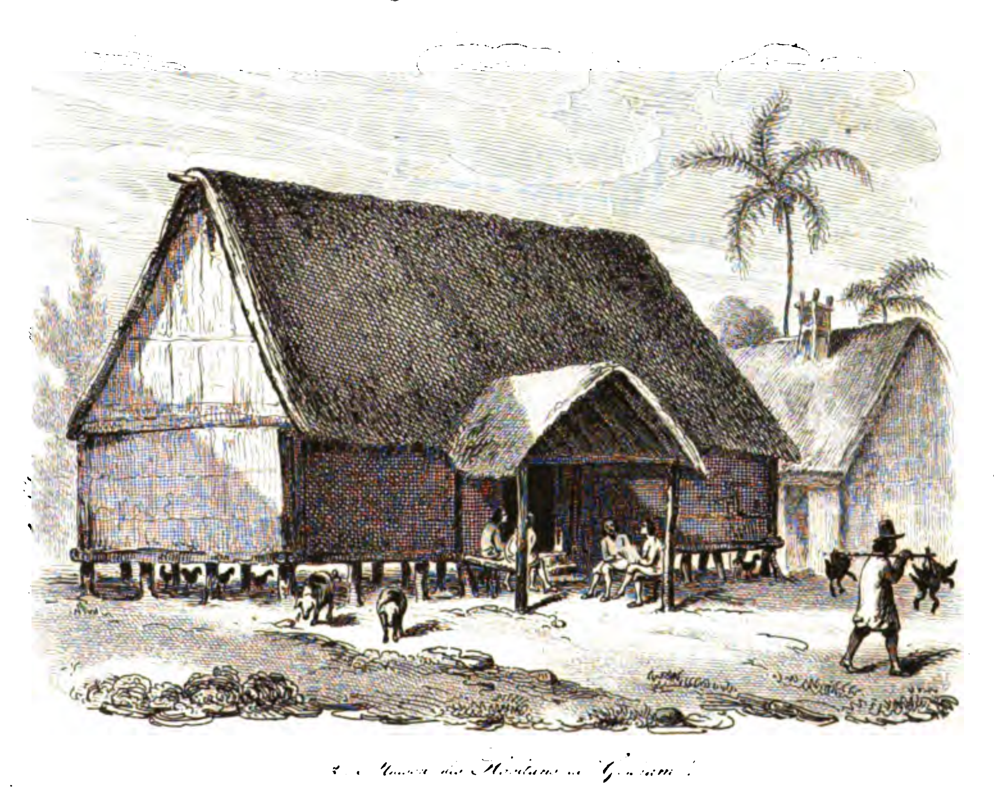
Al siguiente dia visité mas detenidamente Umata. El edificio mas considerable despues del palacio es la iglesia, fábrica bastante sencilla, sin torre alguna, y precedida de una especie de gradas con una docena de escalones (Pl. LXI. — 1). Estas gradas se hallaban á la sazon guarnecidas de fieles que entraban en ringla para oir los sagrados oficios. A poca distancia de la iglesia se veía un convento antiguamente poblado de relijiosos, pero en la actualidad desierto y medio arruinado (Pl. LXI. — 3). Sus materiales se componian asimismo de mampostería y de maderámen. Desde su tejado se descubre un punto de vista magnífico. Ademas de estos dos edificios, ecsisten en Umata, un hospital, un vasto sotechado para las embarcaciones, otro que sirve para los juegos de los naturales, dos escuelas, la una para los niños, la otra para las niñas, y las fortalezas que dominan la bahía.

La situacion de la aldea es deliciosa. Sus casas de madera, cubiertas de hojas de palmera y levantadas dos ó tres pies sobre el nivel del suelo (Pl. LXI. — 2), son alineadas en dos filas á cada lado del camino, en medio de bosques de cocos y sotillos de naranjos. Los frutos de estos últimos árboles son escelentes; en parte alguna la naranja tiene mas jugo ni mas sabor. Al pasar por debajo de aquellos arcos de verdor no pudímos menos de cojer y comer algunos.

El dia que pasé en Umata, fué lleno para mí de agradables distracciones. Con un fusil al hombro recorrí las cercanías plantadas de taro, de tabaco y de bananas, y á mediodía, cuando la fuerza del calor ecsijió un alto, tomé un baño delicioso en un límpido arroyuelo sombreado por un inmenso toldo de mambúes. Toda aquella campiña es de una fecundidad prodijiosa, pero la pereza de los habitantes no sabe utilizar sus recursos. En otras manos el terreno produciria en abundancia arrow-root, patatas, sagú, azúcar, café, algodon, y quizás la nuez moscada; pero los Marianeses menosprecian todas esas esplotaciones: caracterizados por una apatía increíble, no tanto son amigos de las riquezas como enemigos de un trabajo manual, y para dar una prueba evidente de esta pereza escesiva, basta decir que en toda la estension de la isla, la tierra solo tiene valor positivo donde se encuentran



1. Iglesia de Umata (Marianas)



2 Casa de los Moradores de Guaham.

VIAJE

cocos estimados á un peso el pie. Todos los demas terrenos pertenecen á quien desea cultivarlos, para lo cual falta hacerse un recurso al gobierno, quien los cede sin ningun precio y sin el menor foro anual.

Los habitantes de Umata son poco ricos, pero joviales, pacíficos y contentos con su suerte. La aldea encerraba unas 300 almas. La devocion y el galanteo parecian constituir los dos grandes resortes de las mujeres, que saben conciliar singularmente una y otra de estas pasiones. Todo manifestaba en aquel pueblo los profundos vestijios que habian dejado en él los usos y costumbres españolas: no ecsistia ya ninguna antigua costumbre local; la vida primitiva se habia fundido en la vida de los conquistadores, y era de todo punto imposible discernir el menor resabio. La fortuna de aquellas buenas jentes consistia en la posesion de algunos cerdos y aves caseras que vagueaban por los afueras de su domicilio. Hallábanse en gran parte cubiertos de lepra, enfermedad muy comun en toda la isla, igualmente que las úlceras y los lamparones.

En Umata como en Agagna, y como en toda la isla, los asuntos relijiosos ofuscan y anulan todos los demas. No son usos ni costumbres lo que se pide á los hombres y á las mujeres, sino prácticas piadosas: con tal que cumplan ecsactamente con la misa, fácilmente les perdonan sus defectillos. En las Marianas, como en todos los países españoles, los maridos están sumamente zelosos de sus mujeres; pero en cambio las señoritas gozan de una libertad bastante lata. En las aldeas el fallo está á cargo del alcalde, y la ejecucion corre por cuenta de los *gobernadorcillos*. Estos juicios no admiten apelacion en cuanto á los negocios de poca entidad; mas los grandes criminales son enviados á Manila, donde juzgan y califican sus delitos. Las cuotas percibidas en las ciudades están subordinadas á ciertos reglamentos, pero en los pueblos foraneos están sujetas á la discrecion y antojo de los alcaldes.

Entre las cualidades de los naturales, no debe pasarse en silencio, entre los que figuran en primera linea, el respeto que profesan á sus padres, sin que la edad sea escusa suficiente á la inobediencia. Los hijos de cuarenta años tiemblan á una reprension de su anciano padre, y nunca pronuncian su nombre sin acompañarlo de la palabra *señor* y de un lijero acatamiento. Las madres amamantan casi siempre á sus hijos: los hombres pueden casarse á la edad de catorce años, y las niñas á la de doce, bien que estos precoces himeneos son bastante raros. El número de hijos en una familia, tomando el término medio, es de tres á cinco. No faltan algunos ancianos que tienen de veinte á treinta hijos, y M. Arago, dibujante de la *Urania*, hace mencion de una mujer que tenia 137 vástagos de todos grados. Desgraciadamente toda esta sangre está infestada de lepra, vicio hereditario que los hidalgos marianeses se transmiten de jeneracion en jeneracion.

El traje de los hombres y de las mujeres es semejante al de las provincias españolas. En lugar de mantillas, las mujeres traen en la frente un pañuelo que les cae por las espaldas. Los cabellos anudados muy abajo y recojidos en la espalda, á veces un sombrerito de hombre rebajado hasta la oreja, y el corsé que deja desnudas una parte de sus formas, todo comunica á las Marianesas cierto aire atractivo y agraciado. Su tinte es amarillo, sus dientes en jeneral gastados por el uso del betel, y quizá tambien por el abuso de esos enormes cigarros que tienen á veces seis pulgadas de largo sobre ocho á nueve lineas de diámetro. La reserva no parece la virtud mas comun entre aquellas mujeres. Los Franceses de la *Urania* pudieron cerciorarse de ello por muchas ocurrencias, de las que podrémos citar la siguiente, por la cual podrá juzgarse de las demas. Al N. de la ciudad corre un riachuelo poco profundo y sombreado por encumbrados cocos, donde las mujeres y las muchachas de Agagna acostumbran bañarse casi todos los dias. Zelosos de los placeres del baño, beneficio inapreciable bajo aquel cielo abrasador, los oficiales de la *Urania* fueron en busca del rio, y en cuanto lo encontraron, al principio se espantaron. La hora de la llegada de los Franceses era la señal de la partida de las Marianesas; pero poco á poco se fueron habituando á aquellas nuevas cataduras, y en breve el baño fué comun. En consecuencia casadas y solteras se arrojaron al agua enteramente desnudas, lo cual no podia menos de parecer estraño á unos hombres educados en los hábitos del pudor europeo.

Otras escursiones siguieron á mi visita á Umata: en una de ellas, acompañado del secretario del gobernador, llegué hasta Pago, villorio situado en la costa oriental de la isla. De paso debíamos visitar el cortijo real de Tachogna que se halla en el centro de la isla en una comarca salubre, fértil y pintoresca. Despues de haber atravesado Sinahaga, aldeílla que tenia ya vista, y á Famé, de la que solo restan algunos escombros, llegámos al cortijo. Fundado antiguamente por los jesuítas, fué en un principio floreciente, y ya se habia levantado á poca distancia una aldea entera, rica y poblada, que parecia iria adquiriendo una importancia mas considerable aun, cuando un huracan destruyó las plantaciones, derribó las casas, y esparció la miseria y la consternacion por un pueblo que poco antes respiraba riqueza y alegría. Es verdad que desde entonces se ha intentado restaurar

las casas y dar nuevo principio á los cultivos; pero estas tentativas han sido parciales y poco seguidas. El cortijo de Tachogna no tiene actualmente otra importancia que la del ganado que cria. Para ir á Pago desde Tachogna, debe tomarse á través de la selva un estrecho sendero cuyo paso obstruye el follaje de la arboleda. A cada paso se descubrian en aquellas profundas selvas vestijios de villorios, entre los cuales los de Fagto, Tagon, Pomod, Tinaka y Agoan son los mas considerables. Sin embargo desde esta última localidad hasta Pago no se encuentra mas que un bosque inmenso. Pago es un pueblo bastante considerable, que contiene un palacio para el gobernador, una iglesia y un convento, edificados antiguamente por los jesuitas: D. Luís que mandaba á la sazon en aquel distrito nos dispensó la acojida mas satisfactoria.

Merced á su bondad y á su hospitalaria conducta, al siguiente dia tuvímos el placer de una suntuosa caza que nos condujo á los alrededores de Merisso. Al rayar del alba nos hallábamos congregados en número de doce, entre cazadores indíjenas y europeos, unos armados de fusiles, otros de estacas, de machetes y de una soga de nudos corredizos que debia tenderse en senderos practicados al objeto. Comunmente el cazador se pone al acecho del ciervo, en el punto de seccion entre la montaña y la llanura: lánzanse los perros en pos del animal y le persiguen á macha martillo hasta que cae en una emboscada. Sin embargo, sucede á veces que todos los cazadores le acosan; mas si lo persiguen cerca de la orilla se arroja al agua, se hace mar adentro y se vuelve á tierra hasta que ha desaparecido el peligro. Cuando sopla un viento fuerte, la caza es mucho mas fácil que en tiempo de calma: la época mas favorable es desde el mes de junio hasta el de octubre.

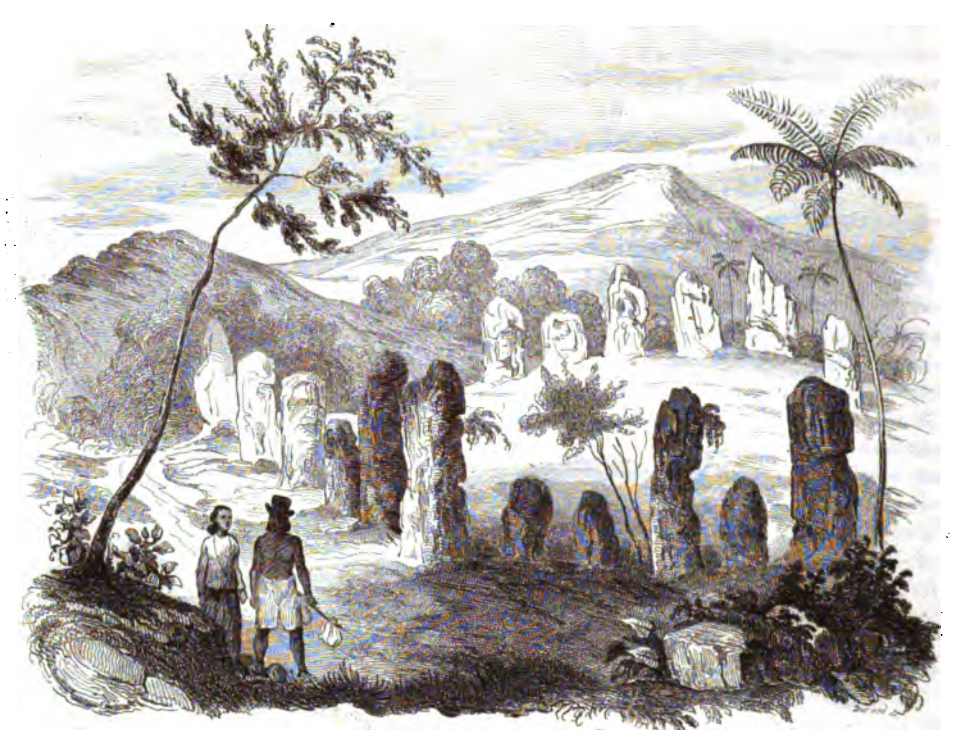
Nuestra empresa fué feliz; apenas llegámos á la altura de Merisso, cuando nuestros perros descubrieron en el fondo de la selva cuatro ciervos que dispararon en la direccion de la montaña. Uno de ellos fué muerto á paso por un indíjena, diestro tirador, que le apuntó á gran distancia. Un segundo, fatigado por nuestros perros, se arrojó á nuestra vista en un estanque donde le acribillaron á balazos (Pl. LXI.—4). Satisfechos de nuestra espedicion, volvímos á Merisso por la tarde para empalagarnos con los trofeos de aquella escelente caza.

Cuando un cazador aislado mata un ciervo, corta al animal en dos partes con el ausilio de su machete; suspende cada mitad de una larga palanca que fabrica con una rama de árbol y que se pone en equilibrio al hombro, y cargado de este peso regresa á su vivienda. Todos los años matan en Gouaham un gran número de ciervos, que á veces asciende á ochocientos, mil y hasta mil doscientos. Apesar de tan enorme mortandad y no obstante de prodigarse á manos llenas las corzas y los cervatillos, parece que su número no ha esperimentado un decremento considerable. Los animales de esta especie que han llegado á todo el medro de que son susceptibles, pesan hasta trescientas libras.

La caza del ciervo no es la única que se practica en Gouaham. Encuéntranse igualmente bueyes, cerdos y cabras monteses, aunque estas últimas en número insignificante. Con respecto á los bueyes y á los cerdos, como forman parte de los bienes del Estado, está rigurosamente prohibido darles caza, á menos que pueda obtenerse permiso del gobernador. En Gouaham no se matan mas que las vacas necesarias á la guarnicion. La caza del javalí se hace con el ausilio del galgo corredor y del modo mas sencillo: por lo comun bastan dos hombres armados, el uno de un machete, el otro de una pica. Comiénzase por lanzar los perros, y en cuanto se oyen los primeros ladridos, el azuzador los hace replegar en el sitio de donde procede el ruído, y desde luego el javalí se vé rodeado por la jauría que se estrecha hasta el punto de imposibilitar la fuga á la caza. Cuando el javalí es grueso y gordo, lo matan, pues de lo contrario lo dejan escapar. El primero que se coje, ordinariamente lo abandonan á la discrecion de los perros como ralea. Cuando se vé cercado por todos lados, el animal se defiende terriblemente; pero el azuzador lo coje sin mucha dificultad por los pies traseros. A los solos ladridos de los perros, los azuzadores reconocen si el cerdo es grueso ó pequeño.

De regreso á Agagna, el dia fijado por el puntual Pendleton, apenas tuve tiempo de despedirme por último del gobernador y pasar á un paro carolino que debia trasladarme á bordo, por cuanto el capitan habia dado ya la señal de leva. Por cuyo motivo no pude menos de satisfacer mis deseos de visitar las islas curiosas de Tinian y de Rota, que contienen vestijios de grandiosos monumentos pertenecientes á la era primitiva de las Marianas, escombros colosales que arguyen una civilizacion suntuosa en un país cuyas fábricas actuales son tan pobres é insignificantes. Es cierto que traía deseos de indagar con mas ecsactitud el estado de aquella comarca que los marinos y los artistas de la *Urania* no habian hecho mas que tocar someramente: pero la falta de tiempo no me dejó llevar á cabo mis proyectos, y de consiguiente tuve que contentarme con el reconocimiento practicado en comun por MM. Bérard, Gaudichaud y Arago, el uno oficial, el otro naturalista, y el tercero dibujante de la *Urania*.

Estos tres investigadores partieron de Agagna



1. *Ruines sur l'Île de Rota.*

1 Ruinas en la Isla de Rota



2. *Charrue et Herse de Gouham.*

2. Arado y Rastrillo et Guaham

á 22 de abril de 1819 en una pequeña escuadra, compuesta de ocho paros, tres carolinos y cinco marianeses; los primeros mucho mas finos veleros que los segundos. Apenas se habian embarcado los viajeros, cuando ya presenciaron la destreza de los pilotos. Con un pequeño sloop, los paros arriaban cuatro nodos por hora; y sin embargo nadie cuidaba del timon. Un solo hombre habia en la escota que maniobraba la piragua y cargaba la vela. Sin embargo habiendo arreciado el viento á mediodía, fué preciso mudar de bordada para navegar hácia la costa y bordear en seguida para pasar al fondeadero vecino en el O. de Ritidian.

Durante esta travesía, M. Bérard mató cuatro pájaros, pero sus tiros metieron el miedo en el ánimo de los pilotos carolinos, quienes miraban el fusil del oficial con espasmo y atencion aplicando al arma el nombre de *pak*, y al oficial al de *Birar-Pak*. En cuanto acababa de tirar, arriaban la escota, y uno de los individuos se arrojaba á nado con una amarra en la mano para ir á buscar la caza. Los Carolinos son tan diestros nadadores, que les es del todo indiferente tener la cabeza dentro ó fuera del agua: diríase que la mar es su elemento favorito. El cazador abandonó la caza á su discrecion, por otro lado no muy buena de comer, y la paladearon cual provecho inesperado.

Entretanto la flotilla alcanzaba el fondeadero, y los Franceses desembarcaban para pernoctar. Algunos Carolinos se lanzaron á nado de antemano y al llegar á tierra mondaron mas de cincuenta cocos, encendieron una grande hoguera y cocieron su caza marina. Para esto no hicieron mas que quitar las plumas mas largas, y pasando un pedazo de madera en el pico de las aves, las volvieron y las revolvieron sobre el fuego hasta que estuvieron bien cocidos. Finalizada esta operacion, empezaron á comer á dos carrillos, despues de haber convidado con todo comedimiento á los viajeros, quienes pernoctaron en la cabaña de un isleño.

Al dia siguiente volvieron á emprender la marcha á las siete, en medio de un tiempo incierto y proceloso. Cuando aparecia algun chubasco en el horizonte, la tripulacion carolina se agachaba, y batiendo por intérvalos con la mano abierta la otra mano medio cerrada, mandaba á las nubes que se alejasen, y pronunciaba á media palabra y con mucha uncion algunas voces rápidas que reiteraban periódicamente y como por estribillo. M. Arago logró trasuntar la siguiente plegaria:

Léga chédégas, léga cheldi léga, chédégas léga chédégas, légas cheldi léga chédégas, léga chédégas mottou.

Oguéren quenni chéré péré peï; oguéren quenni chéré péré peï.

En el decurso de toda aquella navegacion, los Carolinos se mostraron ávidos y tragones. Incesantemente estaban molestando á los Franceses paraque multiplicasen sus banquetes, bien persuadidos de que les abandonarian sus relieves, ya fuesen algunos bocados de volatería, ya algunas migajas de pan. Solo hubo un plato que no quisieron catar, y fué el del cuervo, por razon de que esta ave frecuenta los cementerios y se alimenta de carne humana. Sus provisiones de campaña consiste en cocos sazonados, que constituyen su alimento habitual. Todos los individuos de aquella tripulacion estaban animados de jovialidad y de buen humor, en términos que desde la mañana hasta la noche estuvieron cantando ó salmodiando.

Los Franceses dieron fondo en Rota mucho antes de anochecer. Al caer la noche los paros se colocaron uno junto á otro arreglándose por mutuas señas hechas con una bocina, instrumento que nunca se echa menos en las piraguas de los Carolinos y que arroja el sonido á una distancia considerable. Deseando provocar de parte de los habitantes de la isla con una señal que pudiese facilitar el baradero, M. Bérard disparó un escopetazo; pero solo contestaron desde la playa con encender una grande hoguera, y despachar una piragua que parecia acercarse con muchísimo miedo. Llegó por fin, y M. Arago, sobrecojido del mareo, manifestó deseos de embarcarse en ella; pero en cuanto hubieron andado algunas brazas, cuando la piragua zozobró, y sin los esfuerzos de un intrépido Carolino que se arrojó al mar con ánimo de salvar al artista, quizás hubiese perecido en el naufrajio. Por último, merced á la intervencion de una embarcacion de mayor porte, nuestros viajeros desembarcaron sanos y salvos, y encontraron un asilo en casa del alcalde que les dispensó la acojida mas cordial, especialmente al tener conocimiento de las cartas del gobernador D. Medinilla. Todo el influjo de esta recomendacion superior, apenas fué parte á calmar el país que, al oir al fusilazo disparado por la noche, se alarmara sobremanera tomando á los Franceses por insurjentes de la América española.

Nuestra permanencia en Rota fué corta, pero agradable. Mientras el naturalista y el oficial reconocian el interior de la isla, el dibujante bosquejaba diversos puntos de vista, entre los cuales se hallaba una de esas ruinas antiguas que no pueden menos de absortar al observador así por sus proporciones como por la naturaleza de los materiales empleados (Pl. LXIII. — 1). Estas ruinas se hallaban situadas en el recuesto de una montaña. Veíanse en ellas escombros de colum-

nas de tres pies de diámetro, cuya disposicion parecia indicar un solo edificio redondo de unos ochocientos pies de circumferencia. Ni un resabio de escultura se observaba en aquellas piedras: varios cascos de roca y plantas parásitas obstruían el interior del circo. M. Arago interrogó á su guia, el capitan Martinez, sobre el orijen de aquel edificio, pero no tuvo otra contestacion que la siguiente: « Ni yo, ni ningun Marianés lo sabe. El vulgo lo llama la *casa de los anticuos*, pero todo se acabó. »

La conducta del alcalde de Rota y del capitan Martinez hácia los viajeros franceses fué altamente recomendable. Todo cuanto producia la isla, fué puesto por ellos en requisicion, y en su honor hicieron traer víveres de remotas comarcas. No faltaron escelentes frutas ni sabrosas aves: la campiña parecia de una fecundidad admirable; los árboles eran magníficos, y los frutos y legumbres deliciosos; los collados estaban entapizados de plantaciones de algodoneros, cuyas blancas mazorcas reproducian en aquel paisaje ecuatorial los atributos de la nieve. Todo es en Rota de mejor cualidad que en Gouaham, el nima, el tata y la sandia. El principal azote del país es el raton, que pulula en él desastrosamente. Estos animales andorrean á millares, destruyen las cosechas y aniquilan la mas rica vejetacion, y si no se toman algunas medidas para estirparlo de raiz, esta playa esterilizará Rota. Encuéntranse asimismo en la isla un murciélago monstruoso, un cientopies que abunda sumamente en las grutas, y muchos cerdos monteses. La misma aldea se compone de ochenta casas que contienen unos cuatrocientos habitantes. En cada calle hay cinco ó seis cruces, y sin embargo no hay en la isla sacerdote alguno. La iglesia está sin cura, y en ella se reunen los fieles á la hora comun del oficio divino. Cuando fallece un natural, lo envuelven en una estera y lo acompañan al cementerio con la cruz al frente, al paso que el mas notable de los habitantes entona el himno de difuntos. Esta falta de sacerdotes hace muy compasible la situacion de las mujeres, pues solo pueden casarse durante las cortas y raras visitas del cura de Agagna, muy ocupado en su parroquia. Así es que no pocas veces se aventuran en las mas frájiles embarcaciones para hacer bendecir su union, ó para cumplir con sus deberes relijiosos. Este obstáculo es ademas un manantial inagotable de escesos y de desórdenes: mas de una moza procura destruir el fruto de una union que la iglesia no ha lejitimado.

Las casas de Rota, ni mas ni menos que las de Gouaham, están construídas sobre estacas, pero su aspecto es mucho mas miserable. Los hombres van casi desnudos los dias de trabajo, pero el domingo se calzan el pantalon. Las mujeres solo pueden cubrirse con un pañuelo retenido por una soga, que hacen envolver por delante ó por detras. M. Arago traza con respecto á estas mujeres un cuadro que parece algo poético: « Sus contornos, dice, son sumamente bellos, sus espaldas redondeadas eróticamente, su andar elegante, su seno alto, sus pies pequeños, sus piernas muy bien torneadas, y sus cabelleras admirables, negras como el azabache y flotando por sus espaldas. Huían de nuestra presencia con una pesada tenacidad; y habiendo encontrado en las montañas algunas de ellas cargadas con enormes fardos, corrian á pie descalzo por guijarros afilados sin sentir al parecer el menor dolor. »

Rota seria á buen seguro mas poblada y menos descuidada por los Españoles si fuese mas provista de agua. Los habitantes van á sacarla de un pozo situado al N. E. de la aldea, á una legua y media de distancia. El agua de este depósito es un poco salada, y aunque la mezclan con agua lluviosa que recojen por un medio bastante injenioso, no deja de serlo bastante. En la copa del coco fijan una de sus hojas de suerte que haga concavidad, y de esta suerte embutiendo hoja por hoja forman una especie de conducto vejetal, en cuyo caso hay una cuba que recibe el agua que mana. En casi todos los cocos se ven aparatos de esta naturaleza.

A 26 de abril los Franceses se despidieron de sus huéspedes y partieron para Tinian en los paros de los Carolinos. Esta travesía ofreció á M. Bérard una ocasion propicia de averiguar la irregularidad y estravagancia del réjimen de esos naturales. El alcalde de quien acababan de despedirse les habia dado un cerdo asado, un canastillo de galletas de maíz, y ciento cincuenta raíces de batatas, sin contar una enorme provision de cocos. Es cierto que todas esas provisiones podian durarles una semana, pero se los comieron en un dia. Para coadyuvar á la dijestion, se pasaban las manos por el estómago y el vientre, cual si quisieran apilar los alimentos. Antes de ponerse el sol no les quedaban mas que algunos frutos de rima y los cocos, y aun M. Bérard les dió dos aves caseras, dos panes otras tantas sandías y una docena de batates y naranjas. Al dia siguiente purgaron su glotonería de la víspera, y solo se comieron un coco. « Esta es, decian, nuestra racion diaria durante las travesías del archipiélago de las Carolinas al de las Marianas. »

Todo el dia 26 los Franceses bordearon por un mar muy denso y hasta las diez de la noche del 27 no llegaron á Tinian. Los paros anclaron ante el domicilio del alcalde, que no se mostró menos cumplido ni jeneroso que su compinche de Rota. Sin embargo la poquedad de los recursos de su isla no le permitia dar libre curso á su jenerosidad, y, por mas que haya di-

cho Anson, ninguna isla es mas árida, mas triste ni mas miserable que esta. Sea que haya ecsajerado la belleza de sus campiñas, sea que en pocos años su fecundidad haya dejenerado en ingratitud, lo cierto es que Tinian es actualmente un terreno maldito, carente de cultivo y de poblacion. Todos los habitantes de la isla se hallaban en el salon del alcalde. Su número se remontaba á quince, que se alojaban en cuatro miserables albergues. Los árboles del campo son sumamente raros y desmedrados: por acá y acullá se ven algunos rimas añejos, algunos cocos y un corto número de plantaciones mezquinas: tal es el aspecto de esa comarca que parece haber sido conmovida por los impulsos de alguna tremenda catástrofe.

Con efecto, á vista de los escombros magníficos todavía en pie, es imposible dejar de reconocer que esa tierra ha tenido su época de prosperidad y de grandeza. Cuando el viajero penetra á través de las malezas, encuentra algunos de los restos que en la isla de Rota llevaban el nombre de *Casas de los Anticuos* (Pl. LXII. — 4). A vista de aquellos escombros de producciones colosales, no puede menos de indagarse qué pueblo erijió esos monumentos, y si han sido derribados por la naturaleza ó por mano del hombre. La semejanza de esas fábricas, su forma semicircular, sus materiales de arena unida con argamasa, su situacion, su órden, su disposicion, todo absorve y aturde la imajinacion. Porqué esos macizos coronamientos? Qué soberano, como dice M. Arago, pudo construir esa inmensa columnata que indudablemente formaba un edificio solo? Nada absolutamente dicen las leyendas locales, ó bien dicen unos asertos tan absurdos, que en ninguna manera son de creer. Por ejemplo: « Toumoulou-Tega era el caudillo principal de esta isla: reinaba felizmente, y á nadie le vino á las mientes disputar su autoridad. De repente uno de sus parientes llamado Tjocnanaï enarbola el estandarde de rebelion, y su primer acto de inobediencia consiste en construir un edificio semejante al de su rival. Fórmanse dos partidos: vienen á las manos; la casa del rebelde es allanada, y de la liza, ya jeneralizada por do quiera, nació una guerra que acarreó en pos de sí la despoblacion de la isla y el asolamiento total de aquellos edificios. » Las ruínas mas bien conservadas son las que se ven al O. del fondeadero. Tenia el edificio doce columnas, pero ocho solamente estan en pie. Cuando cayeron las primeras permaneció intacto el cimborio que las corona. Vense á mas otros escombros mas atrasados junto á un pozo llamado igualmente *el pozo de los anticuos*. Parecen haber formado un edificio de mas de cuatrocientos pasos de largo. Las raíces que todavía unen estos añejos escombros comunican un aspecto orijinal y pintoresco á todo el recinto.

Despues de una breve permanencia en Tinian, nuestros viajeros volvieron á embarcarse en los paros carolinos cuya tripulacion se habia aumentado con un tamol procedente de la isla de Saypan. La travesía de la vuelta fué mas pronta y afortunada que la de la ida. A 2 de mayo los Franceses pasaron á bordo de la *Urania*, y dieron cuenta al capitan de su curiosa correría.

CAPITULO XXVI.

ISLAS MARIANAS.—HISTORIA Y JEOGRAFÍA.

A 6 de marzo de 1521, Magallanes dobló el cabo Horno, descubrió el grupo de las Marianas, y las denominó *Islas de las velas latinas*, y despues *Islas de los Ladrones*. Créese que las únicas islas avistadas entonces fueron Saypan, Tinian y Agigan. Es cierto que el almirante español deseaba detenerse algunos dias en aquel grupo; pero la audacia de los naturales, su propension al robo y su importuna conducta le retrajeron de su proyecto. Hubo instante en que fué preciso desembarazarse de la molestia de los visitadores á mosquetazos. Los Indios contestaron al fusileo á pedradas y lanzadas, cuyas escaramuzas continuaron á la vela hasta que los naturales consiguieron arrebatar la chalupa suspendida de la popa del buque. Entonces el comandante echó el ancla, desembarcó con cuarenta individuos armados, mandó pegar fuego á las habitaciones y á las piraguas que encontró acerca de la playa, mató siete isleños, y recobró su chalupa. De regreso á bordo tras esta ruidosa venganza, se vió circuído por una flotilla de piraguas, cuya resistencia se vió forzado á sobrepujar.

Cinco años quedaron olvidadas las Marianas. En 1526 el Español Loyasa avistó el grupo á 4 de setiembre, y recojió en él á un desertor español de la tripulacion de Espinosa, uno de los capitanes de Magallanes. En vez de hallar á los naturales mal dispuestos, Loyasa entabló con ellos relaciones amigables, y para reconocerlas arrebató once naturales que agregó al número de sus marinos.

Los navegantes que en seguida aparecieron en las Marianas tenian la mision de todo el archipiélago en nombre del rey de España. Álvaro de Saavedra lo hizo de un modo harto incompleto y nominal; pero á 25 de enero de 1565 Miguel Lopez de Legaspi marcó su paso de un modo mas auténtico. El Padre Urdaneta, que se hallaba á bordo, queria formar al instante un establecimiento en aquellas islas por parecerle que subvenian á una cómoda subsistencia; pero Legaspi despreció esta opinion como contraria á las órdenes del rey, que le mandaba encaminarse directamente á las Filipinas. Sin embargo

apesar de la prohibicion formal del comandante de desembarcar y traficar con los isleños, fué imposible evitar las contiendas entre estos y los marineros, como que llegó á ocurrir el asesinato de un individuo despachado á la aguada, que dió ancho campo á las mas terribles represalias. La muerte de unos diez isleños, y el incendio de algunas piraguas y casas de la playa; he aquí á lo que el autor de la relacion llama una venganza incompleta.

Francisco Galli en 1582, Tomas Cavendish en 1588, Mindana en 1596 y Olivier Van Noort en 1600, hicieron escala sucesivamente en las Marianas, y se ciñeron á corroborar la observacion ya hecha de la propension de los indíjenas al robo. El buque español *Santa Margarita* fondeó en Rota en 1600 en muy mal estado, tanto que los naturales pasaron á bordo, se apoderaron del buque, pillaron el cargamento y pasaron á cuchillo algunos marineros. Los restantes se dispersaron por la isla, pero la mayor parte fallecieron, y solo algunos pudieron pasar algun tiempo despues á las Filipinas, despues de haber intentado en vano embarcarse en el galeon *el Santo Tomas*. En 1616 y 1635, los Holandeses se mostraron de nuevo ante el grupo para abastecerse de víveres; pero hasta en 1668 no tuvo lugar la verdadera colonizacion de las Marianas.

La iniciativa pertenece al P. Sanvitores, misionero jesuíta, que en la atravesía de Acapulco á Manila habia hecho escala en aquel punto, é interesádose por la suerte de los naturales que se mostraron atentos, buenos é irreprensibles. El gobernador de las Filipinas rechazó su proyecto, pero lejos de acobardarse se dirijió directamente al rey de España que aprobó sus planes. En consecuencia el P. Sanvitores, acompañado de los PP. Tomas Cardenioso, Luís de Medina, Pedro de Casanova, Luís de Morales y Fr. Lorenzo Bustillos, apareció á 23 de marzo de 1668 á la vista del grupo que denominó *Islas Marianas*, en memoria de María Ana de Austria, esposa de Felipe IV. En cuanto ancló en Gouabam el navío á cuyo bordo iba el misionero, cuando lo rodearon cincuenta piraguas esclamando: *abok! abok!* (amigos! amigos!) Hallábase en una de aquellas piraguas un Español que, establecido en aquellas islas hacia treinta años, sirvió de guia y de trujaman á los recien llegados. Acojido bajo los mas felices auspicios por el caudillo Kipoa, Sanvitores edificó una iglesia en Agagna, y transformó esta aldeílla en capital de la mision y centro de las empresas apostólicas. Apesar de la resistencia de los caudillos que rechazaban una relijion basada sobre la igualdad de condiciones, Sanvitores verificó numerosas conversiones, entre las cuales descuella la del jefe Kipoha. Cierto Chino llamado Choco se opuso á sus designios sin poder impedir sus progresos. Fundóse en Agagna un seminario, y se bautizaron al primer año 20.000 isleños. Cuando las predicaciones hubieron fructificado en Gouabam, pensóse en las otras islas. Varios compañeros de Sanvitores y Sanvitores mismo recorrieron Saipan, Rota, Tinian, Anataxan, Sarignan, Alamaguan, Pagan y Grigan, bautizando á cuantos bichos escuchaban su palabra evanjélica. Dos catequistas, el P. Lorenzo y el P. Merina, fueron víctimas de su zelosa empresa. Sanvitores estuvo espuesto á innumerables peligros, pero ninguno fué parte á desanimarle ni menos á amainar su zelo. Estableció cuatro nuevas parroquias, Merison, Paikpok, Pagan y Nigsiban, y habiendo sobrevenido la guerra, luchó, colonizó y convirtió á un tiempo. El Chino Choco era el alma y el brazo de aquellas revueltas que se estendieron en breve por toda la isla. Los Españoles fueron sitiados en Agagna; durante trece dias y trece noches vivieron en continua alarma y repetidos asaltos, y sin una salida decisiva que puso al enemigo en completa derrota, no cabe duda que hubieran sobrevenido grandes calamidades.

La victoria de los Españoles acarreó una tregua que fué cumplida y quebrantada alternativamente hasta el momento de una triste catástrofe. Sanvitores murió asesinado por un indíjena llamado Matapang, á cuya hija acababa de bautizar, y como si la muerte no fuese parte á aplacar su resentimiento, el asesino trasladó su cuerpo á una piragua y fué sumerjido en alta mar.

Desde aquel funesto acontecimiento, acaecido en 1672 hasta en 1699, los Españoles tuvieron que proseguir su establecimiento en las Marianas con las armas en la mano. La posesion tranquila de este grupo se debió tan solo á D. José de Quiroga y Losada, poderoso y noble señor de Galicia, quien al venir en conocimiento del asesinato de Sanvitores se decidió á continuar la obra que el piadoso misionero habia empezado. En 1680 llegó Quiroga á Gouabam, y dividió la isla en distritos, con objeto de formar puntos de defensa contra toda revuelta eventual. Hallábase tranquila Gouabam, pero Rota encerraba todavía algunos rebeldes que Quiroga fué á encontrar y á someter. El gobernador Saravia que sobrevino halló la organizacion del país muy avanzada: reunió los caudillos principales en asamblea solemne, hízoles prestar juramento de fidelidad al rey de las Españas y de las Indias, y desde entonces los naturales aceptaron con menos repugnancia los usos y costumbres de los Españoles. Acostumbrábanles á vestirse, á sembrar el maiz, á hacer con él una especie de galleta, y comer carne. Instruyeron á algunos en las diversas profesiones de Europa,

enseñáronles á hilar el lienzo, á coser, á adobar las pieles y los cueros, forjar el hierro, labrar las piedras, construir edificios, etc. Enseñábanles en los seminarios á leer y escribir, cantar y tocar el violin. La educacion de las hijas tampoco era despreciada; habituábanlas á las faenas domésticas y las ecsortaban á las virtudes morales.

Bajo la administracion de Damian de Esplana, nuevo gobernador, partió D. Quiroga para la conquista de las islas del Norte, y sometió Saypan y la mayor parte de las islas adyacentes. Sin embargo mientras se estendia por las últimas Marianas el poder español, su ecsistencia se veía amenazada en la capital misma. Estalló una formidable conspiracion cuyo caudillo llamado Djoda se presentó á su frente para vengar la independencia marianesa. Al dia designado entraron en Agagna sesenta indíjenas bien armados y decididos, so pretesto de asistir á la misa del domingo. Al salir del oficio, distribuyéronse en los puntos concertados y empezaron á llevar á cabo su proyecto. El gobernador, que se paseaba por la plaza, fué acometido; los centinelas pasados á cuchillo; muchos frailes sucumbieron igualmente, y el resto de aquellos furiosos empezaba ya á penetrar en las casas y saquear la ciudad. Sin embargo dos soldados españoles se presentaron en la liza, arcabucearon á Djoda y atajaron la victoria de los conjurados. El gobernador, aunque herido de gravedad, parecia deber sobrevivir á sus heridas. Estas dos noticias detuvieron á los jefes indíjenas en sus proyectos. Los Españoles aprovecharon esa suspension para disputar el puesto; pero apesar de todo su situacion era de dia en dia mas desesperada, cuando la llegada de Quiroga, libre ya de los enemigos del Norte, restableció la suerte en favor de los Europeos. Los rebeldes fueron arrojados de Agagna, batidos y perseguidos hasta el fondo de sus montañas. Sobrevinieron en la costa algunos acecinadores ingleses, que acabaron con los fujitivos por un increíble medio de barbarie. La siguiente relacion inglesa manifiesta el modo con que se portaron los primeros navegantes con respecto á los salvajes.

« Llevámonos á bordo, dice Cowley, cuatro de esos infieles con las manos atadas por la espalda, pero tres de ellos se arrojaron al mar y se alejaron á nado con las manos atadas de aquella suerte. Persiguiólos la embarcacion, y nos convencímos de que el hombre mas robusto no era capaz de penetrar su piel del primer sablazo. Uno de ellos recibió cuarenta balazos antes de morir, y el último de los tres, que igualmente fué muerto, habia nadado una milla de distancia, no solo con las manos atadas como antes, sino tambien con los brazos encadenados. Entonces declarámos una guerra esterminadora á aquellos isleños, y desembarcámos todos los dias arcabuceando á cuantos avistábamos, en términos que la mayor parte se vieron forzados á abandonar la isla. Diputaron á dos de sus caudillos para hacer la paz, pero nos negámos absolutamente á tratar con ellos. Poco despues, algunas de nuestras jentes fueron á tierra para pescar, y habiendo encontrado algunos Indios que les parecieron sospechosos, les mataron; acudieron al momento un gran número de naturales al socorro de sus compañeros, pero los saludámos haciendo fuego. » Estos medios de colonizacion eran por cierto de una especie bien singular.

Desde 1689 hasta 1693 el gobernador Damian y D. Quiroga tuvieron que luchar contra algunas revueltas de la guarnicion española y contra una horrible maquinacion fraguada por unos forzados que se hallaban de paso para Gouaham. A estas calamidades se agregó cuanto antes una plaga mucho mas terrible: en la noche del 20 de noviembre de 1693 sopló un impetuoso huracan que asoló todo el grupo. Caía el agua á cántaros, el cielo, desgarrado por el rayo, y el viento parecian redoblar su furor para desquiciar la isla de su peñascosa base. Los habitantes emprendieron la fuga hácia las montañas, y á su regreso no encontraron en Gouaham nada absolutamente en pie. Los árboles, la aldea, las iglesias, la fortaleza misma, todo se hallaba al nivel del suelo. Fué preciso edificarlo de nuevo. Solo Gouaham habia sido devastada; el huracan no se habia cebado tanto en las demas islas. Este desastre fué el último que sufrió el archipiélago. Quiroga ganó la batalla de Aguigan, llevó á cabo la pacificacion completa y definitiva del grupo, arrogóse el poder supremo, y en 1699 no habia ya en todas las Marianas un rebelde ni un idólatra.

Desde entonces su historia no ofrece otros incidentes que el paso de diversos gobernadores ó el recalo de armamentos europeos. Entre los gobernadores hubo algunos que gobernaban el país mirando siempre por el interés colonial, entre los cuales debe citarse D. Mariano Tobías; pero otros, como D. Juan Pimentel, aprovecharon el poder para crearse una fortuna considerable. En cuanto á los navegantes que hicieron escala en las Marianas, se cuentan entre ellos el célebre Dampier en 1686; en 1710 Woodes Rojers; en 1716 Gentil de la Barbinais, el primero de los Franceses que han aportado en las Marianas; en 1721 el Inglés Clipperton que hizo algunas demostraciones agresivas; en 1742 el comodoro Anson; en 1765 el comodoro Byron; en 1768 el capitan Wallis; en 1772 el capitan Crozet, comandante de los buques franceses el *Mascarin* y el *Marqués de Castries*; en 1792 el capitan español Malespina; en 1817 el capitan

Kotzebue ; en 1818 y 1819, el Kamstchatka y el Koutoussoff, buques rusos, y la *Urania*, corbeta francesa mandada por el capitan Freycinet ; por último en 1828 el capitan d'Urville, comandante del *Astrolabio*. En este espacio de tiempo aparecieron igualmente varios paros procedentes del archipiélago de las Carolinas. La primera llegada de esos isleños data de 1721, continuando despues de cuando en cuando. En 1787 arribaron á Gouaham con sus tripulaciones tres tamols impelidos por la tempestad, cuyos paros pertenecian á la isla Namourek. En 1794 llegaron otros de la isla Goulou, y desde entonces estas travesías fueron mas frecuentes. En 1814 llegó de Namourek una flotilla de diez y ocho paros. En nuestro siglo el único suceso que ha hecho época en las Marianas es la larga y moderada administracion del gobernador D. José de Medinilla, simple teniente de infantería, que en 1812 sucedió á D. Alejandro Parreño. A la época en que prevalecia en España el sistema constitucional, Parreño tuvo por sucesor Ganga Herrera, que dejó recuerdos honorables en el país, pero que fué reemplazado cuando se consumó en la metrópoli la reaccion política.

Tal es la historia conocida y auténtica de las Marianas : todo lo demas es una sarta de fábulas. Por lo que hace á su jeografía, es fija y determinada. Este grupo está situado en la parte septentrional del grande Océano equinoccial, al E. y á unas 400 leguas de las Filipinas, y se estiende entre los 13° 10' y los 20° 30' lat. S. y entre 1° y los 17° lonj. E.

Este archipiélago se compone de diez y siete islas ó grupos de islotes. Los mas considerables son : Gouaham, Saypan, Rota y Tinian. Antiguamente todas las islas situadas al N. de Tinian eran conocidas bajo el nombre jenérico de Isla Gani.

Gouaham. Esta isla tiene unas treinta leguas de circumferencia, y aunque no es muy elevada, encierra muchas montañas siendo muy encumbradas: el monte Ilikio, de doscientas cincuenta toesas de elevacion; el monte Kinkio de unas doscientas, y el monte Langao. Gouaham contiene aguas ferrujinosas, y de todas las Marianas es la que posee los puertos mas seguros. Umata es una buena estacion por los vientos de E. y su aguada es escelente. El puerto San Luís, situado en la costa N. O., es bueno, bien que de un acceso difícil. El pequeño puerto de Agagna solo es accesible á piraguas ó paros ; pero la rada de Apra está á poca distancia, y podria con rigor fondearse en ella con buenos cables de hierro, delante de la misma Agagna. El terreno de Gouaham es cruzado por varias corrientes, la mas considerable de las cuales es el Taro'ofo, engrosado por su afluente Mangoï. Los bergantines y varias embarcaciones de gran porte pueden remontarlo hasta unas cuatro millas de su embocadura. Las lagunas mas considerables son las de Cotod y de Mapopon, de donde nacen algunos rios. Agagna está situada á los 13° 28' lat. y á los 142° 37' lonj. E.

Saypan. Notable por una montaña cónica, bien conocida de los navegantes bajo el nombre de *Pico de Saypan*. El puerto de Saypan, en el O. de la isla, no es mas que un vasto *barrachois* lleno de altos fondos. Aunque sus avenidas son mal conocidas, se cree que toda especie de embarcacion podria acercarse sin dificultad. El pico está situado á los 15° 23' lat. N. y á los 143° 35' lonj. E.

Rota. En sentir de M. Bérard, el centro de la isla es ocupado por una montaña de unas cien toesas de altura que se levanta en forma de anfiteatro desde la orilla del mar, y en cuya falda hay varios senderos practicados por la naturaleza. El agua dulce es muy rara en Rota. Hállase tan solo un arroyuelo que los naturales apellidan *el Rio* : su agua es buena de beber, pero la de los pozos de la ciudad es algo salobre. El fondeadero es muy poco seguro en Rota, y el fondo erizado de corales rasgaria en un solo dia el mas fuerte cable de cáñamo : así que solo puede anclarse en él con cables de hierro. El punto culminante de la isla está situado á los 14° 7' lat. N. y á los 143° 5' lonj. E.

Tinian. Isla baja en el N. E. y mas elevada en el S. E. La direccion de la cordillera es de N. á S. Tinian carece de agua corriente, y solo contiene dos pozos de agua dulce, el uno al E. de la isla, el otro al N. O., aunque el agua mejor es la del *pozo de los antiguos*. El fondeadero está situado al O. de Sonarom. Cerca de la costa hay un banco separado de la tierra por un canal que permite el paso libre á las piraguas y á las embarcaciones de menor porte. Sonarom está situada á los 14° 59' lat. N. y á los 143° 28' lonj. E.

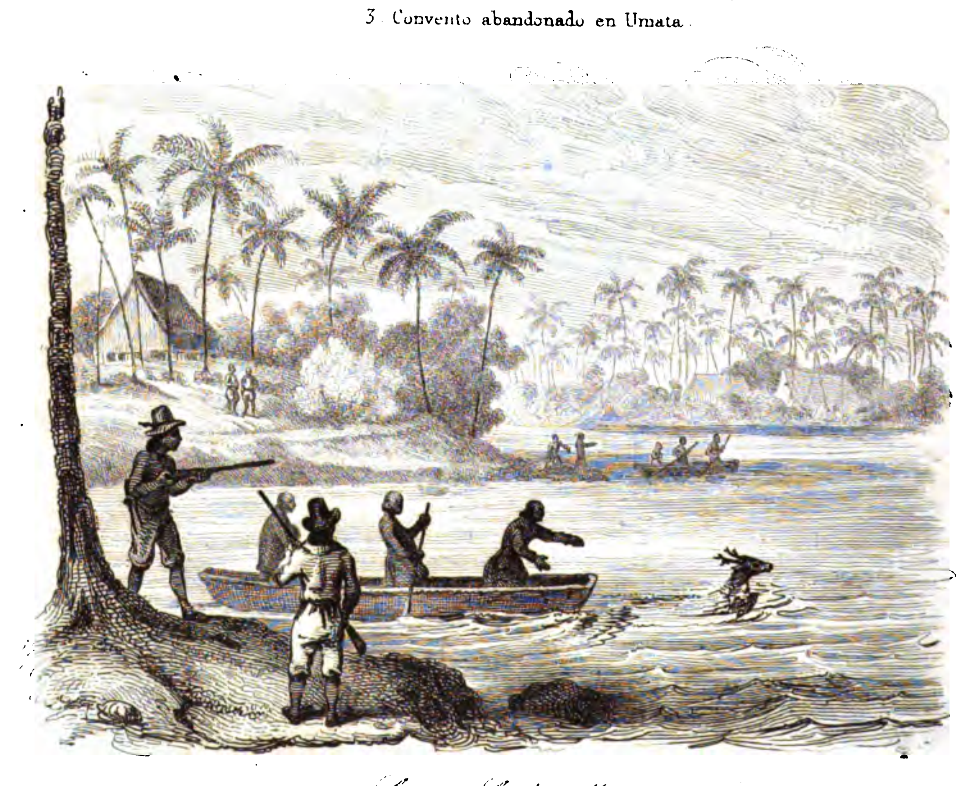
Las demas islas del grupo, casi de todo punto insignificantes ya por su estension como por su poblacion, son las siguientes : Aguigan, Farallon de Medinilla, Anataxan, Sariguan ó San Cárlos, Farallon de Torres, Guguan ó San Felipe, Alamaguan ó Isla de la Concepcion, Pagon ó San Ignacio, Grigan ó San Francisco Javier, Mangs, Asuncion, Gui, Oracas y Farallon de Pájaros.

De todas las islas que componen el grupo de las Marianas, Gouaham es la única que tiene alguna importancia. Antiguamente todas estas islas estaban cubiertas de aldehuelas y villorios ; pero en la actualidad su número ha disminuido mucho. Gouaham encierra como dignas de ser citadas, las localidades siguientes : Merisso, Pago, Inarahan, Agat, Anigua, Umata, Sinhagua, Assan, Tepoungan y Mongmon. La isla entera contenia en 1819, 5.000 habi-



3. Couvent abandonné à Umata.

3. Convento abandonado en Umata.



4. Chasse au Cerf à Meriso.

4. Caza al Ciervo en Meriso.

tantes, segun M. Freycinet; pero segun M. d'Urville, que la visitó en 1828, solamente 4.000.

La parte mas salubre de Gouaham es Sinhagua, situada en la parte mas elevada de la isla. La parte oriental parece mas saludable que la parte opuesta. Los meses mas cálidos son los que median entre el mayo y agosto. El tiempo de las grandes lluvias corre de agosto á noviembre: los vientos soplan por monzones, los del E. de diciembre á mayo, los del O. de junio á noviembre. Estos últimos causan borrascas y lluvias.

El grupo de las Marianas, compuesto de rocas calcareas ó de masas madrepóricas, ó de capas volcánicas, arguye un terreno que en épocas remotas fué conmovido por volcanes submarinos, á los cuales se debe tal vez la formacion de aquellas islas. En la base de las montañas, producto de erupciones semejantes, el mar ha acumulado con mucha regularidad bancos de calizo mezclado con cascajos de madréporas. Esta formacion se estiende á lo lejos y de una manera muy uniforme; mas cuando el Océano declinó de su nivel, todas las capas calcareas contribuyeron al acrecimiento de estas islas, entre las cuales hay algunas que parecen haber sido en su principio volcanes aislados. En cuanto el reino orgánico ha encontrado en este suelo circunstancias favorables, toda vejetacion se ha desarrollado con vigor, aunque contrariada al principio por los estragos de los fuegos subterraneos. Así es que se encuentran en Gouaham trozos de árboles carbonizados. A veces estas erupciones se abren paso á través del mismo calizo, como se echa de ver en el picacho de Santa Rosa. De todos estos hechos parece deducirse que estas islas, lejos de haber formado una sola tierra con el Océano índico, segun creía Buffon, son por lo contrario de una formacion especial y reciente.

La fertilidad de este grupo se echa de ver á la primera ojeada; pero por desgracia los beneficios del suelo son improductivos, merced á la incuria y neglijencia de los habitantes. Las selvas de Gouaham, aunque muy frondosas, no tienen este aspecto de grandeza y de empuje que parece constituir el infantazgo de la vejetacion ecuatorial. Muchas comarcas no ofrecen mas que bosques, al paso que otras solo contienen campos ó dehesas. Pocos distritos hay que sean de una esterilidad absoluta, pero los mas fértiles son Merisso, Umata, Assan, Agat, Sinhagua é Inaharan. El sitio mas delicioso es el espacio comprendido entre Tepoungan y la capital.

Las demas islas del grupo no parecen inferiores á Gouaham en fecundidad. Agigan y Rota están cubiertas de una lozana vejetacion que forma malezas impenetrables, dominadas por grupos de hermosos rimas, de dogdogs (artocarpus incisa), de tamarindos, de higueras y de cocos diseminados de trecho en trecho. La vista se detiene con placer en aquel sombrío oquedal cortado por acá y acullá de rastros de rocas. Tinian parece mas árida, y no ofrece nada de lo que prometen las relaciones de Anson. En cambio Saypan ofrece todos los caractéres de una tierra rica y maravillosa. Las otras islas situadas al N. tienen un aspecto menos risueño.

Pocos países son mas favorecidos que las Marianas bajo el aspecto de las sustancias vejetales propias al alimento del hombre. Entre estas se hallan muchas especies de árboles de pan, de palmeras, de bananos, de batatas, de arroz y de maíz. El coco, el areck, el cyca, palmera muy multiplicada que produce una escelente fécula, completan el catálogo de los vejetales alimenticios. El dogdog y el rima suministran frutos abundantes y preciosos; su naturalizacion se debe á los Españoles, igualmente que el mangle, el naranjo, el limonero, el ananas, el guayabo, el granado, la uva, etc. Muchas maderas de los bosques interiores sirven para la arquitectura naval, otros tienen propiedades medicinales. Por último la flora y el fauno del país reunen casi todas las especies que caracterizan la zona ecuatorial.

Las producciones animales son asimismo abundantes en las Marianas, desde el establecimiento de los Españoles. Antiguamente solo ecsistia en estas islas el raton, pero en la actualidad se ven ademas el buey, el ciervo, el cerdo, la cabra, el caballo y el asno. Parte de este ganado vive en estado doméstico, parte en estado silvestre. El galgo es tambien de orijen ecsótico, aunque muchos de estos animales prefieren la vida vagabunda y montés á la vida doméstica. Lo mismo acontece con los gatos, que los habitantes llaman *keto* ó *gheto*, corrupcion del *gato* español. Entre las aves solo se conocia antiguamente una que fué domesticada, tal era el *sesenhget*, especie de gallinacea de largas uñas, á la que nuestros naturalistas dan el nombre de *mejapode Lapérouse*. En cuanto á las gallinas de Europa, introducidas por los Españoles, se encuentran en cortísimo número, y la denominacion de *manok* que se les dá, es tagal.

La raza indíjena se designa en el país con el nombre de *chamorre* ó *chamorrin*, ó de *hamorrés*, á cuyo nombre seria muy dificil dar una justificacion satisfactoria. Quizás un menosprecio de los compañeros de Magallanes dió márjen á esa calificacion que se ha conservado despues; mas sea lo que fuere, lo cierto es que la raza marianesa era antiguamente magnífica. Los caudillos tenian formas atléticas, una corpulencia enorme y una fuerza muy superior á la de los Europeos. Actualmente la especie parece muy dejenerada en Gouaham: en Rota se conserva mejor, pues sus habitantes tienen toda la belleza y las formas antiguas. Los hombres son escesivamente

gordos, mas no por eso menos flecsibles y agraciados. Nadan y se zambullen con una habilidad incomparable, y en sus caminatas llevan sin fatigarse los fardos mas pesados. En las costumbres antiguas un jóven que quisiese casarse, debia dar pruebas de su destreza en encaramarse á los árboles, de su habilidad en maniobrar una piragua, etc. Estos ejercicios jimnásticos eran una condicion indispensable para establecerse, lo que no contribuyó poco á desarrollar su ajilidad y fuerza muscular. Merced á semejantes ejercicios, los corcovados y los cojos eran muy raros entre ellos. Sus rostros eran regulares, y á veces mas agraciados en los hombres que en las mujeres. El color de los indíjenas propiamente dichos es atezado, y tira un poco á negro: sus cabellos son negros y lisos, y sus formas bastante armoniosas. La raza aboríjene está muy lejos de formar la mayoría de la poblacion de estas islas, pues aun no llega á la mitad. El resto se compone de colonos de oríjen español, de mestizos, de Filipinos y de sus dependientes, de Carolinos, de Hawaios y de mulatos.

En los primeros tiempos de la conquista, los centenarios eran muy comunes en las Marianas, y las enfermedades sumamente raras. Sin embargo cítanse algunas epidemias acaecidas en épocas distintas. Los afectos mas frecuentes son actualmente las supresiones de transpiracion contra las cuales se emplea una decoccion de kakerlati hervido en dos vasos de agua; las fiebres intermitentes que curan con la hoja amarga del lodogao, la disentería, contra la que aplican las cenizas de los filamentos del *cabo negro* con una mezcla de harina de gap-gap (*tacca pinnatifida*), de agua y de azúcar; la sarna, importada por los Españoles, que no resiste á las refriegas de aceite y de azufre: por último la lepra, plaga orijinaria de esas comarcas, que comunica á la especie humana un aspecto feo y asqueroso. La lepra es de tres especies en las Marianas: la lepra escamosa que toca la epidérmis, la desgarra en festones y forma en seguida escamas. Este es el primer grado de la enfermedad, horrible sin duda, pero que parece no ofrecer grandes peligros. La segunda variedad es el *pian*, lepra terrible que roe y mutila, entonces el cuerpo se cubre de botones purulentos y úlceras cancerosas, que acaban por formar anchas y espantosas llagas. Los hombres están en jeneral mas sujetos que las mujeres á esta segunda lepra. La tercera variedad es la denominada *mal de S. Lázaro*, último período del pian; para contemplar sin horror sus horribles estragos, es preciso estar habituado á observar las enfermedades humanas. Hombres sin nariz, sin orejas, cuya boca, reducida á la mitad de sus proporciones naturales, solo presenta un corvo enteramente arrugado; otros que no tienen pies, y cuyas manos destituídas del todo ó en parte de las falanjes de los dedos, solo ofrecen muñones informes; otros al contrario que tienen las orejas sajadas y sobrecargadas de gruesos tubérculos carnudos, ó cuya nariz despojada de su parte huesosa, se ha redondeado en forma de globo en medio del rostro; algunos finalmente que ni siquiera tienen forma humana; tal es el deplorable espectáculo que ofrecieron al doctor Quoy de *la Urania* esas diformes víctimas de un mal inveterado.

El alimento de los Marianeses se componia antiguamente de pescado, de frutos de árbol de pan y de algunas raíces feculentas, pero los Españoles añadieron en pos de la conquista los ganados mayores y los animales domésticos. La bebida consistia en agua sola; pero actualmente usan del *tuba*, aguardiente de coco, con cuya receta han llegado tambien á sacar del maíz una suerte de alcohol inferior al precedente con respecto á su fuerza. Lo mismo debe decirse del licor sacado de la planta ecsótica denominada *barra de San José*.

Los antiguos hornos de los Marianeses, apellidados *tchanot*, tenian alguna analojía con los del grupo Tonga. Cuatro horas bastaban para cocer el rima, y seis para la carne de vaca. Los manjares una vez cocidos se disponian sobre esteras, al rededor de las cuales se colocaban los convidados puestos en cuclillas. Hacian tres comidas al dia. Los antiguos Marianeses iban muchas veces enteramente desnudos, aunque no les era desconocido el langouti, que denominaban *sadi* ó capa, y del que hacian uso particular las mujeres. Durante la guerra los hombres vestian una especie de casaca tejida con hojas de árbol, y se cubrian lo mismo que las mujeres con sombreros de la misma especie. Unas sandalias de hojas de palmera defendian la planta de sus pies contra el filo de los corales. El tocado de las mujeres consistia en una especie de catogan. Las mujeres de los caudillos separaban sus cabellos en dos partes, y las mas coquetas los blanqueaban con una especie de polvo. Los hombres llevaban los cabellos largos, anudados como los de las mujeres, ó flotantes; pero la costumbre mas ordinaria era rasurar la cabeza dejando tan solo algunos mechones. Actualmente los naturales han adaptado algunos de los trajes europeos. Los hombres y mujeres del campo traen el tronco desnudo: pero cuando van á la ciudad, los hombres se ponen una especie de medio calzon sumamente ancho, como tambien una vara en la mano; las mujeres una cotilla colorada y una camisa. Los sombreros de cuero y de fieltro reemplazan á los de hojas de árbol. Los niños van desnudos hasta la edad de siete años.

En los tiempos primitivos, los ornamentos de esos pueblos consistian en arracadas de concha

de tortuga, obras conchiles, granos de una especie de azabache entrelazados de flores, collares y rodelas, y á veces en una simple placa de concha. A veces adornaban su cintura con ciertos mariscos preciosos y pequeños cocos bien trabajados: las mujeres se teñian los dientes, pero este uso ha caído en desuetud. Al presente traen un rosario con una cruz ó un medallon de plata, y, si sus facultades se lo permiten, añaden algunas sortijas y pendientes del mismo metal. Las habitaciones de los antiguos Marianeses estaban construídas sobre pilares de piedras, y otras cimentadas sobre el mismo suelo. Estas casas, ó almenos las de las personas de distincion, estaban construídas con elegancia y aseo, divididas en muchos aposentos, y sostenidas por fuertes pilares de tierra. Los vestijios que se encuentran en Tinian indican que muchos de estos edificios, palacios ó templos, tenian proporciones colosales; cada uno de los pilares consistia en una sola pieza compuesta de cal y arena, y en algunos puntos, enormes piedras conglobadas en un macizo comun. El ajuar de estos ornamentos no era muy considerable; algunas esteras, una especie de cuna para los niños, una caja de betel, algunas cestas de diversos tamaños, varios canastillos, calabazas, marmitas, un raspador de coco, morteros de madera y de piedra; hé aquí todos los muebles que contenian aquellos domicilios. Actualmente todo ha cambiado: algunos muebles y utensilios de la China y de la India, varias hamacas, vasos de metal fundido, una chocolatera de azófar, botellas y cubas, una piedra para moler el maíz; por último los primeros y mas indispensables objetos de un menaje europeo.

Antes de la llegada de los Españoles, la mayor parte de las faenas domésticas pesaban sobre las mujeres; pero este uso no ha sufrido mutacion ninguna. La pesca y la agricultura ocupaban uno y otro secso; los hombres construían las casas y las piraguas; las mujeres fabricaban las pleitas y las maromas empleadas en la marina; tejian las velas, las esteras y todos los utensilios con hojas de árbol, como canastos, cestos, cajas, tunas, costales, etc.

Estos pueblos eran sumamente aseados: bañábanse todos los dias, sobretodo los que se hallaban en la orilla de un rio, y se frotaban el cuerpo y la cabeza con aceite de coco, ya para resguardarse del frio, ya para evitar el acceso de ciertos insectos. El pintarroteo parece haber sido desconocido entre ellos. El uso el betel, ignorado en las Carolinas, parece haber ecsistido en las Marianas desde tiempo inmemorial, al paso que el cigarro es una importacion reciente.

Es muy difícil evaluar en nuestros dias, ni aun aprocsimativamente, el número de habitantes á que ascendia la poblacion de las Marianas cuando la conquista. Una nota del gobernador Mariano Tobías la hacia remontar, en cuanto á Gouaham, Tinian y Rota, á cincuenta mil, lo cual supondria en todo el archipiélago la suma proporcional de 73.000 almas. Si estos números no son muy ecsajerados, debemos suponer que en los cuarenta años siguientes á la colonizacion hubo una matanza espantosa de isleños, supuesto que los estados de 1710 atribuyen solamente 3.539 habitantes á todo el grupo, á menos que este inmenso vacío lo haya ocasionado el destierro voluntario. Admitiendo sin embargo esta hipótesis, adonde se han refujiado los proscritos? Lo cierto es que la progresion decreciente parece haberse interrumpido, puesto que en 1818 se contaban en todo el grupo 5.406 almas.

Los indíjenas estaban divididos en tres clases: los nobles, *matoas*, los semi-nobles *atchaots*, y los plebeyos, *mangatchangs*. Estos últimos, especie de parias, parecian pertenecer á un tipo decaído, y les estaba prohibida la navegacion. Los nobles ó matoas mandaban á las otras dos clases. Ademas de esas categorías políticas, ecsistian otras; la de los *makanas* ó brujos, que llenaban una especie de sacerdocio, y la de los *camtis* (senadores ó senadoras). Cada camti se dedicaba á la cura de una enfermedad especial, dislocacion ó fractura de miembros, heridas de todo jénero, fiebres, disenterias, indijestiones, reumas, etc. En cuanto á la práctica de los partos, estaba reservada esclusivamente á las mujeres. Los matoas eran constructores de piraguas, guerreros y pescadores; los atchaots eran admitidos á sucederles bajo ciertas condiciones, pero los mangatchangs estaban severamente escluídos de sus faenas.

Apesar de algunas afinidades con el malayo y el tagal, la lengua marianesa tiene su carácter propio. Es dulce, de una pronunciacion fácil y clara, concisa y elíptica. El P. Morillo dice que la mayor parte de los habitantes son poetas, y en sus cantos nacionales han conservado tradiciones históricas cuyo velo fabuloso seria muy difícil rasgar.

El carácter de los nobles era dulce, franco, hospitalario, é impregnado de lealtad y grandeza. El de los mangatchangs, al contrario, era cobarde, falso y cruel. Los nobles no tenian mas que un defecto: el de su vanidad escesiva. Jenerosos despues de la victoria, fieles á la palabra contraída, solo ecsijian de un prisionero la promesa de no evadirse. Cuando decian á un estranjero ó á un compatriota: «Seamos amigos,» juzgaban contraer un empeño sagrado é invulnerable. Pero si el amigo se hacia culpable de alguna mala pasada, la familia entera del ofendido se transformaba en acérrima enemiga

del que habia roto los vínculos de la amistad. Tales eran los antiguos; los modernos son hombres mas indolentes que activos, sencillos, hospitalarios, jenerosos y humildemente sumisos á la voz imperativa de sus caudillos.

Los vínculos de familia eran y son todavía muy estrechos en las Marianas. En parte alguna son mas dóciles los hijos ni mas afectuosos y tiernos hácia sus padres. En otro tiempo un hombre no podia tener mas que una concubina, y solo debia dar á una mujer el título de esposa lejítima. Los matoas no podian entresacar de la clase de los mangatchangs, no solamente esposas, mas ni siquiera concubinas. La infraccion de esta ley era castigada irremisiblemente con la aplicacion de la pena capital. Las mozas disfrutaban de su entera libertad, y frecuentaban sin el menor reparo los lupanares, que denominaban *goma olitaos* (casa de los célibes). Los padres mismos incitaban á una moral harto relajada. Sin embargo, esas mozas, aunque tan disolutas, en el acto de casarse quedaban transformadas en esposas castas y madres honradas. Los olitaos formaban una especie de hermandad cuyo objeto propendia al establecimiento de un grosero epicureísmo, y hablaban un lenguaje misterioso y alegórico destinado principalmente á sus cantos eróticos.

La familia marianesa se multiplicaba al infinito. Contábanse entre ellos parientes de sangre (*atchafgnag*), parientes de amistad (*atchagma*) y parientes de casa (*atogtcha-goma*).

Entre las costumbres de este pueblo, el capitan Freycinet cita muchos en realidad harto característicos. Cuando tiene que acometerse una empresa jeneral, convócase la puebla en masa, como por ejemplo, cuando se han de erijir soportales comunes, ó cultivar el campo de un hombre impedido. En semejantes ocasiones, si por casualidad acertase á pasar un hombre acomodado de un pueblo vecino, las mujeres le salian al encuentro y le guiaban: una cinta de hojas de latanero que le prendian del brazo manifestaban que estába prisionero, y en seguida le acompañaban á una casa colmándole de favores. Instruída de su cautiverio, su familia se escotaba por un rescate que pertenecia de derecho al jefe de los trabajadores; encargándole sobremanera que tratase al prisionero con todas las consideraciones posibles. Dado este paso, tanto si el jefe aceptaba el presente, como si no, restituían al cautivo á la libertad acompañándole de nuevo á su tierra con una escolta de honor y dádivas en pescado, esteras, batatas y betel. Parecia la caminata una marcha triunfal, y á la llegada se celebraba una fiesta. Comian y se divertian juntos; y al rayar del alborada, la puebla visitada acompañaba de nuevo los visitadores hasta á medio camino. Esta costumbre de hacer un prisionero de distinguida alcurnia durante un trabajo público (*hodjong songsong*), lejos de ser considerada como un acto hostil, indicaba el deseo de vivir acordes. Si la persona retenida pretestaba negocios urjentes, la ponian inmediatamente en libertad.

Nadie intervenia en una contienda particular. Pero si estaba comprometida en la marimorena una mujer, todos tomaban partido por ella. Si se pedia ausilio á un pariente, acudia solo en persona; mas si se dirijia á la parienta mas prócsima, debia acudir toda la familia, sin esceptuar á sus parientes y aliados.

El acto de urbanidad mas comun era el de olfatear la mano; y el ósculo, ni mas ni menos que los Nuevos Zelandeses, era el roce de las narices. Al entrar en una casa, se decia: *adjin djo* (aquí estoy); á lo cual contestaba el amo: *atti hao!* (desea V. que derrame agua?) Si el forastero queria significar que no, decia: *ti goailadji* (no importa); pero si se decidia por la afirmativa, decia: *adjan* (aquí). En este último caso, segun el rango y la dignidad del forastero, el huésped iba á sacar agua ó mandaba un criado, y en seguida uno y otro vertian de ella á las plantas del recien llegado que se las lavaba por sus propias manos. Cuando se encontraban por la calle, el ceremonial era mas sencillo; *mano hao?* (adonde va V.?) *goini meno hao?* (de donde viene V.?) tales eran las preguntas que se hacian. Cuando un habitante acertaba á pasar por delante de la puerta de uno de sus amigos, este último le instaba comunmente paraque entrase. Cuando un mangatchang tropezaba con un noble, debia inclinarse casi hasta el suelo. Semejantes usos y fórmulas de urbanidad no ecsisten ya en nuestros dias. Lo que se ve por las calles públicas de Agagna, son inferiores hincar la rodilla cuando pasa un pariente ó un superior, y en seguida besar la mano que le presentan con gravedad.

Los Marianeses median antiguamente el tiempo por el estilo de los Chinos, por dias (*haum*), por lunaciones ó meses (*polan*), y por años (*sakkan*). No carecian absolutamente de toda clase de conocimientos astronómicos y náuticos: en su vocabulario se vé el nombre de algunas estrellas.

La lengua marianesa no tiene término alguno para designar la divinidad, de lo cual el P. le Gobien ha creído poder deducir que no tenian la menor idea de un ser supremo. Otros pretenden que ecsistian entre ellos creencias vagas, mas el P. Maurillo, Velarde y D. Luis de Torres aseguran que tenian las ideas siguientes sobre el orijen del mundo. Pontan ó Fontan, hombre muy injenioso, vivió muchísimos años en los espacios imajinarios que ecsistian antes de la creacion, y á su muerte encargó á sus her-

manos que de su pecho y de sus espaldas hiciesen el cielo y la tierra, de sus ojos el sol y la luna, y de sus cejas el arco íris.

Los Marianeses reconocian á lo que se cree la inmortalidad del alma; en su concepto el hombre que fallecia de muerte y sin ningun dolor, iba al paraíso donde gozaba de los árboles y de los frutos que cria en abundancia; mas si sus últimos momentos eran violentos y ajitados, era arrojado á los infiernos que denominaban *sassalagoham*. El diablo era conocido entre ellos bajo la designacion de *kaifi* ó *aniti* (espíritu maligno). Estaban en la creencia de que si alguien hacia venir al suelo el pilar de una casa, el alma del que la habia construído tomaria una venganza invisible de aquella accion. El diablo habitaba entre los mortales, y se ocupaba continuamente en hacer mal. Afortunadamente las almas de sus mayores se oponian á sus esfuerzos y aun acudian á su ausilio en el momento del peligro. Habia almas superiores en fuerza al demonio, y otras que le eran inferiores: las primeras habian pertenecido á los hombres intrépidos y activos; las segundas á los cobardes y neglijentes. Las mujeres entrañaban igualmente sus almas, pero de un valor inferior al de los hombres, y no se sabe á punto fijo si tambien se atribuían de ellas á los mangatchangs. Hay un hecho bastante singular, y es el temor supersticioso que les inspiraba el ave carolina llamada *atang*; cuya aparicion á aquella costa era siempre presajio de mal tiempo y de siniestro agüero.

En la fuerza del peligro y de la necesidad invocaban los naturales los *antis* (almas de los difuntos), al principio con su voz natural, pero á medida que el peligro va tomando cuerpo, en tono mas recio hasta vociferar con toda la fuerza de sus pulmones. Estos gritos de que usan todavía en sus partidas de caza, son sumamente agudos, y significan: « Almas de los muertos, socorredme, si es que vuestra familia se hizo acreedor á vuestro entrañable afecto. «Hemos hablado ya de los makanas ó brujos. Divídianse en dos clases; la una de mangatchangs, que no hacia mas que causar daños; la otra de nobles, que solo se dedicaban á hacer bien. Estos últimos facilitaban buenas pescas, viajes afortunados, el restablecimiento de la salud, cosechas abundantes y una temperatura conveniente. Estos makanas, á fin de protejer sus pronósticos, guardaban el craneo de sus muertos encerrados en canastas.

Los matrimonios se hacian con ciertas formalidades. Así que se proyectaba un enlace, la madre del novio, ó su mas prócsima parienta, se presentaba en casa de la madre de la moza con la caja de betel, y se la ofrecia, diciendo: « Vengo á pedir vuestra hija para fulano. » Si la demanda era del gusto de la madre, se señalaba dia para ir á saber la respuesta de la moza; mas antes de dar una palabra positiva, se pedian informes y mediaban conferencias con la familia. A la segunda visita de la que habia traído la palabra, se decia sí ó no; y al momento el candidato satisfecho estaba obligado á subvenir á la manutencion de la novia, ó servir en su casa en clase de criado. Entonces se veían sus disposiciones; si era buen cavador, buen pescador, ó buen marino, y transcurrido este tiempo se contraían los esponsales.

Tres ó cuatro dias antes, la familia que sufragaba los gastos, la mas rica de las dos, se ocupaba en trillar el arroz, acrecentado con el que los de boda habian mandado en presente. Hacian circular el betel, y fabricaban una especie de pasta de arroz con la pulpa de coco para hacer bolillas que se servian á los convidados. La víspera de la boda se hacian los últimos preparativos: los frutos de rima y de dogdog, las raíces feculentas, el pescado, todo lo pasaban al horno las mujeres, mientras los hombres construían un edificio para poner á cubierto á los convidados. Por la noche se habia hecho circular el betel, y al llegar esta, el *tchincholi*, presente compuesto de raíces feculentas, de rima, de betel, de banana, de pescado y de sal.

Al rayar del alba, los parientes del novio se encaminaban ceremoniosamente á la casa de la moza, donde las presentaban de nuevo el betel, y en seguida entregaban la nueva esposa á su marido. Seguia el desayuno, y, como de costumbre, se ponia el cubierto sobre una estera de tres pies de ancho y de una lonjitud proporcionada á las dimensiones del aposento, y se servian los platos en tantas porciones cuantos eran los convidados. En primer lugar se sentaban los parientes del novio en el órden de precedencia que indicaban los grados de familia, y en seguida se instalaban los parientes por el mismo órden. Acelerábase el banquete, llevándose consigo lo que no podia comerse. De esta suerte se sucedian los convidados por hornadas, hasta que todos hubiesen tomado parte en el festin. En cuanto se daba remate al desayuno, cuando se preparaba la comida en los propios términos, sin otra diferencia que la precedencia pertenecia al parenteseo de la novia. Terminadas las ceremonias del matrimonio, si el desposado no tenia casa ni hogar, reuníanse los parientes para construirle un domicilio amueblado con todos los utensilios domésticos.

No menos formalidades se practicaban al nacimiento de los hijos. Todos los parientes debian asistir á la enferma y cuidarla durante su alumbramiento. Procuraban que la casa se hallase en buen estado, provista de víveres, bien abrigada y adornada con todos los muebles necesarios. Los nombres de los hijos eran tomados de las cua-

lidades personales del padre, ó de un fruto ó planta conocida: *Gof-Sipik* (diestro pescador), *Taï-Agnao* (intrépido), *Taï-Goalo* (indolente), *Gof-Togtcha* (diestro en disparar la lanza), *Matapang* (coco tierno y blando), *Pantan* (coco maduro), etc.

Pocas noticias se tienen con respecto á las ceremonias fúnebres. Segun el P. Le Gobien, contentábanse, ni mas ni menos que en Hawaii, con manifestar su dolor y su sentimiento por medio de demostraciones señaladas y palabras plañideras. Vertian torrentes de lágrimas y daban espantosos gritos. No comian gota, y permanecian del todo empolvados. Este luto duraba ordinariamente siete ú ocho dias, á veces mas, segun el afecto que profesaban al difunto. En seguida se celebraba un banquete sobre la tumba misma cargada de flores, de ramos de palmera, mariscos y objetos preciosos. El desconsuelo de las madres que lloraban á sus hijos era inconcebible: cortaban el pelo de las desgraciadas víctimas, y lo suspendian de su cuello por medio de una soga á la que hacian tantos nudos como noches habian transcurrido desde el fallecimiento de sus hijos.

Si el difunto pertenecia á la raza de los nobles, el dolor era intensísimo. Entraban en una suerte de furor y de despecho, arrancaban los árboles, pegaban fuego á sus domicilios, despedazaban sus bateles, rasgaban las velas y abandonaban sus harapos á merced de los vientos. En seguida atestaban los caminos de ramos de palmera, y erijian monumentos espiatorios en honor del difunto. Si este habia sobresalido en la pesca ó en las armas, dos de sus profesiones mas lucidas, coronaban su sepulcro con remos ó lanzas; mas si se habia distinguido en ambas profesiones á la vez, elevábanle una suerte de trofeos con lanzas y remos entremezclados. Estas ceremonias iban acompañadas de lamentos. — « Ya no hay mas vida para mí, decia el uno. — El sol que me animaba se ha eclipsado, » replicaba el otro. O bien: Todo lo he perdido; ya no veré mas al que difundia el gozo en mi corazon. — Qué! nuestro mas ínclito guerrero ha fenecido? Qué va á ser de nosotros? » Para completar esta espresion de su luto y de su pesar, los Marianeses guardaban respetuosamente en sus casas los huesos y los craneos de sus antepasados, como tambien sus imájenes, grabadas de un modo sumamente grosero en cortezas ó pedazos de madera. Algunos depositaban estas osamentas en cavernas vecinas á sus domicilios, y llamaban á aquella especie de panteones *goma alomsing* (casa de difuntos).

En la actualidad ese viejo culto ó mas bien esas añejas costumbres han cejado completamente ante las prácticas de la relijion cristiana. El territorio de Gouaham está cubierto de numerosas iglesias, y si las demas islas no tienen ninguna, es por razon de la falta de poblacion suficiente para soportar el establecimiento de un curato. Gouaham contiene cuatro parroquias principales, Agagna, Pago, Agat y Umata, en las que se celebra con bastante regularidad el servicio divino.

Ademas de las fiestas que se hacian en virtud de un nacimiento ó de un matrimonio, los Marianeses celebraban muchas otras por la conclusion de una paz, por el acto de botar al agua una piragua recientemente construída, ó por la captura de una tortuga ó de un pez grande. En este último caso, antes de entrar en el puerto, el pescador daba una señal particular, al que correspondia la poblacion descendiendo á la playa, provista de guirnaldas de flores y de tiernas hojas de palmera. La muchedumbre victoreaba á su desembarque al afortunado pescador, y le acompañaba á su domicilio en aire de triunfo. En primer lugar ofrecia el coloso marino á su mujer, quien lo remitia á la mas prócsima parienta de su marido, y esta hacia otro tanto con respecto á otra, hasta que el fruto de la pesca llegaba conforme al órden establecido á casa de una mujer que no podia remitirlo á nadie. Entonces se distribuía el pescado entre el que lo habia cojido y las personas á quienes se habia ofrecido sucesivamente. Si el pez era una tortuga, se practicaba la distribucion á poca diferencia en los propios términos. Si el autor de la captura era un hombre solo, las *trece conchas* eran atravesadas cada una por un agujero circular de la dimension del puño. Si hacia una segunda pesca de esta naturaleza, cada concha era atravesada por dos agujeros, por tres agujeros la tercera vez, etc. Si habian concurrido á la presa de la tortuga muchos pescadores, no tenia lugar la sisa de las conchas.

Entre sus juegos contaban los naturales una especie de *marro á nado*, donde los campeones se perseguian uno á otro y procuraban dar pruebas de ajilidad. La carrera, el salto, el palenque, eran igualmente diversiones jimnásticas usadas de los Marianeses. Asimismo tenian danzas sencillas y danzas mezcladas de canto. En estas danzas los hombres y las mujeres se mezclaban alternativamente, y en el centro se hallaba el caudillo de la puebla ó de la familia, ó la persona á quien se desease dispensar este honor. Entre los instrumentos de música cita la tradicion dos flautas de caña, de dos pies y medio de lonjitud y un pequeño dedo de grueso. La una tenia tres agujeros en una parte por cada mano y en la parte opuesta uno por cada pulgar; tocábanla como nuestro caramillo, pero sus sonidos eran dulces y graves, y no podia dar sonidos agudos. La boca de la segunda era semejante á la de nuestra flauta travesera, sin otra

diferencia que la tocaban con el soplo de las narices. Actualmente, ademas de algunos instrumentos de Europa, tales como flautas, contrabajos, molines y guitarras, los naturales tienen una especie de monocordio en forma de arco, que batido por una varilla da un sonido débil y monótono. Este conjunto se llama *belimbao*, nombre tagal que parece indicar un oríjen manilés: es el *bobre* de la Isla de Francia. Pero la mas grande pasion actual de los naturales es la trompa, la armoniosa trompa que todos llevan consigo, y con la que amenizan sus ratos de ocio. Nada cabe mas curioso que ver por las calles de Agagna y de Umata esos virtuosos locos tocando á competencia su instrumento sordo y gruñidor.

El P. Le Gobien refiere que las Marianesas tenian asambleas particulares en donde se presentaban vestidas á todo lujo sin admitir en ellas á ningun hombre. « Acuadrilladas doce ó trece en corro, dice, en pie y sin moverse, entonan los versos fabulosos de sus poetas con un gusto y una precision capaces de agradar á los mismos Europeos. La armonía de sus voces es admirable, y en nada cede á la música mas bien ordenada. En sus manos traen pequeños mariscos de los que se sirven con mucha destreza, á guisa de castañuelas. Pero lo mas sorprendente es que sostienen sus voces y animan su canto con una accion tan viva y jestos tan espresivos, que no pueden menos de absortar á cuantos las escuchan.»

Los antiguos Marianeses tenian muy pocos instrumentos de agricultura. Entre ellos se contaban el *dagao* que servia juntamente de alzada, de pico y de almocofre, de palanca para traer los fardos y de arma defensiva en caso de necesidad; el *tanom* que servia para plantar la berza caribe, el *akoa*, bastante parecida á nuestra azada; el *damang*, especie de cuchillo, reemplazado actualmente por el machete americano; el *saïnau-dogas*, falce muy injeniosa, y bateas de todas dimensiones. El arado que actualmente se usa es el arado chino, uncido casi siempre de un solo buey, y de dos en las haciendas reales. El rastrillo que parece tener el mismo oríjen no es otra cosa que una grande mierga en cuya estremidad hay dos ganchos de madera donde se fija la yunta; el labrador gobierna la máquina por medio de dos largueros verticales guarnecidos de un travesaño en la punta (PL. LXIII. — 2). En Gouaham se emplean algunas carretas, la mayor parte pequeñas y de bambú, á las que se enganchan de uno á cuatro bueyes, con las ruedas construidas por el estilo portugués y español, de madera maciza y sin rayos. Transformados en chirriones, con el ausilio de algunas piezas ajustadas, estos carros sirven para el transporte del arroz y del maiz á los almacenes de la capital.

El arroz, principal cosecha de las Marianas, se cultiva de dos maneras: en un terreno seco y en otro húmedo. El arroz cultivado en seco se siembra en julio, agosto y setiembre, á fin de que las lluvias que caen en esta época faciliten su jerminacion. El arroz de los terrenos pantanosos se siembra en noviembre y diciembre, y se cubre la simiente con hojas de coco. En este estado se arrancan los tallos tiernos y los rejuntan en un terreno grosero y fangoso, en donde crecen hasta un pie y medio de altura, comunmente en el espacio de dos ó tres semanas. Por esta época arrancan de nuevo el arroz; le cortan el cabo á cosa de medio pie, y lo trasplantan á un campo dividido por cuadros, donde debe acabalar su medro. A medida que en cada uno de esos se finaliza la operacion, se apresuran á hacer entrar el agua, que procuran mantener á dos pulgadas mas baja de la altura que tenia la punta de la planta tierna despues de haberla replantado.

La introduccion del maíz en las Marianas se debe al gobernador Tobías, y desde entonces se ha multiplicado medianamente. Esta graminea no ecsije otra atencion que purgar el campo de las plantas nocivas que contiene; en seguida hacen agujeros en tierra por intérvalos y á una profundidad conveniente, y en cada agujero deponen cinco granos, de los cuales ordinariamente cuatro espigas. Entre las raíces feculentas particulares á estas comarcas, las unas crecen sin cultivo, como el gap-gap, las batatas *nika* y *dago*, las aroides *papao* y *baba*; pero otras raíces nutritivas ecsijen mucha atencion, entre las cuales se encuentra la col caribe, á cuyo cultivo se aplica el mismo esmero que en Francia al de la patata. El coco es en las Marianas un objeto de cultivo mucho mas estenso. La multiplicacion de los bananos se obtiene por un procedimiento harto defectuoso. se hace un agujero en tierra, introducen un vástago recientemente desprendido de la madreplanta, y el árbol que produce no da mas que un solo réjimen de frutos, y muere. El cycas, una de las principales esplotaciones agrícolas, no ecsije grandes trabajos: el añil crece por todas partes casi espontaneamente, y entre los otros productos debe citarse una especie de bálsamo de barniz líquido que se retira por incision del árbol de pan y del dog-dog. Un hachazo ó un golpe de machete dado al tronco del árbol es suficiente para hacer fluir esta sustancia resinosa, que sale con tanta abundancia cuanto mas temprano se hace la operacion. La leche de rima ó de dogdog, cuando está fresca, se emplea en la pintura, mezclándola con polvos colorados; sin embargo es preciso apresurarse, porque se seca con mucha rapidez. El árbol en que se hacen incisiones semejantes no parece sufrir el menor perjuicio, y aun se observa que produce tanto mas cuanto mas multiplicadas son las incisiones.

La agricultura en las Marianas no es perjudicada únicamente por lo atrasado de sus procedimientos, sino tambien por una multitud de animales nocivos, tales como los ratones, los gatos monteses, los perros bravíos, los lagartos, las hormigas y la oruga que es una especie de mosca hedionda denominada *taonana*.

Los animales domésticos se reducen al buey, al cerdo y á las aves caseras, pues los pocos caballos, asnos y mulos que ecsisten en la colonia, solo deben considerarse como objetos de lujo. Por la parte de Agat, de Pago, de Tachogna y de Merisso se encuentran bueyes silvestres, bien que en corto número. Los cuidados que reciben los bueyes domésticos se reducen á muy poca cosa.

Hemos visto ya lo que vienen á ser en las Marianas las dos cazas del ciervo y del javalí. Por lo que hace á la pesca, es un objeto mas importante y mas curioso, y como el pescado formaba en otro tiempo y forma en nuestros dias la base esencial del alimento, los procedimientos para cojerlo eran muy variados. Los antiguos Marianeses se servian para la pesca de anzuelos de concha, de hueso, de nácar y aun de cáscara de coco, pero ahora son preferidos los anzuelos de hierro. Las cuerdas ó sedales á que los fijaban eran, como actualmente, de corteza hilada de *balibago (hibiscus tiliaceus)* y de hebras de banano. Las redes eran de muchas especies, pero la mas importante era el *lagoa*, que sirve para cojer pececitos en la playa, compuesto de tres redes rectangulares ajustadas de cabo á cabo; las de las alas tienen una braza de altura sobre tres pies de lonjitud solamente, al paso que la del medio tiene dos brazas de elevacion sobre una lonjitud que varía de veinte á treinta pies. En cada estremidad de la red hay un palo en que está encordonada, y sirve para mantenerla tendida en la direccion de su altura. Esta red se maniobra casi del mismo modo que nuestro buitron, con el que tiene igualmente alguna analojía, semejante al trasmallo por su construccion y forma, aunque precisamente no es uno ni otro. Los Marianeses conocen asimismo el esparavel.

Los naturales, ni mas ni menos que otros salvajes de la Oceania, atraían el pez á parques construídos antiguamente de piedras secas y actualmente de cañas. Estos parques son una especie de depósitos donde se coje la presa con el esparavel, ó la pica con una fisga.

De todas estas pescas, la mas interesante es la del *magnahak,* muy notable por la estrañeza de sus costumbres. Este pez se coje regularmente en la playa durante los meses de abril, mayo y junio, y á veces en setiembre y octubre. A cualquier época se presenta el magnahak en número prodijioso. En cuanto comienza á parecer, todos los ribereños se precipitan á la playa para hacer de él grandes provisiones. Cuando empieza su aparicion, el magnahak, en sentir de los naturales, está en ayunas; mas en cuanto come cambia de color y no anda á manadas, sino que permanece en medio de las rocas. Reconócense dos especies de magnahak, de las cuales la una es de mayor tamaño que la otra. Si las de la especie pequeña son las primeras en llegar, al siguiente dia vendrán grandes magnahaks: si por el contrario, el dia segundo llegan de la especie grande, no debe esperarse ninguno mas.

Hay ademas otra pesca, la del *atchoman*, que se hace fuera de los arrecifes, desde media legua hasta cinco de distancia. Para poner el cebo en el anzuelo y hacerlo llegar á este pez que por lo comun está en el fondo del agua, debe practicarse un manejo que dura un mes. Para esto se llena la capacidad de un *poyo* con la pulpa de un coco tierno, y lo descienden á cinco ó seis brazas de profundidad. Por medio de lijeras sacudidas que hacen salir algunas partículas de coco mascado, se atrae el pez que gusta mucho de aquel cebo, y se continua la operacion en estos términos hasta vaciar del todo el poyo. Renovando esta maniobra todos los dias y levantando el poyo sobre el agua poco á poco, á razon de uno ó dos pies cada dia, se acostumbra al atchoman, que siempre permanece á una gran profundidad, á acudir en manadas hácia el poyo, cuando aparece á una braza solamente bajo el nivel del agua. En este punto es muy fácil cojerlo por medio de una vasta red en forma de buche que se va deslizando insensiblemente bajo del pez, y que se levanta hasta que aparezcan fuera del agua los aros de los bordes. Entonces se da un golpe vigoroso que basta para poner el pez en seco en la red.

Para la pesca del lagoa se practican otros procedimientos. Por la noche se valen del fuego y de la fisga. Procúrase buscar el pez dormido junto á los arrecifes, y lo pican haciendo el menor ruido posible. De dias esta pesca no es mas que una francachela. Procúranse un lagoa vivo, le atraviesan el hueso de la mandíbula inferior á la que fijan un sedal ó cuerdecilla de algunas brazas de lonjitud, combinando esta operacion, que no les hace ningun daño, de suerte que con sus dientes, que son muy fuertes, no pueda cortar esta especie de freno. Amarrado de esta suerte lo tienen en el mar y lo dejan nadar á sus anchuras. Los lagoas cautivos parecen causar mucho horror á sus semejantes, y así es que en cuanto el pescador arroja el suyo, concurren muchos á embestirle. Uno solo empieza el ataque; precipítase mordiendo al cautivo, y efectivamente lo arrastra á un punto determinado. Entonces el pescador retira su cebo, y en el punto mismo donde le han mordido ajusta un nudo corredizo en que

marineros indios, se hace un panas en el centro donde se colocan los que desean trasladarse de un lugar á otro. De estos tres marineros, siempre hay uno en el medio, ocupado en arrojar el agua que entra por las rendijas, y los otros dos se ponen en las estremidades para dirijir el batel. La vela como la que nosotros llamamos latina, es hecha de esteras y larga como el batel; por cuyo motivo evitan tanto como pueden tener el viento en popa, porque esto les haria volcar fácilmente. Cuando tienen que volver de un punto á otro, no hacen mas que cambiar la vela sin jirar el batel, convirtiendo la popa en proa, y el que estaba en ella en timonel.»

Esta descripcion manifiesta que sus piraguas tenian una marcada analojía con los paros carolinos, lo cual prueba sin contradiccion que los Marianeses rivalizaban siquiera con sus vecinos en el arte de la navegacion. Sin embargo actualmente han decaído mucho en esta parte, supuesto que es tan inferior la construccion de sus paros, que se ven precisados á echar mano de los paros carolinos para la navegacion de isla á isla. Los barcos denominados *garaïdes* son malas piraguas que solo pueden andar con el ausilio de la pagaya. Los barcos algo superiores, cortados como los precedentes de una sola pieza de madera llevan en babor un enorme balancin, de una lonjitud igual á la del barco y pudiendo ponerse indistintamente á barlovento ó á sotavento. Tienen ademas una vela trapezoide que solo se desplega cuando el viento es contrario, pues seria muy imprudente bordear con embarcaciones tan frájiles. Para el servicio de la colonia, el gobernador tiene tres vastas y buenas chalupas españolas una yola y un gran bote que navega indistintamente á la vela ó al remo. El servicio entre Gouaham y Manila es desempeñado por una goleta de unas cuarenta toneladas.

El comercio de las Marianas es casi nulo, pues se ciñe á algunas remesas de tripangs hasta la China y algunas permutas insignificantes con las Filipinas. Dia vendrá sin duda en que la vida industrial y agrícola, acelerando mas su actividad, inducirá á ese país á procurarse conductos mas remotos; pero hasta aquí la pereza de los naturales (1) y el monopolio impuesto por la España lo ha paralizado y sofocado todo. Sin embargo el catálogo de los productos del terreno ha manifestado cuantos recursos ofrece este pequeño grupo, que en cambio aceptaria la mayor parte de nuestros objetos manufacturados de Europa, los paños, las telas de algodon, los hierros bastos ó trabajados, las escopetas, los libros, los muebles, los útiles, el vidriado, los vinos, el plomo como sale de la fundicion, la tela de velas, etc.

(1) Esta espresion que aqui suelta el autor y reproduduce en diferentes pasajes del contesto de esta obra, debe ser considerada únicamente por nuestros lectores como una calumnia nacida de la mas profunda ignorancia de nuestra historia y de la preocupacion que ciega á la mayor parte de los estranjeros acerca del carácter eminentemente activo de los Españoles: porqué, qué hombre que sienta circular por sus venas una gota siquiera de sangre española, no se envanece al recordar el vasto jenio y la actividad que en todos tiempos ha desplegado la España, actividad no dirémos igual á la de muchos otros pueblos, sino aun incomparablemente superior á la de todas las naciones juntas?

La actividad que caracteriza á los Españoles es tan clara y tan patente, que basta recorrer una pájina cualquiera de la historia para convencerse íntimamente de ello. Con efecto: mientras todas las demas naciones yacian sumidas bajo el yugo del mas horroroso despotismo y eslabonaban ellos mismos sus cadenas para labrar su miseria y su deshonra, la España tomó la iniciativa á principios del siglo XVI enarbolando en muchas ciudades de la corona de Castilla y de Aragon el glorioso estandarte de la libertad que tuvo que sucumbir bajo el peso formidable de la fuerza bruta y bajo la disciplina incontrastable de las lejiones de la tiranía y del despotismo. El historiador filósofo que haya estudiado con esmero las causas y resultados de aquel acontecimiento, que constituye uno de los capítulos mas sobresalientes de la historia del siglo XVI, no podrá menos de inculpar severamente la desidia y flojedad de los demas pueblos que hallándose interesados en el écsito de semejante tentativa, contemplaron como del todo ajena á sus intereses una empresa tan importante para el bienestar de la sociedad universal, y dejaron cortar á sangre fria las cabezas organizadoras de los mas ilustres caudillos, tolerando con el mayor despego y absoluta indiferencia que los nombres de los heroicos defensores de una causa santa y lejitima, que debiera ser incrustado en placas de oro en las cámaras lejislativas de todos los pueblos fuesen transmitidos á las jeneraciones futuras con el epíteto infamante de rebeldes, facciosos, perturbadores viles del órden y de la tranquilidad pública é inobedientes á la autoridad del gobierno supremo, gobierno que aherrojaba diariamente con nuevas prisiones á sus magnánimos y jenerosos vasallos.

Y qué dirémos del maravilloso descubrimiento y la conquista de la América, cuyos resultados en vano puede bosquejar la pluma? qué de los afortunados Españoles que salvaron inmensas distancias, arrostraron obstáculos inauditos y sobrepujaron peligros á cuya sola idea cejaron de terror los demas pueblos, no queriendo en un principio dar crédito á un acontecimiento que por tan admirable llegará con el tiempo á ser increíble? qué de las portentosísimas hazañas del gran Cortés en la conquista del imperio mejicano, del intrépido Pizarro en sus afortunadas empresas contra los ricos dominios de los hijos del sol, de Ovando que en la fuerza de su jenio descendió al cráter de un volcan en actividad, de los infinitos heroes en toda la estension de la palabra, que encumbraron la gloria de la nacion española á un grado á que por su altura no es dado llegar á ningun pueblo de la tierra? Por último, son tantos y tan eminentes los rasgos de enerjía que han desplegado los Españoles en todos los países y épocas, rasgos verdaderamente dignos de los tiempos heroicos, que la pluma intentaria vanamente trazar de todos ellos algunas pinceladas, pues dias y dias serian precisos para describir de los mismos una parte insignificante; y si los estranjeros nos echan en cara que estamos sumidos en un profundo sueño, bastante les hemos demostrado que nuestro sueño es como el del leon que es mas terrible cuando dispierta. Por manera que si los estranjeros conocen tan poco las hazañas de nuestros heroes y de cuanto es capaz su inmenso jenio, debe atribuirse á la gravedad natural de los Españoles que, muy diferente del carácter jactancioso de los Franceses, ha sido siempre enemiga de hacer alarde de sus proezas y popularizar sus glorias y sus hechos.

El antiguo gobierno marianés no reunia todas las islas bajo el imperio del mismo caudillo. Estaban divididas en cierto número de tribus, que comprendian muchos pueblos cada una y estaban sometidas á leyes y costumbres que en todas eran casi las mismas. Cada una de estas tribus tenia un jefe único ó rey, *Maga-Lahi*, es decir, antiquior, superior, cabeza de familia, patriarca. El Maga-Lahi era siempre el noble ó matoa mas anciano del pueblo, y mandaba á la totalidad de los habitantes así en paz como en guerra. Su mujer se llamaba *Maga-Haga*, superiora ó princesa. A la muerte del rey le sucedia su hermano primojénito, y á falta de hermanos uno de sus primos hermanos, y uno de sus sobrinos, siempre por órden de primojenitura. Todo matoa que tenia bastante poderosa clientela para fundar un nuevo estado, podia llevarse consigo á toda su jente y establecerse en una comarca de la que se declaraba magalahi. Las mujeres eran escluídas de la prerogativa soberana, mas en los consejos y en los tribunales de que formaban parte ejercian una influencia tan lata, que el gobierno de hecho mas bien les tocaba á ellas que á los hombres. Eran dueñas absolutas de la casa; y aun en nuestros dias en que esas tradiciones añejas han esperimentado mucho descrédito, ecsiste en las familias la autoridad de las Marianesas como un recuerdo de los pasados dias.

Las leyes civiles no estaban ecsentas de razon y de moralidad. El acto de union entre dos esposos no era indisoluble, pues solo duraba todo el tiempo que les convenia estar juntos, y se rompia desde el estado de reconocerse su incompatibilidad. Una mujer adúltera era repudiada por su marido, enviada de nuevo á la casa maternal, juzgada y al propio tiempo privada de sus bienes. El marido se hubiera echado encima una mancha indeleble con solo el acto de volverla á tomar.

El esposo tenia el derecho de vengar la adúltera en la persona del seductor, pero no en la de su mujer, cuya pena mas severa era la esclusion del domicilio conyugal. Si el marido llegase á atentar al contrato de union, ó si observaba una conducta reprensible, su mujer podia castigarle impunemento ó restituirse á su primer estado de libertad. El P. Le Gobien atribuye este derecho de represalias á términos mas vastos. « Si una mujer es convencida que su esposo tiene algun trato nada satisfactorio para ella, lo hace saber en la aldea á todas sus compañeras, las que se dan una cita donde se reunen empuñando la lanza y con el sombrero de sus maridos en la cabeza. En aquel traje guerrero se avanzan en cuerpo de batalla en direccion al domicilio del culpable. Empiezan por desolar sus tierras, destruir sus cosechas, arrancar los frutos de sus árboles y causar en todas partes un espantoso estrago; en seguida se precipitan juntos sobre la casa, y si el desgraciado marido no tiene la precaucion de retirarse y ponerse á cubierto, lo atacan y lo persiguen hasta que lo han espulsado del todo. Su modo de vengarse es muy particular. Abandonan sus casas, y hacen saber á sus parientes que no pueden vivir mas con sus esposos. Estos se constituyen inmediatamente en la casa del marido, la saquean y se llevan cuanto en ella se encuentra, siendo muy feliz el marido si no derriban su casa, como ha sucedido algunas veces. » Los hijos se iban con la mujer, y cuando volvia á casarse, miraban á su nuevo esposo como á su verdadero padre. Lo mismo acontecia en lo tocante á una hija que se veía madre; pues sus hijos entraban en la nueva familia, como entre nosotros los hijos de las viudas.

A la muerte del padre, su fortuna y sus hijos pasaban en manos de la viuda; si quien moria era la mujer, los parientes de esta se apoderaban no solo de los bienes del marido, sino tambien de sus hijos. Esta prueba de la preeminencia de las mujeres en el estado social es nueva y decisiva. Sin duda se creía que las mujeres siendo mas afectuosas y sedentarias eran mas propias para los cuidados que ecsije la educacion de los niños.

Si llegaba á morir una madre que amamantase un hijo, la parienta mas prócsima que se hallase en estado de alimentarlo debia verificarlo ni mas ni menos que educar á los hijos mayores. En jeneral ecsistia un vínculo para ayudarse en caso de necesidad y socorrerse en el infortunio entre individuos de la misma familia y casi del mismo pueblo. Esto tenia lugar cuando los nacimientos, los matrimonios, las sepulturas, cuando se trataba de construir edificios y grandes sotechados y dedicarse al cultivo de los campos y á la construccion de piraguas Cuando una mujer tenia realmente necesidad de un campo, de una piragua ó de cualquier otro objeto perteneciente á algun individuo de su familia, le presentaba un *alas* de concha (especie de moneda), y le decia: « Os doy este alas en cambio de tal objeto que necesito. » Esto era una razon suficiente paraque el propietario se desprendiese de aquel objeto al instante mismo. Esta facultad de adquirir gratuitamente no era recíproca. Admitida de parienta á pariente, no lo era de pariente á parienta.

Esta serie de costumbres estravagantes ha dado curso á la hipótesis que en los tiempos primitivos las Marianas habian pertenecido á una puebla de amazonas. Un hecho hay indudable, y es que las mujeres debieron hacer la lejislacion del país. Aun hay mas: en caso de faltas por parte de su mitad solo el marido era responsable; era

juzgado y castigado por ella. Solo las viudas incurrian en penas personales.

Cuando un atchaot habia sido espulsado de su puebla en virtud de una condenacion infamante, buscaba un matoa que quisiese tomarle á su servicio, y le servia sin salario hasta la espiracion de su pena ó hasta su entera rehabilitacion. Sino encontraba ninguno, se veía forzado á vagar sin asilo. Un matoa no podia perder sus bienes sino en virtud de una condenacion jurídica que, segun la naturaleza del delito, le declaraba atchaot vitalicio ó solo por un tiempo determinado. Cuando el juicio le condenaba á la espatriacion, los parientes de la mujer hacian los mayores esfuerzos para autorizarla á acompañarle en el destierro con sus hijos. Algunos presentes en víveres y en alas les valian ordinariamente este favor.

La espatriacion y la caducidad no podian pronunciarse contra un matoa, cuando habia construído y amueblado su casa en persona, y en los casos graves era preciso tenderle un lazo para hacerle entrar en el derecho comun. Entonces la familia construía una casa mas espaciosa y mas bella que la que ocupaba; la hacia guarnecer de los muebles necesarios, intimaba al culpable que fuese á tomar posesion de ella, y apenas se habia instalado, cuando le decian: « Alejaos, hombre deshonrado, de una puebla manchada con vuestra presencia. » Esta intimacion no admitia réplica, y en cuanto habia partido confiscaban sus bienes.

Las contiendas entre dos particulares se vaciaban entre ellos solos, pero si de ahí resultaba una riña harto violenta intervenian los espectadores para poner en paz á los contrincantes. Muchas veces el jefe de la aldea era llamado á usar de su autoridad, y en este caso una simple intimacion transmitida por un niño era bastante parte para separar los dos campeones: la negativa incurria en un castigo ejemplar.

Estos pueblos tenian tribunales, ó mas bien consejos compuestos de jefes y esposas de jefes, en los cuales estas últimas conservaban casi toda la preponderancia. Estos tribunales ejercian su jurisdiccion sobre el matoa infamado en la guerra, por causa de traicion y de cobardía, y tambien sobre cualquiera que sin permiso del maga-lahi habia comerciado con una nacion estranjera, ó que se habia batido con armas prohibidas, ó que no habia socorrido á su familia en caso de necesidad, ó que habia vivido en concubinaje con una mujer mangatchang, ó que de un modo ú otro habia infrinjido las órdenes de sus jefes. El acusado se defendia por sí mismo, y hacia valer su inocencia y las circunstancias atenuantes de su crímen. Si el delito, aunque averiguado, era susceptible de remision, las parientas, ó una sola en nombre de todas, depositaban un alas á las plantas del culpable, quien á fin de contestar á aquella muda manifestacion consignaba pescado seco ó fresco, arroz, raíces, etc. por un valor almenos igual. Esta permuta de alas y de comestibles se renovaba varias veces, de suerte que si el acusado no era muy rico, se veía forzado á renunciar y le condenaban, al paso que el opulento salia del mal paso con mucho honor y lo acompañaban á su casa con sus conchas. Esta especie de juicios se llamaban *talio*.

Las alas eran conchas atravesadas con cierto número de agujeros. Estas conchas eran la moneda, y de la cantidad de agujeros resultaba su mayor ó menor valor. Una simple concha de tortuga se denominaba *toitai*; atravesada de agujeros recibia el nombre de *pilip*, y su valor era tantas veces tres *lailai* cuantos eran sus agujeros. Bajo el nombre jenérico de alas, se comprendia el *gouni*, collar algo menos grueso que el dedo pequeño, y el *lokao-hogaa*, de una pulgada de diámetro. Es verdad que el valor de los alas podia aumentarse fácilmente multiplicando el número de agujeros, pero ningun Marianés se hubiera tomado la libertad de hacerlo ya por su natural buena fé, ya por temor de que el fraude, fácil de descubrir, fuese castigado severamente. Estos antiguos alas son muy raros actualmente en la comarca, por razon de que los primeros colonos los esportaron casi todos á la China.

Las guerras que se hacian los Marianeses no eran largas ni sangrientas. El pretesto que las motivaba no era nunca la sed de conquistas, sino tan solo la necesidad de vengar una injuria. Cuando dos tribus entraban en campaña lanzaban algunos gritos no tanto para amedrentarse una á otra, como para inspirarse entusiasmo. El caudillo de la tribu era jeneral de hecho y de derecho, y en caso de liga entre muchas tribus, el mas valiente de los jefes era jeneralísimo. Ningun órden ni táctica presidian al combate: cada uno, así oficial como soldado, proponia sus ideas y subvena igualmente á su manutencion. Reuníanse las tropas al son de la trompa, y marchaban bajo una bandera denominada *babao*. Solo se admitian al servicio militar los matoas y los atchaots. Los mangatchangs servian de asistentes á los guerreros y transportaban los víveres. Toda su gran táctica consistia en acechar al enemigo y hacerlo caer en alguna emboscada. Parece, dice el P. Le Gobien, que solo entran en campaña para sorprenderse unos á otros. Con mucho trabajo vienen á las manos, y cuando lo verifican, solo es para tener la mengua de retirarse sin hacer nada. No parece sino que tienen miedo de ensangrentar el campo de batalla. Dos ó tres hombres muertos ó heridos deciden de la victoria. El miedo les

sobrecoje á vista de la sangre derramada; emprenden la fuga y se dispersan al momento. Los vencidos despachan embajadores y presentes á los vencedores, quienes los reciben con todo el placer de que son susceptibles unas jentes tímidas y cobardes cuando ven á los enemigos postrados á sus plantas. Como este pueblo es naturalmente altivo y vanidoso, los vencedores triunfan de una manera insolente. Insultan á los vencidos, y se burlan de ellos por canciones satíricas que componen y recitan en sus fiestas.»

Las armas consistian en palos denominados *godgod anom*, hechos de madera de areck, de ocho pies de largo sobre dos pulgadas de diámetro, y algunas provistas de huesos humanos. A juicio del P. Le Gobien, estos huesos eran tan ponzoñosos, que así que penetraban en las carnes causaban una muerte horrible y convulsiva. El *dogao*, instrumento de agricultura, y el *polos*, red de pescar, servian igualmente de armas defensivas; el *fod-fod* palito, el *atopet* ú honda se empleaban asimismo para los combates de distancias; pero cuando el combate se empeñaba cuerpo á cuerpo, recurrian al *damang* y al *katana*, especie de cuchillo ó de macana cuya forma precisa es actualmente desconocida. El katana se llevaba en la cintura como el machete de nuestros dias.

El arte de las fortificaciones no era estranjero en las Marianas. En sus primeras guerras con los Españoles, sacaban partido del terreno con una intelijencia admirable, y en caso de necesidad sabian improvisar atrincheramientos, con árboles talados, ahondar fosos, defender las avenidas de sus reductos con puntas de huesos envenenados y sembrados por el suelo, y echar mano de todas las combinaciones de que era susceptible su estado poco adelantado de civilizacion.

Tales eran las leyes, las costumbres y la fisonomía de las Marianas bajo el aspecto físico y moral. Actualmente no ecsiste nada de esto, pues es un grupo medio español, medio indíjena, sin tipo ni carácter preciso. Su organizacion política es semejante á la de todas las demas colonias españolas. El gobernador manda en ellas con el título de *Gran justiciero, gobernador civil y militar*, teniendo por segundo á un *sarjento mayor*, jefe de la fuerza armada. Cuéntanse en seguida un comandante de la ciudad de Agagna, siete alcaldes administradores, y en cada aldea ó villorio un *gobernadorcillo* cuyas funciones están subordinadas á las del alcalde y son bastante semejantes al poder civil de nuestros correjidores. Bajo las órdenes del gobernadorcillo hay los alguaciles, milicia urbana, y los zeladores encargados de velar por la observacion de los estatutos de las cofradías relijiosas.

El gobernador acumula todos los poderes políticos y judiciales; sus sentencias son ejecutorias y sin apelacion, y únicamente con las que acarrean una pena infamante debe hacerse asistir del mayor, de dos capitanes y de un secretario. Aunque el fallo de la pena capital dependa del mismo tribunal, se acostumbra mandar el acusado á Manila. Los castigos mas severos son los cordazos, desde el maximum de quinientos golpes hasta el minimum de un corto número. El robo de efectos pertenecientes al Estado es castigado con cien golpes. El gobernador condena igualmente á los trabajos públicos por un tiempo determinado, cargando de grillos ó sin ellos. Las personas degradadas son castigadas con un destierro á Rota, á Tinian ó á Saypan, y por crímenes graves los envian á Manila. Todas las faltas de menor cuantía son castigadas con la prision que se sufre en Agagna ó en Umata.

Los gastos de esta colonia que cuesta á la España mas de lo que le reditua, eran antiguamente cubiertos casi en su totalidad por una subvencion anual que suministraba la Nueva España, y que traía el galeon en su travesía de Acapulco á Manila. Actualmente las Filipinas son quienes pagan la diferencia ecsistente entre los gastos y los ingresos. Aquellos se componen de los desembolsos afectados al colejio de S. Juan de Letran, á la manutencion de la fuerza armada, á las asignaciones del gobernador y de los funcionarios y gastos de ceremonias públicas, etc. La fuerza armada cuenta 112 hombres de tropas regulares, y en caso de necesidad puede aumentarse con 1.400 milicianos sacados de la poblacion sola de Gouaham. El reclutamiento es voluntario y se contrata por toda la vida ó por un tiempo limitado. Los soldados sirven tanto como les acomoda. Cuando lo desean, obtienen su licencia y tienen derecho á una pension despues de cierto número de años de servicio. En caso de guerra, los milicianos tienen sueldo y alimento, y como no pueden darles fusiles á todos, les arman de hondas y lanzas. Toda la artillería de Gouaham diseminada en diferentes puntos, consiste en unos 30 cañones de bronce, los unos en estado, y los otros fuera de servicio.

De este cuadro completo de las Marianas, tal como nos lo suministran las sabias y curiosas observaciones de M. d'Urville, Freycinet, Chamisso, Quoy, Bérard, Arago y Desaison, puede deducirse que bajo el dominio de otro gobierno que el de España este pequeño grupo hubiera adquirido desde mucho tiempo mayor importancia política y comercial. Es de creer que tarde ó temprano llegará á ser una útil escala intermedia entre la India y la Polinesia, sobre

todo cuando la civilizacion europea haya penetrado en el grupo de las Carolinas que manifiesta una disposicion maravillosa para recibirlo.

CAPITULO XXVII.

CAROLINAS OCCIDENTALES.—ISLAS ELIVI, GOUAP Y PELEW.

Nuestra breve recalada en Gouaham habia restablecido completamente los enfermos del *Oceánico*, por cuyo motivo cuando á 2 de julio de 1831 abandonó la isla hospitalaria, hallábase en el puente toda la tripulacion dispuesta y apta para el servicio. Era aquella la época de los mejores tiempos, de las brisas dulces y regulares. Deslizábase por el Océano la lijera embarcacion en direccion al S. O. sin que hubiese necesidad de remover una sola maroma de los aparejos ni la mas pequeña parte del velámen. Habian discurrido cuatro dias, y á 6 de julio el vijia señaló en el horizonte una isleta baja y selvosa. Vanamente la buscó Pendleton en sus mapas, pues era la isla Feïs descubierta recientemente, reconocida en 1828 por el capitan d'Urville, y de la que habian hablado los Carolinos ecsajerando su importancia y atribuyéndole seis leguas de circumferencia, siendo así que solo tenia dos ó tres millas. Por otra parte su posicion estaba basada sobre datos muy poco ciertos; mas, segun el capitan d'Urville, está situada á los 9° 45' lat. N. y á los 138° 10' lonj. E.

Dos dias despues el *Oceánico* costeaba la parte S. del grupo Elivi (segun d'Urville), compuesto de un gran número de islotes bajos y selvosos, diseminados en los bordes de un inmenso arrecife. Al abrigo de aquella serie de rompientes, el mar estaba terso como un lago, y sin embargo nos hallábamos á tal distancia de tierra que ni una piragua siquiera se atrevió á acercarse. Sin embargo al fin llegó una tripulada por cuatro naturales que pasaron á bordo con alegría y confianza, ofreciéndonos cocos, frutos de pan y algunas raíces de su país. Eran hombres bien formados, de un tinte medianamente obscuro, íntegros, francos, tranquilos y animados de intenciones benévolas. Despues de haber pasado una hora á bordo, viendo que el *Oceánico*, siempre á la vela, los conducia á sobrada distancia de sus islas, aquellas buenas jentes se decidieron á despedirse de nosotros.

Las islas Elivi fueron conocidas de los Españoles á principios del siglo último, fundados en las indicaciones que les dieron los Carolinos que frecuentaban entonces las Marianas. Algunos misioneros se aventuraron á desembarcar en aquel grupo para convertirle al cristianismo, pero su tentativa no tuvo otro resultado que una catástrofe estéril y sangrienta. Fernando Valdés Lamon, á la sazon gobernador de las Filipinas, da cuenta de aquel acontecimiento en estos términos:

A 2 de febrero los PP. Cantova y Walter partieron de Gouaham para las islas recientemente descubiertas. A 2 del siguiente marzo llegaron felizmente á una de las Carolinas, y permanecieron tres meses en ella, ocupándose en su ejercicio de misioneros. Como aquellas islas no ofrecian ningun recurso, embarcóse Walter para las Marianas á fin de abastecerse de todo lo necesario para la subsistencia de Cantova que continuaba en la misma tierra con catorce Marianeses que le acompañaban. Empero los vientos contrarios obligaron á Walter á hacer escala en las Filipinas, donde tuvo que estar aguardando un año entero la llegada del buque que cada bienio pasa á las Marianas. Por fin, á 12 de noviembre de 1732 volvió á embarcarse, y despues de tres meses y medio de navegacion, encalló el buque á la entrada del puerto. Lejos de desalentarse por este revés, los misioneros hicieron construir otro á grandes gastos y cargarlo de víveres, en el que se embarcó Walter á 31 de mayo de 1733 con cuarenta y cuatro personas. Despues de nueve dias de navegacion se encontraron ya junto á las islas, y al momento dispararon muchos cañonazos para avisar su llegada á Cantova; pero no se acercó ningun barco, lo cual indujo á creer que los bárbaros le habian quizás arrebatado la vida. Tomóse la resolucion de entrar en una bahía formada por dos islas, siendo la más considerable Falalep; y habiéndose aprocsimado á la playa á tiro de pistola, se descubrió que la antigua vivienda era incendiada, y que la cruz fijada en la costa no ecsistia ya. Finalmente, acercáronse al buque cuatro barquitos henchidos de isleños y presentaron algunas nueces de cocos. Preguntáronles en su lengua por Cantova y sus compañeros, y contestaron con muchísimo empacho que habian ido á la grande isla de Yap; pero el temor pintado en su semblante y su tenacidad en no querer subir á bordo, apesar de ofrecérseles bizcocho, tabaco y otras bagatelas de su gusto, no dejaron la menor duda de que nuestros camaradas habian muerto por mano de los bárbaros. Consiguióse al fin cojer un isleño y hacerle subir á bordo; pero los restantes abandonaron inmediatamente sus barcos y se arrojaron á nado lanzando los mas terribles alaridos. El buque pasó la noche en aquella bahía, y al dia siguiente se alejó de las islas con ánimo de pasar á Yap. Navegaron los Españoles por espacio de tres dias enteros, pero nunca pudieron descubrir la isla, por razon de que ignoraban su situacion y el rumbo que debian seguir. Entretanto hicieron varias preguntas al isleño, asegurándole que no

le harian ningun daño si hablaba la verdad, y de esta suerte confesó por fin que poco tiempo despues de la partida de Walter, habian muerto á Cantova y á todos sus compañeros.

« Este relijioso habia partido con su intérprete y dos soldados para la isla de Mogmog con objeto de administrar el bautismo, quedándose sus compañeros en Falalep para guardar su casa. No bien se hubo apeado en la isla, cuando se acuadrillaron gran número de naturales armados de lanzas, y lanzando los mas horríficos aullidos salieron al encuentro de Cantova; pero este les preguntó dulcemente por qué motivo querian arrancarle la vida, siendo así que no les habia hecho el menor daño. « Tu vienes, le respondieron, para destruir nuestros usos y costumbres: en ninguna manera queremos admitir tu relijion. » A estas palabras le acribillaron de tres lanzadas, despojaron su cadáver de sus vestidos, le envolvieron en una estera, y lo enterraron al pie de una casita, cuya ceremonia solo conceden á los magnates de su isla. Asimismo asesinaron á los otros tres, y depusieron sus cadáveres en un barco que abandonaron á la discrecion de los vientos y de las olas. Despues de este asesinato se embarcaron, y pasaron á la isla Falalep al sitio donde se habian quedado los restantes. Al acercarse los bárbaros, que parecian sobrecojidos de furor, los soldados se pusieron á la defensiva y tiraron cuatro cañonazos que habian colocado delante de su casa, causando la muerte de cuatro isleños. Continuaron defendiéndose á sablazos, pero postrados por el número, fueron acribillados de lanzadas, y sus cuerpos enterrados en la playa del mar. Catorce personas murieron en aquella ocasion, á saber, Cantova, ocho Españoles, cuatro Indios de las Filipinas y un esclavo; salvándose tan solo un jóven Filipino que fué ahijado por uno de los caudillos de la isla. La casa fué saqueada por los bárbaros, quienes se repartieron todo el botin, y la destruyeron. »

El desgraciado écsito de aquella mision parece haber retraido á los Españoles de hacer una tentativa de la misma naturaleza; porque las Carolinas no son citadas en la historia de las Marianas. Las islas Falalep y Mogmog de los misioneros quedaron sepultadas en un profundo olvido, y en su lugar se ven solamente figurar en los mapas un grupo de islas bajo el nombre de *Egos*, designacion que debe su orijen al capitan D. Bernardo de Egoi, su primer descubridor en 1712. Reinaba la mayor vaguedad sobre el conocimiento jeográfico de este grupo, cuando en junio de 1828 el capitan d'Urville le reconoció y le aplicó el nombre de *Elivi* segun las designaciones de algunos naturales que se acercaron al buque durante la noche y tuvieron con él rápidas comunicaciones. « Esos naturales, dice este capitan, no se acercaron á la corbeta hasta las siete de la tarde, y cuatro de ellos pasaron inmediatamente á bordo. Su buen humor, su confianza y su amabilidad nos recordaban perfectamente los habitantes de Hogoleu, cuando el viaje de la *Coquilla*. Nos dieron á conocer con muchísimo gusto los nombres de todas las islas que componen su pequeño archipiélago en número de diez y ocho ó veinte; mas como iba anocheciendo no pudímos aprovecharnos de aquellas luces. Así es que en el mapa trazado por M. Guilbert, me he contentado con distinguir estos islotes con números ordinales. Únicamente, como el nombre de *Elivi* era tomado mas comunmente en boca de los isleños que todos los demas, lo he impuesto provisionalmente al grupo entero.

« Cuando les pronunciámos el nombre de *Yap*, señalaron inmediatamente el O; igualmente conocian Saterval, Feïs, Mogmog, Lamourek, Youli, etc., pero el nombre de *Egoi* les era absolutamente desconocido, y cuando pronunciámos esta voz mostrando sus islas, hacian un signo negativo diciendo: *Elivi*. La palabra *Tamouel* por caudillo, es tambien de su idioma, y *mamai* parece significar: *bravo, bravísimo*.

« Los buenos de aquellos salvajes me hubieran dado todavía con mucho gusto otras noticias, por cuanto eran muy comunicativos y aun locuaces; pero no acertábamos á comprender su lengua, y como nos hallábamos envueltos en la obscuridad sus jestos mismos eran del todo perdidos para nosotros. Al cabo de una hora les dí á entender que abandonábamos sus islas; por cuyo motivo se despidieron con mucho sentimiento y prometiéndonos reiteradas veces presentarse por la mañana del dia siguiente á bordo y traernos sabrosos pescados. »

Seis meses despues sobrevino el capitan Lutke que trazó la jeografía completa y circunstanciada de este grupo imponiéndole el nombre de *Ouluty*, nombre que sin duda alguna debe ser preferido al de Elivi. Como la relacion de ese reconocimiento no ha visto todavía la luz pública, nos ceñirémos á una sucinta descripcion de estas islas. Es imposible reconocer en el mapa de Lutke muchos de los nombres que los Carolinos de recalo en las Marianas habian comunicado antiguamente al esuíta Serrano. Las islas Loto, Fataray, Fatalap, Patagarus, Yaos, Luxel y Eu del catálogo de Serrano son indudablemente idénticas con las islas Lothoou, Fatharay, Falalep, Patangaras, Ear, Losieppe y Eou del mapa del navegante ruso. Sea como fuere, el grupo Elivi ú Oulathy, de diez y ocho á veinte millas de largo de N. á S. con una anchura casi igual de E. á O., comprende unas veinte islas bajas y selvosas, todas de cortísimas dimensiones. Las mas considerables, como Falalep, Mogmog

y Patangaras, apenas tienen una milla de largo sobre media de ancho. Este grupo está situado entre los 9° 4' y los 10° 6' lat. N. y entre los 137° 8' y los 137° 28' lonj. E. Si debe darse crédito á las antiguas relaciones españolas, el caudillo principal de estas islas residia en Mogmog. Cuando navegan los barcos por este golfo, dicen, así que llegan á la vista de Mogmog, abajan las velas como muestra de respeto y de sumision de los isleños hácia sus señores.»

Hallábase el *Oceánico* á alguna distancia del grupo Elivi, cuando á 15 de julio por la mañana ví desaparecer á través de nuestras portas y á dos ó tres leguas de distancia una deliciosa isla orillada de una playa cubierta por hermosos grupos de cocos. Era la isla Yap, segun la mayor parte de los mapas, Gouaham segun M. d'Urville. Los Españoles la conocieron antiguamente en virtud de las noticias que les dieron los Carolinos, y segun su costumbre, ecsajeraron sobremanera su importancia atribuyéndole cerca de cuarenta leguas de circumferencia, por cuyo motivo figuró por mucho tiempo en los mapas con una forma desmedida. «Ademas de las diversas raíces de que usan los habitantes en vez de pan, dice Cantova, se encuentran patatas, llamadas en su lengua *camotes*, procedentes de las Filipinas, segun me ha referido uno de nuestros Carolinos llamado Caïal. Asimismo narra este sujeto que su padre llamado Coor, uno de los mas ilustres de la isla, tres de sus hermanos y él, á la sazon de veinte y cinco años de edad, fueron arrojados por la tempestad á una de las Filipinas denominada *Bifaïai*, que uno de nuestros misioneros les tomó por su cuenta y les dió vestido é hierro, que es lo que mas aprecian en el mundo; que á su regreso trajeron simientes de muchas plantas, entre las cuales se hallan las patatas, las que se han multiplicado tan prodijiosamente que su isla abastece de ellas á todas las demas. Estos isleños hacen una pasta odorífera de color amarillo y encarnado con que se pintan el cuerpo los dias festivos; siendo este en su concepto uno de los adornos mas magníficos. Apenas puede creerse lo que me añadió aquel sujeto en órden á la ecsistencia en su isla de algunas minas de plata; pero que se saca en corta cantidad, á falta de instrumentos de hierro propios para escavar la tierra; que cuando encuentran algun pedazo vírjen lo trabajan para darle una forma redonda y lo regalan al señor de la isla, denominado *Taguir*. Díjome asimismo que en su casa hay algunos de un tamaño propio para servirle de silla.» El bueno del P. Cantova tenia fundamentos para dudar de la veracidad de este relato; porque una tierra tan sumamente rica no es posible que se hubiese sustraído á las indagaciones de los codiciosos aventureros de aquella época.

Esta isla fué olvidada por mucho tiempo, y reconocida por fin en 1792 por los buques *Exeter*, *Hawke* y *Dundas*, y por el *Swallow* en 1804. Empero el capitan d'Urville es el primero que ha presentado con ecsactitud su forma y su posicion. A 4 de julio de 1828 tuvo algunas comunicaciones con los naturales. Léese en su diario lo siguiente:

«Cuatro piraguas que desde mucho tiempo se dirijian hácia nosotros, asieron aquella ocasion para alcanzarnos. Tres de ellas no contenian mas que tres ó cuatro hombres cada una; pero la cuarta era mucho mayor y llevaba nueve. Todos esos salvajes pasaron á bordo sin ninguna dificultad, y no manifestaron la menor sorpresa al vernos. Tenian un semblante injenuo, la jovialidad y la mayor parte de las maneras de los otros Carolinos; por los andrajos que llevaban muchos podia juzgarse fácilmente que habian tenido frecuentes relaciones con los Europeos. Con efecto, uno de ellos, que hablaba un poco el español, me citó los nombres de seis ó nueve buques que habian sucumbido cerca de su isla, y me indicó un fondeadero en una hondonada de la costa del E. Ese sujeto me dijo que habia estado en Gouaham en uno de sus grandes paros; no tenia conocimiento alguno de las islas Elivi; pero me ha hablado de las islas Egoi situadas al E. S. E. y que me ha asegurado ser en número de cuatro. Hame indicado con ecsactitud las islas Palaos y Matelotas en sus direcciones respectivas, pero me ha dicho que las últimas se apellidaban *Goulou* en su lengua, y que su propia isla se denominaba *Gouap*. Es de creer que *go* no es mas que una partícula que significa *es* ó el artículo *el*, *la*, como el *ko* de los Nuevos-Zelandeses y el *no* de los Taitios. Si es así, los verdaderos nombres de estas islas son *Oulou* y *Ouap*, tanto mas cuanto que en Elivi los salvajes pronunciaban claramente *yap*. Sin embargo hasta mas amplios informes adoptarémos las designaciones de *Gougo* y de *Goulou*.

«Esos naturales son bastante bien formados, y apenas se pintan; su tinte es sumamente claro, y muchos de ellos llevan sombreros puntiagudos como los Chinos. Sus piraguas son del todo semejantes á las de los Carolinos, sin otra diferencia que las dos estremidades se realzan mucho mas á manera de las góndolas de Constantinopla. Nunca trajeron á vender frutos ni provisiones, ni objeto alguno de su industria.

«Sin embargo su isla ofrece el aspecto mas risueño y fértil, sobretodo en toda su parte meridional, que es baja y casi del todo cubierta de soberbios cocos. De trecho en trecho se observan en la playa espaciosos edificios con inmensos techos por el estilo de las casas de Ualan. La parte del N. es mas elevada, bien que las montañas mas encumbradas parecen no te-

ner mas de sesenta ú ochenta toesas de elevacion sobre el nivel del mar.

« Por lo demas Goump es mucho menos estensa de lo que á primera vista parecia en los mapas de Arrowsmith y de Freycinet, porque á lo sumo tiene diez millas de N. á S. y cinco ó seis de E. á O. Es probable que, segun ha acontecido varias veces veces en lo tocante á evaluaciones de magnitudes de islas, las millas españolas habian sido tomadas por leguas.

« Cuanto hubiera gustado poder fondear en Gouap, y dedicarme algunos dias al estudio de sus habitantes y de las producciones de su territorio. Pero el *Astrolabio* no era mas que un hospital flotante; reinaba á bordo un desaliento jeneral. Tuvímos pues que contentarnos con la ojeada rápida que acabábamos de tender sobre este rincon de tierra, y proseguir nuestro derrotero al S. 1/4 S. E. llevando el rumbo hácia las islas. Al momento todos los naturales que se hallaban á bordo saltaron precipitadamente á sus piraguas y se apresuraron á alcanzar la playa: no parecia sino que temian que fuésemos tentados á llevárnoslos en esclavitud. Es probable que no pocas veces les han jugado semejante morisqueta. »

A estas observaciones del capitan d'Urville, debemos añadir que este navegante fijó la posicion de la punta S. de Gougo á los 9° 25' lat. N. y á los 135° 41' lonj. E.

Al dia siguiente, 16 de julio, el tiempo, hasta entonces delicioso, pasó á ser incierto y caprichoso. De cuando en cuando caían sobre el *Oceánico* chubascos imprevistos que le forzaban á seguir todas las direcciones del compás. En medio de los obstáculos de aquellas maniobras señalé un grupo de árboles que parecia flanqueado de un ancho rompiente. Apenas lo mostré á Pendleton, cuando salió repentinamente al encuentro del timonero: « Deja arribar á babor! » esclamó. El timonero obedeció al comandante, y el navío se deslizó en la direccion opuesta á la del arrecife. Desaparecido todo temor, Pendleton me salió al encuentro. « Me ha dado V. un buen aviso, dijo; no me creía tan cerca de los terribles *matelotas*, y es preciso que la corriente nos haya impelido hácia ellas con bastante rapidez. Creíame que estábamos á treinta millas de distancia; pero apenas estamos á seis. » Preguntéle en que consistia este grupo, y me lo esplicó en los siguientes términos. «Son unas islas pobres, que fueron descubiertas en 1547 por Villalobos, y Gabraon, gobernador de las Molucas, despachó á ellas á Francisco de Castro para bautizar á sus habitantes. En 1796 el almirante Reynier, que mandaba el navío, el *Suffolk*, tuvo conocimiento de ellas y las denominó *Spencer Keys*. Sin embargo el conocimiento esacto de su posicion se debe al capitan d'Urville, quien en 1828 costeó de muy cerca toda su parte occidental, y reconoció que este grupo, compuesto de algunas islas bajas sumamente pequeñas, estaba circuído de un inmenso rompiente que hacia muy peligroso su acceso. Hasta aquí no se ha recojido ninguna noticia positiva en órden á su poblacion. Está situado entre los 8° 14' y los 8° 34' lat. S. y entre los 134° 58' y los 135° 11' lonj. E.

Durante cinco ó seis dias, impelido por los vientos contrarios, el *Oceánico* sostuvo la capa aguardando que soplase una brisa favorable; pero las corrientes debian de ser muy fuertes en estos parajes, supuesto que á 22 por la mañana se percibió en frente una nueva tierra prolongada y de una altura mediana, que parecia tener una estension de cuatro ó cinco leguas. Cuando estuvímos á algunas leguas de distancia se desplegó á nuestra vista una dilatada serie de arrecifes. Aquellos rompientes formaban una barrera inaccesible, á escepcion de la parte S. donde se aprocsimaban mucho á la playa. Hallábase el *Oceánico* á la altura de la isla del S., cuando se le acercaron dos ó tres piraguas. Dispensólas Pendleton una acojida alhagüeña; pero al avistar á lo lejos un número mayor de embarcaciones, en vez de amainar su marcha para aguardarlas, hizo una maniobra que debia cansarlas si se obstinaban en seguirle. Permutáronse algunos objetos manufacturados con los que se habian presentado contra varios cocos y batatas; mas viendo que la marcha del buque les alejaba demasiado de su isla, se despidieron al momento. Los que se columbraban á lo lejos, habian virado ya de bordo, y de consiguiente me fué imposible recojer numerosas observaciones relativamente á aquellos isleños. Todo cuanto pude averiguar es que eran bien formados, vijilantes y llenos de confianza en sí mismos. Cuando hicímos ademan de enmararnos y huir su acceso, se manifestaron tristes cuanto sorprendidos, cual hombres que no habian hecho nada para merecer tal desconfianza y que estaban familiarizados con los Europeos. Eran efectivamente unos moradores de las islas Wilson, célebres por la relacion del naufrajio del *Antelope*, relacion que participando de la popularidad de Cook y de Robinson ha sido tan hojeada por la juventud, dispuesta á sentir las mas vivas impresiones á la lectura de aventuras estraordinarias. Estas islas Pelew y su buen soberano, el jóven Li-Bou, el noble Abba-Thulle su padre, todos estos nombres se fijaban en mi imajinacion á vista de la isla como otros tantos recuerdos recientes y graciosos. « Porque no vamos, dije á Pendleton, á hacer una breve visita á los hospitalarios habitantes de las islas Pelew? — Parece que V. lo dice en estilo pastoral, me replicó el capitan con un tono semi-serio y me-

dio jocoso : se conoce que tiene V. el cérebro atestado de las baladronadas de Wilson ó mas bien de su corrector, el caballero Keate. La costumbre de trazar relaciones poéticas sobre esas pueblas oceánicas era entonces de moda : fabricábanse salvajes de agua de colonia, y los hacian vivir en un país digno de la edad de oro. Los caníbales mismos eran representados como inocentes corderos por la pluma de los publicistas europeos. Pero, qué ha resultado de ahí? *Mentís* crueles y nada satisfactorios. El teniente Macluer, alhagado por las relaciones de Wilson y cansado de la sociedad de los Europeos, vino á buscar en Pelew hombres de mejor conducta. Pasó allí una parte de los años 1793 y 1794; pero no pasó mucho tiempo sin quedar disgustado de los isleños que encontró, como la mayor parte de los salvajes, ávidos y malignos. Si Macluer no hubiese fallecido, sin duda nos hubiera presentado relaciones mas ecsactas, mas curiosas y mas fidedignas que las fábulas de Wilson. Por desgracia Macluer no nos ha dejado ningun escrito, y sí tan solo un plano de esas islas levantado con harta imperfeccion, pero que tiene esta circunstancia de característico, y es que los nombres de su mapa difieren completamente de los de Wilson y merecen ser preferidos por todos los jeógrafos como lo han sido por el capitan d'Urville.

« Despues de Macluer, prosiguió Pendleton, es probable que han comunicado con las islas Pelew algunas embarcaciones, y hasta se sabe que una de ellas estuvo á punto de ser víctima, hace algunos años, de su confianza en esos salvajes. El capitan Anderson me refirió en Gouaham lo siguiente, de cuyas resultas el *Oceánico* ha maniobrado hace una hora del modo como V. ha visto. Subidos en gran número al buque del capitan, los naturales se portaron al principio con mucha reserva y decoro. Efectuáronse algunas permutas, y parecia reinar la mas completa armonía entre las partes contratantes, cuando los salvajes se precipitaron súbitamente sobre los marineros desprevenidos y se apoderaron del buque. Afortunadamente algunos marinos que se hallaban en las cofas tiraron algunos balazos sobre los salvajes, cuya imprevista mosquetería dió principio á la resistencia, que quizás hubiese sido inútil sin la presencia de un negro, *cok* ó cocinero de á bordo. Habia en el fuego un caldero lleno de agua hirviente; tomó el negro un gran cucharon y echó á rociar á los isleños que recibian el líquido sobre su cuerpo del todo desnudo. Fácilmente se concibe que semejante rociadura les debió disuadir del pillaje, y en efecto se fugaron todos lanzando horribles ahullidos. Mucho tiempo despues se oía como ahullaban en la playa. Merced á la presencia de ánimo del negro, los Europeos se salvaron. »

Así es que Pendleton destruyó en un momento los ensueños de toda mi juventud. Qué! esta historia de Wilson era una fábula; ese naufrajio del *Antelope* habia sido embellecido y abrillantado á toda costa! Yo persistia en no creerlo : mi capitan con sus ideas positivas no podia menos de engañarse : los salvajes de nuestros dias, mimados por el contacto europeo, no podian ser ya los salvajes antiguos. Tal es lo que decia para mí á trueque de mantener mis ilusiones, y apesar de Pendleton creía todavía en las aventuras del *Antelope*. Vamos á juzgar inmediatamente de su verosimilitud.

CAPITULO XXVIII.

ISLAS PELEW.— NAUFRAJIO DEL ANTELOPE.

El *Antelope*, paquete de la compañía de las Indias, de trescientas toneladas, montado por 34 Ingleses y 16 Chinos, mandado por Enrique Wilson, que tenia á bordo su hijo y su hermano, partió de Macao á 21 de julio de 1783. Este capitan dió la vela hácia el E.; dobló el 26 las islas Bashee y no encontró mas tierra hasta el 1.° de agosto, por la noche, en que se perdió en un rompiente. Cortáronse los palos, se botaron las chalupas al mar; el naufrajio era completo é irremediable.

Al rayar del alba, se percibió á tres ó cuatro leguas de distancia una isleta al S. y algunas otras al E. Despacháronse á ellas las embarcaciones, mientras se trabajaba á bordo en la construccion de una almadía en que debian cargarse los objetos mas útiles. Acercáronse los botes á una pequeña ensenada bien abrigada, desembarcaron sus provisiones confiándolas á la custodia de cinco hombres, y regresaron á bordo. Entretanto se dió cima á la almadía; completóse su cargamento, y la tripulacion dejó el *Antelope* y pasó á tierra. En el decurso de su rota, la almadía tropezó con obstáculos tan grandes, que tuvo que abandonarse anclada en un abra; y solo las tripulaciones desembarcaron viniendo en conocimiento de que la isla era poblada y oyendo gritos humanos durante toda la noche. Los dias siguientes se ocuparon del salvamento de los objetos de la almadía, sin que circunstancia alguna fuese parte á retraer á los náufragos de la faena. A las ocho de la mañana del 12, mientras se ocupaban en despejar el terreno para plantar reales, llegaron dos piraguas tripuladas por algunos salvajes, y uno de ellos se acercó á los estranjeros y les dijo en chapurreado malayo : « Sois amigos ó enemigos ? » Afortunadamente un marinero comprendia su lengua, y le contestó : « Somos unos Ingleses desgraciados cuyo buque ha encallado en este arrecife, y hemos tenido la dicha de salvar nuestra vida. »

Desde entonces quedó sellada la mas íntima amistad entre los náufragos y los isleños.

Entre los ocho individuos que se habian relacionado con los Ingleses, se contaban dos hermanos del rey y un Malayo de Ternate, que habia servido de intérprete. Patron de un buque mercante, perteneciente á un Chino, este hombre se dirijia á Amboine diez meses antes cuando las corrientes le arrastraron á las islas Pelew. El rey le dispensó la acojida mas albagüeña, y la conducta que hácia él observaron los naturales le era altamente satisfactoria.

La admiracion y la sorpresa que se manifestaron entre aquellos salvajes al ver los objetos desembarcados demostraban con evidencia que hasta entonces no habian tenido relacion alguna con los Europeos. A todo cuanto percibian y palpaban, esclamaban: *Weal! weal!* y á veces *Weal a tracoy!* esclamacion de sorpresa, segun nos significó el Malayo. Lo que mas llamó su atencion, fué el blanco cútis de los Ingleses, y lo holgado de sus vestidos que no podian no tocar con curiosidad, á trueque de cerciorarse si hacian parte de su cuerpo. Por lo demas, en breve comprendieron la esplicacion que les dió el Malayo relativamente á esos vestidos indispensables en un país mas riguroso y frio que las islas Pelew. Entonces manifestaron deseos de saber si los brazos eran del mismo color que las manos y el rostro; y al momento muchos Ingleses se descubrieron el pecho y les hicieron patente que el resto de su cuerpo era del propio color. Los pelos que guarnecian el busto parecieron inspirarles cierto fastidio, pues les parecia efecto de desaseo, por razon de que entre ellos los dos secsos tienen la costumbre de quitarse el vello con la atanquia.

Como los salvajes entraban en las tiendas con sus nuevos amigos, un perro de Terranova y otro perrito faldero, salvados del naufrajio, echaron á ladrar con vehemencia. Los naturales contestaron á sus ladridos con estrepitosos gritos; pero poco á poco se fueron habituando á la vista de aquellos animales que les ofrecian un espectáculo del todo nuevo, por cuanto no conocian otro cuadrúpedo que el raton.

En la primera entrevista quedó acordado que el hermano del capitan, Matías Wilson, se presentaria al rey con algunos dones, y que los Ingleses retendrian como rehenes al hermano del rey, Saa-Kook, otro natural y un intérprete. El número de aquellos isleños se acrecentó dos dias despues por la llegada de otro hermano del rey, Arra-Kooker, y uno de los hijos del rey, llegados en piraguas cargadas de batatas y nueces de coco que ofrecieron al capitan. El hijo del rey llevaba un mensaje del monarca, concebido en los siguientes términos: « El rey veia con placer á los Ingleses en sus Estados y les hacia saber que tenia pleno permiso de construir un navío en la isla en que se hallaban, y que asimismo podian ir á construirle en la isla donde residia y bajo su proteccion inmediata. »

Poco tiempo despues volvió á aparecer Matías Wilson; habia tenido grandes inquietudes, pero el resultado manifestó cuan poco fundadas eran. El pueblo de Pelew le habia dispensado la mas albagüeña acojida. Su relacion es la siguiente.

« Cuando el bote que me llevaba llegó á la isla donde residia el rey, el puelo en masa salió de sus domicilios para verme desembarcar. Acompañábame el hermano del rey, y me tomó por la mano para conducirme del desembarcadero á la ciudad. Habíase estendido una estera sobre un enlosado de piedras cuadradas, donde me hizo seña de sentarme. Obedecí al momento, y en breve llegó el rey advertido por su hermano: me levanté para saludarle al estilo de los orientales aplicando la mano á mi frente y encorvando el cuerpo; pero pareció que no prestó en ello la menor atencion.

« Tras esta ceremonia ofrecí al rey los presentes de que me habia cargado mi hermano, y los recibió con mucho agrado. Entonces Arra-Kooker habló con él algun tiempo, y entendí que le instruía de nuestro desastre. Concluída esta confabulacion, el rey comió un pedazo de azúcar piedra que le pareció bueno, y distribuyó un pedazo á cada jefe. Inmediatamente mandó que llevasen los presentes á su domicilio é hizo venir refrijerantes en una nuez de coco, consistiendo en agua caliente que suavizaron con una especie de melote. Despues de haberlo gustado, mandó un jóven que se hallaba á su lado que se encaramase á un coco para cojer nueces frescas. Tomó una, quitó su cáscara, cató su leche y la entregó al jóven natural paraque me la presentase haciéndome seña de que se la devolviese en cuanto hubiese bebido. En seguida rompió la nuez en dos, comió un poco de ella y me la restituyó paraque igualmente comiese.

« Entonces me hallé rodeado de una multitud de individuos de ambos secsos, en tanto que el rey habló largamente con su hermano y los caudillos presentes. Sus miradas, que á menudo se fijaban sobre mí, me dieron á entender que su conversacion era relativa á mi presencia. Por casualidad me quité el sombrero, y toda la asamblea quedó altamente sorprendida al verlo. Habiéndolo echado de ver, inmediatamente me desabroché el justillo y me descalzé los zapatos para mostrarles que no hacian parte de mi cuerpo, por cuanto me creía que estaban en esta idea. En efecto, así que se desengañaron, se me aprocsimaron mas, me palparon y apli-

caron sus manos sobre mi pecho para tocarme la piel.

« Entretanto iba anocheciendo, y de consiguiente el rey, su hermano, muchas otras personas y yo nos retirámos á una casa donde nos habian preparado batatas cocidas en agua para cenar. Consistia la mesa en un camoncillo guarnecido en torno de un banco de tres á cuatro pulgadas de alto. Habia en ella un plato de madera que contenia una especie de pudingo hecho tambien de batatas machacadas y batidas juntamente. Observé ademas algunos mariscos, pero no pude reconocer sus especies.

« Despues de cenar me acompañaron á otra casa situada á alguna distancia de la primera, donde encontré á cincuenta personas de ambos secsos. Fuí presentado por una mujer, que en el acto de entrar me dió á entender que me sentase ó me acostase en una estera estendida espresamente para mí en un ángulo de la pieza; á lo que pude comprender, que me habian destinado aquel sitio para dormir. Cuando el resto de la compañía hubo satisfecho su curiosidad, cada uno se fué á acostar, yo me tendí en la estera, y me coloqué otra encima, que presumí destinada para este objeto. Mi almohada fué un tajo, único cojin de que se sirven aquellos isleños.

« Aunque me fué absolutamente imposible dormitar, pasé la noche tranquilamente. Mucho tiempo despues de hallarse todos sumidos en el silencio de la noche, se levantaron siete ú ocho hombres, y empezaron á encender dos grandes hogueras en cada estremo de la casa, que no estaba dividida en piezas y formaba solo una grande habitacion. Fuerza me es confesar que esta ceremonia me amedrentó, pues creía que se disponian á asarme, y que solo se habian acostado para dejarme dormir, y apoderarse de mí en aquella situacion.

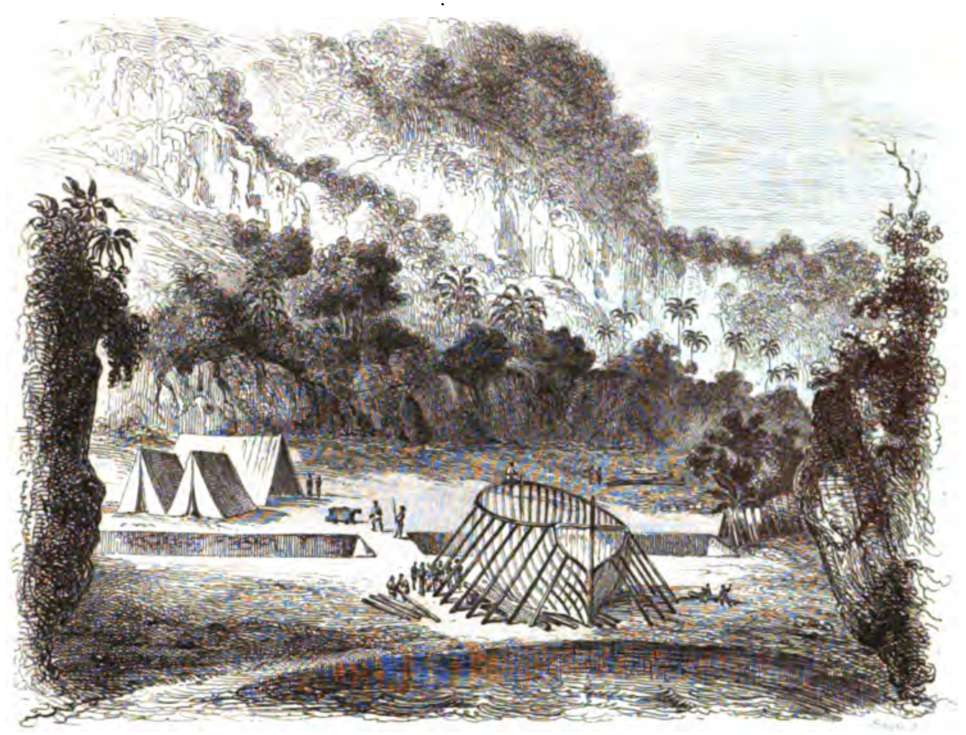
« Dejando á un lado lo que hubiera podido ser de mí, en el peligro que me amagaba de todos lados y que me era imposible evitar, reconcentré todas mis fuerzas y me encomendé al Ser Supremo, aguardando con resignacion mi destino ulterior. Pero, cual fué mi admiracion cuando poco tiempo despues de haberse calentado les ví cubrirse con sus esteras y echarse á dormir pacificamente hasta el amanecer! En este momento me levanté, y me paseé en todos sentidos á través de la muchedumbre que me rodeaba.

« Juntóseme en breve el hermano del rey; acompañóme á muchas casas donde me ofrecieron patatas, nueces de coco y algunas golosinas insignificantes, y en seguida me presentó en casa del rey su padre á quien dí á entender por jestos que deseaba mucho encontrar á mi hermano. Comprendióme el rey perfectamente, y me significó igualmente por señas que los botes no podian enmararse á causa del viento y del proceloso mar. Para designarme el ímpetu del viento, me mostró con la mano los astros y sopló con vehemencia; en cuanto á la violencia de las olas á que estarian espuestos los botes, juntó entrambas manos, levantólas y dejólas caer al momento, dándome á entender con esto que los botes podian zozobrar.

« Empleé el resto del dia en pasearme por la isla, cuyas producciones me parecieron consistir en batatas y en cocos; los naturales cultivaban las primeras con sumo esmero en grandes plantaciones situadas en medio de terrenos pantanosos, como el arroz en la India. Los cocos crecen junto á sus casas, ni mas ni menos que el betel, que mascan como tabaco.»

Al dia siguiente Abba-Thulle, que Keate llama el rey de Pelew, apesar de no ser mas que jefe de una de las islas del archipiélago, vino en persona á visitar á Wilson. Renovóle sus ofrecimientos de servicio; insinuóle que el sitio en que se hallaba era insalubre, y que bajo todos aspectos le seria mas ventajoso residir á su lado. Wilson dió las gracias al rey sin afectar desconfianza; mas prefirió permanecer en el punto en que estaba, calculando que le seria mas fácil ponerse á cubierto de una sorpresa ó de una traicion. Abba-Thulle, este rey de Pelew, iba completamente desnudo (Pl. LXIV. — 2), y ni siquiera llevaba en el puño la señal distintiva de su hermano el jeneral. Llevaba en el hombro un hacha de hierro, al paso que todas las otras eran de concha. Conforme al deseo que manifestó el jefe salvaje, Wilson mandó á sus fusileros que hiciesen en su presencia el ejercicio de fuego, lo que causó entre los isleños una sorpresa y admiracion imposibles de describir: saltaban, daban brincos, gritaban y jesticulaban. Desde entonces sus consideraciones hácia sus huéspedes fueron siempre en aumento; sea que se hubiese mezclado en su amistad cierto sentimiento de temor, sea que les tomasen por seres sobrenaturales dotados de un poder superior. Por otra parte sabian hacer la diferencia de los Ingleses y de los Chinos, pues estos últimos fueron considerados por ellos como individuos de una especie subalterna, cuando vieron que no estaban habituados como los Ingleses al manejo de las armas de fuego.

Satisfecho que hubo el rey su curiosidad, retiróse con su estado mayor á una parte algo distante de la isla, en donde deseaba pernoctar. Algunos caudillos se quedaron al lado de los Ingleses con muchos isleños. En el acto de acostarse, Wilson y sus marinos oyeron á aquellos salvajes entonar un canto discordante que dió aviso á los náufragos: este canto fué considerado como un grito de guerra ó como una señal des-



3. Camp retranché du Capitaine Wilson à Pelew.

3 Campo atrincherado del Capitan Wilson en Pelew.



4. Luoi, une des Femmes d'Abba-Tulle.

4 Luoi, otra de las mujeres de Aba Tulo.

tinada á avisar al rey y sus guerreros. Cada uno tomó sus armas, decidido á vender cara su vida, y Wilson se encaminó al sitio donde acampaban los naturales para cerciorarse de sus disposiciones. Allí se convenció fácilmente de que semejantes gritos eran una especie de preludio á un canto nacional que se pusieron á ejecutar, pero de un modo tan estraño y tan estrañamente esplicado por el relator, que es preciso echar mano de su mismo contesto para dar de él una sucinta reseña:

« Cuando estuvieron de acuerdo, Raa-Kook presentó un sedal ó mas bien una tablita, que tomó otro *rupack* (jefe), sentado á alguna distancia. Este cantó un estribillo, acompañado de otros isleños, á escepcion de Raa-Kook y del jóven príncipe. Dos veces repitieron el retornelo, y los naturales que se hallaban en la tienda vecina lo repitieron en coro. Raa-Kook presentó otra tablita, con la que cantaron de la propia suerte, y así continuaron los diez ó doce estribillos. En los intérvalos se hablaban entre sí, y parecieron dar á entender que los cantores no habian tomado á bien los diferentes tonos.

« Cuando hubieron dado cima á sus cantos, desearon oir algunas canciones inglesas, y se les dió satisfaccion al momento. El jóven Cobbledick entonó muchas de que quedaron muy contentos. Así es que nuestros temores quedaron desvanecidos, y no dudámos al momento que el objeto de aquellas jentes no habia sido mas que el de divertirse. Finalizados estos cantos se fueron á dormir; pero pocos Ingleses se recobraron del susto aquella noche, pues eran sobrado violentas las sospechas que les habia infundido la alarma paraque les diesen aliento con prontitud. »

Abba-Thulle estaba entonces en guerra con un jefe vecino, y despues de haber quedado acorde con sus hermanos, calculó que la asistencia de los Europeos podria serle de un grande ausilio en aquella lucha. Sin embargo por de pronto no se atrevió á declararlo á sus huéspedes temiendo que semejante súplica no les pareciese una conviccion impuesta á su hospitalidad: así que, con la mayor timidez pidió á cinco ó seis Ingleses que le acompañasen en una espedicion á una isla vecina. Su demanda fué acojida con júbilo, y de consiguiente los isleños se sintieron sobrecojidos de la mayor alegría. Al siguiente dia se embarcaron para la isla Pelew cinco jóvenes marineros robustos y bien armados, en tanto que los otros se ocupaban con la mayor actividad en la construccion de un pequeño schooner que debia servirles para enmararse (Pl. LXIV. — 3).

Abba-Thulle habia prometido despedir á sus ausiliares al cuarto dia, y ya habian pasado nueve sin saber de ellos ninguna noticia. Su ausencia empezaba á inquietar á Wilson, cuando llegaron á 25 de agosto guiados por Raa-Kook, y refirieron lo siguiente:

« El 17 emprendieron la marcha para una de las islas del rey, situada á unas seis leguas de la caleta por la parte del S. Fueron recibidos y tratados con mucha amistad, y pasaron en ella toda la noche. Al siguiente dia se encaminaron á Pelew, donde residia el rey, distante tres ó cuatro millas del punto que abandonaron. Allí vivieron hasta el 21 sin que el rey hubiese podido reunir todos sus botes; pero al amanecer del 22 se alinearon todos con sus armas en frente del palacio del rey, quien les pasó revista. Estas armas eran flechas de bambú de ocho pies de largo, guarnecidas en el cabo de una punta de madera de betel en figura de sierra. Con estas flechas se baten de cerca, pues tienen otras menos largas para combatir de lejos. Las arrojan con un palito de unos dos pies de largo, en el que se encuentra una empulgadura para recibir la punta de la flecha: aplican la mano al otro cabo de esta, que siendo de bambú es elástica, y la encorvan en razon de la distancia á que ponen la puntería, y la dejan partir. En jeneral estas flechas caen perpendicularmente sobre el objeto que deben alcanzar.

« Los Ingleses que formaban parte de aquella espedicion se embarcaron en cinco botes diferentes, y llevaron el rumbo hácia el E. haciendo unas diez ó doce leguas para congregar algunos refuerzos de muchas aldeas que estaban puestas bajo el dominio del rey. A las dos y media de la tarde llegó á la vista del enemigo. El rey tenia una flotilla de 150 botes que llevaban á bordo mas de mil combatientes. Nuestras jentes no pudieron saber á cuanto ascendian las fuerzas del enemigo.

« Antes de empeñar el combate, Raa-Kook se aprocsimó á la ciudad con su bote y habló algun tiempo al enemigo, teniendo á su lado á Tomas Dultou. Habíase prevenido á este de no hacer fuego mas que á cierta señal que debian hacerle. Habiendo oído el enemigo con mucha indiferencia lo que le dijo el jeneral, este arrojó un dardo que fué devuelto inmediatamente. Esta era la señal acordada. Tomas Dultou hizo fuego al momento y mató un hombre, lo cual sorprendió sobremanera á los enemigos. Los que se hallaban en la playa emprendieron la fuga; los otros que estaban en los botes se arrojaron al agua para alcanzar la tierra. Disparáronse algunos postreros fusilazos y la victoria fué asegurada.

« Nuestros enemigos se manifestaron sumamente satisfechos de aquella derrota; pero no sacaron de ella otra ventaja que la de desembarcar para cojer cocos y batatas. Despues de este combate, ó mas bien derrota, regresó la flotilla entre nuestros isleños. El rey se congratuló

sobremanera de su triunfo, y la flota se detuvo en diferentes puntos en donde se presentaron las mujeres trayendo refrescos para las tropas; mas como era demasiado tarde para retirarse á sus casas, dispersáronse todos á las ocho de la tarde y pernoctaron en diversas caletas.

« La mañana siguiente fué empleada en preparar diversiones en todas las vecinas casas. A las tres de la tarde volvieron á embarcarse todos y velejaron hácia Pelew adonde llegaron á las siete de la noche.

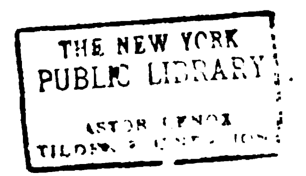
« Sus mujeres se manifestaron dispuestas á recibir las tropas con nueces de coco llenas de agradables bebidas. En el acto de atracar á la playa, los Ingleses dispararon una descarga de mosquetería y prorumpieron en tres aclamaciones de que el rey estuvo muy contento. Acostáronse: habíanles comprometido á pasar un dia allí y diferir su partida para su isla. La ciudad se disolvió en regocijos, y pasó todo el dia en placeres. Hubo danzas y canciones análogas á las circunstancias. »

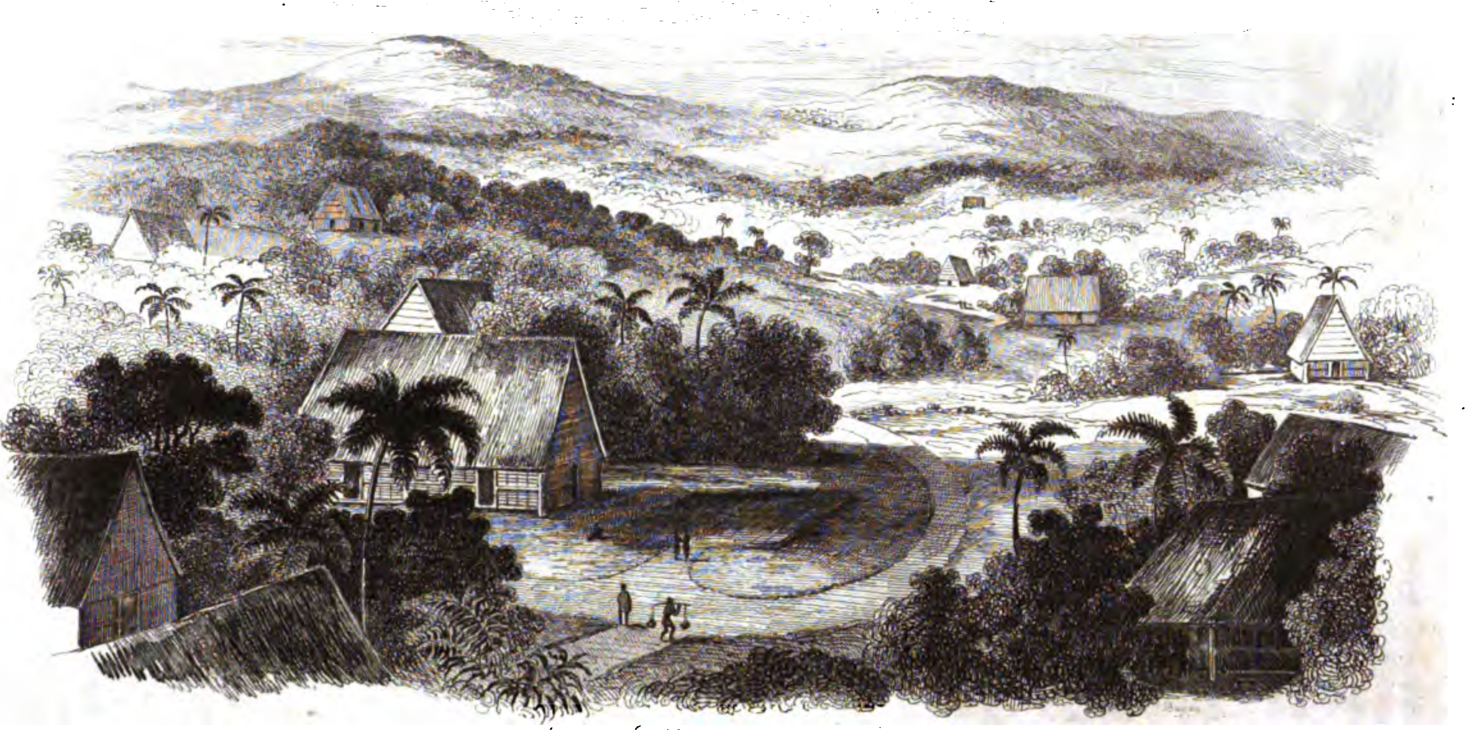
El señalado servicio que los Ingleses acababan de prestar á los isleños estrechó mas fuertemente los vínculos de amistad que los unian mutuamente. Deseando darles una nueva garantía, Abba-Thulle mandó declarar á Wilson por el órgano de su hermano Raa-Kook, que le abandonaba la isla á su discrecion en donde se hallaba con toda propiedad, y al propio tiempo invitaba al capitan á ir á encontrarle paraque recibiese los honores debidos á su rango. Wilson rehusó la segunda oferta, pero aceptó la primera haciendo izar en la punta de un palo el pabellon inglés y saludándolo con tres descargas de mosquetería. Entonces fué cuando se supo por primera vez que el nombre de la isla era *Oroulong*. No pudiendo ir á visitar el rey en persona á causa de sus ocupaciones, decia, envió á dos de sus compañeros para felicitarle por su victoria. Agregó al séquito de aquella embajada un Chino á quien encargó de ecsaminar con cuidado el país y sus producciones para saber cuales eran sus recursos comerciales y agrícolas. Los enviados ingleses fueron recibidos con distincion, bien tratados y festejados por todo el pueblo. La relacion del Chino fué, que el país era miserable; que el pueblo era muy pobre; que no habia vestidos, arroz, ni cerdos, pero sí batatas, pececillos y nueces de coco; que no hacia ningun comercio, y que de consiguiente no tenian mucho de que comer. Como el bueno del Chino era muy positivo, el sentimental Keate lo compara á un Holandés que solo calcula en un país lo que sus habitantes pueden dar á ganar.

Wilson, seguido del médico Sharp y de otras dos personas, fué á visitar á Abba-Thulle. El domingo 31 de agosto se embarcó para Pelew, y llegó al desembarcadero de esta isla á la una de la tarde (Pl. LXIV. — 1). Raa-Kook acompañó á los estranjeros á una casa situada en la playa, en la que debian aguardar la llegada del rey. Sirviéronse refrescos con cierta simetría: en primer lugar presentaron un ancha sopera de madera, cuya forma era la de un pájaro, guarnecida interiormente de corteza y llena de una bebida azucarada; en seguida una batea pintada de unos dos pies de altura, guarnecida como la sopera, y en la que se habian dispuesto algunos almíbares y naranjas; finalmente dos canastillos, el uno lleno de batatas y el otro de nueces de coco.

Entretanto entró Abba-Thulle, recibió el abrazo del capitan Wilson, y se sentó á su lado. Los Ingleses eran servidos por un hombre que distribuía á cada uno por órden del rey su parte de provisiones. En seguida Wilson ofreció á Abba-Thulle los presentes que habia traído, abarcos de hierro, collares de oro y de plata unidos por una cinta en cada cabo. La casa estaba circuída de naturales que ecsaminaban á los estranjeros con la mayor curiosidad. Uno de los camaradas de Wilson, llamado Devis, que sabia dibujar, habiendo observado entre la muchedumbre una mujer bastante bonita, empezó á hacer su retrato; pero esta viendo que el estranjero la miraba con frecuencia trazando algun bosquejo en su presencia, retiróse con aire de mal humor, sin que pudiesen retenerla las instancias de los rupacks. Uno de ellos dió una ojeada al bosquejo de Devis, y le agradó tanto que quiso enseñarlo al rey, quien manifestó deseos de que Devis retratase á dos de sus mujeres, de las cuales la una se llamaba Luoï (Pl. LXIV. — 4). Mandólas presentar, y al principio no tuvieron reparo en mantenerse firmes con aire risueño y satisfecho; pero en cuanto echaron de ver que Devis no cesaba de clavar en ellas sus miradas, empezaron á inquietarse seriamente, tanto que sin las órdenes formales del rey se hubieran marchado inmediatamente. Al fin se concluyeron los retratos y fueron presentados al príncipe, que se manifestó muy contento de ellos. Por lo que hace á los dos modelos, recobraron su buen humor al ver el dibujo y no pudieron menos de ruborizarse por las inquietudes que habian concebido.

En seguida Abba-Thulle acompañó á sus huéspedes á la capital, situada en un collado cubierto de bosques, á trescientas toesas de la playa. Allende el bosque empezaba una hermosa calzada con muchas hileras de árboles. Esta calzada en las avenidas de la ciudad se dividia en dos senderos, de los cuales el uno conducia á un arsenal de construccion para las piraguas, y el otro al sitio donde se tomaban los baños. Llegados á la ciudad, que el relator apellida al-


THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY



1 Place des Assemblées publiques à Pelew.
1 Plaza de las Juntas públicas en Pelew.



1. Débarcadère à Peliew.

1. Desembarcadero en Pelew



2. Abba-Thule Chef de Pelew.

2. Aba Tulo Jefe de Pelew

de Sainson del.

VOYAGE

VIAGE

gunas veces *Pelew* y otras *Pali* (sin decir porque), los Ingleses entraron en una gran playa embaldosada y circuída de muchas casas, y penetraron en un edificio situado en el centro de uno de los lados (Pl. LXV.—1). Muchas mujeres salieron de aquella habitacion, y su belleza, ni mas ni menos que sus ornamentos, indujeron á creer que pertenecian á elevada alcurnia. Su rostro y su pecho eran pintados de amarillo.

Introducidos en aquella casa, los Ingleses fueron seguidos por las mujeres que les distribuyeron nueces de coco y bebidas azucaradas, ocupándose en seguida en trenzar esterillas con hojas, ocupacion la mas ordinaria de su secso en Pelew. Abba-Thulle instaló á sus huéspedes, y despues de haberles manifestado que aquella casa estaba á su disposicion durante su permanencia en Pelew, despidióse de ellos para ir al baño. Apenas habia partido, cuando los Ingleses recibieron un mensaje de la reina que estaba deseosa de verlos, y al momento fueron á hacerle una visita precedidos por Raa-Kook. La soberana habitaba en una vivienda retirada y circuída de plantaciones de cocos. Delante de la casa corria una balaustrada, en la que habia muchos pichones domesticados y atados por la pata. Los pichones son unas aves muy raras en Pelew y solo los rupacks con sus familias tienen derecho á comer de ellos. Cuando la reina vió á los Ingleses á poca distancia de su casa, abrió su ventana, y por el órgano de Raa-Kook les rogó que se sentasen en el empedrado en su presencia. Entonces sobrevinieron algunos esclavos con refrescos, mientras la reina interrogaba á su cuñado el jeneral por cuenta de los estranjeros. Como prueba de alta consideracion, les hizo servir un pichon asado, previniéndoles que era el plato mas sabroso de su isla. Curiosa hasta el esceso, la princesa hizo acercarse á la ventana algunos Ingleses, y les rogó que se quitasen los vestidos paraque pudiese ver el color de su piel. Satisfecha su curiosidad, les despidió con mucha urbanidad. Entonces el jeneral acompañó á sus huéspedes á su casa, y les hizo servir nuevos refrescos y un nuevo pichon asado. Raa-Kook estaba fuera de sí al ver á los Ingleses en su casa: su familia, en la que se contaban dos niños muy pequeños, parecia profesarle el afecto mas íntimo correspondido por Raa-Kook; los chicos saltaban á las rodillas de su padre, y este los entregaba á sus huéspedes paraque pudiesen acariciarles á su guisa.

Los Ingleses partieron de casa de Raa-Kook y se volvieron á la casa que les habian asignado, donde pasaron una noche bastante buena, merced á algunos juegos con los que contrarrestaron la humedad y se libraron de la presencia de los músticos. Al dia siguiente fueron convidados á desayunarse con el rey: acompañáronles de nuevo á la casa donde fueran á visitar á la reina el dia anterior, compuesta de una pieza espaciosa cuyo piso no era entablado, sino cubierto de bambúes ajustados con propiedad y ecsactitud. En uno de los estremos de la sala habia una pieza que no estaba separada por ningun tabique y en donde los criados hacian la cocina. En el otro estremo corria un alta balaustrada cubierta por una grande estera que colgaba de arriba á bajo. Invitaron á los Ingleses á sentarse, y en cuanto lo hubieron verificado, la estera cayó y puso de manifiesto al rey y la reina en cuclillas el uno al lado de la otra. El desayuno consistió en pescados y batatas hervidas. Durante el banquete, el rey mostró á Wilson una pieza de indiana que el Malayo salvara de su naufrajio y que le habia dado en presente. Abba-Thulle conservaba aquella tela como uno de los objetos mas preciosos que pudiesen encontrarse en todo el globo.

Por la tarde hubo un gran consejo al aire libre, en medio de la plaza y á poca distancia del alojamiento de los Ingleses. Veíanse en ese consejo muchos rupacks sentados cada uno sobre una piedra colocada junto al borde esterior del area enlosada. El rey estaba sentado sobre una piedra mas alta que la de los otros rupacks, con el brazo apoyado sobre una segunda piedra todavía mas alta. A sus espaldas se veían en pie algunos rupacks inferiores. En ese consejo cada uno daba sucesivamente su voto, y las cuestiones se decidian por mayoría. Las voces *englis* y *artingall* fueron pronunciadas frecuentemente por los miembros deliberantes, lo cual dió á entender á los Ingleses que hablaban de ellos. Con efecto al salir del consejo, el rey seguido del intérprete malayo fué al encuentro de los estranjeros, y pidió á Wilson diez individuos de su tripulacion paraque le asistiesen en un segundo combate, que deseaba presentar á los mismos enemigos, á lo cual contestó Wilson que los Ingleses eran amigos suyos y que de consiguiente consideraban á sus enemigos como si fuesen adversarios propios. Preguntando por la causa de aquella guerra, Abba-Thulle le contestó que en una fiesta á Artingall uno de sus hermanos y dos de sus jefes habian sido muertos, y que en vez de hacer justicia de semejante atentado, Artingall habia protejido á los asesinos. « Desde entonces, añadió el rey, las dos islas están en guerra. » Wilson consintió en su demanda, diciendo que deseaba retener sus jentes en Pelew el mas poco tiempo posible. « Como quereis, dijo entonces afectuosamente el rey, que los despida en el momento mismo en que acaban de prestarnos servicios importantes? Dejádmelos almenos dos ó tres dias para festejarlos; así que nuestros

enemigos hayan sido vencidos. »

Por la tarde del mismo dia, los Ingleses presenciaron una danza guerrera. Los bailarines tomaron hojas de banano, que cortaron en forma de cintas, y con ellas se rollaron la cabeza, las muñecas, la cintura, las rodillas y los tobillos. Estas hojas, teñidas de amarillo, disonaban agradablemente con la piel obscura de los isleños. Igualmente empuñaban algunos haces de las mismas hojas, formábanse en círculos concéntricos y echaron á dar vueltas. Entonces uno de los mas ancianos entonó con gravedad una especie de estribillo que todos los bailarines repetian en coro continuando sus figuras. En aquella danza los naturales daban muy pocas pernadas: únicamente se ladeaban de cierta manera inclinándose con frecuencia y cantando juntos. Al propio tiempo los círculos se aprocsimaban, de suerte que los bailarines se hallasen en frente uno de otro levantando cada uno el manojo que empuñaba y ajitándolo contra el de su vecino. Despues de este paso se detenian súbitamente, daban el grito de *ou ou*, entonaban una nueva estancia y por este tenor continuaban la danza hasta el fin. Durante esta diversion, los corifeos presentaron dos grandes vasos de bebida azucarada que presentaban, en primer lugar á los Ingleses y á los principales rupacks. Terminada la danza, los actores se sentaron y les distribuyeron la bebida cuatro personas de distincion, segun el hueso que traían en el puño.

Estas fiestas y ceremonias duraron hasta 4 de setiembre, en cuya época Wilson y sus compañeros se volvieron á Oroulong, donde continuaron los trabajos con actividad. Algunos dias despues recibieron una nueva visita de Abba-Thulle acompañado de muchos de sus oficiales. Aquellos isleños se complacieron sumamente en ecsaminar los trabajos de los Ingleses y en admirar su industria. Cuando regresó á Pelew llevóse en su compañía los diez ausiliares que Wilson le habia prometido y que seis dias despues estuvieron de vuelta en Oroulong. El hermano del capitan, Matías Wilson, refiere esta nueva campaña en los siguientes términos:

« Por la noche en que salímos de Oroulong, llegámos á Pelew; el rey queria continuar su camino sin detenerse hácia Artingall, pero el tiempo era muy húmedo. Hicímosle observar que la lluvia podria inutilizar nuestras armas, y en consecuencia difirió la partida para la noche siguiente. Fuímos acompañados á la misma casa donde mi hermano y el médico Sharp habian sido regalados anteriormente y nos suministraron cuanto podíamos anhelar.

« Por la tarde del siguiente dia nos reunímos en la calzada donde se hallaban el rey, Raa-Kook, Arra-Kooker y los otros rupacks ú oficiales jenerales, y pasámos á bordo de los botes que estacionaban para recibirnos. Fuímos seguidos en la playa por una multitud de ancianos, de mujeres y niños, que parecian atraídos por la curiosidad y el interés. Cuando los botes empezaron á enmararse, se oyó un bocio que anunciaba nuestra partida. Al propio tiempo se despacharon otros botes en diferentes puntos de la isla para tomar algunos destacamentos que estaban difundidos por los ancones mas remotos, y que solo estaban aguardando una real órden para partir.

« Despues de haber recibido esos refuerzos, nuestra flotilla se componia de mas de doscientos botes. Durante la noche fuímos avanzando hácia Artingall; pero antes de amanecer nos detuvímos algunas horas en una isla dependiente de las posesiones de Abba-Thulle, desembarcando en una especie de muelle, y durmiendo unas tres horas en el duro suelo. Entonces nos volvímos á embarcar navegando hácia un verdadero laberinto de roquedos, y llegando ante Artingall un poco antes de amanecer. Hicímos alto hasta el salir del sol; los pueblos de Pelew no sorprenden jamas á su enemigo y no lo atacan en la obscuridad.

« Ya empezaba á remontarse el sol por el horizonte, y un pequeño bote de pequeñísima construccion, henchido de ocho individuos solamente, se adelantó para intimar al enemigo á que se presentase á fin de dar batalla. Cuatro hombres tenian en los cabellos una pluma blanca de un ave del trópico. Los que iban adornados de semejantes plumas llenaban las funciones de nuestros heraldos; iban á hacer proposiciones sobre las circunstancias de la contienda y en el interin se suspendian las hostilidades.

« Al principio Abba-Thulle habia hecho saber al rey de Artingall que dentro de pocos dias se presentaria á empeñar el combate, y en consecuencia este rey hizo los preparativos necesarios. El enemigo viendo la señal por la que le pedian una conferencia, despachó un bote á Raa-Kook, que le intimó acceder á cuanto le proponia su hermano en reparacion de la injuria de que se quejaba. El bote se dirijió al rey de Artingall y le dió cuenta de las proposiciones del rey de Pelew; pero no quiso convenir en ello, y en consecuencia Raa-Kook informó á su hermano que el enemigo se hallaba prevenido al ataque.

« Al momento Abba-Thulle hizo resonar el bocio, y poniéndose de pie en su piragua ajitó al aire su baston de mando para mandar á las diferentes escuadras que se formaran en batalla.

« Entretanto el enemigo reunia sus botes á poca distancia de la playa y hacia resonar igualmente el bocio para retarnos: no parecia sino que estaba decidido á aguardarnos sin abandonar la playa. Los diez Ingleses se habian colocado en muchos botes diferentes: el rey tenia

uno en el suyo, el jeneral otro, y los restantes, armados cada uno de un mosquete, de un sable ó de una bayoneta, acompañaban á los diferentes rupacks. Habia muchos botes lijeros tripulados por cuatro hombres que llevaban plumas blancas en sus cabellos. Estos botes estaban ocupados sin cesar en trasladar de una division á otra las órdenes del rey y del jeneral y á los otros caudillos con una rapidez increíble.

« Viendo el rey que el enemigo estaba decidido á no abandonar su puesto, y juzgando que no podia atacarlo ventajosamente, despachó á una de sus piraguas paraque llevasen la órden á una division de ocultarse á espaldas de una eminencia. Despues de estas disposiciones, las dos parcialidades se arrojaron al momento algunos dardos; resonó el bocio, y el rey de Pelew hizo ademan de huir en su bote. Al momento fué seguido de todas sus tropas, que se retiraron con una precipitacion aparente.

« Esta estratajema de Abba-Thulle infundió aliento al enemigo, que creyendo que nuestra flota estaba sobrecojida de un terror pánico abandonó la playa para conseguirlo. En cuanto lo hubo percibido la division emboscada, salió á todo remo, y se plantó entre la isla y el enemigo para cortarle la retirada. Viendo el rey el resultado de su ardid salió al encuentro del enemigo y formó su flota en batalla. Entonces el ataque se jeneralizó; las flechas volaron de una y otra parte con una rapidez inconcebible; los Ingleses hicieron un fuego continuo y mataron mucha jente. Los enemigos desordenados estaban confundidos al ver sus guerreros sucumbiendo sin ver el golpe que les mataba, y si bien veían que estaban atravesados, en vano buscaban el arma que habia causado la herida, sin que pudiesen concebir por que medios podia arrancarse la vida á aquellos combatientes.

« En jeneral aquellos isleños no tienen mas que un guerrero en cada bote, pues los demas no hacen mas que remar ó dirijir los movimientos. El fuego de los mosquetes desordenó á los guerreros de Artingall, y causó un efecto totalmente contrario entre los de Pelew. En cuanto empezó á retronar el estruendo de las armas estos se levantaron todos en sus botes, hicieron resonar el aire con sus clamores, y aerecentaron el terror del enemigo. Finalmente las tropas de Artingall, no encontrándose en estado de hacer frente á un ataque tan terrible, emprendieron la fuga.

« La division apostada entre ellas y su isla les atacó al propio tiempo por detras y detuvo por mucho tiempo el curso de su retirada; pero como su fuerza no era igual á la del enemigo, este pudo alcanzar la playa.

« Tomáronse solamente seis botes y nueve hombres, lo que fué considerado como una victoria de tomo y lomo, por cuanto aquellos isleños raras veces hacen prisioneros. Los vencidos se esfuerzan siempre en llevarse sus muertos y heridos, por temor de que el enemigo esponga públicamente sus cuerpos.

« Nuestra flota se paseó en triunfo en torno de la isla de Artingall, y tocó el bocio para retar al enemigo sobre el cual se continuaba disparando cuando se hallaba á tiro de mosquete. La accion no duró mas de tres horas; hiciéronse inútilmente muchas evoluciones á lo largo de las costas para atraer al enemigo á nuevo combate. Entonces Abba-Thulle mandó á los botes que se dispusiesen para partir, lo cual se verificó en breve, y regresámos á Pelew.

« Los nueve prisioneros que teníamos eran todos heridos; y apesar de la viveza de nuestras instancias paraque no les condenasen á muerte, nada pudímos recabar en su favor, siendo pasados cruelmente á cuchillo casi sobre la marcha. Deseando justificar esta conducta, que nos parecia tan opuesta á la humanidad ordinaria de los habitantes de Pelew, nos representaron que se veían forzados á obrar de aquella suerte para su propia seguridad. Aseguráronnos que en otras ocasiones respetaban la vida de los prisioneros, reduciéndolos á la esclavitud, pero que estos siempre hallaban medios de evadirse á su tierra, y que despues de haber vivido algun tanto entre los habitantes de Pelew, y ecsaminado detenidamente los canales y ancones de la isla, desembarcaban en ellos á hurtadillas y cometian las mas horrendas depredaciones: por cuyo motivo la conducta que á nosotros nos parecia reprensible era dictada por la necesidad.

« Entre sus prisioneros se contaba un rupack, que en la muñeca llevaba un hueso que nuestros isleños pretendieron arrebatarle; pero apesar de todos sus esfuerzos defendió tan tenazmente el distintivo de su dignidad, que solo lo perdió con la vida. Trasladáronlo á Pelew, y lo decapitaron, fijando su cabeza en la punta de un bambú ante el frontispicio del palacio real.

« El bote que me volvia á traer de aquella espedicion contenia dos de aquellos prisioneros. El uno tenia el muslo quebrado, y el otro estaba acribillado de lanzadas. Cuando esas jentes van á la guerra, acostumbran trenzar sus cabellos de un modo que les es particular, y los juntan en el sincipucio; mas si llegan á caer prisioneros, los dejan caer en desórden sobre el rostro aguardando con intrepidez el golpe mortal que están seguros recibirán del vencedor. Cuando aquellos dos infortunados se vieron en el bote donde yo me hallaba, y hubieron manifestado su resignacion á morir, nuestros isleños les instaron paraque se sentasen en el fondo del bote. El que tenia el muslo roto lo hizo con

suavidad; mas como el otro oponia alguna resistencia y aparentaba provocar al destino por su tenacidad, uno de los naturales se abalanzó inmediatamente á mi bayoneta y se la sepultó en el pecho. El desgraciado prisionero luchó por mucho tiempo contra las convulsiones y las ansias de la muerte y derramó mucha sangre, pero no ecsaló el menor suspiro ni plañido.

« M. Béranger, á fuerza de instancias y de súplicas, habia podido conservar durante dos leguas la vida de un prisionero herido; mas uno de los súbditos del rey, herido igualmente por el enemigo, en cuanto echó de ver á aquel desgraciado, tomó el puñal del Malayo Sougel, y le mató inmediatamente sin que M. Béranger lo observase siquiera. Ese natural de Artingall que por la vez primera de su vida veía un hombre blanco, se sujetó á su destino con la mayor grandeza de ánimo; clavó constantemente sus últimas miradas sobre el Inglés, y parecia vivamente afectado, en el acto de morir, del color de su enemigo verdaderamente nuevo para él.

« Al regresar á Pelew, Abba-Thulle se detuvo en muchas isletas que presumímos estar sujetas á su dominio ó al de sus aliados, y en todas partes hizo esponer públicamente los cadáveres de sus prisioneros. El pueblo de esas diversas islas se regocijó sobremanera de su victoria, y aprestó considerables refrescos. Nosotros no pudímos justipreciar la pérdida del enemigo; pero no cabe duda que fué muy considerable. El rey tuvo por su parte algunos heridos, pero ningun muerto.

« La noche habia precedido nuestra llegada á Pelew. Cuando estuvímos bastante cerca, resonó el bocio para participar el regreso del rey, y no bien nos encontrámos en el muelle de donde habíamos partido, cuando acudió el pueblo en masa á recibirnos con refrijerantes. Nos detuvímos hasta haberse reunido todos los que faltaban; porque por el camino se habian detenido muchos botes. Entrámos finalmente en Pelew, donde se entonaron varias canciones y se bailó durante una parte de la noche; los naturales nos atribuían la gloria de aquella jornada, y repetian frecuentemente en sus cantos la voz *Englis*. Los cadáveres de sus prisioneros fueron espuestos públicamente durante ocho dias, y pasado este término fueron quemados ó arrojados al mar por razon de que inficionaban la atmósfera. »

Envanecido por tales victorias y por la presencia de sus poderosos aliados, el bizarro Abba-Thulle quiso sacar de ellas algun fruto domando al pueblo de Artingall. En consecuencia pidió de nuevo á Wilson, algunos dias despues, quince hombres y un pedrero para una tercera campaña, y despues de haberle opuesto algunas dificultades, Wilson le concedió diez hombres y el pedrero, con la condicion espresa de que los prisioneros serian entregados á los Ingleses y puestos á su discrecion. Salió de Oroulong la nueva escuadra á 29 de setiembre, y á 7 de octubre estuvo de vuelta Matías Wilson, historiógrafo de todas estas guerras, quien refiere lo siguiente:

« La tripulacion era casi la misma que en la espedicion segunda, á escepcion del número de botes que era mucho mas considerable. Al llegar á Artingall no echámos de ver ningun bote, apesar de que, segun costumbre, el enemigo estaba ya prevenido del ataque. Los soldados de Pelew, con objeto de provocar al enemigo, desembarcaron y se internaron un poco en la isla. Raa-Kook habia tomado el mando y los dirijió, pero el rey se quedó en el bote y de vez en cuando le hacia dar cuenta de sus disposiciones ni mas ni menos que á Arra-Kooker. Nos suplicaron que no desembarcásemos, mas como el enemigo comenzaba á defenderse, saltámos en la playa para socorrer á nuestros amigos y pusímos un sitio riguroso á muchos edificios ocupados por el enemigo. El cañon, situado en un bote, que los naturales habian dispuesto con tanta destreza como buen sentido, estaba haciendo un continuo fuego sobre las casas atestadas de jente: pero nuestra mosquetería desalojó en breve tiempo á los Artingalleses y redujo un edificio á cenizas. Sin embargo no dejaron de causarnos bastante daño á fuerza de lanzadas. Por lo que á nosotros hace, el fuego no interrumpido que estábamos haciendo no podia menos de dispersarles y matar de ellos un número considerable. Despues de haberles perseguido por mucho tiempo, Arra-Kooker subió á una colina opuesta á los botes, y viendo descender á un Artingallés se ocultó tras unas malezas para sorprenderle y atontarlo á impulsos de un golpe de su espada de madera. Iba á conducirle prisionero á su bote, cuando Tomás Wilson observó que algunos enemigos iban á precipitarse sobre él y matarle, y en consecuencia corrió á su ausilio y les encaró el cañon. Los Artingalleses sobrecojidos de miedo emprendieron inmediatamente la fuga, cuya circunstancia fué tanto mas afortunada, cuanto que Tomas Wilson habia agotado todas sus municiones y no tenia en aquella sazon un cartucho siquiera para cargar su mosquete.

« Los naturales de Artingall se portaron en aquella accion á las mil maravillas, defendiendo el edificio incendiado sin abandonarlo hasta que se vieron que iba á aplastarles por su derrumbamiento. Un soldado de Pelew manifestó asimismo un denuedo estraordinario: corrió al edificio mientras estaba ardiendo todavía, cojió un hachon, y con él fué á pegar fuego á otro edificio donde se habian refujiado los enemi-

gos, transformándolos cuanto antes en presa de los materiales combustibles que encerraba. Este hombre, despues de haber ejecutado una empresa tan atrevida, tuvo la dicha de regresar entre sus compatriotas. El rey recompensó públicamente su denuedo, poniéndole en persona un anillo en la oreja y confiriéndole el grado de rupack inferior á su regreso á Pelew.

« Los enemigos perdieron en aquella accion seis botes que habian halado á la playa, y su dique, que era mucho mas largo y ancho que el de Pelew, fué de todo punto destruido. Los vencedores, ademas de muchos perjuicios causados al enemigo, se llevaron la piedra en que el rey de Artingall acostumbraba sentarse para tener consejo. Con este objeto se hicieron grandes fiestas; pero los transportes no fueron tan vivos como despues de la segunda batalla. La muerte del hijo de Raa-Kook y la de otro jóven distinguido disminuían la gloria de este último triunfo; por otra parte hubo cuarenta ó cincuenta heridos, de los cuales hubo muchos que murieron algunos dias despues de su llegada á Pelew. »

El hijo de Raa-Kook era un jóven de diez y ocho años, no menos valiente que su padre, y herido en la precedente campaña de una bala que le habia atravesado el pie. En el último combate una flecha le atravesó el cuello y le mató al momento. El cirujano Sharp presenció la ceremonia de sus funerales: ignorando que hubiese mas recurso, habia ido á ofrecer sus servicios á Raa-Kook, y lo encontró en medio de veinte y un rupacks aliados de Abba-Thulle, y que le habian secundado en las últimas guerras. Despues de algunos minutos de recojimiento, Raa-Kook salió con ellos y tomó la direccion de la ciudad en donde se detuvieron todos en una plaza enlosada y circuída de muchos edificios. Hallábanse en medio de la plaza una multitud de refrijerantes rodeados de varias personas de ambos secsos que se levantaron respetuosamente al llegar Raa-Kook y los rupacks. Cuando todos se hubieron sentado, algunos criados ofrecieron las provisiones, en primer lugar al jeneral, en seguida á sus huéspedes, por fin á los asistentes, y despues de esto se retiraron todas las mujeres. Sharp echó de ver que en aquella ocasion los cocos eran añejos, siendo así que en todas las demas fiestas solo hacian uso de cocos nuevos. Sin embargo procuraron retirar los viejos de la presencia de los Ingleses para servir otros frescos en su lugar. A este banquete, que se pasó en el silencio mas profundo, sucedieron unos lamentos lúgubres que se oyeron á lo lejos, y sin interrumpir el silencio, Raa-Kook hizo seña á Sharp paraque fuese á descubrir la causa de aquellos gritos. Sharp y el segundo contramaestre se encaminaron al punto de donde partia, y vieron una multitud de mujeres que acompañaban un difunto envuelto en una estera y colocado sobre una especie de ataud fabricado con bambúes. Llevábanlo cuatro hombres sobre sus espaldas, que eran los únicos de la multitud. Los dos Ingleses llegaron precisamente en el acto de bajar el cadáver á la hoya que le habian destinado, lo cual tuvo lugar sin ceremonia alguna. Los que habian llevado el cuerpo empezaron á trabajar de pies y manos para llenar la hoya de tierra, mientras que las mujeres consternadas daban prolongados quejidos. En este momento sobrevino un fuerte aguacero que obligó á los Ingleses á buscar un abrigo.

Al rayar el alba del dia siguiente, Raa-Kook acompañó despues á sus dos huéspedes á una casa vecina al sitio donde se habian inmolado á su hijo. Allí compareció una anciana con dos cocos añejos, un ramo verde de pimiento y ocre encarnado. Raa-Kook tomó uno de los cocos, y haciendo una especie de cruz con el ocre, lo puso en tierra á su lado. Despues de una larga pausa, el rupack pronunció con emocion y en voz baja algunas palabras que los Ingleses tomaron por una súplica. Raa-Kook repitió la misma maniobra con el otro coco y el ramo de pimiento, y guardó un melancólico silencio. Finalmente llamó á la vieja, dióle algunas órdenes y le devolvió los dos cocos y el ramo de pimiento, y la vieja se encaminó á la tumba del jóven sin que los Ingleses pudiesen sacar lo que hizo.

Entretanto los Artingalleses habian pedido y alcanzado la paz. Muchos de sus caudillos guiados por Raa-Kook se presentaron al campamento inglés de Oroulong, y no quedaron menos sorprendidos que los isleños de Pelew al ver las armas de fuego de los estranjeros. Mientras se desayunaban con Wilson, ponderaban los desastres que les habian causado en los diversos encuentros aquellos instrumentos de muerte; pero parecia que no profesaban el menor á los Ingleses. Por el contrario les estrechaban la mano de una manera sumamente amigable, y recibian sus obsequios con gratitud y reconocimiento.

Entretanto Abba-Thulle, ya fuese naturalmente guerreador, sea que la presencia de los Ingleses le hubiese infundido deseos de conquistas, pidió nuevos ausiliares á Wilson. Sus proyectos no eran de dirijirse contra las jentes de Artingall, sino contra las de la isla Pelelew á quienes Abba-Thulle reclamaba dos Malayos que retenian consigo. Deseando coronar de un écsito feliz aquella grande espedicion, Abba-Thulle se dirijió á sus aliados y reunió mas de trescientas piraguas de guerra divididas en tres partes que ofrecian el mas curioso espectáculo. Wilson suministró un refuerzo que partió á 27

de octubre y estuvo de regreso el 31 é hizo la relacion siguiente :

« El dia de partir llegaron á una isleta situada al N. de Oroulong y pernoctaron bajo unas rocas. Al amanecer del siguiente dia singlaron hácia una isla que se hallaba á cuatro ó cinco leguas de distancia por la parte de mediodía. Esta isla inhabitada está á cuatro ó cinco millas de Pelelew ; en ella construyeron algunas hutas donde sentaron sus reales. El tiempo era pésimo ; pero cuando se serenó un poco algunas tropas de Pelew se adelantaron hácia otra isla poco distante de la primera y que pertenecia á Pelelew ; hicieron los mayores estragos en las plantaciones de batatas y cortaron un gran número de cocos. Los habitantes habian abandonado su isla antes que se acercasen las tropas de Pelew. Entre las tropas despachadas no se contaban mas que dos Ingleses. Este destacamento , despues de haber causado algunas desgracias á la isla enemiga , regresó al campo antes de ponerse el sol. Al siguiente dia el tiempo era borrascoso ; pero por la tarde la atmósfera se despejó , y en consecuencia se mandaron otras tropas á la isla para asolar cuanto habian salvado la víspera. En este nuevo destacamento que regresó al campamento por la tarde como el dia anterior , se contaban tres Ingleses. Dos dias despues llegaron al campamento dos rupacks de Pelew, y se volvieron inmediatamente acompañados de los intérpretes. Por la tarde llegaron en presencia del rey con tres jefes de Pelew , y al momento Abba-Thulle reunió consejo. Al siguiente dia Arra-Kooker pasó á Pelew y concluyó la paz. A su regreso el rey hizo saber á los Ingleses que se habia hecho la paz con los habitantes de Pelelew , y que de consiguiente si deseaban visitar la ciudad Arra-Kooker , su hermano , los acompañaria á ella , pero que él y Raa-Kook no desembarcarian siquiera. Este mensaje sorprendió algun tanto á los Ingleses , pero el intérprete desvaneció desde luego su sorpresa insinuándoles que ningun rupack de un rango superior á Arra-Kooker podia pasar á Pelelew en la situacion actual de negocios , por cuanto la presencia del rey ó de su segundo honraria sobradamente á la ciudad. Despues de esta esplicacion los Ingleses aceptaron la proposicion del rey y visitaron Pelelew ; pero convinieron entre sí en tomar sus armas , y no separarse por temor de alguna sorpresa ; por cuanto siendo reciente la conclusion de la paz, los naturales podian tener algun recelo de aquellos estranjeros. Sea como fuere , lo cierto es que recibieron una acojida la mas satisfactoria de parte de los habitantes que , segun la costumbre del país , les ofrecieron todos los refrijerantes ordinarios. Refirieron que la ciudad estaba defendida por un terraplen situado junto á la calzada que conduce á Pelelew ; que este terraplen tenia de diez á doce pies de altura ; que en el interior habia un banco desde el cual podian los habitantes defenderse y arrojar lanzas á sus contrarios ; que el agua era sumamente baja cerca de la ciudad , y que por consiguiente los botes navegaban con mucho trabajo ; lo cual impide á los habitantes de Pelelew , aunque muy numerosos , tener muchas piraguas. Su manera de fortificar así la entrada de su ciudad manifiesta que cuando están en guerra con las islas vecinas mas bien basan su confianza sobre sus fuerzas naturales que sobre las navales.

« Concluída finalmente la paz , Abba-Thulle regresó á Pelew acompañado en uno de sus propios botes por el rey de Pelelew , su hermano con diez mujeres en su comitiva. Dejando á un lado si era una humillacion ecsijida por Abba-Thulle , ó un testimonio público de confianza y de amistad , por cuanto los Ingleses nunca lo pudieron comprender , lo cierto es que las mujeres no regresaron jamás á Pelelew con su rey, supuesto que algun tiempo despues Abba-Thulle condujo dos á Oroulong. Nuestros compatriotas tampoco pudieron comprender si eran conducidas como amigas ó como rehenes. Los dos Malayos fueron entregados al rey. Es probable que Sougel, el Malayo favorito , habia solicitado al príncipe á pedir sus dos compatriotas al rey de Pelelew , y que este negándose á darlos habia inducido á Abba-Thulle á declararle la guerra , por cuanto en esta última espedicion habian mostrado un resentimiento que no se habia notado en los otros debates. Antes de mediodía Raa-Kook llegó á Oroulong con todas sus tropas. Nuestros compatriotas ensalzaron sobremanera la isla de Pelelew ; habian observado que parecia fértil , que era poco montañosa , que las casas eran mas espaciosas y mejor construídas que en Pelew , y que abundaba en cocos y otros árboles. Los habitantes les habian parecido benignos y hospitalarios , puesto que recibieron de ellos mil prendas de afecto , apesar de haberse presentado entre ellos como aliados formidables de sus enemigos.»

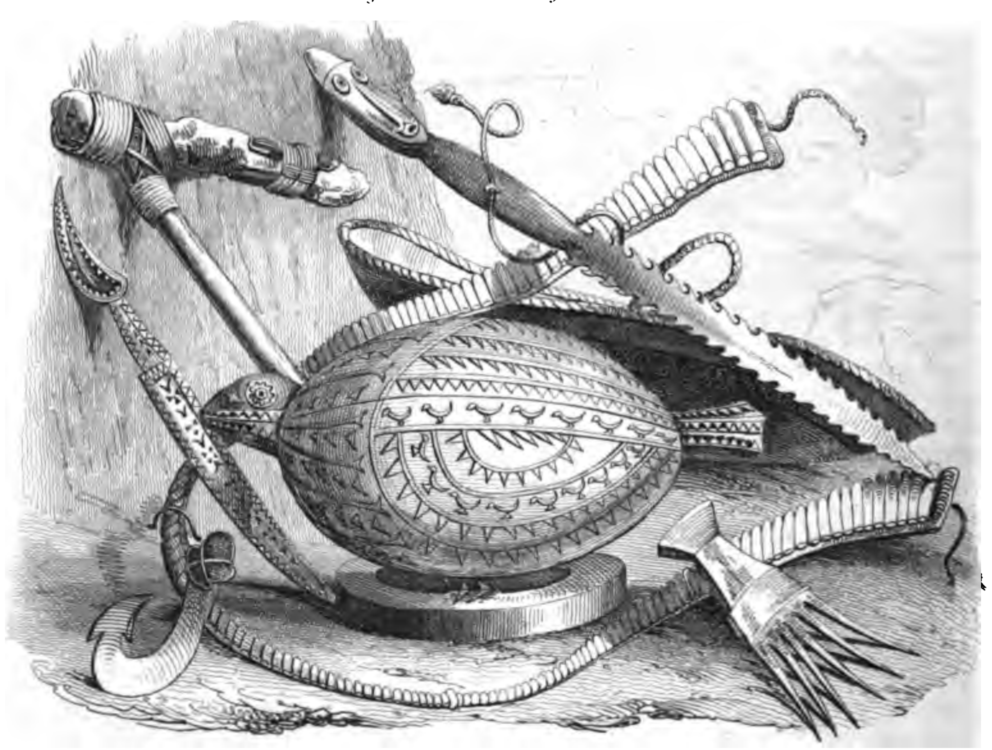
En medio de todos esos incidentes se trabajó sin descanso en la construccion del pequeño buque , y el domingo 9 de noviembre de 1783 fué botado al mar en presencia del rey , de sus jefes y de una multitud de isleños asombrados de aquel espectáculo. El buque fué llamado el *Oroulong* , porque así lo deseaba Abba-Thulle. En seguida lo aparejaron y lo surtieron de los víveres necesarios que suministró con abundancia la jenerosidad de los indíjenas.

Antes de partir , el bueno de Abba-Thulle quiso á todo trance conferir á su amigo Wilson, *la órden del hueso* , y ascenderle á la dignidad de



2. Li-bou, Fils d'Abba-Thulé, Roi de Pelew.

2 Libu, hijo de Aba Tulo, Rey de Pelew



3. Coffre, Panier, Hache, Peigne, Poignards, Hameçon, Ceinture, de Pelew.

3 Cofre, Cesto, Hacha, Puñales, Anzuelo, Cinturon de Pelew

rupack de primera clase. El rey participó sus deseos al capitan, quien no tuvo reparo en acceder á ellos: en consecuencia Abba-Thulle y sus rupacks se retiraron á solas y se colocaron á la sombra de algunos árboles, invitando á Wilson á que se sentase á corta distancia. Entonces Abba-Thulle dió el hueso á Raa-Kook; pero antes de entregarlo al capitan, quiso este escudriñar de que mano se servia mas comunmente, para lo cual le dió una piedra con objeto de que la disparase. Habiendo visto que se servia de la mano derecha, rogó á Wilson que se sentase de nuevo, y limó el hueso con la mano izquierda. Como el hueso era harto estrecho, lo limó hasta ensancharlo un poco, y en seguida Raa-Kook ató una cuerda en cada uno de los dedos de la mano izquierda del capitan y le estregó la mano con aceite. Deseando facilitar la operacion, el primer ministro tenia al candidato por las espaldas, al paso que Raa-Kook, habiendo pasado las diferentes cuerdas en el hueso, se esforzaba con el ausilio de otro rupack á hacer entrar en él la mano del capitan. Raa-Kook no perdonaba medio para conseguirlo, apretando y redondeando la mano de Wilson paraque el hueso pasase por encima de las coyunturas. Entretanto reinaba el mas profundo silencio así entre los rupacks como entre los espectadores. Interrumpiólo únicamente el rey indicando con una palabra el modo como podia facilitarse el buen écsito de la operacion. Cuando la mano hubo pasado al fin al través del hueso, Abba-Thulle se dirijió al capitan y le dijo que debia frotar y limpiar aquel hueso todos los dias y conservarlo con cuidado como prueba del rango que entre ellos ocupaba; que en cualquier caso debia defender con valor aquel distintivo de su dignidad, y no permitir que se lo arrancasen de su brazo sino con la vida. Concluida la ceremonia, todos los rupacks felicitaron al capitan por haber entrado en su noble compañía, y los naturales de la ínfima plebe se apiñaron en su alrededor para observar el hueso, manifestando cierta admiracion al ver su brazo adornado de semejante distintivo y apellidándole el rupack inglés.

No fué esta la única prenda de confianza que dispensó á Wilson el jefe salvaje, pues ademas le confió su segundo hijo, llamado Li-Bou, á fin de que pudiese tener la ventaja de perfeccionarse en la sociedad de los Ingleses y aprender muchas cosas que á su regreso podrian ser de una grande utilidad á su país. El capitan se congratuló sobremanera por esta prueba de estima, y prometió al rey tratar al jóven príncipe como su propio hijo. El jeneralísimo Raa-Kook tuvo tambien la veleidad de seguir á los Ingleses, para lo cual pidió el competente permiso á su hermano; pero este se negó á acceder á su demanda alegándole su título de príncipe hereditario y representándole los inconvenientes que podrian resultar al país si llegaba á morir el rey durante aquella ausencia. Con efecto, la autoridad suprema se transmite en Pelew del rey á sus hermanos, y á la muerte del último de estos recae en el hijo primojénito de la primera rama, al paso que el hermano segundo es ascendido á la dignidad de jeneralísimo del ejército. Raa-Kook no pudo menos de acceder á estas razones. Habia otro jóven que manifestaba igualmente deseos de seguir á los Ingleses, cuyas maneras se habia complacido en estudiar. Wilson lo pidió al rey, pero como este jóven era sobrino suyo, hijo del hermano muerto en Artingall, y cuya muerte habia dado márjen á las guerras terminadas recientemente; Abba-Thulle se manifestó muy poco satisfecho del proyecto de su sobrino, y en consecuencia respondió á Wilson que aquel mozo era de un jenio malo, de humor versátil y vagabundo, que no profesaba ningun afecto á su familia, y que para dar libre curso á sus caprichos habia mudado dos ó tres veces de domicilio y de plantaciones. Presentóse el jóven en persona para manifestar su recuesto; mas Abba-Thulle le respondió con una negativa formal, y añadió: « Sois ingrato y neglijente para con vuestra madre; teneis por esposas unas mujeres buenas y honradas á quienes tratais muy mal, así como á todos vuestros parientes, lo cual os acarrea el desprecio jeneral. Os avergonzais de vuestra conducta y traeis deseos de abandonar á vuestra familia, pero nunca lo consentiré. Ruego al capitan que no favorezca vuestro proyecto. Quedáos en casa, y que el rubor y el remordimiento os corrijan. »

Por parte de los Ingleses, un individuo llamado Madan Blanchart manifestó deseos de quedarse entre los isleños. Wilson le opuso todas las objeciones posibles; mas viéndole decidido á llevár á cabo su proyecto, el capitan cedió y le dió muchos objetos necesarios en su situacion y escelentes consejos para la conducta que debia observar. Nunca se ha tenido ninguna noticia del paradero de aquel hombre.

A 11 de noviembre por la tarde llegó Li-Bou á Oroulong, y su padre lo presentó al capitan y á los otros oficiales. Sus maneras afables, su urbanidad, la jovialidad y la sensibilidad que respiraban sus facciones le captaron sobre la marcha el afecto de todos (PL. LXV. — 4). Tomóse por él un interés que fué justificado despues por su conducta y su carácter. Despues de un largo ecsordio sobre la confianza que tenia en el capitan Wilson, Abba-Thulle puso fin á su recomendacion en los siguientes términos: « Deseo que enseñeis á Li-Bou todo cuanto le toca saber, y que lo transformeis en Inglés.

No pocas veces he reflecsionado sobre mi separacion de mi hijo: pues no ignoro que los países remotos á donde se dirije difieren mucho del suyo, y que de consiguiente está espuesto á muchos peligros y enfermedades que nos son desconocidas. Quizás fallecerá.... mas estoy dispuesto á soportar este infortunio.... Bien sé yo que la muerte es el destino inevitable de todos los hombres, y que importa muy poco que mi hijo muera en Pelew ó en otra parte. Estoy persuadido, segun la idea que tengo formada de vuestra humanidad, que lo cuidareis con esmero, caso de caer enfermo; mas si os aconteciese alguna desgracia que no hubiese estado en vuestra mano prevenir, no dejeis por esto de venirnos á visitar vos, vuestro padre, vuestro hijo, ó alguno de vuestros compatriotas. A todos os recibiré con la misma amistad, y tendré la mismo satisfaccion en veros. »

Finalmente á 12 de noviembre se hizo á la vela *el Oroulong*. Apesar de las provisiones de que lo cargó la oficiosidad de Abba-Thulle, en el acto de partir se vió circuído de una multitud de piraguas atestadas de naturales que traían presentes y suplicaban á los Ingleses que los aceptasen. Vanamente les decian que el buque estaba lleno, y que no habia puesto para nada mas; pues todos se obstinaban en hacer admitir su ofrenda diciendo: «Nada mas que esto por mi parte! nada mas que esto por amor de mí!» Estos gritos referidos con jestos deprecatorios y ojos llorosos conmovieron vivamente á toda la tripulacion, la que no pudo menos de aceptar de los que estaban mas cerca algunas batatas y cocos. Los que tuvieron que despedirse, desazonados de esta negativa, remaron hácia adelante, y fueron á arrojar sus presentes á la pinaza, ignorando que debia regresar á tierra con Blanchart.

El rey habia acompañado á los Ingleses casi hasta el arrecife. Antes de hacer aprocsimar su piragua, despidióse por última vez de Li-Bou, y le dió su bendicion que recibió el jóven con mucho respeto y enternecimiento. Como el capitan Wilson estaba ocupado en dar órdenes á sus subordinados, aguardó estar libre; y saliéndole al encuentro le abrazó con ternura; estrechó la mano á todos los oficiales con cordialidad y les dijo: « Sois felices, por cuanto regresais á vuestra patria. Yo siento igualmente la mayor satisfaccion por vuestra dicha, pero soy bien desgraciado de veros partir. » En seguida deseando á todos un buen viaje se embarcó en su piragua, y la mayor parte de los caudillos venidos con él á bordo partieron al propio tiempo, á escepcion de Raa-Kook y de algunos otros naturales que deseaban acompañar á los Ingleses hasta haber pasado el arrecife, y verlos libres de todo peligro. Los naturales de los botes que circundaban el del rey tenian la vista fija sobre el buque, y sus miradas, mas espresivas que ningun lenguaje, manifestaban el sentimiento de aquellos hombres buenos y sencillos: sin la menor ecsajeracion podia decirse que los Ingleses abandonaban á un pueblo entero derramando abundosas lágrimas. Esta escena no pudo menos de conmoverles fuertemente, tanto que cuando Abba-Thulle y su comitiva partieron para regresar á Oroulong, apenas pudieron saludarles con tres gritos. Toda la tripulacion estaba llena de reconocimiento por los servicios de aquel buen rey á quien debia en gran parte su preservacion. Raa-Kook, este amigo constante y fiel de los Ingleses, parecia simado en el mas profundo dolor: el navío estaba ya lejos, cuando volvió en sí y mandó á sus botes que se acercasen para volverse. Hallábase la pinaza cerca del buque, y en consecuencia el capitan y sus oficiales se despidieron del jeneral; pero en el momento de la separacion se sintió este tan vivamente afectado que le faltó la voz, y no hizo mas que estrechar tiernamente la mano de sus amigos y aplicar la suya á su corazon, denotando por esto el disgusto que le causaba su partida. Llamó á Li-Bou por su nombre y le dirijió algunas palabras; mas no pudiendo continuar se encaminó á su piragua y manifestó por una postrer mirada los dolorosos sentimientos que desgarraban su alma.

Wilson y sus compañeros salvaron felizmente la distancia de Pelew á Macao, adonde llegaron á 30 de noviembre. Allí se embarcó Wilson para Inglaterra con Li-Bou, y desembarcó en Portsmouth á 14 de julio de 1784. El caballero Keate refiere las pequeñas anécdotas que marcaron la permanencia del jóven Li-Bou en Inglaterra, de las que prescindirémos. Basta mentar únicamente la dulzura de su carácter, la bondad de su corazon y el atractivo de sus modales con que se supo granjear el afecto de cuantos le vieron. Keate habla de él con toda la fuerza de su entusiasmo. Ya habia aprendido Li-Bou á leer y escribir, cuando fué atacado de viruelas que lo llevaron al sepulcro á 27 de diciembre de 1784, á la edad de veinte años.

Para completar la historia del naufrajio del *Antelope*, basta resumir las observaciones recojidas por los Ingleses durante su permanencia en las islas Pelew.

Apesar de todo su poderío, Abba-Thulle no era soberano del grupo entero, pues los rupacks de Emering, de Emmalagui, de Artingall y de otros islotes eran independientes en sus propios territorios. El mismo Abba-Thulle con toda la plenitud de su poder y de sus atribuciones estaba obligado á convocar el consejo de los rupacks para todos los negocios importantes y conformarse al fallo de la mayoría. Cuando los

cosas seguian su curso ordinario, todas las tardes tenia una audiencia pública en la que escuchaba las reclamaciones de sus vasallos y pronunciaba sobre las diferencias que entre ellos podian sobrevenir. Ya en el consejo, ya en otra parte, cualquier mensaje dirijido al rey era confiado primeramente y en voz baja á un rupack subalterno, quien despues de una profunda reverencia la repetia secretamente á Abba-Thulle, procurando tener el rostro vuelto á la otra parte.

El personaje mas importante despues del rey Abba-Thulle era Raa-Kook, su segundon, que en aquella sazon era jeneralísimo de la fuerza armada y príncipe hereditario. El mismo era quien convocaba y mandaba á los rupacks, pero tan solo en virtud de real órden. El rey tenia constantemente á su lado un rupack investido de funciones particulares. Los Ingleses no descubrieron si su carácter era civil ó relijioso: únicamente observaron que no tenia nada de belicoso, puesto que nunca llevaba armas. Le habian llamado el ministro, porque siempre habia de ser consultado.

Los rupacks, que componen la nobleza del país, se dividen en muchas clases distinguidas por la forma del hueso que traen en el puño. A juicio de Wilson, la dignidad de muchos rupacks no es hereditaria, pero sí conferida por el rey. Durante su permanencia, los Ingleses vieron hacer una promocion de rupacks despues del segundo combate contra los naturales de Artingall. Los principales rupacks acompañan al rey en sus espediciones con cierto número de piraguas armadas, y no pueden volverse á sus casas sino con su anuencia. Por lo que hace á sus derechos y privilejios, lo único que se pudo averiguar de una manera bien positiva, es que todos los rupacks de primer órden eran llamados al consejo por Abba-Thulle, y que gozaban de una gran consideracion entre el resto del pueblo.

Los Ingleses creyeron observar que el rey era propietario de todo el territorio, y que los habitantes solo podian disponer de su industria. Cada uno podia considerar como su propiedad privada su casa, su piragua y sus muebles; cada uno gozaba igualmente del terreno que le concedian mientras lo ocupaba; pero cuando lo abandonaba para establecerse en otra parte, el fundo recaía al rey, quien disponia de él segun su capricho.

La isla Coror, cuya capital era Pelew, era cultivada y sombreada en muchos puntos por árboles de diferentes especies, entre los cuales se contaban el coco, la palma de palmitos, el carámbolo, el árbol de pan silvestre, el banano, el naranjo, el limonero, el *eujenia jambos*, etc. Igualmente se encontraban cañas dulces, batatas y plantas de *turmeric* que les suministraban el color amarillo con que se teñian el cútis.

Estas islas no sustentaban otros cuadrúpedos que unos ratones de un gris obscuro, y dos ó tres gatos macilentos que se creyeron salvados del naufrajio de algun buque. Los Ingleses dejaron en ellas dos perros que no pudieron propagar su especie por razon de ser machos los dos. Abundaban en los bosques los gallos y gallinas comunes; pero los naturales no hacian ningun caso de su carne antes de la llegada de los Ingleses. Sin embargo complacíanse sobremanera en sorberse los huevos, no cuando estaban recientes, sino cuando empezaba á desarrollarse el pollito. En cuanto á los pichones, iban á buscarlos en sus nidos, los alimentaban con batatas y en seguida se los comian como el plato mas esquisito y delicado. Conocian diversas especies de peces, sobretodo el sargo gris y el perro marino: pescaban este último á flechazos cuando se comprometia en los arrecifes, lo amarraban en sogas y lo conducian á la playa. Comian igualmente diversos crustaceos y la tortuga que hacian hervir como un plato muy apreciado. Alimentábanse igualmente de almejas, ostras, pechinas y carne de tridacne ó benitier. Iban á zambullir este último marisco hasta treinta ó cuarenta pies de profundidad, y se lo llevaban dos hombres cuando era demasiado pesado.

Hacian almíbares de tres especies: la primera y la mas usual con almendras de añejas nueces de coco pulverizadas, mezcladas con jarabe de palmera ó de caña dulce, y permaneciendo en el fuego hasta que hubiesen tomado cierta consistencia. Entonces las disponian en galletas tan sumamente duras, que apenas podian cortarse con el cuchillo: los naturales las llamaban *oulell*. La segunda especie se hacia con la misma almendra de coco, que se hacia hervir sin moler, y que se disponia igualmente en galletas. La tercera, que era líquida, clara y transparente, se hacia con una especie de nabo, y se servia en vasos semejantes á soperas. Por fin tenian un modo de preparar la almendra de coco con una especie de fruto, y hacer con el zumo de la naranja amarga una bebida algo semejante al sucro y á la leche cuajada.

Hacian hervir el pescado en agua salobre y se lo comian sin condimento: el sargo era el único que se comia crudo, procurando esponerlo una hora entera al ardor de los rayos del sol despues de haberle quitado las escamas. Jamas empleaban sal ni sazon alguna. Su bebida ordinaria era la leche de coco, y aunque tambien bebian agua y licores, lo verificaban muy raras veces. En sus visitas y regocijos tomaban una especie de sorbete.

Estos naturales, así hombres como mujeres,

se levantan al rayar el alba y se encaminan inmediatamente al baño : cada secso tenia su local aparte , y si un hombre tenia algo que hacer en el local de las mujeres , debia prevenirlo con un grito particular. Si le contestaba una voz de mujer , debia tomar diferente rumbo , ó aguardar que se hubiese bañado.

A las ocho se desayunaban , y en seguida el rey y los jefes iban al consejo y los hombres del pueblo á sus ocupaciones. Al mediodía comian, y cenaban al poner del sol. Dos horas despues iban á acostarse , escepto en los dias festivos en que se celebraban bailes públicos basta bien entrada la noche.

Median el tiempo por la altura del sol. El año se dividia en dos estaciones , la una húmeda y la otra seca. Los naturales tenian algunos conocimientos de uranografia , y aplicaron diferentes nombres á las estrellas.

Estas islas parecieron encerrar una poblacion bastante numerosa. Wilson evaluó en 4.000 el número de combatientes que emprendieron la última campaña contra la isla Pelew. Los edificios de Pelew están sostenidos sobre basamentos de piedra de tres pies de altura , y formados de armaduras de piezas de madera encajadas las unas con las otras. Las paredes son de bambúes y hojas de palmera tejidas estrecha y artísticamente. Los pisos son casi todos de tablas espesas que dejan entre sí espacios de una ó dos pulgadas ; algunas veces consisten en gruesos bambúes que el uso hace muy resbaladizos. El hogar está colocado en medio del domicilio , en un espacio lleno solamente de tierra y de cascote ; los fuegos que en él se encienden solo sirven para hacer hervir las batatas y espulsar la humedad y los insectos. Las puertas sirven al propio tiempo de ventanas ; están provistas de un póstigo de bambúes que las libra á la vez del viento y de la lluvia. El techo está cubierto de bambúes y hojas de palmera. Informes en su estructura , estos edificios tienen á veces hasta sesenta ú ochenta pies de lonjitud ; pero en este caso son destinados á las reuniones públicas. En las habitaciones particulares se observó que los amos ocupaban constantemente un lado del aposento correspondiente al hogar , y que los criados ocupaban el otro.

Sus utensilios consisten en canastillos fabricados con tiras de hojas de banano , y destinados á recibir su cuchillo , su betel y su hilo ; en horteras diestramente trabajadas y guarnecidas interiormente de corteza con sus coberteras ; en esteras de banana guarnecidas de camas ; en hachas de mariscos ajustadas ecsactamente á mangos de madera ; en fin en copas y cuchillos de conchas de tortuga. Los cuchillos mas preciosos son de concha de ostra perlera , bien aguzados y pulidos esteriormente. Los cuchillos comunes consisten en pedazos de concha de almeja ó de bambúes afilados. Sus peines son de madera de naranjo ; el puño y los dientes son cortados en el mismo pedazo de madera (Pl. LXV. — 3). Cada individuo trae siempre consigo su canastillo de betel ; la cal pulverizada está contenida en pequeños estuches de mambú trabajados con mucho gusto. Los anzuelos son de concha de tortuga ; el hilo , las sogas y las redes son de figuras de coco ; sus platos consisten en hojas de banano , y las cáscaras de nueces de coco sirven de vasos para beber. Los naturales fabrican ademas vasos de forma óvala , de tierra rojiza, para cocer su pescado. Para ir á sacar agua se servian á guisa de cántaros de gruesos bambúes de cinco ó seis pulgadas de diámetro , guarnecidos en el lado de una pequeña canilla.

Sus armas eran lanzas de bambú , de diez ó doce pies de largo , provistas de una punta de madera muy dura y en forma de sierra ; dardos igualmente de bambú que arrojaban basta á cincuenta ó sesenta pies ; espadas de madera dura guarnecida de mariscos y bastante pesadas para hundir el craneo de un hombre ; por fin dagas de tres pulgadas de largo , hechas con un aguijon de raya dentellado en toda su lonjitud , con una vaina de bambú y un puño de la mas estraña forma.

Las piraguas son hechas con troncos de árboles ahondados , pintadas de rojo interior y esteriormente , é incrustadas con mariscos. En las grandes solemnidades , la popa y la proa son adornadas de diversas especies de mariscos enfilados en una soga y colgando en festones. Las mas pequeñas contienen solamente cuatro ó cinco personas ; las mayores pueden contener de veinte y cinco á treinta. Sus velas son de esteras ; pero como no se hallan en estado de resistir á un mar proceloso , raras veces se aventuran mas allá de la cadena de los arrecifes , y aun se acercan á ella pocas veces.

Los naturales de Pelew son robustos , bien formados y de una estatura mas aventajada que la mediana. Su piel es de un color bronceo; sus cabellos , largos y flotantes , dispuestos para ser rizados y formando anchos bucles al rededor de la cabeza. Ciertas mujeres , que tenian sus cabelleras muy largas , las dejaban flotar sobre sus espaldas. Los hombres iban enteramente desnudos ; mas las mujeres llevaban dos pequeños delantales de diez pulgadas de largo sobre siete de ancho , colocados el uno delante y el otro detras. Esos delantales adornados de largas franjas eran tejidos con los hilos de la nuez de coco y teñidos de amarillo de diversos matices. Entre las mujeres comunes , este vestido estaba prendido en medio del cuerpo por medio de una simple soga ; y entre las de un rango distinguido,

por una especie de cordon guarnecido de granos.

Los hombres y las mujeres están cubiertos de pintarroteos (entre ellos *maghot*); pero no sufren esta operacion mas que los de cierta edad, de suerte que ningun niño llevaba este ornamento. Las mujeres traen las dos orejas agujereadas para recibir hojas ó bucles de conchas de tortuga; mas los hombres solo se agujerean la izquierda, de la que suspenden raras veces algun adorno. En ambos secsos se vé agujereada su nariz, de la que cuelgan flores de olor agradable. A cierta edad, así los hombres como las mujeres se ennegrecen los dientes, operacion dolorosa que fatiga mucho á los que la sufren. Li-Bou esplicó á Wilson que esta operacion se hacia con una pasta compuesta de diversas especies de yerbas y de cal que se aplican todas las mañanas en los dientes. El paciente permanece tendido boca abajo, y está salivando todo el dia. Por la noche, cuando la pasta se ha disuelto, le permiten comer un poco. Cada dia se renueva esta aplicacion, y el quinto dia la operacion es completa.

Los individuos de ambos secsos son muy diestros nadadores, y lo mismo les parece el agua que la tierra. Los hombres se zambullen á las mil maravillas, y no tienen reparo en sumerjirse hasta el fondo del agua para buscar el objeto mas insignificante.

Aunque libres de tomar tantas mujeres como quisieran, los hombres ordinariamente solo tenian dos. Sin embargo Raa-Kook tenia tres, Abba-Thulle cinco, bien que cada una tenia su casa particular. Los hombres parecian poco zelosos de sus mujeres, y les dejaban una libertad algo lata. Sin embargo un Inglés quiso llevar el galanteo un poco lejos para con la mujer de un rupack; pero Arra-Kooker le advirtió con mucho comedimiento que no era conveniente llevar á cabo sus proyectos.

Los hijos reciben su nombre sin la menor ceremonia en el acto mismo de nacer, segun se supone. Una de las mujeres del rey parió durante la permanencia de los Ingleses, y deseando hacer honor á Wilson se impuso al niño el nombre de *Capitan*. Por lo que hace á los funerales hemos visto ya lo que de ellos dice el Dr. Sharp. Wilson presenció igualmente los últimos deberes tributados al jóven muerto en la misma batalla que el hijo de Raa-Kook. Llegó en el momento en que trasladaban el difunto de una casa vecina para depositarlo á la plaza en que estaba sentado el rey. La comitiva se detuvo algun tiempo en presencia de Abba-Thulle, quien sin tomarse la pena de levantarse, espetó una arenga á la asamblea con tono grave y solemne, que fué escuchada en medio de un profundo silencio. Concluído su discurso que debió de ser un elojio del difunto, trasladaron al cadáver al sitio de la inhumacion, y Wilson vió salir de la hoya una mujer que creyó ser la madre, ó almenos una prócsima parienta del difunto, que habia ido á cerciorarse de si lo habian dispuesto todo con esmero. En cuanto el cadáver fué cubierto de tierra, redoblaron los lamentos de las mujeres, pues á ellas solas pertenecen semejantes demostraciones, al paso que los hombres guardan un lúgubre silencio. Sus hoyas son semejantes á las de los Europeos, y superadas igualmente de un pequeño *tumulus*, algunas veces de piedras colocadas sobre un ancha baldosa llana, y el todo circuído de una pequeña empalizada á fin de que nadie ande por encima.

Los Ingleses, durante su larga permanencia en las islas Pelew no observaron nada que se pareciese en lo mas mínimo á una ceremonia relijiosa, ni menos vieron algun sitio consagrado especialmente á un culto cualquiera. Sin embargo no dejaban de tener ideas supersticiosas que debian estar ligadas á alguna creencia. Así es que el rey, viendo cierto dia á los Ingleses emplear en sus construcciones una especie particular de madera les aconsejó que no hiciesen uso de ella, por cuanto esta madera, decia, era de siniestro agüero. Poco despues uno de los oficiales ingleses cayó del navío en construccion, y Raa-Kook no dejó de atribuirlo á la madera añadiendo que el maligno espíritu habia dado márjen á aquel accidente.

Cuando Li-Bou se mareó á bordo del pequeño buque inglés, dijo que su padre y sus amigos debian esperimentar en aquel momento una gran desazon, por cuanto, segun él, conocian su enfermedad. Algun tiempo antes de espirar, repitió la misma espresion, no obstante la distancia enorme á que se hallaba de su patria, lo cual dependeria por cierto de alguna creencia y de alguna preocupacion. Con efecto, nada emprendian los isleños sin consultar de antemano el oráculo por medio de las hojas de ciertas plantas semejantes al junco de nuestras lagunas, midiendo las tiras de estas hojas con el dedo del medio. Abba-Thulle no quiso embarcarse en su piragua para la segunda espedicion contra Artingall antes de envolver y mirar perfectamente estas hojas de un modo satisfactorio.

Durante la permanencia de Li-Bou en Inglaterra, Wilson le esplicaba cierto dia que las oraciones del culto tenian por objeto mejorar la condicion de los hombres, y que despues de su muerte iban á revivir hácia arriba. A estas palabras Li-Bou levantó la mano, y con un jesto espresivo dijo: « Lo mismo en Pelew; malos quedar en tierra: buenos ir al cielo, hacerse muy hermosos. » Palabras que anunciaban claramente la creencia de aquellos pueblos en una ecsistencia futura.

Los pormenores suministrados por Wilson en órden á los habitantes de Pelew son en resúmen los siguientes. Acojido favorablemente en aquel grupo, el capitan inglés lo ha descrito todo con brillantes colores y suavizado singularmente los tintes sombríos. Así es que cuando habla del uso bárbaro de inmolar á los prisioneros hechos en el combate, lo cohonesta á la sombra de la necesidad política. En cuanto al robo, dice que bajo este aspecto, los Ingleses no tuvieron que quejarse de los isleños de Pelew, y añade que siempre que denunció á los jefes el menor latrocinio, no se daban un momento de descanso hasta haber restituído el objeto.

No cabe duda que el viaje de Macluer hubiera sido la contraprueba del de Wilson; pero como este viajero no nos dejó su relato, es preciso valernos de las aventuras del *Duff*, su capitan James Wilson, que habia recibido la órden de trasladar una remesa de misioneros á Pelew, á su regreso de una navegacion por el Océano Polinesio. Las circunstancias contrariaron la ejecucion completa de su proyecto, y en consecuencia solo tuvo con los naturales de Pelew comunicaciones á la vela, que refiere en los siguientes términos:

« A las tres y media de la tarde del 6 de noviembre de 1797, estábamos á unas dos leguas del arrecife que se estiende á una distancia mediana de la mas considerable de las islas: denomínase *Babelthouap*, y se halla dividida en dos distritos gobernados cada uno por un caudillo que reconoce la autoridad suprema de Abba-Thulle. Cuando nos pusímos al pairo, estábamos á la vista de la parte meridional del distrito de Artingall. Congregáronse en la playa unas doscientas personas, y se vieron unas doce piraguas navegando con el ausilio de velas ó á fuerza de pagayas; pero á la sazon el tiempo era de una apariencia muy siniestra. Tres solamente se enmararon bastante para acercarse al buque: los naturales llevaban un pedazo de tela blanca atado en el estremo de un palo, y lo ajitaban al aire á medida que se iban acercando. Juzgámos que aquella insignia era un emblema de paz. Acercáronse sin temor, y nos dirijieron la palabra cual si nos conocieran de mucho tiempo. Empero fué tan sumamente inintelijible para nosotros su lenguaje, que ni aun con el ausilio del vocabulario de Enrique Wilson pudímos hacerles comprender una sola palabra, á escepcion de algunos nombres propios. Por lo demas no cesaron de hablar con rapidez acompañando sus discursos con jestos de manos y de cuerpo que espresaban sus vehementes deseos de vernos fondear en un sitio que nos designaban al N. O. Uno de ellos, que creímos ser un rupack por el hueso grosero que llevaba en el puño, se presentó apresuradamente al buque para redoblar aquellas instancias, y fué seguido por otros dos que se mostraron ecsijentes del mismo modo; pero todas sus solicitaciones, juntamente con nuestro deseo de permanecer algun tiempo en aquel grupo célebre, quedaron sin resultado, atendido que no descubrímos punto alguno que ofreciese seguridad para el fondeo, ni menos teníamos el mapa del teniente Macluer para servirnos de guia. Cuando hicímos mencion de Abba-Thulle, repitieron muchas veces este nombre diciendo: *s'thulle, s'thulle!* y mostrando la tierra con el dedo. No les hablámos gota de Li-Bou, por cuanto hablaron con tanta rapidez y de una manera tan incesante, que apenas podíamos dirijirles algunas preguntas: á buen seguro que el tiempo que amenazaba una tempestad les impidió pensar en él. Como los que se habian quedado en las piraguas llamaban á grandes voces á los que habian subido á bordo, ofreciólesel capitan algunos cuchillos, espejos, etc., y se despidieron apresuradamente, bien que con sentimiento. Antes de irse, quisieron dar una prueba de su reconocimiento arrojando á bordo un par de nueces de coco que era todo cuanto poseían, y se volvieron á tierra. Tales son todas las comunicaciones que pudímos entablar con los habitantes de las islas Pelew.

« Si hemos de juzgar del pueblo entero por el corto número de naturales que vímos, esos hombres son inferiores, por lo que hace al aspecto esterior, á los isleños de las islas Marquesas, de la Sociedad y de los Amigos (Nouka-Hiva, Taiti y Tonga); su estatura y sus proporciones no son tan aventajadas ni bellas como las de los dos primeros pueblos, y están muy lejos de tener el aire robusto, varonil y emprendedor de los últimos. Son mas semejantes con sus vecinos los Carolinos, sin que, como estos últimos, pertenezcan á una raza gallarda y robusta. Entre las costumbres que les son comunes, se cuenta la de henderse las orejas para colgarse ornamentos de vejetales, que almenos tienen una pulgada de espesor. En cuanto al pintarroteo, en Pelew como en las Carolinas, parecen templar sus piernas y muslos en una tintura de un negro azulado; pero su cuerpo está adornado de figuras semejantes á dedos ó guantes. Mostrábanse en nuestra presencia del todo desnudos sin esperimentar por ello el menor sentimiento de rubor, y nos manifestaron su comedimiento y su hospitalidad instándonos vivamente paraque fuésemos á visitarles.

En el mes de junio de 1828 apareció el capitan d'Urville á vista de las islas Pelew. Es verdad que estaba igualmente dominado de los mas vivos deseos de visitar aquel grupo tan poco conocido y tan digno de atencion; pero se lo impidió el mal tiempo que á la sazon reinaba, y

mucho mas el estado desastroso de su tripulacion diezmada por las fiebres de Vanikoro. En consecuencia no pudo hacer mas que reconocer la parte oriental de este grupo arrostrando los mas inminentes peligros. Los isleños tampoco pudieron acercarse al *Astrolabio* por razon del mal tiempo, de suerte que no pudo recojerse ningun documento etnográfico en órden á este archipiélago.

De los trabajos combinados de Macluer y de d'Urville se deduce que las islas Pelew ó Palaos forman una cadena de islas y de islotes circuídos de arrecifes que se estienden hasta una distancia considerable de tierra por la parte occidental, al paso que por el lado del E. llegan raras veces á mas de tres ó cuatro millas. El grupo entero tiene cuarenta leguas de N. á S. sobre veinte ó treinta de ancho, y está comprendido entre los 6° 55' y los 8° 36' lat. N. y entre los 132° 20' y los 131° 40' lonj. E.

Las islas mas considerables de este grupo son las siguientes:

Babelthouap, que tiene nueve leguas de N. á S. y dominada por una montaña desde cuya cumbre se pueden descubrir todas las islas del archipiélago. Sus principales distritos son Artingall, Emmalagui y Emnrings que tienen cada uno su competente caudillo.

Coror tiene seis millas de E. á O. y se compone de varias isletas cercanas unas á otras. En esta isla es donde residen los reyes de las islas Pelew.

Uruckthapel tiene una forma muy regular, y su territorio está entrecortado en todos sentidos por los canales formados por el mar.

Errakong solo tiene tres millas y media de N. á S. sobre una de ancho.

Oroulong al N. O. de Uruckthapel, solo tiene tres ó cuatro millas de largo.

Pelelew tiene ocho millas de N. N. E. á S. S. O., su aspecto es fértil y risueño, y está acompañada de varias isletas.

Angour, la mas meridional de las islas Pelew, es baja, y tiene tres ó cuatro millas de N. O. á S. O. En 1801 permaneció cinco dias á vista de esas tierras el capitan español Ibargoïtia, comunicando con los habitantes, cuyo carácter le pareció tal como lo habia descrito Wilson, benigno, jeneroso y desinteresado.

Antes que el *Oceánico* abandone estos parajes, vamos á recapitular esa prolongada nomenclatura de islas que forman el archipiélago de las Carolinas propiamente dicho, archipiélago inmenso que no tiene menos de setecientas cincuenta leguas de E. á O. sobre unas doscientas de N. á S., formando por sí solo la mayor division de esta parte de la Oceania que M. d'Urville designa bajo el nombre de *Micronesia*. En esta division se cuentan solamente tres islas, Gouaham, Tinian y Rota, que ofrezcan una débil poblacion; de suerte que la historia completa de los Carolinos seria al propio tiempo la de los Micronesios. Por desgracia los documentos relativos á esos isleños son harto incompletos, y es preciso aguardar que acrecienten su número otras esploraciones mas individuadas. La comparacion de las costumbres, de los usos dietéticos y sobretodo del lenguaje, será bastante para unir algunos de los hilos de la cadena que une los Polinesios á los habitantes de las islas malayas, ó colejir con conocimiento de causa de este ecsámen que las dos naciones han sido distintas y separadas desde tiempo inmemorial.

En nuestra revista de las Carolinas empezarémos por los grupos situados mas al E., y no harémos mas que tocar someramente y como por incidencia las que hemos tenido ocasion de citar en el decurso del viaje.

I. Boston, descubiertas á 25 de mayo de 1824 por el capisan Joy del *Boston*. Si hemos de dar crédito á este marino, es un grupo de ocho isletas bajas, de treinta millas de circumferencia. En la relacion de Morrell se lee que á 7 de mayo de 1831 fueron reconocidas por un tal Kiram Covel, comandante del buque *la Alianza*. Este capitan contó catorce islas á las que impuso su nombre de *Covel*, y las halló habitadas por una nacion que hablaba la lengua española.... El grupo Boston está situado á los 4° 45' lat. N. y á los 165° 50' lonj. E.

I. Baring, descubiertas en 1792 por el capitan Bond del *Royal-Admiral;* son unas isletas visitadas en 1825 por el capitan Joy del ballenero *Boston*, y que parecen idénticas con la isla *Namurik* de los naturales representada en el mapa de Kotzebue. Su punta mas meridional está situada á los 5° 30' lat N. y á los 166° 0' lonj. E.

I. Hunter, descubierta en 1797 por Dennat que le atribuyó dos millas de estension del N. O. al S. E. Esta isla es quizá la misma que la isla *Ebon* del mapa de Kotzebue, y está situada á los 5° 40' lat. N. y á los 166° 50' lonj. E.

I. Banham, descubiertas en 1809 por la *Elisabeth*, y esploradas por Duperrey á 28 de mayo de 1824. Segun el mapa de este último, es un grupo de treinta millas de estension de N. á S. sobre veinte y dos de E. á O., que comprende unos cuarenta islotes bajos, selvosos y poblados; los mas considerables de los cuales tienen unas dos millas de estension. Está comprendido entre los 5° 53' y los 6° 18' lat. N. y entre los 167° 6' y los 167° 30' lonj. E.

I. Aur, sin duda idénticas con la isla *Ibbetson* de Arrowsmith, descubiertas por el buque *Carlota* en 1788; esploradas y visitadas en 1817 por el capitan Kotzebue. Es un conjunto de treinta

y dos islotes bajos y poblados, que ocupan una estension de trece millas de N. O. á S. E., y cuya punta meridional está situada á los 8° 11' lat. N. y á los 168° 12' lonj. E.

Kotzebue encontró en Aur el salvaje Kadous, natural de Jouli, que se embarcó á bordo del *Rurick*, donde permaneció mucho tiempo con los Rusos y les suministró una multitud de noticias curiosas. Kotzebue nos narra su primer conocimiento en estos términos:

«Notámos á dos salvajes pintorreados de un modo del todo diferente de los demas, y que hablaban asimismo un lenguaje muy diverso, como observó igualmente M. Chamisso. Preguntámos si eran oriundos de aquella isla, á lo cual contestaron que no, y nos espetaron una larga historia en su propia lengua, de la que no comprendímos siquiera una palabra. El uno de aquellos estranjeros, de una estatura mediana, de contornos agradables, y cuya edad frisaba con los treinta años, me interesó mucho: así que despues de haber hecho mis presentes á los caudillos, le dí algunos pedazos de hierro que recibió con reconocimiento, bien que sin demostrar la misma satisfaccion que los salvajes restantes. Teníale á mi lado continuamente, y en el acto de ponerse el sol, y cuando nuestros huéspedes se despedian de nosotros, significóme particularmente sus deseos de quedarse conmigo y no abandonarme jamas. Por de pronto creí que este capricho lo olvidaria en breve; mas no pude menos de quedar sorprendido al ver el afecto que inmediatamente concibiera por mí, y en consecuencia decidí quedarme con él, atendido que el suceso mereció la aprobacion de todos. En cuanto obtuvo Kadou este permiso, se dirijió rápidamente á sus camaradas que le estaban aguardando para declararle su intencion de quedarse á bordo, y distribuyó su hierro á los caudillos. La sorpresa que causó esta resolucion en las piraguas fué imponderable; mas aunque los naturales redoblaron todas sus instancias para retraerle de semejante proyecto, todo fué en valde. Salióle por fin al encuentro su amigo Edock, hablóle seria y largamente, y viendo que todos los medios persuasivos eran inútiles, echó mano de la fuerza bruta; mas Kadou se hizo valer el derecho del mas fuerte rechazando á su amigo lejos de sí, y las piraguas partieron al momento. Como su resolucion era para mí del todo inesplicable, no pude menos de sospechar si llevaba el designio de cometer algun robo nocturno y abandonar secretamente el buque; por cuyo motivo hice doblar la guardia ordinaria de la noche y colocar su cama junto á la mia en la cubierta en donde acostumbraba dormir por razon del calor. Kadou se congratuló sobremanera de dormir cerca del *tamon* del buque; habló poco, apesar de cuantos esfuerzos se hicieron para divertirle, comió de todo y fué á acostarse tranquilamente. Vamos á continuar lo que despues nos refirió Kadou varias veces relativamente á su historia.

«Kadou era natural de la isla de Ulle (*Jouli* de nuestro mapa), perteneciente á las Carolinas, que debe de estar situada á 1.500 millas inglesas O. de Aur, y que solo es conocida en el mapa por el nombre, por cuanto el P. Canton fué enviado en 1733 de las islas de los Ladrones á los Carolinas en calidad de misionero. Partió Kadou de Ulle con Edock y otros dos isleños en una piragua de vela con objeto de ir á pescar en una isla remota. Levantóse una violenta borrasca que desvió á esos desgraciados de su derrotero; corrieron el mar por espacio de unos ocho meses, y por fin aportaron en el estado mas deplorable en la isla de Aur. La mayor parte de este viaje tuvo que hacerse contra la direccion del viento regular del N. E., circunstancia altamente notable para aquellos que han creído hasta aquí que la poblacion del mar del Sur debió de progresar en direccion al E. Segun el relato de Kadou, constantemente tenian su vela desplegada durante su viaje mientras se lo permitia el viento, y la cargaban sin dilacion cuando soplaba el viento del N. E. persuadidos de que se hallaban á sotavento de su isla. Este es el único recurso que resta para esplicar su llegada á Aur. Calculaban el tiempo por lunas, haciendo un nudo en una soga á cada luna nueva. Como el mar les suministraba mucha pesca y conocian perfectamente el medio de cojerle: de ahí es que padecieron menos hambre que sed, porque si bien no dejaban de reunir una corta cantidad de agua siempre que llovia, halláronse muchas veces absolutamente faltos de agua fresca. A menudo Kadou descendia al fondo del mar, siendo como era el mejor buzo, donde el agua es menos salada, con una nuez de coco, provista tan solo de un pequeño agujero; pero si bien es cierto que este medio les consolaba por un momento, es muy probable que contribuía mucho á debilitarles. Cuando avistaron la isla de Aur no sintieron la menor alegría, porque habian perdido ya toda especie de sentimiento. Sus velas estaban rasgadas enteramente, su piragua era el juguete de los vientos y de las olas, y estaban aguardando la muerte con resignacion, cuando los moradores de Aur mandaron muchas piraguas á su socorro, y los condujeron á la playa desnudos de todo sentimiento. Hallábase presente un tamon á la sazon; los utensilios de hierro que aun poseían aquellos desgraciados escitaron la codicia de sus libertadores, y ya estaban á punto de darles el golpe fatal para repartirse sus despojos, cuando Tigodien, tamon de la isla de Aur, llegó afortunadamente con oportunidad para sal-

var su ecsistencia. Cuando Kadou ofreció todos sus tesoros á su libertador, este fué bastante jeneroso para no admitírselos, tomando solamente una bagatela insignificante y prohibiendo severamente á sus súbditos bajo pena de muerte que atentasen en lo mas mínimo contra aquellos estranjeros infortunados. Kadou con sus camaradas se dirijió al domicilio de Tigodien que le tomó á su cargo con una verdadera paternidad, y le profesó un afecto particular, por razon de su intelijencia natural y de su hombría de bien. Segun su cálculo, hacia tres ó cuatro años que se hallaba en Aur. Hallábase Kadou en los bosques cuando apareció el *Rurick* á la vista de Aur; pero los naturales le fueron á buscar sobre la marcha para pedirle la esplicacion de tan estraño fenómeno, por cuanto gozaba de la reputacion de ser un famoso viajero, y pasaba jeneralmente por un hombre dotado de un talento estraordinario y de unos conocimientos sin igual. Muchas veces les habia hablado de unos navíos de alto bordo que visitaran Ulle, y aun se acordaba de los nombres de dos individuos, Lewis y Marmol, procedentes de la grande isla de *Britannia ;* por cuyo motivo reconoció al momento nuestro buque. Como tenia mucha inclinacion á los blancos, instó á los isleños á ir al navío, pero estos se negaron á verificarlo fundados en la tradicion acreditada de que los hombres blancos devoraban á los negros. La promesa que les hizo de procurarles hierro por medio de permutas les decidió por fin á pasar á bordo, é inmediatamente tomó la resolucion de quedarse con nosotros, segun llevamos dicho. La precaucion de acechar su conducta era completamente inútil; pues durmió profundamente toda la noche, y al rayar el alba despertó con sumo contento y satisfaccion. »

I. Kawen, descubiertas á 29 de junio de 1788 por los navíos *Scarborough* y *Carlota*, que les impusieron el nombre de *Islas Colbert*, reconocidas á 5 de julio de 1799 por el *Nautilus*, que las denominó *Baas-Reef-tied-Islands ;* y esploradas en 1817 por Kotzebue. Si hemos de creer á este último, es un grupo de treinta y dos millas del N. O. al S. E. sobre trece de ancho, que contiene unos cincuenta islotes bajos y selvosos, teniendo el mas considerable unas dos millas y media de largo sobre una de ancho. Kawen es ocupada por unos hombres del todo semejantes á los de Otdia con los que tienen frecuentes relaciones. Su centro está situado á los 8° 42' lat. N. y á los 168° 43' lonj. E.

I. Eregup, descubiertas en 1799 por Bishop, del *Nautilus*, que las denominó *Bishop junction Islands*, y esploradas por Kotzebue en 1817. Este grupo tiene veinte y cuatro millas de estension del N. O. á S. O. sobre diez ó doce de ancho; comprende unos quince islotes bajos, selvosos y poblados, y su punta S. está situada á los 8° 56' lat. N. y á los 167° 50' lonj. E.

I. Legiep, descubiertas en 1817 por Kotzebue que quiso denominarlas *Islas Heiden*, y reconocidas por el mismo en 1824. Este grupo tiene veinte y cuatro millas del N. O. al S. E. sobre dos de ancho, encierra unas treinta isletas bajas, selvosas y pobladas, muchas de las cuales parecen tener de cuatro á seis millas de circumferencia, y su centro está situado á los 9° 55' lat. N. y á los 166° 52' lonj. E.

I. Temer, descubiertas en julio de 1799 por el *Nautilus* que las apellidó *Step-to*, y reconocidas en 1816 por Kotzebue. Esta isleta es inhabitada, tiene dos ó tres millas de circumferencia, y está situada á los 9° 58' lat. N. y á los 167° 22' lonj. E.

I. Ailou, descubiertas en 1788 por la *Carlota* que las denominó *Tindal* y *Watt*, y esploradas en 1817 por Kotzebue que las apellidó *Islas Krusenstern*. Este grupo comprende un gran número de isletas, tiene quince millas de N. á S. E. sobre cinco de ancho, y su punta S. está situada á los 10° 11' lat. N. y á los 167° 45' lonj. E. Chamisso observó que este grupo era el mas pobre de cuantos visitaron los Rusos (Pl. LVI. — 1).

I. Miadi, descubierta á 1° de enero de 1817 por Kotzebue, que la denominó *Isla del Noubel-An*. Esta isleta es baja y arbolada, tiene tres millas de N. á S. sobre una corta de ancho, y está situada á los 10° 7' lat. N. y á los 168° 34' lonj. E.

I. Oudeirik y Tagai, esploradas en 1816 por Kotzebue, que las denominó *Koutousoff* y *Souvaroff*, y visitadas por él mismo en 1817. El primero de estos dos grupos tiene diez y seis millas de estension de N. á S.; el segundo tiene treinta millas de ámbito, y cada uno contiene cuatro islotes habitados y separados por un canal angosto. La punta E. de Oudeirik está situada á los 11° 14' lat. N. y á los 167° 38' lonj. E., y la punta S. de Tagai á los 11° 4' lat. N. y á los 167° 25' lonj. E. Estos dos grupos formaban la isla *Button* del mapa de Marshall que fué el primero que los vió en 1788 (Pl. LVII. — 2).

I. Bigar, descubiertas en 1788 por el capitan Dawson que les aplicó su nombre, é indicadas á Kotzebue en 1816 por los naturales de Oudeirik. Este grupo tiene catorce millas de largo de N. N. O. á S. S. E. con tres islotes desiertos y destituídos de agua dulce. Solo son visitados á veces por los naturales de las islas vecinas para procurarse aves y tortugas. Su punta S. está situada á los 11° 43' lat. N. y á los 167° 49' lonj. E.

I. Delfin, descubiertas por Wallis á 3 de

setiembre de 1767, y reconocidas en 1824 por Kotzebue que las designa bajo el nombre de *Pescadores*. Este grupo comprende algunos islotes bajos de unas treinta millas de circumferencia, en los cuales Kotzebue no pudo distinguir vestijio alguno de habitantes. Su centro está situado á los 11° 19' lat. N. y á los 165° 15' lonj. E.

I. Pescadores. Estas islas hacen tal vez parte de las que vió Wallis en 1767, pero no cabe duda que están separadas totalmente de ellas, como averiguó en 1825 Kotzebue aplicando á estas el nombre de *Korsakoff*. Segun su reconocimiento, este grupo tiene cincuenta y cuatro millas del E. N. E. al O. S. O., y diez de su mayor anchura. Los islotes que la componen están cubiertos de una lozana vejetacion, y sus cocos se encumbran á una altura considerable, pero no contiene ninguna señal de poblacion. Su centro está situado á los 11° 17' lat. N. y á los 164° 35' lonj. E.

I. Eschschottz, descubiertas por Kotzebue en octubre de 1825. Este grupo comprende algunas islas bajas de las que solo vió la parte occidental que formaba una cadena estrecha de quince millas de largo, conteniendo unos doce islotes bajos, pero no vió la menor señal de poblacion. Probablemente es la isla *Udia-Milaï* de los naturales de Radach. Su punta S. O. está situada á los 11° 32' lat. N. y á los 163° 6' lonj. E.

I. Brown, descubiertas en 1794 por el capitan Butter del *Walpole*, visitadas en 1798 por el capitan Fearn, y reconocidas en 1824 por Kotzebue que las designó por equivocacion bajo el nombre de *Islas Bronus*, y en 1827 por Lutke. Es una cadena circular de rompientes de sesenta y cinco millas de circuito con unos treinta islotes bajos y selvosos; pero las islas *Parry* y *Arthur*, que son las mas considerables, aun no tienen tres millas de circumferencia. Su centro está situado á los 11° 30' lat. N. y á los 160° 54' lonj. E.

I. Providencia, descubiertas en 1811 por el buque *Providencia*. Estas islas están circuídas de arrecifes segun el mapa de Duperrey, y son los *Arrecipos* de Horsburg y de Lutke. Su punta S. E. está situada á los 8° 35' lat. N. y á los 158° 45' lonj. E.

I. Wadeln, descubiertas en 1792 por el capitan Bont del *Royal-Admiral*, que las denominó *Minguito Group* con las siguientes; y visitadas en 1797 por el capitan Dennat que las apellidó *Ross*, y por el capitan ruso Chromtschenko en 1832. Este último averiguó que el grupo entero ocupa una estension de sesenta y cuatro millas al E. S. E. sobre diez de ancho, y que contiene cuarenta y cuatro islotes entre grandes y pequeños. Su punta N. O está situada á los 9° 19' lat. N. y á los 164° 36' lonj. E.

I. Namou, descubiertas en 1792 por el capitan Bond, visitadas en 1832 por Chromtschenko que se cercioró de que este grupo tenia treinta millas de estension del N. N. O. al S. S. E. y de doce de ancho, conteniendo cinco islas algo considerables y veinte pequeñas unidas todas por un mismo arrecife. Las islas del S. están situadas á los 7° 45' lat. N. y á los 166° 3' lonj. E.

I. Odia. Sin duda la isla *Lambert* de Dennat en 1797, indicada á Kotzebue por los naturales de Radach. Esta isla, que debe de formar un grupo bien poblado, necesita de una nueva esploracion y debe de estar situada cerca de los 7° lat. N. y los 166° 30' lonj. E. El grupo Odia, con sus dos precedentes, *Wadeln* y *Namou*, debe formar la cadena de las islas Ralik anunciadas á Kotzebue por los isleños de Radack.

Despues de Kadou, el grupo de Ralik seria semejante al de Radack por el aspecto del suelo, el lenguaje de sus habitantes y sus costumbres jenerales. Solo el pueblo es mas dichoso y menos alimentado: los naturales traen grandes ornamentos en las orejas. Cuando estos dos grupos están en guerra, el de Ralik puede armar hasta cien piraguas. La paz estaba concluída entre las dos naciones algun tiempo antes del paso de Kotzebue en 1816.

I. Piguiuam, grupo señalado en el mapa de Lutke, sin que se sepa con que autoridad, á los 2° 30' lat. N. y á los 151° 37' lonj. E.

I. Nougour, descubiertas en 1806 por el capitan Monteverde que les impuso su nombre. Este grupo comprende muchas isletas bajas y habitadas, tiene diez millas de N. E. á S. O., y su centro está situado á los 3° 27' lat. N. y á los 153° 25' lonj. E.

Si hemos de dar crédito á Morrell, que asegura haber visitado estas islas en 1830, los naturales son de aventajada estatura, bien formados y laboriosos. La talla media de los hombres es de cinco pies nueve pulgadas (seis pies dos pulgadas inglesas), y algunos pesan hasta ciento cincuenta libras. Su tinte es aceitunado, su nariz chata, su pelo negro y rizado, de seis ú ocho pulgadas de largo, sus carrillos prominentes, sus ojos pequeños negros, vivos y agudos, su frente ancha, y sus dientes blancos y regulares. Despues de casados, el vestido de ambos secsos consiste en una especie de delantal que desciende hasta medio muslo; pero antes de casarse, ambos secsos andan enteramente desnudos. Despues de haber contraído amistad con los Americanos por medio de diversas permutas, los isleños invitaron á sus nuevos amigos á aprocsimarse á la playa prometiéndoles traer ostras perleras, conchas de tortuga y tripangs. En poco tiempo se reunieron unas cincuenta piraguas grandes; pero Morrell recono-

ció en breve con su anteojo que en lugar de los objetos prometidos, los buenos de los comerciantes embarcaban apresuradamente muchas lanzas, macanas, y que ademas se almagraban el rostro, prueba nada equívoca de sus disposiciones hostiles. Con efecto cuando se halló todo dispuesto, las piraguas, tripuladas por quince ó veinte guerreros cada una, se adelantaron en buen órden y en dos divisiones á fin de tomar al *Antártico* por ambos costados. Entonces Morrell sin aguardar un momento hizo cargar todas sus velas y dejó á los naturales de Nougour embobados por la marcha superior de la gran piragua, que se imajinaban tener ya en su poder. Morrell hace mencion particular de que los arrecifes de estas islas están cubiertos litoralmente de ostras perleras, de tripangs y de tortugas; pero esto puede ser mas ó menos ecsacto.

Eunkins. Segun el mapa de Duperrey, este grupo fué descubierto en 1824, y su punta S. está situada â los 4° lat. N. y á los 182° 12' lonj. E. Sin embargo es probable que solamente es una parte del grupo anterior ó del siguiente.

I. Ngarik. Descubiertas en 1773 por Tompson que las apellidó los *Nalicates*; visitadas en 1793 por Mulgrave del *Sugar-Cane*, que las denominó *las Siete Islas*, y en 1794 por el buque *Britannia* que las denominó *Raven Islands*, y esploradas en 1828 por Lutke. Este grupo tiene veinte millas de circuito; contiene once islotes bajos, selvosos y poblados, de los cuales el mas considerable apenas tiene una milla de estension, y su punta E. está situada á los 5° 45' lat. N. y á los 155° 15' lonj. E.

I. Sotoan. Descubiertas en 1795 por el capitan Mertlock que les impuso el nombre de su buque *Young-William*, y esploradas por Lutke en 1828. Este grupo contiene unos sesenta islotes bajos, nemorosos y bien poblados, con unas cuarenta millas de circumferencia. El mas considerable de esos islotes lleva el nombre de *ta*, y tiene cinco millas de largo sobre 300 toesas de ancho á lo sumo. En sentir de Morrell, que visitó estas islas en 1830, dos de sus islotes tienen unas quince millas de circuito, y se encumbran á unos cien pies de elevacion sobre el nivel del mar. Los naturales le invitaron á desembarcar, en lo que no tuvo el menor reparo, siendo acojido muy amigablemente por los hombres, y sobretodo por algunas mozas de las que hace, segun acostumbra, el retrato mas seductor. Si hemos de darle crédito, eran jóvenes ninfas de diez y seis ó diez y siete años, con ojos de gacela, dientes de marfil y de facciones las mas delicadas que hasta entonces habia encontrado. Su talle era pequeño; pero sus manos y sus pies lo eran aun mas á proporcion; tenian cabelleras negras, ojos centelleantes cual granos de azabache en medio de un esmalte líquido; pequeñas mejillas redondas y frescas, una barba proporcionada, labios brindando á los ósculos, cuellos delgados y talles desnudos que hubieran podido abrazarse con las dos manos. A este retrato encantador, añadia injenuamente, no podia menos de oponer un defectillo; tal era un lijero color de cobre en su tinte.

Los obsequios que los habitantes de Sotoan prodigaron á Morrell no servian mas que para encubrir un lazo: en el acto de volver á embarcarse, iban á embestirle cuando sus camaradas pusieron en fuga á los agresores con el ausilio de sus armas de fuego. Apenas se hallaban de regreso á bordo, cuando el *Antártico* se vió á punto de ser bloqueado por un centenar de piraguas que acudian de todas las islas para asaltarlo. Viéndose Morrell, dice, en la alternativa de luchar á brazo partido ó de volver la espalda á los isleños, adoptó esta última medida como la mas prudente.

A poca distancia de Sotoan se encuentran otros dos grupos considerables, esplorados igualmente por Lutke en 1828, á saber: al N. E. *Lougornor*, de diez ó quince millas de circuito, con diez y siete islotes bajos y selvosos, teniendo los mas considerables unas dos millas de estension, y al N. *Etal* que tiene tres millas y media de estension y comprende hasta diez y ocho islotes insignificantes.

El grupo de Sotoan está situado entre los 5° 15' y los 5° 36' lat. N. y entre los 151° 16' y los 151° 38' lonj. E.

I. Namoulouk, descubiertas por el Ruso Lutke en enero de 1828, y visitadas en mayo de 1830 por Morrell que las denominó *Skeddy 'Sgroup*. ste grupo tiene seis millas de circumferencia y contiene tres islas bajas y selvosas, teniendo cada una media milla de largo. Morrell ecsajera sobradamente las dimensiones de este grupo, y asegura que está poblado por una raza de hombres semejantes á los de Hogoleu, y que el territorio de las islas es cubierto casi enteramente de cocos y de árboles de pan. Está situado á los 5° 53' lat. N. y á los 150° 57' lonj. E.

I. San Agustin, descubierta por el Español Tomson en 1773. Es una isla baja, de seis millas de estension del N. N. O. á S. S. E. con un arrecife que se interna seis millas en el mar por su parte S. E. Su punta N. está situada á los 7° 25' lat. N. y á los 153° 45' lonj. E. Sin embargo, algunos creen que esta isla es idéntica con la siguiente.

I. Bordelesa, descubierta á 18 de junio de 1826 por el capitan Saliz que le impuso el nombre de su buque. Esta isleta es llana, tersa, de una ó dos millas de estension y ochenta pies de altura, y está situada á los 7° 38' lat. N. y á los 152° 45' lonj. E.

I. San Rafael, descubierta en 1806 por Monteverde que le impuso el nombre de su buque. Esta isleta es baja, tiene tres ó cuatro millas de circumferencia y está situada á los 7° 17' lat. N. y á los 151° 32' lonj. E.

I. Mourileu. Descubiertas á 2 de abril de 1826 por John Hall, y esploradas por Lutke en noviembre de 1828. Este pequeño archipiélago se compone de dos grupos distintos; el primero, *Namolipiafane*, tiene cuarenta millas de circuito y cuenta catorce isletas bajas, las mas considerables de las cuales apenas tienen una milla de estension: el otro, *Mourileu*, tiene cuarenta y cinco millas de ámbito y encierra trece islotes bajos, selvosos y todos sumamente pequeños. Están situados entre los 8° 27' y los 8° 48' lat. N. y entre los 149° 24' y los 150° 2' lonj. E.

I. Faicou (Orientales), descubiertas á 2 de abril de 1824 por el capitan John Hall, y reconocidas por Lutke en 1828. Son dos islotes contiguos, bajos, selvosos, y de dos millas de estension inclusos sus arrecifes. Están situados á los 8° 34' lat. N. y á los 149° 5' lonj. E.

I. Ounoun, descubierta en 1801 por Ibargoïtia que la denominó *Anónima*, y esplorada en 1828 por Lutke. Es una isla baja, selvosa y de dos millas y media de largo de N. á S. con un tercio de milla de ancho. Está situada á los 8° 37' lat. N. y á los 147° 30' lonj. E.

I. Maguir, descubiertas en 1824 por el capitan Bunkey, que las denominó *Islas Ramp*, y esploradas en 1828 por Lutke. Son dos islotes bajos, pequeños y arbolados. El del E. está situado á los 9° 1' lat. N. y á los 147° 55' lonj. E.

I. Pesserar, descubiertas en 1824 por Bunkey que les impuso su nombre, y esploradas en 1828 por Lutke. Son dos pequeños grupos compuestos cada uno de cuatro ó cinco islotes pequeños, bajos y nemorosos. *Oumalik* es el mas considerable, aunque á lo mas tiene una milla de largo, y está situado á los 8° 39' lat. N. y á los 148° 7' lonj. E.

Los tres grupos precedentes forman reunidos el grupo total de *Namonouïto* de Lutke, que tiene unas cien millas de circuito. Maguir y Pesserar fueron vistos por el *Eclipse* á 11 de abril de 1827.

I. Pouloouot y Alet, descubiertas por el capitan Mertlock en 1795, visitadas en 1799 y 1801 por Ibargoitia, y esploradas en 1819 por Freycinet. Son dos islotes bajos, selvosos y poblados, de quince ó diez y seis millas de circumferencia, inclusos los arrecifes. Los antiguos mapas españoles las denominaban *islas Kata*. La del E. está situada á los 7° 19' lat. N. y á los 146° 55' lonj. E.

I. Souk, probablemente la *San Bartolomé* de Quiros en 1596; visitada por Mulgrave del *Sugar-Cane* en 1793 y por Ibergoitia en 1699 y 1801, y reconocida por Freycinet en 1819. Es un islote bajo, selvoso é inhabitado, de cinco ó seis millas de circuito y rodeado por un fondo alto muy estenso. Está situada á los 6° 40' lat. N. y á los 147° 5' lonj. E.

I. Bigali, descubierta á 3 de julio de 1824 por Duperrey, y visitada en febrero de 1828 por Lutke que la denomina *Piquele*. Este islote es bajo, arbolado, desierto y circuido de un arrecife; tiene doscientas toesas de ancho y está situada á los 8° 13' lat. N. y á los 145° 18' lonj. E.

I. Lidia, descubierta en 1801, y vista por el *Océano* en 1804. Este islote, que sin duda es idéntico con la isla *Feralis* vista por Morrell en mayo de 1830, es inhabitado, bajo y cubierto de malezas, de tres millas de circuito, y está situado á los 8° 37' lat. N. y á los 144° 51' lonj. E.

I. Faicou (occidental), encontrada por Lutke en 1828. Es un islote bajo y selvoso, de doscientas toesas á lo sumo de estension con un rompiente de unas cinco millas de estension, situado á los 8° 6' lat. N. y á los 144° 32' lonj. E.

I. Satawal, descubierta en 1797 por Wilson que la denominó *Tucker*, y reconocida en 1824 por Duperrey y en 1828 por Lutke. Esta isleta es baja y habitada, tiene una dos millas de circuito, y sus habitantes son navegantes atrevidos que casi todos los años hacen una escursion á Gouaham. Está situada á los 7° 22' lat. N. y á los 144° 45' lonj. E.

I. Namourek, vistas en 1797 por Wilson que las denominó con las siguientes, *islas Swede*, y reconocidas en 1828 por Lutke que le parecieron las islas *Lamurek* ó *Lamorsek* de diversos navegantes y de las antiguas relaciones de los misioneros. Estas si se quiere islas, no son mas que una cadena de rompientes de seis millas de lonjitud, con tres islotes muy pequeños, bajos, selvosos y poblados, cuya punta S. E. está situada á los 7° 30' lat. N. y á los 144° 10' lonj. E.

I. Elet, que forman parte de las islas *Swede* de Wilson en 1797, y reconocidas en 1828 por Lutke. Es una cadena de rompientes de seis ó siete millas de estension, que contiene siete islotes bajos, selvosos y poblados. Su punta S. está situada á los 7° 26' lat. N. y á los 144° lonj. E.

I. Farroilep, descubiertas en 1817 y denominadas entonces *Gardner*, y esploradas por Lutke en 1828. Este grupo tiene tres ó cuatro millas de circuito, compónese de cuatro islotes bajos y arbolados, y está situado á los 7° 25' lat. N. y á los 142° 12' lonj. E.

I. Youli, *Ulee* de Cantova, *Gulini* de Torres, muy conocido de los misioneros desde principios del último siglo por las relaciones de los naturales. Sin embargo el primero que la vió sin conocer su verdadero nombre fué Wilson en 1797 y la denominó las *Trece Islas.* Luís de Torres de Gouabam la visitó en 1804 á bordo del buque *María.* Finalmente Lutke la ha esplorado circunstanciadamente en marzo de 1828, y escribe su nombre *Oulleay.* Es una cadena de doce millas de circunferencia conteniendo unos veinte islotes muy pequeños, bajos y arbolados. Los principales son *Raoure*, *Baliaou*, *Oulleay*, *Tagoilap*, *Saliepe* y *Oulemaray*. Kadou, de quien hemos hecho mencion, era de este último islote, y su caudillo, que lo era tambien del grupo entero, se apellidaba Toua, cuyo jefe hizo un viaje al rededor de Gouabam en 1807. La punta E. está situada á los 7° 24' lat. N. y á los 141° 40' lonj. E.

I. Aurupig, segun el mapa de Arrowsmith, descubiertas en 1791 visitadas por Saliz en 1826, y reconocidas por Lutke en 1828. Son tres islotes bajos muy pequeños, situados á los 6° 40' lat. N. y á los 140° 59' lonj. E.

I. Phillip. Compónese de dos isletas descubiertas por el capitan Hunter en 1791; *Sorol* del mapa de Lutke. Están situadas á los 8° 6' lat. N. y á los 138° 34' lonj. E.

I. Sonsorol. Dos isletas descubiertas en 1710 por el Español Padilla, capitan del *Santa Trinidad*, y denominadas *Sanserol* por los habitantes de Pelew. La isla del mediodía es la mas considerable, y está separada de la otra por un canal de dos millas y situada á los 5° 20' lat. N. y á los 129° 54' lonj. E. Los naturales la llaman *Kodokopouli*.

Dos misioneros españoles que montaban el navío de Padilla para ir á predicar el evanjelio á los habitantes de Sonserol, hicieron una tentativa esplicada en los siguientes términos en las *Cartas edificantes*, por José Somera, uno de los oficiales del *Santa Trinidad*.

«El navío en que nos embarcámos para ir á descubrir las islas *Palaos*, se llamaba la *Santísima Trinidad*, y su tripulacion era de ochenta y seis hombres. Lo mandaba el sarjento mayor D. Francisco Padilla, y llevaba consigo á los misioneros jesuítas, el P. Duberon y el P. Cortil con el hermano Estévan Baudon, que iban á predicar la fé á los isleños.

« El dia 14 de noviembre de 1710 salí de las islas Filipinas haciendo rumbo hácia las Palaos, estimándolas entonces en 13° 9' lat. y 144° 22' lonj.

« Navegué quince dias enteros, como se nota en el mapa, y el dia 30 de noviembre avistámos tierra, que estaba al N. E. tres grados N. como á tres leguas de distancia, habiendo observado la variacion de cuatro á cinco grados N. E. en este rumbo. Revirámos á bordo para llegarnos de mas cerca, y descubrímos dos islas á las cuales el P. Duberon dió el nombre de las *Islas de San Andrés*, por celebrarse el mismo dia la fiesta de este grande apóstol.

« Arrimándonos á las islas, vímos un barco que venia hácia nosotros, y los isleños que habia en él daban voces de lejos, diciendo: *Mapia*, *Mapia;* esto es, *buena jente.* Un Palaos, que habia sido bautizado en Manila, y que habíamos traído con nosotros, se llegó á ellos y les habló. Al instante vinieron á bordo, y nos dijeron que esas islas se llamaban *Sonrosol*, y que eran del número de las Palaos. Se mostraron muy satisfechos de estar con nosotros, y nos lo dieron á entender besándonos la mano y dándonos abrazos.

« Esta jente es bien hecha, de buen cuerpo, y robusta complecsion. Andan desnudos, esceptuando que por la cintura se cubren de un pedazo de estera, ó junco. Sus cabellos son crespos y tienen muy poca barba. Para defenderse de las lluvias, llevan sobre los hombros una capa corta hecha de hilo de patata, y sobre la cabeza una especie de sombrero hecho de juncos, y en todo su borde prenden plumas de pájaros, todos derechos, y de punta. Se pasmaron al ver fumar á nuestros marineros, y mostraron hacer mucho caso del hierro. Cuando veían algun pedazo, lo miraban con ahinco, y sin cesar nos lo pedian.

« Por la tarde vinieron á nuestro bordo otros dos barcos, con ocho hombres cada uno. Al acercarse comenzaron á cantar, y llevaban el compás dando con las manos contra sus muslos. Luego que entraron en el navío lo midieron, juzgando que era un solo madero: otros contaron la tripulacion: nos trajeron cocos, pescados é yerbas. Están las islas y sus costas pobladas de árboles; sus barcos bien construídos. Se sirven de velas latinas, y uno de sus lados está sostenido de un contrapeso que impide que se vuelque.

« Les preguntámos á que viento quedaba la principal de sus islas, á la cual llaman *Pandog*, y nos señalaron al N. N. E.: añadieron que al S. 1/4 S. O. y al S. 1/4 S. E. habia tambien dos islas, la una llamada *Merieres*, y la otra *Poulo*.

« Habiéndonos arrimado á tierra, envié á mi segundo piloto con la sonda para buscar paraje donde echar el ancla. Luego que la chalupa llegó á un cuarto de legua de la isla, la vinieron al encuentro dos barcos con muchos isleños á bordo. Uno de estos, viendo un sable, lo tomó; lo miró con atencion, y arrojándose al mar se lo llevó. No pudo el piloto hallar fondo propio para anclar, por ser todo de roca y ha-

ber mucha profundidad. Luego que volvió, á las tres de la tarde envió á otro al mismo fin. Llegó á la orilla misma, y, como el segundo piloto, halló en todas partes el gran fondo de roca, y ningun paraje á propósito para echar ancla.

« En todo este tiempo me mantuve á la capa contra la corriente, que con lijereza me llevaba al S. E. Entonces los isleños, que estaban á nuestro bordo, tomaron sus barcos para volver á su isla. Quisieron los dos misioneros empeñar á uno de ellos á que se quedase, mas no hubo modo de persuadírselo. Habláronle por un buen rato de las verdades de la relijion, y le hicieron pronunciar repetidas veces los nombres de Jesus y María: lo que hizo con mucho afecto. Se le hicieron varias preguntas sobre la magnitud de la isla y el número de sus habitantes. Respondió que tenia como dos leguas y media de circuito, y que habria en ella como ochocientas personas, que vivian de yerbas, cocos y pescados. A mediodía observé la altura del sol, y lo hallé como á 5° 16' de latitud septentrional y se halló el salir el sol, que la variacion era de 5° N. E.

Nos engolfaron con precipitacion las corrientes hácia el S. E., de manera que nos pudímos acercarnos á tierra hasta el dia cuarto á las seis de la mañana. Nos vímos entonces á la embocadura de las dos islas: envié la chalupa á buscar donde anclar, pero en vano. Volvió á las cuatro de la tarde con la noticia que en todas partes el fondo era de roca, y que no se podia echar ancla.

Despues de haber reconocido Pandlog, regresó Padilla á las islas Sonsorol para informarse de la suerte de los misioneros; pero pasó tres dias en crucero al rededor del grupo sin ver piragua alguna; y al fin tuvo que alejarse, merced á un furioso viento que se levantó. Al año siguiente el P. Serrano partió para ir á socorrer á los PP. Dubaron y Cortil; pero al tercer dia de navegacion una violenta tempestad estrelló su buque, de la que solo escaparon dos Indios y un Español que llevaron la noticia á Manila. Algun tiempo despues pasó á poca distancia de Palaos un buque español que armó contiendas, y se llevó algunos cautivos á Manila. « Allí, dice el P. Carier, que es el que da estas últimas noticias, les hicieron algunas preguntas por medio de señas sobre el paradero de los dos PP. que se habian quedado en sus islas, á lo que contestaron igualmente con señas dando á entender que sus compatriotas se los habian comido. »

I. Poulo-Anna, descubierta en 1761 por el navío *Carnadon;* vista á 12 de octubre de 1767 por Carteret que la apellidó *isla de la Corriente*, en 1769 por el buque *Ponsonby*, y en 1785 por el *True-Briton*. Esta isleta es baja y selvosa y está situada á los 4° 38' lat. N. y á los 129° 41' lonj. E.

I. Poulo-Mariere, encontrada en 1781 por el *Montrose*. Esta isleta es habitada, tiene dos millas de N. á S. sobre una de anchura, y está situada á los 4° 20' lat. N. y á los 170° 8' lonj. E.

I. Nevil, descubierta en 1781 por el buque *Montrose* que le impuso este nombre, y vista en 1782 por el navío *Lorsh North* que la denominó *North*, en 1788 por Douglas, capitan de la *Ifijenia* que la apellidó *Johnston*. Esta isla probablemente es idéntica con la isla *Evening* vista por Carteret á 16 de setiembre de 1767: es baja, de tres millas de circuito con un arrecife en su punta E., y está situada á los 3° 3' lat. N. y á los 129° 44' lonj. E.

Damos fin á esta larga nomenclatura por el grupo siguiente que pertenece tambien á la Micronesia.

I. Guedes, descubiertas en 1537 por Grijalva y Albaredo, encontradas en 1767 por Carteret que las denominó islas *Joseph Freewill;* vistas en 1788 por Meares, despues por Macluer, en seguida por el capitan William del *Thams*, y por fin por Horburgh que determinó ecsactamente su posicion. Barclai fondeó en ellas en 1805 y contó cuatro bien pobladas. Son bajas, cubiertas de corpulentos cocos, tienen catorce millas de N. á S. y cinco de E. á O., é igualmente han recibido el nombre de islas *San David*. Estas islas ofrecen una circunstancia notable, y es que apesar de su procsimidad á la Nueva Guinea habitada por la raza negra, son ocupadas por hombres de color amarillo, circunstancia que las hace dignas de toda la atencion de los navegantes. Seria muy importante estudiar la lengua de estos isleños, porque suministra medios de descubrir si pertenecen á la gran familia polinesia, ó bien si corresponden á las pueblas malayas, ó si constituyen una de esas variedades anómalas que ocupan la Micronesia Las islas Guedes están situadas á 0° 50' lat. N. y á los 132° 2' lonj. E.

CAPITULO XXIX.

TRAVESÍA. — PESCA DE BALLENAS. — ISLAS GALÁPAGOS. — JUAN FERNANDEZ. — CABO HORNO.

Durante su navegacion á través del archipiélago de las Carolinas, Pendleton habia meditado seriamente sobre el objeto principal de su viaje. Su peregrinacion de escala en escala, trayendo á cada una los objetos que eran de fácil venta para cargar de los artículos mas convenientes á un mercado vecino, sus diez campañas en una campaña, sus diez especulaciones en una especulacion, estaban terminadas ya.

Empezaba á fatigarle su crucero, y se sentia con deseos de regresar á su país para ver á su familia y sus hijos. Despues de su partida de Gouaham habia hecho á bordo todos los preparativos necesarios para dar nuevo principio á su oficio de ballenero: quedábale solamente un centenar de barriles para llenar, y estaba decidido á no entrar en el puerto de Nueva-Yorck con su *Oceánico* medio lastrado. Antes hubiera ido á los polos para cargar de ballenas.

Sin embargo la fortuna no le fué harto protectora. Por espacio de quince dias recorrímos aquellos mares sin tener un encuentro feliz: apenas señalaron á lo lejos algunos ballenatos que ni siquiera merecian la pena de echar las embarcaciones al mar. « Estos parajes precisamente deben de haber sido embrujados, murmuraba el Americano, puesto que estamos en la buena latitud y en la época mas propicia. » Sin embargo, despues de tres semanas de infructuosas investigaciones, perdió la paciencia. « Vaya al diablo el crucero, esclamó; no parece sino que todas las ballenas han emigrado hácia el E. Vamos á ver, si Dios quiere, si las encontramos en Galápagos y en la costa de Chile. Si es preciso navegar hasta la Nueva Shetland, lo harémos: el *Oceánico* no se volverá con los toneles vacíos. »

Tomada esta resolucion, Pendleton la puso en práctica. Soplaba entonces el monzon de O., navegó hácia el N. E. á fin de encontrar brisas declaradas fuera de la zona templada, corrió hasta poca distancia del continente americano, y dió la órden de velejar hácia el S. E. A 12 de octubre estábamos en frente de Galápagos, cuando se realizó la prevision del capitan: el *Oceánico* se vió al momento rodeado de ballenas, y en un solo dia señalaban cuatro. « Manos á la obra, muchachos, dijo entonces el Americano: la pesca es segura. »

A estas palabras la tripulacion salió de su letargo: no parecia sino que aquella órden habia hecho vibrar una nueva cuerda. Cada marinero se abalanzaba á los harpones, y se disputaba el honor de la primera presa. El capitan intervino en la contienda y distribuyó su jente: armáronse los balleneros, y pasaron á su bordo los marineros mas atrevidos y diestros. Cada embarcacion iba tripulada por cinco individuos; pues como para combatir al monstruoso cetaceo no se necesitaban brazos inútiles, no se tuvieron en consideracion mis instancias, y me ví obligado á observar el espectáculo desde la cubierta.

La presa que se codiciaba era una enorme ballena que parecia dormir en el agua. Para un ojo algo rudo, el animal se asemejaba á una peña, por razon de ser tan inmóvil y parduzco, sin vida aparente ni forma precisa. Las embarcaciones remáron vivamente hácia aquella masa; y en cuanto se vieron á algunas toesas de distancia, dirijióse el coclero á la proa del ballenero con la vista fija sobre su víctima, y no perdiendo uno solo de sus movimientos. El monstruo estaba tan sumamente quieto que parecia difunto, y hasta que se levantaron los remos no demostró la ballena por medio de una violenta sacudida que preveía el peligro.

Zambullóse profundamente; pero podia seguirse su marcha submarina por el remolino que causaba la mudanza del agua, y permanecer en su surco las embarcaciones. Al cabo de diez minutos volvió á aparecer con un espantoso ruído, y asomando sobre el nivel del agua su cabeza cubierta de insectos marinos, lanzó por sus narices á una altura de veinte á treinta pies dos inmensos surtidores de agua salada. En su graciosa curva, esas dos cascadas se matizaban con todos los colores del prisma solar, y ostentaron en el mar uno de los mas bellos arcoíris que puedan verse. Su espectáculo era de una magnificencia y de un brillo infinitos.

Despues de tres ó cuatro somorgujos semejantes, las embarcaciones llegaron á su alcance. « Levántense! » dijo el oficial, y al momento se levantaron todos, siendo los harponeros los primeros en verificarlo blandiendo su arma. « Manos á la obra! » añadió el oficial, y lanzaron el harpon con tanta fuerza que todo el hierro desapareció en el cuerpo del animal. Sintiéndose herida, la ballena permaneció un instante como entorpecida; pero poco despues, vencida por el dolor de una primera herida, empezó á rodar por el agua levantando su enorme cabeza, cual para buscar á su enemigo, batiendo la superficie del mar con sus aletas, ó sumerjiéndose de nuevo sin manifestar mas que su vasta cola oscilante. Concedido este primer momento á la angustia de una sorpresa, desapareció y continuó su curso irregular y desatinado: no parecia sino que pretendia huir su propia herida.

Entretanto la embarcacion no apartó la vista de su presa, hasta que el harpon, amarrado al áncora por medio de una soga, se pegó á la ballena. En consecuencia se veía á aquel barco deslizarse por el agua formando eses como una saeta, sin descubrir el motor que lo impelia. Era tan rápida su marcha que la tripulacion se hallaba á punto de perder el aliento, y el menor movimiento era suficiente para hacer zozobrar la frájil barquilla.

Sin embargo no podia ser eterna la fuga del cetaceo. Con efecto, hubo un momento en que se detuvo y remontó de nuevo sobre el agua para ver en que consistia el peligro, presentándose mas débil y mas vulnerable que la vez primera. Como el harponero estaba ya preparado para el golpe decisivo, le asestó el tiro

y le hirió diestramente en la aleta: golpe verdaderamente mortal. « Hourah! » esclamó la tripulacion. El animal se sintió perdido: zambullióse nuevamente, precipitóse con furor á las profundidades del Océano, torcióse en todos sentidos, tomó cien direcciones opuestas, ya horizontales, ya verticales, ya espirales. Sus huellas se reconocian ya con mas facilidad, el agua estaba ensangrentada; y cuando asomó á la superficie del mar, rendido y moribundo, sopló sangre en lugar de agua salada. Los balleneros se vieron inundados de ella: el mar era incrispado bajo aquella cola enorme cual si fuese conmovido por una súbita marea. A media legua de distancia oíamos el estruendo de aquellas angustias y aquel estertor de muerte. Tres veces no interrumpidas se zambulló el cetaceo y emprendió la fuga, pero otras tantas se fueron sensiblemente agravando sus heridas; y en cuanto le abandonaron la vida y la fuerza, apareció en la superficie del agua como una mole inerte mostrando, en vez de su lomo parduzco, su vientre con las manchas blancas que reflejaban los rayos del sol y formaban el mas vivo contraste con aquel mar del todo ensangrentado. Estaba terminado ya el duelo entre la embarcacion y la víctima, á la que trajeron á bordo, donde la descuartizaron el propio dia.

Como las calderas de abordo estaban ya dispuestas, derritióse el aceite y con él llenaron los toneles vacíos. Los dias siguientes se cojieron cuatro ballenas, cuya carne fué suficiente para atestar la quilla del *Oceánico:* nunca por cierto habia regresado este buque con tan bello cargamento. Entretanto interrogué á Pendleton sobre ese comercio y sus ventajas.

« En otro tiempo, me dijo, la pesca de la ballena era un objeto de muy poca importancia y aun de cortísimo provecho: así es que apenas salian algunos armamentos de Spitzberg ó de la Groenlandia, patria de las ballenas francas. Poco despues, acometidos por un grandísimo número de pescadores y enfuriados, esos cetaceos emigraron á los hielos polares donde fué muy difícil alcanzarlos. Desde entonces, en vez de ir á buscar á través de cien peligros los mas corpulentos de esos animales, prófugos moradores de los hielos, pensóse en perseguir á los que se presentan en los climas mas templados, desde los 60° hasta los 10° de latitud, en uno y otro hemisferio terrestre, y aun á veces bajo el ecuador. En consecuencia salian varios armamentos para pescar en el Canadá y en los bancos de Terranova, en las costas de la América occidental, junto á las islas Alcoutianas, en la costa del Japon y de Corea, en los archipiélagos de las Carolinas y de las Marianas, en el Sur, en toda la superficie del Océano Pacífico y en una parte considerable del Océano Atlántico y en los parajes situados al O. del cabo de Buena Esperanza, como las islas Tristan d'Acunha, las costas del Brasil y de la Patagonia, las islas Malvinas, la isla Mocha, las costas de Chile, los Galápagos, Madagascar, Guinea, etc.

« Desde que se practica la pesca en todos los mares del globo, el número de los balleneros se ha acrecentado considerablemente. La Union despacha de ellos para donde quiera; la Inglaterra hace lo mismo; la Francia ha hecho tambien algunas tentativas afortunadas en los mares del Sur, y no cabe duda que con el tiempo llegará á rivalizar con los comerciantes de la Union: en vez de treinta pescadores tendrá doscientos como nosotros. El aceite de ballena es un producto preciosísimo, no muy difícil de adquirir y facilísimo de vender. »

Mientras disfrutaba yo del espectáculo de aquella curiosísima venta, habian desaparecido de nuestra vista una multitud de islas. El *Oceánico* habia costeado las islas Galápagos, grupo descubierto por los primeros navegantes españoles, pero reconocido detenidamente por el inglés Wood Rogers á quien estaba subordinado el célebre Dampier. Wood Rogers fondeó en una de aquellas islas sin poder hallar el mas insignificante manantial de agua dulce, no obstante haberse internado á tres ó cuatro millas de distancia de las costas. En su concepto esa isla es seca y árida, atestada de guijarros semejantes al cagafierro, y cubierta de una arena que cede bajo los pies del caminante á modo de cenizas. Estos signos manifiestan con evidencia una formacion volcánica reciente. Una de las islas vecinas, llamada Santa María de la Aguada, contiene, segun indica su mismo nombre, muchos manantiales, maderas de construccion y una rada muy segura.

La particularidad mas característica de este grupo es la abundancia de galápagos. Los mas gruesos no pesan mas que cien libras, pero se encuentran otros que pesan hasta cuatrocientas. Los huevos de los primeros son á poca diferencia del tamaño de un huevo de oca: son blancos, redondos y cubiertos de una espesa cáscara. Nada es mas horrible á la vista y al tacto que esos monstruosos animales. Su concha es casi negra como el azabache, y su piel escabrosa y arrugada. Su cuello es largo como las piernas, del grueso de una muñeca, sus pies tuertos y macizos como los de un pachiderme, con cinco uñas gruesas en los pies delanteros y cuatro en los traseros, la cabeza pequeña, el hocico puntiagudo como la cabeza de una serpiente, negro y cubierto de arrugas. Rogers vió tambien en los galápagos un gran número de serpientes de agua, aves marinas y terrestres, como tórtolas y halcones, gusanos y focas cuyo forro es muy superior al de las focas de Juan Fernandez.



3. Emplacement des Tentes d'Anson, à Juan Fernandez.

3. Puesto de las tiendas de Anson en Juan Fernandez



4. Cap Horn vu à neuf milles de distance.

4. Cabo de Hornos visto desde una distancia de nueve millas.

En breve descubrímos esta isla, Juan Fernandez, célebre en Europa por las aventuras del marinero Selkirk, tipo primordial del Robinson Crusoé. Descubierta por los primeros aventureros españoles, Juan Fernandez solo fué esplorada realmente por Wood Rogers y por Anson. El primero recojió á 1º de febrero de 1709 al marinero Selkirk abandonado desde cuatro años en aquella tierra desierta. Encontrólo vestido de piel de cabra y tan selvático como estos animales. Este hombre era natural del condado de Fife en Escocia: habíanle dejado solo en aquella tierra con sus vestidos, su cama, un fusil, algunas libras de pólvora, balas, tabaco, un hacha, un cuchillo, un caldero, una biblia, algunas obras de piedad y varios instrumentos de marina. Al principio estaba triste y melancólico, pero por fin se resignó á su estado. Construyó dos cabañas con ramas de árboles á cierta distancia una de otra y las cubrió de una especie de junco forrándolas con pieles de cabra que mataba á medida que tenia necesidad. Procuróse fuego por medio de la pólvora, pero despues se ejercitó á sacarlo con dos pedazos de madera de pimiento que frotaba sobre su rodilla uno contra otro. La mas pequeña de sus chozas le servia de cocina, pero dormia, oraba y trabajaba en la mas grande. La madera de pimiento le servia de lumbre y de combustible; no le faltaba pescado, pero como tenia que comerlo sin sal, se sentia atacado de síntomas disentéricos. Su alimento se componia casi esclusivamente de cangrejos de rio de un gusto esquisito y de cabras cuya carne era escelente. En los primeros tiempos de su llegada daba caza á esos animales con su pólvora y sus municiones; mas cuando le faltó este recurso se ejercitó en la carrera hasta alcanzarlas en la cima de los mas empinados riscos y las perseguia de precipicio en precipicio (Pl. LXVI. — 1). Esta caza era para él una verdadera distraccion; muchas veces corria en pos de las cabras, y despues de haberlas cojido tenia el gusto de soltarlas, marcándolas antes en la oreja. Queriendo Rogers poner á prueba su ajilidad, Selkirk ejecutó su caza en presencia de él, mostrándose mas rápido que los mejores perros, y trayendo en sus espaldas la presa que acababa de alcanzar en la carrera. Sin embargo poco faltó paraque una de esas capturas le fuese funesta. Con efecto, mientras persegnia á uno de aquellos animales no echó de ver una cima ocultada por una maleza, y rodó con su presa á una grande profundidad. Cuando recibió sus sentidos halló la cabra muerta á su lado.

Aunque cocia sus alimentos sin sal, acabó por habituarse á pasar sin ella. La isla producia nabos sembrados sin duda por otros Europeos, y escelentes palmas de palmitos que sazonaba con pimienta. Sus zapatos y sus vestidos se habian destrozado completamente en sus correrías silvestres; pero en breve se habituó á caminar con los pies desnudos; en cuanto á los vestidos, consiguió hacerse un gorro y una casaca con pieles de cabra y se los cosió con pequeñas correas con el ausilio de un clavo que le servia de aguja. Deseando procurarse una distraccion, educó algunos gatos y cabritos enseñándoles á bailar y jugar con él. Sus enemigos mas crueles eran los ratones, que durante su sueño iban á roerle hasta sus pies: así que, para desembarazarse de ellos educó algunos gatos monteses alimentándolos con carne de cabra. Cuando Rogers lo acojió á bordo habia perdido de tal suerte el hábito de hablar, que solo sabia producir sonidos casi inintelijibles. Negóse á tomar el aguardiente que le ofrecian y pasó dos semanas sin poder gustar la comida aderezada á la europea. La escuadra partió cuanto antes, y el capitan inglés se llevó á Selkirk en clase de contramaestre. Rogers no abandonó la isla sin esplorar su interior; pero treinta años despues Anson nos suministró relativamente á la misma documentos mas completos.

Despues de haber sufrido mucho á la altura del cabo Horno, apareció Anson á la vista de Juan Fernandez á 9 de junio de 1741 con tripulaciones diezmadas por el escorbuto. Anció en la bahía Cumberland abrigada contra los vientos del Sur (Pl. LXVI. — 2); y algunos dias despues estableció en tierra un campamento donde los enfermos pudieron desembarcar y restablecerse. Era en un agradable llano en medio de una floresta, á media milla de distancia del mar, situado en la pendiente de una colina (Pl. LXVI. — 3). Delante de su tienda habia un ancha avenida que conducia hasta el mar á través de los bosques. La bahía con sus buques surtos en ella formaba la parte delantera del paisaje. A las espaldas habia un grupo de grandes mirtos semicircular, al paso que dos arroyos transparentes corrian bajo los árboles que flanqueaban el llano. En el último plan y como por contraste se dibujaban los picos salvajes de la isla. Despues de una recalada de tres meses en la isla, Anson continuó su crucero con sus tripulaciones del todo restablecidas y algunas provisiones frescas.

La isla Juan Fernandez, situada á los 33º 40' lat. S. y á 110 leguas de distancia de la costa de Chile, tiene este nombre de un Español que obtuvo su concesion y fundó en ella un establecimiento que en breve fué abandonado. Es una tierra de forma irregular; su mayor estension es entre cuatro y cinco leguas. El fondeadero está situado á la parte septentrional que raras veces está espuesta al soplo de los vientos. En la rada de la isla es formado por montañas frago-

sas y en algunos puntos inaccesibles, aunque en su mayor parte cubiertos de bosques. Su terreno es tan lijero y poco profundo, que muchos árboles caen y perecen á falta de raíces. Uno de los marineros de Anson sufrió por este motivo un fatal desastre; persiguiendo algunas cabras en las montañas, se asió de un árbol situado en una peligrosa pendiente, pero el árbol cedió ni mas ni menos que un segundo de que quiso colgarse, y el desgraciado se estrelló en el fondo de un precipicio. La parte meridional de Juan Fernandez es por lo contrario un país seco, pedregoso y desnudo de árboles, mas bajo y mas terso que el lado septentrional. Entre aquellas montañas, Anson observó algunas que afectaban las formas de los collados auríferos del Chile, y otras que contenian una tierra encarnada semejante al vermellon.

Los árboles que crecen en el N. de la isla son casi todos aromáticos. El mayor de todos esos vejetales es el mirlo, que remontándose á unos cuarenta pies de altura, es el único que puede suministrar madera de carpintería. La copa del mirlo es redonda y regular como la de un árbol que se hubiese podado. El pimiento es muy comun en Juan Fernandez, como tambien una multitud de plantas anticorbúticas, el berro acuátil, la verdolaga, la acedera silvestre y un prodijioso número de nabos y nabas de Sicilia. Las tripulaciones de Anson debieron la desaparicion del escorbuto al uso de esos vejetales, igualmente que al de la carne y pescado de la isla.

Las montañas no tenian mas que bosques de encumbrados árboles, bajo los cuales no habia ninguna maleza que incomodase el paso; por cuyo motivo podia penetrarse sin dificultad y sin peligro hasta el interior para gozar de los májicos paisajes que ofrecia á la vista. A cada momento y tras una cortina de árboles verdes y frondosos se desarrollaba un gracioso valle regado por arroyos que se despeñaban en cascadas. Esos valles circuídos de picos fragosos y elevados, entrecortados de sotillos de bosques odoríferos, animados por el gorjeo de los pájaros y por el murmullo de las cascadas: parecian otros tantos Edenes solitarios donde el hombre podia vivir tranquilamente sin la menor zozobra por las necesidades á que la naturaleza habia subvenido. Al ver aquellos sitios agrestes concebíase fácilmente cuantos recursos y consuelos podia encontrar un hombre solitario en aquella tierra desierta. El solo aspecto del paisaje esplicaba completamente á Selkirk ó á Robinson.

¶Lo que anima igualmente aquel paisaje es la multitud de cabras que se encuentran. Apesar del enorme número de las mismas que habia consumido Selkirk, treinta y dos años despues Anson encontró un número bastante considerable. La primera cabra muerta por los marineros ingleses llevaba en la oreja la señal que acostumbraba Selkirk hacer á las que soltaba despues de haberlas cojido. El número de esos animales se hallaba entonces disminuído considerablemente en virtud de una destruccion jeneral intentada por los Españoles que deseaban arrebatar este recurso á los acecinadores y forbantes sus enemigos; para lo cual habian soltado cierto número de perros que pulularan despues de un modo prodijioso. A virtud de esta medida pronto quedaba solamente en la isla un cortísimo número de cabras que andaban reunidas, y se refujiaban en las cumbres menos accesibles. Cierto dia presenció Anson los preparativos de un combate entre los dos enemigos. Mientras se dirijia á la bahía oriental á bordo de una chalupa, descubrió algunos perros ventores, y deseando saber de que res seguian el viento, detúvose para ecsaminar su maniobra. Los perros treparon hácia una altura donde se veía una manada de cabras que en vez de huír aguardaban al enemigo á pie firme. Hallábase en aquel punto un estrecho sendero orillado á ambos lados de precipicios: dispusiéronse las cabras á recibir á sus contrarios cual verdaderos Espartanos, y el Leónidas del rebaño alineó sus cuernos de suerte que pudiesen oponer una especie de caballos de frisa al enemigo. Hasta la cabeza del desfiladero, los perros habian corrido cual si estuviesen seguros de su ralea; pero en cuanto vieron aquel frente impenetrable de cuernos, se sintieron sobrecojidos de un temblor convulsivo; desistieron de su proyecto y renunciaron á la caza. Estaban tan hambrientos aquellos perros cuando Anson hizo escala en la isla, que por la noche iban á robarle las provisiones, y aun llegaron cierto dia á acometer á un hombre aislado. Como la isla ofrece muy pocos recursos, juzgó Anson que se alimentaban de pescado y sobretodo de bueyes marinos. Las tripulaciones inglesas en medio de la carestía de cabras comieron tambien de este anfibio, que al fin les pareció muy sabroso.

Ademas del buey marino, encuéntrase á menudo en Juan Fernandez el leon marino de que el comodoro inglés hace una descripcion circunstanciada, y cuya carne comian los marineros dándole por chanza el nombre de *buey*. El leon marino tiene unos doce á veinte pies de largo y de ocho á quince de circumferencia. Su gordura es tal, que despues de haberle hecho una incision en la piel, que tiene cosa de una pulgada de espesor, se encuentra almenos un pie de grasa antes de llegar á la carne ó á los huesos. Los mas gruesos de aquellos anfibios suministraban hasta quinientas pintas de aceite. Son muy sanguineos, de suerte que de cada herida

que se les hace fluye como una fuente de sangre. La piel de los leones marinos está cubierta de un pelo corto, de color atabacado; pero sus aletas y sus colas que les sirven de pies cuando se arrastran por tierra son negruzcas. Las estremidades de sus aletas son algo semejantes á dedos provistos de uñas y reunidos por una membrana parda y lisa. Los machos tienen una especie de trompa gruesa que les cuelga de la mandíbula superior; pero las hembras no tienen este apéndice. Estos animales son verdaderos anfibios, pues pasan todo el estío en el mar y todo el invierno en tierra, en cuya última estacion las hembras paren. Las cachilladas son de dos hijos á la vez, los cuales sin el menor temor son alimentados por la madre. Mientras permanecen en tierra, los leones marinos viven de la yerba que crece á la márjen de las corrientes; y el tiempo que no pacen, lo emplean en dormir en el cieno. Cuando han engordado procuran colocar centinelas que les advierten del menor peligro. Cuando se acercan al sitio en que habitan en manadas juntas, las postas profieren un gruñido sordo ó agudo, y á esta señal toda la familia se desliza al mar y desaparece en sus profundidades. Muchas veces los han sorprendido batiéndose mutuamente y parece que comunmente el gran blanco de sus batallas son las hembras. Los compañeros de Anson mataron un gran número comiéndose el corazon y la lengua como pedazos muy delicados. A veces estos animales se defienden contra los mismos hombres: un marinero ocupado en desollar un jóven leon marino fué sorprendido por la madre del animal, la que se arrojó sobre él y le hizo pedazos la cabeza en su boca, de cuyas resultas el marinero murió. Tal es lo que nos dice Anson acerca del leon marino. Quizás no es inútil añadir que esta relacion pertenece á la historia natural antigua. Actualmente todas las especies que habian recibido diferentes nombres de los antiguos navegantes, como leon marino, buey marino, hipopótamo, etc., son clasificados bajo la denominacion jeneral de focas.

Anson solo vió en la isla, por lo que á las aves hace, algunos halcones, mirlas, buhos y colibríes. En cambio sus jentes cojieron una gran cantidad de pescado, bacalaos de un tamaño prodijioso, grandes doradas, ánjeles marinos, caballeros, peces plateados, como tambien congrios de una especie particular. Como la playa estaba erizada de rocas y de guijarros, era muy difícil tirar el buitron, pero se pescaban con el anzuelo. Los cangrejos de mar eran los mas sabrosos del mundo, y eran tan numerosos, que con frecuencia los atravesaban con el garabato cuando se acercaban á la chalupa.

Los viajeros españoles, que conocian desde mucho tiempo Juan Fernandez, habian hablado de dos islas, la grande y la pequeña. Anson habia fondeado en la mas grande; mas en cuanto á la otra llamada *Mas-Afuera*, por razon de estar mas distante del continente, se vió que se hallaba á veinte y dos leguas S. O. El *Trial Sloop*, buque de Anson, reconoció en contraposicion á los relatos anteriores, que estaba cubierta de selvas y surcada de hermosísimos arroyos que se precipitan al mar. Encontróse en ella un ancladero poco seguro y sujeto á muchos inconvenientes. Mas-Afuera estaba mas poblada que Juan Fernandez de cabras mas tranquilas de lo que acostumbra ser este animal en estado silvestre.

Desde los Galápagos hasta Juan Fernandez, el *Oceánico* no pudo quejarse un solo momento de las brisas uniformes y suaves de esos parajes. Esta porcion de nuestra travesía habia sido marcada únicamente por algunas calmas y chubascos cortos y poco peligrosos; pero pasado el paralelo 40° comenzaron las borrascas tempestuosas que reinan en los parajes del cabo Horno durante una gran parte del año. Estos tiempos procelosos duraron mas de un mes con todos sus incidentes llenos de fatigas y de angustias, y cuando despues de haber costeado aquella serie de islas que acompañan el gran continente americano por la parte del S., nos dirijímos al cabo Horno, nuestra tripulacion estaba rendida, estenuada y escorbútica en su mayor parte. Esta terrible enfermedad, resultado de los viajes largos, parece enconarse sobretodo contra los navíos que navegan hácia los polos. Las causas ordinarias del escorbuto son el uso escesivo de las salazones, las fatigas, las nieblas, la lluvia y los tiempos borrascosos. En su primer período el mal no es considerable, pues se ciñe á una lijera languidez, y deja al enfermo gran parte de sus facultades físicas. Pero al llegar á cierto grado pasa á ser un afecto grave y mortal; en cuyo caso nada es mas irregular que los síntomas y caractéres del escorbuto, y parecen cebarse sobretodo en el órgano mas débil y enfermizo. Ecsiste sin embargo una diagnóstica casi jeneral: en lo físico son unas grandes manchas lívidas en todo el cuerpo, las piernas hinchadas, las encías fétidas, una flojedad y una atonía completas: en lo moral una postracion de ánimo, cierta predisposicion á los mas estraños terrores, cierto disgusto de todo y ciertas ilusiones que escitan los dulces recuerdos del país natal. Ocho individuos del *Oceánico* que habian sido acometidos con mas violencia que los otros, estaban tendidos en sus catres, y los otros continuaban su servicio con cierto desaliento. El mismo capitan, fuese trabajado interiormente por el mal, fuese que su corazon se estrechase á vista de tantas miserias, no tenia ya la misma calma ni la misma serenidad: por

cuyo motivo guardaba un sombrío silencio. A 25 de diciembre, cuando montámos el cabo Pilar, boca occidental del estrecho Magallanes, me estrechó la mano y me dijo: « Si encontramos el S. E. á la altura del cabo Horno, estamos perdidos. Solo nos quedan ya algunos hombres válidos. »

Afortunadamente nos fué mejor. El viento O., variable de N. á S., nos protejió á lo largo de la cadena de las islas americanas, y cuando despues pasó al N. E. en medio de un súbito chubasco, nos hallábamos en frente del cabo Horno, esa estremidad de un gran continente, tierra inmensa terminada por una isla alta, redonda y escarpada (Pl. LXVI. — 4). El capitan Hall describe este cabo como una roca negra, elevada, encumbrando majestuosamente sobre el nivel de las vecinas tierras su pelado cúspide, y manifestándose á lo lejos á las embarcaciones por su grandeza lúgubre y solitaria. Esta pintura, fuerza es decirlo, es sobrado poética, porque el cabo Horno no ofrece otro aspecto que el de muchos promontorios europeos.

El mismo viento del N. E. que acababa de sorprendernos en frente del cabo Horno, habia encrespado el mar, que nos obligó á mantener la capa con un foque y un tendal. Era tan fuerte la cabezada, que muchos de nuestros marineros salieron heridos de gravedad. No podíamos permanecer de pie en la cubierta sin buscar el punto de apoyo de una maroma. Por cinco veces no interrumpidas caí en tierra por haber querido abstenerme de semejante ausilio. Tal era el estado de los negocios, cuando resonó un grito de alarma: « Un hombre en el mar! » gritaron desde la proa. Con efecto, un marinero que habia querido desempeñar una maniobra en el bauprés acababa de ser arrebatado por las olas. El mar estaba terrible, y de consiguiente era muy peligroso salvar aquel desgraciado; pero Pendleton no pudo dejar de hacerlo. A este objeto arrojó una boya y botó al mar un ballenero, al propio tiempo que el buque se orientaba para recojer el náufrago y cuantos se esponian á salvarle (Pl. LXVII. — 2). Es imposible dar cuenta de aquella hora terrible á quien no la ha esperimentado. Aquella embarcacion, aquel hombre cuyos gritos se sobreponian al estruendo de la tempestad, aquel buque traqueado sobre el agua y observando como una madre inquieta á sus hijos en peligro; el viento, la lluvia, el granizo que complicaban aquella escena horrífica, todo concurria á anublar el alma y atestarla de espanto y confusion. No quiso el cielo hacer inútiles tantos sacrificios. La embarcacion pudo alcanzar al desgraciado marinero casi desmayado, y á fuerza de viradores se volvió hácia el buque. El capitan casi lloraba; arrojóse al cuello del jefe de los gondoleros y le abrazó. En seguida, como el tiempo era peligroso, cada uno recobró silenciosamente su puesto: los vientos eran contrarios; pero Pendleton sabia muy bien lo que podia esperar de las corrientes que nos hacian andar mas de cinco millas por hora hácia el N. O. Al dia siguiente costeábamos la *Tierra de los Estados*, apesar del tiempo contrario. Como entonces nos hallábamos á los 55° de latitud, es decir, por el mismo clima que el Báltico y la Noruega, teníamos tiempos cálidos y casi sufocantes. Es verdad que era el estío de aquellos parajes; pero tambien lo es que en el invierno no son tan rigurosos los frios como jeneralmente se cree. Apenas se ven escarchas como en las zonas templadas de la Francia y de la Alemania. El carácter meteorolójico mas notable de esa inmensa punta de tierra es una constante alternativa de lluvia y de viento, y á veces una espantosa combinacion de uno y otro. Las tempestades de S. O. y de N. O., los chubascos mezclados de torbellinos, las súbitas variaciones de la inconstante brisa, parecen atestiguar la lucha que se dan en aquel punto las grandes corrientes de aire comprimidas en el interior del continente por los grandiosos Andes y las jigantescas cordilleras. El mismo fenómeno se reproduce en el Cabo de Buena Esperanza, y por una coincidencia singular, las corrientes impelen allí hácia el Atlántico del E. al O., al paso que las del cabo Horno se dirijen del O. al E.

Estábamos á la sazon en la punta N. O. de la Tierra de los Estados impelidos por el agua que hacia hebras cual si hubiese sufrido el efecto de una marea. La isla de los Estados tiene unas treinta y cuatro millas de lonjitud de E. á O., al paso que su mayor anchura es de nueve millas. En ciertos puntos es escotada por espaciosas bahías que parecen seguir la misma direccion de las colinas interiores situadas en frente una de otra al N. y al S., de manera que en algunos sitios están separadas solamente por novecientos pies de tierra. Así es que la isla, en su forma muy irregular, proyecta por acá y acullá masas de rocas que se hallan sobre el mar. La Tierra de los Estados es separada de la Tierra de Fuego por el estrecho de Lemaire, paso peligroso para las embarcaciones. La direccion de las montañas que la cubren va del S. S. E. á N. N. O. sobre una altura que varía de 600 á 2.000 pies. Muchas de aquellas cumbres presentan un aspecto grandioso é imponente. Un líquen escarlata que tapiza sus escarpadas colinas recorta el verde subido de las vertientes menos abruptas. El territorio de la isla es quebrado de barrancos, y su capa superior es compuesta únicamente de restos vejetales que sustentan una gran profusion de musgo y de helechos. La isla contiene algunos lagos interiores, y el árbol que domina



3. Ruines de l'Établissement Français aux Malouines.

3. Ruinas del establecimiento Frances en las Maluinas



4. Retour de Chasse aux Malouines.

4. Vuelta de la Caza en las Maluinas

en sus cumbres es el haya. Encuéntranse en ella pocos animales, y en sus playas abunda únicamente la foca que atrae á veces á los pescadores. En esto la tierra de los Estados no difiere de las islas Malvinas, que sustentan igualmente focas y pájaros-bobos.

CAPITULO XXX.

ISLAS MALVINAS.

El *Oceánico,* precisado á hacer frente á los vientos de E., se halló en breve á la altura del grupo de las Malvinas que los Ingleses designan en sus mapas bajo el nombre de *Islas Falkland.* A 25 de enero llegámos á su vista. Las Malvinas son casi una tierra francesa, célebre en el siglo último por una tentativa desgraciada de colonizacion, mas funestamente célebre en el siglo actual por el naufrajio de la *Urania*, que su comandante M. Freycinet volvia á Francia despues de un largo viaje al rededor del mundo.

El descubrimiento de las Malvinas puede atribuirse á Américo Vespucio, que en 1502 recorrió su parte septentrional, tomándola, no por una isla, sino por un largo promontorio del continente americano. Davis y Cavendish las ecsaminaron en 1692, y en algunos mapas de aquel tiempo figuran bajo el nombre de *Islas meridionales de Davis.* En seguida apareció Strong y las apellidó *Falkland.* Beauchesne Gouïn averiguó en 1700 que eran un grupo compuesto de una grande isla flanqueàda por dos islotes. Richard Hawkins las describió igualmente asegurando que estaban pobladas, bien que este hecho no ha sido corroborado; por último un buque de San-Malo, llamado el *San Luis,* fondeó en ellas é hizo aguada sin cuidarse de reconocerlas. Bougainville acometió entonces la empresa de colonizarlas, persuadido de que su situacion podia ofrecer un escelente punto de recalo á las embarcaciones que pasasen por el cabo Horno de ida ó de vuelta de los mares del Sur. A principios de 1763, ausiliado por dos de sus parientes que se empeñaron por él con la corte de Francia, propuso establecer en ese punto á sus propias espensas una colonia, y autorizado competentemente partió de San-Malo á 15 de setiembre con la *Esfinje*, y el *Águila*, llevando consigo muchas familias del Canadá, compuestas de hombres laboriosos é intelijentes. Al aprocsimarse á la playa, Bougainville creyó de pronto, como Hawkins y Wood Rogers antes de él, que esas islas estaban cubiertas de bosques; mas lo que tomaba por tales no eran mas que grupos de juncos muy elevados. Las montañas del interior estaban atestadas de brezos.

A su desembarque, Bougainville no encontró ningun vestijio visible de una colonizacion interior. Al contrario, todo anunciaba que el hombre nunca habia frecuentado aquellos sitios. Los animales habian conservado la familiaridad de los primeros dias de la creacion. Los pájaros se dejaban cojer á la mano; pero esto no duró mucho tiempo. Instaláronse del mejor modo posible; encendióse fuego con turba, vivieron de la caza y de la pesca, construyeron casas cubiertas de junco, y edificaron almacenes y un fortin en cuyo centro se elevó un pequeño obelisco. Actualmente se conservan bastante intactos los restos de aquellas fábricas (Pl. LXVII. —3). A 5 de abril de1764 Bougainville tomó posesion de este grupo en nombre del rey de Francia, y soterró bajo los cimientos de los edificios una medalla conmemoratoria de aquel acontecimiento. Regresó á Francia, pero no olvidó los veinte y siete colonos que habia dejado en él bajo las órdenes de uno de sus primohermanos, M. de Nerville. Volvióse á las Malvinas á 5 de enero de 1765, dirijióse al estrecho de Magallanes para buscar un cargamento de madera de carpintería, de palizadas y de tiernos plantíos de árboles. Por esta época la colonia empezaba á desarrollarse: el comandante y el ordenador se habian hecho construir casas cómodas y con piedras; pero los otros habitantes se habian contentado con casas de césped. Contábanse tres almacenes así para los efectos públicos como para los de los particulares. La madera del estrecho habia servido para la armadura de aquellos diversos edificios, y construir dos goletas para el cabotaje. Al propio tiempo la colonia procuraba utilizar los recursos locales. El *Águila* trajo á Francia con un cargamento de aceite varias piezas de focas atabacadas. Las simientes llegadas de Europa habian surtido un écsito completo, y el número de los habitantes ascendia á 150. Desgraciadamente la emulacion inglesa atravesó cuanto antes los proyectos de Bougainville. El comodoro Byron vino á fundar en el puerto de Egmont situado en esas islas, un establecimiento rival; y al año siguiente la fragata el *Jason* amenazó el establecimiento con una invasion. Entrambas demostraciones quizá no hubieran surtido ningun resultado deplorable, y la colonia de las Malvinas hubiese continuado prosperando apesar de la Inglaterra, si la España no hubiese reclamado este grupo de la corte de Francia como perteneciente á su propiedad. Tratóse el negocio entre ambos gabinetes, y se acabó por ceder las Malvinas á los Españoles que nada debian hacer de ellas.

Desde aquella época este grupo ha sido una tierra comun adonde se dirijen los pescadores de focas de todas las naciones sin dejar vestijios de su paso. Pocas fueron las ocurrencias de algun momento que pasaron antes del naufrajio de la

corbeta francesa la *Urania*, su capitan M. Freycinet.

De regreso de una larga navegacion por los mares del Sur, la *Urania* habia montado el cabo Horno en medio de una tempestad, y ya se hallaba á la altura de las islas Malvinas, sin que tuviese que superar ningun peligro real, surcando un mar mas terso y bajo cielos mas serenos. Era á 14 de febrero de 1820: soplaba la brisa con dulzura, y la *Urania* estaba buscando la entrada de la *Bahía de los Franceses*, en cuyas playas Bougainville habia fundado su establecimiento, cuando repentinamente se sintió detenida en su carrera por las puntas de una roca. La sacudida que imprimió la roca al buque causó de pronto mas sorpresa que terror. Hallábanse á la sazon en frente del cabo Barra que forma la punta E. de la Bahía de los Franceses. En el acto de la sacudida se prorumpió en un grito jeneral: « A las bombas! á las bombas! » todos acudieron á ellas, pero ah! era sobrado ancha para curada la herida causada en el flanco de la corbeta. Entraba mas agua en su seno de la que las bombas hacian salir. Doce horas se pasaron de esta suerte, doce horas de trabajos y de angustias, al cabo de las cuales subió á la cubierta el maestro para anunciar que era preciso renunciar á una fatiga infructuosa. La quilla estaba llena de agua, la quilla iba á zozobrar. Quién lo creyera! Esta noticia fatal fué recibida por la tripulacion con la sonrisa en los labios, y aun contestó á la francesa con pullas. En medio de la noche, cuando la tierra distaba aun muchas leguas, y perdida toda esperanza de salvacion, los marinos reían y se divertian entre sí, narrando cuentos alegres sobre la muerte y complaciéndose con beber en la gran taza, vaciando en honor del Aqueronte las últimas botellas que tenian á la mano. Nadie tenia miedo, ni aun la mujer del comandante que habia querido seguirle en su arriesgada navegacion.

Era de noche: la *Urania* habia penetrado ya en la vasta bahía, y M. Duperrey se fué al descubrimiento del estrecho mas conveniente para surjir. Despues de haberlo encontrado dirijió hácia él la embarcacion haciéndola abatir de manera que pudiese aguardar sin peligro el dia siguiente. Acostóse la corbeta sobre un lecho de rocas, en que algunas vergas le sirvieron de puntales. Al rayar del alba se vió que se hallaba en frente de una arenosa playa, estendíase la vista por unos llanos encespedados, tristes, monótonos, casi interminables, en medio de los cuales corrian algunos arroyos ó dormian algunos estanques. El horizonte estaba ceñido por altas montañas peladas, sin que en toda la estension de aquellas estepas se viese el menor arbolillo. Revoloteaban en torno del buque bandadas de aves marinas poco habituadas á tales visitas, sea por curiosidad, sea por avidez. Precipitábanse á competencia sobre los restos de los alimentos que las olas se llevaban de la corbeta. Entretanto la posicion iba de mal en peor; la marea en el acto de retirarse habia forzado á la *Urania* á inclinarse mas, y las olas entraban y salian por las portas de la batería. Fué preciso cortar los palos y apresurarse á buscar un asilo en tierra.

La necesidad de conservar todos los brazos para el manejo de las bombas habia impedido aplicar todo el cuidado necesario para salvar los objetos útiles al establecimiento terrestre. Cuando el buque habia encallado, se pensó en ello y se sacó toda la pólvora y bizcocho posibles, creyendo que la isla suministraria todos los alimentos restantes. Con efecto, apenas se habia desembarcado, cuando los marineros mataron en los bordes de un pequeño estanque una enorme foca que se habia retirado en él, sin duda para morir de vejez. Era una enorme bestia de unas 2.000 libras de peso, y que por mucho tiempo suministró á las tripulaciones náufragas un alimento gordo y aceitoso. Cuando no habia que comer, se cortaba de aquella gruesa pieza la cantidad de carne necesaria á toda la tripulacion. En esas comarcas de temperatura fresca, se conserva la carne al aire libre con tanta mas facilidad, cuanto que no se encuentra en ellas ninguno de los insectos que la corrompen en otras partes.

Entretanto se habian hecho todos los preparativos necesarios para el campamento. A algunos pasos de la playa y á espaldas de las arenosas dunas, se establecieron tiendas no lejos de un arroyo de agua dulce. El mismo órden que el de á bordo presidió á aquel arreglo: el comandante tuvo su tienda, el estado mayor la suya, lo mismo los maestres, y en fin la tripulacion. Conserváronse las relaciones respectivas y se observó una disciplina tan severa, que no parecia sino que se hallaban en la misma corbeta. En medio de una tierra ingrata y despues de haber perdido sus provisiones, lo mas esencial era pensar en los víveres, pues tenian que alimentarse un centenar de hombres. Así es que ya desde los primeros dias se dedicaron á la caza y á la pesca: en los tiempos de su toma de posesion, los Españoles habian soltado en la isla algunos bueyes y caballos que con el tiempo se hicieron silvestres. En consecuencia se pusieron al acecho detras de los accidentes de terreno, y pudieron matar un número considerable. Las ocas de la playa, las aves marinas, los patos, las cugujadas, sirvieron en los primeros dias para la mesa de los náufragos. Todo lo hicieron, cocer y asar, los albatros, las paviotas, los buitres negros, las águilas, los filo-



1. Selkirk abandonné sur l'Île Juan Fernandez.

1. Selkirk abandonado en la Isla de Juan Fernandez



2. Baie Cumberland à Juan Fernandez.

2 Bahía Cumberland en Juan Fernandez

de Sainson del.

trócoras, que vuelan á millares al rededor de aquellas islas nebulosas. Estaban tan hambrientas aquellas aves, que revoloteaban en torno de los cazadores para disputarles la caza que acababan de cojer; por cuyo motivo los Franceses tenian dos presas en vez de una. Sin embargo de todas aquellas aves, la que les fué mas útil, fué el pájaro-niño. Esta ave-pescado, que hemos visto ya en la isla de Tristan d'Acunha, está organizada de manera que mas bien puede nadar que volar. En vez de alas tiene dos aletas achatadas, y su piel está cubierta de un fieltro tupido que mas bien parece cera que pluma: no parece sino que sus pequeñas varillas están cubiertas de escamas. Viviendo casi siempre en el agua, donde se mantienen de pescado, los pájaro-niños tenian á la sazon sus juntas pasajeras en una cenagosa isleta de la rada. Era la época en que aquellas aves pacíficas aovan y educan á sus hijos, y para no ser molestas se ocultaban á millares en medio de grandes gramineas. Cuando los náufragos estaban francos de recursos, al instante hacian una invasion á la isla de los pájaro-niños. Alineados con el mayor órden en sus madrigueras, sorprendian á aquellas estúpidas avecillas que se dejaban matar una á una, sin saber casi el significado de aquella ocurrencia, y oponiendo apenas á los garrotazos una fuga embarazada y gritos lamentables muy semejantes á los de un buche.

Los anfibios y los peces marinos fueron asimismo de un grande ausilio. Los marineros persiguieron y mataron un gran número de focas, mamífero parecido á un perro, y que en tierra no tiene otro motor que unos muñones informes sobre los cuales se arrastra á manera de culebra. Cierto dia mataron una ballena: estrellóse entre dos rocas el enorme cetaceo, y batia el mar con su cola lanzando torrentes de agua evaporada. Disparáronle veinte fusilazos sin poder pellizcarla, cuando un marinero llamado Barte se encaminó hácia el monstruo marino, saltando de una roca en otra, encaramóse á su espalda armado de un hacha, y le hizo una profunda muesca de la que prendió un garabato que de antemano habia amarrado en tierra. La ballena se entregaba á las mas vivas convulsiones; pero encallada y fuera de su elemento, no podia mas que redoblar la terrible oscilacion de su cola y el juego hidráulico de sus narices. En la marea ascendente logró desprenderse, rompió la jarcia que la tenia fijada á la playa y se enmaró; pero algunas horas despues fué de nuevo arrojada moribunda sobre la playa. Apenas las aves de rapiña echaron de ver aquel enorme cuerpo, cuando se precipitaron sobre él para cebarse con todos sus miembros en cuerpo y alma. En breve sus picotazos hicieron fluir un aceite en tanta cantidad que hizo las cercanías resbaladizas y casi inaccesibles.

Así es que cada uno se distribuía el trabajo. Mientras los cazadores y pescadores se aventuraban á lo lejos, no permanecian ociosos los restantes en el campo. Así en tierra como á bordo, todas las mañanas sonaba la campana para llamar á todos á poner manos á la obra: estos se dirijian al buque encallado para sacar de él lo necesario para construir otro; aquellos preparaban una turba que servia para cocer los alimentos. Los carpinteros ni mas ni menos que los cerrajeros se dedicaban á construir la chalupa que en la última estremidad era dispuesta de manera que pudiese despacharse al continente americano en busca de recursos. Esta última tentativa era proyectada con tanta seriedad, que ya se habian escojido los marineros destinados á tripular la embarcacion.

En unas circustancias tan críticas, los sabios de la *Urania* no creían deber ecsentarse del trabajo comun, y aun á las horas libres continuaban estudiando la zoolojía de aquella tierra. En uno de sus reconocimientos, el Dr. Quoi llegó hasta la aldea de San Luís, ruinas del establecimiento fundado por Bougainville. Recorrió con mucha tristeza aquellas casas en pie todavía, pero sin techo. Encontró plantas hortenses que argüian una colonizacion. Lo mas singular es que en el acto de atravesar aquellas islas salió del terreno una abundante humareda. Acercóse, creyendo que alguno habia aportado en la isla sin tener noticia de sus nuevos habitantes; mas vana esperanza! era un fuego que ardia desde dos meses en aquel terreno hornaguero, cuya fecha estaba escrita en inglés en la pared.

Entretanto yendo dias y viniendo dias, se acercaba el invierno. Algunos meses habia que aquel centenar de hombres se hallaban procsimos á perecer bajo las nieves de miseria y de hambre. Los pájaros-bobos habian emigrado ya; las otras aves y las focas iban á seguir su ejemplo: la isla no podia subvenir á las necesidades de toda aquella jente en la mala estacion. Terrible era por cierto la perspectiva. Si no se presenta ningun buque, la tripulacion entera está perdida. Es verdad que la chalupa se aventurará á buscar el continente; pero quién sabe el resultado? Y si lo encuentra, enviará socorros con oportunidad? Horrible incertidumbre! Espantoso y triste porvenir! O! tal era la situacion de los náufragos en los primeros quince dias de abril, cuando una mañana se oye una voz de marinero que decia: « Un buque! un buque á lo lejos! » Mirámos; subímos á las alturas; y efectivamente vímos un buque. Bótase al mar la chalupa con algunas provisiones, los mejores marineros y el oficial de marina Fabré.

Aparece el buque salvador, desaparece, vuelve á aparecer. M. Fabré lo alcanza: es una goleta dependiente de un buque americano de 500 toneladas que se dirije á una isla vecina para pescar. El patron no puede tratar directamente, pues solo tiene poderes subalternos; pero un oficial, M. Dubaud, pasa á bordo para ir con la goleta hácia el capitan llamado Horn, de quien depende desde entonces la salvacion de los Franceses. Sin embargo no será él quien los salvará. Durante la ida y la vuelta se manifiesta delante de la rada otro buque americano que se encamina á las Malvinas para repararse de una via de agua. El oficial Dubaud, de regreso con el capitan á quien ha ido á buscar, lo arregla todo del mejor modo posible: indemnizan al capitan Horn y se compra el otro buque despues de haberlo puesto en estado de navegar por los calafates y carpinteros de la *Urania*. Con estos ausilios la desgraciada tripulacion puede pasar á Montevideo y desde allí á un puerto de Francia.

Dos años despues de este funesto acontecimiento, hizo escala en las islas Malvinas otro navío francés; pero, mas afortunado que la *Urania*, la *Coquilla*, su capitan Duperrey, no tuvo mas que felicitarse de aquella ocasion. A 18 de marzo de 1822 surjió en la Bahía de los Franceses, á una distancia bastante considerable de la playa, en medio de la lluvia y la borrasca. Desembarcados los siguientes dias, los oficiales encontraron en la playa el casco de la *Urania* medio encallado, obúses, cajas de hierro y despojos de todo jénero (Pl. LXVII. — 1). A poca distancia se veía el solar que habian ocupado nuestros marinos.

Desde el principio se habia pensado en la caza, única distraccion posible en las Malvinas. MM. Lesson, Bernard, Lottin y Gabert se aventuraron al interior de las tierras, pero muchas veces se vieron obligados á causa de la intensidad del frio y de la lluvia á hacerse una tienda en la playa con la vela de su bote (Pl. LXVII. — 4).

La recalada de la *Coquilla* tenia por objeto algunas observaciones astronómicas, para lo cual fué á abrigarse en la hondonada de la bahía, en lo interior de los islotes del *Pájaro-bobo* y de los *Lobos marinos*, no lejos de las ruinas del antiguo establecimiento fundado por Bougainville en Puerto Luís. Cuando se halló establecido en este punto, cada uno pensó en sus ocupaciones especiales, los oficiales en sus trabajos y los naturalistas en sus observaciones. M. Lesson durante aquel recalo preparó los materiales de uno de los mejores capítulos de su viaje.

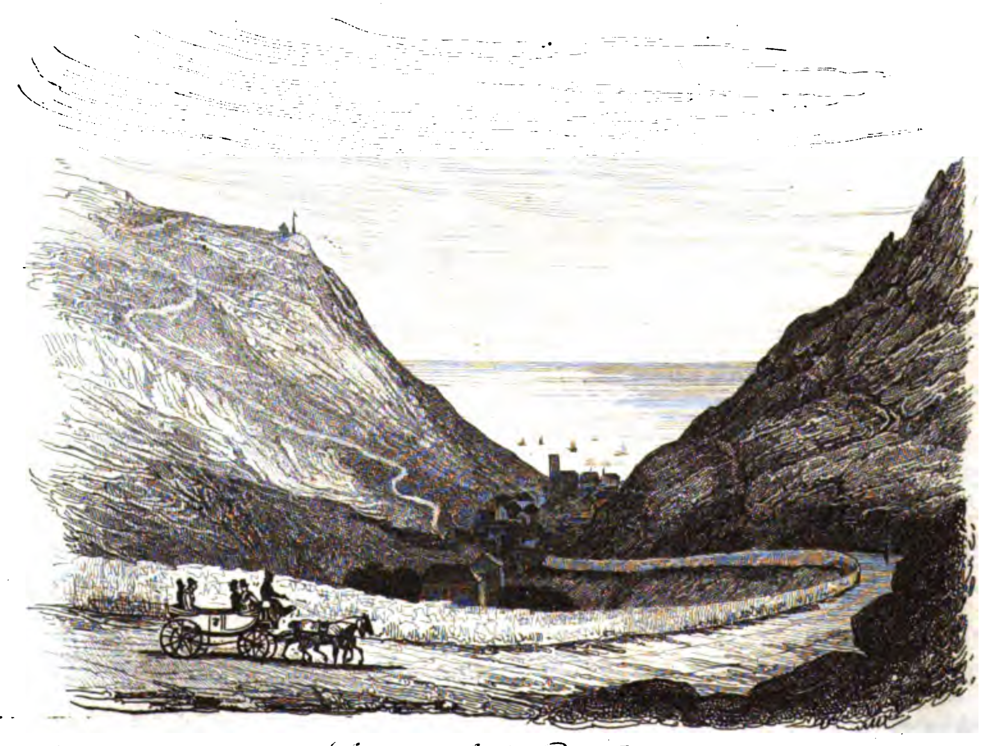
Entonces se reconoció que las Malvinas eran para el cazador una tierra de promision. Durante la mansion de la *Coquilla* mataron un enorme número de pájaros y de conejos con muchos jabalíes y dos toros. Procurando por su parte averiguar la jeolojía de esta tierra, M. d'Urville y Lesson atravesaron un llano cubierto de brezos y llegaron á unas montañas completamente áridas. La greda blanca de que están formadas solo era cubierta en ciertos puntos por el musgo. Los helechos tapizaban unas vertientes rápidas y prolongadas. Las crestas de aquellas montañas, de unas 300 toesas de altura, gastadas por el tiempo y á impulsos de los cataclismas terrestres, están cubiertas de trozos sumamente cuarzosos, afectando la forma de cubos ó de mesas de un gran volúmen, cuyos descansos imitan monumentos de arquitectura. Estos pedazos de greda y de cuarzo están colocados con una simetría tal, que debe de atribuirse á causas poderosas la destruccion de su paralelismo en ciertos puntos. Desde la cumbre de aquellas montañas se distinguia una segunda hilera en la misma direccion, y entre las dos un valle atestado de enormes cascajos que le daban el aspecto de un caos. Algunos vejetales despuntaban por acá y acullá y se alzaban en medio de los hundimientos de aquellas piedras. Las plantas de las llanuras y de las eminencias son los singulares *bolax* ó gomeros, el junco de grandes flores, y la gumera de Magallania. En los peñados se columpian varios líquenes que por sus ramificaciones se parecen á pequeños arbustos. La isla es dominada en el centro por el monte Chaptellux, punto culminante del que se desprenden muchas cordilleras pequeñas entre las que serpean varios arroyos ó duermen algunas bahías, lagos y estanques. Las praderas con su tinte encarnadino, un cielo bastante salubre, á lo lejos algunos cetaceos marinos, y mas cerca varias manadas de caballos galopando en libertad: tal es el aspecto jeneral de esa tierra.

La tripulacion de la *Coquilla* ni mas ni menos que la de la *Urania* se dedicó á la caza de los pájaros-bobos, esas aves de las que ha dicho el benedictino Pernetti: « Al verlos de cien pasos de distancia, cualquiera los tomaria por monacillos con su correspondiente muceta. » Esos pobres animales, que antiguamente solo tenian que temer la voracidad del perro antártico, actualmente son diezmados por las tripulaciones europeas que hacen escala en las Malvinas. Igualmente se cazaron focas, que son mucho menos abundantes en esas costas desde que los Ingleses y los Americanos han dirijido á ellas tantos armamentos. En algun tiempo las embarcaciones partidas de Liverpool ó de Nueva-York para esta curiosa pesca no tenian necesidad de pasar mas allá de las Malvinas para hacer una cosecha productiva. En esta misma tierra en que actualmente se ven tan pocos, acampaban muchos Europeos ocupados en hacer hervir el sebo



1. James-Town (Île S.t Hélène.)

1. James Town (Isla S.a Elena.)



2. Chemin de Long-Wood à James-Town.

2. Camino de Long-Wood á James-Town.

de Sainson del.

VOYAGE

VIAGE



1. Débris de la Corvette Française l'Uranie.

1. Reliquias de la Corveta Francesa la Urania



2. Un Homme à la Mer.

2. Un Hombre en el Mar

de Sainson del.

de estos anfibios para llenar sus barriles; mas en la actualidad es preciso llegar hasta la tierra de los Estados y aun de la Nueva Shetland.

El clima de las Malvinas es inconstante y variable. Sus frios son moderados, pero sus huracanes perpetuos. Son muy raros los dias completamente serenos. Sin embargo la atmósfera, segun los que las han habitado, no es insalubre, de suerte que Bougainville, Freycinet y Duperrey no pudieron quejarse de él. El terreno de la isla propiamente dicho es una arcilla encarnada, almazarronada y conteniendo dos especies de turba. La tierra vejetal no ecsiste realmente en parte alguna: así es que solo se ven praderas que parecen haber sido tundidas con la tijera. Las flores se ocultan bajo las hojas cual para sustraerse al furor de las tempestades. Dejando á un lado la grama que cubre la isla de los pájaro-bobos, el resto solo consiste en una randa de yerba apiñada é inaccesible de pequeñas ramas y de hojas mas pequeñas aun. Las tierras incultas parecen ser la propiedad de los animales cuyas especies se han acrecentado en paz y quietud durante algunos siglos. Las playas de esquita de las Malvinas pululan en aves que viven en la mas perfecta inmovilidad. En la superficie de las bahías nadan en todos sentidos tribus de palmípedos; al rededor de los moluscos se ven muchos pescadores que están atisbando el momento en que entreabren sus conchas, y por otra parte varias paviotas que recorren los aires en movedizas bandadas. Todo está animado, todo indica la presencia ó el paso de una creacion entera de aves cuyo escremento cubre por capas la superficie de las rocas. Los cuadrúpedos de las Malvinas son todos de importacion reciente; tales son los bueyes, los caballos, los cerdos y los conejos que naturalizaron en ellas los Españoles. Los únicos mamíferos indíjenas son las focas y sobretodo el lobo antártico, carnicero destructor que sin cesar está acechando su presa. Abundan en las Malvinas pescados gruesos y sabrosos; pero en cambio se encuentran pocos insectos, al paso que pululan en ellas los mariscos. Hasta en la actualidad no se ha ofrecido á las miradas del observador ninguna bestia ponzoñosa.

CAPITULO XXXI.

SANTA HELENA. — ASCENSION.

El *Oceánico* no habia hecho mas que rozar esas costas; mas como los vientos habian pasado al S. S. E. y al S. navegaba rápidamente hácia el O. para pasar al cabo de la isla de Santa Helena donde Pendleton debia hacer escala á causa de mí. Este acto de deferencia era el resultado de una confabulacion que habíamos tenido á la altura del cabo Horno, cuando fatigado de aquella navegacion interminable me quejaba de entrever solamente en lontananza mi llegada al suelo patrio. «Pierda V. cuidado, me dijo el bravo marino: no tendrá V. de hacer escala en Nueva York. El *Oceánico* velejará hasta Santa Helena, pues es negocio de ocho dias, y si allí no encuentra V. un francés de recalo, almenos tendrá un buque inglés para ir á desembarcar á un puerto de la Mancha. De esta suerte, añadió, querido pasajero mio, verá V. su patria mas pronto de lo que podia creer.» Yo no pude corresponder á la bondad de aquel escelente hombre de otro modo que estrechándole la mano.

Iba á regresar pues á Francia cuanto antes pasando por Santa Helena, isla de grandes recuerdos. A 20 de febrero avistámos esta tierra tan obscura antiguamente y hecha tan célebre en este siglo. Descubrímosla á diez leguas de distancia, y á medida que el buque se iba aprocsimando, se desarrollaba su forma desigual. Parecia un palacio sombrío y negro, saliendo del agua como de un lecho, recto, árido, desnudo de esas blancas playas que amenizan ordinariamente el aspecto de las costas. Cuando se atraca á la parte oriental, parece un muro de roquedos ó una costa acantilada de dos mil pies de altura, escotada, afectando formas jigantescas y estravagantes, dejando colgar sobre el mar enormes pedazos que se dibujan en relieve como otras tantas escrecencias de la montaña. Toda esta roca tortuosa encubre en sus eminencias millares de pájaros, al paso que su base es besada por las olas del mar que penetran en ella con mucha furia y salen blancas y nevadas cual sobre una prolongada serie de arrecifes. Este conjunto es triste, estrecha el corazon y anubla el alma. A su vista no deja de parecer estraño que el hombre haya intentado apropiarse una tierra sobre la cual luchan todavía los elementos y que el Océano parece propugnar cual si quisiese desarraigarla un dia; una tierra distante de todos los continentes, única en aquella estension de agua, triste, silvestre y monótona. Esta colonizacion es incomprensible hasta llegar á una corta distancia. Reductos artillados en la punta de cada montaña, fortalezas construídas por mano de hombre en aquella dilatada ciudadela de la naturaleza, indican que se ha pretendido hacer de Santa Helena una estacion militar, una escala naval en el Atlántico, un punto intermedio entre la Gran Bretaña y el Cabo; otro Gibraltar no menos fuerte é inespugnable que el que domina las bocas del Mediterraneo.

Por la tarde estábamos aun á unas tres millas del Pan de Azúcar, y á las cuatro anclábamos en la rada de James-Town circuída de encumbradas colinas (PL. LXVIII. — 1). En el fondo del desfiladero despuntaban las casas de la ciudad, al paso que en la parte opuesta de los

precipicios serpeaba el camino que conduce á Long-Wood.

Santa Helena fué descubierta á 21 de mayo de 1502 por Joao de Nova-Castella, navegante portugués. Aseguran que su primer habitante fué un desertor portugués llamado Fernando Lopez que fué abandonado en la isla por Albuquerque en 1513 con un corto número de negros. Los Portugueses la abandonaron en 1645; pero los Holandeses se establecieron en ella hasta en 1651, en cuya época la Compañía inglesa la halló de nuevo desierta y la ocupó. Desde entonces quedó en posesion de los Ingleses, á escepcion del año 1772 en que los Holandeses la conquistaron de nuevo para no recobrarla hasta en 1773. Desde entonces Santa Helena quedó transformada en un recalo casi necesario á los buques de la Compañía procedentes de las Indias ó de la China. Es una tierra regada por numerosos arroyos, de diez millas y media de largo, de siete de ancho con treinta de circumferencia. La superficie entera es de treinta mil trescientos acres, de los cuales hay diez y ocho mil de cultivados que pertenecen en parte á algunos particulares y en parte á la Compañía de las Indias. La altura media de sus montañas es de mil cuatrocientos pies, y el pico mas encumbrado, el de *Diana*, tiene dos mil setecientos pies.

Lo que sorprende mas vivamente la atencion al fondear en la rada de James-Town, son unos inmensos y magníficos lechos de rocas que constituyen la base de toda la isla. Por acá y acullá están cortadas de simas profundas y abismos que amedrentan al observador. En aquellas rocas parece que el órden natural ha sido invertido, pues solo se ven árboles en las eminencias, al paso que los valles, destituídos de agua y calcinados por el sol, no pueden mantener por mucho tiempo los árboles y las plantas.

La pequeña ciudad de James-Town está construída en la orilla del mar y en el fondo de un estrecho barranco. Hay un desembarcadero bastante cómodo que conduce al almacen de la Compañía de las Indias, y en seguida se entra en la ciudad por medio de una puerta en forma de arco. En una plaza bastante espaciosa se encuentra á la izquierda el palacio del gobierno, llamado antiguamente el castillo, y en frente la iglesia, de una arquitectura bastante mezquina. La calle principal, que empieza junto á la puerta, consiste en unas cuarenta casas de comerciantes de una elegancia y aseo muy notables. La madera de que están construídas es barnizada, y como las hacen traer del Cabo ó de Inglaterra, se asemejan á una decoracion de teatro. La calle está dividida en dos partes, la una que dirije al interior, y la otra al barranco. En esta calle se hallan las casernas, el nuevo jardin y el hospital. La ciudad contiene doscientas casas y está flanqueada de baterías que le comunican el aspecto terrible de una plaza de guerra. La mayor parte de las casas están dispuestas en el fondo del barranco, cuyas paredes secas y de un color de hierro colado parecen amenazarlas con su caída.

El aspecto jeneral de Santa Helena no es bello ni seductor. Los pocos campos que verdean son oprimidos por una masa de rocas peladas y áridas. La isla no se compone mas que de una parroquia y dos iglesias. Su única ciudad es James-Town; estiéndese en el barranco á una milla y media de distancia entre dos colinas denominadas *Ladder Hill* y *Keeper 's Hill*. En muchos puntos la roca amenaza á los edificios, y muchas veces las piedras que de ella se desprenden hunden las techumbres. Al estremo del barranco que forma una especie de callejon sin salida, se ve una cascada de unos cien pies de elevacion, que llaman *Cascada de Briars*. (Pl. LXVIII.— 4). Esta agua desciende á James-Town y subviene á las necesidades de todas las embarcaciones.

Despues de haber visitado la ciudad apresuradamente, hice la pregunta de que no puede prescindir un estranjero y sobretodo un Francés: « Cuanto hay de aquí á la tumba de Napoleon? » Es bien sabido que esta pregunta equivale á decir: Al momento coches y caballos están á su disposicion de V. Es un corto viaje que ademas de su objeto esencial ofrece la ocasion de ver los cuadros mas pintorescos de la comarca. Los caminos estrechos y escabrosos que conducen á ella son practicados en el lado izquierdo del barranco, y pueden considerarse como unos verdaderos modelos de paciencia y habilidad. Abiertos á través de las escorias, tienen por el lado del precipicio una pequeña pared á fin de impedir toda desgracia. Desde aquella rampa que describe blancas sinuosidades en las eminencias, la vista se estiende perpendicularmente sobre la ciudad, y descubre á lo lejos entre las dos montañas la rada de James-Town cubierta de embarcaciones, y á mayor distancia el Océano inmenso, tempestuoso y solitario (Pl. LXVIII.— 2).

De la cima de las primeras montañas puede descubrirse igualmente la parte fecunda y cultivada de la isla, en donde se encuentra Briars, la primera morada de Napoleon, verdadero Eden si se compara á Long-Wood; Briars, quinta de recreo dominando á James-Valley, á la ciudad, al fondeadero y á los buques anclados; Briars, dominada en despique por el monte Diana, el mas encumbrado pico de la isla. Con sus praderas frescas y sus encantadores parques, Briars hubiera conservado sin duda por mucho mayor tiempo á su huésped que el ne-



3. Tombeau de Napoléon.
3 Sepulcro de Napoleon.



4. Cascade de Briars.
2 Cascada de Biars.

buloso Long-Wood, esa Tebaida de Santo Helena. Pero los destinos lo habian dicho: el Prometeo de la gloria debia morir en una roca de una enfermedad de hígado; debia morir cargado de cadenas con Hudson-Lowe á su lado!

Desde Briars, pasé inmediatamente á Long-Wood. Antes de llegar allí, me ví circuído de nieblas húmedas y frias: era una naturaleza diferente, una atmósfera del todo nueva. El caminante no podia ver en su alrededor mas que aclaras. El viento y las nieblas de la isla parecian haberse congregado en aquellas mesetas ingratas y fragosas entrecortadas de profundos abismos y terribles barrancos. Todo era estéril y pelado en los alrededores; á 1.800 pies sobre el nivel del mar la vejetacion toma un carácter semi-alpestre: únicamente amenizaban la aridez de aquellos sitios los grandes conizas de follaje melancólico y lúgubre. Todo era triste, fúnebre como los recuerdos inmortales de aquella mansion. El que la habia habitado no habia tenido pues en sus últimos momentos mas que la perspectiva de aquellas rocas calcinadas! Diez años antes hubiera podido escojer en toda la Europa para punto de retiro el verdor mas delicioso, las aguas mas magníficas, el ambiente mas salubre, los dominios mas vastos; pero murió allí, sepultado ya en vida, sin aguas, sin sol, sin horizonte!

Cuando visité Long-Wood, la morada de Napoleon se hallaba en un estado de ruína imposible de describir. Los salones se habian transformado en un cedazo en donde se pasaba el grano: la cámara del Emperador era un establo; un pesebre ocupaba el rincon donde estaba su cama, el rincon donde está muerto. Mejor hubiera sido incendiar aquellos restos de poco valor que profanarlos con semejante uso. Hubiera costado poco hacerlo, y los Ingleses se hubieran honrado con ello! Intactas ó casi intactas, solo quedaban las barreras de que habia circundado aquel domicilio el recelo británico.

A poca distancia de aquella casa, la única habitada por el proscrito, se alzaba un edificio mas aseado, mas conveniente, destinado á Napoleon, pero aun no terminado cuando murió. Este edificio era cómodo como alojamiento, construído con elegancia, rodeado de galerías cubiertas y de jardines trazados con gusto; habíanlo hecho venir pieza por pieza del Cabo para amueblarlo con cierto esmero. Veíanse en el una biblioteca, un villar, una sala de baños, lujo tardío de que no pudo disfrutar la víctima.

Durante todo este reconocimiento, solo ví al lado á mi guia. Yo no le escuché siquiera, pues hay muchas cosas que se adivinan sin necesidad de esplicarlas. Iba continuando con majisterio sus esplicaciones de *ciceroni*, cuando le interrumpí: « A la tumba! » le dije. Condújome á ella por los estrechos y sinuosos senderos de los Talwegas que dominan el valle del Sinn. Este camino está sembrado enteramente de rocas ennegrecidas y barrancos profundos. El mismo camino termina en una especie de embudo llamado el *valle de Sinn*, donde yace Napoleon, tendido en una pequeña y verde pradería en la menos cóncava de sus estremidades. El valle de Sinn en donde entraba á la sazon ofrece los incidentes mas variados y fantásticos. Un valle dejado descubiertamente en virtud de un cataclisma no hubiera ofrecido un aspecto mas desastroso y estravagante. Al lado de las mas negras escorias se estiende un verde tapiz por el que corre un agua de cristal; aquí se hacen algunos pinos de follaje sombrío, agujas de pastor abriendo á favor de las brisas marítimas sus brillantes corolas de fuego; á mayor distancia varios castaños y pinos de Europa, pendientes de las rocas del barranco, mientras que de su base misma y cubierto bajo los helechos corre un manantial que se pierde á través del césped.

En el fondo de aquel hondo terreno, en una pequeña pradería bañada por un arroyo insignificante, descansan los restos de Napoleon. Sobre su tumba lloran algunos añejos sauces, y un recinto óvalo de madera circunda la pequeña pradera que alegran varios jeranios en flor. Una garita en las avenidas del recinto funerario, y una pequeña habitacion en la altura han sido destinadas para el inválido inglés que guarda el valle misterioso. La tumba es de las mas sencillas. Anchas piedras labradas y, segun se dice, sacadas de las cocinas de Long-Wood, cubren la hoya, y están circuídas de una balaustrada (PL. LXVIII.—3). En aquellas piedras no habia ningun nombre, ni escudo, ni signo emblemático. Se ha parecido tácitamente admitir que para tales cenizas no habia mas que un asilo provisional. En cambio se han tomado algunas precauciones para prevenir un rapto: el doble féretro está sellado en la bóveda de ladrillos por cruces de hierro.

Este era el sitio que Napoleon habia designado para su sepultura, en caso que su cuerpo no fuese restituído á la Francia; era el lugar favorito de sus paseos, cuando podia subir á caballo y alejarse un poco del recinto en que la guardia inglesa le tenia sufocado para prueba patente de su cautiverio. A menudo iba á estenderse en aquella pradera, confabular con madama Bertrand, jugar con sus hijos, beber en ese arroyo cuyas olas transparentes apreciaba tanto! Era su Eliseo, el lecho de descanso que habia escojido, la tierra que habia juzgado mas lijera para sus cenizas, en aquella tierra de San-

ta Helena, toda de hierro y de plomo! Qué podia pensar y decir en aquel sitio aquel hombre que habia visto tanto, que habia sabido tanto, y que podia mucho mas todavía! Cuantas cosas que no ha manifestado á sus compañeros de destierro, que no confió á Las Casas, que tal vez no confesó mas que á medias en aquel sitio de un recojimiento y de devocion!

Ante la tumba de un jenio tan vasto, es imposible que no se engrandezcan las tristes y relijiosas ideas del viajero. Sin el dia que iba declinando y sin la compañía de mi guia que habia dado fin á su monótona antífona, me habria olvidado á mí mismo en aquel valle. Despertáronme, y desprendí un ramo de aquellos sauces que un dia serán completamente despojados por los peregrinos que van allí á buscar una rama funeraria. Era de noche cuando llegué á James-Town.

Al dia siguiente tuve el espectáculo de una corrida de caballos en los alrededores de la ciudad. Los Ingleses, que á todas partes importan sus costumbres nacionales, tienen en todas sus colonias un Epsom ó un New-Market. En una isla enteramente peñascosa; son muy raros los sitios convenientes á tales placeres. Así es que en la imposibilidad de obtener un palenque circular, han trazado perfectamente un hipodromo en lonjitud. El sitio lleva el nombre de *Dead-Wood*, (bosque muerto), y se prolonga en la cresta de las eminencias que rodean á James-Town. Allí fué donde nos dirijimos. Toda la isla concurria á aquella fiesta que debia durar muchos dias. Para percibir los caballos, cuyo punto de partida estaba á dos millas, era preciso echar mano de los anteojos de larga vista. La mayor parte de aquellos caballos eran muy briosos: muchos dieron pruebas de una ajilidad que los hacian dignos de concurrir en las corridas mas célebres. El dia, que fué alumbrado por un sol magnífico, terminó con un banquete de ochenta cubiertos en el que tomaron parte los mas elegantes caballeros y las mas lindas mujeres de la isla. Despues de haber visitado la deliciosa casa de M. Seel, que contiene un museo muy interesante, supe la misma noche, de boca de mi huésped, M. Salomon, que acababa de fondear en la rada un buque bordelés: era el *Mercurio*, su capitan Persac, que á su regreso de la India y no habiendo podido hacer escala en el Cabo, se detenia uno ó dos dias en Santa Helena para hacer aguada. Habiendo manifestado mis deseos de tratar con él para arreglar mi pasaje, el capitan Persac se presentó al meson. Era un jóven bueno y jovial que acentuaba sus frases con todo el temple de la melopea meridional. Nuestra contrata fué concluída en pocos términos. « Sobretodo le encargo que esté listo mañana al amanecer, me dijo mi nuevo patron al despedirse. A las seis estará el bote en el desembarcadero. »

Iba á separarme pues de nuevo de mi *Oceánico*, dos veces domicilio mio; mi *Oceánico*, mi única patria por espacio de diez y ocho meses! Y el bueno de Pendleton, tan perfecto, tan benévolo, tan noble en su conducta, qué diria de mí? En verdad que no puede espresarse hasta que punto se aprecian los objetos y los hombres sino en el acto de abandonarlos.

El deseo de regresar á Francia y al seno de una familia querida y amigos mas queridos tal vez, era ciertamente muy profundo en mi ánimo. Tocaba ya estos placeres; pero ah! esta idea no era bastante parte á desvanecer la amargura de una separacion. Iba á bordo del *Oceánico* con el corazon hinchado y el alma lacerada. Complaciame de lejos en contemplar la agraciada embarcacion, tan robusta y coqueta en el puerto y tan fuerte contra las olas del mar del Sur; esa embarcacion que tanto habia sufrido por mí, que se habia cansado de transportarme de tan lejos, que habia fatigado su madera, gastado sus herramientas, enervado sus aparejos, para restituirme sano y salvo á mi familia, á mi país, á lo que mas amaba en el mundo. Cuando subí á la cubierta, Pendleton me comprendió. « Ya sé, me dijo, que ha encontrado V. su colocacion. He visitado ya el bordelés, he visto que su quilla es fuerte, su arboladura bien colocada: puede V. embarcarse sin peligro. » Qué hombre tan escelente! Seguramente no se hubiera inquietado mas por su hijo. Comímos juntos y acordámos que la primera carta que nos escribiríamos, él en Nueva York y yo en Burdeos, seria para darnos noticia de nuestro estado. En el acto de abrazarme me dijo: « Tal vez algun dia vendrá V. á visitar la Union. Quién sabe la suerte que nos reserva el destino! Viajero ó proscrito, feliz ó infortunado, venga V. á casa de Pendleton; puede V. considerarse como un miembro de su familia. Mi mujer y mis hijos le conocerán á V. antes de saber quien es. » Hubiera sido posible contestar á este despido sin lágrimas? Yo partí con el corazon oprimido. Al dia siguiente cuando me embarqué para pasar á mi nueva casa flotante, no ví ya al *Oceánico*, pues por una atencion del capitan habia desaparecido por la noche. Bastaba la despedida de la víspera.

Al pasar por delante de la Ascension, el *Mercurio* tenia que depositar en ella dos empleados del gobierno inglés que algunos negocios urjentes llamaban á aquella isla. A 8 de marzo llegámos á aquella rada desde donde se descubria el movimiento jeneral del terreno: era una tierra menos desagradable á la vista que Santa Helena, mas baja, mezclada de llanuras y de encumbrados picos, presentando por do quiera un suelo volcánico y sembrado de escorias. Lo que



1. Sandy Bay, à l'Ile de l'Ascension.

1. Bahia de Sandy en la Isla de la Ascencion

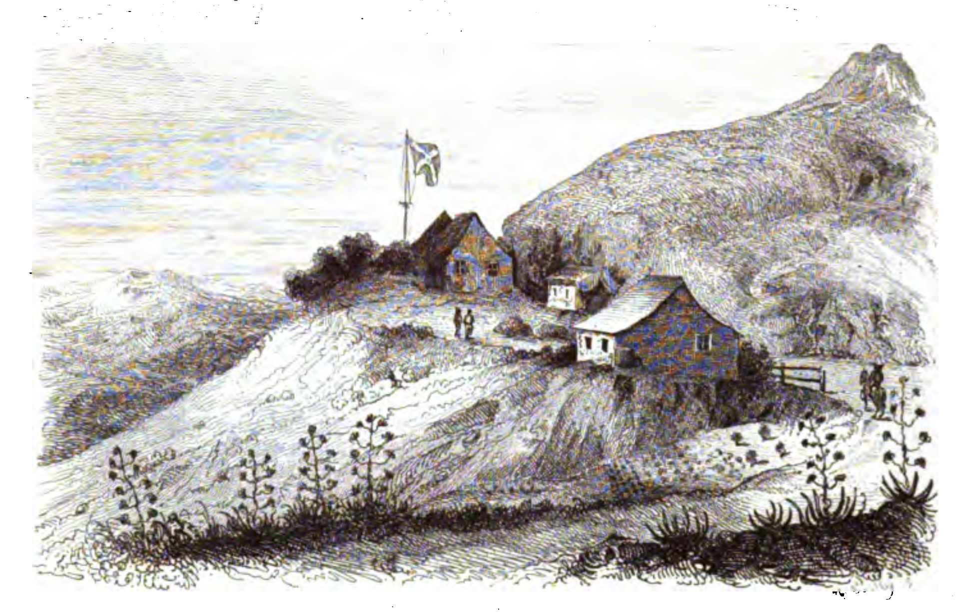


2. Visite aux Sources de Dampier.

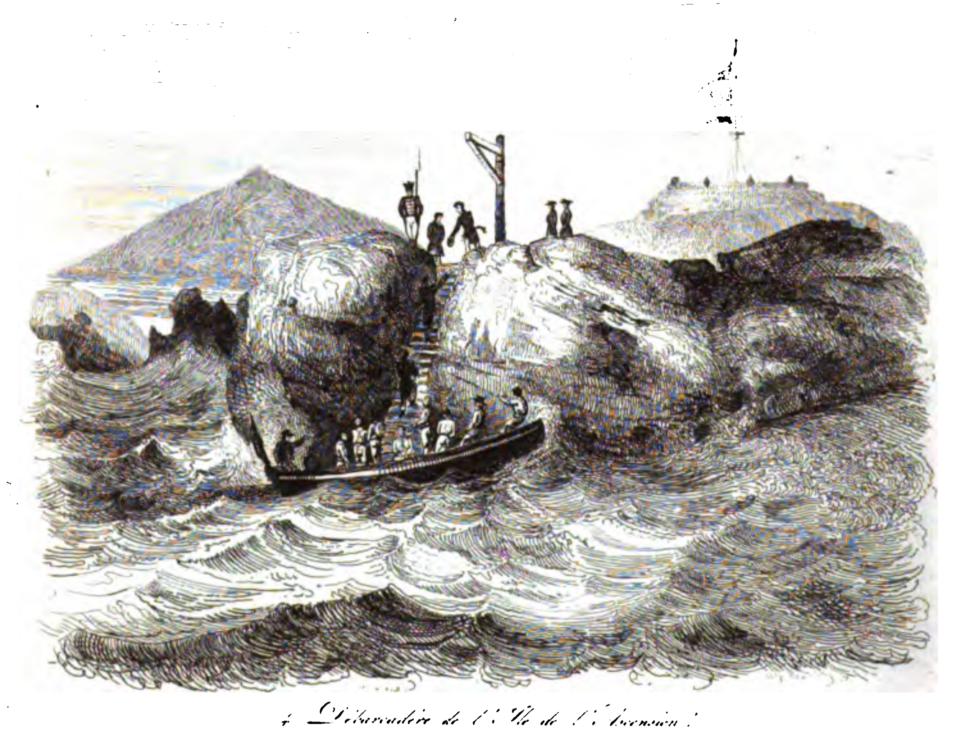
2 Visita á los manantiales de Dampier

de Sainson del.

VOYAGE
VIAGE



3. Sommet de Green-Mountain.
3 Cumbre de Grin Manten



4. Débarcadère de l'Île de l'Ascension.
4 Desembarcadero de la Isla de la Ascencion

mas llamaba la atencion desde aquella distancia era la eminencia litoral en cuyo cúspide flotaba el pabellon británico, y á mayor distancia el pequeño establecimiento inglés cuyas blancas casas contrastaban con los tintes mas sombríos de la montaña (Pl. LXIX. — 1).

Esta isla, desierta desde algunos años, contiene actualmente una poblacion que parece acrecentarse y prosperar gradualmente. El capitan Persac me ofreció hacer una escursion á ella, que acepté con mucho gusto. La yola nos condujo á una especie de desembarcadero vijilado por un centinela. Habia practicada una escalera en la roca viva para los hombres, al paso que para las mercancías se habia plantado un poste en que se colocaba una cabria para descargar las embarcaciones (Pl. LXIX. — 4). En el acto de desembarcar nosotros, el gobernador de la isla, M. Bate, se hallaba en la playa con los dos capellanes de Jorje-Town, que salia al encuentro de sus dos amigos. Bien acojidos por él é invitados á visitar la isla, nos dirijímos al establecimiento inglés en medio de escorias que comunicaban á aquella tierra cierto aspecto desagradable. Este establecimiento se compone del palacio del gobernador, del domicilio de los oficiales y de los particulares establecidos en la isla y en vastos almacenes bastante bien construídos.

Es imposible que al desembarcar no llame la atencion el aspecto jeneral de aquel territorio. En todo el horizonte hasta cuanto puede alcanzar la vista no se descubre mas que terreno volcánico, encarnadino, sin ninguna especie de vejetacion. Por todas partes se encuentran montones de escorias que en ciertos puntos parecen arreglados por mano de hombre. El aspecto de esta isla es casi el mismo que el de los campos de la Isla de Francia donde se sacan las lavas para hacer campos de cañas dulces. El pico mas encumbrado se halla en el centro de la isla, de donde se abraza su jeolojía y se descubren todos aquellos picachos que fueron centros de accion ignívoma cuando se formó la isla en dias de conflagracion jeneral. Muchos de aquellos picachos tienen en sus cimas profundos cráteres. En cuanto á los contornos de la isla, son muy escotados, y no contienen puerto propiamente dicho. Las arenosas playas son formadas esclusivamente de despojos de mariscos y de madréporas, de lo que han resultado aglomeraciones de esa arena que forma una buena piedra labrada. Actualmente esas madréporas son cubiertas por las irrupciones, y solo han quedado algunas orillas pulverizadas por el mar y formando las playas adonde van las tortugas con preferencia á deponer sus huevos.

En 1815 se pensó por primera vez en fundar un apostadero en la Ascension. A la época en que trasladaron á Napoleon á Santa Helena, se temió que fuesen á establecerse en ella otras potencias con objeto de libertar al ilustre cautivo, y en consecuencia los Ingleses establecieron en ella un teniente de navío con veinte y cinco hombres. Actualmente se cuentan ciento diez marinos con cuatro tenientes, un cirujano y su ayudante, un ajente y cincuenta negros, todo bajo las órdenes del capitan. Esta pequeña colonia, en el poco tiempo que ha transcurrido desde su establecimiento ha ejecutado ya prodijios de paciencia y de habilidad. Como en todos los países que ocupan, el primer proyecto de los Ingleses ha consistido en abrir caminos. El primero y mas esencial conduce á la montaña verde (*Green-Mountain*) y á las fuentes dulces de la colonia, situadas á una milla y media de la playa. Todas las casas del establecimiento han sido construídas con materiales procedentes del Cabo. Solo se han sacado de los mismos sitios las piedras. Antiguamente los víveres llegaban de afuera; pero en la actualidad la isla contiene cabras, volatería, tortugas, pescado y aun legumbres procedentes del establecimiento de la montaña verde.

El propio dia hicímos una cabalgada que nos condujo á aquel sitio pintorescamente situado en el flanco de una colina, á 2.000 pies sobre el nivel del mar. Merced á los nublos que bañan siempre esa parte de la isla, las sustancias volcánicas se han descompuesto en una tierra vejetal propia para toda clase de cultivos. Al rededor de cinco ó seis casas en que ondea el pabellon inglés se ha practicado un jardin rodeado de un muro de escorias. Todo el terreno cultivado de la isla no llega á mas de 1.200 acres. Desde aquel pequeño oasis cultivado el aspecto de la llanura llama aun mas la atencion por el contraste de sus terrenos agrestes. Despues de la accion del fuego solo han quedado en aquella tierra cráteres apagados ó picos encarnadinos. En la montaña verde, al contrario, la vejetacion es fresca y lozana: hanse establecido cultivos de legumbres de Europa y algunos árboles frutales. En medio de aquellos campos hay establos para los bueyes, y en la rejion de las nubes una casa para el gobernador y sus oficiales que van á ella á contemplar el aspecto calcinado.

Toda el agua destinada al consumo de la colonia baja de la Montaña verde, pues la playa no tiene fuentes ni arroyos. Esta agua es la de las fuentes de Dampier, que no tanto son un manantial de agua corriente como un rezumo á través de las rocas. Nos encaminámos á ellas á caballo por un sendero que rodea la montaña (Pl. LXIX. — 2). Aseguran que Dampier descubrió este abrevadero atisbando á un rebaño de cabras que iba á él á apagar su sed. El buque

de Dampier, el *Rosbuck*, habiendo zozobrado cerca de la Ascension en 1701, salvóse la tripulacion en esa isla, en donde la recojió un buque inglés despues de una permanencia de tres semanas. Estos manantiales constituyen la riqueza de la isla; sin ellos no podria vivirse, y aun suministran el agua con tan poca abundancia, que cada hombre se ve reducido todo el año á la racion de un gallon y medio diario.

El agua de las fuentes de Dampier no corre á chorros, sino gota á gota, en tres ó cuatro puntos, y durante ocho meses del año solamente. Para recojerla se tienen un gran número de toneles desfondados por una parte y colocados al lado uno de otro, que se comunican por medio de conductos y se llenan por sus inmediatos. A veces no se recibe mas que la humedad del sitio condensada sobre una piedra, y se recojen sus gotas que caen de minuto en minuto. El agua que proviene de esas filtraciones es lijera, salubre y sin mal gusto; es mucho mas preferible á la de Santa Helena que conserva el gusto de la tierra por donde corre. El gobernador actual M. Bate, acaba de hacer construir en la pendiente de la montaña un vasto reservatorio de piedra labrada para hacer llegar cierta cantidad de agua á fin de tener siempre en la isla una reserva ya para los dias de sequedad, ya para la provision de los buques que se hallasen en una necesidad urjente. Actualmente la isla no puede suministrar diez toneles de agua, sin imponerse una privacion enorme. La que se da á los animales proviene de la techumbre del establo de bueyes que, cubierta de una tela barnizada, recibe el agua que se desprende de las nubes condensadas al rededor de ella. Igualmente se han procurado colocar en el campo y en varios puntos solitarios algunos pequeños abrevaderos, á fin de que las gallinas, las meleagras, los pichones y las pavas que se han dejado en la isla no mueran de sed.

Cuando su descubrimiento, la Ascension no era para los navegantes mas que una roca árida, de unas treinta millas de circumferencia, conocida únicamente por la enorme cantidad de tortugas que se recojian en sus playas. Actualmente estas tortugas constituyen aun la mayor riqueza de esas tierras. La especie que en ella se encuentra es la tortuga *mydas*, ó verde (testado viridis de los naturalistas), así llamada á causa del color de su sebo. Esta tortuga es muy buena de comer y hace las veces de buey. Las hembras son las únicas que frecuentan la isla, y aun tan solo para aovar: ordinariamente pesan de 500 á 600 libras; nunca aparecen en la playa tortugas pequeñas. En la estacion propia, es decir, de diciembre á junio, pasan á tierra por la noche, y con preferencia á la claridad de la luna. Trepan las movedizas arenas, se hacen un ancho agujero en la arena, deponen en él sus huevos, los cubren, y se vuelven precipitadamente al mar. Cuando se hallan á punto de poner, no se moverian aunque se sintiesen tocadas. Jeneralmente ponen de sesenta á ochenta huevos á la vez, y aseguran que repiten esta puesta dos ó tres veces en cada estacion. Los huevos tienen una pulgada y media de diámetro, y son cubiertos de una cáscara suave y medio calcarea. La tortuga es uno de los anfibios mas favorecidos, pues permanece un tiempo enorme sin necesidad de respirar sobre el nivel del agua. Igualmente tiene una vida en estremo tenaz y una gran facultad de abstinencia, puesto que puede pasar tres ó cuatro meses sin tomar el menor alimento. Parece vivir de las fucaceas que flotan á flor de agua y de las que tapizan el fondo del mar.

Aunque las tortugas pesan á veces hasta novecientas libras, su carne buena de comer solo pesa de 100 á 160. Esta carne se da á la guarnicion á razon de una libra diaria por hombre. El sebo sirve para hacer un escelente aceite de cocina, y la masa semiternillosa que une el lomo al vientre es el principal ingrediente de la famosa sopa de la tortuga. Su carne es de una dijestion fácil y lijera. Los buques de recalo en la Ascension nunca dejan de surtirse de ella. Las tortugas se pagan á unos sesenta francos cada una: raras veces llegan á Europa, pues la lonjitud de la travesía las mata. A bordo no les dan de comer, pues no debe hacerse otra cosa que arrojarles de cuando en cuando un poco de agua marina en la concha. Fuera del agua las tortugas son unos animales mazorrales y casi inmóviles, de suerte que los cojen en la playa con la mayor facilidad. En los ángulos de la bahía se disponen algunos centinelas para acechar el momento en que han salido todas del agua. Cuando han hecho su agujero y hay probabilidad de que han depuesto todos sus huevos, acuden todos, y por medio de un alzaprima las vuelven de espaldas. Entonces se ven á merced de los captores que las recojen al dia siguiente y se las llevan en vivares, de donde no las estraen mas que á hurtadillas y á medida que van aumentando las necesidades de la colonia. Deseando no acabar demasiado pronto con esta especie, no cojen mas que las necesarias para mantener los vivares bien guarnecidos. La captura ordinaria es de 4 á 500, bien que algunas veces asciende á 1.500. Las tortugas de la Ascension son tan uniformemente gruesas, que durante mucho tiempo se creyó que las hembras cojidas de esta suerte eran tortugas viejas que salian del agua solamente para morir. Las tortugas de las Indias Occidentales, las que se pescan en las costas de la América Española, aunque de la misma especie, no tienen el tercio del peso

de las tortugas de América; pero su carne es mucho mas fina y delicada.

Siendo las tortugas el principal recurso de la Ascension, no se ha perdonado medio para que continuasen en sus aguas. Así es que no se recibe ni se da el saludo porque el aspecto del cañon les es contrario. A veces hasta prohiben el fumar en la playa, porque se ha esperimentado que el olor del tabaco las alejaba. Por último estos animales encuentran en las playas de la isla la misma soledad que en ellas reinaba antes de ser habitada.

Fácilmente se concibe como en medio de tales circunstancias la Ascension es una tierra agreste y melancólica. No se necesitaba nada menos que la paciencia y perseverancia de los Ingleses para hacer frente á una tierra ingrata y carente de recursos, elevar reductos, construir edificios, abrir caminos, edificar un muelle, establecer vivares, cortar rocas y nivelar montañas. Y actualmente, despues de tantos esfuerzos, de tantos trabajos y de tantas contiendas, es acaso la ocupacion de la Ascension de una utilidad real? El primero que se resignó á habitarla fué el teniente Cuppaje que en 1815 condujo á ella veinte y cinco hombres; en seguida vinieron sucesivamente el mayor Campbell y el coronel Nicolls, el primero con veinte y nueve hombres, el segundo con doscientos veinte y dos; por último en noviembre de 1828 establecióse en ella el capitan Bate con doscientos veinte y cuatro hombres.

La historia natural de la Ascension no es sobrado larga para estudiada. Apenas se veían algunos helechos que tapizaban las partes mas húmedas de las montañas, antes que los Ingleses hubiesen importado á la isla algunos de nuestros productos agrícolas. Los insectos son numerosos, importunos y malévolos; vense músticos, escorpiones, cientopies, etc. Por lo que hace á aves, la Ascension no posee mas que la gallineta que frecuenta las playas. El pescado es bueno y abundante. La temperatura de la isla difiere mucho segun las alturas. En la estacion de las lluvias, que es la mas fresca, el minimum del termómetro de Farenhecio en la playa es de 70° y en la montaña de 58°. En las otras estaciones el minimum del calor en la playa es de 92° y en la montaña de 80°: así es que jamas hiela ni reinan huracanes. La monotonía del clima corresponde á la monótona desnudez de la vejetacion.

CAPITULO XXXII.

AZORES. — FRANCIA.

Cuatro horas de hablar con el capitan Bate nos habian bastado para formarnos el mejor concepto de este oficial: era un hombre de mucha urbanidad, leal y candoroso como un marino, sin tener nada de la ordinaria grosería del oficio. Para distraerse de su vida monótona, nos acompañó hasta á bordo, donde lo festejámos con algunas botellas de escelente vino, y en seguida el *Mercurio* dejó caer sus velas y procedió al emparejo.

Una travesía por el Atlántico era una cosa insignificante para un hombre que acababa de cruzar en todos sentidos y durante muchos años los terribles y procelosos mares del Sur. Una mesa que me recordaba la vida de Europa, una tripulacion que hablaba mi lengua, diez buques encontrados en el camino, todo me comunicaba una fruicion anticipada de la playa y me preparaba á recibir impresiones ausentes desde tanto tiempo. Despues de haber recorrido las aguas situadas á los 6° de latitud, dirijímos el rumbo cargando la vela hácia alta mar, de modo que pudiéramos llegar á la altura de las Azores, zona de los vientos jenerales. Encontrámos efectivamente el viento de N. O. hácia los 38° de latitud y tomámos el derrotero del E. La travesía habia sido larga y pesada, y á 10 de mayo, cuando percibímes las Azores, á diez leguas sotavento, el capitan Persac se decidió á tomar, pasando por allí, algunos víveres frescos para su tripulacion fatigada. Habiéndose alejado demasiado de nuestra derrota el grupo ó reunion septentrional, resolvió arrimarse á San Miguel. Costeámos pues á gran distancia Fayal y la isla Pico, cuyo majestuoso picacho dominaba todas esas tierras; despues á una distancia todavía mayor, Terceira, hecha célebre en la guerra reciente que destrozó á Portugal. Continuando la derrota recta al E., estábamos á 11 de mayo por la noche delante de Ponta-Delgada, capital de la isla San Miguel y la ciudad mas considerable de todo el grupo. Vista desde alta mar á una legua de distancia, esta ciudad presentaba una larga y uniforme línea de casas blancas colocadas en una hilera de colinas cónicas y lijeramente undulatorias cubiertas en su mayor parte hasta la cima de naranjos en flor. Es imposible pintar el efecto que produjo en mí esa naturaleza verde y perfumada, bajo el mas sereno cielo del mundo, y en la mas bella de las estaciones. Todos mis sentidos se abrian á esta atmósfera de Europa, á esta campiña cuyos colores me recordaban mi suelo meridional. Ya no hablaba, gozaba; aspiraba esas emanaciones odoríferas, seguia todos los pormenores de esta poblada playa, las torres de las iglesias, los pináculos de los palacios, los techos de las casas. Desgraciadamente no debíamos ver estas tierras sino á la vela, y el capitan precisado á volverse no quiso ni aun consentir en darme lugar en la embarcacion que iba á buscar víveres á tierra.

Ponta-Delgada, en cuyo frente bordeábamos á la sazon, es una ciudad de 22.000 habitantes, ciudad activa é industriosa, ciudad de riqueza y de lujo. Como todas las ciudades de Portugal, es mal compuesta y enlosada; pero contiene numerosos y bellos edificios, seis iglesias y doce conventos. El mercado está abundantemente provisto de pescado, volatería, huevos, legumbres de toda especie, naranjos y limones. Una gran parte de la poblacion de Ponta-Delgada se compone de frailes y monjas; estas últimas van mas galanamente vestidas que en otras partes. La ropa es negra ó blanca á eleccion de la monja, y cortada en ciertos conventos con una elegancia verdaderamente notable. Un hábito de los mas hermosos es el de Nossa-Senhora da Conceiçâo. Encima del vestido blanco hay el crucifijo y la estrella de plata, mientras que el capillo levantado afecta la forma de los tocados de Berna. El aspecto jeneral de la poblacion recuerda la Europa portuguesa en cuanto al tipo, vestido y usos.

El archipiélago de las Azores ocupa en medio del Atlántico una linea de cien leguas del O. N. O. al E. S. E. entre los 36° 69' y los 39° 44' lat. N. y entre los 31° 7' y 25° 10' lonj. O. Los Portugueses lo subdividen en tres grupos distintos: uno que comprende Flores y Corvo, situados á la estremidad O. del archipiélago; otro formando un grupo central con Fayal, Pico, San Jorje, Graciosa y Terceira; el tercero que encierra San Miguel y Santa María en un grupo oriental. El descubrimiento de todas estas islas pertenece á D. Enrique, hijo tercero del rey Juan I de Portugal. El mismo D. Enrique despachó en 1431 á Gonsalvo Velho Cabral en busca de un archipiélago, que el año anterior habia apercibido un buque en peligro, mandado por José Vanderberg de Bruges. Cabral encalló en su primer viaje; pero en el segundo fué bastante feliz para encontrar la primera isla del grupo, á la cual dió el nombre de Santa María. Las demas no fueron reconocidas hasta 1460. Fueron llamadas Azores por los primeros navegantes, á causa de la abundancia de una especie de gavilan que hallaron y que los habitantes llamaban *azor*.

El clima de estas islas es casi una primavera perpetua. Los calores son templados por las brisas del mar y por los picos elevados que absorven constantemente los vapores húmedos. El termómetro no varía sino de 50° á 75° de Farenhecio. El aire es saludable, como puede verse en el vigor y fuerza de los habitantes del país. El único inconveniente del clima es el ser frecuentemente espuesto á huracanes del N. O. y del N., que causan una humedad no saludable y casi constante.

Las tierras de las Azores son evidentemente de formacion volcánica; todas traen vestijios de esto, á escepcion de Santa María. El aspecto jeneral es pintoresco y salvaje con risueños puntos de vista. Es casi siempre una cordillera irregular de montañas cónicas ó agudas, que se elevan de dos mil hasta á tres mil pies sobre el nivel del mar. Todas estas montañas ocultan una gran cantidad de manantiales ú orijenes de aguas minerales, cuyas virtudes bienhechoras no están aun utilizadas por los naturales. En este número se citan las de Val de Furnas y de Ribeira-Grande en San Miguel, y las de Euxofra, junto á Angra, en Terceira. El mas alto grado de calor de estos manantiales es de 5° en el agua hirviendo. Las erupciones volcánicas, sin ser muy frecuentes, se reproducen de cuando en cuando en el archipiélago. En este número se cuenta la de 1445, que formó el lago dicho de las *Siete-Ciudades;* y la de 1811, que arrojó fuera del seno del mar la isla de Sabrina, que despues desapareció. Los teremotos todavía son menos raros, sin ser por esto muy peligrosos; los de 1531 y de 1755 han dado esos solos recuerdos desgraciados. Entre estas islas, las mas espuestas á tales fenómenos son Terceira, San Jorje y Fayal. Corvo y Flores no están sujetas á esto.

En parte alguna del mundo el terreno es mas bello, rico, fecundo que en las Azores. Con manos activas é intelijentes, este archipiélago vendria á ser el granero y despensa de todos los navegantes que atraviesan el Atlántico, y se transformaria en un punto de recalo donde todos los productos podrian encontrarse con abundancia. Pero la apatía portuguesa deja medio estériles estos valles tan fecundos, sin cuidarse de subvenir á otras necesidades que las del momento. Sin duda la falta no es debida solamente al carácter de los naturales; el réjimen sospechoso bajo el cual han vivido hasta aquí, la cantidad enorme de brazos que absorvia la vida especulativa del convento, las funestas leyes de sucesion, la falta absoluta de buenos caminos, todo ha contribuido hasta nuestros dias á mantener la agricultura del país en un estado deplorable.

Cuando se descubrió el país, cubrian toda su estension inmensos bosques, á los que se pegó fuego para plantar la caña dulce traída de Candia y de Chipre. Habiendo sido encontradas por el jenio de Colon las Indias occidentales, agotóse este recurso, y entonces se dedicaron al cultivo de todo linaje de granos, como naranjas, limones y especialmente la vid, que fué llevada de Madera y de Portugal. Este producto ha sido un manantial de riquezas y de fructuosos trueques. Las partes fragosas de la isla son cubiertas enteramente de viñedos, al paso

que las hermosas llanuras del litoral producen trigo y cebada. La economía rural es por otra parte un artículo muerto en esos paises. Es verdad que se observan algunas rutinas agrícolas, pero ningun conocimiento teórico. No se conoce método alguno de abono y de amelgas, y por lo tanto la tierra es tan buena, que todo está á punto de producir. Bien cultivadas, las Azores alimentarian á seis millones de habitantes. Las partes mas fértiles del grupo son Graciosa, San Miguel y Fayal. Hace poco que algunos agricultores europeos han introducido en estas islas tan considerable variedad de vejetales, que toda la naturaleza europea parece haber sido trasplantada allí; es de creer que con cuidados bien entendidos y la direccion conveniente se naturalizarian en este punto los árboles y las plantas de todo el globo. El tabaco, el azúcar, el café producen á pedir de boca, así como todas las plantas medicinales que se traen de la América, de la cual las Azores parecen la escalera avanzada. Abundan los tubérculos de toda especie; el mirto crece naturalmente. Las frutas se presentan en mil variedades; al lado del albérchigo y del albaricoque crece el plátano americano. Las flores tienen tambien este carácter intermedio de los dos continentes. Bajo el punto de vista zoolójico, nada tiene el archipiélago que le caracterize. No se encuentra en él ni un animal venenoso. Los caballos son raros, pequeños y bastardos; los asnos, numerosos y soberbios; los bueyes numerosos tambien y empleados á los mas duros trabajos. Abunda el ganado, mas hermoso en San Jorje y en San Miguel que en otras partes; los carneros son igualmente comunes, pero no se crian sino para obtener su vello, con el cual confeccionan una mala especie de paño para el uso de estas islas. Por todas partes en donde se arrojan manojos de yerbas, acuden á millares las cabras. Los huéspedes de los corrales son los mismos que en Europa.

Los productos agrícolas con algunas cabezas de ganado constituyen todas las esportaciones de las Azores. El archipiélago suministra á la Inglaterra, al Brasil, á la Rusia y á los Estados Unidos veinte mil pipas de vino ó de aguardiente, y doscientas mil cajas de naranjas; á Portugal una enorme cantidad de granos, de tocino y buey salados, malas telas, queso, y ganados. En recompensa de estos jéneros, las Azores reciben sal, té, imájenes, crucifijos y reliquias. El número de embarcaciones empleadas en este comercio, es de siete á novecientas.

Los habitantes de las Azores son de un natural dulce, apacible y fácil de gobernar. Con una educacion mas completa suministrarian indudablemente á todas las carreras sujetos distinguidos; pero una ignorancia crasa y supersticiosa pesa sobre estas islas. Hablan una jerigonza portuguesa que varía de una á otra isla. En cuanto á la física, están mejor instruidos que los naturales de Portugal; las mujeres son mas hermosas y menos morenas, con ojos y cabellos negros. Su fecundidad es proverbial, supuesto que á veces tienen doce, catorce y quince hijos. Los hombres son bien formados, bien proporcionados, fuertes, de una figura espresiva y que recuerda el tipo del pueblo moro, del que descienden. Las clases bajas son proporcionalmente mucho mas distinguidas que en Portugal; dulces, inofensivas, cultas, y aun con buenos guias son industriosas y activas. Se les juzga aficionados á cometer raterías, y pasan plaza de sucios, supersticiosos y fanáticos por la música, como todos los Españoles y Portugueses. El violin es su instrumento favorito. La danza de la isla es el *landon*, que por su modo de moverse se parece al bolero de los Españoles. Esta danza ha sido recientemente introducida en la buena sociedad de los habitantes de las Azores. Los hombres del pueblo roidos de sabandijas están espuestos á afecciones cutaneas. La grande ocupacion de este pueblo es la oracion, y las procesiones constituyen el placer de la multitud.

Los habitantes de las Azores de las clases medianas sobresalen de muy poco al pueblo por sus usos y costumbres; indolentes y bribones no saben honrar su estado, ejerciéndolo de un modo útil y honroso. Las clases elevadas, los *morgados* y la nobleza constituyen, al contrario, una raza altanera y presuntuosa, ignorante y llena de ostentacion, tan dura para los inferiores como rastrera respecto de aquellos que la dominan. Los *morgados* son sin embargo caritativos hácia los pobres, benévolos en favor de los estranjeros, de humor dulce y conciliativo. Afeminados y perezosos, acaban sus dias ordinariamente ociosos con la música y el juego. Las mujeres casi todas saben de música, y no salen de casa sino para ir á la iglesia. Sus costumbres, ni mas ni menos que las de los hombres, se parecen á nuestras costumbres de Europa modificadas por el mal gusto portugués. Se dice que estas mujeres son amables é injeniosas, de un carácter encantador y bueno; de suerte que solo les falta educacion.

La historia de las Azores no es larga de contar. Cedidas dichas islas en 1466 por Alfonso V. á su hermana, la duquesa de Borgoña, recayeron en la corona de Portugal despues de la muerte de esta princesa que habia enviado algunos Flamencos para colonizarlas. Españolas de 1583 á 1640, cuando Felipe II hubo ceñido la corona de Portugal, fueron la primera colonia que saludó la restauracion de los

reyes lejítimos y la dinastía de Braganza. Habiendo quedado de Portugal hasta nuestros dias, han adquirido en estos últimos años una grande importancia política por su obstinada resistencia en favor del uno ú otro de los dos reyes que se disputaban hace poco á Portugal. En la actualidad las Azores se han vuelto de nuevo apacibles, obedientes al movimiento que les ha impuesto la metrópoli, y por pagamento hecho á espensas suyas, el archipiélago entrega al tesoro de Lisboa un sobrante de dos millones. Pocas colonias ofrecen equidad semejante.

Se ha visto que el archipiélago estaba dividido en tres grupos, que comprenden nueve islas.

Santa Maria, la mas meridional del grupo, tiene trece millas de largo sobre nueve de ancho. Se compone de altos acantilados que despues de su formacion no parecen haber sido alteradas por fuegos subterraneos. El terreno en mejor estado de cultivo podria llegar á ser sumamente fértil. La isla está cubierta de árboles pequeños; pero los corpulentos son raros. Los pastos hermosos y pingües alimentan una gran cantidad de ganado. Las aves caseras se hallan á precio muy bajo. Santa María tiene una ciudad llamada Porto y tres aldeas; Santo Espíritu, Santa Bárbara y San Pedro. Porto magnificamente situada en la cima de una colina que domina el mar, es defendida por un pequeño castillo. El ancladero es malo. Se cuentan 1.800 almas en Porto. Entre las aldeas no se puede citar sino á San Pedro, que contiene 1.000 habitantes.

San Miguel tiene cuarenta y cinco millas del E. N. E. al O. S. O. Mas que alguna isla de las Azores, contiene en su terreno la prueba de su orijen volcánico. Se evalua su poblacion total en 110.000 habitantes. Entre las ciudades que encierra, se ha visto ya la capital, á saber, Ponta-Delgada. La ciudad que sigue despues de esta por su importancia es Villa-Franca, situada á algunas leguas S. E., y una de las mas antiguas ciudades de San Miguel. En su orijen esta isla estaba situada en la parte del O.; permaneció allí hasta 1522; pero á esta época una erupcion volcánica del *Pico de Fogo* conmovió en sus cimientos las colinas de Lorical y de Rubaçal, y las precipitó sobre la ciudad. Cuatro mil habitantes perecieron bajo esas moles; pero en el mismo lugar se reedificó al momento una ciudad que actualmente cuenta 5.000 habitantes, ciudad notable por sus monasterios, iglesias, castillo y batería de la playa. Ninguna ciudad litoral se presenta mas favorablemente á los navegantes que vienen de lejos, ninguna tiene cercanías mas fértiles. Para gozar bien del punto de vista que ofrece, es necesario ir á un pequeño islote volcánico situado á una legua de distancia. Desde allí se vé, al abrigo de una cordillera de montañas, blanquear una linea de casas separadas con ramas verdes; aquí fortificaciones, allí campanarios de iglesias, mas lejos edificios públicos; el todo en el seno de un paisaje encantador y á las orillas de un mar apacible que anima una multitud de barcos (Pl. LXX — 1). Alagoa, Povoaçáo, Fenaës de Ajuda, Nordeste con 2.500 habitantes, Ribeira-Grande, Rabo de Peixe, Mosteiros completan la serie de ciudades y aldeas de alguna importancia que encierra San Miguel. Entre muchos picos encumbrados se ven los de Maffra, de Pico do fogo ó Pico do Varra. De lo alto de estas cimas se descubren todos los accidentes sobrevenidos en pos de los terremotos. El primero remonta á Cabral, y parece haber aniquilado una parte de la poblacion. El segundo es el que en 1522 destruyó completamente Villa-Franca. Han ocurrido posteriormente otros en 1638, 1652, 1691, 1719, 1723, 1755; en fin en 1810 y en 1811 dos terremotos acompañados de síntomas volcánicos conmovieron de nuevo toda la isla, é indujeron á temer por su total aniquilamiento.

Terceira, casi redonda, tiene veinte millas de largo, sobre una anchura mediana de trece millas. Sus habitantes fueron en todas épocas la cabeza de la poblacion de las Azores; en 1580 se opusieron con enerjía á la usurpacion del rey de España Felipe II y, reducidos por la superioridad numérica, no cedieron hasta 1583. Terceira contiene una poblacion de 40.000 almas con tres ciudades y quince villorios. Angra, su capital, disfruta de una situacion pintoresca á las orillas de un ancon que se interna mucho en las tierras. Es defendida por la parte del S. por la fortaleza del Monte-Brasil, al N. por el fuerte San Sebastian, separados uno de otro por tres cuartos de milla poco mas ó menos. La ciudad que se manifiesta con sus casas ordenadas ofrece un lujo de conventos y palacios que obran en su favor. Las ruínas de un castillo español la coronan y guarnecen. Pero lo que da mas realce á esta pintura es una magnífica campiña situada al S. de la ciudad y llamada Terra-Cha, jardin fragante de la isla, donde los nobles y morgados de Terceira tienen sus casas de recreo. La ciudad de Angra, ademas de su espléndida situacion, tiene como ventaja interior calles regulares y aseadas que se cortan todas á ángulos rectos; tiene casas bien edificadas, casi todas altas de tres pisos. Por desgracia las calles son mal enlosadas y las casas desfiguradas por sus toscas ventanas moriscas, circunstancia sobrado comun en todas las casas de las colonias españolas ó portuguesas. Angra, como á puerto, presenta pocas ventajas, por estar su ancon abierto á casi todos los vientos desde el N. hasta el S. O; así que, en la mala estacion los navíos se ven forzados á acercarse á la en-



1. Vue de Villa-Franca (Iles Açores.)

1. Vista de Villafranca (Islas Azoras.)



2. Fayal (Iles Açores.)

2 Fayal (Isla Azoras.)

VOYAGE
VIAGE

trada de la bahía por veinte y ocho á treinta brazas de fondo.

Despues de Angra, Terceira contiene muchas ciudades de segundo órden: Praya, que tiene 1.200 almas de poblacion, iglesias, conventos, fuertes y jardines; despues las aldeas ó ciudades Cabo da Praya, Fontebastarda, San Sebastian, Vilanova, Aguaya, Cuatro-Ribeireiras, Biscoitos, Altares, San Bartolomé, San Mateo y Santa Bárbara.

San Jorje es una isla prolongada y estrecha de treinta y cinco millas sobre cinco, cortada en su estension por una escarpada y montañosa ribera que forma una llanura de dos mil pies sobre el nivel del mar. Al E. y al O. es flanqueada de dos islotes volcánicos. Su capital es Vellas, ciudad de 4.000 almas, situada en las orillas de una ancha bahía que ofrece un ancladero bastante seguro. La ciudad está rodeada de murallas por la parte del mar, y por otra arrimada á colinas guarnecidas de pequeños fortines, pero sin cañones. La poblacion entera de San Jorje es de 20.000 almas.

Graciosa tiene doce millas de largo sobre seis de ancho, y alimenta 12.000 almas. Su capital Santa Cruz, que contiene 3.000, no tiene sino un ancladero peligroso y abierto á todos los vientos.

Fayal, de doce millas de lonjitud y de diez de anchura, tiene una forma circular, y se eleva por ondulaciones graduales hasta un pico majestuoso que domina el mar de tres mil pies (Pl. LXX. — 2). Es una isla mucho menos cascajosa que Terceira y San Miguel. Posee una gran cantidad de terreno cultivable del cual apenas se labra la cuarta parte. La capital es Horta fundada en 1460 por el primer colonista Job de Auerta, de quien tomó el nombre. Se evalua su poblacion en 10.000 almas. Está situada en una profunda bahía terminada al N. por un alto y escabroso promontorio, á la cumbre del cual hay un telesforo; y al mediodía la punta cascajosa de Ponta da Guia. La ciudad se eleva como por ladrillas ó hiladas de piedra en el fondo de la bahía, con sus iglesias y conventos, ornamento reconocido de todas las ciudades de las Azores. Las calles son estrechas é irregulares; los fuertes en bastante buen estado, pero mal montados. De todas las radas del archipiélago la rada de Horta es sin contradiccion la mejor y la mas segura. De una milla á poca diferencia de profundidad, está defendida al E. por las tierras jigantescas de Pico, que solo están lejos de allí cuatro millas, y al N. por la isla San Jorje, que, puesta transversalmente, detiene la violencia de las olas. Los vientos del S. E. al S. S. O. y aun del S. O. son los solos que se deben temer en este ancladero, y aun su accion es muy amortiguada por una corriente que se dirije en sentido contrario, y que templa el servicio de los cables. Horta, como el mejor paraje marítimo de las Azores, posee un pequeño arsenal. El territorio de Fayal se halla jeneralmente en mejor estado de cultivo que el de las demas islas. Todas las cosechas son abundantes, y las provisiones pueden hacerse á precios módicos. Así en este punto es adonde vienen casi todos los navíos americanos para la pesca de la ballena, para procurarse víveres. En Horta pues se despacha la mayor parte de los vinos de las Azores, enviando allí todas sus cosechas los propietarios de Pico, isla la mas fértil en este jénero de producto. El vino de Pico, en jeneral seco y fuerte, es buscado para la América, porque se presta á las mezclas.

Pico en su forma lonjitudinal tiene treinta y cinco millas de lonjitud sobre ocho de anchura al punto donde se desarrolla mas en este sentido. Su superficie es cortada por un alta cordillera volcánica, terminada al O. por el famoso pico que ha dado su nombre á la isla. Este pico, segun cálculos ecsactos y recientes, cuenta 6.700 pies sobre el nivel del mar. La isla contiene 30.000 habitantes que viven, como en otras partes, casi todos en la costa, diseminados en tres ciudades y muchas aldeas, á saber: al S. Lagens, la capital; Riveiras, Calheta de Nesquim y Ponte da Piedade; al N. Ribereinha, San Roque, San Antonio, Santa-Lugia y Bandeiras; al O. la ciudad de Magdalena y las villas de Candelleria, San Mateo, San Joao y Silveira.

De todos estos lugares no hay uno solo que sea accesible á las embarcaciones. La costa está rodeada de inaccesibles rocas, y apenas se encuentra en Lagens, la capital, un malo y pequeño ancon para los barcos costeños. Pico posee los mas hermosos bosques de las Azores como los mas fértiles viñedos. Se recojen, en el año comun, dos mil quinientas pipas de vino. Los habitantes de Pico son atrevidos, bellos, robustos y laboriosos. Sus costumbres, montañesas todas, no se parecen á las de los demas isleños. Así, cuando ellos van á Horta para vender sus mercancías, los toman por semi-salvajes. Son buenos viñadores y escelentes pescadores.

El Pico de la isla cuenta varias zonas. Desde la playa del mar hasta cerca de un tercio de su altura, está cubierto de magníficos cultivos, de plantaciones y de verjeles de naranjos. En la zona central se ven cedros, mirtos, enebros inmensos y helechos; vejetacion que en la zona superior es reemplazada por las plantas alpestres, los líquenes y los musgos. En el punto culminante de la montaña hay un cráter de cerca doscientos pies de profundidad, accesible solamente por el lado del N. E., en donde se encuentra una abertura. Este cráter, co-

mo el del Etna, es negro y sombrío en el interior; pero lo que le distingue de todos los demas volcanes conocidos es un cono piramidal que se alza del centro del cráter, y que le descuella de cerca de doscientos pies. Con esta señal se reconoce el pico á distancias considerables. Lagens, la capital de la isla, está situada cerca del pico. De lo alto del terraplen en donde se enarbola el pabellon, se puede distinguir el jigante con su capucho de nieve, mientras que al pie y en las orillas del ancon se estienden las casas de los nobles y de los morgados, sobre las cuales descuella la torre de la iglesia gótica (Pl. LXX.— 3).

Corvo y Flores, aunque separadas del grupo central por una gran distancia, forman igualmente parte del archipiélago de las Azores. Se recojen granos y se crian ganados. Corvo tiene buenas radas; Flores es mas considerable, mas rica y mas fecunda; tiene dos ciudades, Santa Cruz y Lagens, y alimenta nueve mil habitantes.

Estábamos ya surtidos completamente de víveres, y el *Mercurio* habia doblado San Miguel por el N. Las brisas del O., frescas y no interrumpidas, lo impelian desde diez dias hácia el golfo de Gascuña, cuando á 22 de mayo por la mañana el centinela de las cofas esclamó: «Tierra! tierra delante de nosotros!» Era la Francia, la Francia, mi suelo natal, que no habia visto desde cuatro años. Subí á la cubierta medio vestido, sobrecojido como por un ensueño, no pudiendo hablar, mirando apenas, mudo y en éstasis! Con que pasmo seguia con la vista aquella linea indecisa que diseñaba los contornos de una masa opaca! Temia por cierto sobremanera que el marinero no se hubiera engañado; temia que esta apariencia lejana no desapareciese como una ilusion; así que no aparté de ella mis miradas por temor de perderla y no encontrarla mas. Un grito me habia sumido en aquel espasmo; otro grito me sacó de él. «Piloto, sotavento, piloto!» Ya no me cabia la menor duda. Estábamos en Francia; veíase á lo lejos la torre del faro, colocada sobre su arrecife. «Oh! bravo piloto de Royan! Aportad, sí, aportad lo mas pronto posible! es un pasajero que acaba de dar su vuelta al mundo, un judío errante por mucho tiempo por la Oceanía, que finalmente desea hacer una larga detencion en territorio francés. Jamas, piloto, guiasteis hácia los pasajes del rio un destino mas errante y mas digno de reposo.»

Acércase la embarcacion. Por espacio de algunos minutos veíase á lo lejos como el ala de una paviota, ó como una ola encrespada, y he aquí que va tomando cuerpo, se desliza por el agua y va moviéndose sobre la marejada. Venga pronto una cuerda de amarra! La arrojan; el piloto de puerto se ha acercado; se halla á bordo, él es capitan y timonero; ha tomado el mástil y manda.

Cuando al regreso de una larga navegacion se divisa de nuevo la playa nativa, ofrécese al pasajero, y aun al marino, una hora de indecible alegría y de ecsaltacion ó entusiasmo febril. Yo lo esperimenté entonces; á cada objeto nuevo que se presentaba, esta sensacion parecia redoblar en mi ánimo, sobrevinieron diversos parasismos antes que pudiera restablecerse el equilibrio. La torre de Cordauan que parece contemplarse en el agua, el canal tortuoso del rio, este verdor, estas aldeas, esta poblacion; Royan y Pauliac, Blaye y su ciudadela desarrollándose á la vista de nuestra navegacion por el rio en medio de árboles en flor, de viñedos que brotaban, de pájaros que gorjeaban, de navíos que surcaban las olas: cuantos objetos en dos dias! Qué recuerdos sacados del fondo del alma, recuerdos que parecian el fruto de un ensueño! Qué serie de alucinamientos májicos y pasmosos, en los cuales me dejaba mecer vagamente!

Estas dulces visiones duraban todavía, cuando se me apareció Burdeos, la reina del comercio, con sus pretiles cubiertos de cabezas, con los rechinos de sus cien poleas, sus aduaneros con fracs verdes, distribuídos sobre los puertos, sus edificios grandiosos, y sus calles cortadas cual tablero de damas (Pl. LXX. — 4). Puedo asegurar que para vivir todavía algun tiempo en este mundo de ilusiones hubiera deseado no abandonar el navío, pues no me parecia sino que la tierra me reservaba escenas nada satisfactorias.

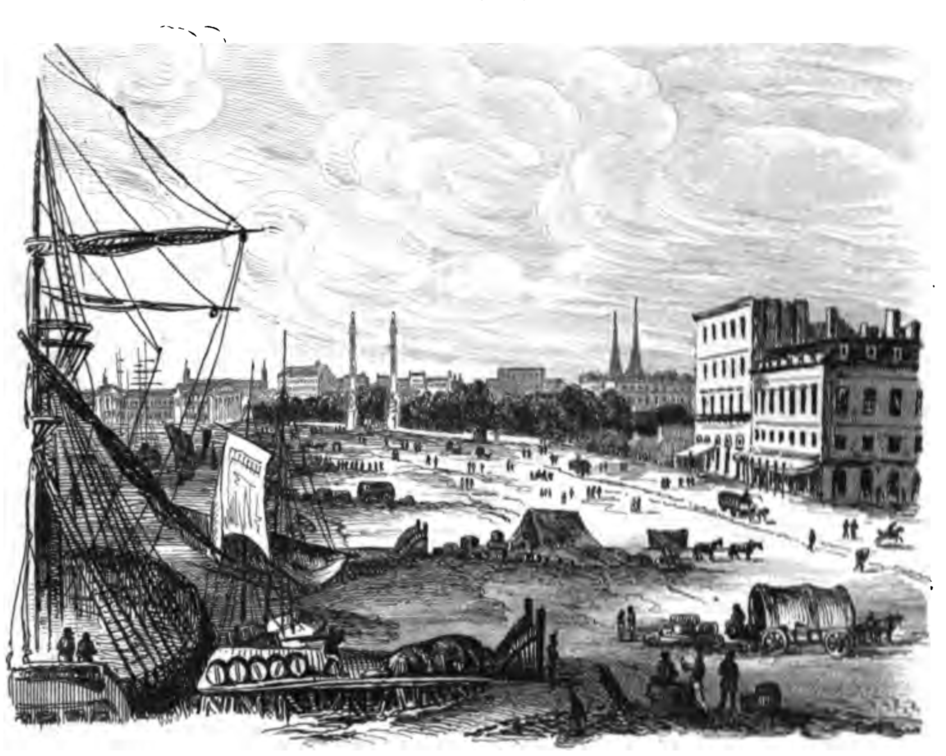
De esta suerte, y despues de cuatro años de peregrinacion, veía de nuevo á mi patria, llevándolo todo conmigo, como Bias, rico de una multitud de hechos que habia recojido. Tal es el botin de mi viaje, tal es el resúmen de las largas observaciones que acabo de presentar á la luz pública.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO.



3. _ Pic (Îles Açores)

3 Pico (Islas Azoras)



4. Arrivée à Bordeaux

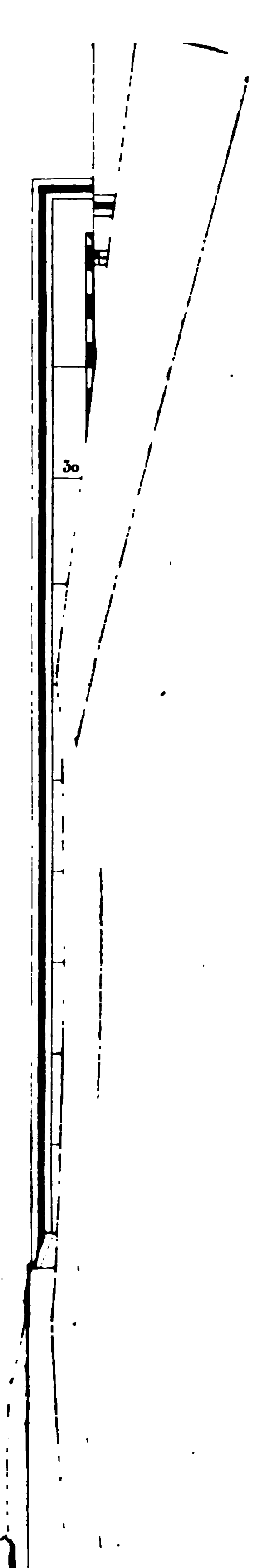
4. Lleganda á Burdeos

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

DEL TOMO TERCERO.

FIN DEL ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO.



…u
Car…
Aïou, …
Aïou-…
Aïtou-…
Alagoa…

TABLA

ALFABÉTICA Y ANALÍTICA

DE LAS DENOMINACIONES JEOGRÁFICAS Y DE LOS APELLIDOS Y NOMBRES DE LOS OBJETOS NOTABLES MENCIONADOS EN EL VIAJE PINTORESCO AL REDEDOR DEL MUNDO.

NOTA. — Los nombres de lugares, de pueblos, de montañas, de rios, etc. están en letra cursiva. — Los de dignidades, de sectas, de monumentos y de cosas en carácter redondo. — Los de viajeros, de historiadores y de caudillos salvajes en versalillas.

A.

B.

C.

E.

F.

G.

H.

I.

J.

MONTANO, viajero en el Japon. I, 378.
Monumento, isla de las Nuevas Hébridas. II, 274.

N.

O.

P.

T,

X.

Y.

Z.

FIN DE LA TABLA ANALÍTICA.

TABLA

INDIVIDUADA É INDICATIVA

DE LAS PLANCHAS DEL VIAJE PINTORESCO AL REDEDOR DEL MUNDO.

TOMO PRIMERO.

TOMO SEGUNDO.

TOMO TERCERO.

Frontispicio.

FIN DE LA TABLA DE LAS PLANCHAS.

ADVERTENCIA

Á LOS SS. SUSCRITORES

DEL

VIAJE PINTORESCO AL REDEDOR DEL MUNDO.

Despues de haber superado las infinitas dificultades que acarrean consigo las obras dilatadas y costosas, la Empresa del *Viaje pintoresco al rededor del mundo* ha llevado á cabo la promesa que tenia contraída con el Público, dando cima á esta obra interesante bajo todos conceptos, en mucho menos tiempo del que habia anunciado en el Prospecto. Sin embargo, deseando corresponder con sus esfuerzos á la acojida brillante y poco comun que le han dispensado los SS. Suscritores, creeria faltar al objeto de su primitivo empeño dejando de proporcionarles todas las ventajas á que se han hecho acreedores por el buen gusto y acierto que manifestaron al inscribir sus nombres. Bajo este supuesto, la misma Empresa ha decidido publicar á continuacion el **Viaje pintoresco á las dos Américas, Asia y Africa**, redactado bajo la direccion de M. Alcídes d'Orbigny y de M. J. B. Eyriès, bien persuadida que esta obra, igualmente importante y preciosa, no es mas que el remate y complemento del edificio colosal que ha levantado para suministrar á los SS. Suscritores una magnífica COLECCION DE VIAJES, digna de figurar en primera línea en las bibliotecas mas selectas, ya por el lujo y ecsactitud de sus numerosas láminas, ya por la veracidad que ha presidido constantemente á la redaccion de su contexto.

La coherencia del *Viaje pintoresco á las dos Américas, Asia y Africa* con el *Viaje pintoresco al rededor del mundo* es tan patente, que á la primera ojeada se ve ya resaltar con evidencia ser el primero una simple continuacion del segundo. Por manera que ya desde el principio los hubiéramos anunciado entrambos como una obra sola é indivisible, si el jeneral descrédito en que han hecho caer las suscripciones la mezquindad y la especulacion mercantil de muchos editores, no nos hubiese hecho cejar en nuestro propósito, ignorando la predisposicion de un Público que tantos desengaños lleva. Con todo, al ver la celeridad con que se han agotado dos numerosas ediciones del *Viaje pintoresco al rededor del mundo*, no hemos podido menos de continuar sin interrupcion el *Viaje pintoresco á las dos Américas, Asia y África*, no dudando que los SS. Suscritores corresponderán debidamente á este obsequio con que deseamos complacerles; mayormente al considerar la naturaleza de esta obra que la hace sumamente útil y casi indispensable á los que posean aquella, y los justísimos títulos que la constituyen mucho mas digna del interés de todos los Españoles que vean en la América un monumento perenne y grandioso de las hazañas y prodijios de valor de nuestros padres.

Los Editores creen que esta franca manifestacion del deseo que les anima y la ecsactitud con que han acreditado sus promesas no les harán defraudar en sus lisonjeras esperanzas; y para empezar desde luego á poner sus palabras en accion, han decidido regalar á los SS. Suscritores una hermosa cubierta para cada uno de los tomos correspondientes, con una portada jeneral que comprenda entrambas obras bajo el título de: COLECCION DE VIAJES. VIAJE PINTORESCO AL REDEDOR DEL MUNDO, Á LAS DOS AMÉRICAS, ASIA Y ÁFRICA.

